Testimonios Para la Iglesia Tomo 1

Contiene los Testimonios Nº 1 al Nº 14
Con un resumen biográfico de la autora

ELENA G. DE WHITE
Prefacio de la edición en español

Los nueve tomos de los TESTIMONIOS PARA LA IGLESIA (Testimonies to the Church) han sido valiosísimos y de gran influencias para el pueblo de Dios a través de su historia. De hecho, los Testimonios fueron escritos al ritmo de la vida del pueblo de Dios y constituyen prácticamente la historia de su desarrollo espiritual, doctrinal, misionero y organizacional. Los Testimonios comenzaron a escribirse en 1855 y la serie se completó en 1909, es decir, abarcan las primeras seis décadas de la vida de la iglesia: la etapa de su fundación y consolidación.

Quizá es en los Testimonios donde se percibe mejor la función del don profético. En esta serie se encuentra, más que en ninguna otra, la función y el ministerio de los verdaderos profetas de Dios: amonestar, alentar, guiar, consolar, edificar, reprender y enseñar al pueblo de Dios; más que hacer pronósticos o predecir acontecimientos futuros.

Historia

Los Testimonios comenzaron a escribirse en 1855, como ya se dijo, porque los dirigentes de la iglesia buscaban la forma de hacer circular las visiones de la mensajera del Señor. Después de discutir el asunto acordaron publicarlas en forma de tratado para distribuirlas entre el cuerpo de creyentes. Fue así como nació el primer Testimonio para la iglesia, un documento de 16 páginas.

Este método de publicar y distribuir las visiones y consejos de la Sra. White tuvo tanto éxito que en 1856 apareció un segundo Testimonio de 16 páginas. En 1864 ya se habían producidos diez folletos similares, numerados en forma consecutiva. Éstos no sólo contenían consejos para la iglesia en general, sino también consejos específicos para individuos, ya que la Sra. White entendía que la instrucción dada a ciertas personas podría ayudar a otras en circunstancias similares.

Con el paso del tiempo, los folletos se agotaron. Pero la demanda continuaba, por lo que ella los agrupó y mandó reimprimir en forma de libros encuadernados de manera más durable en 1864, 1871 y 1879. Finalmente, en 1883 los líderes de la iglesia decidieron uniformar los tomos de una vez por todas. Como resultado, los tomos 1-4 de TESTIMONIOS PARA LA IGLESIA, salieron de la prensa en 1885. Estos cuatro libros, que juntos suman más de 2600 páginas, significaron una reimpresión (y edición parcial) de todo el contenido de los testimonios 1-30, y le proporcionaron a la iglesia una colección completa de los Testimonios publicados hasta 1888, además de un esbozo autobiográfico de cien páginas de Elena G. de White al comienzo del tomo 1.

Desde entonces los cuatro tomos han permanecidos en inglés sin cambios; la paginación ha permanecido igual, y la tabla de contenido de cada tomo sigue teniendo los números y las fechas de publicación originales.

Pero la obra de Elena G de White estaba lejos de terminar en 1855. Así que en 1889 apareció el quinto tomo de TESTIMONIOS PARA LA IGLESIA, el cual incluía los Testimonios 31 al 33. Luego, en 1900 ella publicó las casi quinientas páginas del Testimonio 34 como tomo 6. Pero para entonces (4) las cosas habían cambiado grandemente en el adventismo. El incipiente moviendo de la década de 1850 había alcanzado la adultez temprana y no sólo contaba con más miembros, sino también con un número creciente de instituciones. Además, ya existían en los tomos 1-5, y en otros formatos, una gran cantidad de consejos de Elena G. de White sobre distintos temas.

Estas circunstancias cambiantes provocaron un cambio notable en el formato de los tomos 6-9. Por un lado, Elena G. de White no sentía la necesidad de repetir consejos ya publicados en volúmenes previos. Además, dada la enorme cantidad de escritos suyos durante esos años, había que ejercer mucho más cuidado al seleccionar el material apropiado. Finalmente los libros fueron editados y diagramados mucho más cuidadosamente, de modo que la tabla de contenido de los tomos 6-9 refleja más un arreglo temático que cronológico. La serie TESTIMONIOS PARA LA IGLESIA se completó en 1909, con la publicación del tomo 9. Una magna obra de más de cinco mil páginas llenas de "todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad" (2 Pedro 1:3).

Los adventistas de todo el mundo han expresado su deseo de tener los Testimonios en su propio idioma desde el principio, pero los costos de traducción y publicación lo impedían. Como resultado, se han intentado hacer ediciones abreviadas de los nueve tomos sin perder ninguno de los puntos esenciales de su contenido. La colección abreviada de más éxito es *Joyas de los testimonios* (Testimonies Treasures), publicada en 1949, en tres tomos.

Otro proyecto similar de abreviación resultó en *Consejos para la iglesia* (1991). Pero, a diferencia de *Joyas de los testimonios*, este libro no se limita a los Testimonios. Lo que intenta, más bien, es proporcionar una edición abreviada de los escritos de la Sra. White en un solo tomo, para que se pudiera traducir en forma económica a otros idiomas.

Otra línea de desarrollo que sigue la tradición de los Testimonios fue la publicación de los tres tomos de Mensajes selectos en 1958 y 1980. En ellos, el patrimonio White puso a disposición de la mayoría de los miembros de iglesia algunos de los consejos más importantes de Elena G. de White que antes resultaban inaccesibles.

Historia de los Testimonios en español. La necesidad que la iglesia tenía de orientación e inspiración fue el origen de los esfuerzos para publicar los Testimonios en español. No fue hasta un poco antes del año 1924 cuando la Asociación General aprobó un plan de publicar una selección de los testimonios en varios idiomas. El pastor William C. White, hijo de la Hna. White, y director del Patrimonio White, hizo una selección del material que habría de ir en la serie de los Testimonios que se publicarían en español, alemán, francés y portugués. La serie se tituló Testimonios selectos y se publicaron cinco tomos en español entre los 1924 y 1937.

En el prólogo del tomo 4, los editores, la Casa Editora Sudamericana, declararon: "Los dirigentes de la obra habrían deseado poder ofrecer a (5) nuestras iglesias de habla castellana una traducción de la serie integra de nueve tomos, pero los gastos que hubiera entrañado una edición de tan elevado número de páginas pero reducido número de ejemplares habrían impuesto un precio de venta demasiado alto para la mayoría de las familias. Por esto, y únicamente por esto, optaron por una selección de los capítulos principales, y de los que tuviesen relación más directa con los ramos de la obra y el progreso de las iglesias en general". Incluso la publicación de los cinco tomos de *Testimonios selectos* fue una verdadera empresa editorial que tardó trece años en completarse.

Sin embargo, parece que la idea no dio muy buenos resultados, quizá porque no fue posible la publicación de los cinco tomos en los otros idiomas propuestos, porque en 1949 la corporación del Patrimonio White hizo una nueva selección de los nueve tomos de los *Testimonios* y los publicó en tres tomos bajo el título *Joyas de los testimonios* (*Testimonies Treasures*), como ya mencionamos. Comenzaron a publicarse en español a partir del año 1951 cuando salió a la luz el primer tomo de *Joyas de los testimonios*. En efecto, en el prólogo del primer tomo de *Joyas de los testimonios*, dice: "Ahora, gracias a esta edición mundial de *Joyas de los Testimonios*, estos consejos, que tanta influencia ejercieron, se hacen asequibles para los adventistas de todo el mundo. Sin embargo, sólo ofreciendo una selección de los artículos originales es posible publicarlos en forma compacta, manuable y de amplia distribución".

Es evidente que los cinco tomos de *Testimonios Selectos* no habían logrado hacer accesibles los consejos que tanta influencia ejercieron en la iglesia de habla inglesa, pues la aparición de la nueva

TOMO	TESTIMONIOS	AÑOS QUE ABARCA	ÉPOCA DE LA HISTORIA DE LA IGLESIA
1	1-14	1855-1868	Organización de la obra de publicaciones, de la Asociación General y comienzos de la reforma pro salud.
2	15-20	1868-1871	Información precisa y práctica: Dedicado a la piedad personal de los miembros.
3	21-25	1872-1875	Período crítico de aprendizaje del trabajo en un sistema y liderazgo organizado.
4	26-30	1875-1881	Era de los grandes congresos campestres y período de gran expansión.
5	31-33	1881-1889	Fundación de dos grandes instituciones educativas. Gran actividad de Elena G. White. La crisis del Congreso de Minneápolis de 1888.
6	34	1890-1900	La obra adventista adquiere una perspectiva mundial. Elena G. de White en Australia. Establece la dignidad e importancia del colportaje.
7	35	1901-1902	Reorganización del trabajo denominacional.
8	36	1903-1904	Escrito para hacerle frente a la mayor crisis que ha afrontado la iglesia en toda su historia.
9	37	1905-1909	Especie de resumen de los testimonios para la iglesia y perspectiva de una iglesia global.

selección en tres tomos la convirtió en obsoleta y reemplazó la serie que dejó de publicarse y de circular en el año 1950.

Los Testimonios para la Iglesia en español. En la segunda mitad del siglo XX el movimiento adventista se había desarrollado tan amplia y sólidamente en todos los países hispánicos, que publicar la serie completa de los Testimonios en español, más que una necesidad, había llegado a ser un imperativo moral. En 1983 el Espíritu impulsó al pastor Juan C. de armas, primer presidente de APIA, a que se embarcara en la colosal y gravosa empresa de publicarlos en nuestro idioma. Como responsable de la delicada tarea de la edición fue elegido el pastor Sergio V. Collins, excelente escritor y redactor de reconocida competencia. Lo que estos dos grandes hombres pusieron en marcha con

tenacidad y esfuerzo, ha tenido que superar muchos y no pequeños contratiempos. Por la gracia de Dios, y fruto del esfuerzo de muchos, se ha concluido la traducción y edición de los nueve tomos de TESTIMONIOS PARA LA IGLESIA en español, que por fin en 2007 se imprimen todos juntos coincidiendo con las bodas de plata de APIA, para hacer aún más gozosas ambas celebraciones.

Una visión de conjunto de las características principales de los Testimonios puede ayudarnos a comprender su importancia: (6)

Los miembros de la iglesia serán grandemente bendecidos con la lectura de los Testimonios en su propio idioma. Los largos días de espera han terminado. Ahora tenemos a nuestra disposición todos los consejos especiales dados por Dios a su pueblo de los últimos días.

Si bien la mayoría tiende a usar los Testimonios como obras de referencia, una mayor bendición recibiría quien los leyera en orden cronológico. Quienes los lean así, no sólo se beneficiarán con los consejos brindados por Elena G. de White a través del tiempo, sino que también desarrollarán el gusto por la historia del adventismo durante sus primeras seis décadas. Incluso, sería muy provechoso leerlos con un libro de historia de la iglesia o la biografía de Elena G. de White a la mano. De ese modo el lector tendría, no sólo las declaraciones de la mensajera del Señor, sino el contexto histórico en que fueron escritas.

En los tiempos que abarcan los nueve tomos de TESTIMONIOS PARA LA IGLESIA, escritos a lo largo de un período de 55 años, la iglesia creció continuamente, se desarrolló y prosperó. Los consejos dados le proporcionaron dirección segura; las reprensiones y correcciones hicieron que muchos pies descarriados volvieran a las sendas de la justicia; las palabras de gozo y ánimo hicieron revivir a más de un corazón desalentado; y la descripción de la recompensa de los fieles estimuló a miles a alcanzar el objetivo propuesto.

Que ésta sea la experiencia de la iglesia hispanohablante al considerar los consejos siempre vivos que están contenidos en los nueve tomos de los TESTIMONIOS PARA LA IGLESIA en español, es el deseo de

Los Editores. (7)

ÍNDICE

Prefacio de la edición en español……. 05
Antecedentes del Tomo 1 …… 11

APUNTES BIOGRÁFICOS

Mi infancia ……. 15
Mi conversión …… 19
Sentimientos de desesperación …….. 26
Alejamiento de la Iglesia Metodista …….. 39
Oposición de los hermanos nominales ……... 47
Esperando la segunda venida ……. 51
Mi primera visión ……... 61
Llamada a viajar ……. 64
Visión de la tierra nueva …… 69
Rehusando presentar la reprensión ……. 72
Matrimonio y esfuerzos subsiguientes …… 75
Publicando y viajando ……. 87
Traslado a Michigan ……... 95
La muerte de mi esposo ……. 103

TESTIMONIO Nº 1 (1855)

15. Eres guardián de tu hermano……. 110
16. La hora en que comienza el día de reposo……. 112
17. Opositores de la verdad…….. 113
18. La responsabilidad de los padres……... 114
19. La fe en Dios…….. 115
20. El grupo del *Mensajero*…….. 117
21. Prepárate para encontrarte con tu Dios…….. 118

TESTIMONIO Nº 2 (1856)

22. Los dos caminos……. 122
23. Conformidad con el mundo…… 125
24. Las esposas de los ministros…… 130

TESTIMONIO Nº 3 (1857)

25. Sé celoso y arrepiéntete…… 134
26. El Este y el Oeste……. 138

TESTIMONIO Nº 4 (1857)

27. Los jóvenes observadores del sábado ……145
28. Pleitos en la iglesia ……153
29. "Mirad también por vosotros mismos" ……157
30. El Joven Rico ……159
31. El Privilegio y el Deber de la Iglesia ……165
32. El Zarandeo ……166

TESTIMONIO Nº 5 (1859)

33. La Iglesia de la Laodicea……171
34. Las Casas de Culto……180
35. Lecciones de las Parábolas……181
36. Fiadores de los Incrédulos……184
37. Los Juramentos……185
38. Errores en el Régimen Alimentario……187

TESTIMONIO Nº 6 (1861)

39. Se reprende la negligencia……193
40. Deberes para con los hijos……198
41. La dadivosidad sistemática……201
42. El nombre de nuestra denominación……204
43. Los pobres……205
44. Las especulaciones……206
45. Un mayordomo deshonesto……207
46. Fanatismo en Wisconsin……209
47. Cuando se encubre la reprensión……212
48. La obra en Ohio……214
49. Una consagración completa……218
50. Experiencia personal……222
51. La obra en el Oeste……227
52. Una pregunta contestada……229

TESTIMONIO Nº 7 (1862)

53. El Norte y el Sur……230
54. Viene una gran angustia……236
55. La esclavitud y la guerra……239
56. Tiempos peligrosos……243
57. Organización……245
58. Nuestro deber para con los pobres……246
59. El poder del ejemplo……248
60. Consagración……259
61. Filosofías vanas y engañosas……261

TESTIMONIO Nº 8 (1862)

62. La Religión en la familia …….. 273
63. Los Celos y la Crítica …… 279
64. La Unidad en la Fe …… 290
65. El Norte de Wisconsin …….. 292
66. El Poder de Satanás …… 305
67. Las Dos Coronas …….. 310
68. El Futuro ……. 315

TESTIMONIO Nº 9 (1863)

69. La Rebelión …… 317
70. Peligros y Deber de los Ministros …… 328
71. Mal Empleo de las Visiones …… 340
72. Padres e Hijos …… 341
73. La Obra en el Este …….. 346

TESTIMONIO 10 (1864)

74. Peligros de la Juventud ……. 347
75. Andad en la Luz …….. 359
76. La causa en el Este …….. 362
77. La Oración de David ……. 373
78. Extremos en la Manera de Vestir ……..……. 375
79. Comunicación para el Pastor Hull …….. 376
80. Ministros sin Consagración ……. 386
81. La Esposa del Ministro ……. 396
82.- Derechos de Patentes de Invención …….. 401

TESTIMONIO 11 (1867)

83. La Reforma en la Manera de Vestir ……. 402
84. Nuestros Ministros …….. 410
85. La Reforma Pro Salud ……. 426

TESTIMONIO 12 (1867)

86. Mensaje para los Jóvenes ……. 435
87. La Recreación entre los Cristianos …….. 450
88. La Reforma en el Vestir ……. 455
89. Conjeturas sobre Battle Creek …… 460
90. El Traspaso de las Responsabilidades …….. 461
91. La Debida Observancia del Sábado …….. 464
92. Sentimientos Políticos ……. 466
93. La Usura ……. 467
94. El Engaño de las Riquezas ……. 468
95. Obediencia a la Verdad 473
96. Los Seguros de Vida 479

97. Haced Circular las Publicaciones 480
98. El *Reformador de la Salud* 481
99. El Instituto de Salud 482
100. La Salud y la Religión 491
101. El Trabajo y las Diversiones 494

TESTIMONIO Nº 13 (1867)

102. Introducción 495
103. Breve Bosquejo de mis Actividades 495
104. Los Obreros de la Casa Editora 508
105. Conflictos y Victoria 514
106. Respuesta de la Iglesia de Battle Creek 528
107. Declaraciones Hirientes y Crueles 530
108. El Peligro de la Confianza Propia 538
109. No Seáis Engañados 544

TESTIMONIO Nº 14 (1868)

110. La Publicación de Testimonios Personales 546
111. El Instituto de Salud 548
112. Breve Reseña de mis Actividades 557
113. Los Pastores, el Orden y la Organización 558
114. Otras Labores 565
115. El Caso de Ana More 576
116. Cocina Saludable 588
117. Libros y Folletos 594
118. La Contraseña del Cristiano 597
119. La Simpatía en el Hogar 600
120. La Situación del Esposo 611
121. Fechas de Primera Publicación 615
Apéndice 616
Índice de Referencias Bíblicas 625
Índice Alfabético 628

ANTECEDENTES DEL TOMO 1

Los nueve tomos de los *Testimonios Para la Iglesia* constituyen, en la edición inglesa, un conjunto de 4738 páginas de texto, y contienen artículos y cartas escritos por Elena G. de White, con instrucciones para la iglesia Adventista del Séptimo Día, conducentes a su prosperidad. Un folleto de 16 páginas publicado en diciembre de 1855 marcó el comienzo de la serie de tales consejos, los que ocasionalmente aparecieron contenidos en folletos y libros de numeración consecutiva. Esos mensajes naturalmente se referían a asuntos que tenían vigencia en ese momento, pero en la mayor parte de los casos, en la actualidad nos encontramos frente a los mismos problemas, peligros y oportunidades que confrontaron a la iglesia durante sus primeros años de vida.

Los primeros *Testimonios* numerados se publicaron apenas unos siete años después de las

memorables "conferencias sabáticas" de 1848, cuando los creyentes adventistas en las recién restauradas verdades del sábado y el santuario colocaron los fundamentos de las doctrinas características sustentadas por la denominación adventista. La causa había progresado en forma notable durante esos pocos años. Al comienzo había solamente tres o cuatro predicadores, o "mensajeros" como ellos se autodenominaban. Todos dependían de lo que ganaban con su trabajo físico y de las ofrendas voluntarias dadas por unos pocos creyentes, los cuales también eran pobres en bienes de este mundo. Estos comienzos tuvieron como escenario casi exclusivamente los Estados de la Nueva Inglaterra.

Para 1855, año de publicación del primer folleto de los *Testimonios*, había cerca de una veintena de predicadores del sábado y el mensaje de la segunda venida. El número de creyentes había aumentado de menos de un centenar a más de dos mil.

La obra de publicaciones, comenzada por el pastor White en el verano de 1849 en Middletown, Connecticut, se había llevado a cabo en diversos lugares y bajo circunstancias adversas. Ahora, en 1855, se encontraba establecida en su propio edificio en Battle Creek, Michigan.

El tiempo comprendido por los primeros catorce *Testimonios* que aparecen en el tomo 1, abarca trece años. Mencionaremos algunos de los acontecimientos que comprenden los mensajes dados durante este período de 1855 a 1868. (12)

La primera deserción -la apostasía y oposición de algunos de los antiguos hermanos en el ministerio, conocidos como el grupo del *Mensajero* debido a su publicación de *El Mensajero de la Verdad*- produjo aflicción e incertidumbre. Los primeros consejos se refieren a este movimiento y predicen que muy pronto terminaría en confusión.

Algunos movimientos fanáticos que tendían a atraer a los creyentes sinceros prometiéndoles esperanzas infundadas de "santificación", aparecieron en varios lugares, especialmente en algunos de los Estados del este y en Wisconsin. Estas enseñanzas en ciertos casos estaban acompañadas por la manifestación de un supuesto "don de lenguas". Pero la iglesia recibió instrucciones claras y definidas que la libraron de ese engaño del enemigo.

Con el transcurso del tiempo y la evidente tardanza de la segunda venida, juntamente con el ingreso en la iglesia de mucha gente que no había participado en el movimiento de 1844 y que no había experimentado la profunda consagración espiritual generada por el mismo, se había producido como resultado la pérdida del primer amor. Era una época de especulaciones en terrenos y de búsqueda de posesión legal de tierras otorgadas por el gobierno, al abrirse los Estados del oeste a la llegada de los colonizadores, entre quienes se encontraba un buen número de creyentes procedentes de los muy poblados Estados del este del país. La sierva del Señor presentó serias advertencias y súplicas concernientes a los peligros prevalecientes de la conformidad con el mundo, y llamó a la iglesia a una consagración más profunda.

En la última parte de 1856 se llamó la atención al mensaje "laodicense" de Apocalipsis 3. Al comienzo se sostuvo que este consejo se aplicaba a los creyentes en la venida de Cristo que no habían avanzado siguiendo la luz del tercer ángel, que habían organizado otra iglesia y se habían opuesto decididamente a la verdad del sábado. Pero ahora los adventistas se veían a sí mismos "tibios" y con la necesidad de escuchar el consejo del Testigo fiel. Los creyentes sintieron la poderosa influencia de este mensaje durante dos o más años y esperaron que los condujera directamente al fuerte clamor del tercer ángel. Los fervientes mensajes de los *Testimonios* que se refieren a este movimiento se pueden comprender mejor si se conocen estos antecedentes. (13)

Era una época de discusión y debates. Y muchos de nuestros ministros se los desafiaba a debatir el tema del sábado y otras verdades, y algunos de ellos adoptaban una actitud agresiva en tales debates. Esto requería consejo del cielo. Uno de nuestros pastores destacados, Moisés Hull, participó en debates con los espiritistas, primero porque ellos lo desafiaron, y después porque él los desafió a ellos. Como resultado de esto, fue arrebatado y lanzado al confuso laberinto del espiritismo. En ese momento la Sra.

White publicó sus "Comunicaciones al Pastor Hull" e hizo públicas algunas cartas que le había escrito en los años pasados, y que si las hubiera tomado en cuenta, lo habrían salvado del naufragio de su fe.
Esos eran los años cuando se daban los primeros pasos en la organización de la iglesia. Algunos que habían pasado por la experiencia del mensaje del segundo ángel, se oponían a la organización de la denominación porque temían que eso fuera una marca de Babilonia. Los asuntos relativos a la organización analizados por los dirigentes, se traslucen en numerosas comunicaciones dadas a la iglesia por intermedio de la Sra. White. Y cuando se organizó la obra de publicaciones en 1860, y cuando después de mucho estudio y algunas vacilaciones, se adoptó el nombre de Adventistas del Séptimo Día, quedó demostrado que la organización de la obra mencionada y el nombre de la denominación estaban en armonía con la voluntad divina.

Inmediatamente después de los pasos finales de la estructuración de la iglesia, que culminaron con la organización de la Asociación General en mayo de 1863, la Sra. White recibió la memorable visión de Otsego, en el mes de Junio, cuando se comunicaron los principios de lo que se denominó la "reforma pro salud", juntamente con una revelación de la relación que existe entre la obediencia a las leyes de la salud y la formación del carácter que necesitan adquirir los miembros de la iglesia para ser llevados al cielo. Estrechamente relacionada con esto estaba la reforma de la manera de vestir. Dos años después se dio el consejo de que "deberíamos tener un hogar de salud propio", lo cual condujo al establecimiento del Instituto para la Reforma de la Salud, acerca del cual se recibieron muchos consejos. Los dirigentes siguieron la luz recibida y esta institución se desarrolló hasta convertirse en una de las mejores de su clase en el mundo. Durante el período cubierto por este volumen se establecieron claramente los principios (14) administrativos que condujeron a su éxito. En este período también se hizo frente a los problemas planteados por la Guerra Civil, porque los adventistas tuvieron que enfrentar la necesidad de definir su relación con el gobierno civil en tiempo de guerra.

También se trató la importancia del hogar en la formación del carácter cristiano, y la responsabilidad de los padres. En estas páginas se dan, además, numerosos y solemnes mensajes impartidos especialmente para la juventud.

Además de los asuntos específicos estrechamente relacionados con los movimientos de la época, hubo consejos y amonestaciones de naturaleza general acerca de la disciplina eclesiástica y la preparación para la traslación. Este fue un período importante en el desarrollo de la iglesia remanente, y los consejos dados en los *Testimonios* ejercieron una amplia influencia modeladora. (15)

Los Fideicomisarios
Del Patrimonio White.

APUNTES BIOGRAFICOS

Mi infancia.-

Nací en la localidad de Gorham, Maine (Estados Unidos), el 26 de noviembre de 1827. Mis padres, Roberto y Eunice Harmon, habían vivido durante muchos años en el Estado de Maine.

En los años de su juventud llegaron a ser miembros fervientes y piadosos de la Iglesia Metodista Episcopal. Se destacaron en su actuación en la iglesia y trabajaron durante cuarenta años por la conversión de los pecadores y para edificar la causa de Dios. Durante este lapso experimentaron el gozo de ver a sus ocho hijos convertidos y en el rebaño de los fieles de Cristo. Sin embargo sus firmes convicciones acerca de la segunda venida de Cristo, produjeron en 1843 la separación de la familia de la Iglesia Metodista.

Cuando yo era solamente una criatura, mis padres se mudaron de Gorham a Pórtland, Maine. A la edad de nueve años me sucedió allí un accidente que afectaría toda mi vida. Ocurrió en la forma que sigue. Mi hermana gemela, una compañera de escuela y yo cruzábamos un terreno desocupado en el

pueblo de Pórtland.
De pronto una niña de unos trece años de edad se enojó por algo sin importancia y comenzó a seguirnos amenazando con golpearnos. Nuestros padres nos habían enseñado que nunca debíamos discutir ni pelearnos con nadie; en cambio, nos habían dicho que si corríamos peligro de sufrir algún daño o maltrato, debíamos apresurarnos a volver al hogar. Y eso era precisamente lo que hacíamos en ese momento, lo más rápidamente posible. Pero la niña enojada también nos persiguió a todo correr con una piedra en la mano. En un momento volví la cabeza para ver a qué distancia venía nuestra perseguidora, y ella, precisamente en ese instante, arrojó la piedra alcanzándome de lleno en la nariz. El golpe me hizo caer al suelo desmayada. Cuando volví en mi me encontré en una tienda de artículos varios. Tenía la ropa cubierta de sangre que manaba abundantemente de la nariz y corría hasta el suelo. Una bondadosa persona a quien yo no conocía se ofreció para llevarme (16) a casa en su coche tirado por caballos; pero yo, sin darme cuenta del estado de debilidad en que me encontraba, le dije que prefería caminar hasta mi hogar antes que ensuciarle el coche con sangre. Los espectadores, sin percatarse de la gravedad de mi herida, me permitieron actuar de acuerdo con mis deseos; pero tras haber recorrido sólo una corta distancia me sentí mareada y muy débil. Mi hermana gemela y mi compañera me llevaron a casa.

No recuerdo nada de lo que sucedió durante cierto tiempo después del accidente. Mi madre dijo que durante tres semanas yo había vivido en un estado de sopor, inconsciente de lo que pasaba a mí alrededor. Nadie más, fuera de ella, creía que me recuperaría; pero por alguna razón ella presintió que yo viviría. Una bondadosa vecina que antes había mostrado mucho interés en mí, pensó en cierto momento que me iba a morir. Quería comprar un traje para vestirme para el funeral, pero mi madre le dijo: "todavía no", porque algo le decía que yo no moriría.

Cuando recuperé la conciencia tuve la impresión de que había estado dormida. No recordaba el accidente he ignoraba cuál era la causa de mi enfermedad. Después de recobrar algo mis fuerzas, sentí curiosidad al oír decir a los que venían a visitarme: "¡que lastima!" "no la hubiera reconocido", y otras expresiones parecidas. Pedí un espejo y después de mirarme en él quede horrorizada al ver el cambio que se había realizado en mi apariencia. Había cambiado todos los rasgos de mi cara. Al romperme el hueso de la nariz se había desfigurado mi rostro.

El pensamiento de tener que arrastrar mi desgracia durante toda la vida me resultaba insoportable. No veía cómo podría obtener placer alguno de una existencia como ésa. No deseaba vivir, y sin embargo temía morir, porque no estaba preparada. Los amigos que nos visitaban sentían lástima por mí, y aconsejaban a mis padres que entablaran juicio contra el padre de la niña que, decían ellos, me había arruinado. Pero mi madre prefería mantener una actitud pacífica. Dijo que si ese procedimiento legal pudiera devolverme la salud y el aspecto natural de mi rostro que había perdido, entonces ganaríamos algo al llevarlo a cabo; pero como tal cosa era imposible, era mejor no echarse encima enemigos al entablar una demanda judicial.

Algunos médicos dijeron que tal vez mediante un alambre de plata insertado en la nariz sería posible corregir la deformación. (17) Ese procedimiento habría sido muy doloroso; temían, además, que los resultados no fueran satisfactorios; por otra parte, consideraban muy dudosa la posibilidad de que recuperara la salud debido a que había perdido tanta sangre ya que había experimentado un choque nervioso tan fuerte. Aunque llegara a revivir, sostenían los doctores, no viviría durante mucho tiempo. Había enflaquecido tanto que me encontraba reducida a piel y huesos.

Por este tiempo comencé a orar a Dios y pedirle que me preparase para la muerte. Cuando nuestros amigos cristianos venían de visita le preguntaban a mi madre si me había hablado acerca de la muerte. Yo escuchaba estas conversaciones y me sentía estimulada. Deseaba llegar a ser cristiana y oraba fervientemente pidiendo perdón por mis pecados. Como resultado experimenté gran paz mental, amé a todos y sentí grandes deseos de que todos tuvieran sus pecados perdonados y amaran a Jesús como yo lo amaba.

Recuerdo muy bien una noche de invierno en que todo estaba cubierto de nieve. De pronto el cielo se iluminó, se puso rojo y me dio la impresión de que se había airado, ya que parecía abrirse y cerrarse mientras la nieve se veía como si estuviera teñida de sangre. Los vecinos estaban espantados. Mi madre me llevó en sus brazos hasta la ventana. Me sentí feliz porque pensé que Jesús venía, y tuve grandes deseos de verlo. Mi corazón rebosaba de alegría, crucé las manos en ademán de éxtasis y pensé que se habían acabado mis sufrimientos. Pero mis esperanzas no tardaron en convertirse en amargo chasco, porque pronto el singular aspecto del cielo palideció y al día siguiente el sol salió como de costumbre.

Fui recuperando mis fuerzas con mucha lentitud. Más tarde, al participar nuevamente en los juegos con mis compañeras, me vi forzada a aprender la amarga lección de que nuestra apariencia personal con frecuencia influye directamente en la forma como nos tratan las personas con quienes nos relacionamos. Cuando me sucedió esta desgracia mi padre se encontraba en el Estado de Georgia. A su regreso abrazó a mi hermano y mis hermanas, y preguntó por mí. Mientras mi madre me señalaba con el dedo, yo retrocedía tímidamente; pero mi propio padre no me reconoció. Le resultó difícil creer que yo fuera su pequeña Elena, a quien sólo pocos meses antes había dejado rebosante de salud y felicidad. Esto hirió profundamente mis sentimientos; pero traté de mostrarme exteriormente alegre, aunque tenía destrozado el corazón. (18).

En numerosas ocasiones en esos días de infancia me vi forzada a sentir profundamente mi infortunio. Mis sentimientos resultaban heridos fácilmente, lo que me hacía muy desdichada. Con frecuencia, con el orgullo herido, mortificada y de pésimo humor, me retiraba a un lujar donde pudiera estar sola y espaciarme en sombrías meditaciones acerca de las prueba que esta destinada a soportar diariamente. No tenía a mi disposición el alivio de las lágrimas, porque no podía llorar con tanta facilidad como lo hacia mi hermana gemela; aunque sentía el corazón oprimido y me dolía como si se me estuviera destrozando, no era para mi posible derramar lágrima alguna. Con frecuencia sentía que un buen llanto contribuiría en gran manera aliviarme de mis sufrimientos. Algunas veces la bondadosa simpatía de ciertos amigos hacia desaparecer mi melancolía y removía momentáneamente el peso de plomo que me oprimía el corazón. ¡Cuan fútiles y triviales me parecían los placeres terrenos en esas ocasiones! ¡Cuán inconstantes las amistades de mis jóvenes compañeras! Sin embargo, esas compañeritas de escuela no eran diferentes de la mayoría de la gente. Se sentían atraídas por un vestido hermoso o por una cara bonita, pero en cuanto sobrevenía un infortunio, se enfriaba o destruía la frágil amistad. Pero cuando me volvía hacia mi Salvador, él me consolaba y me proporcionaba solaz. Durante los momentos de dificultad que me afligían procuraba intensamente buscar a mi Señor, y él me daba consuelo. Sentía la seguridad de que Jesús me amaba aun a mí.

Parecía que mi salud había quedado irremediablemente afectada. No pude respirar por la nariz durante dos años, y asistí a la escuela sólo pocas veces. Al parecer era imposible para mí estudiar y recordar lo aprendido. La misma niña que había ocasionado mi desgracia fue nombrada monitora de la clase por nuestra maestra, y entre otros deberes tenía el de ayudarme en mis tareas escritas y en otras lecciones. Siempre se mostraba genuinamente apesadumbrada por el grave perjuicio que me había ocasionado, aunque yo tenía buen cuidado de no recordárselo. Me trataba con ternura y paciencia, y se mostraba triste y solícita al verme empeñada trabajosamente, afectada por serias desventajas, en obtener una educación.

Vivía en estado de postración nerviosa, debido a lo cual me temblaba la mano impidiéndome progresar en la escritura, ya que a duras penas podía hacer sencillos ejercicios con mala letra. Al esforzarme por aplicar la mente al estudio, veía juntarse las letras en la (19) página, la frente se me llenaba de grandes gotas de transpiración y me sobrecogía un estado de debilidad y desvanecimiento. Tenía una tos persistente y todo mi organismo se encontraba debilitado. Mis maestras me aconsejaron que abandonara la escuela y no siguiera estudiando, hasta tanto mejorara mi salud. Fue la lucha más dura de mi joven vida llegar a la conclusión de que debía ceder a mi estado de debilidad, dejar de

estudiar y renunciar a la esperanza de obtener una educación.

Tres años después hice un nuevo intento de continuar mis estudios. Pero apenas hube comenzado, nuevamente se me deterioró la salud, y resultó evidente que si continuaba en la escuela sería a expensas de mi vida. No volví a la escuela después de los doce años de edad.

Había tenido grandes ambiciones de llegar a ser una persona instruida, y al reflexionar en mis esperanzas frustradas y en que sería inválida durante toda la vida, me rebelaba contra mi suerte, y en ocasiones que quejaba contra la providencia divina que permitía que yo experimentara tales aflicciones. Si hubiera compartido mis pensamientos con mi madre, ella me habría aconsejado, consolado y animado; pero oculté de mi familia y de mis amigos mis aflictivos pensamientos, porque temía que ellos no me comprendieran. Había desaparecido la gozosa confianza en el amor de mi Salvador que había experimentado durante la primera época de mi enfermedad. También se había frustrado mi perspectiva de disfrutar de las cosas del mundo, y parecía como si el cielo se hubiera cerrado contra mí.

Mi conversión.-

En marzo de 1840, Guillermo Miller visitó la ciudad de Pórtland, Maine, y dio su primera serie de conferencias acerca de la segunda venida de Cristo. Estas conferencias causaron gran sensación, por lo que la iglesia cristiana situada en la calle Casco, donde actuaba el Sr. Miller, se encontraba repleta todas las noches. En esas reuniones no había nada de agitación descontrolada, sino una profunda solemnidad que invadía las mentes de los que escuchaban sus conferencias (20). No sólo se manifestó un interés notable en la ciudad, sino también los que vivían en el campo acudían todos los días llevando sus canastos con comida para quedarse desde la mañana hasta la última reunión de la noche.

Asistí a esas reuniones en compañía de mis amigas y escuché el asombroso anuncio de que Cristo vendría en 1843, fecha que se encontraba a sólo pocos años en el futuro. El Sr. Miller explicaba las profecías con una exactitud que despertaba convicción en los corazones de sus oyentes. Hablaba ampliamente de los períodos proféticos y presentaba muchas pruebas en apoyo de su posición. Sus solemnes y enérgicas súplicas y amonestaciones para los que no se encontraban preparados mantenían fascinadas a las multitudes.

Se realizaron reuniones especiales en las que los pecadores tenían la oportunidad de buscar a su Salvador y prepararse para los tremendos acontecimientos que pronto sucederían. El terror y la convicción sobrecogieron a la ciudad entera. Se llevaron a cabo reuniones de oración y se produjo un despertar general entre las diversas denominaciones, porque todas experimentaron en mayor o menor grado la influencia emanada de la enseñanza de la proximidad de la venida de Cristo.

Cuando se invitó a los pecadores a pasar adelante y a ocupar los asientos especiales reservados para las personas con sentimientos de culpa y deseosas de recibir ayuda espiritual, cientos respondieron a las invitaciones, y yo, juntamente con los demás, me adelantaré trabajosamente abriéndome paso entre la multitud y ocupé mi lugar con los que buscaban ayuda. Pero abrigaba en mi corazón el sentimiento de que nunca sería digna de ser llamada hija de Dios. La falta de confianza en mí misma y la convicción de que sería imposible hacer que otros comprendieran mis sentimientos, me impedía buscar consejo y ayuda de mis amigos cristianos. Debido a eso anduve extraviada innecesariamente en tinieblas y desesperación, mientras ellos, que no habían penetrado mi reserva, desconocían completamente cuál era mi verdadera condición.

Una noche mi hermano Roberto y yo volvíamos a casa después de asistir a la última reunión del día, luego de escuchar un sermón sumamente impresionante acerca del reino de Cristo que aproximaba a este mundo, seguido de una fervorosa y solemne invitación a los cristianos y pecadores en la que se los urgía a preparase para el juicio y la venida del Señor. Lo que escuché había agitado mis sentimientos (21). Mi sensación de culpabilidad era tan profunda que temía que el Señor no se

compadecería de mí esa noche y no me permitiría llegar al hogar sin castigarme.

Estas palabras continuaban resonando en mis oídos: "¡El día grande de Jehová está cercano! ¿Quién podrá estar en pie cuando él se manifieste?" El ruego que surgía en mi corazón era: "¡No me destruyas, oh Señor, durante la noche! ¡No me quites mientras permanezco en mis pecados, sino que ten piedad de mí y sálvame!" Por primera vez procuré explicar mis sentimientos a mi hermano Roberto, quien era dos años mayor que yo. Le dije que no me atrevía a descansar ni dormir hasta tener la seguridad de que Dios había perdonado mis pecados.

Mi hermano no contestó en seguida, y pronto comprendí cuál era la causa de su silencio; estaba llorando por simpatía con mi aflicción. Esto me animó a confiar más aún en él y a contarle que había deseado la muerte en los días cuando la vida me parecía ser una carga tan pesada que no podía llevarla. Pero ahora, el pensamiento de que podría morir en mi actual condición pecadora y perderme para la eternidad, me llenaba de terror. Le pregunté si él pensaba que Dios estaría dispuesto a perdonarme la vida durante esa noche, si yo la pasaba en angustiosa oración. Me contestó: "Estoy convencido que él lo hará si se lo pides con fe. Oraré por ti y por mí mismo. Elena, no olvides nunca las palabras que hemos escuchado esta noche".

Después de haber regresado a casa, pasé la mayor parte de la noche en oración y lágrimas. Una razón que me inducía a ocultar mis sentimientos a mis amigos, era que temía escuchar palabras desalentadoras. Mi esperanza era tan tenue, y mi fe tan débil, que temía que si otra persona llegaba a expresar una opinión que concordara con la mía, eso me haría caer en la desesperación. Sin embargo, anhelaba que alguien me dijera qué debía hacer para ser salva, y cuáles pasos debía dar para encontrarme con mi Salvador y entregarme sin reservas al Señor. Consideraba un gran privilegio ser cristiana y sentía que eso requería un esfuerzo especial de mi parte.

Mi mente permaneció en esta condición durante meses. Usualmente asistía a las reuniones metodistas con mis padres; pero después de interesarme en la pronta venida de Cristo, había comenzado a asistir a las reuniones que se realizaban en la calle Casco. (22)

Mis padres asistieron el verano siguiente a las reuniones campestres de reavivamiento espiritual realizadas en Buxton, Maine, y me llevaron con ellos. Había tomado la firme resolución de buscar fervientemente al Señor en ese lugar, y obtener, si ello era posible, el perdón de mis pecados. Tenía en mi corazón el gran anhelo de recibir la esperanza cristiana y la paz producidas por el acto de creer.

Sentí mucho ánimo al escuchar en un sermón estas palabras: "Entraré a ver al rey" y "si parezco, que perezca". El orador hizo referencia a los que vacilan entre la esperanza y el temor, anhelando ser salvo de sus pecados y recibir el amor perdonador de Cristo, y sin embargo manteniéndose en la duda y esclavitud debido a la timidez y al temor y al fracaso. Aconsejó a tales personas que se entregaran a Dios y que confiaran sin tardanza en su misericordia. Encontrarían a un Salvador lleno de gracia, así como Asuero ofreció a Ester la señal de su favor. Lo único que se requería del pecador que temblaba ante la presencia de su Señor, era extender la mano de la fe y tocar el cetro de su gracia. Ese toque aseguraba el perdón y la paz.

Los que esperaban hacerse más dignos del favor divino antes de atreverse a reclamar para sí mismos las promesas de Dios, estaban cometiendo un error fatal. Únicamente Jesús limpia del pecado; sólo él puede perdonar nuestras transgresiones. El ha prometido escuchar la petición y contestar la oración de los que se allegan a él con fe. Muchos tenían la vaga idea de que debían realizar algún esfuerzo especial para ganar el favor de Dios. Pero toda dependencia de uno mismo es inútil. El pecador se convierte en hijo de Dios creyente y esperanzado, solamente relacionándose con Jesús mediante la fe. Estas palabras me reconfortaron y me dieron una idea de lo que debía hacer para alcanzar la salvación.

Después de eso empecé a ver con mayor claridad mi camino, y las tinieblas comenzaron a disiparse. Busqué definidamente el perdón de mis pecados y me esforcé para entregarme por completo al Señor. Pero con frecuencia sentía gran angustia mental porque no experimentaba el éxtasis espiritual

que pensaba que sería la evidencia de mi aceptación por parte de Dios, y no me atrevía a considerarme convertida sin haberla tenido. ¡Cuán necesitada de instrucción estaba acerca de la sencillez de esto!

Mientras me encontraba postrada frente al altar con los demás que buscaban al Señor, las únicas palabras que brotaban de mi corazón eran: "¡Ayúdame, Jesús; sálvame porque perezco! ¡No dejaré (23) de pedir hasta que escuches mi oración y perdones mis pecados!" Sentí como nunca antes mi condición necesitada y sin esperanza. Mientras me encontraba arrodillada y en oración, repentinamente desapareció mi angustia y sentí el corazón aligerado. Al comienzo me sobrecogió un sentimiento de alarma y procuré sumergirme nuevamente en la angustia. Me parecía que no tenía derecho a sentir gozo y felicidad. Pero sentía que Jesús estaba muy cerca de mí; tuve la sensación de que podía acudir a él con todas mis preocupaciones, infortunios y pruebas, así como los necesitados iban a él cuando estaba en este mundo. Experimenté la seguridad en mi corazón de que él comprendía mis pruebas peculiares y simpatizaba conmigo. Nunca olvidaré la admirable seguridad de la tierna compasión de Jesús por alguien tan indigna de ser tomada en cuenta por él. Aprendí más del carácter divino de Cristo en ese corto período cuando me encontraba postrada con los que oraban, que en cualquier tiempo pasado.

Una piadosa hermana se acercó a mí y me preguntó: "Querida niña, ¿has encontrado a Jesús?" Estaba por contestarle positivamente, cuando ella exclamó: "¡Verdaderamente los has encontrado, porque su paz está contigo, y puedo verlo en tu rostro!" Me pregunté repetidas veces: "¿Puede esto ser religión? ¿No estaré equivocada?" Me parecía algo sobremanera excelente para pretender poseerlo, y un privilegio demasiado elevado. Aunque era excesivamente tímida para confesarlo en público, sentí que el Salvador me había bendecido y perdonado.

La serie de reuniones concluyó poco después, por lo que regresamos a casa. Yo tenía la mente llena con los sermones, las exhortaciones y las oraciones que habíamos escuchado. Ahora parecía que todo había cambiado en la naturaleza. Las nubes y la lluvia habían predominado una buena parte del tiempo durante las reuniones, y mis sentimientos habían estado en armonía con el tiempo. En cambio ahora el sol brillaba con gran esplendor e inundaba la tierra con su luz y calor. Los árboles y la hierba eran de un verde intenso y el cielo tenía un azul más profundo. La tierra parecía sonreír bajo la paz de Dios. Así también los rayos del Sol de Justicia habían penetrado a través de las nubes y las tinieblas de mi mente y disipado la melancolía que había sentido durante tanto tiempo.

Tenía la sensación de que todos estaban en paz con Dios y animados por el Espíritu Santo. Todo lo que veía parecía haber experimentado (24) un cambio. Los árboles más hermosos y los cantos de las avecillas más dulces que antes, y parecían alabar al Creador con sus trinos. No me atrevía a hablar, porque temía que con eso desapareciera la felicidad que sentía y se perdiera la preciosa evidencia del amor de Jesús hacia mí.

Al aproximarnos a nuestro hogar situado en la ciudad de Pórtland, pasamos junto a hombres que trabajaban en la calle. Conversaban acerca de temas comunes, pero yo tenía los oídos cerrados a todo lo que no fuera alabanza a Dios, por lo que escuché sus palabras como gratas expresiones de agradecimientos y gozosos hosannas. Volviéndome hacia mi madre, le dije: "Todos estos hombres están alabando a Dios y ni siquiera han asistido a las reuniones de reavivamiento". No comprendí en ese momento por qué los ojos de mi madre se habían llenado de lágrimas y una tierna sonrisa había iluminado su rostro, al escuchar mis sencillas palabras que le hacían recordar una experiencia personal parecida.

Mi madre amaba las flores y sentía mucho placer cultivándolas y adorando con ellas el hogar para que resultara placentero para sus hijos. Pero nuestro jardín nunca antes me había parecido tan hermoso como el día en que llegamos de regreso a casa. En cada arbusto, pimpollo y flor reconocí una expresión del amor de Jesús. Estas hermosas cosas parecían hablar con mudo lenguaje del amor de Dios.

En el jardín había una hermosa flor de tonalidad rosada que llamábamos la rosa de Sarón. Recuerdo haberme aproximado a ella y tocado con reverencia sus delicados pétalos, que a mis ojos parecían tener

una cualidad sagrada. Mi corazón rebosaba de ternura y amor por esas hermosas cosas creadas por Dios. Podía contemplar la perfección divina en las flores que adornaban la tierra. Dios se ocupaba de ellas, y sus ojos que todo lo ven no las perdían de vista. El las había hecho y había dicho que eran buenas en gran manera.

"Ah –pensé yo-, si él ama tanto y cuida las flores que ha llenado de belleza, con cuánta más ternura cuidará a sus hijos que ha llenado de belleza, con cuánta más ternura cuidará a sus hijos que han sido hechos a su imagen". Luego repetí suavemente para mí misma: "Soy hija de Dios y su amante cuidado me rodea. Seré obediente y de ninguna manera le desagradaré, sino que alabaré su nombre amado y a él lo amaré siempre".

Ahora podía contemplar mi vida iluminada por una luz diferente. La aflicción que había ensombrecido mi infancia parecía que (25) había sido permitida misericordiosamente para mi propio bien, con el fin de apartar mi corazón del mundo y de sus placeres, que no causan satisfacción alguna, y para inclinarlo hacia las atracciones perdurables del cielo.

Pronto después de nuestro regreso de las reuniones de reavivamiento, y juntamente con varios otros, fuimos recibidos condicionalmente en la iglesia. Yo había reflexionado mucho acerca del tema del bautismo. Aunque era muy joven, podía ver un solo modo del bautismo autorizado por las Escrituras, y era el bautismo por inmersión. Algunas de mis hermanas metodistas procuraron en vano convencerme de que la aspersión era el bautismo bíblico. El pastor metodista consintió en bautizar por inmersión a los candidatos, si ellos con conocimiento preferían ese método, y al mismo tiempo expresó que Dios aceptaría igualmente la aspersión.

Finalmente se fijó fecha cuando recibiríamos este rito solemne. En un día ventoso, doce de nosotros nos dirigimos hacia la costa para ser bautizados en el mar. Grandes olas reventaban en la playa, pero al tomar esta pesada cruz sentía que mi paz interior se deslizaba suavemente como un río en calma. Cuando me levanté del agua casi me habían abandonado mis fuerzas, porque el poder de Dios había descansado sobre mí. Sentí que en adelante no pertenecería a este mundo, porque me había levantado de la tumba líquida y había surgido a una nueva vida.

Ese mismo día en la tarde fui recibida en la iglesia como miembro regular. Junto a mí se encontraba una joven que también era candidata a ser admitida en la iglesia. La paz y la felicidad llenaban mi mente, hasta que vi anillos de oro que relucían en los dedos de esta hermana y los grandes aretes que pendían ostentosamente de sus orejas. Luego observé que tenía el sombrero adornado con flores artificiales y costosas cintas dispuestas en lazos y moños. Mi gozo se convirtió en tristeza debido a este despliegue de vanidad en una persona que pretendía ser seguidora del humilde y manso Jesús.

Yo esperaba que el pastor reprendiera disimuladamente o aconsejara a esta hermana, pero él no tomó en cuenta sus adornos ostentosos y no la reprochó. Ambas fuimos recibidas como miembros de la iglesia. La mano adornada con joyas fue estrechada por el representante de Cristo y los nombres de ambas fueron inscritos en el libro de la iglesia. (26)

Esta circunstancia me causó no poca incertidumbre y tribulación al recordar las palabras del apóstol: "Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad" (1 Tim. 2:9-10). La enseñanza contenida en este pasaje bíblico al parecer era abiertamente pasada por alto por personas a quienes yo consideraba cristianas devotas y que tenían más experiencias que yo.

Si en realidad era tan pecaminoso como yo suponía imitar la vestimenta extravagante de los mundanos, ciertamente estas cristianas lo comprenderían y se conformarían a la norma bíblica. Sin embargo, decidí en mi fuero interno seguir mis convicciones en lo que se refería al deber. No pude dejar de sentir que era contrario al espíritu del Evangelio dedicar el tiempo y los recursos dados por Dios al adorno personal, y que la humildad y el renunciamiento eran más apropiados para las personas cuyos pecados habían costado el sacrificio infinito del Hijo de Dios.

Sentimientos de desesperación.-

En junio de 1842, el Sr. Miller presentó su segunda serie de conferencias en Pórtland. Consideré un gran privilegio poder asistir, porque me había desanimado y no me había desanimado y no me sentía preparada para encontrarme con mi Salvador. Esta segunda serie despertó una conmoción mucho mayor que la primera. Con pocas excepciones, las diferentes denominaciones cerraron las puertas de sus iglesias al Sr. Miller. Numerosos discursos pronunciados desde diversos púlpitos trataron de poner de manifiesto los supuestos errores fanáticos del conferenciante; sin embargo, a pesar de esto, grandes grupos de ansiosos oyentes asistieron a sus reuniones y muchos no pudieron entrar.

Los asistentes permanecían tranquilos y atentos. La manera de predicar del Sr. Miller no era florida ni elocuente; en cambio presentaba hechos sencillos y asombrosos que sacudían a los oyentes y los sacaban de su descuidada indiferencia. A medida que avanzaba iba apoyando sus declaraciones y teorías mediante las escrituras. Sus (27) palabras estaban revestidas de un poder de convicción que parecía ponerles el sello del lenguaje de la verdad.

El predicador era cortés y compasivo. En ocasiones cuando todos los asientos estaban ocupados, y también estaban llenos la plataforma y los lugares alrededor del púlpito, lo vi abandonar el púlpito y caminar por el pasillo para tomar de la mano a algún débil anciano o anciana y conducirlos hasta un asiento, y luego regresar para reanudar su conferencia. Verdaderamente le quedaba bien el apodo de Papá Miller, porque se preocupaba con dedicación de las personas con quienes se ponía en contacto, tenía modales afectuosos, una disposición cordial y un corazón tierno.

Era un orador interesante y las exhortaciones que presentaba, tanto para los cristianos profesos como para los impenitentes, eran apropiadas y poderosas. Algunas veces en sus reuniones imperaba una atmósfera solemne tan definida que llegaba a ser dolorosa. Muchas personas se sometían a las convicciones del Espíritu de Dios. Hombres de cabellos canos y mujeres de edad avanzada se encaminaban temblorosos hacia los asientos reservados para los que buscaban ayuda espiritual. Las personas de edad madura, los jóvenes y los niños eran sacudidos profundamente. En el altar de oración se mezclaban los gemidos con la voz del llanto y las expresiones de alabanza a Dios.

Yo creía las solemnes palabras que hablaba el siervo de Dios, y sentía aflicción cuando alguien se oponía a ellas o cuando se las hacía objeto de burla. Asistí con frecuencia a esas reuniones y creía que Jesús vendría pronto en las nubes del cielo; pero mi gran preocupación consistía en estar lista para encontrarme con él. Mi mente constantemente se extendía en el tema de la santidad del corazón. Anhelaba sobre todas las demás cosas obtener esta gran bendición y sentir que había sido completamente aceptada por Dios.

Entre los metodistas había escuchado muchas veces hablar acerca de la santificación. Había visto algunas personas que habían perdido su fortaleza física bajo la influencia de poderosa agitación mental, y había oído decir que eso era una evidencia de santificación. Pero no podía comprender qué era necesario hacer a fin de estar plenamente consagrada a Dios. Mis amigas cristianas me decían: "¡Cree en Jesús ahora! ¡Cree que él te acepta ahora!" Traté de hacer como me decían, pero encontré que era imposible creer que había recibido una bendición, la cual, me parecía a mí, debía conmover mi ser (28) entero. Me admiraba de mi propia dureza de corazón, que resultaba evidente al ser incapaz de experimentar la exaltación de espíritu que otras personas manifestaban. Me parecía que yo era diferente de los demás y que había sido excluida para siempre del perfecto gozo de la santidad de corazón.

Mis ideas acerca de la justificación y la santificación eran confusas. Estos dos estados se presentaban a mi mente como separados y distintos el uno del otro; y sin embargo no lograba comprender cuál era esa diferencia ni entender el significado de estos términos, y todas las explicaciones dadas por los predicadores tenían como único resultado aumentar mis dificultades. Era

incapaz de reclamar esa bendición para mí misma, y me preguntaba si no estaría reservada únicamente para los metodistas, y si al asistir a las reuniones adventistas no me estaba excluyendo por mi propia voluntad precisamente de lo que anhelaba por encima de todas las demás cosas, que era la santificación del Espíritu de Dios.

Sin embargo, observaba que algunos que pretendían estar santificados, se mostraban ásperos y mordaces cuando se introducía el tema de la pronta venida de Cristo; y esto no me parecía ser una manifestación de la santidad que ellos profesaban. No podía comprender por qué los pastores tenían que manifestar desde el púlpito una oposición tan definida contra la doctrina de que la segunda venida de Cristo estaba cercana. La predicación de esta creencia había producido un movimiento de reforma personal, y muchos de los pastores y laicos más consagrados la habían recibido como la verdad. Me parecía a mí que los que sinceramente amaban a Jesús debían estar dispuestos a aceptar las nuevas de su venida y a regocijarse porque estaba cercana.

Sentí que podía aceptar únicamente lo que esas personas llamaban justificación. Había leído en la palabra de Dios que sin santidad nadie podría ver a Dios. Luego, existía una realización superior que yo debía alcanzar antes de tener la seguridad de la vida eterna. Reflexionaba continuamente sobre el tema, porque estaba convencida de que Cristo vendría pronto y temía que él me encontrara sin preparación para recibirlo. Las expresiones de condenación resonaban en mis oídos día y noche y el ruego que constantemente presentaba a Dios era: ¿qué debo hacer para ser salva?

En mi mente, la justicia de Dios eclipsaba su misericordia y su amor. Me habían enseñado a creer en un infierno que ardía (29) eternamente, y tenía constantemente delante de mí el pensamiento horrorizante de que mis pecados eran demasiado grandes para ser perdonados, por lo que me perdería para siempre. Las terribles descripciones que había escuchado acerca de las almas que se encontraban perdidas se habían asentado profundamente en mi conciencia. Los pastores presentaban desde el púlpito descripciones vívidas acerca de la condición de los perdidos. Enseñaban que Dios no se proponía salvar a nadie más fuera de los que habían alcanzado la santificación. Los ojos de Dios estaban constantemente sobre nosotros; todos los pecados quedaban registrados y recibirían un justo castigo. Dios mismo se ocupaba de los libros con la precisión de la sabiduría infinita, y todos los pecados que cometíamos eran fielmente registrados contra nosotros.

Satanás era presentado como un ser ansioso de lanzarse sobre su presa y de arrastrarnos a las profundidades más grandes de angustia, para allí regocijarse por nuestros sufrimientos en los horrores de un infierno que ardía eternamente, donde después de las torturas de miles y miles de años, las olas ígneas sacarían a la superficie a las víctimas que se retorcían de dolor y que gritarían: "¿Hasta cuándo, oh Señor, hasta cuándo? Y la respuesta descendería resonando hasta las profundidades del abismo: "¡Durante toda la eternidad!" Nuevamente las olas ígneas rodearían a los perdidos y los arrastrarían a las profundidades de un mar de fuego en perpetuo movimiento.

Mientras escuchaba estas terribles descripciones, mi imaginación quedaba de tal manera sobrecargada que me ponía a transpirar y a duras penas podía reprimir un grito de angustia, porque ya me hablaba de la incertidumbre de la vida. En un momento podemos estar sobre la faz de la tierra y en el momento siguiente podemos encontrarnos en el infierno, o bien en un momento podemos estar en la tierra y en el momento siguiente en el cielo. ¿Elegiríamos el lago de fuego y la compañía de los demonios, o bien las bendiciones del cielo con los ángeles como nuestros compañeros? ¿Escucharíamos los lamentos y las maldiciones de las almas perdidas durante toda la eternidad o bien entonaríamos los cánticos de Jesús ante el trono?

Nuestro Padre celestial era presentado ante mi mente como un tirano que se deleitaba en las agonías de los condenados, y no como (30) el tierno y compasivo Amigo de los pecadores, quien ama a sus criaturas con un amor que sobrepasa todo entendimiento y que desea verlas salvadas en su reino.

Mis sentimientos eran muy tiernos. Me causaba aflicción la idea de provocar dolor a cualquier criatura viviente. Cuando veía que los animales eran maltratados me compadecía de ellos.

Probablemente el sufrimiento despertaba en mí fácilmente sentimientos de compasión porque yo misma había sido víctima de la crueldad irreflexiva que había producido como resultado la herida que había oscurecido mi infancia. Pero cuando se posesionó de mi mente el pensamiento de que Dios se complacía en la tortura de sus criaturas, que habían sido formadas a su imagen, una muralla de tinieblas me separó de él. Al reflexionar en que el Creador del universo hundiría a los impíos en el infierno, para que se quemaran durante la eternidad sin fin, tan cruel y tirano llegara alguna vez a condescender en salvarme de la condenación del pecado.

Pensaba que mi suerte sería la del pecador condenado, y que tendría que soportar eternamente las llamas del infierno durante tanto tiempo como existiera Dios. Esta impresión se profundizó en mi mente hasta el punto en que temí perder la razón. Miraba con envidia a las bestias irracionales, porque carecían de un alma que podía ser castigada después de la muerte. Muchas veces abrigué el pensamiento de que hubiera sido preferible no haber nacido.

Me hallé completamente rodeada por las tinieblas, sin ver ningún camino de salida que me sacara de las sombras. Si se me hubiera presentado la verdad en la forma en que ahora la conozco, no hubiera tenido necesidad de experimentar tanta confusión y tristeza. Si los predicadores hubieran hablado más del amor de Dios y menos de su estricta justicia, la belleza y la gloria de su carácter me hubieran inspirado con un profundo y ferviente amor hacia mi Creador.

Después de eso he pensado que muchos alienados mentales que pueblan los asilos para enfermos de la mente, llegaron a ese lugar a causa de experiencias similares a las que yo misma había tenido. Su conciencia recibió el impacto de un sentimiento abrumador de culpa y pecado, y su fe temblorosa no se atrevió a reclamar el perdón prometido por Dios. Escucharon las descripciones del infierno ortodoxo hasta que se les heló la sangre en las venas a causa del temor y en su memoria se grabó en forma indeleble una impresión (31) de terror. El horroroso cuadro permaneció siempre delante de ellos, en las horas de vigilia como durante el sueño, hasta que la realidad se perdió en su imaginación y contemplaron únicamente las serpenteantes llamas de un fabuloso infierno y escucharon tan solo los gritos desgarradores de los condenados. La razón quedó destronada y el cerebro se llenó de las descabelladas fantasías de una terrible pesadilla. Los que enseñan la doctrina de un infierno eterno harían bien en examinar más de cerca la autoridad con la que respaldan una creencia tan cruel.

Nunca había orado en público y había pronunciado tan solo unas pocas expresiones tímidas durante las reuniones de oración. Tuve la impresión de que en adelante debía buscar a Dios en oración en nuestras reducidas reuniones sociales. No me atrevía por temor a confundirme, hasta el grado de no conseguir expresar mis pensamientos. Pero ese deber quedó impreso con tanta fuerza en mi mente, que cuando intentaba orar en secreto me parecía que me estaba burlando de Dios, porque había fracasado en mi intento de obedecer su voluntad. Me llené de desesperación y durante tres largas semanas ningún rayo de luz penetró las tinieblas que me habían rodeado.

Experimentaba intensos sufrimientos mentales. En algunos casos no me atrevía a cerrar los ojos durante toda la noche, sino que esperaba hasta que mi hermana gemela estuviera profundamente dormida para salir calladamente de la cama y arrodillarme en el suelo para orar silenciosamente, con una inmensa agonía de espíritu que no puedo describir. Tenía siempre ante mí los horrores de un infierno que ardía eternamente. Sabía que sería imposible para mí vivir durante mucho tiempo más en esta condición, pero no me atrevía a morir y sufrir la terrible suerte del pecador. ¡Con cuánta envidia consideraba a los que habían logrado la seguridad de haber sido aceptados por Dios! ¡Cuán preciosa resultaba la esperanza del cristiano para mi alma en agonía!

Con frecuencia permanecía postrada en oración durante casi toda la noche. Gemía y temblaba con angustia inexpresable y una desesperación que desafiaba toda descripción. ¡Señor, ten misericordia! Era mi súplica, y lo mismo que el pobre publicano, no me atrevía a levantar mis ojos hacia el cielo, sino que bajaba mi rostro hasta el suelo. Perdí peso notablemente y mis fuerzas disminuyeron, y sin embargo no compartí con nadie mi sufrimiento y desesperación. (32)

Mientras me encontraba en este estado de abatimiento tuve un sueño que me impresionó profundamente. Soñé que veía un templo hacia el que se dirigía mucha gente. Solamente los que se refugiaban en ese templo se salvarían cuando se acabara el tiempo. Todos los que permanecieran afuera se perderían para la eternidad. Las multitudes que estaban afuera se perderían para la eternidad. Las multitudes que estaban afuera y que llevaban a cabo sus tareas acostumbradas se burlaban y ridiculizaban a los que entraban en el templo. Les decían que ese plan de seguridad era un engaño astuto, y que en realidad no existía daño alguno que se debía evitar. Hasta echaron mano de algunos para impedir que se apresurasen a entrar.

Temiendo quedar en ridículo, pensé que era mejor esperar hasta que se dispersara la multitud, o hasta poder entrar sin ser vista. Pero la gente aumentaba en lugar de disminuir, por lo cual, temerosa de que fuera demasiado tarde, salí apresuradamente de mi hogar y me abrí paso dificultosamente entre la multitud. En mi afán por llegar al templo, no reparé en la muchedumbre que me rodeaba, ni me preocupé de ella. Al entrar en el edificio, vi que el amplio templo estaba sostenido por una inmensa columna a la que estaba atado un cordero mutilado y sangrante. Los que estábamos en ese lugar sabíamos que este cordero había sido desgarrado y herido por causa de nosotros. Todos los que entraban en el templo debían comparecer ante él y confesar sus pecados.

Justamente delante del cordero había asientos elevados en los que estaba sentada una cantidad de gente con aspecto muy feliz. La luz del cielo brillaba sobre sus rostros y alababan a Dios y cantaban himnos de gozoso agradecimiento que sonaban como música de ángeles. Eran los que habían comparecido ante el cordero, confesado sus pecados, recibido perdón y que ahora esperaban que sucediera algún gozoso acontecimiento.

Aun después de haber entrado en el edificio me sobrecogió un sentimiento de vergüenza porque debía humillarme delante de esa gente. Pero me sentí compelida a avanzar, y mientras caminaba lentamente para rodear la columna a fin de comparecer ante el cordero, resonó una trompeta, el templo se sacudió, los santos congregados profirieron exclamaciones de triunfo, un impresionante resplandor iluminó el edificio y luego todo quedó sumido en intensa oscuridad. La gente que había dado muestras de gran gozo había desaparecido con el resplandor, y yo quedé sola en el silencioso horror nocturno. Desperté en un estado de aflicción extrema y a duras penas pude (33) convencerme de que había estado soñando. Tuve la impresión de que se había decidido mi condenación y que el Espíritu del Señor me había abandonado para nunca más retornar.

Poco después de éste, tuve otro sueño. Me parecía estar sentada en un estado de absoluta zozobra, con la cabeza entre las manos, mientras me hacía la siguiente reflexión: si Jesús estuviera aquí en la tierra, iría a su encuentro, me arrojaría a sus pies y le contaría todos mis sufrimientos. El no se alejaría de mí, en cambio tendría misericordia de mí y yo lo amaría y le serviría para siempre. Justamente en ese momento se abrió la puerta y entró un personaje de agradable aspecto y hermoso rostro. Me miró compasivamente y me dijo: "¿Quieres ver a Jesús? El está aquí y puedes verlo si lo deseas. Toma todas tus posesiones y sígueme".

Escuché esas palabras con gozo indescriptible, reuní alegremente mis escasas posesiones, todas mis apreciadas bagatelas, y seguí a mi guía. Este me condujo hacia una escalera muy empinada y al parecer bastante endeble. Cuando comencé a subir, él me aconsejó que mantuviera los ojos fijos en el tope, porque así evitaría el mareo y no caería. Muchos de los que también realizaban el empinado ascenso caían antes de llegar arriba.

Finalmente llegamos al último peldaño y nos encontramos frente a una puerta. Mi guía me indicó que dejara todos los objetos que había traído conmigo. Lo hice gozosamente; entonces él abrió la puerta y me invitó a entrar. En el momento siguiente me encontré frente a Jesús. Era imposible no reconocer su hermoso rostro. Esa expresión de benevolencia y majestad no podía pertenecer a nadie más. Cuando volvió sus ojos hacia mí, supe de inmediato que él conocía todas las circunstancias de mi vida y hasta mis pensamientos y sentimientos más íntimos.

Procuré evitar mirada, por considerarme incapaz de soportar sus ojos penetrantes, pero él se aproximó a mí con una sonrisa, y colocando su mano sobre mi cabeza me dijo: "No temas". El sonido de su dulce voz hizo vibrar mi corazón con una felicidad que nunca antes había experimentado. Sentía tanto gozo que no pude pronunciar ni una palabra, pero, sobrecogida por la emoción, caí postrada a sus pies. Mientras me encontraba postrada pasaron ante mí escenas gloriosas y de gran hermosura, y me pareció que había alcanzado la seguridad y la paz del cielo. Por fin recuperé las fuerzas y me levanté. Los amantes ojos de Jesús todavía permanecían fijos en mí, y (34) su sonrisa colmó mi alma de gozo. Su presencia me llenó con santa reverencia y amor inefable.

A continuación mi guía abrió la puerta y ambos salimos. Me indicó que nuevamente tomara mis posesiones que había dejado afuera, y me entregó una cuerda de color verde bien enrollada. Me dijo que la colocara cerca de mi corazón, y que cuando deseara ver a Jesús la sacara y la estirara todo lo posible. Me advirtió que no debía dejarla enrollada durante mucho tiempo porque en ese caso se anudaría y resultaría difícil estirarla. Coloqué la cuerda cerca de mi corazón y descendí gozosamente por la estrecha escalera, alabando a Dios y diciendo a todas las personas con quienes me encontraba dónde podían encontrar a Jesús. Este sueño me llenó de esperanza. Para mí, la cuerda verde representaba la fe, y comenzó a surgir en mi alma la belleza y sencillez de la confianza en Dios.

Esta vez confié a mi madre todas mis aflicciones y mis dudas. Ella me expresó tierna simpatía, me animó y sugirió que fuera a pedir consejo al pastor Stockman, quien por entonces predicaba la doctrina del advenimiento en Pórtland. Tenía gran confianza en él porque era un dedicado siervo de Cristo. Cuando él escuchó mi historia, me colocó afectuosamente la mano en la cabeza y me dijo con lágrimas en los ojos: "Elena, eres tan sólo una niña. Tu experiencia resulta algo muy singular para alguien de tu edad. Seguramente Jesús te está preparando para una obra especial".

Luego me dijo que aunque yo fuera una persona de edad madura y asaltada por la duda y la desesperación, de todos modos me diría que él sabía que existía esperanza para mí mediante el amor de Jesús. Precisamente la agonía mental que había experimentado constituía una evidencia positiva de que el Espíritu del Señor luchaba conmigo. Dijo que cuando el pecador se endurece en su culpa, no llega a comprender la enormidad de su transgresión, sino que se complace en la seguridad de que obra correctamente y no corre ningún peligro en particular. El Espíritu del Señor termina por abandonarlo y él se pone descuidado e indiferente o bien temerariamente desafiante. Este bondadoso pastor me habló del amor de Dios por sus hijos que yerran, y que en lugar de regocijarse en su destrucción, él anhela atraerlos hacia sí con fe sencilla y confianza. Me habló detenidamente del gran amor de Cristo y del plan de salvación.

Habló de la desgracia que me había sucedido temprano en mi vida y dijo que era una penosa aflicción, pero me instó a creer que la (35) mano del Padre amante no se había retirado de mí; que en mi vida futura, cuando se hubiera desvanecido la bruma que oscurecía mi mente, entonces yo discerniría la sabiduría de la Providencia que me había parecido tan cruel e inescrutable. Jesús dijo a uno de sus discípulos: "Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora, mas lo entenderás después" (Juan 13:7). En el futuro grandioso ya no veremos las cosas oscuramente, como en un espejo, sino que nos encontraremos directamente con los misterios del amor divino.

"Elena –me dijo el pastor-, ahora puedes retirarte en plena libertad; regresa a tu hogar confiando en Jesús, porque él no retirará su amor de ninguna persona que busca de verdad". A continuación oró fervorosamente por mí, y tuve la impresión de que Dios ciertamente consideraría la oración de su santo, aunque no escuchara mis humildes peticiones. Me retiré reconfortada y animada.

Durante los pocos minutos en que recibí instrucciones del pastor Stockman, había obtenido más conocimiento acerca del tema del amor de Dios y de su misericordia que los que había recibido de todos los sermones y exhortaciones que había escuchado hasta ese momento. Volví a casa y nuevamente me puse ante la presencia del Señor, prometiéndoles hacer y soportar cualquier cosa que él requiriera de mí, si tan sólo la sonrisa de Jesús llenaba de gozo mi corazón. Me fue presentado el

mismo deber que me había angustiado anteriormente: tomar mi cruz entre el pueblo de Dios congregado. No tuve que esperar mucho la oportunidad, porque esa misma noche hubo una reunión de oración a la que asistí.

Me postré temblando durante las oraciones que se ofrecieron. Después que hubieron orado unas pocas personas, elevé mi voz en oración antes de darme cuenta de lo que hacía. Las promesas de Dios se me presentaron como otras tantas perlas preciosas que podía recibir si tan sólo las pedía. Durante la oración desaparecieron la preocupación y la aflicción extrema que había soportado durante tanto tiempo, y la bendición del Señor descendió sobre mí como suave rocío. Alabé a Dios desde la profundidad de mi corazón. Todo quedó excluido de mi mente, menos Jesús y su gloria, y perdí la noción de lo que sucedía a mi alrededor.

El Espíritu de Dios descansó sobre mí con tanto poder que esa noche no pude regresar a casa. Cuando volví al día siguiente había ocurrido un gran cambio en mi mente. Me parecía que difícilmente podía ser la misma persona que había salido de la casa paterna la (36) noche anterior. El siguiente pasaje se presentaba con insistencia en mi mente: "Jehová es mi pastor; nada me faltará" (Sal. 23:1). Mi corazón se llenaba de felicidad mientras repetía suavemente estas palabras.

Cambió mi concepto del Padre. Ahora lo consideraba como un Padre cariñoso y no como un severo tirano que obligaba a los seres humanos a someterse a una obediencia ciega. Sentí en mi corazón un profundo y ferviente amor. Obedecer a su voluntad era para mí una experiencia gozosa y me resultaba placentero estar a su servicio. Ninguna sombra empañaba la luz que me revelaba la perfecta voluntad de Dios. Sentí la seguridad que provenía del Salvador que había establecido su morada en mi interior, y comprendí la verdad de lo que Cristo había dicho: "El que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida" (Juan 8:12)

La paz y felicidad que ahora sentía contrastaban de tal manera con la melancolía y la angustia que había sentido, que me parecía que había sido rescatada del infierno y transportada al cielo. Hasta pude alabar a Dios por el infortunio que había sido la prueba de mi vida, porque había sido el medio utilizado para fijar mis pensamientos en la eternidad. Debido a que era naturalmente orgullosa y ambiciosa pude no haberme sentido inclinada a entregar mi corazón a Jesús, de no haber medido la amarga aflicción que en cierto modo me había separado de los triunfos y vanidades del mundo.

Durante seis meses ni una sombra abrumó mi mente, ni tampoco descuidé ningún deber conocido. Todo mi esfuerzo se concentraba en hacer la voluntad de Dios y en mantener a Jesús de continuo en mi mente. Estaba sorprendida y extasiada con los claros conceptos que ahora se me presentaban acerca de la expiación y la obra de Cristo. No intentaré dar explicaciones adicionales de mis esfuerzos mentales: basta decir que las cosas antiguas habían desaparecido y todas habían sido hechas nuevas. No había una sola nube que echara a perder mi perfecta felicidad. Anhelaba referir la historia del amor de Jesús, pero no me sentía inclinada a entablar conversaciones comunes con nadie. Mi corazón rebosaba de tal manera de amor a Dios y de la paz que sobrepasa todo entendimiento, que experimentaba gran placer en la meditación y la oración.

La noche siguiente después de haber recibido una bendición tan grande, asistí a una reunión en la que se hablaba de la venida de Cristo. Cuando llegó el momento de que los seguidores de Cristo hablaran en su favor, no pude guardar silencio, así que me levanté y (37) referí mi experiencia. No había ensayado lo que tenía que decir, por lo que el sencillo relato del amor de Jesús hacia mí brotó de mis labios con perfecta libertad, y tenía el corazón tan lleno de gozo por haber sido liberada de la esclavitud de la negra desesperación, que perdí de vista a la gente que me rodeaba y me pareció estar sola con Dios. No encontré dificultad alguna para expresar la paz y la felicidad que me embargaban, a no ser por las lágrimas de gratitud que en algunos momentos ahogaban mi discurso mientras hablaba del maravilloso amor que Jesús me había manifestado.

El pastor Stockman estaba presente. Me había visto recientemente en profunda desesperación y el cambio notable que se había operado tanto en mi apariencia como en mis pensamientos conmovió su

corazón. Lloró abiertamente, se regocijó conmigo y alabó a Dios por esta prueba de su tierna misericordia y compasión.

Poco tiempo después de recibir esta gran bendición asistí a una predicación en la iglesia cristiana dirigida por el pastor Brown. Me invitaron a que refiriera mi experiencia, y no sólo pude expresarme libremente, sino que experimenté felicidad al referir mi sencilla historia acerca del amor de Jesús y del gozo que uno siente al ser aceptado por Dios. Mientras hablaba con el corazón contrito y los ojos llenos de lágrimas, mi espíritu, lleno de agradecimiento, se sintió elevado hacia el cielo. El poder subyugador del Señor descendió sobre la congregación. Muchos lloraban y otros alababan a Dios.

Se invitó a los pecadores a levantarse para que se orara por ellos y fueron muchos los que respondieron. Tenía el corazón tan lleno de agradecimiento por la bendición que Dios me había concedido, que anhelaba que también otros participaran en ese gozo sagrado. Sentía profundo interés por las personas que pudieran estar sufriendo por tener la impresión de que Dios sentía desagrado hacia ellos y debido a las cargas del pecado. Mientras relataba lo que había experimentado tuve la impresión de que nadie podría resistir la evidencia del amor perdonador de Dios que había producido un cambio tan admirable en mí. La realidad de la verdadera conversión me pareció tan clara que sentí deseos de ayudar a mis jóvenes amistades para que entraran en la luz, y en toda oportunidad que tuve ejercí mi influencia para alcanzar ese objetivo.

Organicé reuniones con mis jóvenes amistades, algunas de las cuales tenían considerablemente más edad que yo, y hasta había personas (38) casadas entre ellas. Algunas eran vanas e irreflexivas, por lo que mi experiencia les parecía un relato sin sentido; y no prestaron atención a mis ruegos. Pero yo tomé la determinación de que mis esfuerzos nunca cesarían hasta que esas personas por quienes sentía interés se entregaran a Dios. Pasé varias noches enteras orando fervorosamente a favor de las personas por quienes me había propuesto trabajar y orar.

Unas cuantas se habían reunido con nosotros llevadas por la curiosidad, a fin de escuchar lo que yo diría; debido a mis esfuerzos tan persistentes, pensaban que yo estaba fuera de mí, especialmente cuando ellas no manifestaban ninguna preocupación de su parte. Pero en todas nuestras pequeñas reuniones continué exhortando y orando por cada una individualmente, hasta que todas se hubieran entregado a Jesús y reconocido los méritos de su amor perdonador. Todas se convirtieron a Dios.

En mis sueños de todas las noches me veía trabajando a favor de la salvación de la gente. En tales ocasiones se me presentaban algunos casos especiales, y posteriormente buscaba a esas personas y oraba con ellas. En todos los casos, con excepción de uno, esas personas se entregaron al Señor. Algunos de nuestros hermanos más formales tenían la impresión de que yo actuaba con un celo excesivo al buscar la conversión de la gente, pero a mí me parecía que el tiempo era tan corto que todos los que tenían la esperanza puesta en una bendita inmortalidad y aguardaban la pronta venida de Cristo tenían el deber de trabajar infatigablemente por los que todavía vivían en pecado y se encontraban al borde de una ruina terrible.

Aunque yo era muy joven tenía el plan de salvación tan claramente delineado en mi mente, y mi experiencia personal había sido tan notable, que después de considerar el asunto me di cuenta que tenía el deber de continuar mis esfuerzos a favor de la salvación de las preciosas almas y que debía continuar mis esfuerzos a favor de la salvación de las preciosas almas y que debía continuar orando y confesando a Cristo en cada oportunidad que tuviera. Ofrecí mi ser entero al servicio de mi Maestro. Sin importarme lo que sucediera, decidí agradar a Dios y vivir como alguien que esperaba que el Salvador vendría y recompensaría su fidelidad. Me sentí como un niñito que acudía a Dios como a su padre para preguntarle lo que él deseaba que hiciera. Luego, cuando comprendí claramente cuál era mi deber, me sentí sumamente feliz al llevarlo a cabo. A veces experimenté (39) pruebas muy peculiares. Los que tenían más experiencias que yo trataban de retenerme y de enfriar el ardor de mi fe; pero con la sonrisa de Jesús que iluminaba mi vida y el amor de Dios en mi corazón, seguí adelante con un espíritu gozoso.

Cada vez que pienso en las experiencias tempranas de mi vida, mi hermano, el confidente de mis esperanzas y temores, el que simpatizaba fervientemente conmigo en mi experiencia cristiana, se presenta en mi recuerdo envuelto en una ola de sentimientos de ternura. El era una de esas personas para quienes el pecado presenta tan sólo pocas tentaciones. Con una inclinación natural hacia la devoción, nunca buscó la compañía de la gente joven y alegre, sino más bien la compañía de los cristianos cuya conversación podía instruirlo en el camino de vida. Se comportaba con una seriedad que no correspondía a sus años; poseía una disposición suave y pacífica, y tenía la mente casi siempre llena con sentimientos religiosos. Los que lo conocían decían que su vida era un modelo para los jóvenes y un ejemplo viviente de la gracia y hermosura del cristianismo verdadero.

Alejamiento de la Iglesia Metodista.-

La familia de mi padre todavía asistía ocasionalmente a la iglesia metodista y también a las clases de instrucción que se llevaban a cabo en hogares particulares. Cierta noche mi hermano Roberto y yo fuimos a una de esas reuniones. El anciano encargado se encontraba presente. Cuando llegó el turno de mi hermano, éste habló con gran humildad, a la vez que claramente, acerca de la necesidad de hacer una preparación completa para encontrarse con nuestro Salvador cuando viniera en las nubes de los cielos con poder y gran gloria. Mientras mi hermano hablaba, su rostro generalmente pálido brilló con una luz celestial. Pareció ser transportado en espíritu más allá del lugar en que se encontraba y habló como si estuviera en la presencia de Jesús. Cuando llegó mi turno de hablar, me levanté con libertad de espíritu y con un corazón lleno de amor y paz. Referí la historia de mi gran sufrimiento bajo la convicción del pecado, de cómo finalmente había recibido la bendición buscada tanto tiempo, y de mi completa (40) conformidad a la voluntad de Dios. Entonces expresé el gozo que experimentaba por las nuevas de la pronta venida de mi Redentor para llevar a sus hijos al hogar celestial.

En mi sencillez esperaba que mis hermanos y hermanas metodistas comprendieran mis sentimientos y se regocijaran conmigo. Pero quedé frustrada, porque varias hermanas expresaron su desagrado haciendo ruido con la boca, moviendo ruidosamente las sillas y volviéndose de espaldas. Puesto que no hallé nada que pudiera haberlas ofendido, hablé brevemente, sintiendo la helada influencia de su desaprobación. Cuando terminé, el pastor B. me preguntó si no sería más agradable vivir una larga vida de utilidad, haciendo bien a otros, que desear que Jesús viniera pronto y destruyera a los pobres pecadores. Repliqué que anhelaba la venida de Jesús. Entonces el pecado llegaría a su final y disfrutaríamos para siempre de la santificación, sin que existiera el diablo para tentarnos y descarriarnos.

Luego me preguntó el pastor si yo no prefería morir en paz en mi cama antes que pasar por el dolor de ser cambiada durante mi vida de un estado mortal a uno de inmortalidad. Le respondí que deseaba que Jesús viniera y llevara a sus hijos; y estaba dispuesta a vivir o a morir, según fuera la voluntad de Dios y que podría fácilmente soportar todo el dolor que se pudiera sufrir en un momento, en un abrir y cerrar de ojos; que deseaba que las ruedas del tiempo giraran rápidamente y trajeran el día deseado cuando estos cuerpos viles fueran transformados a la semejanza del gloriosísimo cuerpo de Cristo. También expresé que cuanto más cerca vivía de Señor, tanto más fervientemente anhelaba que él apareciera. Al llegar a ese punto, algunos de los presentes dieron muestras de mucho desagrado.

Cuando el anciano que dirigía habló a otros en la clase, expresó gran gozo en la anticipación del milenio temporal, cuando la tierra sería llenada de conocimiento del Señor, así como las aguas cubren el mar. Dijo que anhelaba el advenimiento de ese período. Una vez terminada la reunión tuve la impresión de que las mismas personas que antes me habían tratado con bondad y amistad ahora me trataban con marcada frialdad. Mi hermano y yo regresamos al hogar porque el tema de la pronta venida de Jesús despertaba en ellos una oposición tan enconada. Si embargo, estábamos agradecidos

porque podíamos discernir la preciosa luz y regocijarnos en la espera de la venida del Señor. (41)

Poco después de esos acontecimientos volvíamos a asistir a una clase de instrucción. Deseábamos tener la oportunidad de hablar del precioso amor de Dios que nos animaba interiormente. Especialmente yo deseaba hablar de la bondad y la misericordia que Dios había tenido conmigo. Había experimentado un cambio tan grande que me parecía que era mi deber aprovechar toda oportunidad para testificar del amor del Salvador.

Cuando llegó mi turno de hablar, expuse las evidencias que me hacían disfrutar del amor de Jesús, y dije que esperaba con gran anticipación el pronto encuentro con mi redentor. La creencia de que la venida de Cristo estaba cercana había conmovido mi espíritu y me había inducido a buscar con más fervor la santificación del Espíritu de Dios. A esta altura de mi exposición, el dirigente de la clase me interrumpió diciendo: "Usted ha recibido la santificación mediante el metodismo, mediante el *metodismo,* hermana, y no por medio de una teoría errónea". Me sentí compelida a confesar la verdad que no había sido mediante el metodismo que mi corazón había recibido su nueva bendición, sino por medio de las conmovedoras verdades concernientes a la aparición personal de Jesús. Mediante ellas había encontrado paz, gozo y perfecto amor. Así concluyó mi testimonio, que era el último que había de dar en una clase con mis hermanos metodistas.

A continuación Roberto habló con su característica humildad, y sin embargo en una forma tan clara y conmovedora que algunas personas lloraron y quedaron muy enternecidas; pero otras tosieron para mostrar su desaprobación y se mostraron muy inquietas. Después de terminada la clase, volvimos a hablar acerca de nuestra fe y quedamos asombrados de que nuestros hermanos y hermanas cristianos no pudieran soportar que se hablara de la venida de nuestro Salvador. Pensamos que si en realidad amaban a Jesús como decían, no debería molestarles tanto oír hablar de su segunda venida, sino, por lo contrario, deberían recibir las nuevas con gozo.

Llegamos a la conclusión de que ya no debíamos seguir asistiendo a reuniones de instrucción. La esperanza de la gloriosa venida de Cristo llenaba nuestras almas y encontraría expresión cuando nos levantábamos para hablar. Ya sabíamos que esto despertaba el enojo de los presentes contra los dos humildes niños que se atrevían a desafiar la oposición y a hablar de la fe que había llenado sus corazones de paz y felicidad. Era evidente que ya no podríamos hablar con (42) libertad en esas reuniones de instrucción, porque nuestros testimonios despertaban burlas y provocación sarcástica que percibíamos al final de las reuniones, procedentes de hermanos y hermanas a quienes habíamos respetado y amado.

Por ese tiempo los adventistas llevaban a cabo reuniones en el Beethoven Hall. Mi padre y su familia asistían regularmente a ellas. Se pensaba que la segunda venida de Cristo ocurriría en el año 1843. Parecía tan corto el tiempo en que se pudieran salvar las almas, que resolví hacer todo lo que fuera posible para conducir a los pecadores a la luz de la verdad. Pero parecía imposible que una persona tan joven como yo y de la salud débil pudiera efectuar una contribución importante en esa obra grandiosa. Tenía dos hermanas en casa: Sara, varios años mayor que yo, y mi hermana melliza, Elizabeth. Conversamos de este tema entre nosotras y decidimos ganar el dinero que nos fuera posible y gastarlo en comprar libros y folletos para distribuirlos gratuitamente. Eso era lo mejor que podíamos hacer. Y aunque era poco, lo llevamos a cabo gozosamente. Yo podía ganar solamente 25 centavos de dólar por día; pero me vestía con sencillez, y no gastaba nada en adornos innecesarios, porque la vana ostentación me parecía pecaminosa. Por eso siempre tenía un pequeño fondo en reserva para comprar libros adecuados. Este material lo entregaba a personas de confianza para que lo enviaran al extranjero.

Yo consideraba muy valiosa cada hoja impresa, porque era un mensajero de luz enviado al mundo, que instaba a prepararse para el gran acontecimiento que estaba por ocurrir. Día a día me sentaba en la cama apoyada en almohadas para hacer mi trabajo con dedos temblorosos. ¡Con cuánto cuidado guardaba las preciosas monedas de plata que recibía por mi trabajo, y que debía gastar para comprar material de lectura que iluminara y despertara a los que se encontraban en tinieblas! No sentía tentación

alguna de gastar lo que ganaba en cosas que me produjeran satisfacción personal; la salvación de las almas constituía la preocupación de mi mente, y sentía aflicción por los que se hacían ilusiones pensando que vivían en seguridad, mientras el mensaje de amonestación se estaba dando al mundo.

Cierto día escuché una conversación entre mi madre y una hermana, con respecto a una conferencia a la que habían asistido recientemente, en la que habían oído decir que el alma carecía de inmortalidad natural. Repitieron algunos pasajes bíblicos que el pastor (43) había ofrecido como prueba. Entre ellos recuerdo los siguientes, que me causaron una fuerte impresión: "El alma que pecare esa morirá" (Eze. 18:20). "Porque los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben" (Ecle. 9:5). "La cual a su tiempo mostrará el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad" (1Tim. 6:15-16). "Vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad" (Rom. 2:7). Después de haber citado mi madre el último pasaje mencionado, dijo.

-¿Por qué tendrían que buscar lo que ya poseen?

Escuché esas nuevas ideas con un interés profundo y doloroso. Cuando quedamos solas con mi madre, le pregunté si realmente creía que el alma no era inmortal. Respondió que le parecía que habíamos estado creyendo el error acerca de ese tema como también otros.

-Pero, mamá –le dije-, ¿cree usted realmente que el alma duerme en la tumba hasta la resurrección? ¿Cree usted que el cristiano cuando muere, no va inmediatamente al cielo o el pecador al infierno?

-La Biblia no proporciona ninguna prueba de que existe un infierno que arda eternamente –contestó-. Si existiera tal lugar, tendría que ser mencionado en la Sagrada Escritura.

-¡Pero, mamá! –exclamé asombrada-. ¡Esta es una extraña forma de hablar! Si usted en realidad cree en esa extraña teoría, no se lo diga a nadie, porque temo que los pecadores obtengan seguridad de esta creencia y no deseen nunca buscar al Señor.

-Si esto es una verdad bíblica genuina –replicó ella-, en lugar de impedir la salvación de los pecadores será el medio de ganarlos para Cristo. Si el amor de Dios no basta para inducir a los rebeldes a entregarse, los terrores de un infierno eterno no los inducirán al arrepentimiento. Además, no parece ser una manera correcta de ganar almas para Jesús, apelando al temor abyecto, uno de los atributos más bajos de la mente. El amor de Jesús atrae y subyuga hasta el corazón más endurecido.

Varios meses después de esta conversación volví a oír algo más acerca de esta doctrina; pero durante ese tiempo había tenido la mente muy preocupada con el tema. Cuando oí predicar acerca de él, creí que era la verdad. Desde el momento en que mi mente se iluminó con la enseñanza acerca del estado de los muertos, desapareció (44) el misterio que había rodeado la resurrección, y ese gran acontecimiento se revistió de una importancia nueva y sublime. Con frecuencia me había sentido perturbada debido a mis esfuerzos por reconciliar la recompensa o castigo inmediatos que se referían a la muerte, con el hecho indudable de una resurrección y un juicio futuro. Si en el momento de la muerte el alma entraba en un estado de felicidad o de desgracia eterna, ¿qué necesidad había de una resurrección del pobre cuerpo convertido en polvo?

Pero esta nueva fe me enseñó la razón por la que los autores inspirados se habían explayado tanto en el tema de la resurrección del cuerpo; se debía a que el ser total dormía en el sepulcro. Ahora podía percibir claramente el error de nuestra posición anterior con respecto a este tema. La confusión y la inutilidad de un juicio final llevado a cabo después que las almas de los muertos ya habían sido juzgadas y se les había asignado su suerte, resultaban ahora muy evidentes. Comprendí que la esperanza de las afligidas personas que habían perdido seres amados se encuentra en aguardar el día glorioso cuando el Dador de la vida romperá las cadenas del sepulcro y los muertos justos resucitarán y abandonarán su prisión para ser revestidos con la gloriosa vida inmortal.

Toda nuestra familia se interesaba en la doctrina de la pronta venida del Señor. Mi padre era considerado desde hacía mucho tiempo una de las columnas de la iglesia metodista en el lugar donde vivíamos, y también las personas que componían el resto de la familia habían sido miembros activos.

Pero no habíamos guardado en secreto nuestra nueva creencia, aunque tampoco procurábamos imponerla a otras personas en ocasiones que no fueran apropiadas, ni manifestábamos hostilidad hacia nuestra iglesia. Sin embargo, el pastor metodista nos hizo una visita especial para informarnos que nuestra fe y el metodismo no podían estar de acuerdo. No preguntó cuáles eran las razones de nuestra creencia ni hizo referencia alguna a la Biblia a fin de convencernos de nuestro error; en cambio declaró que habíamos adoptado una nueva creencia extraña, que la iglesia metodista no podía aceptar.

Mi padre contestó que el pastor se equivocaba al llamar nuestra creencia una doctrina nueva y extraña, y añadió que Cristo mismo, al enseñar a sus discípulos, había predicado acerca de su segunda venida. Dijo: "En la casa de mi padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para (45) vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis" (Juan 14:2-3). Cuando Jesús fue llevado al cielo en presencia de sus discípulos y una nube lo recibió y lo ocultó de la vista de ellos, estando sus fieles seguidores con los ojos puestos en el cielo, aun después que Jesús había desaparecido de su vista. "He aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo" (Hechos 1:10-11).

Mi padre continuó diciendo: "El inspirado apóstol Pablo escribió una carta para animar a sus hermanos de Tesalónica, en la que les dijo: "Y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado de todos los que creyeron" (2 Tes. 1:7-10). "´ Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras`" (1 Tes. 4:16-18).

"Esta es la autoridad superior que respalda nuestra fe. Jesús y sus apóstoles hablaron extensamente acerca de la gozosa y triunfante segunda venida de Cristo y los santos ángeles proclaman que Cristo, quien ascendió al cielo, volverá otra vez. En esto consiste nuestro agravio, en creer en la Palabra de Jesús y de sus discípulos. Esta es una doctrina muy antigua y no está manchada por la herejía".

El pastor no hizo ningún esfuerzo por presentar algún texto bíblico que pudiera probar que estábamos en error; en cambio se excuso diciendo que debía irse porque ya no tenía más tiempo. Nos aconsejó que nos retiráramos calladamente de la iglesia para evitar ser sometidos a un proceso público. Sabíamos que otros miembros de la iglesia habían sido tratados en la misma forma por idéntica causa, y no deseábamos que se entendiera que nos avergonzábamos (46) de reconocer públicamente nuestra fe, o que éramos incapaces de respaldarla con las Escrituras; de modo que mis padres insistieron en que se les informara cuáles eran las razones que motivaban el pedido del pastor.

Obtuvieron como única respuesta una declaración evasiva según la cual habíamos contrariado los reglamentos de la iglesia, y que lo mejor que podíamos hacer era retirarnos voluntariamente de ella a fin de evitar un juicio público. Contestamos que preferíamos ser sometidos a juicio, y exigimos saber qué pecado se nos imputaba, ya que estábamos conscientes de no haber cometido ningún mal al esperar con amor la segunda venida de nuestro Salvador.

Poco tiempo después se nos notificó que debíamos presentarnos en una reunión que se efectuaría en un aposento anexo de la iglesia. Había pocos miembros presentes. La influencia de mi padre y su familia era tal que nuestros opositores no habían querido presentar nuestro caso a toda la congregación. El único cargo que se nos imputó fue que habíamos contrariado los reglamentos de la iglesia. Cuando preguntamos cuáles reglamentos habíamos asistido a otras reuniones y que habíamos descuidado de

reunirnos regularmente con nuestra clase. Contestamos que parte de la familia había estado en el campo durante cierto tiempo, que ninguno de los que habían permanecido en la ciudad se había ausentado de las reuniones de instrucción por más de unas pocas semanas, y que se habían permanecido en la ciudad se había ausentado de las reuniones de instrucción por más de unas pocas semanas, y que se habían visto moralmente obligados a permanecer alejados porque los testimonios que habían dado habían sido recibidos con mucha desaprobación. También les recordamos que algunas personas que no habían asistido a las reuniones de instrucción durante un año todavía seguían siendo miembros regulares de la iglesia.

Se nos preguntó si estábamos dispuestos a confesar que nos habíamos alejado de sus reglamentos, y también que si prometíamos conformarnos a ellos en el futuro. Contestamos que no nos atrevíamos a abandonar nuestra fe o a negar la sagrada verdad de Dios, que no podíamos abandonar la esperanza de la pronta venida de nuestro Redentor, y que debíamos seguir adorando a nuestro Señor en la misma forma, aunque ellos lo consideraran una herejía. Mi padre recibió la bendición de Dios al presentar su defensa y todos nos retiramos experimentado una gran libertad y gozosos en el conocimiento de que obrábamos rectamente y teníamos la aprobación de Jesús. (47)

El domingo siguiente, al comienzo de la celebración religiosa llamada ágape, el anciano de la iglesia que dirigía leyó nuestros nombres, siete en total, y dijo que habíamos sido eliminados de la iglesia. Declaró que no se nos expulsaba debido a conducta indebida o inmoral, que teníamos un carácter sin tacha y una reputación envidiable, pero que habíamos sido declarados culpables de contrariar los reglamentos de la Iglesia Metodista. También declaró que con eso se había abierto una puerta y que todos los que fueran hallados culpables de quebrantar los reglamentos en forma similar, serían tratados en la misma forma.

En la iglesia había muchos miembros que esperaban la venida del Salvador, y esta amenaza se hizo con el propósito de amedrentarlos a fin de que se sometieran a las creencias de la iglesia. En algunos casos este procedimiento produjo los resultados deseados, y algunos vendieron el favor de Dios por un lugar en la iglesia. Muchos creían, pero no se atrevían a confesar su fe por temor a ser expulsados. Sin embargo, algunos se retiraron poco después y se unieron al grupo de los que esperaban la venida del Salvador.

En un tiempo como éste consideramos de mucha ayuda las siguientes palabras del profeta: “Vuestros hermanos que os aborrecen, y os echan fuera por causa de mi nombre, dijeron: Jehová sea glorificado. Pero él se mostrará para la alegría vuestra, y ellos serán confundidos” (Isa.66:5).

Oposición de los hermanos nominales.-

Durante seis meses ni una sola nube se interpuso entre mí y mi Salvador. Cuando quiera que se presentaba la oportunidad daba mi testimonio y me sentía muy bendecida. A veces el Espíritu de Dios reposaba sobre mí con tanto poder que me abandonaban mis fuerzas. Esto no era bien recibido por algunas personas que habían salido de las iglesias establecidas, quienes hacían observaciones que me afligían considerablemente. Muchos no podían creer que una persona pudiera recibir el Espíritu Santo con tanta intensidad que llegara a perder sus fuerzas. Mi posición era sumamente aflictiva. (48) Comencé a razonar que tal vez tenía alguna justificación para no dar testimonio en las reuniones, y en esa forma evitar recargar mis sentimientos cuando había tanta oposición en los corazones de algunos que eran mayores que yo y tenían más experiencia.

Adopté durante un tiempo este plan de guardar silencio, tratando de convencerme de que el hecho de no dar mi testimonio no me impediría vivir fielmente mi religión. A menudo experimenté una convicción definida de que era mi deber hablar en las reuniones, pero me abstuve de hacerlo, debido a lo cual sentí que había afligido al Espíritu de Dios. Hasta me mantuve alejada de las reuniones en

algunas ocasiones cuando asistirían personas a quienes mi testimonio molestaba. No quería ofender a mis hermanos, lo cual permitió que el temor a los seres humanos bloqueara esa comunión ininterrumpida que había tenido con Dios y que había sido de tanta bendición para mí durante muchos meses.

Habíamos establecido reuniones de oración en diferentes lugares de la ciudad para acomodar a todos los que deseaban asistir. Asistió a una de esas reuniones la familia que me había presentado la oposición más enconada. En esa ocasión, mientras la congregación se encontraba orando, el Espíritu del Señor descendió sobre la reunión, y uno de los miembros de esa familia cayó postrado como si hubiera muerto. Sus llorosos familiares lo rodearon, comenzaron a frotarle las manos y aplicarle medicamentos restaurativos. Finalmente recuperó fuerzas suficientes para alabar a Dios, y acalló los temores de sus familiares con fuertes exclamaciones de triunfo motivadas por las evidencias de que había recibido el poder del Señor sobre él. Ese joven fue incapaz de regresar a su hogar esa noche.

La familia consideró esto como una manifestación del Espíritu de Dios, pero no los convenció de que fuera el mismo poder divino que en algunas ocasiones había descendido sobre mí privándome de mi fuerza natural e inundando mi alma con la paz y el amor de Jesús. Dijeron espontáneamente que no era posible dudar de mi sinceridad y de mi perfecta honradez, pero afirmaron que yo me encontraba engañada por mí misma al considerar que eso era el poder del Señor, cuando era únicamente el resultado de mis propios sentimientos agitados.

Sentí mucha incertidumbre debido a esta oposición, y al aproximarse la fecha de nuestra reunión regular, llegué a dudar de la conveniencia de asistir. Durante algunos días sentí gran aflicción a causa (49) de los sentimientos que se habían manifestado hacía mí. Finalmente decidí quedarme en casa para escapar de la crítica de mis hermanos. En mis afligidas oraciones repetía una vez y otra estas palabras: “Señor, ¿Qué quieres que haga?” La respuesta que recibía mi corazón me llevaba a confiar en mi Padre celestial y a esperar pacientemente conocer su voluntad. Me entregué al Señor con la simple confianza de una niña, recordando que había prometido que los que le siguen no andarán en tinieblas.

Un sentido del deber me impulsó a asistir a la reunión, y fui con la plena seguridad de que todo saldría bien. Mientras nos encontrábamos postrados ante el Señor oré con fervor y fui recompensada con la paz que únicamente Cristo puede dar. Me regocijé en el amor del Salvador y mis fuerzas físicas me abandonaron. Únicamente pude decir con fe infantil: “El cielo es mi hogar y Cristo es mi Redentor”.

Un miembro de la familia mencionada anteriormente, que se oponía a las manifestaciones del poder de Dios que yo experimentaba, dijo en esta ocasión que me encontraba en un estado de agitación que yo tenía el deber de resistir, pero que en lugar de hacerlo, él cría que yo hacía un esfuerzo por fomentarlo como señal del favor de Dios. Sus dudas y su oposición no me afectaron esta vez, porque me sentía aislada con el Señor y elevada por encima de toda influencia exterior; pero no bien esta persona había dejado de hablar, un hombre de gran fortaleza física que era un cristiano dedicado y humilde, cayó postrado por el poder de Dios ante sus propios ojos, y el aposento quedó lleno con el poder del Espíritu Santo.

Al recobrarme, me sentí feliz de dar mi testimonio a favor de Jesús y hablar del amor manifestado por mí. Confesé mi falta de fe en las promesas de Dios y el error en que había incurrido al estorbar las insinuaciones del Espíritu Santo por temor a los hombres, y reconocí que, a pesar de mi desconfianza, él había derramado sobre mí una evidencia de su amor y gracia sustentadora que yo no había buscado. El hermano que me había presentado tanta oposición, finalmente se levantó de su postramiento y con lágrimas confesó que había estado completamente equivocado en su manera de pensar acerca de las manifestaciones que yo experimentaba. Me pidió perdón con toda humildad, y finalmente dijo: “Hermana Elena, en adelante no volveré a poner siquiera una paja en su camino. Dios me (50) ha mostrado la frialdad y obstinación de mi corazón, que él ha quebrantado mediante la evidencia de su poder. He estado sumamente equivocado”.

Luego, volviéndose a la congregación, declaró: "Al ver tan feliz a la Hna. Elena, pensaba por qué yo no podía experimentar la misma felicidad. ¿Por qué el Hermano R no recibe la misma evidencia? Porque yo estaba convencido de que él era un cristiano devoto, y sin embargo ese poder no había descendido sobre él. Elevé una oración silenciosa pidiendo que si ésta era la santa influencia de Dios, el hermano R pudiera experimentarla esta noche.

"Apenas había expresado mi deseo cuando el hermano R cayó postrado por el poder de Dios, exclamando: ´¡Dejemos que Dios obre`! He llegado a la convicción de que he estado luchando contra el Espíritu Santo, pero no seguiré afligiéndolo con mi porfiada incredulidad. ¡Bienvenida, luz! ¡Bienvenido, Jesús! He estado descarriado y endurecido, sintiéndome ofendido cuando alguien alababa a Dios y manifestaba plenitud de gozo en su amor; pero ahora han cambiado mis sentimientos y ha terminado mi oposición, porque Jesús ha abierto mis ojos y yo mismo podría lanzar exclamaciones de alabanza. He dicho cosas desagradables e hirientes de la Hna. Elena, de las que ahora me arrepiento, y oro porque ella me perdona y también todos los presentes".

A continuación el hermano R dio su testimonio. Tenía el rostro iluminado por la luz celestial y alababa a Dios por las cosas admirables que había llevado a cabo esa noche. Declaró: "Este lugar es muy solemne debido a la presencia del altísimo. Hna. Elena, en el futuro usted tendrá nuestra ayuda y nuestra reconfortante simpatía en lugar de la cruel oposición que se le ha demostrado. Hemos estado ciegos a las manifestaciones del Espíritu Santo de Dios".

"Con esto, todos los opositores pudieron ver que estaban equivocados y confesaron que las manifestaciones presenciadas en realidad procedían del Señor. Poco después de eso, en una reunión de oración, el hermano que había confesado que estaba equivocado en su oposición, experimentó el poder de Dios en grado tan intenso que su rostro brilló con luz celestial y cayó postrado sin fuerzas. Cuando recuperó las fuerzas, volvió a reconocer que había estado luchando ignorantemente contra el Espíritu del Señor al abrigar sentimientos negativos contra mí. En otra reunión de oración, otro miembro de la misma familia tuvo la misma experiencia y dio un testimonio similar. (51) Algunas semanas más tarde, mientras la numerosa familia del Hno. P se encontraba dedicada a la oración en su hogar, él Espíritu de Dios pasó por la habitación e hizo caer postrados a los peticionantes que se encontraban arrodillados. Mi padre llegó poco después a ese hogar y los encontró a todos, tanto a los padres como a los hijos, abatidos por el poder de Dios.

El frío formalista comenzó a desaparecer bajo la poderosa influencia del Altísimo. Todos los que habían manifestado oposición hacia a mí confesaron que habían afligido al Espíritu Santo con su conducta, y se unieron para simpatizar conmigo y para manifestar su amor por el Salvador. Mi corazón rebosaba de gozo porque la misericordia divina había allanado el camino que debía recorrer y había recompensado mi fe y mi confianza en forma tan abundante. Ahora reinaban la unidad y la paz entre nuestro pueblo que esperaba la venida del Señor.

Esperando la segunda venida.-

Experimentamos solemnidad y estremecimiento al aproximarse el tiempo[1] cuando esperábamos la venida de nuestro Salvador. Con un solemne sentido de urgencia procuramos, como pueblo, purificar nuestras vidas a fin de estar listos para encontrarnos con él a su venida. A pesar de la oposición de los pastores y las iglesias, el salón Beethoven, en la ciudad de Portland, se encontraba repleto todas las noches; especialmente los domingos se reunía una numerosa congregación. El pastor Stockman era un

[1] Se consideraba que el año 1843, según el calendario judío, duraba del 21 de marzo de 1843 hasta el 21 de marzo de 1844. Los que aceptaron la doctrina de la segunda venida de Cristo esperaban que este acontecimiento se produjera en ese año.

hombre profundamente piadoso. Aunque no disfrutaba de buena salud, cuando se presentaba ante la congregación causaba la impresión de ser elevado por encima de las debilidades físicas y su rostro se iluminaba con el convencimiento de que estaba enseñando la verdad sagrada de Dios

Sus palabras estaban revestidas de un poder solemne que inducía a la gente a escudriñar su vida. En algunas ocasiones expresaba el (52) deseo ferviente de vivir hasta el momento de poder dar la bienvenida al Salvador cuando viniera en las nubes de los cielos. Mediante su trabajo el Espíritu de Dios hizo que muchos pecadores reconocieran su culpa y fueran recibidos en el grupo de los fieles de Cristo. Todavía se llevaban a cabo reuniones en hogares privados de la ciudad, con excelentes resultados. Los creyentes eran animados a trabajar por sus amigos y familiares, lo que multiplicaba las conversiones.

Gente de toda condición social afluía a las reuniones del salón Beethoven. Ricos y pobres, cultos e ignorantes, pastores y laicos se sentían ansiosos de escuchar personalmente la doctrina de la segunda venida. Muchos acudían y al no encontrar lugar para escuchar aunque fuera de pie, se volvían frustrados. El plan de las reuniones era sencillo. Generalmente se daba un discurso corto y al punto, y luego se presentaban exhortaciones generales. La numerosa concurrencia mantenía orden y quietud perfectos. El Señor mantenía controlado el espíritu de oposición mientras sus siervos explicaban las razones de su fe. En algunos casos la persona que hablaba era débil, pero el Espíritu de Dios daba peso y poder a su verdad. Se sentía la presencia de los santos ángeles en medio de la congregación, y mucha gente se añadía diariamente al pequeño grupo de creyentes.

En cierta ocasión, mientras el pastor Stockman predicaba, el pastor Brown, un ministro bautista cristiano, cuyo nombre hemos mencionado antes, se encontraba sentado en la plataforma y escuchaba con profundo interés. Estaba muy conmovido y repentinamente se puso pálido como muerto, y el pastor Stockman lo recibió en sus brazos justamente a tiempo para impedirle caer al suelo. Luego lo acostó en un sofá, donde permaneció postrado hasta que terminó el sermón.

En ese momento se levantó con el rostro todavía pálido, pero iluminado por una luz procedente del sol de Justicia, y dio un testimonio muy impresionante. Parecía recibir de lo alto una santa unción. Generalmente hablaba con lentitud, actuaba con seriedad y no manifestaba ninguna clase de agitación. En esta ocasión sus palabras mesuradas y solemnes contenían un nuevo poder al amonestar a los pecadores y a sus hermanos pastores para que desecharan la incredulidad, el prejuicio y el frío formalismo, y que, tal como hicieron los nobles berréanos, escudriñaran los escritos sagrados, comparando un texto con otro para asegurarse de la autenticidad de esas (53) cosas. Invitó a los pastores presentes a no sentirse molestos por la forma directa y escudriñadora en la que el pastor Stokman había presentado el tema solemne que interesaba a todas las mentes.

Dijo lo siguiente: “Deseamos alcanzar a la gente; deseamos que los pecadores se convenzan y se arrepientan sinceramente antes que sea demasiado tarde para ser salvos, no sea que tengan que lamentarse: ´Pasó la siega, terminó el verano, y nosotros no hemos sido salvos` (Jer. 8:20).

Hay hermanos en el ministerio que dicen que nuestros dardos hacen impacto en ellos; les rogamos que se aparten de entre nosotros y el pueblo, y nos permitan alcanzar a los pecadores. Si ellos mismos se hacen un blanco de nuestros dardos, carecen de razón para quejarse de las heridas recibidas. ¡Apartaos, hermanos, y no seréis heridos!”

Relató su propia experiencia con tanta sencillez y candor que muchos que habían tenido grandes prejuicios fueron conmovidos hasta las lágrimas. El Espíritu de Dios se sintió en sus palabras y se vio en su rostro. Con santa exaltación declaró valerosamente que había tomado la Palabra de Dios como una consejera, que sus dudas habían desaparecido y su fe había sido confirmada. Lleno de fervor invitó a sus hermanos ministros, a los miembros de iglesia, a los pecadores y a los infieles a examinar la Biblia por sí mismos, y los invitó a que ningún hombre los apartara del propósito de discernir claramente en qué consistía la verdad.

El pastor Brown no se desvinculó de la iglesia cristiana bautista en esa ocasión, ni tampoco lo hizo

posteriormente, y su grupo lo consideraba con gran respeto. Cuando hubo terminado de hablar, los que deseaban las oraciones del pueblo de Dios fueron invitados a levantarse. Cientos de personas respondieron. El Espíritu Santo reposó sobre la congregación. El cielo y la tierra perecieron aproximarse. La reunión se prolongó hasta una hora tardía esa noche, y los jóvenes, los ancianos y los de edad madura sintieron el poder de Dios.

Al regresar a nuestros hogares podíamos oír una voz que alababa a Dios procedente de una dirección, y, como si le respondieran, otras voces se escuchaban de otras direcciones exclamando: "¡Gloria a Dios, el Señor reina!" Los hombres llegaron a sus hogares con alabanzas en sus labios y las expresiones de alegría se prolongaron hasta bien entrada en la noche. Ninguna de las personas que asistieron a esas reuniones podrá olvidar esas escenas que revelaban el más profundo interés. (54)

Los que aman sinceramente a Jesús pueden apreciar los sentimientos de los que esperaban con el más intenso anhelo la venida de su Salvador. Se aproximaba el punto culminante de la espera. El momento del anhelado encuentro con él estaba próximo. Nos acercamos a esta hora con calma y solemnidad. Los verdaderos creyentes descansaban en una dulce comunión con Dios, y era una anticipación de la paz que disfrutarían en el luminoso futuro con Cristo. Ninguna de las personas que experimentó esta confiada esperanza podrá olvidar esas preciosas horas de espera.

Los asuntos mundanos fueron dejados de lado en su mayor parte durante algunas semanas. Examinamos cuidadosamente cada pensamiento y emoción de nuestra intimidad, como si nos encontráramos en el lecho de muerte y a pocas horas del momento cuando cerraríamos los ojos para siempre sobre las escenas terrenales. Nadie confeccionó "vestidos de ascensión" como preparativo para ese gran acontecimiento; sentimos la necesidad de tener una evidencia interna de que estábamos preparados para encontrarnos con Cristo, y nuestros vestidos blancos eran la puerta del alma, el carácter limpiado de pecado mediante la sangre expiatoria de nuestro Salvador.

Pero pasó el tiempo de nuestra espera. Esta fue la primera prueba seria que debieron soportar los que creían y aguardaban que Jesús vendría en las nubes de los cielos. Fue grande el chasco del pueblo de Dios que esperaba ese acontecimiento. Las personas que se habían burlado de nosotros sentían que habían triunfado y ganaron a los débiles y cobardes para sus filas. Algunos, que al parecer habían tenido una fe genuina, aparentemente habían estado influidos solamente por el temor, y con el paso del tiempo habían recuperado su valor y se habían unido atrevidamente con los burladores declarando que nunca habían sido engañados a creer en realidad en la doctrina de Miller, a quien consideraban un fanático loco. Otros acomodaticios o vacilantes, se alejaron sosegadamente de la causa. Pensé que si Cristo hubiera venido realmente, ¿qué habría sucedido con los débiles e indecisos? Afirmaban que amaban a Jesús y que anhelaban su venida, pero cuando él no apareció, se sintieron muy aliviados y volvieron a su condición descuidada y a su desprecio de la verdadera religión.

Quedamos perplejos y chasqueados, y sin embargo no renunciamos a nuestra fe. Muchos seguían aferrándose a la esperanza de que (55) Jesús no demoraría mucho su venida, porque consideraban que la Palabra de Dios era segura, por lo que no podía fallar. Pensábamos que habíamos hecho nuestro deber, habíamos vivido de acuerdo con nuestra preciosa fe, y aunque estábamos chasqueados no nos sentíamos desanimados. Las señales de los tiempos mostraban que el fin de todas las cosas estaba cercano; debíamos velar y mantenernos preparados para la venida del Maestro en cualquier momento. Debíamos esperar y confiar, sin dejar de reunirnos para recibir más instrucciones, valor y consuelo, a fin de que nuestra luz brillara en medio de las tinieblas del mundo.

El cálculo del tiempo era tan sencillo y claro que aun los niños hubieran podido comprenderlo. Desde la fecha del decreto del rey de Persia, registrado en Esdras 7, que fue dado en 457 a.C., los 2300 días de Daniel 8:14 debían terminar en 1843. En conformidad con eso esperábamos que la venida de Cristo se produjera hacia el fin de ese año. Quedamos enormemente chasqueados cuando transcurrió el año sin que el Salvador viniera.

Al comienzo no se percibió el hecho de que si el decreto no se promulgó a comienzos del año 457

a.C., los 2300 días no se completarían al final de 1843. Pero se estableció que el decreto se había dado cerca del final del año 457 a.C., y por lo tanto el período profético debía llegar hasta el otoño del año 1844. De modo que la visión del tiempo no se había demorado, aunque aparentemente había ocurrido tal cosa. Aprendimos a confiar en las palabras del profeta: "Aunque la visión tardará aún por un tiempo, mas se apresura hacia el fin, y no mentirá; aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará" (Hab. 2:3).

Dios probó a su pueblo en 1843 cuando no se cumplió lo que éste esperaba. El error cometido en el cálculo de los períodos proféticos no fue descubierto en seguida, ni siquiera por los eruditos que se oponían a las creencias de los que esperaban la venida de Cristo. Los eruditos declararon que el Señor Miller estaba en lo correcto en su cálculo del tiempo, aunque estaban en desacuerdo con él con respecto al acontecimiento que ocurriría al final de ese período. Pero tanto ellos como el pueblo de Dios que esperaba la venida habían caído en un error común en su cálculo de la fecha.

Creemos plenamente que Dios en su sabiduría se propuso que su pueblo sufriera un chasco, que fue bien planeado para poner de manifiesto lo que la gente tenía en el corazón y para desarrollar el (56) verdadero carácter en los que habían afirmado que esperaban la segunda venida del Señor y se regocijaban en ella. Los que habían aceptado el mensaje del primer ángel (véase Apoc. 14:6-7) por miedo a la ira de los juicios de Dios, y no porque amaran la verdad y desearan recibir una herencia en el reino celestial, se habían mostrado como realmente eran. Se encontraron entre los primeros en ridiculizar a los que habían experimentado el chasco y que sinceramente anhelaban y amaban la venida de Jesús.

Los que habían sido decepcionados no quedaron en tinieblas durante mucho tiempo, porque al investigar los períodos proféticos con oración ferviente, descubrieron el error y rastrearon la línea profética hasta el tiempo de la demora. En medio de la gozosa expectativa de la venida de Cristo no tomaron en consideración la demora en el cumplimiento de la visión, debido a lo cual se produjo una triste e inesperada sorpresa. Sin embargo, esta misma prueba era necesaria para desarrollar y fortalecer a los sinceros creyentes en la verdad.

Ahora nuestras esperanzas se concentraron en la venida del Señor en 1844. Esta fecha coincidía con el mensaje del segundo ángel, quien volando en medio del cielo anunció: "Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad" (Apoc. 14:8). Ese mensaje fue proclamado por primera vez por los siervos de Dios en el verano de 1844. Como resultado, muchos salieron de las iglesias caídas. En relación con este mensaje se dio el clamor de medianoche[2]: "¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!" (Mat. 25:6). En todos los sectores del país se vio luz concerniente a este mensaje, y el clamor despertó a miles de personas. Resonó de ciudad en ciudad y de aldea en aldea hasta llegar a las regiones más remotas del país. Alcanzó a los eruditos y talentosos tanto como a los ignorantes y humildes.

Ese fue el año más feliz de mi vida. Tenía el corazón lleno de una gozosa expectativa, pero sentía gran piedad y preocupación por los que se habían desanimado y no tenían esperanza en Jesús. Nos unimos como pueblo en oración ferviente con el fin de obtener una experiencia cristiana genuina y la evidencia inequívoca de que Dios nos había aceptado. (57)

Necesitábamos gran paciencia porque había muchas personas que se burlaban. Con frecuencia nos lanzaban referencias burlonas a nuestro chasco anterior. "Ustedes no han ascendido; ¿cuándo esperan subir al cielo?" Esta y otras burlas semejantes eran dirigidas contra nosotros por gente conocida, que no temía a Dios, y aun por algunos cristianos profesos que aceptaban la Biblia y que sin embargo no habían conseguido aprender sus grandes e importantes verdades. Sus ojos enceguecidos parecían percibir solamente un significado vago y distante en la solemne amonestación, según la cual Dios "ha establecido un día en el cual juzgará al mundo" (Hechos 17:31), y en la seguridad de que los santos serán llevados juntos a encontrarse con el Señor en el aire.

---

[2] Véase Mat. 25:1-13.

Las iglesias ortodoxas utilizaron todos los medios a su disposición para impedir que se extendiera la creencia en la pronta venida de Cristo. En sus reuniones no concedieron oportunidad de hablar a los que se atrevían a mencionar su esperanza en el pronto regreso del Señor. Los seguidores profesos de Jesús rechazaron burlonamente las nuevas de que Aquel a quien consideraban su mejor amigo pronto vendría a visitarlos. Se encontraban alterados y enojados con los que proclamaban las nuevas de su venida llenos de regocijo porque pronto contemplarían a Cristo en su gloria.

Cada momento me parecía de la mayor importancia. Sentía que trabajábamos para la eternidad y que los descuidados y faltos de interés corrían el mayor peligro. Mi fe se encontraba sin estorbo alguno, y me apoderé de las preciosas promesas de Jesús. El había dicho a sus discípulos: "Pedid, y se os dará" (Luc. 11:9). Creía firmemente que todo lo que pidiera de acuerdo con la voluntad de Dios ciertamente sería concedido. Me postraba con humildad a los pies de Jesús, con el corazón en armonía con su voluntad.

Con frecuencia visitaba a diversas familias y me dedicaban a orar con los que se sentían oprimidos por el temor y el abatimiento. Mi Dios contestaba mis oraciones, y sin ninguna excepción la bendición y la paz de Jesús descansaban sobre nosotros en respuesta a nuestras humildes peticiones, y los que habían experimentado desaliento recibían luz y esperanza que los llenaba de gozo.

Llegamos al tiempo cuando esperábamos la segunda venida escudriñando diligentemente el corazón, con humildes confesiones y abundantes oraciones. Cada mañana sentíamos que nuestra ocupación consistía en asegurar la evidencia de que nuestras vidas eran (58) rectas delante de Dios. Aumentó el interés de los unos por los otros, de modo que orábamos mucho con los demás y por los demás. Nos reuníamos en los huertos y en los bosquecillos para estar en comunión con Dios y elevar nuestras peticiones hacia él, porque nos sentíamos más plenamente en su presencia cuando estábamos rodeados por sus obras de la naturaleza. El gozo de la salvación era más necesario para nosotros que la comida y la bebida. Cuando había nubes que oscurecían nuestras mentes, no nos atrevíamos a ir a descansar antes que éstas se hubieran disipado bajo el efecto de nuestra seguridad de ser aceptados por el Señor.

Mi salud era bastante deficiente. Tenía los pulmones seriamente afectados y me fallaba la voz. El Espíritu de Dios con frecuencia descansaba sobre mí con gran poder, y mi débil cuerpo apenas podía soportar la gloria que invadía mi alma. Me parecía que respiraba en la atmósfera del cielo y me regocijaba ante la perspectiva de encontrarme muy pronto con mi Redentor y vivir para siempre en la luz que refulgía de su rostro.

El pueblo de Dios que aguardaba el segundo advenimiento se aproximaba al momento cuando tiernamente esperaba que se cumpliera la plenitud de su gozo en la segunda venida del Salvador. Pero volvió a transcurrir el tiempo sin que se produjera el advenimiento de Jesús. Resultó difícil retomar las preocupaciones de la vida que pensábamos que habían terminado para siempre. Fue un chasco muy amargo que sobrecogió al pequeño grupo cuya fe había sido tan fuerte y cuya esperanza había sido tan elevada. Pero quedamos sorprendidos al ver que nos sentíamos tan libres en el Señor y que éramos tan poderosamente sostenidos por su fortaleza y su gracia.

Sin embargo, se repitió en extenso grado la experiencia del año anterior. Un numeroso grupo renunció a su fe. Algunos que habían manifestado gran confianza sufrieron una herida tan grande en su orgullo, que sintieron deseos de escapar del mundo. Como Jonás, se quejaron de Dios y eligieron la muerte en vez de la vida. Los que habían edificado su fe sobre las evidencias que otros les habían proporcionado y no en la palabra de Dios, ahora nuevamente estaban a punto de cambiar sus conceptos. Los hipócritas que habían esperado engañar al Señor, tanto como a sí mismos, con su falsa actitud de penitencia y devoción, ahora se sentían aliviados del peligro inminente, y se oponían abiertamente a la causa que hasta hacía poco habían profesado amar. (59)

Los débiles y los malvados se unieron para declarar que en adelante se habían terminado los temores y las expectativas. Habían pasado el tiempo, y el Señor no había venido, por lo que el mundo

permanecería inalterado durante miles de años. Esta segunda gran prueba expuso a un gran grupo de advenedizos sin valor que habían sido atraídos por la fuerte corriente de la fe adventista y habían permanecido durante un tiempo con los verdaderos creyentes y los obreros fervientes.

Quedamos chasqueados, pero no desalentados. Resolvimos someternos pacientemente al proceso de purificación que Dios consideraba necesario para nosotros, y aguardar con paciente esperanza que el Salvador redimiera a sus hijos fieles y probados.

Permanecimos firmes en nuestra creencia de que la predicación de una fecha definida era de Dios. Esto fue lo que indujo a ciertos hombres a investigar la Biblia con diligencia, descubriendo verdades que antes no habían percibido. Jonás fue enviado por Dios a proclamar en las calles de Nínive que dentro de cuarenta días la ciudad sería destruida; pero Dios aceptó la humillación de los habitantes de Nínive y amplió su período de prueba. Sin embargo, el mensaje que Jonás llevó había sido enviado por Dios, y los habitantes de Nínive fueron probados de acuerdo con la voluntad divina. El mundo consideraba nuestra esperanza como un engaño y nuestro chasco como el fracaso correspondiente.

Las palabras del Salvador en la parábola del siervo malvado se aplican definidamente a los que ridiculizan la pronta venida del Hijo del hombre: "Más si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi Señor tarda en venir, y comenzare a golpear a sus consiervos, y aun a comer y a beber con los borrachos, vendrá el Señor de aquel siervo el día que éste no espera, y a la hora que no sabe, y lo castigará duramente, y pondrá su parte con los hipócritas" (Mat. 24:48-51).

Encontramos en todas partes a los burladores que el apóstol Pedro había dicho que vendrían en los últimos días, siguiendo su propia concupiscencia y diciendo: "¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación" (2 Pedro 3:4). Pero los que habían esperado la venida del Señor no carecían de consuelo. Habían obtenido conocimientos valiosos en la investigación de la Palabra. Ahora comprendían con mayor claridad el plan de salvación, y encontraban una admirable armonía en toda la (60) Palabra, porque un pasaje bíblico explicaba otro y no había ninguna palabra utilizada en vano.

Nuestro chasco no fue tan grande como el de los discípulos. Cuando el Hijo del hombre entró triunfante en Jerusalén, ellos esperaban que fuera coronado rey. La gente vino de todas partes y exclamaba: "¡Hosanna al hijo de David!" (Mat. 21:9). Y cuando los sacerdotes y ancianos le pidieron a Jesús que hiciera callar a la multitud, él declaró que si ésta callaba aun las piedras hablarían, porque la profecía debía cumplirse. Sin embargo, pocos días después esos mismos discípulos vieron a su amado Maestro de quien habían creído que reinaría en el trono de David, extendido sobre la cruel cruz por encima de los fariseos que se burlaban y lo escarnecían. Sus grandes esperanzas sufrieron un enorme chasco, y quedaron rodeados por las tinieblas de la muerte.

Sin embargo, Cristo fue fiel a sus promesas. Dio a su pueblo un dulce consuelo y una abundante recompensa a los que habían sido leales y fieles.

El Señor Miller y los que se habían unido a él suponían que la purificación del santuario de la que se habla en Daniel 8:14 significaba la purificación de la tierra mediante fuego, antes de poder convertirse en la morada de los santos. Eso debía ocurrir en la venida de Cristo, y por eso buscamos el cumplimiento de ese acontecimiento al final de los 2300 días o años. Pero después de nuestro chasco investigamos cuidadosamente la Biblia con oración y gran atención, y después de un período de suspenso, la luz se derramó sobre nuestras tinieblas, y como resultado de eso desaparecieron la duda y la incertidumbre.

En lugar de referirse la profecía de Daniel 8:14 a la purificación de la tierra, ahora vimos claramente que señalaba la obra final de nuestro Sumo Sacerdote en el cielo, la conclusión de la expiación y la preparación del pueblo para soportar el día de su venida. (61)

Mi primera Visión.-

Recibí mi primera visión no mucho tiempo después de haber transcurrido el chasco de 1844. Visitaba a una apreciada hermana en Cristo con quien teníamos gran amistad. En esa ocasión, cinco de nosotras, todas mujeres, estábamos arrodilladas en el altar de la familia. Mientras orábamos, sentí el poder de Dios sobre mí como nunca antes lo había sentido. Me parecía estar rodeada de luz, mientras me elevaba cada vez a mayor distancia de la tierra. Me volví para mirar al pueblo adventista en el mundo, pero no pude encontrarlo, y en eso una voz me dijo: "Mira otra vez, y mira un poco más arriba". Levanté la vista y vi un sendero recto y estrecho que corría muy por encima del mundo. El pueblo adventista viajaba por él hacia la ciudad. Detrás de él, al comienzo del sendero, había una luz brillante que un ángel identificó como el clamor de medianoche. La luz brillaba en todo el sendero para que los pies de los caminantes no tropezaran. Jesús mismo conducía a su pueblo y éste estaba a salvo mientras mantenía sus ojos fijos en él. Pero pronto muchos se cansaron, porque consideraban que la ciudad estaba demasiado lejos y esperaban haber llegado ya. Jesús los animaba levantando su glorioso brazo derecho, del que procedía una luz que se extendía hacia el grupo adventista y ellos exclamaban: "¡Aleluya!" Otros temerariamente negaban la luz que había detrás de ellos y decían que no era Dios el que los había guiado hasta entonces. En esos casos la luz que había detrás de ellos se apagaba y dejaba sus pies en completas tinieblas, por lo que éstos tropezaban y perdían de vista el sendero y a Jesús, y caían en las tinieblas del mundo malvado que yacía por debajo.

Pronto escuchamos la voz de Dios que sonaba como muchas aguas, y que nos daba el día y la hora de la venida de Jesús. Los santos vivos, 144.000, conocieron y comprendieron la voz, mientras que los malvados pensaron que se trataba de un trueno y un terremoto. Cuando Dios pronunció la fecha, derramó sobre nosotros el Espíritu Santo y nuestros rostros comenzaron a brillar con la gloria de Dios, tal como ocurrió con el rostro de moisés cuando descendió del monte Sinaí.

Los 144.000 estaban todos sellados y perfectamente unidos. Sobre sus frentes aparecían las palabras: Dios, nueva Jerusalén y una gloriosa estrella con el nuevo nombre de Jesús. Los malvados (62) se enfurecieron al contemplar esta gozosa y santa condición y se aproximaron con violencia para apoderarse de nosotros y arrojarnos en la prisión; pero nosotros extendíamos la mano en el nombre del Señor y ellos caían postrados en tierra. En ese momento la sinagoga de Satanás supo que Dios nos amaba a quienes podíamos lavarnos los pies unos a otros y saludar a los hermanos con ósculo sagrado; y adoraron a Dios a nuestros pies.

Pronto nuestra vista fue atraída hacia el oriente, donde había aparecido una pequeña nube negra, de la mitad del tamaño de la mano de un hombre, la que todos sabíamos era la señal del Hijo del hombre. Contemplamos la nube en solemne silencio mientras ésta se aproximaba y se tornaba de color más claro, y cada vez aparecía más gloriosa, hasta que se convirtió en una gran nube blanca. La parte inferior parecía de fuego; por encima de ella se veía un arco iris y a su alrededor había diez mil ángeles que entonaban un hermosísimo himno; y sobre la nube se encontraba sentado el Hijo del hombre. Su cabello blanco y rizado le caía sobre los hombros y en la cabeza llevaba numerosas coronas. Sus pies tenían la apariencia de fuego; en la mano derecha sostenía una hoz aguda y en la izquierda, una trompeta de plata. Sus ojos eran como llama de fuego que escudriñaban a sus hijos.

Todos los rostros se pusieron pálidos, y los rostros de quienes Dios había rechazado se pusieron sombríos. Entonces todos exclamamos: "¿Quién podrá permanecer en pie? ¿Tengo yo mi vestido inmaculado?" Los ángeles dejaron de cantar y se produjo un momento de terrible silencio mientras Jesús hablaba: "Los que tengan manos limpias y corazones puros podrán permanecer firmes; mi gracia es suficiente para vosotros". Después de eso nuestros rostros se iluminaron y nuestros corazones se llenaron de gozo. Los ángeles volvieron a cantar con júbilo mientras la nube se aproximaba aún más a la tierra. Luego resonó la trompeta de plata de Jesús mientras descendía en la nube rodeado de llamas de fuego. Contempló las tumbas de los santos que dormían, y luego elevó su vista y sus manos hacia el

cielo y exclamó: "¡Despertaos! ¡Despertaos, vosotros que dormís en el polvo, y levantaos!" A continuación se produjo un terrible terremoto. Las tumbas se abrieron y los muertos salieron vestidos de inmortalidad. Los 144.000 exclamaron: "¡Aleluya!" al reconocer a sus amigos que habían sido arrancados de su lado por la muerte, y en ese mismo momento fuimos transformados y nos unimos con ellos para recibir al Señor en el aire. (63)

Entramos todos juntos en la nube y pasamos siete días subiendo hasta llegar al mar de vidrio. Jesús trajo las coronas y con su propia mano las colocó sobre nuestras cabezas. Nos entregó arpas de oro y palmas de victoria. Los 144.000 formaron su cuadrado perfecto sobre el mar de vidrio. Las coronas de algunos eran muy brillantes, en cambio las de otros no lo eran tanto. Algunas coronas parecían cuajadas de estrellas mientras que otras tenían solamente pocas. Pero estaban perfectamente satisfechos con sus coronas. Y todos estaban vestidos con un glorioso manto blanco que les caía desde los hombros hasta los pies. Los ángeles nos rodeaban mientras marchábamos por el mar de vidrio hacia las puertas de la gran ciudad. Jesús levantó su poderoso y glorioso brazo e hizo girar la puerta de perla sobre sus brillantes goznes, mientras nos decía: "Habéis lavado vuestros vestidos en mi sangre y habéis permanecido firmes por mi verdad, entrad". Todos entramos y tuvimos la sensación de que teníamos perfecto derecho de encontrarnos allí.

Dentro de la ciudad vimos el árbol de la vida y el trono de Dios. Del trono salía un río de aguas puras, y a cada lado del río se encontraba el árbol de la vida. A un lado se encontraba un tronco de un árbol y al otro lado del río había otro tronco, y ambos eran de oro puro transparente. Al comienzo pensé que veía dos árboles; pero al mirar nuevamente vi que el follaje de éstos se unía para formar un solo árbol. De modo que el árbol de la vida se encontraba a ambos lados del río de la vida. Sus ramas descendían hasta el lugar donde nos encontrábamos y estaban llenas de un fruto admirable que tenía la apariencia de oro mezclado con plata.

Nos pusimos debajo del árbol y nos sentamos a contemplar la gloria de aquel lugar. De pronto se aproximaron a nosotros los hermanos Fitch y Stockman, quienes habían predicado el Evangelio del reino y a quienes Dios había hecho descender a la tumba para salvarlos; nos preguntaron lo que había sucedido mientras ellos dormían en el sepulcro. Procuramos recordar nuestras grandes pruebas, pero nos parecían tan pequeñas comparadas con el más excelente y eterno peso de gloria que ahora nos rodeaba, que nos fue imposible hablar de esos acontecimientos, y sólo nos limitamos a exclamar. "¡Aleluya! El precio que hemos pagado por el cielo ha sido escaso", y tocamos nuestras arpas de oro e hicimos resonar las bóvedas celestes. (64)

Llamada a viajar.-

Relaté esta visión a los creyentes de Pórtland, quienes manifestaron completa confianza de que procedía de Dios. El Espíritu de Dios acompañó el testimonio, y la solemnidad de la eternidad reposó sobre nosotros. Se apoderó de mí un temor reverente indecible al ver que yo, tan joven y débil, fuera elegida como instrumento mediante el cual Dios impartiría luz a su pueblo. Mientras me encontraba bajo el poder del Señor me sentía llena de gozo, y me parecía estar rodeada por santos ángeles en las gloriosas cortes celestiales, donde todo es paz y gozo. Fue un cambio triste y amargo despertar a las realidades de la vida mortal.

En una segunda visión, que pronto siguió a la primera, se me mostraron las pruebas por las que debía pasar, y se me dijo que era mi deber ir a referir a otros lo que Dios me había revelado. Se me mostró que mis labores despertarían gran oposición, y que el corazón se me llenaría de angustia, pero que la gracia de Dios sería suficiente para sostenerme. El contenido de esta visión me perturbó en gran medida, porque señalaba como mi deber ir hacia el pueblo a presentarle la verdad.

Tenía una salud tan mala que sufría constantemente de dolores en el cuerpo, y según todas las

apariencias, viviría sólo por un corto tiempo. Tenía solamente 17 años de edad, era de baja estatura y débil, no estaba acostumbrada al trato social, y era naturalmente tan tímida y retraída que me resultaba penoso encontrarme con gente desconocida. Oré fervorosamente durante varios días y hasta tarde en la noche para que se quitara de mí esa obligación y fuera dada a otra persona más capaz de soportarla. Pero la luz del deber no cambió, y las palabras del ángel resonaban continuamente en mis oídos: "Da a conocer a otros lo que te he revelado". No podía reconciliarme con la idea de ir hacia la gente, y temía hacer frente a sus burlas y oposición. Tenía poca confianza en mí misma. Hasta entonces cuando el Espíritu de Dios me había urgido a cumplir mi deber, me había elevado por encima de mí misma, olvidando todo temor y timidez, y alentada por el pensamiento del amor de Jesús y de la obra admirable que había efectuado por mí. La seguridad constante de que estaba cumpliendo mi deber y obedeciendo la voluntad del (65) Señor me daba una confianza que me sorprendía. En tales ocasiones me sentía dispuesta a hacer o sufrir cualquier cosa a fin de ayudar a otros a recibir la luz y la paz de Jesús.

Pero me parecía imposible llevar a cabo esta obra que se me había presentado; intentar hacerlo me parecía correr a un fracaso seguro. Las pruebas relacionadas con ellas me parecían más de lo que yo podía soportar. ¿Cómo podría yo, una niña, ir de lugar en lugar para desplegar ante la gente las santas verdades de Dios? Ese pensamiento me llenaba de temor. Mi hermano Roberto, que tenía sólo pocos años más que yo, no me podía acompañar, porque tenía mala salud y era aún más tímido que yo; no había nada que me hubiera podido inducir a dar ese paso. Mi padre debía trabajar para sostener a su familia, por lo que no podía abandonar su negocio; pero él me aseguró que si Dios me había llamado a trabajar en otros lugares, no dejaría de abrir el camino que yo debía recorrer. Pero esas palabras de ánimo llevaron poco alivio a mi corazón desvalido. El camino que debía recorrer me parecía lleno de dificultades que yo sería incapaz de vencer.

Anhelaba la muerte como liberación de las responsabilidades que se acumulaban sobre mí. Finalmente me abandonó la dulce paz de la que había disfrutado durante tanto tiempo y me vi nuevamente asaltada por la desesperación. Mis oraciones parecían no producir resultado alguno y desapareció mi fe. Las palabras de consuelo, reproche o ánimo me sonaban indiferentes, porque me parecía que nadie podía comprenderme fuera de Dios, y él me había abandonado. El grupo de creyentes de Pórtland ignoraba las preocupaciones que me afligían y que me habían puesto en ese estado de desvanecimiento; pero sabían que yo había entrado en un estado de depresión por alguna razón, y pensaban que eso era un pecado de mi parte, considerando la forma misericordiosa en que Dios se había manifestado a mí.

Temía que Dios me hubiera privado para siempre de su favor. Al pensar en la luz que anteriormente había bendecido mi alma, me pareció doblemente preciosa en contraste con las tinieblas que ahora me rodeaban. En la casa de mi padre se llevaban a cabo reuniones, pero yo no asistí a ellas durante un tiempo, debido a la congoja que me había sobrecogido. La carga que sobrellevaba se hizo más pesada hasta que mi agonía de espíritu parecía más de lo que podía soportar. (66)

Finalmente me indujeron a asistir a una de las reuniones en mi propio hogar. La iglesia presentó mi caso como un tema especial de oración. Papá Pearson, quien en mi experiencia anterior se había opuesto a las manifestaciones del poder de Dios sobre mí, ahora oraba fervientemente por mí, y me aconsejaba a someter mi voluntad a la voluntad del Señor. Como un padre tierno procuró animarme y consolarme, rogándome que creyera que no había sido abandonada por el Amigo de los pecadores.

Me sentía demasiado débil y desalentada para llevar a cabo algún esfuerzo especial por mí misma, pero en mi corazón me había unido a las peticiones de mis amigos. Ahora me importaba poco la oposición del mundo y me sentí dispuesta a llevar a cabo cualquier sacrificio si solamente Dios me restablecía su favor. Mientras se oraba por mí, las tinieblas se apartaron de mí repentinamente me invadió la luz. Me abandonaron mis fuerzas. Me parecía estar en presencia de los ángeles. Uno de esos seres santos nuevamente repitió las palabras: "Da a conocer a otros lo que te he revelado".

Un gran temor que me oprimía era que si obedecía el llamamiento al deber, y si declaraba que yo era una favorecida del Altísimo con visiones y revelaciones para la gente, podía ceder a la exaltación pecaminosa y elevarme por encima de la posición que se me había llamado a ocupar, con lo que acarrearía el desagrado de Dios y perdería mi propia alma. Tenía ante mí varios casos como el que he descrito aquí y mi corazón desfallecía ante la prueba que me esperaba.

Ahora suplicaba que si debía ir y relatar lo que el Señor me había mostrado, que fuera preservada de la tendencia a exaltarme indebidamente. El ángel dijo: "Tus oraciones han sido escuchadas y serán contestadas. Si te amenaza ese mal que tanto temes, la mano de Dios se extenderá para salvarte; mediante la aflicción él te atraerá hacia sí mismo y preservará tu humildad. Da fielmente el mensaje. Permanece firme hasta el fin y comerás el fruto del árbol de la vida y beberás del agua de la vida".

Después de recuperar la conciencia de las cosas terrenas, me entregué al Señor, lista para cumplir sus órdenes, cualesquiera que éstas fueran. Providencialmente se presentó la oportunidad de ir con mi cuñado y mis hermanos a un pueblo denominado Polonia, a 45 Kilómetros de mi hogar. Allí tuve ocasión de presentar mi testimonio.

Había tenido la garganta y los pulmones tan enfermos durante tres meses, que apenas podía hablar con voz baja y ronca. En esa (67) ocasión me puse de pie durante la reunión y comencé a hablar en un susurro. Continué en esa forma durante cinco minutos, después de lo cual el dolor y la obstrucción desaparecieron de mi garganta y mis pulmones, mi voz se tornó clara y fuerte y hablé con perfecta facilidad y libertad durante casi dos horas. Cuando concluí mi mensaje, perdí mi voz hasta cuando nuevamente me puse en pie delante de la congregación y se llevó a cabo la misma restauración singular. Sentí la seguridad constante de que estaba haciendo la voluntad de Dios y mis esfuerzos produjeron resultados notables.

Se presentó la oportunidad providencial de viajar al sector este del Estado de Maine. El Hno. William Jordan iba en viaje de negocios a Orrington, acompañado por su hermana, y me invitaron a ir con ellos. Como había prometido al Señor ir por el camino que él me señalara, no me atreví a negarme. En Orrington conocí al pastor Jaime White. Conocía a mis amigos y él mismo se encontraba dedicado a trabajar en la obra de salvación.

El Espíritu de Dios acompañó el mensaje que presenté; los corazones se regocijaron en la verdad y los desanimados se alegraron y se sintieron animados a renovar su fe. En la localidad de Garland se reunió una numerosa multitud procedente de diferentes sectores para escuchar el mensaje. Pero me encontraba sumamente preocupada porque había recibido una carta de mi madre en la que me rogaba que regresara al hogar, pues circulaban falsos informes respecto a mí. Este fue un golpe inesperado. Mi nombre había estado siempre libre de la sombra del reproche y mi reputación era algo que yo apreciaba mucho. También me sentí afligida porque mi madre tenía que sufrir por mí; amaba mucho a sus hijos y era muy sensible cuando se trataba de ellos. Si hubiera tenido la oportunidad habría regresado inmediatamente a casa, pero eso resultaba imposible.

Mi aflicción era tan grande que me sentí demasiado deprimida para hablar esa noche. Mis amigos me instaron a que confiara en el Señor y finalmente los hermanos se reunieron a orar por mí. Pronto la bendición del Señor descansó sobre mí y di mi testimonio esa noche con gran libertad. Parecía que un ángel se encontraba a mi lado para fortalecerme. En esa casa se escucharon exclamaciones de gloria y victoria y la presencia de Jesús se sintió entre nosotros.

En mis trabajos se me llamó a oponerme contra las acciones de algunas personas que en su fanatismo estaban acarreando oprobio sobre la causa de Dios. Esos fanáticos pensaban que la religión consistía (68) en grandes manifestaciones de agitación y ruido. Hablaban en una forma que irritaba a los incrédulos y los hacía odiarlos a ellos y las doctrinas que enseñaban; y ellos, debido a eso, se regocijaban porque sufrían persecución. Los incrédulos no lograban ver coherencia en su conducta. Como resultado de esto, en algunos lugares la gente impidió a los hermanos que se reunieran para tener sus cultos. Los inocentes sufrieron con los culpables. Yo me sentía muy afligida la mayor parte del

tiempo. Parecía una crueldad que la causa de Cristo sufriera perjuicio debido al comportamiento de esos hombres poco juiciosos. No sólo estaban arruinando sus propias almas, sino también estaban colocando sobre la causa en estigma que no sería fácil quitar. Y Satanás se complacía con eso. Le convenía mucho que la verdad fuera manejada por hombres no santificados, y que se mezclara con el error para que todo fuera arrastrado por el polvo. Contemplaba con aire de triunfo el estado de confusión y la dispersión de los hijos de Dios.

Una de esas personas fanáticas trabajó con cierta medida de éxito para indispones contra mí a mis amigos y aun a mis familiares. Debido a que yo había relatado fielmente lo que se me había mostrado con respeto a su comportamiento no cristiano, él hizo circular falsedades para destruir mi influencia y justificarse a sí mismo. Mi suerte era muy dura. El desánimo me asaltaba intensamente, y la condición del pueblo de Dios me llenaba tanto de angustia que durante dos semanas me sentí postrada y enferma. Mis amigos pensaban que no podría vivir, pero los hermanos que simpatizaban conmigo en esa aflicción se reunieron para orar en mi favor. Pronto comprendí que se ofrecían oraciones fervorosas y eficaces por mi restablecimiento. La oración prevaleció. El poder del enemigo fue quebrantado y yo fui libertada. Inmediatamente se me dio una visión. En ella vi que si sentía que influencias humanas afectaban mi testimonio, no importaba dónde ocurriera eso, lo único que tenía que hacer era clamar a Dios, porque él enviaría un ángel en mi rescate. Ya tenía un ángel guardián que me asistía continuamente, pero cuando fuera necesario, el Señor enviaría a otro para que me elevara por encima del poder de toda influencia terrena. (69)

9. Visión de la tierra nueva[3].-

Encabezados por Jesús, todos descendimos desde la ciudad hacia esta tierra, sobre un monte muy grande, que no pudo soportar a Jesús y se partió dando lugar a una enorme llanura. Luego miramos hacia arriba y vimos la gran ciudad, con doce fundamentos y con doce puertas, tres de cada lado, y con un ángel en cada puerta. Todos exclamamos:"Ya desciende la ciudad, la gran ciudad; viene de Dios y del cielo", y la ciudad descendió y se estableció sobre la llanura en la que nos encontrábamos. Luego comenzamos a contemplar las cosas gloriosas que había dentro de ella. Vi casas muy hermosas que parecían de plata, soportadas por cuatro columnas engarzadas con perlas, algo muy hermoso a la vista, que debían ser habitadas por los santos y que tenían una repisa de oro. Vi a numerosos santos entrar en las casas, quitarse sus brillantes coronas y colocarlas en la repisa, y luego salir al campo que rodeaba las casas para hacer algo con la tierra; pero no era nada semejante a lo que hacemos con la tierra aquí. Una luz gloriosa brillaba alrededor de su cabeza y alababan continuamente a Dios.

Vi además otro cuerpo lleno de flores, y al cortarlas exclamé: "¡No se marchitarán!" Luego vi un campo de pasto alto, cuya contemplación causaba gran alegría; era un verde intenso con reflejos plateados y dorados mientras ondeaba orgullosamente para gloria del Rey Jesús. Luego entramos en un campo lleno de toda clase de ani8males: leones, corderos, leopardos y lobos, todos juntos en perfecta armonía. Pasamos en medio de ellos y nos siguieron pacíficamente. Luego penetramos en un bosque, que no era semejante a los bosques que conocemos aquí en la tierra; en cambio era un lugar iluminado y lleno de gloria; las ramas de los árboles se mecían, y todos exclamamos: "Y habitarán en el desierto con seguridad, y dormirán en los bosques" (Eze. 34:25). Pasamos a través de los bosques porque íbamos en camino al monte de Sión.

Durante nuestro recorrido nos encontramos con un grupo que también contemplaba las glorias del lugar. Noté que sus vestidos tenían una franja roja en el borde, sus coronas eran brillantes y su ropa era

[3] Esta visión describe sucesos que sucederán al fin de los mil años posteriores a la segunda venida de Cristo.
Apocalipsis 20; 21; 22; Zacarías 14:4

de (70) color blanco puro. Al saludarlos, le pregunté a Jesús quiénes eran. Contestó que eran mártires que habían muerto por él. Los acompañaba un grupo muy numeroso de niños, y también ellos tenían sus vestidos con una franja roja. El monte de Sión se encontraba justamente frente a nosotros, y en él se alzaba un glorioso templo y alrededor del monte había otras siete montañas, cubiertas de rosales y lirios. Vi a los niños subir a esas montañas si así lo deseaban, usar sus alitas y volar a la cumbre de las montañas, y allí cortar flores que nunca se marchitaban. Había toda clase de árboles alrededor del templo para hermosear el lugar, los bojes, los pinos, los abetos, los olivos, los mirtos, los granados; y las higueras se inclinaban con el peso de los higos; todo esto hacía que el lugar se viera magnífico. Y cuando estábamos por entrar en el templo, Jesús elevó su hermosa voz y dijo: "Solamente los 144.000 entran en este lugar", y todos exclamamos: "¡Aleluya!"

Este templo estaba sostenido por siete magníficas columnas, todas ellas de oro transparente y engarzadas con perlas. No puedo describir las cosas hermosas que vi allí. Oh, si pudiera hablar en el lenguaje de Canaán, entonces podría describir algo de la gloria del mundo mejor. Vi allí mesas de piedra en las que los nombres de los 144.000 se encontraban esculpidos con letras de oro.

Después de contemplar la gloria del templo, salimos y Jesús nos dejó para ir a la ciudad. Pronto escuchamos nuevamente su hermosa voz que decía: "Venid, pueblo mío, porque habéis pasado por gran tribulación y habéis hecho mi voluntad y sufrido por mí; venid a la cena. Yo me ceñiré y os serviré". Exclamamos: "¡Aleluya!" y entramos a la ciudad. Vi allí una mesa de plata pura que tenía muchos kilómetros de longitud, y sin embargo nuestros ojos podían ver hasta el extremo. Vi el fruto del árbol de la vida, el maná, almendras, higos, granadas, uvas y muchas otras frutas. Le dije a Jesús que me dejara comer. El contestó: "Ahora, no. Los que comen de esta fruta no vuelven más a la tierra. Pero dentro de poco tiempo, si eres fiel, comerás del fruto del árbol de la vida y beberás del agua de la fuente. Tu debes volver a la tierra y relatar a otros lo que te he revelado". Luego un ángel me condujo suavemente a este mundo oscuro. A veces pienso que ya no puedo permanecer durante más tiempo aquí en la tierra, porque todas las cosas me parecen tan tristes y deprimentes. Me siento muy sola aquí, porque he visto una tierra mejor. Ojala pudiera tener alas como una paloma, porque entonces podría volar lejos al lugar de reposo. (71)

El Hno. Hyde, quien se encontraba presente durante esta visión, compuso los siguientes versos, que han sido publicados muchas veces e incluidos en varios himnarios. Quienes los han publicado, leído y cantado, probablemente no saben que se originaron en una visión de una niña que era perseguida por su humilde testimonio.

Hemos oído hablar de la tierra santa y radiante;
hemos escuchado y nuestros corazones se regocijan;
porque éramos un grupo solitario de peregrinos,
fatigados, rendidos y tristes.
Nos dicen que los santos tienen allí su morada.
Ya no hay quienes no tienen hogar;
Y sabemos que la buena tierra es hermosa,
Donde corre el límpido río del agua de la vida.

Dicen que allí ondean los campos verdes
que nunca serán dañados por la plaga;
y que los desiertos florecen con hermosura,
y allí crecen las rosas de Sarón.
En los verdes bosques hay bellas aves, de cantos alegres y dulces;
y sus trinos brotan siempre nuevos,
saludan la música de arpa de los ángeles.

Hemos oído de las palmas, los vestidos y las coronas,
banda blanca de plateado resplandor;
de la hermosa ciudad con puertas perlinas,
radiantes de luz.
Hemos oído de los ángeles que allí moran, los santos,
con sus arpas de oro, y cómo cantan;
del monte, con el árbol de la vida y sus frutos,
de las hojas que dan sanidad.

El rey de ese país, es hermoso,
es el gozo y la luz del lugar;
allí lo contemplaremos en su hermosura,
y nos complaceremos viendo su rostro sonriente.
Estaremos allí, estaremos allí dentro de poco,
nos uniremos con los puros y los bendecidos;
tendremos la palma, el vestido y la corona,
y reposaremos para siempre. (72)

10. Rehusando presentar la reprensión.-

Por este tiempo fui sometida a una severa prueba. Si el Espíritu de Dios descendía sobre una persona durante una reunión, y ésta glorificaba a Dios alabándolo, algunos sostenían que se trataba de mesmerismo; y si al Señor le placía concederme una visión durante una reunión, algunos afirmaban que era el efecto de la agitación y el mesmerismo. Afligida y desanimada, con frecuencia me retiraba a algún lugar solitario para derramar mi alma delante de aquel que invita a los cansados y cargados a encontrar descanso. Cuando reclamaba las promesas por fe, Jesús me parecía estar muy cercano. La dulce luz del cielo brillaba a mi alrededor y me parecía estar rodeada por los brazos de mi Salvador, y se me concedía una visión. Pero cuando relataba lo que Dios me había revelado a mí sola, donde ninguna influencia terrenal podía afectarme, me sentía afligida y asombrada al escuchar que algunos sugerían que los que vivían más cerca de Dios estaban más expuestos a ser engañados por Satanás.

De acuerdo con esta enseñanza, nuestra única seguridad contra el engaño consistía en permanecer distantes de Dios, en una condición de pecado. Oh, pensé yo, ¿hemos llegado al punto de que los que honradamente van solos en busca de Dios para rogar por el cumplimiento de sus promesas, y para reclamar su salvación, tengan que ser acusados de encontrarse bajo la influencia contaminadora del mesmerismo? ¿le pedimos pan a nuestro bondadoso Padre celestial, solamente para recibir una piedra o un escorpión? Estas cosas me herían el espíritu y me afligían el alma con profunda angustia que casi bordeaba en la desesperación. Muchas personas querían que yo creyera que no existía el Espíritu Santo y que todas las manifestaciones experimentadas por los santos hombres de Dios eran únicamente el efecto del mesmerismo o del engaño de Satanás.

Algunos habían torcido mucho ciertos textos de la Escritura, al punto de abstenerse completamente de todo trabajo, y de rechazar a todos los que no recibían sus ideas acerca de esto y de otros puntos relativos al deber religioso. Dios me reveló estos errores en visión y me envió a instruir a sus hijos que habían caído en el error; pero muchos de ellos rechazaron completamente el mensaje, me acusaron (73) de fanatismo, y me presentaron falsamente como líder del fanatismo que me esforzaba constantemente por contrarrestar.

Se fijaron varias fechas para la venida del Señor, las que se presentaron con insistencia a los hermanos. Pero el Señor me reveló que éstas no se cumplirían, porque primero debía transcurrir el

tiempo de angustia antes de la venida de Cristo, y me mostró, además, que cada fecha que se fijaba sin que se cumpliera debilitaría la fe del pueblo de Dios. Debido a esto me acusaron de ser el siervo malo que dijo: "Mi Señor se tarda en venir" (Mat. 24:48).

Estas declaraciones referentes a la fijación del tiempo fueron impresas hace unos treinta años, y los libros que las contienen han circulado en todas partes; sin embargo, algunos ministros que pretenden conocerme bien, declaran que yo he establecido una fecha tras otra para la venida del Señor, y que esas fechas han pasado sin cumplirse, y que por lo tanto mis visiones son falsas. Indudablemente que estas falsas declaraciones son recibidas por muchas personas como si fueran verdad; pero nadie que me conoce o que conoce mis trabajos podría honradamente presentar un informe semejante. Este es el testimonio que he dado siempre, desde cuando no se cumplió la fecha en 1844: "Una fecha tras otra será fijada por diferente personas, y no se cumplirán; y la influencia de esta fijación de fechas tenderá a destruir la fe del pueblo de Dios". Si yo hubiera visto una fecha definida en visión y hubiera dado mi testimonio acerca de ellos, no hubiera podido escribir y publicar, en vista de este testimonio, que todas las fechas que se establezcan pasarán sin que se cumpla el acontecimiento esperado, porque el tiempo de angustia debe venir antes de la segunda venida de Cristo. Por cierto que durante los últimos treinta años, es decir, desde la publicación de esta declaración, no me he sentido inclinada a establecer una fecha para la venida de Cristo, con lo cual me hubiera colocado a mí misma condenación que las personas a las que estaba reprochando. Y no recibí visión sino hasta 1845, después de haber pasado la fecha de 1844 cuando esperábamos la venida del Señor, que pasó sin cumplirse. Entonces se me mostró lo que he declarado aquí.

¿Y acaso no se ha cumplido este testimonio en todos sus detalles? Los adventistas del primer día han establecido una fecha tras otra, y a pesar de los repetidos fracasos, han reunido valor para fijar nuevas fechas. Dios no los ha guiado en esto. Muchos de ellos han (74) rechazado el verdadero tiempo profético y han ignorado el cumplimiento de la profecía, debido a que la fecha de la venida fijada para 1844 pasó sin cumplirse, y no trajo el acontecimiento esperado. Rechazaron la verdad, y el enemigo ha tenido poder para traer sobre ellos poderosos engaños a fin de que crean una mentira. La gran prueba del tiempo ocurrió en 1843 y en 1844, y todos los que han fijado una fecha para la segunda venida a partir de entonces se han estado engañando a sí mismos, y engañando a los demás.

Hasta el momento de mi primera visión no podía escribir, porque me temblaba la mano y era incapaz de sostener firmemente el lápiz. Mientras me encontraba en visión, un ángel me encargó que escribiera lo que veía. Obedecí y escribí sin dificultad. Mis nervios fueron fortalecidos y mi mano se afirmó.

Fue para mí una penosa cruz referir a las personas que se encontraban en error lo que se me había mostrado acerca de ellas. Me causaba un gran pesar ver a otros preocupados o afligidos. Y cuando me veía obligada a declarar los mensajes, con frecuencia los suavizaba y los hacía aparecer tan favorables para la persona como me era posible, y luego me retiraba y lloraba en agonía de espíritu. Consideraba a los que debían preocuparse únicamente por sus propias almas, y pensaba que si yo me encontrara en su condición no me quejaría. Me resultaba difícil de dar los testimonios claros y cortantes que Dios me había encargado que presentara. Observaba ansiosamente para ver cuáles serían los resultados, y si las personas reprochadas se rebelaban contra la reprensión, y después de eso se oponían a la verdad, estos interrogantes se presentaban en mi mente: ¿Presenté el mensaje en la forma debida? ¿No habría podido encontrarse alguna forma de salvarlos? Y después de eso una gran aflicción se apoderaba de mi alma, y con frecuencia pensaba que la muerte sería una mensajera bienvenida y el sepulcro un dulce lugar de descanso.

No comprendía el peligro y el pecado de ese proceder, hasta que en visión fui llevada ante la presencia de Jesús. El me miró con desaprobación y me volvió el rostro. Me resulta imposible describir el terror y la agonía que sentí en ese momento. Caí postrada ante él, pero no pude pronunciar ninguna palabra. ¡Cuánto anhelaba encontrarme a cubierto de esa temible expresión de desaprobación! Así pude

comprender, en cierto grado, lo que serán los sentimientos de los que se pierdan cuando exclamen: "Montes y peñas: caed sobre (75) nosotros, y escondednos del rostro de Aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero". (Apoc. 6:16).
Pronto un ángel me indicó que me levantara, y difícilmente puedo describir lo que vi. Ante mí se encontraba un grupo de personas que tenían el cabello y los vestidos en desorden y rotos, y cuyos rostros eran la imagen misma de la desesperación y el horror. Se aproximaron a mí y frotaron sus vestidos con el mío. Al mirar mi vestido, vi que estaba manchado con sangre. Volví a caer como muerta a los pies de mi ángel acompañante. No pude presentar una sola excusa y anhelé encontrarme lejos de ese lugar santo. El ángel me ayudó a levantarme, y me dijo: "Este no es tu caso en este momento, pero se te ha mostrado esta escena para que sepas lo que llegará a ser tu situación si dejas de declarar a otros lo que el Señor te ha revelado. Pero si eres fiel hasta el fin, comerás del árbol de la vida y beberás de las aguas del río de la vida. Tendrás que sufrir mucho, pero la gracia de Dios te será suficiente". Después de eso me sentí dispuesta a hacer todo lo que el Señor requiriera de mí, para tener su aprobación y no experimentar el temible desagrado de Jesús.

11. Matrimonio y esfuerzos subsiguientes.-

El 30 de Agosto de 1846 me uní en matrimonio con el pastor Jaime White. El pastor White había tenido una profunda experiencia en el movimiento adventista, y Dios había bendecido su trabajo relacionado con la proclamación de la verdad. Nuestros corazones se unieron en la gran obra, y juntos viajamos y trabajamos por la salvación de las almas.

Iniciamos nuestra obra sin dinero, con pocos amigos y con mala salud. Mi esposo había heredado un físico fuerte, pero se le había dañado gravemente la salud debido a que en la escuela se había aplicado exageradamente al estudio y luego se había dedicado intensamente a dar conferencias públicas. Yo había sufrido de mala salud desde mi infancia, tal como lo relaté al comienzo de esta obra. En esta condición, sin recursos financieros, con muy pocas personas que simpatizaban con nuestros conceptos, sin una revista y sin (76) libros, comenzamos nuestra obra. En ese tiempo no teníamos iglesias. Y no se nos había ocurrido la idea de utilizar una carpa. La mayor parte de nuestras reuniones las llevábamos a cabo en hogares privados. Nuestras congregaciones eran reducidas. Pocas veces asistían a nuestras reuniones personas que no fueran adventistas, a menos que se sintieran atraídas por la curiosidad de escuchar a una mujer hablar en público.

Al comienzo actué con timidez en la obra de hablar públicamente. Si manifestaba alguna confianza, era la que me daba el Espíritu Santo. Si hablaba con libertad y poder, era porque Dios me lo concedía. Nuestras reuniones generalmente se conducían de modo que mi esposo y yo pudiéramos hablar. El presentaba un discurso doctrinal y luego yo seguía con una exhortación bastante más larga, abriéndome camino hacia los sentimientos de la congregación. De modo que mi esposo sembraba, yo regaba la semilla de la verdad, y Dios producía el fruto.

En el otoño de 1846 comenzamos a observar el sábado bíblico, a enseñarlo y a defenderlo. Entré en contacto por primera vez con la verdad del sábado mientras visitaba la localidad de New Bedford, Massachussets, en los primeros meses del año mencionado. Conocí en ese lugar al pastor José Bates, quien había aceptado la fe adventista y era un activo obrero en la causa.. El pastor Bates observaba el sábado y hablaba de su importancia. Yo no veía cuál podía ser su importancia, y pensaba que el pastor Bates erraba al espaciarse en el cuarto mandamiento más que en cualquiera de los otros nueve. Pero el Señor me dio una visión del santuario celestial. El templo de Dios estaba abierto en el cielo y se mostró el arca de Dios cubierta con el propiciatorio. Había dos ángeles, uno en cada extremo del arca, con sus alas extendidas sobre el propiciatorio y sus rostros vueltos hacia él. Mi ángel acompañante me informó que éstos representaban a toda la hueste celestial que miraba con reverencia la santa ley que había sido

escrita por el dedo de Dios. Jesús levantó la cubierta del arca y contemplé las tablas de piedra en las que los Diez Mandamientos se encontraban escritos. Quedé asombrada al ver el cuarto mandamiento en el centro mismo de los otros diez, rodeado por un suave halo de luz. El ángel me dijo: "Es el único de los diez que define al Dios viviente que creó los cielos y la tierra y todas las cosas que en ellos hay. Cuando se colocaron los fundamento de la tierra también se colocó el fundamento del sábado como día de reposo". (77)

Se me mostró que si se hubiera observado siempre el verdadero día de reposo, nunca hubiera existido un infiel o un ateo. La observancia del día de reposo hubiera preservado al mundo de la idolatría. El cuarto mandamiento ha sido violado, de modo que todos somos llamados a reparar la brecha que se ha abierto en la ley, y a restablecer el día de reposo que ha sido pisoteado. El hombre de pecado, que se exaltó por encima de Dios, y pensó en cambiar los tiempos y la ley, produjo el cambio del día de reposo del séptimo día al primer día de la semana. Al hacerlo, abrió una brecha en la ley de Dios. Justamente antes del gran día de Dios se envía un mensaje que insta a la gente a que reafirme su lealtad a la ley de Dios quebrantada por el anticristo. Hay que llamar la atención a la brecha abierta en la ley mediante precepto y ejemplo. Se me mostró que el tercer ángel, que proclama los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, representa al pueblo que recibe el mensaje y levanta su voz de advertencia al mundo instándolo a observar los mandamientos de Dios en forma muy minuciosa, y que en respuesta a esta amonestación muchos aceptarían el sábado como día de reposo del Señor.

Cuando recibimos la luz acerca del cuarto mandamiento, había unos veinticinco adventistas en Maine que observaban el sábado como día de reposo; pero tenían tantas diferencias acerca de otros puntos doctrinales, y vivían tan alejados unos de otros, que su influencia era escasa. Había más o menos el mismo número, y en condiciones similares, en otros lugares de Nueva Inglaterra. Considerábamos nuestro deber visitar con frecuencia a estas personas en sus hogares, para fortalecerlas en el Señor y en su verdad, y como se encontraba tan alejadas, fue para nosotros necesario dedicarnos a viajar una buena parte del tiempo. Por falta de recursos económicos utilizamos el medio de transporte más barato, vagones de segunda clase y pasaje en la cubierta inferior en los barcos de vapor. A mí me resultaba más cómodo viajar en un medio de transporte privado. Cuando viajaba en vagones de segunda clase generalmente nos envolvía una nube de humo de tabaco, razón por la cual con frecuencia me desmayaba. Cuando viajábamos en la cubierta inferior de los barcos de vapor, también sufríamos a causa del humo del tabaco, y además teníamos que escuchar las maldiciones y la conversación vulgar de la tripulación y de los pasajeros sin educación. En la noche nos acostábamos en el duro piso para dormir, sobre cajones o sobre sacos de grano, utilizábamos nuestras maletas como (78) almohadas y nos tapábamos con nuestros abrigos y chales. Cuando sentíamos mucho frío en el invierno, caminábamos por la cubierta para entrar en calor. Cuando nos oprimía el fuerte calor del verano, subíamos a la cubierta superior para respirar el aire fresco de la noche. Esto me resultaba muy fatigoso, especialmente cuando viajaba con un niño en los brazos. Nosotros no habíamos elegido esta clase de vida. Dios nos llamo en nuestra pobreza y nos condujo a través del horno de la aflicción a fin de concedernos una experiencia que fuera de gran valor para nosotros y un ejemplo para los que se unieran a nuestro trabajo en el futuro.

Nuestro Maestro conoció el dolor y la aflicción, y los que sufran con él reinarán con él. Cuando el Señor se le apareció a Saulo en ocasión de su conversión, no se propuso mostrarle todo el bien de que podría disfrutar, sino los grandes sufrimientos que tendría que padecer en su nombre. El sufrimiento ha sido la suerte del pueblo de Dios desde los días del mártir Abel. Los patriarcas sufrieron por ser leales a Dios y obedientes a sus mandamientos. La gran cabeza de la iglesia sufrió por nosotros; sus primeros apóstoles y la iglesia primitiva también sufrieron; los millones de mártires sufrieron y sufrieron también los reformadores. ¿Y por qué habríamos nosotros –que tenemos la bendita esperanza de la inmortalidad, que se convertirá en realidad en el momento de la venida de Cristo, la cual no demorará mucho-, de acobardarnos a causa de una vida de sufrimiento? Si fuera posible tener acceso al árbol de

la vida que está en medio del paraíso de Dios, sin experimentar antes sufrimientos, no disfrutaríamos de una recompensa tan valiosa por no haber sufrido por ella. Nos apartaríamos de la gloria; nos sobrecogería la vergüenza ante la presencia de los que pelearon la buena batalla, que corrieron la carrera con paciencia y que se aferraron a la vida eterna. Pero no habrá allí nadie que no haya elegido, como Moisés, padecer aflicciones con el pueblo de Dios. El profeta Juan vio la multitud de los redimidos, y preguntó quiénes eran. Recibió esta respuesta: "Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del cordero" (Apoc. 7:14).

Cuando comenzamos a presentar la luz acerca de la cuestión del sábado, no teníamos una idea claramente definida acerca del mensaje del tercer ángel de Apocalipsis 14:9-12. El énfasis mayor del testimonio que dábamos a la gente consistía en que el gran movimiento que anunciaba la segunda venida era de Dios, que los mensajes del (79) primer y segundo ángeles ya habían sido dados y que el mensaje del tercer ángel debía darse. Vimos que el mensaje del tercer ángel concluía con estas palabras: "Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. (Apoc. 14:12).

Y vimos tan claramente entonces, como ahora lo vemos, que esas palabras proféticas sugieren una reforma acerca del día de reposo. Pero no teníamos una posición definida acerca de lo que era la adoración de la bestia mencionada en ese pasaje ni del significado de la imagen y la marca de la bestia.

Dios utilizó su Santo Espíritu para hacer brillar la luz sobre sus siervos, y con eso el tema se fue aclarando poco a poco en sus mentes. Su investigación requirió mucho estudio y gran cuidado para desentrañar eslabón tras eslabón. Gracias a la preocupación, la ansiedad y el trabajo incesante, ha avanzado la obra hasta que las grandes verdades de nuestro mensaje han llegado a constituir un todo claro, eslabonado y perfecto, que se ha predicado al mundo.

Hablé anteriormente de mi relación con el pastor Bates. Encontré que se trataba de un caballero cristiano y genuino, cortés y bondadoso. Me trató con gran ternura, como si hubiera sido su hija. La primera vez que me oyó hablar manifestó gran interés. Cuando termine mi discurso, se levantó y dijo: "Yo tengo mis dudas, como Tomás. No creo en visiones. Pero si pudiera creer que el testimonio que la hermana ha presentado esta noche es en realidad la voz de Dios para nosotros, sería el hombre más feliz. He quedado profundamente conmovido. Creo que la oradora es una persona sincera, pero no puedo explicar cómo es posible que a ella se le hayan mostrado las cosas admirables que acaba de presentarnos".

Pocos meses después de mi casamiento, asistí con mi esposo a unas reuniones llevadas a cabo en Topsham, Maine, a las que también asistió el pastor Bates. Por entonces aún no creía que mis visiones procedieran de Dios. Esa reunión fue una ocasión de mucho interés. El Espíritu de Dios descendió sobre mí y recibí una visión de la gloria de Dios, y por primera vez pude contemplar otros planetas. Cuando salí de la visión, relaté lo que había visto. Entonces el pastor Bates me preguntó si había estudiado astronomía. Contesté que no recordaba haber leído ni estudiado nada sobre astronomía. El dijo: "Esto procede del Señor". Nunca antes lo había visto tan aliviado y feliz. Su rostro brillaba con la luz del cielo, y exhortaba poderosamente a la iglesia. (80)

Después de esas reuniones mi esposo y yo regresamos a Gorham, lugar donde mis padres vivían. Allí enfermé de gravedad y sufrí muchísimo. Mis padres, mi esposo y mis hermanas se unieron en oración por mí, pero continué sufriendo durante tres semanas. Con frecuencia caía desmayada, como si estuviera muerta; pero revivía como respuesta a las oraciones. Mi agonía era tan intensa que rogaba a los que se encontraban junto a mí que no siguieran orando por mi restablecimiento, porque pensaba que sus oraciones sólo prolongaban mis sufrimientos. Nuestros vecinos me dieron por muerta. Al Señor pareció bien probar nuestra fe durante un tiempo. Un día, mientras mis amigos nuevamente se encontraban reunidos para orar en mi favor, un hermano que se encontraba presente y manifestaba una gran preocupación por mí, con el poder de Dios descansando sobre él se levantó de sus rodillas, vino hasta donde yo me encontraba y colocando las manos sobre mi cabeza, dijo: "Hermana Elena,

Jesucristo te sana"; luego cayó hacia atrás postrado por el poder de Dios. Acepté que ese acto procedía de Dios y me abandonó el dolor. Me llené de agradecimiento y paz. En mi corazón tenía este pensamiento: "No existe ayuda para nosotros fuera de Dios. Podemos disfrutar de paz únicamente cuando descansamos en él y esperamos su salvación".

Al día siguiente sobrevino una fuerte tormenta, por lo que ninguno de nuestros vecinos vino a visitarnos. Me levanté y me fui a la sala de la casa. Cuando algunos vecinos vieron que las ventanas de mi cuarto estaban abiertas, supusieron que había muerto. No sabían que el gran Médico había entrado misericordiosamente en nuestra morada, había reprochado a la enfermedad y me había librado de ella. Al día siguiente viajamos casi sesenta kilómetros hasta Topsham. Algunas personas le preguntaron a mi padre cuándo realizarían el funeral. Mi padre preguntó: "¿De qué funeral hablan?" "Del funeral de su hija", fue la respuesta. Mi padre respondió: "Ella ha sido sanada por la oración de fe y ahora va en camino hacia Topsham".

Algunas semanas después de esto, mientras viajábamos hacia Boston, tomamos el barco de vapor en Pórtland. Se levantó una fuerte tormenta y corríamos un tremendo riesgo. El barco se balanceaba peligrosamente y las olas se estrellaban contra las ventanas de los camarotes. Reinaba mucho temor en el sector de las damas. Muchas confesaban sus pecados y clamaban a Dios pidiendo misericordia. (81) Algunas invocaban a la Virgen María para que las protegiera, mientras otras hacían solemnes promesas a Dios de que si llegaban a tierra a salvo dedicarían sus vidas a su servicio. Era una escena de terror y confusión. Mientras el barco cabeceaba, una dama se volvió hacia mí y me dijo: "¿Usted no siente miedo? Considero que es un hecho que nunca llegaremos a tierra". Le dije que había buscado refugio en Cristo y que si yo había terminado mi obra podía muy bien descansar en el fondo del océano como en cualquier otro lugar; pero si mi obra todavía no había concluido, todas las aguas del océano no bastarían para ahogarme. Tenía mi confianza puesta en Dios, y él nos llevaría a salvo hasta nuestro destino, si eso contribuía a su gloria.

En ese momento aprecié la esperanza cristiana. La escena que se desarrollaba ante mí trajo a mi mente vívidos pensamientos acerca del día terrible de la ira divina, cuando los pobres pescadores serán sobrecogidos por la tormenta de su ira. Entonces habrá amargas exclamaciones de reconvención y lágrimas, confesiones de los pecados cometidos y ruegos pidiendo misericordia; pero será demasiado tarde. "Por cuanto llamé y no quisisteis oír, extendí mi mano, y no hubo quien atendiese, sino que desechasteis todo consejo mío y mi reprensión no quisisteis, también yo me reiré en vuestra calamidad" (Prov. 1:24-26).

Por la misericordia divina todos llegamos a salvo a tierra. Pero algunos de los pasajeros que habían manifestado gran temor durante la tormenta, hablaron despreocupadamente de ella y dijeron que sus temores habían sido infundados. Una dama que había prometido solemnemente que se haría cristiana si se le salvaba la vida y podía ver tierra nuevamente, al salir del barco exclamó burlonamente: "¡Gloria a Dios, me alegro de volver a pisar esta tierra!" Le pedí que retrocediera en su pensamiento algunas horas, y recordara la promesa que había hecho. Se alejó de mí con una expresión de desprecio.

Eso me hizo recordar el arrepentimiento que algunos sienten cuando están en el lecho de la muerte. Algunas personas se sirven a sí mismas y a Satanás durante toda su vida, y luego caen afligidas por la enfermedad, lo cual las hunde en la incertidumbre, manifiestan cierto grado de aflicción por el pecado, y tal vez se muestran dispuestas a morir, y sus amigos les hacen creer que se han convertido genuinamente y están listas para el cielo. Pero si estas personas recuperan la salud, siguen siendo tan rebeldes como siempre. Acuden a (82) mi mente las palabras de Proverbios 1:27-28: "Cuando viniere como una destrucción lo que teméis, y vuestra calamidad llegare como un torbellino; cuando sobre vosotros viniere tribulación y angustia, entonces me llamarán, y no responderá; me buscarán de mañana, y no me hallarán".

Nuestro hijo mayor, Enrique Nicolás White, nació en Gorham, Maine, el 26 de agosto de 1847. En octubre, los esposos Howland, de Topsham, nos ofrecieron bondadosamente una parte de su casa, lo

que aceptamos con gozo y comenzamos nuestra vida de hogar con muebles prestados. Éramos pobres y pasamos por grandes estrecheces económicas. Habíamos resuelto no depender de los demás y sostenernos por nuestra propia cuenta, además de tener algo para ayudar a otros. Pero no fuimos prosperados. Mi esposo trabajaba duramente acarreando piedras para el ferrocarril; pero no logró recibir lo que le correspondía por su trabajo. Los hermanos Howland compartían bondadosamente con nosotros todo lo que podían; pero también ellos vivían en necesidad. Creían plenamente el primer y segundo mensajes, y habían compartido generosamente sus bienes para adelantar la obra, hasta quedar reducidos a lo que les proporcionaba su trabajo diario.

Mi esposo dejó de trabajar en el ferrocarril, y se fue con su hacha a cortar leña al bosque. Aunque sentía continuamente un dolor en el costado, trabajaba desde temprano en la mañana hasta el oscurecer, para ganar cincuenta centavos de dólar al día. Algunas noches no podía dormir debido al intenso dolor que experimentaba. Nos esforzamos por mantener buen ánimo y confiar en el Señor. Yo no me quejaba. En la mañana sentía gratitud a Dios porque nos había preservado durante una noche más, y en la noche agradecía porque nos había cuidado durante otra jornada. Un día, cuando nuestras provisiones se habían terminado, mi esposo fue a ver a su empleador para recibir dinero o provisiones. Era un día tormentoso y tuvo que caminar casi cinco kilómetros de ida y otros tantos de vuelta, en medio de la lluvia. Volvió a casa trayendo sobre la espalda un saco de provisiones atadas en diferentes compartimientos, pasó con esa carga por la aldea de Brunswick, un lugar donde había presentado mensajes espirituales con frecuencia. Cuando entró en casa, muy cansado sentí un gran desánimo. Mi primer pensamiento fue que Dios nos había abandonado. Le dije a mi esposo: "¿A esto hemos llegado? ¿Nos (83) ha abandonado el Señor?" No pude contener mis lágrimas. Lloré y me lamenté durante horas, hasta que me desmayé. Se elevaron oraciones en mi favor. Cuando volví en mí, experimenté la influencia alentadora del Espíritu de Dios, y lamenté haberme dejado dominar por el desánimo. Deseamos seguir a Cristo y ser como él; pero a veces vacilamos a causa de las pruebas, y nos alejamos un tanto de él. Los sufrimientos y las pruebas nos acercan a Jesús. El horno encendido consume la escoria y hace brillar el oro.

Esta vez se me mostró que el Señor nos había estado probando para nuestro propio bien, y preparándonos para trabajar en favor de otros; que nos había estado sacudiendo para impedir que nos estableciéramos cómodamente. Nuestro deber consistía en trabajar por las almas; si hubiéramos sido prosperados, el hogar nos hubiera parecido tan placentero que no nos habríamos sentido inclinados a abandonarlo. Por eso Dios había permitido que nos sobrevinieran pruebas, a fin de prepararnos para enfrentar conflictos todavía más grandes, a los que tendríamos que hacer frente en nuestros viajes. Pronto recibimos cartas de hermanos que vivían en diferentes estados que nos invitaban a visitarlos; pero carecíamos de medios para trasladarnos a esos lugares. Nuestra respuesta fue que no había forma de hacerlo. Pensé que sería imposible para mí viajar con mi hijo. No deseábamos depender de los demás y poníamos gran cuidado en vivir de acuerdo con nuestros recursos. Estábamos resueltos a sufrir antes que a endeudarnos. Disponía de medio litro de leche para mí y para mi hijo. Una mañana al salir mi esposo al trabajo, me dejó nueve centavos. Con ellos podría comprar leche para tres mañanas. Pasé un largo rato tratando de decidirme si comprar leche para mí y mi bebe o comprar una prenda de ropa que él necesitaba. Finalmente abandoné la idea de comprar leche y en cambio adquirí la tela necesaria para confeccionar la prenda que cubriría los brazos desnudos de mi hijito.

El pequeño Enrique enfermó de gravedad, y empeoró con tanta rapidez que nos alarmamos mucho. Cayó en un estado de estupor; tenía la respiración rápida y pesada. Le dimos remedios sin ningún resultado positivo. Luego llamamos a una persona que conocía de enfermedades, quien nos dijo que era dudoso que se recuperara. Habíamos convertido al niño en una excusa para no trabajar por el bien de los demás, y temíamos que el Señor nos lo quitara. Una vez más nos postramos delante del Señor, y le pedimos (84) que tuviera compasión de nosotros y salvara la vida del niño: y le prometimos solemnemente avanzar confiando en él dondequiera que él nos enviara.

Nuestras peticiones fueron fervientes y llenas de agonía. Por fe reclamamos las promesas de Dios y creímos que él escucharía nuestro clamor. La luz del cielo comenzó a brillar sobre nosotros abriéndose paso entre las nubes y nuestras oraciones fueron misericordiosamente contestadas. Desde ese momento el niño comenzó a recuperarse.

Mientras nos encontrábamos en Topsham recibimos una carta del hermano Chamberlain, de Connecticut, instándonos a asistir a la conferencia que se llevaría a cabo en ese Estado en abril de 1848. Decidimos asistir si podíamos encontrar el dinero. Mi esposo arregló las cuentas con su empleador y recibió diez dólares que se le debían. Con cinco dólares compramos ropa que mucho necesitábamos, y luego parché el abrigo de mi esposo, y aun tuve que colocar un parche sobre otro, lo que hacía difícil distinguir la tela original de las mangas. Nos quedaron cinco dólares para ir a Dorchester, Massachusetts. Nuestro baúl contenía casi todo lo que poseíamos en esta tierra, pero disfrutábamos de paz mental y de tranquilidad en la conciencia, y esto lo considerábamos demás valor que la comodidad terrenal. En Dorchester visitamos la casa del hermano Nichols, y al irnos, la hermana Nichols le dio a mi esposo cinco dólares, con los que él pagó el pasaje hasta Middletown, Connecticut. Éramos forasteros en esa ciudad y nunca habíamos visto a los hermanos de ese Estado. Nos quedaban solamente cincuenta centavos. Mi esposo no se atrevió a usar ese dinero para alquilar un coche, de manera que dejó el baúl sobre un montón de madera y salimos caminando en busca de alguien que fuera de nuestra misma fe. Pronto encontramos al hermano C., quien nos llevó a su casa. La conferencia se llevó a cabo en Rocky Hill, en un extenso aposento sin terminar de la casa del hermano Belden. Se reunieron como cincuenta hermanos, pero no todos ellos estaban plenamente en la verdad. Nuestra reunión fue interesante. El hermano Bates presentó los mandamientos en una luz clara, y su importancia fue destacada por poderosos testimonios. La predicación de la Palabra tuvo como efecto afirmar a los que ya estaban en la verdad y despertar a los que no se habían decidido plenamente por ella. (85)

Fuimos invitados a reunirnos con los hermanos del Estado de Nueva Cork el verano siguiente. Los creyentes eran pobres y no podían prometer hacer mucho para pagar nuestros gastos. Carecíamos de recursos para el viaje. La salud de mi esposo era deficiente, pero se le presentó la oportunidad de trabajar en un campo de heno, y él decidió hacer el trabajo. Entonces parecía que debíamos vivir por fe. Cuando nos levantábamos por la mañana nos arrodillábamos junto a nuestra cama y le pedíamos a Dios que nos concediera fuerzas para trabajar durante el día. No quedábamos satisfechos a menos que tuviéramos la seguridad de que el Señor había escuchado nuestra oración. Después de eso mi esposo salía a segar el heno con la guadaña, no con sus propias fuerzas, sino con las fuerzas del Señor. En la noche, cuando regresaba a casa, nuevamente orábamos a Dios pidiéndole fuerzas a fin de ganar los medios necesarios para esparcir su verdad. Con frecuencia nos bendecía abundantemente. En una carta al hermano Howland, de julio de 1848, mi esposo escribió: “Dios me concede la fuerza necesaria para trabajar duramente durante todo el día. ¡Alabado sea su nombre! Espero recibir unos pocos dólares para usar en su causa. He sufrido fatiga, dolor, hambre, frío y calor a causa del trabajo, mientras me esfuerzo por hacer el bien a nuestros hermanos, y estamos listos para sufrir aún más si Dios así lo requiere. Hoy me regocijo porque la comodidad, el placer y el bienestar de esta vida son un sacrificio sobre el altar de mi fe y esperanza. Si nuestra felicidad consiste en hacer felices a otros, entonces ciertamente nos sentimos felices. El verdadero discípulo no vivirá para gratificar su amado yo, sino para honrar a Cristo y para el bien de sus hijos. Debe sacrificar su comodidad, su placer, su bienestar, su conveniencia, su voluntad y sus propios deseos egoístas por la causa de Cristo, porque en caso contrario nunca reinará con él en su trono”.

Los recursos obtenidos con el trabajo en el campo de heno fueron suficientes para satisfacer nuestras necesidades del momento y también para pagar nuestros gastos de viaje de ida y vuelta a Nueva Cork.

Nuestra primera conferencia en Nueva Cork se llevó a cabo en Volney, en el galpón de un

hermano. Había presentes unas treinta y cinco personas, todas las que se pudieron reunir en esa parte del Estado. Pero entre ellas difícilmente había dos que estuvieran de acuerdo. Algunos creían en errores serios y todos se esforzaban (86) por imponer sus propios puntos de vista, declarando que estaban de acuerdo con las Escrituras.

Estas extrañas diferencias de opinión me afligieron mucho, porque veía que deshonraban a Dios. Esta situación me provocó una preocupación tan grande que me desmayé. Algunos temían que estuviera muriendo, pero el Señor escuchó las oraciones de sus siervos y reviví. La luz del cielo descansó sobre mí y pronto perdí el contacto con las cosas terrenas. Mi ángel acompañante presentó delante de mí algunos de los errores de las personas que nos acompañaban, y también la verdad en contraste con esos errores. Los conceptos discordantes que ellos pretendían que estaban de acuerdo con la Biblia, estaban únicamente de acuerdo con la opinión que ellos tenían de la Biblia, por lo que debían abandonar esos errores y unirse en el mensaje del tercer ángel. Nuestra reunión tuvo un final triunfante. La verdad ganó la victoria. Los hermanos renunciaron a sus errores y se unieron en el mensaje del tercer ángel. Dios los bendijo abundantemente y añadió nuevos conversos.

De Volney viajamos a Port Gibson para asistir a una reunión en el galpón del hermano Edson. Había presente personas que amaban la verdad, pero que habían prestado atención al error y lo habían creído. El Señor manifestó su poder entre nosotros antes de la finalización de la reunión. Nuevamente se me mostró en visión la importancia de que los hermanos del sector este del Estado de Nueva York abandonaran sus diferencias y se unieran en la verdad bíblica.

Regresamos a Middletown, donde habíamos dejado a nuestro hijo durante nuestro viaje por el oeste. Y ahora tuvimos que hacer frente a un penoso deber. Por el bien de las almas consideramos que debíamos sacrificar la compañía de nuestro pequeño Enrique, a fin de entregarnos sin reservas a la obra. Mi salud era deficiente y era inevitable que tendría que dedicar una buena parte de mi tiempo a su cuidado. Fue una prueba muy severa, y sin embargo no me atreví a convertir al niño en un estorbo para el cumplimiento de mi deber. Yo creía que el Señor le había salvado la vida cuando había estado enfermo, y que si yo permitía que él me estorbara en el cumplimiento de mi deber, Dios me lo quitaría. Sola ante el Señor, con sentimientos de dolor y muchas lágrimas, hice el sacrificio y renuncié a mi hijo único, que entonces tenía un año de edad, entregándolo a otra mujer para que hiciera las veces de madre y lo amara como una madre. Lo dejamos con la familia del hermano Howland, en quien (87) teníamos completa confianza. Estaban dispuestos a aumentar sus cargas con tal de dejarnos tan libres como fuera posible para que trabajáramos en la causa de Dios. Sabíamos que ellos podían cuidar mejor a Enrique de lo que yo podría hacer mientras viajaba, y que era para su propio bien tener un hogar y una buena disciplina. Me resultó muy duro alejarme de mi hijo. Noche y día veía su carita triste, sin embargo con la fuerza del Señor pude sacarlo de mi mente y procurar trabajar por el bien de otros. La familia del hermano Howland estuvo a cargo de Enrique durante cinco años.

12. Publicando y viajando.-

En Junio de 1849, se nos presentó la oportunidad de establecer nuestro hogar temporalmente en Rocky Hill, Connecticut. El 28 de julio nació en este lugar nuestro segundo hijo, Jaime Edson.

Mientras vivíamos allí, mi esposo tuvo la impresión de que era su deber escribir y publicar acerca de la verdad presente. Se sintió muy animado y bendecido al decidir hacerlo, pero también perplejo puesto que carecía de dinero. Había hermanos que tenían recursos económicos, pero no estuvieron dispuestos a compartirlos. Finalmente, presa del desánimo, abandonó la idea y decidió buscar un campo de heno para segarlo. Al salir él de la casa, sentí una gran preocupación y me desmayé. Ofrecieron oraciones para mi restablecimiento y fui bendecida y tomada en visión. Vi que el Señor había bendecido y fortalecido a mi esposo para que trabajara en el campo un año antes; que él había

utilizado correctamente los medios que había recibido; y que tendría cien veces más en su vida, y si era fiel, una abundante recompensa en el reino de Dios; pero que en esta ocasión, el Señor no le concedería fortaleza para trabajar en el campo, porque tenía otra obra para él; que debía avanzar con fe y escribir y publicar acerca de la verdad presente. Comenzó a escribir inmediatamente, y cuando llegaba a algún pasaje difícil, le pedíamos al Señor que nos revelara el verdadero significado de su Palabra.

Más o menos en ese tiempo comenzó a publicar una hojita titulada *The Present Truth* (La verdad presente). La imprenta se encontraba en Middletown, a doce kilómetros de Rocky Hill, y él con (88) frecuencia caminaba esta distancia de ida y vuelta, aunque entonces cojeaba de un pie. Cuando trajo el primer número de la imprenta, nos arrodillamos alrededor de él y le pedimos al Señor con humildad y muchas lágrimas que bendijera los débiles esfuerzos de su siervo. Luego mi esposo envió las hojitas a todas las personas que pensó que las leerían, y las llevó al correo en un bolso de mano. Cada número se llevaba cada vez de Middletown a Rocky Hill. Antes de preparar las publicaciones para llevarlas al correo, las extendíamos delante del Señor y orábamos fervorosamente y con lágrimas, rogando que su bendición acompañara a los mensajeros silenciosos. Muy pronto comenzaron a llegar cartas con dinero destinado a la publicación de este folleto, y también las buenas nuevas de que muchas personas estaban aceptando la verdad.

No interrumpimos nuestros esfuerzos por predicar la verdad cuando comenzamos esta obra de publicaciones, sino que seguimos viajando de un lugar a otro, proclamando las doctrinas que nos habían traído tanta luz y gozo; continuamos animando a los creyentes, corrigiendo los errores y poniendo las cosas en orden en la iglesia. Con el fin de llevar adelante la empresa de las publicaciones, y al mismo tiempo continuar nuestros trabajos en diferentes partes del campo, la publicación del folleto se trasladó a diversos lugares.

En 1850 se publicó en Paris, Maine. En ese lugar lo ampliamos y le cambiamos el nombre por el que tiene en la actualidad: The Advent Review and Sabbath Herald (La revista adventista y heraldo sabático). Los amigos de la causa eran escasos y carecían de riquezas, de modo que todavía nos sentíamos obligados a luchar con la pobreza y con gran desánimo. El trabajo excesivo, las preocupaciones, la ansiedad, la falta de alimentos nutritivos y la exposición al frío durante nuestros largos viajes invernales, fueron demasiado para mi esposo, por lo que fue derribado por el peso de la carga. Se puso tan débil que apenas podía caminar hasta la imprenta. Nuestra fe fue probada en grado sumo. Habíamos soportado voluntariamente las privaciones, el trabajo y el sufrimiento; sin embargo la gente interpretó mal nuestros motivos y éramos considerados con desconfianza y celos. Pocas personas por cuyo bien habíamos trabajado daban muestras de apreciar nuestros esfuerzos. Nos encontrábamos demasiado confundidos para poder dormir o descansar. Las horas durante las cuales debiéramos haber repuesto fuerzas mediante el sueño, con frecuencia las pasábamos contestando largas comunicaciones (89) ocasionadas por la envidia; y mientras otros dormían, pasamos muchas horas derramando lágrimas de agonía y lamentándonos delante del Señor. Finalmente mi esposo dijo: "Esposa, es inútil seguir luchando durante más tiempo. Estas cosas me están destruyendo y pronto me enviarán a la tumba. No puedo seguir más. He escrito una nota para el folleto diciendo que no seguiré publicándolo". Me desmayé cuando él salió de la casa para llevar la nota a la imprenta. Mi esposo volvió y oró por mí; su oración fue contestada y yo me sentí aliviada.

A la mañana siguiente mientras la familia oraba, fui tomada en visión y se nos mostraron los asuntos que nos preocupaban. Vi que mi esposo no debía dejar de publicar el folleto; porque eso era justamente lo que Satanás estaba tratando que él hiciera, y trabajaba mediante sus agentes para conseguirlo. Se me mostró que debíamos continuar publicando y que el Señor nos sustentaría; que los que eran culpables de haber arrojado tales cargas sobre nosotros tendrían que ver la extensión de su cruel comportamiento, y volver confesando su injusticia, de lo contrario se encontrarían con el desagrado divino; que no habían hablado y actuado solamente contra nosotros, sino contra Aquel que nos había llamado a ocupar el lugar que él deseaba que ocupáramos; y que todas sus sospechas, celos e influencia secreta habían

sido registradas fielmente en el cielo, y no serían eliminadas hasta que todos los que habían participado en esto vieran la extensión de su conducta equivocada y desanduvieran cada paso.

El segundo volumen de la Review se publicó en Saratoga Springs, Nueva York. En abril de 1852 nos mudamos a Rochester, Nueva York. Nos veíamos obligados a dar cada paso por fe. Todavía estábamos afligidos con la pobreza y nos veíamos en la necesidad de ejercer la más rígida economía y abnegación. A continuación daré un breve extracto de una carta escrita a la familia del hermano Howland, fechada 16 de abril de 1852: "Nos estamos estableciendo en Rochester. Hemos alquilado una casa vieja por 175 dólares al año. Tenemos la prensa en la casa. Si no fuera por esto, tendríamos que pagar otros cincuenta dólares al año por un cuarto donde tenerla. Ustedes se sonreirían si pudieran ver en qué consisten nuestros muebles. Compramos dos armaduras de cama por veinticinco centavos cada una. Mi esposo me trajo seis sillas viejas, ninguna de las cuales era igual, por las que pagó un dólar, y poco después (90) me trajo otras cuatro sillas viejas sin asiento, por las que pagó sesenta y dos centavos. Los marcos están firmes y les he puesto asientos de una tela resistente. La mantequilla cuesta tan cara que no la compramos, ni tampoco podemos comprar papas. Utilizamos salsa en lugar de mantequilla, y nabos en vez de papas. Nos servimos las primeras comidas en una mesa hecha con unas tablas colocadas encima de dos barriles de harina vacíos. Estamos dispuestos a sufrir privaciones si la obra de Dios puede adelantarse con ello. Creemos que la mano del Señor nos dirigió al venir a este lugar. Hay un extenso campo en el cual trabajar y hay sólo pocos obreros. Nuestra reunión del último sábado fue excelente. El Señor nos reconfortó con su presencia".

De tiempo en tiempo salíamos para asistir a conferencias a diferentes partes del campo. Mi esposo predicaba, vendía libros y trabajaba para extender la circulación de la revista. Viajábamos en un medio de transporte privado y nos deteníamos a mediodía para dar de comer a nuestro caballo junto al camino y para almorzar nosotros. Luego, armado de lápiz y papel, mi esposo escribía artículos para la Review y el Instructor, apoyando las hojas sobre la tapa de la caja en la que llevábamos el almuerzo o bien encima de su sombrero. El Señor bendijo abundantemente nuestros esfuerzos y la verdad afectó muchos corazones.

En el verano de 1853 efectuamos nuestro primer viaje al Estado de Michigan. Después de haber publicado las fechas en que visitaríamos los distintos lugares, mi esposo cayó postrado con fiebre. Nos unimos en oración en favor de él, y aunque se sintió aliviado siguió muy débil. Estábamos muy confundidos. ¿Tendríamos que apartarnos de nuestro trabajo debido a la enfermedad del cuerpo? ¿Se le permitiría a Satanás ejercer su poder sobre nosotros y contender por nuestra utilidad y nuestras vidas mientras permaneciéramos en el mundo? Sabíamos que Dios podía limitar el poder de Satanás. El podía permitir que sufriéramos en el horno, pero nos sacaría purificados y mejor preparados para su obra.

En oración privada derramé mi alma delante de Dios para que reprendiera la enfermedad y fortaleciera a mi esposo a fin de que pudiera soportar el viaje. El caso era urgente y mi fe se aferró firmemente a las promesas de Dios. Obtuve allí la evidencia de que si proseguíamos nuestro viaje hacia Michigan, el ángel de Dios nos acompañaría. Cuando referí a mi esposo mis preocupaciones, él (91) me dijo que también había tenido preocupaciones similares; pero decidimos ir, confiando en el Señor. Con cada kilómetro que recorríamos aumentaban sus fuerzas. El Señor lo sostuvo. Y mientras él predicaba la Palabra, sentí la seguridad de que los ángeles de Dios estaban a su lado para prestarle ayuda en sus esfuerzos.

Durante este viaje mi esposo se preocupó mucho del tema del espiritismo, y poco después de regresar comenzó a escribir un libro titulado Signs of the Times (Señales de los Tiempos). Todavía estaba débil y podía dormir muy poco, pero el Señor le sirvió de apoyo. Cuando sentía confusión y angustia mental, se volvía a Dios y clamaba buscando alivio. Dios escuchaba nuestras fervientes oraciones y con frecuencia bendecía a mi esposo, y él, con el espíritu renovado, continuaba con su trabajo. Muchas veces durante el día buscábamos a Dios en ferviente oración. Ese libro no fue escrito con las fuerzas de

mi esposo.
Durante el invierno y la primavera sufrí mucho del corazón. Me resultaba difícil respirar estando acostada. Se me interrumpía la respiración, y también me desmayaba frecuentemente. Tenía una hinchazón en el párpado izquierdo, que parecía ser cáncer. Había ido aumentando gradualmente durante más de un año, hasta hacerse muy dolorosa, y afectaba mi vista. Cuando leía o escribía, me veía obligada a vendar el ojo afligido. Temía que fuera destruido por un cáncer. Recordaba los días y las noches pasados leyendo pruebas de imprenta, y ese esfuerzo intenso había fatigado mis ojos. Pensé: "Si pierdo mi ojo y mi vida, será como sacrificio por la causa de Dios".
Por ese tiempo un médico que atendía gratuitamente a los pacientes visitó Rochester, y decidí que él examinara mi ojo. El pensaba que la hinchazón era realmente un cáncer. Pero después de tomarme el pulso, dijo: "Usted está muy enferma y morirá de apoplejía antes que esa hinchazón se abra. Usted se encuentra en un peligroso estado de salud, y tiene el corazón enfermo'. Esto no me asombró, porque me había dado cuenta que sin pronta ayuda médica descendería a la tumba. Otras dos mujeres que acudieron a la consulta médica también sufrían la misma enfermedad. El médico dijo que yo me encontraba en un estado más peligroso que cualquiera de las dos, y que al cabo de tres semanas me vería afligida de parálisis. Le pregunté si él creía que sus medicamentos me curarían. No me dio mucho ánimo. Probé los remedios que prescribía, pero no recibí ningún beneficio. (92)
Al cabo de unas tres semanas me desmayé y caí postrada, y permanecí casi inconsciente durante 36 horas. Se temía que no viviera, pero en respuesta a la oración nuevamente reviví. Una semana después recibí un golpe en el lado izquierdo. Tenía una extraña sensación de frío e insensibilidad en la cabeza, y fuerte dolor en las sienes. Sentía la lengua pesada e insensible, y no podía hablar bien. No podía mover el brazo ni el lado izquierdo. Pensé que estaba muriendo, y en medio de mis sufrimientos sentí una gran ansiedad por recibir una evidencia de que el Señor me amaba. Durante meses había sufrido de dolor continuo en el corazón y me encontraba constantemente deprimida. Había tratado de servir a Dios por principio, sin hacer intervenir mis sentimientos, pero ahora anhelaba la salvación de Dios. Deseaba profundamente recibir su bendición a pesar de mi sufrimiento físico.
Los hermanos se reunieron para orar especialmente por mi caso. Mi deseo quedó satisfecho y recibí la bendición de Dios y tuve la seguridad de que él me amaba. Pero el dolor continuó y seguí debilitándome poco a poco. Nuevamente los hermanos se reunieron para presentar mi caso delante del Señor. Yo estaba tan débil que no podía orar en voz alta. Mi condición al parecer debilitó la fe de los que me rodeaban. Luego recordé las promesas del Señor como nunca antes las había recordado. Me parecía que Satanás se esforzaba por arrancarme del lado de mi esposo y de mis hijos, para lanzarme en la tumba, y las siguientes preguntas surgieron en mi mente: ¿Puedes creer tú exclusivamente en la promesa de Dios? ¿Puedes avanzar por fe y dejar que la apariencia sea lo que sea? La fe revivió. Le dije a mi esposo en un susurro: "Yo sé que me recuperaré". El contestó: "Quisiera poder creer lo mismo". Llegó la noche sin que yo recibiera ningún alivio, y sin embargo seguí confiando firmemente en las promesas de Dios. No pude dormir, pero continué mi oración silenciosa. Pude conciliar el sueño al amanecer.
Cuando el sol salía, me desperté sin sentir ningún dolor. Había desaparecido la presión en el corazón y me sentía muy feliz. ¡Qué cambio se había operado! Me parecía que un ángel de Dios me había tocado mientras dormía. Sentí una enorme gratitud. Mis labios pronunciaron alabanzas a Dios. Desperté a mi esposo y le referí la curación admirable que Dios había efectuado en mí. Al comienzo casi no lo pudo creer, pero cuando me levanté y me vestí y caminé (93) por la casa, él también alabó a Dios conmigo. Había cesado también el dolor en mi ojo enfermo, y a los pocos días la hinchazón había desparecido y había recuperado plenamente la vista. La obra de curación había sido completa.
Fui a ver al médico nuevamente, y apenas me tomó el pulso me dijo: "Señora, ha ocurrido un cambio completo en su organismo; pero las dos mujeres que me consultaron la última vez que usted estuvo aquí, han muerto". Le dije que no había sido curada con la medicina que él me había dado. Cuando me

hube ido, el médico le dijo a una amiga mía: "Su caso es un misterio. No lo comprendo".
Pronto visitamos Michigan nuevamente, y tuve que soportar largos y cansadores viajes por caminos ásperos, y aun tuvimos que pasar por lugares llenos de barro; pero no por eso me abandonaron mis fuerzas. Pensamos que el Señor deseaba que visitáramos Wisconsin, e hicimos arreglos para embarcarnos en el tren en Jackson, a las diez de la noche.
Mientras nos preparábamos para tomar el tren, nos embargó un sentimiento de gran solemnidad y nos pusimos a orar. Mientras nos encontrábamos allí encomendándonos a Dios, no pudimos dejar de llorar. Fuimos a la estación con sentimientos de profunda solemnidad. Al subir al tren, entramos en un carro de adelante, que tenía asientos con respaldos altos, con la esperanza de poder dormir algo esa noche. Pero como el carro estaba lleno, seguimos hasta el próximo, y en él encontramos asientos. En esta ocasión no me quité el sombrero como era mi costumbre cuando viajábamos de noche, y además mantuve la mano en la maleta, como si esperara algo. Ambos hicimos comentarios acerca de los extraños sentimientos que experimentábamos.
El tren se había alejado un poco más de cuatro kilómetros de Jackson cuando comenzó a moverse con gran violencia, y a sufrir grandes sacudidas, hasta que finalmente se detuvo. Abrí la ventana y vi que uno de los vagones se había descarrilado y uno de sus extremos se encontraba muy elevado. Escuché gritos de dolor y había gran confusión. La locomotora también se había descarrilado, pero el vagón en el que nos encontrábamos no había sufrido ningún daño, y se encontraba separado de los demás a una distancia de unos treinta metros. El vagón del equipaje no había recibido mucho daño, de modo que nuestro gran baúl con libros se encontraba intacto. El vagón de segunda clase estaba deshecho, y sus secciones, (94) todavía con pasajeros adentro, habían caído a ambos lados de la vía. El vagón en el que habíamos procurado encontrar asientos estaba muy averiado, y uno de sus extremos se elevaba sobre un montón de escombros. El mecanismo de acoplamiento no se había roto, pero el vagón en el que nos encontrábamos había sido desenganchado del vagón que le precedía, como si un ángel los hubiera separado. Cuatro personas habían muerto o se encontraban heridas de muerte y muchas estaban lesionadas de gravedad. Comprendimos que Dios había enviado un ángel para que cuidara nuestras vidas.
Regresamos a Jackson, y al día siguiente tomamos el tren hacia Wisconsin. Dios bendijo nuestra visita a ese Estado. Muchas almas se convirtieron como resultado de nuestros esfuerzos. El Señor me fortaleció para soportar el tedioso viaje.
El 29 de Agosto de 1854 se añadió otra responsabilidad a nuestra familia con el nacimiento de Willy. Alrededor de ese tiempo recibimos el primer ejemplar de una revista falsamente llamada The Messenger of Truth (El Mensajero de la Verdad). Los que nos calumniaban en esa revista habían sido reprochados por causa de sus faltas y errores. No quisieron aceptar el reproche, y en forma secreta al comienzo y luego más abiertamente, emplearon su influencia contra nosotros. Hubiéramos podido soportar eso, pero además, algunas personas que debieran habernos apoyado fueron influenciadas por esos malvados. Algunos en quienes habíamos confiado, y que sabían que nuestros esfuerzos habían sido marcadamente bendecidos por Dios, nos retiraron su simpatía y la concedieron a personas que eran prácticamente desconocidas.
El Señor me mostró la verdadera condición de ese grupo y lo que finalmente ocurriría con él; que consideraba con desagrado a las personas conectadas con esa revista y que su mano estaba contra ellas. Y aunque prosperaran durante un tiempo, y algunas personas honradas fueran engañadas, sin embargo la verdad triunfaría finalmente, y todas las almas sinceras se apartarían del engaño en que habían caído, y se libertarían de la influencia de esa gente perversa. Como la mano de Dios estaba contra ellos, finalmente fracasarían.
Nuevamente se deterioró la salud de mi esposo. Tenía tos y le dolían los pulmones, y su sistema nervioso estaba en estado de postración. La ansiedad que experimentaba, las cargas que había soportado en Rochester, su trabajo en la oficina, la enfermedad y las muertes que habían ocurrido en la

familia, la falta de simpatía (95) de los que habían compartido sus labores, juntamente con sus viajes y sus predicaciones, habían sido demasiado para su salud y al parecer la tuberculosis lo conducía rápidamente hacia la tumba. Fue ése un tiempo de abatimiento y tristeza. Unos pocos rayos de luz penetraban ocasionalmente a través de la espesa capa de nubes, dándonos un poco de esperanza, sin lo cual la desesperación nos hubiera hundido. En algunos momentos nos parecía como si Dios nos hubiera abandonado.

Un grupo que publicaba la revista Messenger inventó toda clase de falsedades contra nosotros. Con frecuencia recordaba vívidamente las siguientes palabras del salmista: "No te impacientes a causa de los malignos, ni tengas envidia de los que hacen iniquidad. Porque como hierba serán pronto cortados, y como la hierba verde se secarán" (Salmo 37:1-2). Algunos que escribían en ese folleto hasta hablaron con expresiones de triunfo de la debilidad de mi esposo, diciendo que Dios se ocuparía de él, y lo quitaría del camino. Cuando mi esposo leyó esto mientras se encontraba enfermo, revivió su fe, y exclamó: %o moriré, sino que viviré, y anunciaré las obras del Señor, y tal vez hasta predique en el funeral de ellos".

Las nubes más espesas parecían cerrarse a nuestro alrededor. Gente malvada que profesaba piedad, bajo el mando de Satanás, se apresuró a inventar falsedades y a disponer sus fuerzas contra nosotros. Si la causa de Dios hubiera estado únicamente en nuestras manos, habríamos temblado; pero estaba en manos de Aquel que podía decir: "Nadie será capaz de arrancarla de mis manos". Sabíamos que Jesús vivía y reinaba. Podíamos decir ante el Señor: La causa es tuya, y tú sabes que no ha sido nuestra propia elección, sino por orden tuya, que hemos aceptado la parte que tenemos en ella.

Capítulo 13: Traslado a Michigan.-

En 1855 los hermanos de Michigan prepararon el camino para que la obra de publicaciones se estableciera en Battle Creek. En ese tiempo mi esposo debía entre dos y tres mil dólares, y todo lo que tenía, además de los libros impresos, eran cuentas por cobrar por libros vendidos, y algunas de éstas eran dudosas. La causa aparentemente había llegado a un punto en el que debía detenerse. (96) Los pedidos de publicaciones eran escasos y de poca monta, por lo que él temía morir endeudado. Los hermanos de Michigan nos socorrieron consiguiendo un terreno y edificando una casa. La escritura estaba registrada a mi nombre, de modo que yo podía disponer de estos bienes como lo considerara conveniente después de la muerte de mi esposo.

Esos fueron días de tristeza. Pensaba en mis tres hijitos y temía que pronto quedaran sin padre. Sin querer surgían en mi mente pensamientos como: Mi esposo se muere por exceso de trabajo en la causa de la verdad presente. ¿Y quién sabe todo lo que ha sufrido, las cargas que ha llevado durante años, las extremas preocupaciones que han destruido su ánimo y arruinado su salud, llevándolo a una muerte prematura, y dejando a su familia desposeída y dependiente de otros? Con frecuencia hice esta pregunta: ¿No se preocupa Dios de estas cosas? ¿Las deja pasar sin notarlas? Me sentía reconfortada sabiendo que hay Uno que juzga con justicia y que anota en el cielo y recompensa todo sacrificio, todo acto de abnegación y toda angustia soportados por su causa. El día del Señor pondrá de manifiesto cosas que hasta ahora no se han revelado.

Se me mostró que Dios se proponía levantar a mi esposo en forma gradual; que debíamos ejercer una fe firme, porque en cada esfuerzo que realizáramos seríamos atacados ferozmente por Satanás; que debíamos apartar nuestra vista de la apariencia exterior, y creer. Tres veces al día mi esposo y yo nos presentábamos independientemente delante de Dios para orar fervientemente por la recuperación de su salud. Con frecuencia uno de nosotros caía postrado por el poder de Dios. El Señor escuchó misericordiosamente nuestro sincero clamor, y como resultado mi esposo comenzó a recuperarse. Nuestras oraciones ascendieron al cielo tres veces al día durante muchos meses, pidiendo salud para hacer la voluntad de Dios. Apreciábamos mucho esos momentos de oración. Llegamos a encontramos en una sagrada proximidad con Dios y en dulce comunión con él. No podría presentar en forma más

adecuada mis sentimientos de ese tiempo que como se manifiestan en los siguientes extractos de una carta que escribí a la hermana Howland:

"Me siendo agradecida porque ahora puedo tener a mis hijos conmigo, bajo mi propio cuidado, a fin de enseñarlos mejor en el camino recto. Durante semanas he experimentado hambre y sed por salvación, y hemos disfrutado de una comunión casi ininterrumpida (97) con Dios. ¿Por qué permanecemos alejados de la fuente, cuando podemos aproximamos y beber? ¿Por qué morimos sin pan, cuando hay abundancia de él? Es abundante y no cuesta nada. Mi alma se deleita en él y bebe diariamente de los goces celestiales. No callaré. La alabanza de Dios está en mi corazón y en mis labios. Podemos regocijamos en la plenitud del amor de nuestro Salvador. Podemos participar abundantemente de su gloria excelente. Mi alma testifica de esto. Mi abatimiento ha sido dispersado por esta preciosa luz, y nunca podré olvidarlo. Señor, ayúdame a recordarlo constantemente. ¡Despertad, todas las energías de mi alma! ¡Despertad y adorad al Redentor por su amor maravilloso!

"Las almas que viven a nuestro alrededor deben ser despertadas y salvadas, porque en caso contrario perecerán. No tenemos un momento que perder. Todos ejercemos influencia en favor o en contra de la verdad. Deseo llevar conmigo una evidencia inequívoca de que soy de los discípulos de Cristo. Necesitamos algo más que solamente la religión del sábado. Necesitamos el principio viviente y sentir cada día responsabilidad individual. Muchas personas evitan esto, y como resultado manifiestan descuido, indiferencia, falta de vigilancia y de espiritualidad. ¿Dónde está la espiritualidad de la iglesia? ¿Dónde están los hombres y mujeres llenos de fe y Espíritu Santo? Mi oración es: Purifica a tu iglesia, oh Dios. Durante meses he disfrutado de libertad, y estoy decidida a poner en orden mi conducta y toda mi manera de actuar delante del Señor.

"Puede ser que nuestros enemigos triunfen. Pueden pronunciar palabras duras, y su lengua puede crear calumnias, engaños y falsedades, sin embargo eso no nos moverá. Sabemos en quién hemos creído. No hemos corrido en vano, ni trabajado en vano. Viene el día de la rendición de cuentas, cuando todos serán juzgados de acuerdo con sus obras. Es verdad que el mundo se encuentra en tinieblas. La oposición puede tomarse muy fuerte. Los que se burlan y los que desprecian pueden tomarse más atrevidos en su iniquidad. Sin embargo, todo esto no nos moverá, porque nos apoyaremos en el brazo del Todopoderoso, quien nos da su fortaleza.

"Dios está zarandeando a su pueblo. Dejará una iglesia limpia y santa. No podemos leer el corazón del hombre; pero el Señor ha provisto los medios necesarios para mantener su iglesia pura. Ha surgido un grupo de gente corrompida que no puede vivir con el pueblo de Dios. Desprecian las amonestaciones, y no desean ser (98) corregidos. Han tenido tiempo de arrepentirse de sus pecados; pero han apreciado demasiado el yo para hacerlo morir. Lo han alimentado, con lo que se ha fortalecido, y ellos se han separado del confiado pueblo de Dios, que él está purificando para sí mismo. Todos tenemos razón para agradecer a Dios porque se ha abierto un medio para salvar a la iglesia; porque la ira de Dios pudo haber descendido sobre nosotros si estos corrompidos simuladores hubieran permanecido en nuestro medio.

"Toda alma sincera que pueda ser engañada por estas personas desleales, conseguirá verlos en su verdadera luz, aunque cada ángel del cielo tenga que visitarlas para iluminar sus mentes. No tenemos nada que temer en este asunto. A medida que nos aproximamos al juicio, todos manifestarán su verdadero carácter y se verá claramente a qué grupo pertenecen. La zaranda se está moviendo. No digamos: Detén tu mano, oh Dios. La iglesia debe ser purificada, y eso la hará vivir. Dios reina; alábelo la gente. No tengo ni el más remoto pensamiento de dejarme abatir. Tengo el propósito de estar en lo correcto y de actuar correctamente. Se establecerá el juicio, se abrirán los libros y seremos juzgados de acuerdo con nuestras obras. Todas las falsedades que puedan inventarse contra mí no harán que yo sea peor, ni tampoco que sea mejor, a menos que me induzcan a acercarme más a mi Redentor".

Desde el tiempo cuando nos mudamos a Battle Creek, el Señor comenzó a deshacer nuestra cautividad. Encontramos en Michigan amigos que simpatizaron con nosotros, quienes estaban listos a compartir

nuestras cargas y a suplir nuestras necesidades. Antiguos y leales amigos que vivían en la zona central de Nueva York y Nueva Inglaterra, especialmente en Vermont, se compadecieron de nosotros en nuestras aflicciones y estuvieron listos para ayudarnos en tiempo de necesidad. En la conferencia celebrada en Battle Creek en noviembre de 1856, Dios obró en nuestro favor. Sus siervos se preocuparon de los dones para la iglesia. Si el desagrado de Dios se había manifestado sobre su pueblo porque sus dones habían sido escasos y los habían descuidado, ahora existía la agradable perspectiva de contar nuevamente con su aprobación, de que él misericordiosamente quisiera revivir esos dones que serían usados en la iglesia para animar a los desalentados y para corregir y reprochar a los descarriados. La causa recibió nueva luz y nuestros predicadores trabajaron con éxito. (99)

Hubo gran demanda de publicaciones y éstas resultaron ser justamente lo que la causa necesitaba. The Messenger of Truth (El Mensajero de la Verdad) pronto dejó de circular, y los espíritus contrarios que habían hablado en sus páginas se desbandaron. Mi esposo pudo pagar todas sus deudas. Dejó de toser y desapareció el dolor de sus pulmones y la aspereza de su garganta, y su salud fue restaurada gradualmente, a tal punto que pudo predicar sin dificultad tres veces el sábado y el primer día. Su maravillosa restauración fue obra de Dios y a él le corresponde toda la gloria.

Cuando mi esposo se debilitó tanto, antes de salir de Rochester, quería librarse de la responsabilidad de la obra de publicaciones. Propuso que la iglesia se encargara de esa obra, y que fuera dirigida por una comisión de publicaciones que se designaría, y que nadie que trabajara en la oficina debía recibir ningún beneficio financiero de ello, fuera del sueldo recibido por su trabajo.

Aunque este asunto se presentó en diversas oportunidades a nuestros hermanos, ellos no adoptaron ninguna decisión, sino hasta 1861. Hasta ese momento mi esposo había sido el propietario legal de la casa editora y su único administrador. Apreciaba la confianza de los antiguos amigos de la causa, que recomendaron a su cuidado los recursos donados de tiempo en tiempo, a medida que el crecimiento de la obra lo exigía, para edificar la empresa de las publicaciones. Pero aunque con frecuencia se publicaba en las páginas de la Review que la casa editora era virtualmente propiedad de la iglesia, de todos modos y por el hecho de ser mi esposo el único administrador legal, nuestros enemigos aprovecharon esa situación e hicieron todo lo posible por perjudicarlo y por retrasar el progreso de la causa, al acusarlo de especulación. En estas circunstancias él insistió en que se llevara a cabo la organización necesaria, lo cual produjo como resultado la incorporación de la Asociación Adventista de Publicaciones, de acuerdo con las leyes del Estado de Michigan, en la primavera de 1861.

Aunque las preocupaciones que sobrevenían en relación con la obra de publicaciones y de otros ramos de la causa producían mucha incertidumbre, el mayor sacrificio que tuve que realizar en relación con la obra, fue dejar a mis hijos bajo el cuidado de otras personas.

Enrique había estado alejado de nosotros durante cinco años, y Edson había recibido muy poca atención de nuestra parte. Durante años nuestra familia fue muy numerosa, nuestro hogar fue como (100) un hotel, y nosotros estábamos ausentes de ese hogar gran parte del tiempo. Había experimentado profunda preocupación por que mis hijos crecieran libres de malos hábitos, y con frecuencia me sentía afligida al pensar en el contraste entre mi situación y la de otras personas que no aceptaban cargas ni preocupaciones, que podían estar siempre con sus hijos para aconsejarlos e instruirlos, y que pasaban su tiempo casi exclusivamente con sus propias familias. Yo me preguntaba: ¿Requiere Dios tanto de nosotros, dejando a otros sin preocupaciones? ¿Es esto igualdad? ¿Tenemos que pasar interminablemente de una preocupación a otra, de una parte de la obra a otra, y tener sólo poco tiempo para educar a los hijos? Muchas noches, mientras otros dormían, las pasé llorando amargamente.

A veces hacía planes más favorables para mis hijos, pero surgían inconvenientes que los anulaban. Yo era muy sensible a las faltas de mis hijos, y cada error cometido por ellos me producía mucha aflicción, al punto de afectar mi salud. He deseado que algunas madres se encontraran en mi misma situación durante corto tiempo, tal como yo me he encontrado durante años; entonces podrían apreciar las bendiciones de las que disfrutan y podrían simpatizar mejor conmigo en mis privaciones. Hemos orado

y trabajado por nuestros hijos y los hemos puesto en sujeción. No descuidamos la vara, pero antes de usarla, tratamos de hacerles ver su falta; luego oramos con ellos. Procuramos hacer comprender a nuestros hijos que nos haríamos merecedores del desagrado de Dios si los excusáramos en el pecado. Nuestros esfuerzos fueron bendecidos para su propio bien. Su mayor placer consistía en complacernos. No estaban libres de faltas, pero creíamos que ellos serían corderitos en el rebaño de Cristo.

En 1860 la muerte cruzó el umbral de nuestra puerta y rompió la rama más joven del árbol de nuestra familia. El pequeño Herbert, nacido el 20 de Septiembre de 1860, murió el 14 de Diciembre del mismo año. Cuando se quebró esa tierna rama, nadie sabrá el sufrimiento que experimentamos, fuera de los que han seguido a sus hijitos prometedores a la tumba.

Pero cuando murió nuestro noble hijo Enrique[4], a la edad de 16 años; cuando nuestro dulce cantor fue llevado a la tumba y ya no escuchamos más sus cantos, nuestro hogar quedó muy solitario. (101) Ambos padres y los dos hijos que quedaban, sentimos el golpe en forma muy fuerte. Pero Dios nos consoló en nuestra aflicción, y llenos de fe y valor seguimos adelante en la obra que él nos había encomendado, con grandes esperanzas de encontrara nuestros hijos, quienes nos habían sido arrancados por la muerte, en el mundo en el que la enfermedad y la muerte no existirán.

En agosto de 1865, mi esposo fue repentinamente afectado por un ataque de parálisis. Este fue un duro golpe, no sólo para mí y mis hijos, sino también para la causa de Dios. Las iglesias se vieron privadas tanto de los esfuerzos de mi esposo como de los míos propios. Satanás triunfó al quedar de esta manera estorbada la obra de la verdad. Pero damos gracias a Dios porque no se le permitió destruirnos. Después de haber estado alejada de todo trabajo activo durante quince meses, nuevamente emprendimos juntos la tarea de trabajar por las iglesias.

Habiendo comprendido finalmente que mi esposo no se recuperaría de su larga enfermedad mientras permaneciera inactivo, y que había llegado el momento cuando yo debía salir y dar mi testimonio al pueblo, decidí hacer un viaje por la parte norte de Michigan, acompañada por mi esposo, a pesar de que él se hallaba en un estado extremo de debilidad, y aunque nos encontrábamos en la parte más fría del invierno. Necesité gran valor moral y fe en Dios para tomar la decisión de arriesgar tanto; pero sabía que había un trabajo que debía ser realizado, y me parecía que Satanás estaba decidido a impedirme que lo llevara a cabo. Había esperado demasiado tiempo para ser liberada de nuestra cautividad y temía que muchas almas preciosas se perdieran a causa de la demora. Permanecer alejados del campo durante más tiempo me parecía peor que la muerte. Si hubiéramos querido abandonar la causa tendríamos que haber estado dispuestos a perecer. De ese modo, el 19 de Diciembre de 1866 salimos de Battle Creek en medio de una tormenta de nieve, con rumbo a Wright, Michigan. Mi esposo soportó el viaje de 130 kilómetros mucho mejor de lo que yo había anticipado, y cuando llegamos a nuestro destino parecía encontrarse tan bien como lo estaba cuando salimos de Battle Creek.

Allí comenzaron nuestros primeros esfuerzos efectivos desde su enfermedad. Allí comenzó él a trabajar como en años anteriores, aunque se encontraba más débil. Hablaba durante treinta o cuarenta minutos el sábado de mañana y también el domingo, mientras yo (102) ocupaba el resto del tiempo, y luego también hablaba en la tarde de cada uno de estos días, como una hora y media cada vez. La congregación nos escuchaba con gran atención. Vi que mi esposo se iba poniendo más fuerte, se hacía más claro y más coherente en sus temas. Y en una ocasión en que él habló durante una hora con claridad y poder, teniendo sobre sí la carga de la obra como antes de su enfermedad, mis sentimientos de gratitud fueron indecibles. Me levanté en medio de la congregación y por casi media hora procuré expresarlos en medio de mis lágrimas. La congregación quedó muy conmovida. Tuve la seguridad de que éste era el comienzo de días mejores para nosotros.

La mano de Dios en la restauración de mi esposo se vio en forma evidente. Probablemente ninguna otra persona sobre la que ha caído un golpe como el que afectó a mi esposo se ha recuperado. Sin embargo,

[4] Enrique N. White murió en Topsham, Maine, el 8 de Diciembre de 1863.

el grave ataque de parálisis que le había afectado seriamente el cerebro, fue quitado de su siervo por la bondadosa mano de Dios, y se le concedió nueva fortaleza en el cuerpo y en la mente.
Durante los años que siguieron a la recuperación de mi esposo, el Señor abrió ante nosotros un vasto campo de labores. Aunque al comienzo encaré con timidez mi responsabilidad como oradora, sin embargo a medida que la providencia de Dios abría el camino delante de mí, llegué a presentarme confiadamente ante vastas congregaciones. Asistimos juntos a las reuniones campestres de reavivamiento espiritual y a otras grandes reuniones desde Maine hasta Dakota, desde Michigan hasta Texas y California.
La obra comenzada con debilidad y oscuramente ha continuado creciendo y fortaleciéndose. Las casas editoras que funcionan en Michigan y en California, y las misiones establecidas en Inglaterra, Noruega y Suiza, dan testimonio de ese crecimiento. En lugar de la publicación de nuestro primer folleto llevado al correo en una maleta, ahora salen mensualmente de nuestra casa editora unos 140 mil ejemplares de diversos periódicos. La mano de Dios ha acompañado su obra y la ha hecho prosperar y crecer.
La historia de los años posteriores de mi vida abarca la historia de diversas empresas que han surgido entre nosotros y con las cuales la obra de mi vida se ha relacionado estrechamente. Mi esposo y yo trabajamos con la pluma y la voz para edificar estas instituciones. Aun una breve descripción de lo que nos aconteció durante esos (103) activos y ocupados años sobrepasaría los límites de esta obra. Todavía no han cesado los esfuerzos de Satanás por estorbar la obra y destruir a los obreros; pero Dios ha cuidado de sus siervos y también de su obra.

Capítulo 14: La Muerte de mi Esposo.-
A pesar de los trabajos, preocupaciones y responsabilidades que habían abundado en la vida de mi esposo, cuando cumplió 60 años de edad todavía se encontraba activo y vigoroso de mente y cuerpo. Tres veces había sufrido ataques de parálisis, y sin embargo, por la bendición de Dios, debido a una constitución física fuerte y a la estricta observación de las leyes de la salud, había conseguido recuperarse. Nuevamente viajaba, predicaba y escribía con su celo y energía habituales. Habíamos trabajado lado a lado en la causa de Cristo durante 36 años, y esperábamos continuar juntos para ver el final triunfante. Pero no era ésa la voluntad de Dios. El protector elegido de mi juventud, el compañero de mi vida, el que había participado de mis trabajos y aflicciones, ha sido tomado de mi lado y he quedado sola para terminar mi obra y pelear la batalla.
Pasamos juntos la primavera y la primera parte del verano de 1881 en nuestro hogar de Battle Creek. Mi esposo esperaba arreglar sus asuntos, para que pudiéramos trasladarnos a la costa del Pacífico y dedicamos a escribir. Creía que habíamos cometido un error al permitir que las necesidades de la causa y los ruegos de nuestros hermanos nos hicieran ocupamos en el trabajo activo de predicación, cuando debiéramos haber estado escribiendo. Mi esposo deseaba presentar más plenamente los gloriosos temas de la redención, y yo había contemplado desde largo tiempo la preparación de libros importantes. Ambos pensábamos que mientras nuestras facultades mentales se encontraran intactas, debíamos completar estas obras, y que era un deber hacia nosotros mismos y hacia la causa de Dios alejarnos del calor de la batalla y dar a nuestro pueblo la preciosa luz de la verdad con que Dios había iluminado nuestras mentes.
Algunas semanas antes de la muerte de mi esposo, le hablé con (104) urgencia acerca de la necesidad de buscar un campo de trabajo donde estuviéramos libres de las cargas que necesariamente nos llegaban mientras nos encontrábamos en Battle Creek. Como respuesta él se refirió a diversas cuestiones que requerían nuestra atención antes que pudiéramos salir. Se trataba de tareas que alguien debía realizar. Luego, con mucho sentimiento, preguntó: "¿Dónde están las personas que pueden hacer esta obra? ¿Dónde están los que manifestarán interés sin egoísmo en nuestras instituciones, y que se pondrán del lado de lo recto, sin dejarse afectar por ninguna influencia con la que entren en contacto?"
Con lágrimas manifestó su ansiedad por nuestras instituciones en Battle Creek. Dijo: "He dedicado mi

vida a la edificación de estas instituciones. Abandonarlas sería como recibir la muerte. Son como mis hijos, y no puedo separar mi interés en ellas. Son los instrumentos de Dios para llevar a cabo un trabajo específico. Satanás procura estorbar e invalidar todos los recursos mediante los cuales el Señor trabaja para la salvación de los hombres. Si el gran adversario logra moldear estas instituciones de acuerdo con las normas del mundo, habrá cumplido su propósito. Mi mayor preocupación consiste en tener a la persona debida en el lugar adecuado. Si los que ocupan posiciones de responsabilidad manifiestan un poder moral débil, y si son vacilantes en sus principios y se inclinan hacia el mundo, hay muchos que se dejarán conducir. Las influencias malignas no deben prevalecer. Prefiero morir antes que ver estas instituciones mal dirigidas o alejadas del propósito para el cual fueron creadas.

"En mi relación con esta causa, he pasado la mayor parte del tiempo conectado con la obra de publicaciones. He caído tres veces afectado por la parálisis, a causa de mi devoción por esta rama de la obra. Ahora que Dios me ha concedido renovada energía física y mental, siento que debo servir a su causa como nunca antes he podido hacerlo. Debo ver prosperar la obra de publicaciones. Está entretejida con mi existencia misma. Si olvido sus intereses, que mi mano derecha pierda su destreza".

Teníamos el compromiso de asistir a unas reuniones que se celebrarían bajo carpa en la localidad de Charlotte el sábado 23 y el domingo 24 de Julio. Como yo me encontraba débil de salud, decidimos utilizar un medio de transporte privado para nuestro viaje. Aunque mi esposo estaba contento en el camino, manifestaba un (105) sentimiento de solemnidad. Alabó repetidamente al Señor por las misericordias y bendiciones recibidas, y expresó abundantemente sus propios sentimientos concernientes al pasado y al futuro: "El Señor es bueno, y debe ser grandemente alabado. Es una ayuda oportuna en tiempo de necesidad. El futuro se muestra sombrío e incierto, pero el Señor no desea que nos preocupemos por esas cosas. Cuando surjan las dificultades, él nos dará su gracia para soportarlas. Lo que el Señor ha sido para nosotros y lo que ha hecho por nosotros debiera hacernos sentir mucho agradecimiento para nunca murmurar ni quejamos. Nuestros trabajos, cargas y sacrificios, nunca serán plenamente apreciados por todos. He llegado a comprender que he perdido mi paz mental y la bendición de Dios al permitir que estas cosas me perturben.

"Me ha parecido cosa dura el que mis motivos hayan sido mal juzgados, y que mis mejores esfuerzos por ayudar, animar y fortalecer a mis hermanos se hayan vuelto contra mí una vez tras otra. Pero debiera haber recordado a Jesús y sus frustraciones. Su alma fue afligida porque no fue apreciado por la gente a quien vino a bendecir. Debiera haberme espaciado en la misericordia y la amante bondad de Dios, alabándolo más, y quejándome menos de la ingratitud de mis hermanos. Si hubiera depositado todas mis preocupaciones en el Señor, pensando menos en lo que otros decían y hacían contra mí, hubiera disfrutado de más paz y gozo. En adelante evitaré ofender por palabra o acción y ayudaré a mis hermanos a establecer caminos rectos para sus pies. No me detendré a lamentarme por ningún mal que se me haya infligido. He esperado de los hombres más de lo que debiera. Amo a Dios y su obra, y también amo a mis hermanos".

A medida que continuábamos nuestro camino, no me imaginaba que ése sería el último viaje que haríamos juntos. El tiempo cambió repentinamente de un calor opresivo a un frío intenso. Mi esposo se enfrió, pero pensó que debido a su salud tan buena no recibiría un daño permanente. Se esforzó en las reuniones llevadas a cabo en Charlotee y presentó la verdad con mucha claridad y poder. Habló del placer que sentía al dirigirse a un grupo de personas que manifestaban un interés tan profundo en los temas que él mismo tanto apreciaba. "El Señor en verdad ha refrescado mi alma —dijo—, mientras he estado compartiendo con otros el pan de vida. En todo Michigan la gente pide ansiosamente que se la ayude. ¡Cuánto (106) anhelo consolarlos, animarlos y fortalecerlos con las preciosas verdades aplicables a este tiempo!"

A nuestro regreso al hogar, mi esposo se quejó de una leve indisposición, y sin embargo se dedicó a su trabajo como lo hacía normalmente. Todas las mañanas nos dirigíamos a un bosquecillo cercano a fin de unirnos en oración. Sentíamos gran preocupación por saber cuál era nuestro deber. Recibíamos

continuamente cartas de distintos lugares en las que se nos instaba a asistir a las reuniones campestres de reavivamiento espiritual. A pesar de nuestra determinación de dedicarnos a escribir, resultaba difícil rehusar reunirnos con nuestros hermanos en esas importantes convocaciones. Orábamos fervientemente pidiendo sabiduría para discernir cuál era el curso que debíamos seguir.

El sábado de mañana, como de costumbre, fuimos juntos al bosquecillo, y mi esposo oró fervientemente tres veces. Se resistía a dejar de rogar a Dios pidiendo su conducción y bendiciones especiales. Sus oraciones fueron escuchadas, y la paz y la luz invadieron nuestros corazones. Alabó a Dios y dijo: "Ahora lo dejo todo en manos de Jesús. Siento una dulce paz celestial, y la seguridad de que el Señor nos mostrará cuál es nuestro deber, porque deseamos hacer su voluntad". Me acompañó al Tabernáculo, e inició los servicios con canto y oración. Era la última vez queme acompañaría en el púlpito.

El lunes siguiente tuvo mucha fiebre, y al día siguiente yo también padecí del mismo mal. Nos llevaron a ambos al sanatorio para darnos tratamiento. El viernes disminuyeron mis síntomas. El médico me informó que mi esposo sentía deseos de dormir y que su condición era muy grave. Me llevaron inmediatamente a su cuarto, y en cuanto le vi la cara me di cuenta que estaba muriendo. Procuré despertarlo. El comprendió todo lo que se le decía y respondió con sí o no a todas las preguntas que pudo contestar, pero fue incapaz de decir más. Cuando le dije que me parecía que estaba muriendo, no manifestó ninguna sorpresa. Le pregunté si encontraba consuelo en Jesús. Contestó: "Sí, oh, sí". “No tienes deseos de vivir?" — pregunté. El contestó: "No".

A continuación nos arrodillamos a su lado y oramos por él. Una expresión de paz invadió su rostro. Le dije: "Jesús te ama. Estás sostenido por los brazos eternos". Respondió: "Sí".

Luego el hermano Smith y otros hermanos oraron junto a su (107) lecho, y se retiraron para pasar gran parte de la noche en oración. Mi esposo dijo que no sentía dolor, pero era evidente que se iba debilitando con rapidez. El Dr. Kellogg y sus ayudantes hicieron todo lo posible para arrancarlo de la muerte. Revivió levemente pero siguió muy débil.

A la mañana siguiente pareció revivir, pero alrededor de mediodía tuvo unos escalofríos que lo dejaron inconsciente. El sábado 6 de Agosto de 1881, a las cinco de la tarde, dejó de existir sin ninguna manifestación física de lucha y sin ningún quejido.

El impacto de la muerte de mi esposo, tan repentina e inesperada, me sobrecogió como un peso abrumador. En mi débil condición había hecho uso de todas mis fuerzas para mantenerme a su lado, hasta el último momento; pero cuando vi sus ojos cerrados en la muerte, cedió mi naturaleza agotada y caí completamente postrada. Durante un tiempo vacilé entre la vida y la muerte. La llama vital ardía tan baja que un soplo hubiera podido extinguirla. En la noche se debilitaba mi pulso y la respiración se me hacía progresivamente más débil, a tal punto que parecía que en cualquier momento iba a cesar. Solamente por la bendición de Dios y los cuidados incansables de los atentos médicos y ayudantes se preservó mi vida.

Aunque no me había levantado de mi lecho de enferma después de la muerte de mi esposo, el sábado siguiente me llevaron al Tabernáculo para asistir a su funeral. Al terminar el sermón sentí el deber de testificar acerca del valor de la esperanza del cristiano en la hora de aflicción y duelo. Al levantarme se me concedieron fuerzas, y hablé unos diez minutos exaltando la misericordia y el amor de Dios, en presencia de una congregación numerosa. Al final de los servicios seguí a mi esposo al cementerio de Oak Hill, donde lo dejamos descansando hasta la mañana de la resurrección.

Este golpe consumió mis energías físicas; sin embargo, el poder de la gracia divina me sostuvo en mi gran aflicción. Cuando vi que mi esposo dejaba de respirar, sentí que Jesús era para mí más precioso de lo que nunca antes había sido. Cuando me encontraba junto a mi primer hijo y le cerraba los ojos en la muerte, pude decir: "El Señor me lo dio y el Señor me lo ha quitado; alabado sea el nombre del Señor". Entonces sentí que tenía un consolador en Jesús. Y cuando mi hijo menor fue arrancado de mis brazos por la muerte y ya no vi más su cabecita en la almohada junto a mí, entonces pude decir: "El Señor me

lo dio y el Señor me lo quitó; sea alabado el (108) nombre del Señor". Y cuando me fue quitado el que me había servido de apoyo con su gran cariño, y con quien había trabajado durante 36 años, coloqué mis manos sobre sus ojos y dije: "Señor, a ti encomiendo mi tesoro hasta la mañana de la resurrección". Cuando vi que estaba muriendo y contemplé a los muchos amigos que simpatizaban conmigo, pensé: ¡Qué contraste con la muerte de Jesús cuando pendía de la cruz! ¡Qué contraste! En la hora de su agonía los escarnecedores se burlaban de él y lo insultaban. Pero él murió y pasó por la tumba para iluminarla a fin de que nosotros tuviéramos gozo y esperanza aun en el momento de la muerte; para que pudiéramos decir cuando encomendamos a nuestros amigos muertos al reposo en Jesús: Volveremos a encontrarlos.

En algunos momentos me parecía insoportable la idea de que mi esposo pudiera morir; pero entonces estas palabras surgían en mi mente: "Estad quietos, y conoced que yo soy Dios" (Sal. 46:10). Siento agudamente mi pérdida, pero no me atrevo a entregarme a la aflicción inútil. Esto no traerá de vuelta al que ha muerto. Y no soy tan egoísta para desear, si pudiera, sacarlo de su sueño pacífico para lanzarlo nuevamente a las batallas de la vida. Como un cansado guerrero, se ha acostado para dormir. Miraré con placer su lugar de descanso. La mejor forma en que yo y mis hijos podemos honrar la memoria del que ha caído, consiste en proseguir la obra en el lugar en que él la dejó, y con la fortaleza de Jesús llevarla adelante hasta completarla. Estaremos agradecidos por los años de utilidad que se le concedieron, y por amor a él y por amor a Cristo aprenderemos de su muerte una lección que nunca olvidaremos. Permitiremos que esta aflicción nos haga más bondadosos y benévolos, más perdonadores, pacientes y considerados con los que viven.

Vuelvo a tomar sola la obra de mi vida, plenamente confiada en que mi Redentor me acompañará. Disponemos sólo de poco tiempo para pelear la batalla; después de eso Cristo vendrá y esta escena de conflicto llegará a su final. Entonces habremos hecho nuestros últimos esfuerzos por trabajar con Cristo, y por hacer progresar su reino. Algunos que han estado en el frente de batalla, resistiendo celosamente los avances del enemigo, caen en el puesto del deber; los que viven contemplan con aflicción a los héroes caídos, pero no hay tiempo para dejar de trabajar. Hay que estrechar las filas, tomar la bandera de la mano paralizada por la muerte, y con renovada energía vindicar la verdad y el honor de Cristo. Como nunca (109) antes hay que resistir contra el pecado y contra los poderes de las tinieblas. El tiempo exige una actividad enérgica y decidida de parte de los que creen en la verdad presente. Si la espera de la venida de nuestro Libertador parece larga; si postrados por la aflicción y fatigados por el trabajo nos sentimos impacientes de recibir una exoneración honrosa que nos aleje del campo de batalla, recordemos —y que ese recuerdo acalle toda queja— que hemos sido dejados sobre la tierra para hacer frente a tormentas y conflictos, para perfeccionar el carácter cristiano, para conocer mejor a Dios nuestro Padre, y a Cristo nuestro Hermano mayor, y para hacer la obra del Maestro y ganar muchas almas para Cristo. "Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a, la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad" (Dan. 12:3). (110)

NUMERO UNO: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA.-
ERES GUARDIÁN DE TU HERMANO.-

EL 20 de Noviembre de 1855, mientras me hallaba en oración, el Espíritu de Dios bajó repentina y poderosamente sobre mí, y fui arrebatada en visión.

Vi que el Espíritu del Señor ha estado apartándose de la iglesia. Los siervos del Señor han confiado demasiado en la fuerza de los argumentos y no han tenido la firme confianza en Dios que debieran haber tenido. Vi que los argumentos de la verdad sin adulteración no inducirán a la gente a alinearse con el pueblo remanente, porque la verdad es impopular. Los siervos de Dios deben atesorar la verdad en el alma. Dijo el ángel: "Deben recibirla cálida de la gloria, llevarla en su seno y derramarla con calor y fervor del alma a los oyentes". Unas pocas personas concienzudas están dispuestas a decidirse por el peso de la evidencia; pero es imposible conmover a muchos con una simple teoría de la verdad. Debe

haber un poder que acompañe la verdad, un testimonio vivo que los conmueva.
Vi que el enemigo está atareado en la destrucción de las almas. El ensalzamiento ha penetrado en las filas; debe haber más humildad. Existe demasiada independencia de espíritu entre los mensajeros. Esta actitud debe ser puesta a un lado, y los siervos de Dios deben unirse. Han manifestado demasiado el espíritu que induce a preguntar: "¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?" (Gén. 4:9). Dijo el ángel: "Sí, eres guardián de tu hermano. Debes cuidar constantemente a tu hermano, interesarte en su bienestar, y manifestar un espíritu bondadoso y amante hacia él. Uníos, uníos". Dios se propuso que el hombre fuese de corazón abierto y sincero, sin afectación, humilde, manso y sencillo. Tal es el principio del Cielo; Dios lo ordenó así. Pero el pobre y frágil ser humano ha buscado algo diferente: la prosecución de sus propios caminos y la atención cuidadosa a sus propios intereses.
Pregunté al ángel por qué la sencillez había desaparecido de la iglesia, y por qué habían entrado en ella el orgullo y el ensalzamiento. Vi que ésta es la razón por la cual hemos sido casi entregados en manos del enemigo. Dijo el ángel: "Mira y verás que este sentimiento (111) prevalece: '¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?'" Volvió a decir el ángel: "Eres guarda de tu hermano. Tu profesión y tu fe exigen de ti que te niegues a ti mismo y que te ofrendes a Dios, o serás indigno de la vida eterna; porque fue comprada para ti a gran precio, a saber, por la agonía, los sufrimientos y la sangre del amado Hijo de Dios". Vi que muchos en diferentes lugares, en los Estados del este y del oeste, están añadiendo una propiedad a otra, un terreno a otro, una casa a otra, y se excusan diciendo que lo hacen para poder ayudar a la causa. Se encadenan a sí mismos, de manera que pueden ser de muy poco beneficio para la causa. Algunos compran un terreno y trabajan con toda su fuerza para pagarlo. Su tiempo está tan ocupado que casi no pueden dedicar un momento para orar y servir a Dios, ni para obtener de él fuerzas para vencer las tentaciones. Se hallan endeudados, y cuando la causa necesita su ayuda, no se la pueden prestar, porque deben primero librarse de las deudas. Pero tan pronto como se libran de una deuda se hallan más imposibilitados de ayudar a la causa que antes, porque vuelven a contraer obligaciones aumentando sus propiedades. Se lisonjean que su conducta es correcta porque emplearán los créditos en la causa, cuando, en realidad están acumulando tesoros aquí. Aman la verdad en palabra, pero no en obra. Aman la causa precisamente en la medida en que sus obras lo demuestran. Aman más al mundo, y menos a la causa de Dios. La atracción de la tierra se robustece más, y se debilita la atracción del cielo. Su corazón está con su tesoro. Por su ejemplo, indican a los que los rodean que su intención es permanecer aquí, pues este mundo es su patria. Dijo el ángel: "Eres guarda de tu hermano".
Muchos han hecho gastos inútiles, tan sólo para complacer los sentimientos, el gusto y los ojos, mientras la causa necesitaba los mismos recursos que así usaban, y mientras algunos de los siervos de Dios iban mal vestidos y se veían estorbados en su labor por falta de recursos. Dijo el ángel: "Pronto habrá pasado su tiempo de trabajar. Sus obras demuestran que el yo es su ídolo y que le ofrecen sacrificios". Primero debe complacerse el yo; su sentimiento es: "¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?" Muchos han recibido amonestación tras amonestación, pero no las han oído. El yo es el fin principal, y a él debe someterse todo lo demás.
Vi que la iglesia ha perdido casi completamente el espíritu de abnegación y sacrificio; sus miembros ponen en primer lugar el yo y los intereses propios, y luego hacen por la causa lo que creen que (112) no les cuesta nada. Un sacrificio tal es defectuoso, y no es acepto a Dios. Todos deben interesarse por hacer cuanto puedan para promover la causa. Vi que los que no tienen propiedades, pero tienen fuerza corporal, son responsables delante de Dios por su fuerza. Debieran ser diligentes en los negocios y fervientes en espíritu; no deben dejar que realicen todos los sacrificios los que tienen posesiones. Vi que ellos también pueden sacrificarse, y que el hacerlo es deber suyo tanto como de los que tienen propiedades. Pero muchas veces los que no tienen posesiones no se dan cuenta de que ellos pueden negarse a sí mismos de muchas maneras; pueden gastar menos para sus cuerpos y para complacer sus gustos y apetitos, y ahorrar mucho para la causa, para así hacerse tesoros en los cielos. Vi que hay hermosura y belleza en la verdad; pero si se le quita el poder de Dios, se vuelve impotente.

LA HORA EN QUE COMIENZA EL DIA DE REPOSO[5].-
Vi que todavía sigue siendo así: "De tarde en tarde guardaréis vuestro reposo" (Lev. 23:32). El ángel dijo: "Tomad la Palabra de Dios, leedla, comprendedla y así no podréis errar. Leed cuidadosamente y en ella encontraréis qué significa tarde, y cuándo es". Le pregunté al ángel que si Dios sentía desagrado por su pueblo por comenzar el sábado en la forma como lo habían hecho. Fui llevada hacia atrás al primer sábado observado y seguí al pueblo de Dios hasta este tiempo, pero no vi que Dios estuviera disgustado con ellos. Pregunté cómo era que a estas alturas tuviéramos que cambiar la hora de comenzar el sábado. El ángel dijo: "Vosotros comprenderéis, pero no todavía, no todavía". El ángel dijo: "Si se recibe luz, y esa luz se pone de lado o se rechaza, entonces viene la condenación y el desagrado de Dios; pero antes que se reciba la luz no hay pecado, porque no hay luz que ellos puedan rechazar". Vi que algunos pensaban que el Señor había mostrado que el sábado debía comenzar a las seis de la tarde, cuando yo había visto únicamente que comenzaba en la "tarde", y se supuso que tarde significaba seis. Vi que los siervos de Dios debían unirse y avanzar juntos. (113)

OPOSITORES DE LA VERDAD.-
Se me presentó el caso de Stephenson y Hall, de Wisconsin. Vi que mientras nos encontrábamos en Wisconsin en Junio de 1854, ellos habían tenido la convicción de que las visiones procedían de Dios; pero las examinaron y las compararon con sus conceptos de la Época Futura, y como las visiones no concordaban con éstos, sacrificaron las visiones y mantuvieron sus ideas acerca de la Época Futura. Mientras se encontraban de viaje en el este la primavera pasada, ambos actuaron mal y fueron intrigantes. Han tropezado en la teoría de la Época Futura, y están listos a tomar cualquier iniciativa que perjudique a la Review. Los amigos de la revista deben despertarse y hacer todo lo posible por salvar del engaño a los hijos de Dios. Estos hombres se están vinculando con gente mentirosa y corrompida. Han tenido evidencia de eso. Y mientras profesan simpatía y unidad con mi esposo, ellos (especialmente Stephenson) caían como víboras a su espalda. Mientras hablaban suavemente con él, al mismo tiempo estaban inflamando Wisconsin contra la Review y sus directores. Especialmente Stephenson participaba activamente en este asunto. Su objeto era conseguir que la Review publicara la teoría de la Edad Futura, y en caso contrario destruir su influencia. Y mientras mi esposo actuaba con sinceridad y sin sospechar nada, procurando encontrarla forma de deshacer sus celos, y mostrándoles francamente los asuntos de la oficina, y procurando ayudarles, ellos observaban en busca de algo que estuviera mal y miraban todo con ojos celosos. Mientras los contemplaba, el ángel dijo: "¿Piensan ustedes, hombres débiles, que podrán detener la obra de Dios? Hombres débiles, un toque de su dedo puede dejaros postrados. Os soportará solamente por poco tiempo".
Se me señaló el comienzo de la doctrina adventista, y aun antes de ese tiempo, y vi que no había habido nada semejante al engaño, la tergiversación y la falsedad que habían sido practicados por el grupo que publicaba el Messenger, y una asociación semejante de corazones corrompidos bajo la toga de la religión. Algunos corazones sinceros han sido influidos por ellos, y han concluido que deben tener por lo menos alguna razón que justifique sus declaraciones, pensando que estas personas son incapaces de pronunciar falsedades tan evidentes. Vi que tales individuos tendrían evidencia de la (114) verdad en estos asuntos. La iglesia de Dios debiera avanzar directamente, como si no existiera esta gente en el mundo.
Vi que era necesario hacer esfuerzos definidos para mostrar a los que llevan una vida impía el daño que están haciendo, y si no se reforman, debieran ser separados de los rectos y santos, para que Dios tenga un pueblo limpio y puro en el que se pueda complacer. No deshonréis a Dios vinculando o uniendo lo limpio con lo impuro.

[5] Véase el apéndice.

Se me mostró algunos que iban del este al oeste. Vi que el propósito de los que viajaban del este al oeste no debía ser hacerse ricos, sino ganar almas para la verdad. El ángel dijo: "Que vuestras obras muestren que no ha sido por honor o en busca de tesoros terrenales, que os habéis trasladado al oeste, sino para levantar y exaltar el estandarte de la verdad". Vi que los que se trasladan al oeste debieran comportarse como personas que esperan a su Señor. El ángel dijo: "Sed ejemplos vivientes para los que viven en el oeste. Que vuestras palabras muestren que sois pueblo peculiar de Dios, y que tenéis una obra peculiar que llevar a cabo, dar el último mensaje de misericordia al mundo. Que vuestras obras muestren a los que están a vuestro alrededor que este mundo no es vuestro hogar". Vi que los que se habían enredado debían romper la trampa del enemigo y libertarse. No os hagáis tesoros en la tierra, sino que mostrad por vuestras vidas que estáis haciéndoos tesoros en el cielo. Si Dios os ha llamado a ir al oeste, él tiene una obra, una obra exaltada, para que hagáis. Que vuestra fe y experiencia ayuden a los que no poseen una experiencia viviente. Que vuestra atracción no se fije en este pobre mundo, que es un grano de polvo, sino dejadla dirigirse hacia arriba, hacia Dios, hacia la gloria y hacia el cielo. Que las preocupaciones y la perplejidad ocasionadas por las granjas no os llenen la mente, sino gozaos en la contemplación de la granja de Abrahán. Somos herederos de esa herencia inmortal. Quitad vuestros afectos de la tierra y espaciaos en las cosas celestiales.

LA RESPONSABILIDAD DE LOS PADRES.-

Vi que descansa sobre los padres una gran responsabilidad. Deben dirigir a sus hijos y no dejarse manipular por ellos. Se me señaló el caso de Abrahán. El era fiel en su casa, gobernó a su familia después de él, y ello fue recordado por Dios. (115)

Se me mencionó luego el caso de Elí. El no reprendía a sus hijos y éstos se pervirtieron y envilecieron, y por su maldad extraviaron a Israel. Cuando Dios hizo conocer sus pecados a Samuel, y le comunicó la grave maldición que los iba a sobrecoger porque Elí no los había reprendido, dijo que sus pecados no podían ser limpiados por sacrificios u ofrendas. Cuando Samuel le transmitió lo que el Señor le había revelado, Elí se sometió, diciendo: "Jehová es; haga lo que bien le pareciere" (1 Sam. 3:18). La maldición de Dios no tardó en sobrevenir. Aquellos malvados sacerdotes fueron muertos así como treinta mil hombres de Israel, y el arca de Dios fue tomada por el enemigo. Y cuando Elí oyó que el arca de Dios fue tomada, cayó de espaldas y murió. Todo este mal resultó de la negligencia de Elí en cuanto a reprender a sus hijos. Vi que si Dios era tan escrupuloso que advertía tales cosas antiguamente, no las nota menos en estos últimos días.

Los padres deben gobernara sus hijos, corregir sus acciones y subyugarlos, o Dios destruirá seguramente a sus hijos en el día de su gran ira, y los padres que no hayan dominado a sus hijos no quedarán sin culpa. De manera especial, deben los siervos de Dios gobernar a sus propias familias y mantenerlas en buena sujeción. Vi que no están preparados para juzgar o decidir asuntos de la iglesia, a menos que puedan gobernar bien su propia casa. Primero deben poner orden en su casa, y luego su juicio e influencia pesarán en la iglesia.

Vi que las visiones no habían sido más frecuentes últimamente porque no han sido apreciadas por la iglesia. La iglesia ha perdido casi completamente su espiritualidad y fe, y las reprensiones y amonestaciones han tenido muy poco efecto sobre ella. Muchos de los que profesaban tener fe en aquéllas no las escucharon.

Algunos siguieron una conducta poco juiciosa cuando hablaban de su fea los incrédulos, y si se les exigía una prueba, leían una visión en vez de recurrir a la Biblia para encontrar la prueba requerida. Vi que esta conducta no es consecuente, y crea en los incrédulos prejuicios contra la verdad. Las visiones no pueden tener peso para aquellos que nunca las han visto, y no conocen su espíritu. No se debe recurrir a ellas en tales casos.

LA FE EN DIOS.-

Mientras me hallaba en Battle Creek, Estado de Michigan, el 5 de Mayo de 1855, vi que había gran falta de fe entre los siervos de (116) Dios, como también en la iglesia. Se desaniman con demasiada facilidad, propenden demasiado a dudar de Dios y creer que les toca una suerte dura y que Dios los ha abandonado. Vi que esto era cruel. Dios los amó de tal manera que dio a su Hijo amado para que muriera por ellos, y todo el cielo estaba interesado en su salvación. Sin embargo, después de todo lo que se hizo por ellos, les costaba confiar en un Padre tan bondadoso y amante. El ha dicho que está más dispuesto a conceder el Espíritu Santo a quienes se lo piden que los padres terrenales a dar buenas dádivas a sus hijos. Vi que los siervos de Dios y la iglesia se desanimaban con excesiva facilidad. Cuando pedían a su Padre celestial cosas que creían necesarias y no las recibían inmediatamente, su fe vacilaba, su valor desaparecía, y se posesionaba de ellos un sentimiento de murmuración. Vi que esto desagradaba a Dios.

Todo santo que se allega a Dios con un corazón fiel, y eleva sus sinceras peticiones a él con fe, recibirá contestación a sus oraciones. Vuestra fe no debe desconfiar de las promesas de Dios, porque no veáis o sintáis la inmediata respuesta a vuestras oraciones. No temáis confiaren Dios. Fiad en su segura promesa: "Pedid, y recibiréis" (Juan 16:24). Dios es demasiado sabio para errar, y demasiado bueno para privar de cualquier cosa buena a sus santos que andan íntegramente. El hombre está sujeto a errar, y aunque sus peticiones asciendan de un corazón sincero, no siempre pide las cosas que sean buenas para sí mismo; o que hayan de glorificar a Dios. Cuando tal cosa sucede, nuestro sabio y bondadoso Padre oye nuestras oraciones, y nos contesta, a veces inmediatamente; pero nos da las cosas que son mejores para nosotros y para su propia gloria. Si pudiésemos apreciar el plan de Dios cuando nos envía sus bendiciones, veríamos claramente que él sabe lo que es mejor para nosotros, y que nuestras oraciones obtienen respuesta. Nunca nos da algo perjudicial, sino la bendición que necesitarnos, en lugar de algo que pedimos y que no seria bueno para nosotros.

Vi que si no vemos inmediatamente la respuesta a nuestras oraciones, debemos retener firmemente nuestra fe, y no permitir que nos embargue la desconfianza, porque ello nos separaría de Dios. Si nuestra fe vacila, no conseguiremos nada de él. Nuestra confianza en Dios debe ser firme; y cuando más necesitemos su bendición, ella caerá sobre nosotros como una lluvia.

Cuando los siervos de Dios piden su Espíritu y bendición, a veces (117) los reciben inmediatamente; pero no siempre les son concedidos en seguida. En este último caso, no desmayemos. Aférrese nuestra fe de la promesa de que llegará. Confiemos plenamente en Dios, y a menudo esta bendición vendrá cuando más la necesitemos; recibiremos inesperadamente ayuda de Dios cuando estemos presentando la verdad a los incrédulos, y quedaremos capacitados para impartir la Palabra con claridad y poder.

Se me presentó el asunto como el caso de los niños que piden una bendición a sus padres terrenales que los aman. Piden algo que el padre sabe les ha de perjudicar; pero el padre les da cosas que serán benéficas para ellos, en vez de aquello que deseaban. Vi que toda oración elevada con fe por un corazón sincero, será oída y contestada por Dios, y que el suplicante obtendrá la bendición cuando más la necesite, y a menudo ésta excederá sus expectativas. No se pierde una sola oración de un verdadero santo, si es elevada con fe por un corazón sincero.

EL GRUPO DEL MENSAJERO[6].-

MIENTRAS me encontraba en Oswego, Nueva York, en junio de 1855, se me mostró que el pueblo de Dios había sido sobrecargado con obstáculos; que ha habido Acanes en el campamento. La obra de Dios ha progresado poco, y muchos de sus siervos se han desanimado porque la verdad no ha producido mayor efecto en Nueva York, y no ha habido un número mayor de personas añadidas a la iglesia. Ha surgido el grupo del Mensajero, y sufriremos a causa de sus lenguas mentirosas y sus tergiversaciones; sin embargo debemos soportarlo todo con paciencia; porque no perjudicarán la causa

[6] Véase el Apéndice.

de Dios, ahora que nos han dejado, tanto como la hubieran perjudicado si su influencia hubiera permanecido entre nosotros.
El desagrado de Dios ha afectado a la iglesia debido a que en ella hay personas de corazón corrompido. Han deseado ser los primeros, cuando ni Dios ni los hermanos los han colocado allí. El egoísmo y la exaltación de sí mismos han marcado su comportamiento. Ahora hay un lugar al que tales personas pueden ir y encontrar apacentadero con los de su misma clase. Nosotros debemos alabar a Dios porque en su misericordia ha librado de ellos a la (118) iglesia. Dios ha abandonado a muchas de estas personas a sus propios caminos para que sean llenas de sus propias acciones. Ahora manifiestan entusiasmo y simpatía, lo cual engañará a algunos; pero todos los que son sinceros serán iluminados con respecto a la verdadera condición de este grupo, y permanecerán con el pueblo peculiar de Dios. Se aferrarán a la verdad y andarán por el camino de la humanidad sin dejarse afectar por la influencia de los que han sido abandonados por Dios a sí mismos para ser llenos con sus propias acciones. Vi que Dios había dado a estas personas la oportunidad de reformarse, él las había iluminado con respecto a su amor por el yo y sus demás pecados; pero no quisieron obedecer. No quisieron reformarse, por lo que Dios los quitó de la iglesia. La verdad producirá efecto en los siervos de Dios y de la iglesia, y hará que se dediquen a Dios y a su causa.
Vi que el pueblo de Dios debe levantarse y ceñirse la armadura. Cristo viene y la gran obra del último mensaje de misericordia es demasiado importante como para que la abandonemos para dedicarnos a contestar las falsedades, tergiversaciones y calumnias que el grupo del Messenger [Mensajero] ha levantado y esparcido por todas partes. La verdad, la verdad presente, debe ser el tema de nuestra meditación. Estamos llevando a cabo una gran obra y no podemos abandonarla. Satanás está metido en todo esto, a fin de apartar nuestras mentes de la verdad presente y de la venida de Cristo. El ángel dijo: "Jesús está enterado de todo". Dentro de poco tiempo tendrán que rendir cuenta. Todos serán juzgados de acuerdo con las obras efectuadas. La lengua mentirosa será detenida. Los pecadores en Sión se atemorizarán y el temor invadirá a los hipócritas.

PREPÁRATE PARA ENCONTRARTE CON TU DIOS.-
Vi que no debemos retrasar la venida del Señor. Dijo el ángel: "Preparaos, preparaos, para lo que va a venir sobre la tierra. Correspondan vuestras obras a vuestra fe". Vi que el ánimo debe apoyarse en Dios, que debemos ejercer nuestra influencia en favor de Dios y su verdad. No podemos honrar al Señor mientras seamos negligentes e indiferentes. No podemos glorificarle cuando estamos descorazonados. Debemos tener fervor para asegurar nuestra propia salvación, y para salvar a otros. Debemos conceder suma importancia a esto, (119) y considerar secundario todo lo demás.
Vi la belleza del cielo. Oí a los ángeles cantar sus himnos arroba-dores, tributando alabanza, honra y gloria a Jesús. Pude entonces percibir vagamente el prodigioso amor del Hijo de Dios. El abandonó toda la gloria, toda la honra que se le tributaba en el cielo, y se interesó de tal manera en nuestra salvación que, con paciencia y mansedumbre, soportó toda injuria y escarnio que los hombres quisieron imponerle. Fue herido, azotado y afligido; se lo extendió sobre la cruz del Calvario, y sufrió la muerte más atroz para salvarnos de la muerte; para que pudiésemos ser lavados en su sangre, y resucitar para vivir con él en las mansiones que está preparando, donde disfrutaremos la luz y la gloria del cielo, y oiremos cantar a los ángeles y cantaremos con ellos.
Vi que todo el cielo se interesaba en nuestra salvación; y ¿habremos de ser nosotros indiferentes? ¿Seremos negligentes como si fuese asunto de poca monta el que seamos salvos o perdidos? ¿Despreciaremos el sacrificio que fue hecho por nosotros? Algunos han obrado así. Han jugado con la misericordia que se les ofrecía y el desagrado de Dios pesa sobre ellos. No siempre habrá de quedar entristecido el Espíritu de Dios. Si se le contrista algo más, se apartará. Después que se haya hecho todo lo que Dios podía hacer para salvar a los hombres, y ellos por su vida hayan demostrado que desprecian la misericordia ofrecida por Jesús, la muerte será su parte y pagarán caro esa actitud. Será

una muerte horrible, porque habrán de sufrir la agonía que Cristo soportó en la cruz para obtener la redención que ellos han rehusado. Y se darán cuenta de lo que han perdido: la vida eterna y la herencia inmortal. El gran sacrificio que fue hecho para salvar las almas, nos revela su valor. Cuando el alma preciosa se perdió, se perdió para siempre.

Vi a un ángel de pie con una balanza de dos platillos en cada mano, que pesaba los pensamientos y el interés del pueblo de Dios, especialmente de los jóvenes. En el platillo de una balanza estaban los pensamientos y los intereses que tendían hacia el cielo; en el platillo de la otra se hallaban los pensamientos y los intereses terrenales; en este platillo se arrojaba toda la lectura de los cuentos, los pensamientos dedicados a los vestidos, la ostentación, la vanidad y el orgullo, etc. ¡Oh, cuán solemne momento! Los ángeles de Dios, de pie, pesan con balanzas los pensamientos de los que profesan ser hijos de Dios, de aquellos que aseveran haber muerto al mundo (120) y estar vivos para Dios. El platillo lleno con los pensamientos terrenales, la vanidad y el orgullo, bajaba rápidamente a pesar de que se agregaba pesa tras pesa al otro platillo.

El platillo que contenía los pensamientos e intereses referentes al cielo subía mientras que el otro bajaba. ¡Qué liviano era! Puedo relatar esto como lo vi; pero nunca podré reproducir la solemne y vívida impresión que se grabó en mi mente, al ver al ángel que tenía la balanza donde se pesaban los pensamientos e intereses del pueblo de Dios. Dijo el ángel: “Pueden los tales entrar en el cielo? No, no, nunca. Diles que la esperanza que ahora poseen es vana, y que a menos que se arrepientan prestamente, y obtengan la salvación, perecerán".

La apariencia de piedad no salvará a nadie. Todos deben tener una experiencia profunda y viva. Esto es lo único que los salvará en el tiempo de angustia. Entonces será probada su obra para ver de qué clase es; si es de oro, plata y piedras preciosas, serán escondidos como en lo secreto del pabellón de Jehová. Pero si su obra es de madera, paja y hojarasca, nada podrá protegerlos del fuego de la ira de Jehová.

Tanto los jóvenes como los de más edad, tendrán que dar razón de su esperanza; pero sus mentes destinadas por Dios a cosas mejores, formadas para servirle perfectamente, se han espaciado en cosas insensatas en vez de hacerlo en los intereses eternos. Esa mente que vaga de allí para allá, es tan capaz de comprender la verdad, la evidencia de la Palabra de Dios en favor del sábado, y el verdadero fundamento de la esperanza del cristiano, como de analizar las apariencias, los modales, los vestidos, etc. Y todos los que entregan su mente al placer que producen los cuentos insensatos y ociosos, alimentan sus facultades imaginativas; pero ante ellos se eclipsa el brillo de la Palabra de Dios. La mente queda directamente separada de Dios, y se destruye el interés por su preciosa Palabra.

Se nos ha dado un libro para que guíe nuestros pies a través de los peligros de este oscuro mundo hasta el cielo. Sus páginas nos dicen cómo podemos escapar de la ira de Dios, y también nos hablan de los sufrimientos de Cristo por nosotros, y del gran sacrificio que hizo para que pudiésemos ser salvos y disfrutar de la presencia de Dios para siempre. Y si algunos son hallados faltos al final, habiendo oído la verdad como la han oído en esta tierra de luz, será por culpa suya; quedarán sin excusa. La Palabra de Dios nos explica (121) cómo podemos llegar a ser cristianos perfectos y escapar a las últimas siete plagas. Pero ellos no se interesaron en absoluto en descubrirlo. Otras cosas distrajeron su mente; apreciaron los ídolos, y despreciaron la santa Palabra de Dios. Muchos de los que profesan ser cristianos se han burlado de Dios; y cuando su santa Palabra los juzgue en el día postrero serán hallados faltos. Esa Palabra que ellos han descuidado para leer insulsos libros de cuentos, prueba sus vidas. Es la norma; sus motivos, palabras y obras, como también el uso de su tiempo, todas esas cosas son comparadas con la Palabra escrita de Dios, y si ellos son hallados faltos, sus casos quedarán decididos para siempre.

Vi que muchos se miden entre sí y comparan su vida con la vida de otros. Esto no debe ser. Nadie, sino Cristo, nos es dado como ejemplo. El es nuestro verdadero modelo, y cada uno debe luchar para distinguirse por su imitación de él. Somos colaboradores de Cristo, o colaboradores del enemigo. O juntamos para Cristo o dispersamos contra él. Somos cristianos decididos y de todo corazón, o no lo

somos en absoluto. Dice Cristo: " ¡Ojala fueses frío, o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca" (Apoc. 3:15-16).
Vi que algunos apenas saben lo que es la abnegación o el sacrificio, o lo que significa sufrir por causa de la verdad. Pero nadie entrará en el cielo sin hacer un sacrificio. Debemos tener espíritu de abnegación y sacrificio. Algunos no se han ofrecido a sí mismos ni a sus propios cuerpos sobre el altar de Dios. Conservan un genio impulsivo y arrebatado. Satisfacen sus apetitos y atienden sus propios intereses, sin tener en cuenta las cosas de Dios. Los que están dispuestos a hacer cualquier sacrificio para obtener la vida eterna, la tendrán, y vale la pena sufrir por ella, crucificar el yo, y sacrificar todo ídolo. El más excelso y eterno peso de gloria, supera todo lo demás, y eclipsa todo placer terreno. (122)

NUMERO DOS: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA.-
LOS DOS CAMINOS.-
En la conferencia celebrada en Battle Creek, Michigan, el 27 de Mayo de 1856, se me mostraron en visión algunas cosas correspondientes a la iglesia en general. Pasaron ante mí la gloria y la majestad de Dios. Dijo el ángel: "La majestad de Dios es terrible; y sin embargo, vosotros no lo advertís. Su cólera es aterradora; y no obstante le ofendéis diariamente. Esforzaos por entrara través de la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y anchuroso el camino que conduce a la destrucción y muchos son los que andan por él; pero estrecha es la puerta y angosto el camino que conduce a la vida, y pocos lo encuentran". Estos caminos son distintos, están separados y van en direcciones opuestas. Uno conduce a la vida eterna y el otro a la muerte. Vi la distinción entre ambos caminos y también la distinción entre quienes por ellos andaban. Los caminos eran totalmente opuestos. Uno era ancho y llano; el otro áspero y estrecho. Así, quienes por ellos iban eran opuestos en carácter, estilo de vida, manera de vestir, y conversación.
Los que van por el camino estrecho hablan de la alegría y felicidad que les aguardan al fin de la jornada. Su aspecto es a menudo triste, pero a veces brilla con sagrado y santo gozo. No visten como los que van por el camino ancho ni hablan ni obran como ellos. Se les ha dado un modelo. Un "varón de dolores, experimentado en quebranto", les abrió el camino y por él anduvo. Sus seguidores ven sus huellas y al verlas se consuelan y animan. El llegó salvo al destino, y también ellos podrán llegar a salvo si siguen sus huellas.
En el camino ancho, todos piensan en sí mismos, en su ropa y en los placeres del camino. Se entregan libremente a la hilaridad y algazara, sin pensar en el término de la jornada, donde les aguarda segura destrucción. Cada día se acercan más a su nefasta suerte; sin embargo, se apresuran locamente, cada vez con más rapidez. ¡Oh, cuán terrible me pareció aquel espectáculo!
Vi que muchos de los que iban por ese camino ancho llevaban escritas sobre sí estas palabras: "Muerto para el mundo. El fin de todas las cosas está cerca. Preparaos también". Su aspecto era el mismo (123) que el de todos los demás frívolos seres que los rodeaban, excepto cierto aire de tristeza que se advertía en sus semblantes. Su conversación era igual a la de las alegres y atolondradas gentes que con ellos iban, aunque de vez en cuando se detenían a señalar con mucha satisfacción la leyenda de sus vestidos, y exhortaban a los demás a que también se lo pusiesen en los suyos. Iban por el camino ancho, y sin embargo, decían pertenecer a la compañía que viajaba por el camino estrecho; pero sus compañeros les replicaban: "No hay distinción entre nosotros. Somos iguales. Vestimos, hablamos y obramos de igual manera".
Luego, me fueron señalados los años 1843 y 1844. Reinaba entonces un espíritu de consagración ahora ausente. ¿Qué le ha sucedido al pueblo que profesa ser el pueblo peculiar de Dios? Vi la conformidad con el mundo, la falta de voluntad para sufrir por la verdad y notable rebeldía ante la voluntad de Dios. Me fue mostrado el ejemplo de los hijos de Israel después que salieron de Egipto. Dios, en su misericordia, los sacó de entre los egipcios, para que pudiesen adorarle sin impedimento ni restricción. En el camino, obró milagros por ellos, y los probó con estrecheces. Después que Dios había obrado

tales maravillas por ellos, y los había librado tantas veces, se quejaban cuando advertían que él los probaba. Sus palabras eran : "¡Ojala hubiéramos muerto por mano de Jehová en la tierra de Egipto!" (Éxo. 16:3). Codiciaban los puerros y cebollas que había en esa tierra.

Vi que muchos de los que profesaban creer la verdad referente a los últimos días, encontraban extraño que los hijos de Israel murmurasen en su camino, y que, después de tan maravilloso trato divino, fuesen tan ingratos, que olvidaran cuanto Dios había hecho por ellos. El ángel dijo: "Peor que ellos os habéis conducido vosotros". Vi que Dios les ha dado a sus siervos la verdad tan clara, tan explícita, que es imposible negarla. Por doquiera que vayan, se les asegura la victoria. Sus enemigos no pueden rebatirla convincente verdad. La luz derramada es tan clara que los siervos de Dios pueden levantarse en cualquier parte y dejar que la verdad, evidente y compacta, consiga el triunfo; y sin embargo, aún no han estimado ni comprendido esta grandiosa bendición. Si sobreviene una prueba, algunos miran hacia atrás y creen que pasan por grandes dificultades, porque, a pesar de llamarse siervos de Dios, no conocen la purificadora eficacia de las pruebas. A veces se forjan e imaginan pruebas ellos mismos, se desalientan con tanta facilidad y sienten luego tan herido su amor propio, que se perjudican (124) a sí mismos, a los demás y a la causa de Dios. Satanás agranda sus tribulaciones y pone en sus mentes pensamientos que, en caso de que se les preste atención, destruirán su influencia y utilidad.

Algunos se han sentido tentados a retirarse de la obra, para dedicarse a trabajos manuales. Vi que si Dios aparta de ellos su mano y quedan sujetos a las enfermedades y la muerte, entonces sabrán lo que son tribulaciones. Es muy terrible murmurar contra Dios. Los que lo hacen no reparan en que el camino por donde van es áspero y requiere abnegación y crucifixión del yo, y no han de esperar que cuanto les suceda transcurra tan suavemente como si anduvieran por el camino ancho.

Vi que algunos siervos de Dios, aun de entre los predicadores, se desaniman tan fácilmente y son tan quisquillosos que se creen despreciados y perjudicados cuando en realidad no es así. Consideran penosa su suerte. No echan de ver lo que les sucedería ni las angustias que pasarían si Dios apartase de ellos su mano, pues entonces fuera su suerte diez veces más dura que antes, cuando estaban empleados en la obra de Dios, sufriendo pruebas y privaciones, pero con la aprobación del Señor.

Algunos de los que trabajan en la causa de Dios no se percatan de cuando les va bien. Han sufrido tan pocas privaciones y conocen tan poco la necesidad, las fatigas de la labor o las cargas del alma, que cuando se encuentran bien y se ven favorecidos de Dios y casi enteramente libres de angustia de espíritu, no lo comprenden y se figuran que son grandes sus tribulaciones. Vi que a éstos los despedirá Dios de su servicio a menos que manifiesten espíritu de abnegación y estén dispuestos a trabajar gozosamente sin escatimar esfuerzos. Dios no los reconocerá como siervos abnegados, sino que suscitará quienes trabajen con fervor y no perezosamente, y conozcan cuando disfrutan de bienestar. Los siervos de Dios deben sentir responsabilidad por las almas y llorar entre la entrada y el altar, exclamando: "Perdona, oh Jehová, a tu pueblo" (Joel 2:17).

Algunos siervos de Dios han entregado sus vidas para gastar y ser gastados en la causa de Dios, a tal punto que su salud se ha quebrantado casi por completo, y ellos están agobiados a consecuencia de su labor mental, incesantes inquietudes, trabajos y privaciones. Otros no tomaron ni quisieron tomar la carga sobre sí, y sin embargo se consideran muy atribulados, porque nunca experimentaron penurias ni han sido bautizados en el sufrimiento, ni lo serán mientras manifiesten tanta debilidad y tan poca fortaleza, y sean tan amantes de la comodidad. Según lo que Dios me ha mostrado, es necesario que haya un castigo (125) entre los predicadores a fin de eliminara los perezosos, lerdos y egoístas, para que quede una compañía pura, fiel y abnegada, que no busque su bienestar personal, sino que ministre fielmente en palabra y doctrina, con voluntad de soportarlo todo por causa de Cristo y salvara los que él redimió con su muerte. Sientan sobre sí estos siervos el ¡ay! que se les aplicará si no predican el Evangelio, y esto bastará; pero no todos lo sienten.

CONFORMIDAD CON EL MUNDO.-

Se me mostró la conformidad con el mundo que tenían algunos profesos observadores del sábado. Vi que era una desgracia para su profesión de fe, una desgracia para la causa de Dios. Con ello niegan su profesión. Piensan que no son como el mundo, pero se parecen tanto a los mundanos en vestido, en conversación y en acciones, que no existe distinción entre ellos. Los vi adornando sus pobres cuerpos mortales que en cualquier momento pueden ser tocados por el dedo de Dios y yacer sobre el lecho de angustia. Y luego, al aproximarse a su última etapa, les sobreviene una angustia mortal, y su gran pregunta es: "¿Estoy preparado para morir? ¿Preparado para aparecer ante Dios en el juicio y pasar la gran prueba?" Preguntadles cómo se sienten al adornar su cuerpo, y si saben lo que significa estar preparados para presentarse delante de Dios, y ellos os dirán que si pudieran retroceder en el tiempo y vivir nuevamente el pasado, corregirían sus vidas, eliminarían las necedades del mundo, su vanidad y orgullo, y adornarían sus cuerpos con vestidos sencillos, y darían un ejemplo para todos los que viven a su alrededor. Vivirían para dar gloria a Dios.

¿Por qué es tan difícil llevar una vida de abnegación y humildad? Porque los cristianos profesos no han muerto al mundo. Es fácil vivir así una vez que hemos muerto. Pero muchos anhelan los puerros y las cebollas de Egipto. Tienen la disposición a vestirse y actuaren forma tan parecida al mundo como sea posible, y al mismo tiempo esperan ir al cielo. Esas personas tal vez esperan subir por otra parte, pero no entrarán por la puerta estrecha y el camino angosto.

Se me mostró el grupo que había asistido a la conferencia. El ángel dijo: "Algunos serán alimento para los gusanos,[7] algunos sufrirán las (126) siete últimas plagas, algunos quedarán vivos y permanecerán en la tierra hasta ser trasladados en la venida de Jesús".

Palabras solemnes fueron éstas, pronunciadas por un ángel. Le pregunté al ángel por qué había tan pocos que se interesaban en su bienestar eterno, tan pocos que se preparaban para la última transformación. El dijo: "El mundo los atrae y sus tesoros les parecen valiosos". Encuentran suficiente para mantener ocupada la mente y no tienen tiempo de prepararse para el cielo. Satanás está siempre listo para hundirlos cada vez más profundamente en dificultades; tan pronto como desaparece de su mente una preocupación o dificultad, genera en ellos el deseo impío de participar más en las cosas del mundo; y en esa forma transcurre el tiempo, y cuando ya es demasiado tarde comprenden que no han ganado nada sustancial. Se han afirmado de sombras y han perdido la vida eterna. Tales personas no tendrán excusa alguna.

Muchos se visten como la gente del mundo porque desean ejercer alguna influencia. Pero con esto cometen un error triste y fatal. Si desean ejercer una influencia genuina y salvadora, debieran vivir de acuerdo con su profesión, mostrar su fe mediante sus obras rectas y establecer una clara distinción entre el cristiano y el mundo. Vi que las palabras, el vestido y las acciones debieran hablar de Dios. Entonces se ejercería una influencia sagrada sobre todos, y todos notarían que ellos han estado con Jesús. Los incrédulos verán que la verdad que profesamos tiene una influencia santa y que la fe en la venida de Cristo afecta el carácter del hombre o la mujer. Si alguien desea ejercer influencia en favor de la verdad, que vivan la verdad en sus vidas y así imiten al humilde Modelo.

Vi que Dios detesta el orgullo, y que todos los orgullosos y los que obran impíamente serán como paja, y arderán en el día que viene. Vi que el mensaje del tercer ángel todavía debe obrar como levadura sobre muchos corazones que profesan creerlo, y eliminar su orgullo, egoísmo, codicia y amor al mundo.

Jesús está por venir. ¿Encontrará a un pueblo conformado al mundo? ¿Los reconocerá como su pueblo al que ha purificado para sí mismo? Oh, no. Nadie, fuera de los puros y santos, será reconocido como suyo. Los que han sido purificados y emblanquecidos mediante el sufrimiento, y se han mantenido

---

[7] La Hna. Clarissa M. Bonfoey, quien durmió en Jesús tres días después que se dio esta visión, a pesar de sentirse bien entonces, quedó muy impresionada con la idea de que ella sería una de las que irían a la tumba, y compartió su convicción con otros.

separados, sin mancha del mundo, le pertenecerán.
Al contemplar el hecho terrible de que el pueblo de Dios se encuentra (127) conformado con el mundo, y que no hay distinción, excepto en el nombre, entre muchos de los profesos discípulos del humilde Jesús y los incrédulos, me sentí profundamente angustiada. Vi que Jesús había sido herido y avergonzado abiertamente. El ángel dijo que veía con tristeza al profeso pueblo de Dios amando al mundo, participando de su espíritu y siguiendo sus modas: "¡Apartaos! ¡Apartaos! ¡No sea que él os envíe con los hipócritas y los incrédulos fuera de la ciudad! Vuestra profesión tan sólo os causará mayor angustia, y vuestro castigo será mayor porque conocíais su voluntad, pero no la hicisteis".
Los que profesan creer el mensaje del tercer ángel, con frecuencia perjudican la causa de Dios comportándose livianamente, gastando bromas y haciendo chistes y ocupándose de frivolidades. Vi que este mal afectaba a todas nuestras filas. Es necesario humillarse delante del Señor, el Israel de Dios debiera desgarrar el corazón y no el vestido. Pocas veces se observa la sencillez infantil; se piensa más en la aprobación de los hombres que en el desagrado de Dios. El ángel dijo: "Poned en orden vuestro corazón, no sea que él os visite con juicio y sea cortado el débil hilo de la vida, y permanezcáis en el sepulcro sin protección, sin preparación para el juicio. O si hacéis vuestra cama en la tumba, a menos que pronto hagáis paz con Dios, y os separéis del mundo, vuestros corazones se endurecerán aún más y os reclinaréis contra un falso apoyo, una supuesta preparación, y descubriréis vuestro error demasiado tarde para aseguraron una firme esperanza".
Vi que algunos profesos observadores del sábado pasaban horas que eran más que perdidas estudiando esta o aquella moda para adornar su pobre cuerpo mortal. Mientras tratáis de presentaros lo más semejante al mundo, y tan hermosamente como podáis, recordad que el mismo cuerpo puede en pocos días ser alimento de los gusanos. Y mientras lo adornáis a vuestro gusto, para agradara los ojos, estáis muriendo espiritualmente. Dios detesta vuestro orgullo vano y perverso, y os considera como un sepulcro blanqueado, lleno de corrupción y de impurezas.
Las madres dan un ejemplo de orgullo a los hijos, y al hacerlo, siembran semillas que producirán fruto. La cosecha será abundante e inevitable. Lo que ellas siembran, también segarán. La cosecha no dejará de presentarse. Padres, vi que es más fácil para vosotros enseñar a vuestros hijos una lección de orgullo que una de humildad. Satanás y sus ángeles están a vuestro lado para convertir vuestros actos o las palabras que les habláis en instrumentos efectivos para animarlos a (128) vestirse, y en su orgullo a mezclarse con la sociedad que no es piadosa. Padres, plantáis en vuestro propio seno una espina que con frecuencia sentiréis con angustia. Cuando deseéis contrarrestar la triste lección que habéis enseñado a vuestros hijos, encontraréis que es difícil conseguirlo. Es imposible que podáis lograrlo. Podéis negarles cosas que gratifiquen su orgullo, sin embargo éste sigue viviendo en el corazón, anhelando ser satisfecho; y no hay nada que pueda matar este orgullo fuera de la acción rápida y poderosa del Espíritu de Dios. Cuando éste encuentre su camino hacia el corazón, obrará como levadura y lo desarraigará.
Vi que tanto los jóvenes como las personas de edad descuidan el estudio de la Biblia. No la convierten en objeto de estudio y en la regla de la vida como debieran. Especialmente los jóvenes son culpables de este descuido. Muchos de ellos están dispuestos y tienen tiempo para leer casi cualquier otro libro. Pero la Palabra que señala la vida, la vida eterna, no es estudiada cada día. Ese libro valioso e importante por el cual serán juzgados en el día final es apenas estudiado. Se han leído atentamente historias insulsas, mientras la Biblia ha sido pasada por alto y descuidada. Vendrá un día, día de nubarrones y de densas tinieblas, cuando todos desearán poseer las claras y sencillas verdades de la Palabra de Dios, para poder dar con humildad, y al mismo tiempo con decisión, razón de su esperanza. Vi que tendrían que fortalecer sus propias almas para el temible conflicto. Sin esto serán hallados faltos y no podrán tener firmeza ni decisión.
Los padres harían mejor en quemar los cuentos inútiles del día y las novelas cuando éstos llegan a su hogar. Esto será un acto de misericordia para los hijos. Si se estimula la lectura de esos libros de

cuentos, se produce en los niños una especie de fascinación. Embelesa y envenena la mente. Padres, vi que a menos que despertéis a lo que es el interés eterno de vuestros hijos, éstos seguramente se perderán por vuestra negligencia. Y la posibilidad de que los padres infieles sean salvados, es muy pequeña. Los padres debieran ser ejemplo. Debieran ejercer una santa influencia en sus familias. Debieran vestirse con modestia, ser diferentes del mundo que los rodea. Al valorar el interés eterno de sus hijos, debieran reprochar el orgullo que hay en ellos, reprocharlo fielmente y no estimularlo mediante palabras o acciones. ¡Cuánto orgullo se me mostró que existe entre el pueblo profeso de Dios! Ha aumentado cada año, a tal punto que ahora es imposible distinguir a los adventistas profesos observadores del sábado, del mundo (129) que los rodea. Vi que era necesario arrancar este orgullo de nuestras familias.

Se ha gastado mucho en cintas y encajes para los sombreros, en collares[8] y otros artículos de adorno innecesarios, mientras Jesús el rey de gloria, que rindió su vida para redimirnos, llevó una corona de espinas. Esta fue la forma como adornaron la cabeza sagrada de nuestro Maestro. El fue "varón de dolores, experimentado en quebranto" (Isa. 53:3). "Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados" (Isa. 53:5). Sin embargo, los mismos que profesan haber sido lavados por la sangre de Jesús, derramada por ellos, pueden vestirse con elegancia y adornar sus propios cuerpos mortales, y atreverse a profesar ser seguidores del Modelo santo, abnegado y humilde. Ojala que todos pudieran ver esto en la forma como Dios lo ve y tal como me lo mostró. Me pareció demasiado para poder soportarlo. Sentidla angustia de espíritu que yo experimenté al contemplarlo. El ángel dijo: "El pueblo de Dios es peculiar; él los está purificando para sí mismo". Vi que la apariencia exterior es un índice de lo que hay en el corazón. Cuando el exterior se llena de cintas, collares y cosas innecesarias, muestra claramente que el amor de todo eso está en el corazón; a menos que tales personas sean limpiadas de su corrupción nunca podrán vera Dios, porque únicamente los puros de corazón lo verán.

Vi que era necesario aplicar el hacha a la raíz del tronco. No debiera tolerarse ese orgullo en la iglesia. Estas cosas son las que separan a Dios de su pueblo, que cierran el arca contra ellos. Israel ha estado dormido y sin ver el orgullo, las modas y la conformidad con el mundo que existen en medio de él. Cada mes progresan en orgullo, codicia, egoísmo y amor al mundo. Cuando los corazones sean afectados por la verdad, se producirá la muerte al mundo en ellos, dejarán de lado las cintas, los encajes y los collares; y si están muertos, las risas, las (130) burlas y las mofas de los incrédulos no los afectarán. Sentirán ansiosos deseos de separarse del mundo, tal como su Maestro. No imitarán el orgullo, las modas ni las costumbres mundanas. Mantendrán siempre ante sí el noble objetivo de glorificar a Dios y ganar la herencia inmortal. Este propósito hará desaparecer todo lo que sea de naturaleza terrenal. Dios tendrá un pueblo separado y distinto del mundo. Tan pronto como alguien sienta el deseo de imitar las modas del mundo, sin que lo reprima inmediatamente, Dios cesa de reconocerlo como hijo suyo. Son los hijos del mundo y de las tinieblas. Anhelan con vehemencia los puerros y las cebollas de Egipto, esto es, desean ser tan semejantes al mundo como sea posible; al hacerlo así, los que profesan haberse vestido de Cristo, en realidad lo están desechando, y muestran que son desconocidos de la gracia y desconocidos del manso y humilde Jesús. Si se hubieran familiarizado

---

[8] Se me ha preguntado si creo que es incorrecto usar sencillos collares de hilo de lino. Mi respuesta ha sido siempre: "No. Algunos han tomado el significado extremo de lo que he escrito acerca de los collares, y han sostenido que es incorrecto usar collares de cualquier clase que sean. Se me mostró collares elaborados a mucho costo, y cintas y encajes caros e innecesarios que algunos observadores del sábado han usado, y todavía usan por ostentación y para satisfacer las exigencias de la moda. Al mencionar los collares, no tuve la intención de que se entendiera que no era posible usar nada que se pareciera a un collar, o al hablar de las cintas, no me propuse dar la idea de que no debiera usarse ninguna clase de cinta. E. G. White, nota a la segunda edición.

con él, andarían en forma digna de él.

LAS ESPOSAS DE LOS MINISTROS.-
Vi las Esposas de los ministros. Algunas de ellas no ayudan a sus esposos, y sin embargo, profesan creer el mensaje del tercer ángel. Prestan más atención a sus propios deseos y placer, que a descubrir cómo pueden cumplirla voluntad de Dios o sostener las manos de sus esposos por medio de sus oraciones fieles y su conducta cuidadosa. Vi que algunas de ellas siguen una conducta tan obstinada y egoísta, que Satanás las usa como instrumentos suyos, y se vale de ellas para destruir la influencia y utilidad de sus esposos. Se quejan o lamentan abiertamente si se ven sometidas a estrecheces. Se olvidan de los sufrimientos de los antiguos cristianos por amor a la verdad, y piensan que deben cumplir sus deseos y hacer su voluntad. Se olvidan de los sufrimientos de Jesús, su Maestro. Olvidan al Varón de dolores, experimentado en quebranto, que no tenía dónde reposar la cabeza. No quieren recordar aquellas sienes santas, heridas por una corona de espinas. Se olvidan de Aquel que, llevando su propia cruz al Calvario, se desmayó bajo su peso. No sólo la carga de la cruz de madera, sino también la pesada carga de los pecados del mundo, pesaba sobre él. Se olvidan de los crueles clavos que atravesaron sus tiernas manos y pies, y los clamores de su agonía: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" A pesar de todo este sufrimiento que soportó por ellas, se sienten muy poco dispuestas a sufrir por Cristo. (131)
Vi que estas personas se están engañando a sí mismas. No tienen parte ni suerte en el asunto. Se han apoderado de la verdad; pero la verdad no se ha apoderado de ellas. Cuando la verdad solemne e importante se apodere de ellas, morirá el yo; entonces no dirán: "Iré allí; no me quedaré aquí"; sino que preguntarán sinceramente: "¿A dónde quiere Dios que esté? ¿Dónde puedo glorificarlo mejor, y dónde pueden ser de mayor beneficio nuestras labores unidas?" Su voluntad estará absorbida por la voluntad de Dios. La disposición voluntariosa y la falta de consagración que manifiestan algunas de las esposas de ministros, estorban el camino de los pecadores; la sangre de estas almas manchará sus vestidos. Algunos de los ministros han dado un testimonio enérgico respecto del deber y los males de la iglesia; pero no han tenido el efecto debido porque sus propias compañeras necesitaban el testimonio directo que se daba, y la reprensión recayó sobre ellos mismos con gran peso. Estos predicadores permiten que sus compañeras los afecten, los arrastren hacia abajo y llenen su mente de prejuicio. Se sienten abatidos y desalentados, y no comprenden que la verdadera fuente del mal está muy cerca de ellos mismos, y así pierden su utilidad e influencia.
Estas hermanas están estrechamente vinculadas con la obra de Dios si es que él ha llamado a sus esposos a predicar la verdad presente. Estos siervos, si verdaderamente son llamados por Dios, sentirán la importancia de la verdad. Se colocarán entre los vivos y los muertos, y velarán por las almas como quienes han de dar cuenta. Solemne es su vocación y sus compañeras pueden ser para ellos una gran bendición o una gran maldición. Pueden alentarlos cuando están abatidos, consolarlos cuando están desanimados, y animarlos a mirar hacia arriba y confiar plenamente en Dios cuando les falta la fe. .0 pueden seguir una conducta opuesta; mirar el lado sombrío, pensar que pasan por tiempos difíciles, y no ejercer fe en Dios, hablar de sus pruebas e incredulidad con sus compañeros, albergar un espíritu quejoso y murmurador, y ser un lastre y hasta una maldición para ellos.
Vi que las esposas de los ministros deben ayudara sus esposos en sus labores, y cuidar muchísimo la influencia que ejercen; porque hay quienes les observan y esperan más de ellas que de otros. Su indumentaria, su vida y conversación debieran ser un ejemplo que tenga sabor de vida y no de muerte. Vi que deben asumir una actitud humilde y mansa, aunque digna, sin dedicar su conversación a cosas que no tienden a dirigir la mente hacia el cielo. Su gran pregunta debe ser: (132) "¿Cómo puedo salvar mi propia alma, y ser el medio de salvara otros?"
Vi que Dios no acepta una obra tibia al respecto. Quiere todo el corazón y el interés, o nada. Su influencia se ejerce decidida e inequívocamente en favor de la verdad o contra ella. Recogen con Jesús

o dispersan. Una esposa no santificada es la mayor maldición que pueda tener un ministro. Aquellos siervos de Dios que por desgracia tengan en sus casas esta influencia agostadora, deben duplicar sus oraciones y su vigilancia, y, asumiendo una posición firme y decidida, no permitir que los opriman las tinieblas. Deben aferrarse más a Dios, ser enérgicos y decididos, gobernar bien su propia casa, y vivir de tal manera que puedan recibir la aprobación de Dios y la custodia de los ángeles. Pero si ceden a los deseos de sus compañeras no consagradas, el desagrado de Dios se manifestará sobre su casa. El arca de Dios no puede morar en ella, porque ellos apoyan a sus esposas en sus errores y se los toleran.
Nuestro Dios es un Dios celoso. Es algo terrible jugar con él. Antiguamente, Acán codició un lingote de oro y un manto babilónico, y los escondió. Todo Israel sufrió por ello y fue derrotado delante de sus enemigos. Cuando Josué averiguó la causa, el Señor dijo: "Levántate, santifica al pueblo, y di: Santificaos para mañana; porque Jehová el Dios de Israel dice así: Anatema hay en medio de ti, Israel; no podrás hacer frente a tus enemigos hasta tanto que hayáis quitado el anatema de en medio de vosotros" (Josué 7:13). Acán había pecado, y Dios lo destruyó a él y a toda su familia, con todo lo que poseían, y borró la maldición de Israel.
Vi que el Israel de Dios debe levantarse, y renovar su fortaleza en Dios, reafirmando y cumpliendo su pacto con él. La codicia, el egoísmo, el amoral dinero y el amor al mundo compenetran todas las filas de los observadores del sábado. Estos males están destruyendo el espíritu de sacrificio entre el pueblo de Dios. Los que albergan esta codicia en su corazón no se dan cuenta de ello. Ese mal se ha apoderado de ellos imperceptiblemente, y a menos que lo desarraiguen, su destrucción será tan segura como la de Acán. Muchos han quitado su sacrificio del altar de Dios. Aman al mundo, desean sus ganancias, y a menos que se produzca en ellos un cambio completo, perecerán con el mundo. Dios les ha prestado recursos; éstos no son propios, pues Dios ha hecho a los hombres mayordomos suyos. Pero debido a esto, los llaman propios y los atesoran. Pero ¡oh, cuán prestamente les es arrebatado todo en un momento cuando la mano prosperadora de Dios se aparta (133) de ellos! Se deben hacer sacrificios para Dios; hay que negarse al yo por amor a la verdad. ¡Oh, cuán débil y frágil es el hombre! ¡Cuán débil su brazo! Vi que pronto la altivez del hombre será abatida, y humillado su orgullo. Reyes y nobles, ricos y pobres, todos por igual serán postrados y caerán sobre ellos las plagas agostadoras de Dios.

NUMERO TRES: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA.-
"SE CELOSO Y ARREPIENTETE".-

Estimados hermanos y hermanas: El Señor me ha mostrado en visión algunas cosas concernientes a la tibieza actual de la iglesia, las cuales os relataré. La iglesia me fue presentada en visión. Dijo el ángel a la iglesia: "Jesús te habla: 'Sé celoso y arrepiéntete" (Apoc. 3:19). Vi que esta obra ha de ser emprendida con fervor. Hay algo de qué arrepentirse. La mentalidad mundanal, el egoísmo y la codicia han estado carcomiendo la espiritualidad y la vida del pueblo de Dios.
El peligro que han recorrido los hijos de Dios durante los últimos años ha sido el amor al mundo. De éste han nacido los pecados del egoísmo y de la codicia. Cuanto más obtienen de este mundo, tanto más fijan sus afectos en él; y tanto más procuran obtener. Dijo el ángel: "Es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para el rico entrar en el reino de Dios". Sin embargo, muchos de los que profesan creer que poseemos la última nota de amonestación para el mundo, están esforzándose con toda su energía para colocarse en la situación en la cual es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para ellos entrar en el reino.
Estos tesoros terrenales son bendiciones cuando se usan debidamente. Los que los poseen deben comprender que Dios se los ha prestado y deben gastar gozosamente sus recursos para hacer progresar su causa. No perderán su recompensa aquí. Serán considerados bondadosamente por los ángeles de Dios y se harán también un tesoro en el cielo.
Vi que Satanás observa el temperamento peculiar egoísta y codicioso de algunos que profesan creer la

verdad, y los tentará prosperando su camino y ofreciéndoles las riquezas de la tierra. Sabe que si no vencen su temperamento natural, tropezarán y caerán al amar a Mamón y adorar su ídolo. Con frecuencia Satanás logra su objeto. El fuerte amor al mundo vence o absorbe el amor a la verdad. Les son ofrecidos los reinos del mundo, y ellos se apoderan ávidamente de sus tesoros, y piensan que son admirablemente prosperados. Satanás triunfa (135) porque su plan ha tenido éxito. Ellos han abandonado el amor de Dios por el amor del mundo.

Vi que aquellos que son así prosperados pueden estorbar el designio de Satanás si deciden vencer su codicia egoísta poniendo todas sus posesiones sobre el altar de Dios. Cuando ven dónde se necesitan recursos para hacer progresar la causa de Dios y ayudar a la viuda y a los huérfanos y afligidos, deben dar alegremente, y así hacerse tesoros en el cielo.

Oíd el consejo del Testigo fiel: Comprad oro afinado en el fuego, a fin de que seáis ricos, ropas blancas para que estéis vestidos, y colirio a fin de que veáis. Haced algún esfuerzo. Estos tesoros preciosos no descenderán sobre nosotros sin esfuerzo alguno de nuestra parte. Debemos comprar, ser celosos y arrepentirnos de nuestro estado de tibieza. Debemos despertarnos para ver nuestros males, buscar nuestros pecados y arrepentirnos fervorosamente de ellos.

Vi que los hermanos acaudalados deben apartarse de estos tesoros terrenales, y vencer su amor al mundo. Muchos de ellos aman a este mundo y sus tesoros, pero no quieren darse por enterados. Deben ser celosos y arrepentirse de su codicia egoísta, a fin de que el amor de la verdad pueda absorber todo lo demás. Vi que muchos de los que poseen riquezas no comprarán el oro, ni las vestiduras blancas ni el colirio. Su celo no se caracteriza por una intensidad ni fervor proporcionales al valor del objeto que están buscando.

Vi a estos hombres mientras luchaban por los bienes terrenales. ¡Qué celo manifestaban, qué fervor, qué energía para obtener un tesoro terrenal que ha de pasar pronto! ¡Qué fríos cálculos hacían! Trazaban planes, se afanaban constantemente, y sacrificaban sus comodidades por el tesoro terrenal. Un celo parecido de su parte por obtener el oro, la vestidura blanca y el colirio los pondría en posesión de estos tesoros inestimables y de la vida eterna en el reino de Dios. Vi que si hay quienes necesitan colirio, son los que poseen bienes terrenales. Muchos de ellos están ciegos en cuanto a su propio estado y a su firme apego a este mundo. ¡Ojala que viesen!

"He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a él, y cenaré con él y él conmigo" (Apoc. 3:20). Vi que muchos tienen tanta escoria acumulada ante la puerta del corazón que no pueden abrirla. Algunos tienen que eliminar las dificultades que tienen con sus hermanos. Otros tienen que eliminar el mal genio o la codicia antes que puedan abrirla puerta. Otros colocan (136) el mundo delante de la puerta de su corazón, y así la cierran. Toda esta escoria tiene que ser quitada. Entonces podrán abrirla puerta y dar la bienvenida al Salvador.

En la visión me fue mostrado cuán preciosa es la promesa: "Entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo". ¡Oh, qué admirable es el amor de Dios! A pesar de toda nuestra tibieza y nuestros pecados nos dice: "Tomaos a mí y yo me tomaré a vosotros, y sanaré todas vuestras rebeliones". El ángel lo repitió unas cuantas veces: "Tomaos a mí y yo me tomaré a vosotros, y sanaré todas vuestras rebeliones".

Vi que algunos volverán gozosamente. En cambio otros no permitirán que este mensaje dado a la iglesia de Laodicea ejerza influencia sobre ellos. Seguirán actuando más o menos como antes, y la boca del Señor los vomitará. Únicamente aquellos que se arrepientan celosamente recibirán el favor de Dios.

"Al que venciere, yo le daré que se siente conmigo en mi trono; así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono" (Apoc. 3:21). Podemos vencer plenamente y por completo. Jesús murió para hacemos un camino de salida, a fin de que pudiésemos vencer todo mal genio, todo pecado, toda tentación y sentarnos al fin con él.

Es nuestro privilegio tener fe y salvación. El poder de Dios no ha disminuido. Vi que su poder nos sería concedido tan libremente como antes. La iglesia de Dios es la que ha perdido su fe para pedir su

energía para luchar y clamar como Jacob: %o te dejaré, si no me bendices" (Gén. 32:26). La fe perseverante se ha ido muriendo. Debe revivir en el corazón de los hijos de Dios. Se debe solicitar la bendición de Dios. La fe, la fe viva nos eleva siempre hacia Dios y la gloria; la incredulidad nos arrastra hacia abajo, las tinieblas y la muerte.

Vi que la mente de algunos miembros de la iglesia no ha funcionado correctamente. Algunos, de temperamento peculiar, se han valido de sus propias nociones para medir a sus hermanos. Si algunos no estaban completamente de acuerdo con ellos, en seguida se producían dificultades en el campamento. Algunos han colado el mosquito y tragado el camello.

Estos preconceptos han sido tolerados demasiado tiempo. Se ha efectuado una búsqueda en un pajar. Y cuando no surgieron verdaderas dificultades en la iglesia, se fabricaron pruebas. La mente de la iglesia y de los siervos del Señor queda desviada de Dios, la verdad y el cielo, para espaciarse en las tinieblas. Satanás se deleita en que continúen haciéndose tales cosas, pues eso lo satisface. Pero ninguna (137) de estas pruebas es de las que han de purificar a la iglesia, ni aumentarán al fin la fuerza del pueblo de Dios.

Vi que algunos se están marchitando espiritualmente. Han vivido durante algún tiempo velando para mantener a sus hermanos en el camino recto, observando todo defecto para crearles dificultades. Y mientras hacían esto, su mente no se aferraba a Dios ni al cielo ni a la verdad, sino precisamente donde Satanás quiere que se aferre: a alguna otra persona. Los tales han descuidado sus almas; rara vez advierten sus propios defectos, porque han tenido bastante que hacer para observar los defectos ajenos. Ni siquiera analizan sus propias almas ni escudriñan su propio corazón. Les llama la atención el vestido de una persona, su sombrero o su delantal. Deben hablara éste o aquél, y esto basta para ocuparlos durante semanas. Vi que toda la religión de algunas pobres almas consiste en observar la vestimenta y las acciones de los demás, y censurarlas. A menos que se reformen no habrá lugar para ellas en el cielo, porque hasta criticarán al Señor mismo.

Dijo el ángel: "Estar en paz con Dios es una obra individual". Se efectúa entre Dios y nuestra propia alma. Pero cuando las personas se preocupan tanto por los defectos ajenos, no se cuidan de sí mismas. Estas personas llenas de preconceptos y de tendencias a la censura se curarían probablemente de su hábito si trataran directamente con el prójimo a quien consideran equivocado. Esto les resultaría tan difícil que renunciarían a sus opiniones antes que hacerlo. Pero es fácil hablar con libertad de esta o aquella persona, cuando el acusado no está presente.

Algunos piensan que es malo procurar observar orden en el culto de Dios. Pero he visto que tal cosa no es peligrosa. He visto que la confusión desagrada al Señor, y que debe haber orden en la oración y también en el canto. No debemos ir a la casa de Dios a orar por nuestras familias, a menos que nos induzca a ello un profundo sentimiento, mientras el Espíritu de Dios las está convenciendo. Generalmente, el momento apropiado para orar por nuestras familias es el culto de familia. Cuando las personas objeto de nuestras oraciones están lejos, la cámara secreta es el lugar apropiado donde se puede interceder ante Dios en su favor. Cuando estamos en la casa de Dios, debemos pedir por una bendición para ese momento y esperar que Dios oirá y contestará nuestras oraciones. Estas reuniones serán interesantes y llenas de vida.

Vi que todos deben cantar con el espíritu, y también con el (138) entendimiento. A Dios no le agrada la confusión de voces y la discordia. Siempre le agrada más lo correcto que lo erróneo. Y cuanto más correcto y armonioso sea el canto del pueblo de Dios, tanto más glorificado será el Señor, beneficiada la iglesia y afectados favorablemente los incrédulos.

Se me ha mostrado el orden perfecto del cielo, y he quedado arrobada al escuchar la música perfecta que se oye allí. Después de salir de la visión, el canto terrenal me pareció muy áspero y discordante. He visto compañías de ángeles dispuestos en cuadros, cada uno con un arpa de oro. En el extremo del arpa había un dispositivo para dar vuelta, acomodar el arpa o cambiar la melodía. Sus dedos no recorrían descuidadamente las cuerdas, sino que pulsaban distintas cuerdas para producir diferentes sonidos. Hay

un ángel que siempre guía, que toca primero el arpa y da el tono; luego todos se unen para producir la armoniosa y perfecta música del cielo. Es indescriptible esa melodía celestial y divina, que vibra mientras todo rostro refleja la imagen de Jesús, cuya gloria resplandece con brillo inefable.

EL ESTE Y EL OESTE.-

Queridos hermanos: El Señor me ha mostrado en visión algunas cosas concernientes al este y al oeste del país, que creo que es mi deber presentarles. Vi que Dios ha estado abriendo el camino para la difusión de la verdad presente en el oeste. Se requiere mucho más poder para mover a la acción a la gente en el este que en el oeste, y en el presente se puede lleva a cabo muy poco en el este. En este momento se deben efectuar esfuerzos especiales en los lugares donde se pueda hacer mayor bien.

La gente en el este ha escuchado la proclamación de la segunda venida de Cristo y ha visto un gran despliegue del poder de Dios, pero han vuelto a su estado de indiferencia y seguridad en el que resulta casi imposible alcanzarlos en la actualidad. Después de haber efectuado esfuerzos no comunes en el este, utilizando a las personas mejor dotadas, se ha logrado muy poco.

Vi que la gente del oeste puede ser movida a la acción con más facilidad que la del este. No han tenido la luz de la verdad, y no la han rechazado, y sus corazones son más tiernos y susceptibles a la verdad y el Espíritu de Dios. Los corazones de muchos en el oeste están (139) preparados para recibir ansiosamente la verdad; y cuando los siervos de Dios vayan a trabajar por la salvación de las preciosas almas, encontrarán que hay mucho que los animará en su arduo trabajo. A medida que la gente se muestre ansiosa de escuchar y muchos abracen la verdad, el don que Dios ha dado a sus siervos se pondrá de manifiesto y será fortalecido. Los obreros verán sus esfuerzos coronados por el éxito.

Vi que en el oeste se había logrado diez veces más que en el este con el mismo esfuerzo, y que el camino se está abriendo para lograr éxitos aún mayores. Vi que en la actualidad se puede hacer mucho en Wisconsin, y todavía en Illinois, y que deben efectuarse esfuerzos por esparcir la verdad en Minnesota y en Iowa. La verdad prenderá en muchos corazones en esos lugares. Vi en visión un vasto campo de labor que se extendía delante de mí, en el cual todavía no se ha entrado; pero no hay suficiente ayuda abnegada para llenar la mitad de los lugares donde la gente está lista para escuchar la verdad, y muchos para recibirla.

Hay que visitar nuevos campos de labor, completamente nuevos; muchos tendrán que salir a trabajar por cuenta propia a fin de entrar en esos campos aunque tengan que pagar sus propios gastos. Vi que aquí existe una buena oportunidad para los mayordomos del Señor de hacer su parte y apoyara los que llevan la verdad a esos lugares. Debiera ser un gran privilegio para estos mayordomos devolverle a Dios lo que le pertenece. Al hacerlo, cumplirán un deber bíblico y se librarán de una parte de su tesoro terrenal, que ahora constituye una carga para muchos que tienen abundancia. Eso también añadirá a su tesoro en el cielo.

Vi que la carpa que tenemos en el este no debiera llevarse una vez tras otra al mismo lugar. Si fuera necesario, los que acompañan la carpa debieran trabajar por su propia cuenta; debieran levantarla carpa en lugares donde no se ha presentado la verdad, y una vez que se la haya levantado, debiera contar con abundantes obreros.

Vi que había sido un fracaso ir a los mismos lugares año tras año, llevando a personas que tienen exactamente los mismos dones. Si fuera posible, debiera asegurarse el servicio de las personas con los dones más aceptables. Sería mejor y se lograría un mayor bien si hubiera menos reuniones en carpa y un grupo de obreros más fuertes y con diferentes dones para trabajar. Entonces podría permanecerse durante más tiempo en un lugar en el que se despierte el interés. Se ha (140) actuado con demasiado apresuramiento al desarmar la carpa. Algunas personas comienzan a impresionarse favorablemente, por lo que existe la necesidad de perseverar en los esfuerzos hasta que sus mentes se orienten y ellos se decidan por la verdad. En muchos lugares donde se ha levantado la carpa, los pastores se quedan hasta que el prejuicio comienza a desaparecer, lo que permite a algunos a escuchar con mentes

desprejuiciadas; pero justamente en ese momento se desarma la carpa y se envía a otro lugar. Así se gasta tiempo y dinero, y los siervos de Dios ven muy pocos resultados durante el período en el que se predica el Evangelio en carpas. Pero pocas personas son llevadas a reconocer la verdad, y los siervos de Dios, habiendo visto muy poco que los anime y los estimule, y ponga de manifiesto el don que existe en ellos, pierden en lugar de ganaren fortaleza, espiritualidad y poder.

Vi que en el oeste debieran realizarse esfuerzos especiales en carpas; porque los ángeles de Dios están preparando las mentes en ese lugar para recibir la verdad. Por eso es que Dios ha instado a algunos en el este a trasladarse al oeste. Sus dones pueden lograr más en el oeste que en el este. El trabajo principal de la obrase encuentra en el oeste, y es de la mayor importancia que los siervos de Dios avancen para aprovechar la providencia que él les presenta.

Vi que cuando el mensaje aumente notablemente en poder, entonces la providencia de Dios abrirá y preparará el camino en el este para que se cumpla mucho más de lo que se ha logrado en este momento. Entonces Dios enviará a sus siervos con poder para visitar lugares donde muy poco o nada se puede hacer ahora, y algunos que ahora son indiferentes serán estimulados y aceptarán la verdad.[9]

Vi que Dios ha dado una advertencia a los que se han trasladado del este al oeste. Les ha mostrado su deber y les ha hecho ver que no debe ser su objetivo hacerse ricos, sino obrar para el bien de las almas, vivir su fe y decir a la gente que este mundo no es su lugar.

La advertencia era suficiente si se la hubiera obedecido; pero muchos no se preocuparon de considerar lo que Dios les había mostrado. Se lanzaron hacia adelante y se embriagaron con el espíritu del mundo. "Mirad hacia atrás —dijo el ángel—, y considerad todo lo que Dios ha mostrado concerniente a los que se trasladan del este al oeste". ¿Lo han obedecido? Vi que habéis actuado completamente en contra de las enseñanzas de Dios, habéis adquirido mucho, y en lugar (141) de que vuestras obras digan a los que están a vuestro alrededor que buscáis una patria mejor, han declarado llanamente que vuestro hogar y vuestro tesoro están aquí. Vuestras obras han negado vuestra fe.

Pero eso no es todo. Falta el amor que debiera existir entre los hermanos. "¿Soy yo guarda de mi hermano?" Es lo que algunos han dicho. En los corazones de los hermanos ha habido un espíritu de egoísmo y codicia. En lugar de buscar los intereses de los hermanos y en lugar de ocuparse de ellos, han mostrado manifiestamente un espíritu cerrado y egoísta que Dios desprecia. Los que hacen una profesión tan elevada y se cuentan entre el pueblo peculiar de Dios, diciendo por su profesión que son celosos de buenas obras, debieran ser nobles y generosos, y debieran manifestar siempre una disposición a favorecer a sus hermanos en lugar de sí mismos, y debieran dar a sus hermanos la mejor oportunidad. La generosidad genera generosidad. El egoísmo engendra egoísmo.

Vi que desde el verano pasado ha predominado la actitud de apoderarse de tanto de este mundo como sea posible. No se han guardado los mandamientos de Dios. Servimos a la ley de Dios con la mente, pero las mentes de muchos han estado sirviendo al mundo. Y mientras sus mentes estaban completamente ocupadas con las cosas terrenas y sirviéndose a sí mismos, no podían servir a la ley de Dios. No se ha guardado el sábado. En el caso de algunos, el trabajo de seis días se ha prolongado hasta el séptimo. Con frecuencia se ha tomado una hora y aún más, al comienzo y al final del sábado.

Algunos de los observadores del sábado que dicen al mundo que están esperando la venida de Jesús, y que creen que tenemos el último mensaje de misericordia, ceden a sus sentimientos naturales y compran y venden, y su habilidad comercial es proverbial entre los incrédulos, ya que son muy despiertos y siempre obtienen la mejor parte en un negocio. Sería mejor que esas personas perdieran un poquito y ejercieran una mejor influencia en el mundo, y una influencia más feliz entre los hermanos, mostrando así que este mundo no es su dios.

Vi que los hermanos debieran interesarse los unos por los otros. Especialmente los que han sido

---

[9] El resto de este artículo es de una visión recibida en Round Grove, Illinois, el 9 de Diciembre de 1856.

bendecidos con riquezas debieran tener una gran consideración y cuidado por los que no tienen buena salud. Debieran recordarla lección enseñada por Jesús con la parábola del buen samaritano.
Jesús dijo: "Que os améis unos a otros, como yo os he amado" (Juan 15:12). ¿Cuánto? Es imposible medir su amor. El dejó la gloria (142) que tenía junto al Padre antes de la creación del mundo. "Más él herido fue por nuestras rebeliones. Y molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados" (Isa. 53:5). El soportó pacientemente todas la indignidades y el escarnio. ¡Contemplad su agonía en el huerto, cuando oró que la copa pasara de él! ¡Contemplad sus sufrimientos en el Calvario! Y todo esto por el hombre culpable y perdido. Jesús dice: "Que os améis unos a otros; como yo os he amado". ¿Cuánto? Bien, lo que sea suficiente para induciros a dar vuestra vida por un hermano. ¿Pero hemos llegado al punto en que el yo debe ser gratificado y descuidada la palabra de Dios? El mundo es su Dios. Le sirven, lo aman y el amor de Dios ha desaparecido. Si amáis al mundo, el amor del Padre no está en vosotros.
La palabra de Dios ha sido descuidada. En ella se encuentran las advertencias para el pueblo de Dios que señalan los peligros que lo amenazan. Pero han tenido tantas preocupaciones y perplejidades que difícilmente dejan tiempo para orar. Ha existido un formalismo vacío pero sin el poder. Jesús oraba, ¡y cuán fervientes eran sus oraciones! ¡Y eso que él era el Hijo amado de Dios!
Si Jesús manifestó tanta intensidad, tanta energía y agonía, cuánta mayor necesidad existe que los que él ha llamado a ser herederos de la salvación dependan de Dios para recibir toda la fortaleza que necesitan, tengan toda el alma dispuesta a luchar con Dios diciendo: "No te dejaré, si no me bendices" (Gén. 32:26). Pero vi que los corazones estaban recargados con los cuidados de esta vida, y que Dios y su Palabra han sido descuidados.
Vi que era más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja que un rico entrara en el reino. "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el hollín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el hollín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón" (Mat. 6:19).
Vi que cuando se presenta la verdad debiera hacerse con el poder del Espíritu. Llevad a la gente al punto en que deban realizar una decisión. Mostradles la importancia de la verdad, que es de vida o muerte. Sacad las almas del fuego con celo y dignidad. ¡Pero qué influencia desalentadora han ejercido muchos que profesan esperar a su Señor y que sin embargo poseen grandes y atractivas parcelas de terreno! Las granjas han predicado en voz alta, sí, en voz mucho más (143) alta que las palabras, diciendo que este mundo es su hogar. Postergan el día malo. Reinan la paz y la seguridad. ¡Oh, qué influencia más dañina! Dios detesta esa preocupación por el mundo. "Apartaos, apartaos", fueron las palabras del ángel.
Se me mostró que todos debieran preocuparse de dar gloria a Dios. Los que tienen posesiones han estado demasiado dispuestos a excusarse por causa de su esposa y sus hijos. Pero vi que no se puede tratar livianamente con Dios. Cuando él habla, debe ser obedecido. Si la esposa o los hijos se encuentran en el camino e impiden que se haga la obra, ellos debieran decir como Jesús le dijo a Pedro: "¡Quítate de delante de mí, Satanás!" (Mat. 16:23). ¿Por qué me tentáis a retener de Dios lo que a él le pertenece con justicia, y arruinar mi propia alma? Preocupaos de la gloria de Dios.
Vi que muchos tienen que aprender en qué consiste ser cristiano, ya que no se trata de serlo de nombre; en cambio significa tener la mente de Cristo, sometiendo la voluntad a Dios en todas las cosas. Especialmente los jóvenes tienen una gran obra que hacer, porque no han conocido lo que son privaciones o dificultades, y tienen una voluntad predeterminada, y no someten esa voluntad a la gloria de Dios. Todo funciona muy bien hasta que se contraría su voluntad, y entonces pierden el control sobre sí mismos. No toman en cuenta la voluntad de Dios. No se preocupan de la mejor manera de glorificar a Dios, o de adelantar su causa, o de hacer bien a los demás. Su única preocupación consiste en el yo, y en cómo gratificarlo. Esa religión carece de valor. Los que la poseen serán pesados y hallados faltos.

El verdadero cristiano se deleitará en esperar y vigilar para recibir las enseñanzas de Dios y la conducción de su Espíritu. Pero en caso de muchos, la religión no es nada más que una práctica formal. Falta la piedad vital. Muchos se atreven a decir: haré esto o aquello, o bien no haré esto; y difícilmente sienten temor de ofender a Dios. Los que actúan en esta forma, se me mostró, no podrán entrar en el cielo tales como son. Pueden complacerse a sí mismos pensando en que serán salvados, pero Dios no se complace en ellos. Sus vidas no le agradan. Sus oraciones son una ofensa para él.
Cristo ahora les dice: "Sé, pues, celoso, y arrepiéntete" (Apoc. 3:19). Los amonesta bondadosa y fielmente a que compren oro, vestidos blancos y colirio. Pueden elegir ser celosos y participar abundantemente de la salvación o bien ser vomitados con disgusto de la boca del Señor, y ser lanzados lejos de él. Dios no los soportará (144) para siempre. Manifiesta una tierna piedad, y sin embargo su Espíritu puede ser contristado por última vez. La dulce voz de la misericordia no volverá a oírse. Sus últimos preciosos sones habrán desaparecido a la distancia, y los rebeldes a los que nos hemos referido quedarán abandonados a su propia conducta y serán llenos de sus propias obras.
Vi que los que profesan estar esperando la venida del Señor no debieran tener un espíritu mezquino ni tacaño. Algunos de los que han sido llamados a hablar de la verdad y atender a las almas como quienes tendrán que dar cuenta, han malgastado mucho tiempo precioso para salvara unos pocos, cuando su tiempo valía mucho más de lo que han ganado. Esto desagrada a Dios. Es verdad que es necesario economizar, pero algunos han extendido la economía hasta convertirla en mezquindad sin otro propósito que añadir a sus tesoros, los que dentro de poco les comerán la carne como fuego, a menos que como mayordomos fieles dispongan correctamente de los bienes de su Señor. (145)

NUMERO CUATRO: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA.-
LOS JOVENES OBSERVADORES DEL SABADO.-

El 22 de Agosto de 1857, en la casa de oración de Monterrey, Estado de Michigan, se me mostró que muchos no han oído todavía la voz de Jesús, ni se ha posesionado de su alma el mensaje salvador para realizar una reforma en su vida. Muchos de los jóvenes no abrigan el espíritu de Jesús. El amor de Dios no mora en su corazón, y por lo tanto, todas las tendencias naturales que los asedian obtienen la victoria, en lugar del Espíritu de Dios y la salvación.
Los que poseen realmente la religión de Jesús no se avergonzarán ni temerán llevar la cruz ante aquellos que tienen más experiencia que ellos. Desearán toda la ayuda que puedan obtener de los cristianos de más edad, si anhelan con fervor obrar con rectitud. Aquellos les ayudarán gustosamente; las bagatelas no estorbarán en la carrera cristiana a los de corazón enternecido por el amor de Dios. Hablarán de lo que el Espíritu de Dios obra en ellos. Lo expresarán con canto y oración. Es la falta de religión, la falta de una vida santificada, lo que hace retroceder a los jóvenes. Su vida los condena. Ellos saben que no viven como debieran vivir los cristianos; por lo tanto, no tienen confianza ante Dios, ni ante la iglesia.
Cuando los jóvenes sienten más libertad al estar ausentes los mayores, es porque están con los de su clase. Cada uno piensa que es tan bueno como el otro. Todos quedan por debajo de lo que debieran ser; pero se miden por sí mismos, se comparan entre sí y descuidan la única norma perfecta y verdadera. Jesús es el verdadero Modelo. Su vida de abnegación es nuestro estandarte.
Vi cuán poco se estudia el Modelo, cuán poco se lo ensalza delante de ellos. ¡Cuán poco sufren los jóvenes, o se niegan a sí mismos por su religión! Apenas si se piensa en el sacrificio entre ellos. No imitan al Modelo a este respecto. Vi que el lenguaje de su vida es: el yo debe ser complacido, el orgullo debe ser satisfecho. Se olvidan del Varón de dolores, que conoció el pesar. Los sufrimientos de Jesús en el Getsemaní, su sudor como de grandes gotas de sangre en el huerto, la apretada corona de espinas que hirió su sagrada (146) frente, no los conmueven. Se han encallecido. Sus sensibilidades están embotadas, y han perdido toda noción del gran sacrificio hecho por ellos. Pueden quedar sentados escuchando la historia de la cruz, y oyendo cómo los crueles clavos traspasaron las manos y los pies del

Hijo de Dios sin conmoverse hasta lo más profundo del alma.
Dijo el ángel: "Si los tales fueran introducidos en la ciudad de Dios, y se les dijera que toda su rica belleza y gloria serán para que las disfruten eternamente, no se darían cuenta de cuán elevado precio se pagó por esta herencia que se les destina. Nunca comprenderán las inconmensurables profundidades del amor del Salvador. No han bebido de su copa ni han sido bautizados con su bautismo. El cielo se mancillaría si los tales moraran allí. Únicamente aquellos que han participado de los sufrimientos del Hijo de Dios y han subido de la gran tribulación y lavado sus vestiduras y las han emblanquecido en la sangre del Cordero, pueden disfrutar de la gloria indescriptible y la belleza insuperable del cielo".
La falta de esta preparación necesaria excluirá a la mayor parte de los jóvenes que profesan el cristianismo; porque éstos no trabajan con bastante fervor y celo para obtener el reposo que queda para el pueblo de Dios. No quieren confesar sinceramente sus pecados, para que les sean perdonados y borrados. Estos pecados se revelarán dentro de poco en toda su enormidad. El ojo de Dios no dormita. Conoce todo pecado oculto ante el ojo mortal. Los culpables saben exactamente qué pecados han de confesar para que sus almas queden limpias delante de Dios. Jesús les está dando ahora oportunidad de confesarlos, y arrepentirse con profunda humildad y purificar su vida obedeciendo a la verdad y viviendo de acuerdo con ella. Ahora es el momento de corregir los males y de confesar los pecados, o aparecerán delante del pecador en el día de la ira de Dios.
Los padres confían generalmente demasiado en sus hijos; y sucede con frecuencia que, cuando los padres confían en ellos, estos hijos están sumidos en iniquidad oculta. Padres, velad sobre vuestros hijos con cuidado celoso. Exhortadlos, reprendedlos, aconsejadlos cuando os levantáis y cuando os sentáis; cuando salís y cuando entráis; "mandamiento tras mandamiento,... línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá" (Isa. 28:10). Subyugad a vuestros hijos cuando son jóvenes. Muchos padres descuidan esto lamentablemente. (147) No asumen una actitud tan firme y decidida como debieran asumirla con respecto a sus hijos. Les permiten ser como el mundo, amar la ostentación de la vestimenta y asociarse con los de influencia venenosa porque odian la verdad. Al obrar así, estimulan en sus hijos una disposición mundanal.
Vi que debe ser siempre un principio fijo para los padres cristianos mantenerse unidos en el gobierno de sus hijos. Algunos padres fallan al respecto; les falta unión. El defecto se advierte a veces en el padre, pero con más frecuencia en la madre. La madre cariñosa mima a sus hijos. El trabajo del padre le obliga a menudo a ausentarse de la casa y de la sociedad de sus hijos. La influencia de la madre se hace sentir. Su ejemplo contribuye mucho a formar el carácter de los hijos.
Algunas madres cariñosas les permiten a sus hijos costumbres que no debieran ser toleradas por un momento. A veces se le ocultan al padre las faltas de los hijos. La madre concede ciertas prendas de vestir o algunas otras complacencias, con el entendimiento de que el padre no sabrá nada de ello; porque él reprendería tales cosas.
Con esto se les enseña eficazmente a los niños una lección de engaño. Luego, si el padre descubre estas faltas, se presentan excusas, pero se dicen medias verdades. La madre no es franca. No considera debidamente que el padre tiene el mismo interés que ella en los hijos, y que no debiera dejarle ignorar los males o debilidades que se les debiera corregir mientras son jóvenes. Se ocultan las cosas. Los hijos conocen la falta de unión que hay entre los padres, y ello tiene su efecto. Los hijos empiezan desde muy jóvenes a engañar y a encubrir tanto a su padre como a su madre las cosas y presentarlas con matices muy diferentes de los verdaderos. La exageración se vuelve un hábito, y se llega a contar mentiras abiertas con pocos remordimientos de conciencia.
Estos males se iniciaron cuando la madre ocultó las cosas al padre, que tiene igual interés que ella en el desarrollo del carácter de sus hijos. El padre debiera haber sido consultado libremente. Debiera habérsele revelado todo. Pero la conducta opuesta, seguida para ocultar los yerros de los hijos, estimula en ellos una disposición a engañar y falta de veracidad y sinceridad.
La única esperanza de estos hijos, sea que profesen la religión o no, consiste en que sean cabalmente

convertidos. Todo su carácter (148) debe cambiar. Madre irreflexiva, ¿piensa usted, mientras enseña a sus hijos, en que toda la experiencia religiosa de éstos queda afectada por lo que se les enseña cuando son jóvenes? Subyúguelos cuando jóvenes; enséñeles a someterse a usted, y tanto más fácilmente aprenderán a obedecer a los requerimientos de Dios. Estimule en ellos una disposición veraz y sincera. No les dé nunca ocasión de dudar de su sinceridad y estricta veracidad.

Vi que los jóvenes profesan creer en el poder salvador de Dios, pero no gozan de él. Carecen de religión, carecen de la salvación. Y, ¡cuántas palabras sin provecho pronuncian! Se lleva un registro fiel de ellas, pues los mortales serán juzgados de acuerdo con los actos cometidos por el cuerpo. Jóvenes amigos, vuestras acciones y vuestras palabras ociosas quedan escritas en el Libro. Vuestra conversación no ha versado sobre cosas eternas, sino sobre este, aquel o el otro asunto común y mundano, al que no debieran dedicarse los cristianos. Todo queda escrito en el Libro.

Vi que a menos que se manifieste en los jóvenes un cambio completo y una conversión cabal, pueden desesperar de alcanzar el cielo. Por lo que me ha sido mostrado, no están verdaderamente convertidos ni siquiera la mitad de los jóvenes que profesan la religión y la verdad. Si hubiesen estado convertidos, darían frutos para la gloria de Dios. Muchos se apoyan en una esperanza supuesta, sin verdadero fundamento. La fuente no ha sido limpiada; por lo tanto los raudales que proceden de ella no son puros. Limpiad la fuente y los raudales serán puros. Si el corazón está bien, vuestras palabras, vuestra indumentaria, vuestros hechos también lo estarán. Falta la verdadera piedad. No quisiera deshonrar a mi Maestro admitiendo siquiera que es cristiana una persona negligente, trivial y que no ora. No; el cristiano obtiene la victoria sobre los pecados que lo asedian y sobre sus pasiones. Hay un remedio para el alma enferma de pecado. Ese remedio está en Jesús. ¡Precioso Salvador! Su gracia basta para los más débiles; y los más fuertes deben recibir también su gracia o perecer.

Vi cómo se puede obtener esta gracia. Id a vuestra recámara, y allí a solas, suplicad a Dios; "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio; y renueva un espíritu recto dentro de mí" (Salmo 51:10). Tened fervor y sinceridad. La oración ferviente es muy eficaz. Como Jacob, luchad en oración. Agonizad. En el huerto Jesús sudó grandes gotas de sangre; pero habéis de hacer un esfuerzo. No abandonéis vuestra (149) recámara hasta que os sintáis fuertes en Dios; luego velad y mientras veléis y oréis, podréis dominar los pecados que os asedian, y la gracia de Dios podrá manifestarse en vosotros; y lo hará.

No permita Dios que yo deje de amonestaron. Jóvenes amigos, buscad al Señor de todo corazón. Acudid a él con celo, y cuando sintáis sinceramente que sin la ayuda de Dios habríais de perecer, cuando le anheléis a él como el ciervo anhela las corrientes de agua, entonces el Señor os fortalecerá prestamente. Entonces vuestra paz sobrepujará todo entendimiento. Si esperáis la salvación, debéis orar. Tomad tiempo para ello. No os apresuréis ni seáis negligentes en vuestras oraciones. Rogad a Dios que obre en vosotros una reforma cabal, para que los frutos de su Espíritu moren en vosotros y permanezcáis como luminarias en el mundo. No seáis un estorbo ni una maldición para la causa de Dios; podéis ser una bendición. ¿Os dice Satanás que podéis disfrutar de una salvación plena y gratuita? No le creáis.

Vi que es privilegio de todo cristiano gozar de las profundas emociones del Espíritu de Dios. Una paz dulce y celestial invadirá la mente y os deleitaréis en meditar en Dios y en el cielo. Os regocijarán las gloriosas promesas de su Palabra. Pero sabed primero que habéis iniciado la carrera cristiana. Sabed que habéis dado los primeros pasos en el camino de la vida eterna. No os engañéis. Sé que muchos de vosotros no sabéis lo que es la religión. Habéis sentido cierta excitación, cierta emoción, pero nunca habéis reconocido la enormidad del pecado. Nunca habéis sentido que estabais perdidos, ni os habéis apartado de vuestros malos caminos con amargo pesar. Nunca habéis muerto al mundo.

Amáis todavía sus placeres; os deleita conversar de asuntos mundanales. Pero, cuando se introduce la verdad de Dios no tenéis nada que decir. ¿Por qué calláis así? ¿Por qué habláis tanto de cosas mundanales, y guardáis silencio sobre el tema que más os concierne, un tema que debiera embargar toda vuestra alma? La verdad de Dios no mora en vosotros.

Vi que muchos hacen una admirable profesión de fe, mientras que su interior está corrompido. No os engañéis los que profesáis así la religión con corazón falso. Dios mira al corazón. "De la abundancia del corazón habla la boca" (Mat. 12:34). Vi que el mundo está en el corazón de los tales, pero no la religión de Jesús. Si los que profesan ser cristianos aman más a Jesús que al mundo, (150) se deleitarán al hablar de él como de su mejor amigo, en quien concentran los más caros afectos. El acudió en su auxilio cuando ellos se sintieron perdidos y a punto de perecer. Cuando estaban cansados y agobiados por el pecado, se volvieron hacia él. El quitó su carga de la culpabilidad del pecado, quitó su pesar y aflicción, y desvió toda corriente de sus afectos. Aborrecen ahora las cosas que una vez amaron, y aman las cosas que aborrecían.

¿Se ha realizado este gran cambio en nosotros? No os engañéis. Por mi parte, no tomaría el nombre de Cristo, sin darle todo mi corazón, mis afectos indivisos. Debemos sentir la más profunda gratitud por el hecho de que Jesús acepta esta ofrenda. El lo exige todo. Cuando somos inducidos a ceder a sus requerimientos, y a renunciar a todo, sólo entonces, y no antes, nos circuye con sus brazos de misericordia. Pero, ¿qué damos cuando se lo damos todo? Un alma contaminada de pecado para que Jesús la purifique, la limpie por su misericordia y la salve de la muerte por su amor sin par. Y sin embargo, vi que algunos piensan que es demasiado difícil entregarlo todo. Me avergüenza oír hablar de esto, me avergüenza escribirlo.

¿Habláis de abnegación? ¿Qué dio Cristo por nosotros? Cuando os parece duro que Cristo lo requiera todo, id al Calvario, y llorad por haber pensado así. ¡Contemplad las manos y los pies de nuestro Libertador desgarrados por los crueles clavos, a fin de que fuésemos lavados del pecado con su propia sangre!

Los que sienten el amor compelente de Dios no preguntan cuán poco pueden dar a fin de obtener la recompensa celestial; no preguntan cuál es la norma más baja, sino que buscan una perfecta conformidad con la voluntad de su Redentor. Con ferviente deseo entregan todo, y manifiestan un celo proporcional al valor del objeto que buscan. ¿Cuál es ese objetivo? La inmortalidad, la vida eterna.

Amigos jóvenes, muchos de vosotros estáis lamentablemente engañados. Os habéis satisfecho con algo que es menos que la religión pura e inmaculada. Quiero despertaros. Los ángeles de Dios procuran despertaros. ¡Ojala que las verdades importantes de la Palabra de Dios os hagan apreciar el peligro que os acecha y os induzcan a realizar un examen cabal de vosotros mismos! Vuestros corazones son todavía carnales. No están sujetos a la ley de Dios ni pueden estarlo. Estos corazones carnales deben ser cambiados y veréis entonces tanta belleza en la santidad que la anhelaréis como (151) el ciervo anhela las corrientes de las aguas. Amaréis a Dios y su ley, y el yugo de Cristo os resultará fácil y ligera su carga. Aunque sufráis pruebas, si las soportáis, ellas no harán más que embellecer el camino. La herencia inmortal es para el cristiano que se niegue a sí mismo.

Vi que el cristiano no debe dar demasiado valor a los sentimientos de felicidad ni depender demasiado de ellos. Estos sentimientos no son siempre verdaderos guías. Cada cristiano debe procurar servir a Dios por principio, y no ser regido por los sentimientos. Al hacer esto, se ejercerá la fe y ella aumentará. Me fue mostrado que si el cristiano vive en forma humilde y abnegada, tendrá como resultado paz y gozo en el Señor. Pero la mayor felicidad que se experimentará provendrá de beneficiar a otros, hacer felices a los demás. Tal felicidad será duradera.

Muchos de los jóvenes no tienen principios fijos para servir a Dios. No ejercen la fe. Se hunden bajo cada nube. No tienen poder de resistencia, ni creen en la gracia. Parecería que guardaran los mandamientos de Dios. Elevan de vez en cuando una oración formal, y se llaman cristianos. Sus padres ansían mucho verlos aceptar cualquier cosa que parezca ventajosa, pero no trabajan con ellos, ni les enseñan que la mente carnal debe morir. Los animan a adelantarse y desempeñar un papel. Pero no los inducen a escudriñar diligentemente su corazón, a examinarse y a calcular el costo de lo que significa ser cristiano. El resultado es que los jóvenes profesan ser cristianos sin probar suficientemente sus motivos.

Dice el Testigo fiel: "Ojala fueses frío o caliente. Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca" (Apoc. 3:15-16). Satanás acepta que seáis cristianos de nombre, porque así resultáis más convenientes para sus fines. Si tenéis una forma de piedad y no la verdadera, puede usaros como señuelo para atraer a otros al mismo estado de autoengaño. Algunas pobres almas os mirarán a vosotros en vez de recurrir a la norma de la Biblia; y no se elevarán más alto. Serán tan buenas como vosotros, y se quedarán satisfechas.

A los jóvenes se los insta a menudo a cumplir con su deber, a hablar u orar en las reuniones; se los insta a que mueran al orgullo. Se les insta a cada paso. Una religión tal no vale nada. Si cambia el corazón carnal, no habrá tal obra rutinaria, ni personas de corazón frío que profesen servir a Dios. Todo el amor al vestido y a las (152) apariencias habrá desaparecido. El tiempo que pasáis delante del espejo, arreglando vuestro cabello para que agrade al ojo, será dedicado a la oración y al escudriñamiento del corazón. En el corazón santificado no habrá cabida para el atavío exterior, sino una búsqueda ferviente y ansiosa del adorno interior; las gracias cristianas y los frutos del Espíritu de Dios.

Dice el apóstol: "Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios" (1 Pedro 3:3-4)

Subyugad la mente carnal, reformad la vida, y no se idolatrará el pobre cuerpo mortal. Si se reforma el corazón, ello se notará en la apariencia exterior. Si Cristo es en nosotros la esperanza de gloria, descubriremos tan incomparables encantos en él que el alma se enamorará. Se aferrará a él, elegirá amarle, y por admiración a él, será olvidado el yo. Jesús será magnificado y adorado, y el yo humillado y abatido. Pero profesar el cristianismo sin este amor profundo, es simple palabrería, árido formalismo y penosa rutina. Muchos de vosotros conserváis una noción mental de la religión, una religión exterior, aunque el corazón no ha sido purificado. Dios mira el corazón, pues "todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta" (Heb. 4:13). ¿Se quedará él satisfecho con algo menor que la verdad en el fuero íntimo? Toda alma verdaderamente convertida llevará las señales inequívocas de que la mente carnal ha sido subyugada.

Hablo claramente. No pienso que esto desanimará a un verdadero cristiano; no quiero que ninguno de vosotros llegue al tiempo de angustia sin una esperanza bien fundada en su Redentor. Resolved conocer lo peor de vuestro caso. Averiguad si tenéis una herencia en el cielo. Tratad verazmente con vuestra alma. Recordad que Jesús presentará a su Padre una iglesia sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante.

¿Cómo habéis de saber que sois aceptos a Dios? Estudiad su Palabra con oración. No la pongáis a un lado por ningún otro libro. Ella os convence de pecado. Revela claramente el camino de la salvación. Saca a luz una recompensa brillante y gloriosa. Os revela un Salvador completo y os enseña que únicamente por su misericordia ilimitada podéis esperar salvación.

No descuidéis la oración secreta, porque es el alma de la religión. (153) Con oración ferviente y sincera, solicitad pureza para vuestra alma. Interceded tan ferviente y ardorosamente como lo haríais por vuestra vida mortal, si estuviese en juego. Permaneced delante de Dios hasta que se enciendan en vuestros corazones anhelos indecibles de salvación, y obtengáis la dulce evidencia de que vuestro pecado está perdonado.

La esperanza de la vida eterna no se ha de recibir por motivos frágiles. Es un asunto que se ha de decidir entre Dios y vuestra propia alma, y por la eternidad. Una esperanza que sea tan sólo supuesta, provocará vuestra ruina. Puesto que subsistís o caéis por la Palabra de Dios, en esta Palabra debéis buscar el testimonio de vuestro caso. Allí podréis ver lo que se requiere de vosotros para llegar a ser cristianos. No depongáis vuestra armadura, ni abandonéis el campo de batalla hasta haber obtenido la victoria y triunfado en vuestro Redentor.

PLEITOS EN LA IGLESIA.-

La descripción que sigue acerca de la condición de los miembros de la iglesia me fue dada mientras me encontraba en Ulysses, Pensilvania, el 6 de Julio de 1857. Se refiere a la situación que ha existido en ------ y también en otros lugares de Nueva York.

Ha habido tantos pleitos entre los miembros en el Estado de Nueva York, con los que Dios no ha tenido nada que ver, que la iglesia ha llegado a perder su fuerza, y sus dirigentes no saben cómo recuperarla. Ha desaparecido el amor mutuo, y en cambio ha prevalecido un espíritu de crítica y acusación. Se ha considerado una virtud buscar en la vida de los demás todo lo que parezca ser malo a fin de divulgarlo haciéndolo aparecer realmente tan malo como era. No ha existido la actitud de compasión que mueve a sentir amor y piedad por los hermanos. La religión de algunos ha consistido en una actitud de crítica y en investigar todo lo que tenga la apariencia de mal, hasta que se han marchitado los nobles sentimientos del alma. Es necesario elevar la mente para que se espacie en las escenas eternas, en el cielo, en sus tesoros, en sus glorias, y que reciba una dulce y santa satisfacción en las verdades de la Biblia. Debiera sentir satisfacción de alimentarse con las preciosas promesas que ofrece la Palabra de Dios, debiera encontrar solaz en ella y sentirse elevada por encima de las cosas comunes (154) hasta llegar a las importantes cosas eternas.

¡Pero la mente ha sido empleada en una forma muy distinta! ¡Se ha ocupado en recoger la paja! Las reuniones de la iglesia, en la forma como se han llevado a cabo, han sido una verdadera maldición para muchos en Nueva York. Estos pleitos fabricados han dado rienda suelta a conjeturas y suposiciones malignas. Los celos han sido alimentados. Ha existido odio, pero no lo han reconocido. Las mentes de algunos han abrigado ideas erróneas, y se han visto inclinados a reprochar sin amor, han medido a otros con la idea que ellos tienen de lo que es correcto, y no han tenido misericordia sino que han abrumado a la persona caída con un peso destructor.

Vi que muchos en Nueva York se han preocupado tanto de sus hermanos, por mantenerlos en el camino derecho, que han descuidado sus propios corazones. Sienten tanto temor de que sus hermanos no sean celosos ni se arrepientan, que se olvidan de que ellos mismos padecen de males que deben corregirse. Tratan de enderezar a sus hermanos teniendo ellos mismos sus propios corazones no santificados. La única forma como los hermanos y las hermanas de Nueva York pueden levantarse es que cada uno atienda su propio caso individual, y ponga en orden su propio corazón. Si resulta claro que un hermano ha cometido un pecado, no hay que contarlo a los demás, sino que con amor por el alma de ese hermano, con el corazón lleno de compasión y con misericordia, hay que hacerle ver a él mismo el mal que ha cometido, y luego hay que dejar ese asunto con él y el Señor. Así habrá cumplido con su deber de miembro que tuvo conocimiento del mal cometido. Pero nadie debe dictar sentencia.

Se ha convertido en un asunto muy liviano la tarea de controlar la vida de un hermano, de condenarlo y de mantenerlo bajo condenación. Se ha manifestado celo por Dios, pero sin conocimiento. Si cada uno pusiera orden en su propio corazón, cuando los hermanos se reúnen su testimonio sería espontáneo y procedería de un alma llena, lo cual conmovería a las personas que no creen en la verdad. La manifestación del Espíritu de Dios diría a sus corazones que vosotros sois hijos de Dios. Nuestro amor mutuo debiera ser evidente para todos. Entonces hablaría y tendría influencia.

Vi que la iglesia de Nueva York podría levantarse. Ocupaos de la obra individualmente, manifestad celo por la causa y arrepentíos; y después de haber corregido todos los males, creed que Dios os (155) acepta. No murmuréis sino que aceptad la Palabra de Dios. Vedlo con diligencia y creed que él os recibe. Una parte de la obra consiste en creer. El que ha prometido es fiel. Avanzad por fe.

Los hermanos pueden levantarse en Nueva York como también en otros lugares, y pueden beber la salvación de Dios. Pueden avanzar con entendimiento, y cada uno puede tener una experiencia personal en este mensaje del Testigo Fiel a los laodicenses. La iglesia siente que se encuentra caída, pero no sabe cómo levantarse. Las intenciones de algunos pueden ser muy buenas; pueden hacer confesiones; sin embargo vi que son observados con sospecha y se los considera ofensores por una palabra pronunciada, hasta que no tienen libertad ni salvación. No se atreven a manifestar los sencillos

sentimientos del corazón, porque saben que se los observa. Dios desea que su pueblo le tema a él y tengan confianza unos con otros.

Vi que muchos se han aprovechado de lo que Dios ha mostrado con respecto a los pecados y males de otros. Han tomado el significado extremo de lo que se ha mostrado en visión, y luego han insistido en ello hasta que se ha producido la tendencia a debilitar la fe de muchos en lo que Dios ha mostrado, y se ha desanimado y desalentado a la iglesia. Los hermanos debieran manifestar tierna compasión en su trato mutuo. Debieran tratar con mucha delicadeza los sentimientos de los demás. Ocuparse de los males de los demás debiera ser la obra más delicada e importante de todas. Un hermano debiera ocuparse de ello con la mayor humildad y considerando sus propias debilidades, para que él mismo no sea tentado.

He visto el gran sacrificio que Jesús hizo para redimir a los seres humanos. No consideró su vida demasiado valiosa para sacrificarla. Jesús dijo: "Que os améis unos a otros, como yo os he amado" (Juan 15:12). Cuando un hermano peca, ¿siente usted que podría dar su vida para salvarlo? Si siente en esa forma, puede aproximarse a él y ejercer influencia en su corazón; usted es justamente la persona que puede hablar con ese hermano. Pero resulta lamentable que muchos que profesan ser hermanos, no están dispuestos a sacrificar ninguna de sus opiniones, ni su juicio, para salvar al hermano. Hay muy poco amor mutuo. Se manifiesta un espíritu de egoísmo.

El desánimo ha invadido la iglesia. Los miembros han estado amando el mundo, amando sus granjas, su ganado, etc. Ahora Jesús los llama a apartarse, a hacerse tesoros en el cielo, a comprar oro, (156) vestidos blancos y colirio. Estos son tesoros preciosos. Obtendrán la entrada al reino de Dios para el que los posea.

El pueblo de Dios debe avanzar con entendimiento. No debiera estar satisfecho hasta haber confesado todo pecado conocido; después de eso tienen el privilegio y el deber de creer que Jesús los acepta. No deben esperar que otros se abran paso a través de las tinieblas y obtengan la victoria para que ellos la disfruten. Ese gozo durará únicamente hasta que termine la reunión. A Dios hay que servirle por principio y no por sentimiento. Ganad la victoria para vosotros mismos en la mañana y en la noche en vuestra propia familia. No permitáis que vuestros afanes diarios os impidan hacerlo. Tomad tiempo para orar, y al hacerlo, creed que Dios os oye. Mezclad fe con vuestras oraciones. Puede ser que no todas las veces recibáis una respuesta inmediata, pero entonces es cuando la fe se pone a prueba. Sois probados para ver si confiaréis en Dios, si tenéis una fe viviente y estable. "Fiel es el que os llama, el cual también lo hará" (1 Tes. 5:24). Recorred el paso angosto de la fe. Confiad en las promesas del Señor. Confiad en Dios en medio de las tinieblas. Ese es el tiempo cuando se debe manifestar fe. Pero a menudo dejáis que los sentimientos os dirijan. Buscáis en vosotros algo de valor cuando no os sentís reconfortados por el Espíritu de Dios, y desesperáis porque no podéis encontrarlo. No confiáis suficientemente en Jesús, en el amante Jesús. No dejáis que sus méritos sean todo. Lo mejor que vosotros podáis hacer no merecerá el favor de Dios. Son los méritos de Jesús los que os salvarán, es su sangre la que os limpiará. Pero vosotros debéis realizar esfuerzos. Debéis hacer lo que podáis de vuestra parte. Sed celosos y arrepentíos, y luego creed.

No confundáis la fe y los sentimientos, porque son cosas diferentes. Nosotros podemos ejercer la fe. Esta fe debemos mantenerla en actividad. Creed, creed, dejad que vuestra fe se apodere de la bendición, y ésta será vuestra. Vuestros sentimientos no tienen nada que hacer con esta fe. Cuando la fe traiga la bendición a vuestro corazón, y vosotros sintáis regocijo en la bendición, eso ya no es fe, sino sentimiento.

El pueblo de Dios debe levantarse firmemente en Nueva York, salir de las tinieblas y hacer brillar su luz. Están en el camino de la obra de Dios. Deben dejar que el mensaje del tercer ángel haga su obra en sus corazones. Hermanos, Dios es deshonrado por vuestras (157) largas oraciones sin fe. Apartaos de la falta de méritos del yo, y en cambio exaltad a Jesús. Hablad de la fe, de la luz y del cielo, y tendréis fe, luz, amor, paz y gozo en el Espíritu Santo.

"MIRAD TAMBIEN POR VOSOTROS MISMOS".-
Lo que sigue fue dado para dos hermanos en la localidad de -----; pero puesto que se aplica a muchos, lo presentamos aquí para el beneficio de la iglesia.
Queridos hermanos: En la visión que se me dio en vuestro hogar, se me mostró algo concerniente a vosotros dos. El ángel os señaló y repitió estas palabras: "Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día" (Luc. 21:34).
Vi que vosotros dos tenéis un gran conflicto ante vosotros; tendréis que luchar constantemente para mantener este mundo fuera de vuestros corazones, porque lo amáis. Vuestra gran preocupación debiera ser ahora cómo amara Jesús y su causa más que este mundo. Si amáis más al mundo, vuestras obras darán testimonio de ese hecho. Si amáis a Jesús y su causa por encima de todo, vuestras obras también testificarán de ello. Hay muchas personas que os observan; muchos se regocijarán en vuestra caída; en cambio otros sienten gozo al ver vuestros progresos. Satanás y los ángeles malignos os presentarán la gloria de los reinos de este mundo. Si lo adoráis a él, o si adoráis un tesoro mundanal, él os lo presentará iluminado desde todos los ángulos para atraeros e induciros a amarlo y adorarlo.
Jesús y vuestros ángeles guardianes están dirigiendo vuestra atención más allá de vuestras granjas, ganado y tesoros terrenos, hacia el reino del cielo, hacia una herencia inmortal, hacia la sustancia eterna del reino de gloria. El ángel dijo: 'Debéis morir a este mundo". "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él" (1 Juan 2:15).
Vi que si en la providencia de Dios se han adquirido riquezas, no es pecado poseerlas; y si no se presenta la oportunidad de utilizar esos recursos para adelantar la causa de Dios, tampoco es pecado seguir poseyendo esas riquezas. Pero si se presenta ante los hermanos la oportunidad de utilizar esos bienes para la gloria de Dios y el progreso de su causa, y si ellos retienen esos bienes para sí, (158) éstos se convertirán en una piedra de tropiezo para ellos. En el día de angustia sus tesoros se convertirán en una ofensa para ellos. Entonces se habrán acabado todas las oportunidades de utilizar sus recursos para la gloria de Dios, y con angustia de espíritu los apartarán de ellos y los arrojarán a los topos y a los murciélagos. Su oro y su plata no podrán salvarlos en ese día. Comprenden en forma abrumadora que deben rendir cuenta de su mayordomía, del uso que han hecho del dinero de su Señor. El egoísmo les hizo creer que eso les pertenecía únicamente a ellos, y que lo necesitaban todo; pero finalmente comprenderán amargamente que sus recursos habían sido solamente prestados por Dios, para que le fueran abundantemente devueltos al ser usados para hacer progresar su causa. Sus riquezas los engañaron. Se sintieron pobres y vivieron únicamente para sí mismos, y al final encontrarán que la parte que hubieran podido utilizar para la causa de Dios se ha convertido en una carga terrible.
El ángel de Dios dijo: "Colocadlo todo sobre el altar, como un sacrificio vivo y encendido. Atadlo con cuerdas si es que no podéis mantenerlo allí. Dedicaos a la oración. Vivid junto al altar. Fortaleced vuestros propósitos por medio de las promesas de Dios". "Vended lo que poseéis y dad limosna; haceos bolsas que no se envejezcan, tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no llega, ni polilla destruye" (Luc. 12:33). "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo" (Mat. 6:19-20).
Vi que si Dios os ha dado riquezas por encima de la gente común y de los pobres, eso debiera haceros humildes, porque os pone bajo grandes obligaciones. Cuando se da mucho, aún en bienes terrenos, también se requerirá mucho. Guiados por este principio, debierais manifestar una disposición noble y generosa. Buscad las oportunidades de hacer bien con lo que poseéis. "Haceos tesoros en el cielo".
Vi que como mínimo, se había requerido de los cristianos en tiempos pasados, que poseyeran un espíritu de liberalidad y que consagraran al Señor una parte de sus ganancias. Todo verdadero cristiano ha considerado esto un privilegio, pero algunos que lo han sido únicamente de nombre lo han considerado una imposición; la gracia y el amor de Dios no ha producido en ellos buenas obras, porque

si hubiera sido así, habrían promovido gozosamente la causa (159) de su Redentor. Pero de los cristianos que viven en los últimos días y que esperan a su Señor, se requiere que hagan algo más que eso. Dios requiere que se sacrifiquen.
El ángel dijo: "Jesús dejó un camino de luz para que ustedes siguieran en pos de él. Seguid muy de cerca sus pasos. Participad de su vida de abnegación, de su vida de sacrificio, y heredad con él la corona de gloria".

EL JOVEN RICO.-
Mientras me encontraba en Monterrey, Michigan, el 8 de Octubre de 1854 se me mostró en visión que la condición de muchos observadores del sábado era como la del joven rico que acudió a Jesús para averiguar lo que debía hacer a fin de heredar la vida eterna.
"Entonces vino uno y le dijo: Maestro bueno, ¿Qué bien haré para tener la vida eterna? El le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno si uno: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Le dijo: ¿Cuáles? Y Jesús dijo: No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre; y, amarás a tu prójimo como a ti mismo. El joven le dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta? Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme. Oyendo el joven esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones.
"Entonces Jesús dijo a sus discípulos. De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios. Sus discípulos, oyendo esto, se asombraron en gran manera, diciendo: ¿Quién, pues, podrá ser salvo? Y mirándolos Jesús, les dijo: Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible" (Mat. 19:16-26).
Jesús le citó al joven rico cinco de los últimos seis mandamientos, y también el segundo gran mandamiento que sirve como base a los últimos seis. El joven pensó que había guardado los que Jesús mencionó. El Señor no habló de los primeros cuatro mandamientos, que contienen nuestro deber hacia Dios. En respuesta a la pregunta del joven: "¿Qué más me falta?" Jesús le contestó: "Si quieres ser (160) perfecto, anda vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo".
Ahí estaba su deficiencia. Falló en guardar los primeros cuatro mandamientos, y también los últimos seis. Falló en amar a su prójimo como a sí mismo. Jesús dijo: "Dalo a los pobres". Jesús tocó sus posesiones. "Vende lo que tienes y dalo a los pobres". En esta referencia directa señaló cuál era su ídolo. Su amor a las riquezas era supremo, por lo tanto era imposible que él amara a Dios de todo corazón, con toda el alma y con toda la mente. Y ese amor supremo por sus riquezas cerró sus ojos a las necesidades de sus semejantes. No amó a su prójimo como a sí mismo, y por lo tanto falló en guardar los últimos seis mandamientos. Su corazón estaba con su tesoro. Fue absorbido por sus posesiones terrenas. Amaba sus posesiones más que a Dios, más que al tesoro celestial. Escuchó las condiciones de boca de Jesús. Si vendiera sus bienes y diera el producto a los pobres, tendría tesoro en el cielo. Esa era una prueba para establecer cuánto más apreciaba la vida eterna que las riquezas. ¿Se aferró él a la posibilidad de recibir la vida eterna? ¿Luchó sinceramente por remover el obstáculo que se encontraba en el camino que debía recorrer para tener un tesoro en el cielo? Oh, no; en cambio "se fue triste, porque tenía muchas posesiones".
Se me llamó la atención a estas palabras: "Es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios". Jesús dijo: "Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible". El ángel dijo: "¿Permitirá Dios a los ricos quedarse con sus riquezas y al mismo tiempo entrar en el reino de Dios?" Otro ángel contestó: %o, nunca".
Vi que el plan de Dios es que esas riquezas se utilicen debidamente, que se distribuyan para bendición de los necesitados, y para hacer avanzar la obra de Dios. Si los hombres aman sus riquezas más de lo que aman a sus semejantes, más de lo que aman a Dios o las verdades de su Palabra, si sus corazones

están con sus riquezas, no podrán tener vida eterna. Estarán más dispuestos a abandonar la verdad que a vender sus posesiones y dar el producto a los pobres. En esto se los prueba para demostrar cuánto aman a Dios, y cuánto aman la verdad; lo mismo que el joven de la Biblia, muchos se van tristes porque no pueden tener sus riquezas y también un tesoro en el cielo. No pueden tener ambas cosas, de modo que se arriesgan a (161) perder la vida eterna por conservar las posesiones mundanales.

"Es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios". Para Dios todo es posible. La verdad entronizada en el corazón por el Espíritu de Dios hará desaparecer el amor por las riquezas. El amor a Jesús y por las riquezas no puede permanecer en un mismo corazón. El amor de Dios sobrepasa tanto el amor a las riquezas que quien lo posee se desprende de sus riquezas y transfiere sus afectos a Dios. Mediante el amor es en adelante inducido a proveer recursos para la causa de Dios. Experimenta un placer supremo al disponer correctamente de los bienes del Señor. Predomina el amor a Dios y a sus semejantes, y todo lo que tiene no lo considera suyo propio, sino que cumple fielmente su deber como mayordomo de Dios. Así puede cumplir los dos grandes mandamientos de la ley: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente" (Mat. 22:37). "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mat. 22:39). En esta forma es posible que un rico entre en el reino de Dios. "Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna. Pero muchos primeros serán postreros, y postreros, primeros" (Mat. 19:29-30).

Aquí está la recompensa para los que se sacrifican por Dios. Reciben cien veces más en esta vida y también heredará la vida eterna. "Pero muchos primeros serán postreros, y postreros, primeros". Se me mostró aquellos que reciben la verdad pero no viven de acuerdo con ella. Se aferran a sus posesiones y no están dispuestos a distribuir parte de sus bienes para hacer progresar la causa de Dios. No tienen fe para aventurarse y confiar en Dios. Su amor a este mundo absorbe su fe. Dios pide una parte de sus bienes, pero ellos no le obedecen. Razonan que han trabajado duramente para obtener lo que poseen, de modo que no pueden prestarlo al Señor, porque temen padecer necesidad. "Hombres de poca fe" (Luc. 12:28). El mismo Dios que cuidó a Elías en tiempo de hambre, no dejará abandonado a ninguno de sus hijos abnegados. El que tiene contados los cabellos de las cabezas de sus hijos, los cuidará y los sustentará en el día cuando haya hambre. Mientras los malvados perezcan a su alrededor por falta de pan, su pan y su agua estarán seguros. Los que sigan aferrándose a su tesoro terrenal, y no dispongan en forma adecuada de lo que Dios les ha prestado, (162) perderán su tesoro en el cielo y también la vida eterna.

Dios en su providencia ha enternecido los corazones de algunos que poseen riquezas, y los ha convertido a la verdad, para que con sus bienes contribuyan a mantener en marcha su obra. Y si los que son ricos no hacen esto, si no cumplen el propósito de Dios, él los pasará por alto, y traerá a otros para que llenen su lugar y cumplan su propósito, y distribuyan gozosamente sus posesiones para satisfacer las necesidades de la causa de Dios. En esto serán primeros. Dios tendrá en su causa a personas que harán esto.

El podría enviar recursos financieros desde el cielo para llevar adelante su obra; pero él no trabaja en esta forma. Ha dispuesto que los seres humanos sean sus instrumentos, y que así como se efectuó un gran sacrificio para redimirlos, también ellos desempeñen una parte en esta obra de salvación, sacrificándose por los demás, y al hacerlo muestren cuánto aprecian el sacrificio que se hizo por ellos.

Se me dijo que prestara atención a lo que dice Santiago 5:1-3: "¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polillas. Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado tesoros para los días postreros".

Vi que estas temibles palabras se aplican especialmente a los ricos que profesan creer la verdad presente. El Señor los llama a usar sus recursos a fin de hacer progresar su causa. Se les presentan oportunidades, pero ellos cierran sus ojosa las necesidades de la causa, y se aferran a su tesoro terrenal.

Su amor por el mundo es mayor que su amor por la verdad, su amor por sus semejantes o su amor por Dios. El pide que le den de sus bienes, pero ellos retienen lo que poseen en forma egoísta y codiciosa. Dan un poquito una vez u otra para tranquilizar su conciencia, pero no han vencido su amor por este mundo. No se sacrifican por Dios. El Señor ha traído a otros que aprecian la vida eterna, y que pueden sentir y comprender algo de lo que vale el alma, y que han dado abundantemente de sus recursos para hacer progresar la causa de Dios. La obra está por concluirse, y pronto ya no se necesitarán los recursos de los que han conservado sus riquezas, sus grandes granjas, su ganado, etc. Vi al Señor volverse airado hacia tales personas, y pronunciar estas palabras: "¡Vamos ahora, ricos!" El ha llamado, pero no habéis (163) querido escuchar. El amor a este mundo ha ahogado su voz. Ahora ya no os necesita, de modo que os deja diciéndoos: "Vamos ahora, ricos!"

Vi que era algo terrible ser abandonado por el Señor en esa forma, que era algo espantoso aferrarse a los bienes perecederos de este mundo, cuando él ha dicho que si vendemos y damos ofrendas, podemos hacernos tesoros en el cielo. Se me mostró que al concluirse la obra, y al avanzar la verdad con gran poder, esos hombres ricos traerán sus recursos y los colocarán a los pies de los siervos de Dios, rogándoles que los acepten. La respuesta de los siervos de Dios será: ¡Vamos ahora, ricos!" vuestros recursos ya no son necesarios. Los retuvisteis cuando hubierais podido hacer bien haciendo progresar la causa de Dios. Los necesitados han sufrido, porque no han sido bendecidos con vuestros recursos. Dios no aceptará vuestras riquezas ahora. "¡Vamos ahora, ricos!"

Luego se me dijo que prestara atención a estas palabras: "He aquí, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros; y los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos" (Sant. 5:4). Vi que Dios no estaba en todas las riquezas que se obtienen. Con frecuencia Satanás tiene mucho más que ver que Dios con la adquisición de propiedades. Muchas riquezas se obtienen porque no se paga con justicia a los obreros. El hombre rico naturalmente es codicioso, obtiene sus riquezas oprimiendo a sus obreros y sacando ventaja de la gente cuando quiera que puede hacerlo, con lo cual añade a un tesoro que devorará su carne como fuego.

Algunos no siguen una conducta honrada ni sincera. Los tales deben actuar en forma muy diferente y trabajar rápidamente para redimir el tiempo. Muchos observadores del sábado yerran en esto. Se aprovechan de sus hermanos pobres, y los que tienen abundancia de recursos exigen a sus hermanos que están en situación embarazosa y angustiosa por falta de recursos, un precio superior al valor real de las cosas que les venden, mucho más de lo que ellos mismos pagarían. Dios conoce todas estas cosas. Todo acto egoísta, toda extorsión codiciosa, traerá su recompensa.

Vi que es cruel e injusto no tener consideración de la situación de un hermano. Si él está angustiado y empobrecido, a pesar de hacer lo mejor que puede, se le debe hacer alguna concesión. Ni (164) siquiera se le debe exigir el pleno valor de las cosas que compre a los ricos; sino que ellos deben manifestar compasión hacia él. Dios aprobará tales actos de bondad, y el que los haga no perderá su recompensa. Pero una terrible cuenta subsiste contra muchos observadores del sábado por actos de egoísmo y avaricia.

Me fue recordado un tiempo en el cual eran pocos los que escuchaban y abrazaban la verdad. Estos no tenían muchos bienes de este mundo. Las necesidades de la causa se dividían entre muy pocos. Entonces era necesario que algunos vendiesen sus casas y tierras, y consiguiesen otras más baratas para usarlas como refugio u hogar, mientras que prestaban libre y generosamente sus recursos al Señor para publicar la verdad y ayudar de otras maneras a hacer progresar la causa de Dios. Mientras contemplaba a estos hermanos abnegados, vi que habían soportado privaciones para beneficiar a la causa. Vi a su lado a un ángel que señalaba hacia arriba y decía: "¡Tenéis bolsas en el cielo! Tenéis en el cielo bolsas que no envejecen. Resistid hasta el fin y grande será vuestra recompensa".

Dios ha estado obrando en muchos corazones. La verdad por la cual unos pocos se sacrificaron tanto, a fin de presentarla a otros, ha triunfado, y multitudes la han aceptado. En su providencia Dios ha obrado

en ciertas personas acaudaladas, y las ha traído a la verdad a fin de que a medida que la obra crece, sean suplidas las necesidades de la causa. Muchos recursos han ingresado en las filas de los observadores del sábado, y vi que actualmente Dios no exige las casas que la gente necesita para vivir, a menos que se quieran cambiar casas costosas por otras más económicas. Pero si los que están en la abundancia no oyen su voz para separarse del mundo y no hacen un sacrificio para Dios, vendiendo parte de su propiedad y tierra, él los pasará por alto, y llamará a quienes estén dispuestos a hacer cualquier cosa para Jesús, hasta el punto de vender sus casas para satisfacer las necesidades de la causa. Dios quiere ofrendas voluntarias. Los que den deben considerar que es privilegio el poder hacerlo.
Algunos dan de su abundancia, pero no les falta nada. No se niegan especialmente de ninguna cosa por la causa de Cristo. Todavía tienen todo lo que el corazón puede desear. Dan liberalmente y de corazón. Dios los observa y conoce y percibe con exactitud sus acciones y motivos. Ellos no perderán su recompensa. Los que no pueden dar con tanta liberalidad, no deben excusarse porque no pueden hacer tanto como otros. Haced lo que podáis. Privaos de (165) algunas cosas que no son indispensables y sacrificaos por la causa de Dios. Lo mismo que la viuda, dad vuestras dos moneditas. Y en realidad daréis más que todos los que dan de su abundancia; y sabréis cuán dulce es negarse a sí mismo para dar a los necesitados, sacrificarse por la verdad y hacerse tesoros en el cielo.
Se me mostró que los jóvenes, especialmente los varones jóvenes, que profesan la verdad, tienen que aprender una lección de abnegación. Si éstos hicieran más sacrificios por la verdad, la tendrían en más estima. Afectaría su corazón y purificaría sus vidas, y la considerarían más sagrada.
Los jóvenes no soportan la carga de la causa de Dios, ni sienten ninguna responsabilidad con respecto a ella. ¿Es porque Dios los ha excusado? Oh, no; ¡ellos se excusan a sí mismos! Ellos están aliviados y otros se encuentran cargados. No comprenden que no se pertenecen a sí mismos. Sus fuerzas y su tiempo no son suyos. Han sido comprados por un precio. Un costoso sacrificio se hizo por ellos, y a menos que posean el espíritu de abnegación y sacrificio, nunca podrán poseer la herencia inmortal.

EL PRIVILEGIO Y EL DEBER DE LA IGLESIA.-
Lo que sigue se refiere a la iglesia de Battle Creek, pero también describe la condición y los privilegios de los hermanos y hermanas de otros lugares.
Vi que una espesa nube los cubría, pero que unos pocos rayos de luz procedentes de Jesús penetraban a través de la nube. Miré para distinguir a los que recibían esta luz, y vi a diversas personas orando fervientemente para obtener la victoria. Era su preocupación servir a Dios. Su fe perseverante les produjo recompensa. La luz del cielo fue derramada sobre ellos, pero la nube de tinieblas que se cernía sobre la iglesia en general era espesa. Eran necios e inactivos. Fue grande mi agonía de espíritu. Pregunté al ángel si esas tinieblas eran necesarias. El dijo: "¡Observa!" Vi que la iglesia comenzaba a despertarse y a buscar fervorosamente a Dios, tras lo cual rayos de luz comenzaron a penetrar las tinieblas, hasta que la nube desapareció. La pura luz del cielo brilló sobre ellos, y con santa confianza su atención fue atraída hacia lo alto. El ángel dijo: "Este es su privilegio y su deber".
Satanás ha descendido con gran poder, sabiendo que tiene poco (166) tiempo. Sus ángeles se encuentran ocupados, y gran parte del pueblo de Dios se deja adormecer por él. La nube retornó y se estableció encima de la iglesia. Vi que únicamente mediante esfuerzos sinceros y oración perseverante podría destruirse ese hechizo.
Las verdades alarmantes de la Palabra de Dios habían conmovido levemente al pueblo de Dios. Hacían esporádicamente débiles esfuerzos para vencer, pero pronto se cansaban y volvían al mismo estado de tibieza. Vi que carecían de perseverancia y de firme determinación. Que los buscadores de la salvación de Dios posean la misma energía y fervor que manifestarían si buscaran un tesoro terrenal, porque así cumplirían su objetivo. Vi que la iglesia, de igual modo, podría beber de una copa llena, en vez de mantener una vacía en la mano o en los labios.
No es el plan de Dios que algunos vivan aliviados y otros recargados. Algunos sienten el peso y la

responsabilidad de la causa, y comprenden que necesitan actuar para recoger con Cristo y no esparcir. Otros están libres de toda responsabilidad y actúan como si no ejercieran ninguna influencia. Estos desparraman. Dios no hace acepción de personas. Todos los que han sido hechos participantes de su salvación aquí, y que esperan compartir las glorias del reino eterno, deben juntar con Cristo. Cada uno debe sentir que es responsable de su propio caso, y de la influencia que ejerce sobre otros. Si éstos mantienen su comportamiento cristiano, Jesús actuará en ellos como esperanza de gloria, y ellos se complacerán en expresar alabanza a su nombre a fin de ser reconfortados. Considerarán como suya propia la causa de su Maestro. Se preocuparán de hacerla progresar y de honrarla viviendo piadosamente. El ángel dijo: "Dios requerirá con usura todo talento". Todo cristiano debe avanzar renovando sus fuerzas, y emplear todas sus capacidades en el servicio de la causa de Dios.

EL ZARANDEO.-

El 20 de Noviembre de 1857 me fue mostrado el pueblo de Dios, y lo vi poderosamente sacudido. Algunos, con robusta fe y clamores de agonía intercedían ante Dios. Estaban pálidos y sus rostros demostraban la profunda ansiedad resultante de su lucha interior. Gruesas gotas de sudor bañaban su frente; pero con todo, su aspecto manifestaba firmeza y fervor. De cuando en cuando brillaba en sus semblantes la señal de la aprobación de Dios, y nuevamente volvían (167) a quedar en solemne, fervorosa y anhelante actitud.[10]

Ángeles malos los rodeaban y los oprimían con sus tinieblas para ocultarles de la vista a Jesús y para que sus ojos se fijaran en la oscuridad circundante, a fin de inducirlos a desconfiar de Dios y luego a quejarse contra él. Su única salvaguardia estribaba en mantener los ojos dirigidos hacia arriba, pues los ángeles de Dios estaban encargados de su pueblo y, mientras que la ponzoñosa atmósfera de los malos ángeles circundaba y oprimía a las ansiosas almas, los ángeles celestiales batían sin cesar las alas para disipar las densas tinieblas.

Vi que algunos no participaban en esta lucha e intercesión. Parecían indiferentes y negligentes. No resistían a las tinieblas que los envolvían, y éstas los encerraban como una espesa nube. Vi que los ángeles de Dios se apartaban de ellos y acudían en auxilio de los que se empeñaban en resistir con todas sus fuerzas a los ángeles malos y procuraban ayudarse, clamando perseverantemente a Dios. Pero los ángeles nada hacían por quienes no procuraban ayudarse a sí mismos; y los perdí de vista. Mientras los que oraban y continuaban clamando con fervor, recibían a veces un rayo de luz que emanaba de Cristo para alentar su corazón e iluminar su rostro.

Pregunté cuál era el significado del zarandeo que yo había visto, y se me mostró que lo motivaría el directo testimonio que exige el consejo del Testigo Fiel a la iglesia de Laodicea. Tendrá este consejo efecto en el corazón de quien lo reciba y le inducirá a ensalzar la (168) norma y expresar claramente la

---

[10] "Tocad trompeta en Sión, proclamad ayuno, provocad asamblea. Reunid al pueblo, santificad la reunión, juntad a los ancianos, congregad a los niños y a los que maman ... Entre la entrada y el altar lloren los sacerdotes ministros de Jehová, y digan: Perdona, oh Jehová, a tu pueblo, y no entregues al oprobio tu heredad, para que las naciones se enseñoreen de ella. ¿Por qué han de decir entre los pueblos: Dónde está su Dios?" (Joel 2:15-17)."Someteos, pues, a Dios, resistid al diablo, y huirá de vosotros. Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones. Afligíos, y lamentad, y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro, y vuestro gozo en tristeza. Humillaos delante del Señor, y él os exaltará" (Sant. 4:7-10)."Congregaos y meditad, oh nación sin pudor, antes que tenga efecto el decreto, y el día se pase como el tamo; antes que venga sobre vosotros el furor de la ira de Jehová, antes que el día de la ira de Jehová venga sobre vosotros. Buscad a Jehová todos los humildes de la tierra, los que pusisteis por obra su juicio; buscad justicia, buscad mansedumbre; quizás seréis guardados en el día del enojo de Jehová" (Sof. 2:1-3).

verdad. Algunos no soportarán este testimonio directo, sino que se levantarán contra él. Esto es lo que causará un zarandeo en el pueblo de Dios.

El testimonio del Testigo no ha sido escuchado sino a medias. El solemne testimonio, del cual depende el destino de la iglesia, se tiene en poca estima, cuando no se lo descarta por completo. Este testimonio ha de mover a profundo arrepentimiento, y todos los que lo reciban sinceramente, le obedecerán y quedarán purificados.

Dijo el ángel: "Escuchad". Pronto oí una voz que resonaba como si fueran muchos instrumentos musicales de acordes perfectos y armoniosos. Era incomparablemente más melodiosa que cuantas músicas hubiera oído hasta entonces y parecía henchida de misericordia, compasión y gozo santo enaltecedor. Conmovió todo mi ser. El ángel dijo: "Mirad". Fijé la atención entonces en la hueste que antes había visto tan violentamente sacudida. Vi a los que antes gemían y oraban con aflicción de espíritu. Los rodeaba doble número de ángeles custodios, y una armadura los cubría de pies a cabeza. Marchaban en perfecto orden, firmemente, como una compañía de soldados. Sus semblantes delataban el severo conflicto que habían sobrellevado y la desesperada batalla que acababan de reñir. Sin embargo, sus rostros que llevaban la impresión grabada por la angustia, resplandecían ahora, iluminados por la gloriosa luz del cielo. Habían logrado la victoria, y esto despertaba en ellos la más profunda gratitud y un gozo santo, sagrado.

El número de esta hueste había disminuido. Con el zarandeo algunos fueron dejados a la vera del camino.[11] Los descuidados e indiferentes que no se unieron con quienes apreciaban la victoria y la salvación lo bastante para perseverar clamando angustiosamente por ellas, no las obtuvieron y quedaron rezagados en tinieblas; pero sus lugares fueron ocupados en seguida por otros, que se unieron a la hueste que había aceptado la verdad. Los ángeles malignos seguían agrupándose en su derredor, pero ningún poder tenían sobre (169) ellos.[12]

Oí que los revestidos de la armadura proclamaban la verdad con gran poder, y ella producía su efecto. Vi a las personas que habían estado atadas; algunas esposas por sus consortes, y algunos hijos por sus padres. Los sinceros, a quienes hasta entonces se les había impedido oír la verdad, se adhirieron ardientemente a ella. Se desvaneció todo temor a los parientes. Tan sólo la verdad les parecía sublime, y la valoraban más que la misma vida. Habían tenido hambre y sed de verdad. Pregunté por la causa de tan profunda mudanza y un ángel me respondió: "Es la lluvia tardía; el refrigerio de la presencia de Dios; el potente pregón del tercer ángel".

Formidable poder tenían aquellos escogidos. Dijo el ángel: "Mirad". Vi a los impíos, malvados e incrédulos. Estaban todos muy excitados. El celo y poder del pueblo de Dios los había enfurecido. Cundía entre ellos la confusión. Vi que tomaban medidas contra la hueste que tenía la luz y el poder de Dios. Pero esta hueste, aunque rodeada por densas tinieblas, se mantenía firme, aprobada por Dios y

---

[11] "Yo conozco tus obras, que ni eres frío, ni cliente. ¡Ojala fueses frío, o cliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo" (Apoc. 3:15-17).

[12] "Porque no tenemos lucha contra sangre y carne; sitio contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y habiendo acabado todo estar firmes. Estad pues firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia. Y calzados los pies con el apresto del evangelio de paz; sobre todo tomando el escudo de la fe con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu; que es la palabra de Dios. Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos" (Efe. 6:12-18).

confiada en él. Los vi perplejos; luego los oí clamar a Dios ardientemente, sin cesar día y noche.[13] Oí estas palabras: "¡Hágase, Señor tu voluntad! Si ha de servir para gloria de tu nombre, dale a tu pueblo el medio de escapar. Líbranos de los paganos que nos rodean. Nos han sentenciado a muerte; pero tu brazo puede salvarnos". Estas son todas las palabras que puedo recordar. Todos mostraban honda convicción de su insuficiencia y manifestaban (170) completa sumisión a la voluntad de Dios. Sin embargo, todos sin excepción, como Jacob, oraban y luchaban fervorosamente por su liberación.
Poco después que estos seres humanos iniciaron su anhelante clamor, los ángeles, movidos a compasión quisieron ir a librarlos; pero el ángel alto y de aspecto imponente no lo consintió, y dijo: "Todavía no está cumplida la voluntad de Dios. Han de beber del cáliz. Han de ser bautizados con el bautismo".
Pronto oí la voz de Dios que estremecía cielos y tierra.[14] Hubo un gran terremoto. Por doquiera se derrumbaban los edificios. Oí entonces un triunfante cántico de victoria, un cántico potente, armonioso y claro. Miré a la hueste que poco antes estaba en tan angustiosa esclavitud y vi que su cautividad había cesado. La iluminaba una refulgente luz. ¡Cuán hermosos parecían entonces! Se había desvanecido todo rastro de inquietud y fatiga, y cada rostro rebosaba salud y belleza. Sus enemigos, los paganos que los rodeaban, cayeron como muertos, porque no les era posible resistir la luz que iluminaba a los santos libertados. Esta luz y gloria permanecieron sobre ellos hasta que apareció Jesús en las nubes del cielo, y la fiel y probada hueste fue transformada en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, de gloria en gloria. Se abrieron los sepulcros y resucitaron los santos, revestidos de inmortalidad, exclamando: "¡Victoria sobre la muerte y el sepulcro!" Y juntamente con los santos vivos fueron arrebatados al encuentro de su Señor en el aire, mientras que toda lengua inmortal emitía hermosas y armónicas aclamaciones de gloria y victoria. (171)

NUMERO CINCO: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA.-
LA IGLESIA DE LAODICEA.-
Queridos hermanos y hermanas: El Señor nuevamente me ha visitado con gran misericordia. He estado muy afligida durante los últimos meses. Me he sentido muy enferma. Durante años he estado afectada por la hidropesía y por una enfermedad del corazón, lo cual ha tendido a deprimirme y a destruir mi fe y mi valor. El mensaje a los miembros de la iglesia de Laodicea no ha conseguido, que se produzca ese fervoroso arrepentimiento entre el pueblo de Dios que yo esperaba ver, por lo cual he sentido gran incertidumbre. Debido a que la enfermedad que padecía avanzaba continuamente, pensé que moriría. No tenía deseos de vivir, por lo tanto no podía aferrarme de la fe y orar por mi recuperación. Con frecuencia cuando me retiraba en la noche, comprendía que corría el peligro de perder el aliento antes de la mañana. Encontrándome en esa condición, perdí el conocimiento a la medianoche. Mandaron a buscar a los hermanos Andrews y Loughborough, quienes oraron fervorosamente a Dios pidiendo mi restauración. Desaparecieron la depresión y el gran peso que sentía sobre mi corazón dolorido, y fui tomada en visión y vi las cosas que ahora presento ante vosotros.
Vi que Satanás había estado tratando de desanimarme y hacerme desesperar, de hacerme desear la muerte antes que la vida. Vi que no era la voluntad de Dios que yo dejara de trabajar y muriera, porque en ese caso triunfaría el enemigo de nuestra fe, y se entristecerían los corazones de los hijos de Dios. Vi que con frecuencia experimentaría angustia de espíritu y tendría que sufrir mucho, sin embargo se me

---

[13] "¿Y Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿hallará fe en la tierra?" (Lucas 18:7-8. Véase también Apoc. 14:14-15).
[14] "Y Jehová rugirá desde Sión, y dará su voz desde Jerusalén, y temblarán los cielos y la tierra; pero Jehová será la esperanza de su pueblo, y la fortaleza de los hijos de Israel" (Joel 3:16. Véase también Heb. 12:26; Apoc. 16:17).

hizo la promesa de que los que se encontraran a mi alrededor me animarían y ayudarían, y que mi ánimo y valor no fallarían durante los duros ataques del diablo.
Vi que el testimonio que se dio a la iglesia de Laodicea también se aplica al pueblo de Dios actual, y que la razón por la cual no ha podido efectuar una obra mayor es por la dureza de sus corazones. Pero Dios ha dado tiempo al mensaje para que efectúe su obra. El corazón debe ser purificado de los pecados que durante tanto tiempo han mantenido afuera a Jesús. Este solemne mensaje hará su obra. (172)
Cuando fue presentado por primera vez, indujo a un detenido examen de conciencia. El pueblo de Dios confesó sus pecados, y se despertó en todas partes. Casi todos creían que este mensaje concluiría con la predicación en alta voz del tercer ángel. Pero como no vieron efectuarse la poderosa obra en un corto tiempo, muchos perdieron el efecto del mensaje.
Vi que este mensaje no efectuaría su obra en el término de unos pocos meses. Ha sido dado para despertar al pueblo de Dios, para mostrarle sus yerros y para conducirlo a un fervoroso arrepentimiento, para que sea bendecido por la presencia de Jesús y esté preparado para la predicación en alta voz del tercer ángel. Debido a que este mensaje afectaba al corazón, conducía a una profunda humildad delante de Dios. Se enviaron ángeles en todas direcciones para preparar los corazones de los incrédulos a fin de que recibieran la verdad. La causa de Dios comenzó a crecer y el pueblo de Dios supo la posición que ocupaba. Si se hubiera obedecido el consejo del Testigo Fiel, Dios habría obrado con gran poder en favor de su pueblo. Sin embargo, los esfuerzos efectuados desde que se dio el mensaje han sido bendecidos por Dios, y como resultado, muchas almas han sido sacadas del error y las tinieblas para que se regocijen en la verdad.
Dios probará a los suyos. Jesús los soporta pacientemente, y no los vomita de su boca en un momento. Dijo el ángel: "Dios está pesando a su pueblo". Si el mensaje hubiese sido de corta duración, como muchos de nosotros suponíamos, no habría habido tiempo para desarrollar el carácter. Muchos actuaron por sentimientos, no por principios y fe, y este mensaje solemne y temible, los conmovió. Obró en sus sentimientos y excitó sus temores, pero no realizó la obra que Dios quería que realizase. Dios lee el corazón. Para que sus hijos no se engañen a sí mismos, les da tiempo para que pase la excitación; luego los prueba para ver si quieren obedecer el consejo del Testigo Fiel.
Dios conduce a su pueblo paso a paso. Coloca a sus seguidores en diferentes situaciones a fin de que se manifieste lo que hay en el corazón. Algunos soportan ciertas pruebas, pero fracasan en otras. A medida que se avanza en este proceso, el corazón es probado un poco más severamente. Si los que profesan ser hijos de Dios encuentran que su corazón se opone a esta obra directa, deben convencerse de que tienen que hacer algo para vencer, si no quieren ser vomitados (173) de la boca del Señor. Dijo el ángel: "Dios irá probando cada vez más de cerca a cada uno de sus hijos". Algunos están dispuestos a aceptar un punto; pero cuando Dios los prueba en otro lo rehuyen y retroceden, porque hiere directamente algún ídolo suyo. Así tienen oportunidad de ver lo que hay en su corazón que los aísla de Jesús. Hay algo que aprecian más que la verdad y su corazón no está preparado para recibir a Jesús. Los individuos son probados durante cierto tiempo para ver si quieren sacrificar sus ídolos y escuchar el consejo del Testigo Fiel. Si alguno no quiere ser purificado por la obediencia de la verdad, y vencer su egoísmo, su orgullo y sus malas pasiones, los ángeles de Dios reciben este encargo: "Se han unido a sus ídolos, dejadlos", y prosiguen con su obra, dejando en las manos de los malos ángeles a aquellos que no han subyugado sus rasgos pecaminosos. Los que resisten en cada punto, que soportan cada prueba y vencen a cualquier precio que sea, han escuchado el consejo del Testigo Fiel y recibirán la lluvia tardía, y estarán preparados para la traslación.
Dios somete a prueba a su pueblo en este mundo. Este es el lugar en el que debe prepararse para comparecer ante su presencia. Aquí en este mundo, en estos últimos días, la gente mostrará cuál es el poder que actúa en sus corazones y controla sus acciones. Si es el poder de la verdad divina, lo conducirá a realizar buenas obras. Elevará al que lo recibe, y le hará tener un corazón noble y ser

generoso, como su divino Señor. Pero si los ángeles malignos controlan el corazón, eso se verá en diferentes formas. El fruto será egoísmo, codicia, orgullo y malas pasiones.

El corazón es engañoso sobre todas las cosas, y muy perverso. Los religiosos profesos no están dispuestos a examinarse minuciosamente para ver si están dentro de la fe, y es cosa terrible ver que muchos se apoyan en una esperanza falsa. Algunos se apoyan en una antigua experiencia que tuvieron hace años, pero cuando llegan a este tiempo que exige que se efectúe un examen de conciencia, cuando todos debieran tener una experiencia espiritual diaria, no tienen nada que referir. Al parecer creen que solamente por el hecho de profesar una fe serán salvos. Cuando abandonen los pecados que Dios detesta, Jesús vendrá y cenará con ellos y ellos con él. Entonces obtendrán poder divino de Jesús, y crecerán en él, y podrán decir con santo triunfo: "Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo" (1 Cor. 15:57). Le (174) agradaría más al Señor si los tibios profesores de religión nunca hubieran mencionado su nombre. Son un lastre continuo para los que quieren ser fieles seguidores de Jesús. Son piedra de tropiezo para los incrédulos, y los ángeles malignos se regocijan por su conducta, y ellos se burlan de los ángeles de Dios mediante su conducta torcida. Tales personas son una maldición para la causa en este país y en el extranjero. Se aproximan a Dios solamente de labios, mientras su corazón se encuentra lejos de él.

Vi que el pueblo de Dios no debía imitar las modas del mundo. Algunos lo han hecho, debido a lo cual están perdiendo rápidamente el carácter peculiar y santo que debiera distinguirlos como pueblo de Dios. Se me llamó la atención al antiguo pueblo de Dios y se me dijo que comparara su vestimenta con la moda imperante en estos últimos días. ¡Qué diferencia! ¡Qué cambio! Entonces las mujeres no eran tan atrevidas como ahora. Cuando se presentaban en público se cubrían la cara con un velo. En estos últimos días las modas son vergonzosas e inmodestas. La profecía se ha ocupado de ellas. Fueron introducidas por una clase de personas sobre las cuales Satanás tenía completo control, "los cuales después que perdieron toda sensibilidad (sin tener ninguna persuasión de parte del Espíritu de Dios), se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza" (Efe. 4:19). Si el profeso pueblo de Dios no se hubiera alejado tanto de él, actualmente existiría una marcada diferencia entre su vestimenta y la del mundo. Los sombreros pequeños que exponen la cara y la cabeza son un indicio de falta de modestia. Los aros utilizados para dar ruedo a los vestidos son una vergüenza. Los habitantes del mundo cada vez se tornan más corrompidos, de modo que la línea de distinción entre ellos y el Israel de Dios debe tornarse más evidente, porque en caso contrario la maldición que afecta a los mundanos también caerá sobre el profeso pueblo de Dios.

Se me llamó la atención a los siguientes pasajes bíblicos. Dijo el ángel: "Deben instruir al pueblo de Dios". 1 Tim. 2:9-10: "Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad". 1 Pedro 3:3-5: "Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un (175) espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios. Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus maridos".

Dios está probando ahora a las personas jóvenes y a las de edad. Vosotros estáis decidiendo vuestro destino eterno. Vuestro orgullo, vuestro amor a las modas mundanas, vuestra conversación vana y frívola, vuestro egoísmo, son todos puestos en la balanza, y el mal pesa temiblemente contra vosotros. Sois pobres, y miserables, ciegos y desnudos. Mientras el mal aumenta y se arraiga profundamente, comienza a ahogar la buena simiente que ha sido sembrada en el corazón; y pronto las mismas palabras que se pronunciaron en el caso de la casa del sacerdote Elí también serán pronunciadas por los ángeles con respecto a vosotros. Vuestra iniquidad "no será expiada jamás, ni con sacrificios ni con ofrendas" (1 Sam. 3:14). Muchas personas que vi se complacían a sí mismas pensando que eran buenos cristianos, pero en realidad no habían recibido ni un solo rayo de luz procedente de Jesús. No saben en

qué consiste ser renovados por la gracia de Dios. Carecen de experiencia propia eficaz en las cosas de Dios. Y vi que el Señor le estaba sacando filo a su espada en el cielo para segarlos. ¡Ojala que toda persona que profesa tibiamente su creencia pudiese comprender la obra de limpieza que Dios está por realizar entre su pueblo profeso! Estimados amigos, no os engañéis acerca de vuestra condición. No podéis engañar a Dios. Dice el Testigo Fiel: "Conozco tus obras" (Apoc. 3:1). El tercer ángel está conduciendo a un pueblo paso a paso cada vez más arriba. A cada paso será probado.

El plan de la dadivosidad sistemática[15] está agradando a Dios. Se me llamó la atención a los días de los apóstoles, y vi que Dios había trazado el plan mediante el descenso de su Espíritu Santo, y que por medio del espíritu de profecía había instruido a su pueblo con respecto al sistema de dadivosidad. Todos debían participar en esta obra de compartir sus cosas materiales con los que les suministraban las cosas espirituales. También se les enseñó que las viudas y los huérfanos tenían derecho a su caridad. Se dice que la religión pura y sin mancha consiste en visitar a las viudas y a los huérfanos en su aflicción, y en mantenerse sin contaminación del mundo. Vi que esto no significaba solamente simpatizar con ellos empleando (176) palabras de consuelo en su aflicción, sino además en ayudarles si era necesario, con nuestros recursos. Los hombres y las mujeres jóvenes a quienes Dios ha concedido salud pueden obtener una gran bendición ayudando a las viudas y a los huérfanos en su necesidad. Vi que Dios requiere que los jóvenes se sacrifiquen más por el bien de otros. El exige más de ellos que lo que están dispuestos a llevar a cabo. Si no se contaminan con el mundo, si dejan de seguir las modas, y si dejan de lado los artículos inútiles adquiridos por los amantes del placer para complacer su orgullo, y si en cambio comparten sus recursos con personas dignas que padecen aflicción, y si dan para sustentar la causa, tendrán la aprobación del que dice: "Yo conozco tus obras" (Apoc. 2:2).

En el cielo reina el orden y Dios se complace por los esfuerzos que su pueblo efectúa para avanzar con orden y sistema en su obra aquí en la tierra. Vi que debía existir orden en su iglesia y que se necesitaba sistema y organización para llevar a cabo con éxito la proclamación del último gran mensaje de misericordia al mundo. Dios está guiando a su pueblo en el plan de la dadivosidad sistemática, y este es precisamente uno de los puntos que Dios está enseñando a su pueblo, que afectará muy de cerca a algunos. Para ellos esto es lo mismo que cortar el brazo derecho y arrancar el ojo derecho, mientras que para otros constituye un gran alivio. Para las almas nobles y generosas, las exigencias que se les imponen parecen muy pequeñas, de modo que no se conforman con hacer tan poco. Algunos tienen abundantes posesiones, y si apartan algo con propósitos caritativos en lo que Dios los ha prosperado, la ofrenda les parece una gran suma. El corazón egoísta se aferra lo mismo a una ofrenda pequeña que a una abundante, y considera muy grande una suma que realmente es reducida.

Se me llamó la atención al comienzo de esta última obra. Entonces algunas personas que amaban la verdad podían hablar continuamente de sacrificios. Dedicaron mucho a la causa de Dios, para enviar la verdad a otros. Han enviado su tesoro de antemano al cielo. Hermanos, vosotros que habéis recibido la verdad en un período posterior, y que tenéis cuantiosas posesiones, Dios os ha llamado al campo, no solamente para que disfrutéis de la verdad, sino también para que ayudéis con vuestros bienes a llevar adelante esta gran obra. Y si os interesáis en esta obra avanzaréis e invertiréis en ella una parte de vuestros bienes, para que otros puedan salvarse (177) mediante vuestros esfuerzos, y así cosecharéis con ellos la recompensa final. Se han realizado grandes sacrificios y se han soportado privaciones para hacer brillar la verdad con clara luz delante de vosotros. Ahora Dios os llama, porque es vuestro turno de hacer grandes esfuerzos y sacrificaros a fin de colocar la verdad ante los que se encuentran en tinieblas. Dios requiere esto. Puesto que profesáis creer la verdad, dejad que vuestras obras den testimonio de este hecho. Vuestra fe estará muerta a menos que la pongáis en acción. Ninguna otra cosa fuera de una fe activa os salvará de los terribles acontecimientos que están por sobrevenir.

Vi que ha llegado el tiempo cuando los que tienen cuantiosas posesiones deben actuar rápidamente. Es

[15] Véase el apéndice.

tiempo de que no sólo hagan provisión para la causa según Dios ahora los está prosperando, sino en la forma como los ha prosperado. Durante los días de los apóstoles se trazaron planes especiales para que algunos no estuvieran aliviados mientras otros estaban recargados. Se adoptaron las disposiciones necesarias para que todos participaran equitativamente en las cargas de la iglesia de Dios de acuerdo con sus habilidades. Dijo el ángel: "El hacha está puesta a la raíz de los árboles" (Mat. 3:10). Los que, como Judas, han confiado en los tesoros terrenales, se quejarán en la misma forma como él lo hizo. Su corazón codiciaba el costoso ungüento derramado sobre Jesús, y procuró ocultar su egoísmo bajo una piadosa consideración por los pobres: "¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres?" (Juan 12:5). El quería tener el perfume en su posesión, porque así no se derrocharía en el Salvador. El lo aplicaría a su uso personal y lo vendería para quedarse con el dinero. Valoraba a su Señor tan sólo lo suficiente para venderlo por treinta piezas de plata a hombres perversos. Así como Judas presentó a los pobres como una excusa de su egoísmo, así también hay cristianos profesos cuyos corazones son codiciosos, que procuran esconder su egoísmo detrás de una rectitud fingida. Afirman que al adoptar nosotros la dadivosidad sistemática estamos llegando a ser como las iglesias nominales. %o sepa tu izquierda lo que hace tu derecha" (Mat. 6:3). Parecen tener el deseo escrupuloso de hacer exactamente lo que dice la Biblia, según ellos lo entienden, acerca de este asunto, pero descuidan completamente la clara amonestación de Cristo: "Vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres" (Luc. 18:22). (178)

"Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos" (Mat. 6:1). Algunos piensan que este pasaje enseña que deben mantener secretas sus obras de caridad. Y hacen muy poco, excusándose que no saben cómo dar. Pero Jesús hizo la siguiente declaración a sus discípulos: "Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa" (Mat. 6:2). Dieron para ser considerados nobles y generosos. Recibieron alabanzas humanas, y Jesús dijo a sus discípulos que ésa era la única recompensa que tendrían. En el caso de muchos, la mano izquierda no sabe lo que hace la derecha, porque la mano derecha no hace nada digno de ser notado por la izquierda. Esta lección dada por Jesús a sus discípulos tenía el propósito de reprender a los que deseaban recibir gloria de los seres humanos. Distribuían su dinero en lugares públicos; y antes de hacerlo, anunciaban públicamente su generosidad con la gente; y muchos daban grandes sumas únicamente para que su nombre fuera exaltado por los demás. Y los recursos que daban en esta forma con frecuencia habían sido extorsionados de los demás, oprimiendo a sus obreros al no darles una justa paga y agobiando a los pobres.

Vi que este pasaje bíblico no se aplica a los que tienen en su corazón la causa de Dios y que utilizan humildemente sus medios para hacerla avanzar. Se me llamó la atención a estos pasajes: "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mat. 5:16). "Por sus frutos los conoceréis" (Mat. 7:16). Se me mostró que encontrará armonía en el testimonio de la Escritura cuando se lo comprenda correctamente. Las buenas obras de los hijos de Dios constituyen la predicación más eficaz que el incrédulo pueda recibir. Piensa que deben existir poderosos motivos que impulsan al cristiano a negarse a sí mismo y a emplear sus posesiones para tratar de salvar a sus semejantes. Esto es diferente del espíritu que anima al mundo. Estos frutos testifican que quienes los poseen son cristianos genuinos. Estos cristianos aparecen extendiéndose siempre hacia arriba en procura de un tesoro imperecedero.

Con cada dádiva y ofrenda el donante debe tener ante sí un objeto adecuado, no para sostener a nadie en la ociosidad, no para ser visto por los hombres o para forjarse un nombre distinguido, sino para glorificar a Dios mediante el adelantamiento de su causa. (179) Algunos efectúan cuantiosas donaciones a la causa de Dios mientras su hermano que es pobre puede estar sufriendo cerca de ellos, y ellos no hacen nada por socorrerlo. Los pequeños actos de bondad en favor de su hermano en forma secreta unirían sus corazones y serían anotados en el cielo. Vi que en sus precios y en sus sueldos, los

ricos debieran establecer una diferencia entre los afligidos, las viudas y los pobres dignos. Pero sucede con frecuencia que los ricos toman ventaja de los pobres, obteniendo todo beneficio posible y extrayendo hasta el último centavo por cada favor. Todo queda escrito en el cielo. "Yo conozco tus obras" (Apoc. 3:15).

El mayor pecado que ahora existe en la iglesia es la codicia. Dios siente desagrado de su pueblo profeso debido a su egoísmo. Sus siervos han sacrificado su tiempo y sus fuerzas para llevarles la Palabra de vida, y muchos han mostrado por sus obras que la aprecian livianamente. Sien alguna ocasión pueden ayudar al siervo de Dios, a veces lo hacen; pero con frecuencia se muestran indiferentes y hacen sólo poco por él. Cuando emplean a un obrero le pagan tiempo completo. Pero no sucede lo mismo con el siervo de Dios que trabaja con sacrificio. Trabaja por ellos en palabra y doctrina; lleva la pesada carga de la obra en su alma; muestra pacientemente mediante la Palabra de Dios los peligrosos errores que dañan el alma; destaca la necesidad de arrancar inmediatamente la cizaña que está ahogando la buena simiente sembrada; extrae de la fuente inagotable de la Palabra de Dios cosas nuevas y viejas para alimentar el rebaño de Dios. Todos reconocen que han recibido beneficio, pero la maleza venenosa, la codicia, se encuentra arraigada tan profundamente que dejan que el siervo de Dios se retire sin haberlo ayudado a satisfacer sus necesidades temporales. Han apreciado su trabajo agotador a la altura mostrada por sus propios actos. El testigo fiel dice: "Yo conozco tus obras".

Vi que los siervos de Dios no se encuentran fuera del alcance de las tentaciones de Satanás. Con frecuencia son intensamente atacados por el enemigo, por lo que tienen que pelear una dura batalla. Si pudieran ser aliviados de su comisión, trabajarían gustosamente con sus manos. Sus hermanos necesitan su trabajo; pero cuando ven que éste es apreciado tan livianamente, se oprimen. Sí es verdad que contemplan al final para recibir su verdadera recompensa, y eso los anima; pero su familia debe recibir alimento y vestido. Su tiempo pertenece a la iglesia de Dios, de modo que no lo tienen a su disposición. Sacrifican (180) la compañía de su familia para beneficiar a otros, y sin embargo algunos que reciben beneficio de su trabajo son indiferentes a las necesidades del obrero. Vi que hacer esto era tratar con injusticia a los obreros y engañarse a uno mismo. Las personas que actúan en esta forma piensan que son aprobadas por Dios, cuando en realidad él desprecia su egoísmo. No sólo estas personas egoístas serán llamadas a rendir cuenta delante de Dios por el uso que han hecho del dinero de su Señor, sino también por toda la depresión y angustia que han acarreado sobre los siervos escogidos de Dios, lo cual ha estorbado sus esfuerzos; todo esto será inscrito en la cuenta de los mayordomos infieles.

El Testigo Fiel declara: "Yo conozco tus obras". El corazón egoísta y codicioso será probado. Algunos no están dispuestos a dedicar a Dios ni una pequeña porción de las ganancias obtenidas mediante su tesoro terrenal. Se alejarían horrorizados si uno les hablara de su capital. ¿Qué han sacrificado por Dios? Nada. Profesan creer que Jesús está por venir, pero sus obras niegan su fe. Cada uno vivirá su fe. Creyente de falso corazón, Jesús conoce tus obras. Detesta tus ofrendas mezquinas y tus sacrificios defectuosos.

LAS CASAS DE CULTO.-

Vi que muchos de aquellos a quienes Dios ha confiado recursos, se sienten libres para usarlos liberalmente según su propia conveniencia y establecer hogares placenteros en esta tierra; pero cuando edifican una casa en la cual se ha de adorar al gran Dios que habita en la eternidad, no pueden permitirle que use los recursos que él les prestó. No rivalizan los miembros en demostrar su gratitud a Dios por la verdad, haciendo todo lo que pueden para preparar un lugar de culto apropiado; por el contrario, algunos tratan de hacer lo menos posible. Les parece que lo que gastan en la preparación de un lugar donde puedan recibir la visita del Altísimo se ha de contar como pérdida. Tal ofrenda es coja, e inaceptable para Dios. Vi que le agradaría mucho más a Dios si sus hijos manifestasen tanta sabiduría

al prepararle una casa a él como la que manifiestan al construir sus propias moradas.
Los sacrificios y las ofrendas de los hijos de Israel debían ser sin mácula ni defecto, lo mejor de los rebaños; y se requería que cada uno participase en esta obra. La obra de Dios para este tiempo (181) será extensa. Si edificáis una casa para el Señor, no le ofendáis ni le pongáis limitaciones al echar vuestras ofrendas cojas. Poned en la casa edificada para Dios la mejor ofrenda. Sea ella lo mejor de lo mejor que poseéis. Manifestad interés en hacerla conveniente y cómoda. Algunos piensan que esto no tiene importancia porque el tiempo es muy corto. Entonces aplicad la misma regla a vuestras propias moradas, y a todos vuestros planes mundanales.
Vi que Dios podría llevar a cabo su obra sin ayuda de ningún hombre; pero tal no es su plan. El mundo actual está destinado a ser un escenario de prueba para el hombre. Este debe formar aquí un carácter que le acompañará en el mundo eterno. Delante de él se halla el bien y el mal, y su estado futuro depende de la elección que haga. Cristo vino para cambiar la corriente de sus pensamientos y afectos. Su corazón debe ser apartado de su tesoro terrenal, y fijado en el celestial. Por su abnegación, Dios será glorificado. El gran sacrificio ha sido hecho para el hombre. Ahora se lo prueba a él para ver si sigue el ejemplo de Cristo y se sacrifica por sus semejantes.
Satanás y sus ángeles están coligados contra el pueblo de Dios, pero Jesús trata de purificarlo para sí. El exige que sus hijos hagan prosperar su obra. Dios les ha confiado en este mundo lo suficiente para llevar a cabo su obra sin trabas, y él quiere que usen juiciosamente los recursos que les ha confiado. "Vended lo que poseéis, y dad limosna" (Luc. 12:33), es parte de la sagrada Palabra de Dios. Los siervos de Dios deben levantarse, clamar y no escatimar esfuerzos para declarar "a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob su pecado" (Isa. 58:1). La obra de Dios se ha de extender. Si su pueblo sigue su consejo, no conservará muchos recursos que serán consumidos en la conflagración final. Se habrá hecho tesoros donde la polilla y el orín no pueden corromper, no habrá vínculo que lo ligue a esta tierra.

LECCIONES DE LAS PARÁBOLAS.-
Se me mostró que la parábola de los talentos no ha sido plenamente comprendida. Esta importante lección fue dada a los discípulos para beneficio de los creyentes que viviesen en los postreros días. Y estos talentos no representan solamente la capacidad de predicar e instruir acerca de la Palabra de Dios. La parábola se (182) aplica a los recursos temporales que Dios ha confiado a su pueblo. Aquellos a quienes se había entregado cinco y dos talentos, negociaron y duplicaron lo que se les confió. Dios requiere de aquellos que tienen posesiones en esta tierra, que de su dinero obtengan interés para él, que lo dediquen a la causa, para diseminar la verdad. Y si la verdad vive en el corazón de aquel que la recibió, él también ayudará con sus medios para comunicarla a otros; y mediante sus esfuerzos, su influencia y sus recursos, otras almas aceptarán la verdad y empezarán a trabajar por Dios.
Vi que algunos de los que profesan ser hijos de Dios, son como el hombre que ocultó su talento en la tierra. Impiden que sus bienes beneficien a la causa de Dios. Aseguran que son suyos, que tienen derecho a hacer lo que les plazca con ellos; y no se salvan almas por medio de los esfuerzos juiciosos que ellos podrían hacer con el dinero de su Señor. Los ángeles llevan un registro fiel de toda la obra de cada hombre, y al ser pronunciado el juicio sobre la casa de Dios, se registra la sentencia de cada uno al lado de su nombre, y al ángel se le ordena que no perdone a los siervos infieles, sino que los abata en el tiempo de la matanza. Y lo que les fue confiado les será arrebatado. Se los despojará de su tesoro terrenal; lo habrán perdido todo. Las coronas que podrían haber llevado si hubieran sido fieles, se colocarán sobre la cabeza de aquellos que hayan sido salvados por los siervos fieles cuyos recursos estuvieron constantemente en uso para Dios. Cada persona en cuya salvación intervinieron, añadirá estrellas a su corona de gloria y aumentará su eterna recompensa.
También me fue mostrado que la parábola del mayordomo infiel había de enseñarnos una lección. "Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las

moradas eternas" (Luc. 16:9). Si empleamos nuestros recursos para la gloria de Dios en esta tierra, nos hacemos tesoro en los cielos; y cuando las posesiones terrenales hayan desaparecido todas, el mayordomo fiel tendrá a Jesús y a los ángeles por amigos que le recibirán en las mansiones eternas.
"El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel" (Luc. 16:10). El que es fiel con sus bienes terrenales, que son los de menor importancia, y emplea juiciosamente lo que Dios le prestó aquí, será fiel a su profesión. "El que en lo muy poco es infiel, también en lo mucho es infiel" (Luc. 16:10, VM.). El que retiene (183) de Dios lo que él le prestó, será infiel en las cosas de Dios en todo respecto. "Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero?" (Luc. 16:11). Si nos demostramos infieles en el manejo de lo que Dios nos presta aquí, él no nos dará nunca la herencia inmortal. "Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro?" (Luc. 16:12). Jesús compró la redención para nosotros; es nuestra; pero nos hallamos aquí a prueba, para ver si resultamos dignos de la vida eterna. Dios nos prueba confiándonos bienes terrenales. Si somos fieles en impartir liberalmente lo que nos ha prestado, para fomentar su causa, Dios puede confiamos la herencia eterna. "No podéis servir a Dios y a las riquezas" (Luc. 16:13). "Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él" (1 Juan 2:15).
Desagrada a Dios la manera negligente en que muchos de los que profesan ser hijos suyos manejan sus negocios mundanales. Parecen haber perdido todo sentido del hecho de que la propiedad que están usando pertenece a Dios, y de que deberán dar cuenta de su mayordomía. En los asuntos comerciales de algunos reina absoluta confusión. Satanás se fija en todo ello y ataca en una oportunidad favorable, y por su manejo de las cosas arrebata muchos recursos de las filas de los observadores del sábado. Y estos recursos van a sus filas. Algunos que son ya ancianos no quieren arreglar sus negocios mundanales, y en un momento inesperado enferman y mueren. Hijos suyos que no tienen interés en la verdad, recogen la propiedad. Satanás lo arregló así para su propia conveniencia. "Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero? Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro?" (Luc. 16:11-12).
Me fue revelado el terrible hecho de que Satanás y sus ángeles intervienen más que Dios en el manejo de la propiedad de los que profesan ser hijos de Dios. Los mayordomos de los postreros día son imprudentes. Permiten que Satanás rija sus asuntos comerciales, y dejan pasar a sus filas lo que pertenece a la causa de Dios y debiera estar en ella. Dios se fija en vosotros, mayordomos infieles, y os llamará a dar cuenta. Vi que los mayordomos de Dios pueden, por una administración fiel y juiciosa, manejar sus asuntos en este mundo con exactitud, honradez y rectitud. Y es especialmente el privilegio y deber de los ancianos, de los débiles y de aquellos que no tienen hijos, colocar sus recursos donde puedan ser empleados (184) en la causa de Dios en caso de que los arrebate repentinamente la muerte. Pero vi que Satanás y sus ángeles se regocijan del éxito que han tenido en este mundo. Y aquellos que debieran ser sabios herederos de la salvación, permiten casi voluntariamente que el dinero de su Señor se deslice de sus manos a las filas del enemigo. De esta manera fortalecen el reino de Satanás, y parecen sentirse perfectamente tranquilos al respecto.

FIADORES DE LOS INCRÉDULOS.-

Vi que a Dios le desagrada que su pueblo sea fiador de los incrédulos. Se me indicaron estos textos: %o seas de aquellos que se comprometen, ni de los que salen por fiadores de deudas" (Prov. 22:26). "Con ansiedad será afligido el que sale por fiador de un extraño; mas el que aborreciere las fianzas vivirá seguro" (Prov. 11:15). ¡Mayordomos infieles! Comprometen lo que pertenece a otra persona —su Padre celestial— y Satanás está dispuesto a ayudara sus hijos y sacárselo de las manos. Los observadores del sábado no deben ser socios de los incrédulos. Los hijos de Dios confían demasiado en la palabra de los extraños, y piden su consejo cuando no debieran hacerlo. El enemigo hace de ellos sus agentes, y obra por su medio para quitar bienes a los hijos de Dios y afligirlos.
Algunos no tienen tacto para manejar prudentemente los asuntos mundanales. Carecen de las

habilidades necesarias, y Satanás se aprovecha de ellos. Cuando así sucede, los tales no deben permanecer ignorantes de su falta. Deben ser bastante humildes para consultar con sus hermanos, en cuyo juicio pueden tener confianza, antes de ejecutar sus planes. Se me indicó este pasaje: "Sobrellevad los unos las cargas de los otros" (Gál. 6:2). Algunos no son bastante humildes para permitir que los que tienen más capacidad hagan cálculos para ellos hasta después que siguieron sus propios planes y se vieron en dificultades. Entonces ven la necesidad de obtener el consejo y el juicio de su hermanos; pero ¡cuánto más pesada que al principio es la carga! Los hermanos no deben recurrir a los tribunales si es posible evitarlo; porque así dan al enemigo gran ventaja para enredarlos y afligirlos. Sería mejor hacer algún arreglo aunque implique cierta pérdida. (185)

LOS JURAMENTOS.-

Vi que algunos de los hijos de Dios han cometido un error con respecto a los juramentos, y Satanás se ha aprovechado de esto para oprimirlos y sacarles el dinero de su Señor. Vi que las palabras de nuestro Señor: "No juréis en ninguna manera" (Mat. 5:34), no se aplican al juramento judicial. "Sea vuestro hablar: Sí, sí; No, no; porque lo que es más de esto, de mal procede" (Mat. 5:37). Esto se refiere a la conversación común. Algunos usan un lenguaje exagerado. Unos juran por su vida; otros por su cabeza, o declaran que están tan seguros de algo como de que viven, o de que tienen cabeza. Algunos toman el cielo y la tierra como testigos de que ciertas cosas son como ellos dicen. Algunos incitan a Dios a que les quite la vida si lo que dicen no es verdad. Contra esta clase de juramento común amonesta Jesús a sus discípulos.

Ciertos hombres han sido colocados sobre nosotros para gobernarnos, y hay leyes que rigen al pueblo. Si no fuera por estas leyes, la condición del mundo sería peor que la actual. Algunas de estas leyes son buenas y otras, malas. Las últimas han estado aumentando, y aún hemos de vernos en dificultades. Pero Dios sostendrá a su pueblo para que se mantenga firme y viva de acuerdo con los principios de su Palabra. Cuando las leyes de los hombres entran en conflicto con la Palabra y la ley de Dios, hemos de obedecer a estas últimas, cualesquiera que sean las consecuencias. No hemos de obedecer la ley de nuestro país que exige la entrega de un esclavo a su amo; y debemos soportar las consecuencias de su violación. El esclavo no es propiedad de hombre alguno. Dios es su legítimo dueño, y el hombre no tiene derecho de apoderarse de la obra de Dios y llamarla suya.

Vi que el Señor tiene algo que hacer todavía con las leyes de la tierra. Mientras Jesús está en el santuario, los gobernantes y el pueblo sienten la restricción del Espíritu de Dios. Pero Satanás domina en extenso grado las masas del mundo, y si no fuera por las leyes de la tierra, experimentaríamos mucho sufrimiento. Se me mostró que cuando es realmente necesario y se llama a los hijos de Dios a testificar en forma legal, ellos no violan la Palabra de Dios al invocarle solemnemente como testigo de que dicen la verdad, y sólo la verdad.

El hombre es tan corrompido que las leyes están destinadas a obligarle a asumir sus responsabilidades. Algunos hombres no (186) temen mentir a sus semejantes; pero se les ha enseñado que es cosa terrible mentir a Dios, y el Espíritu de Dios que los refrena les ha inculcado esta verdad. Se nos dio como ejemplo el caso de Ananías y Safira, su esposa. El asunto es llevado del hombre a Dios, de manera que si alguno da falso testimonio, no lo da ante el hombre, sino ante el gran Dios que lee el corazón y conoce la verdad exacta de cada caso. Nuestras leyes hacen del falso juramento un delito muy grave. Dios imponía a menudo un castigo al que juraba en falso, y a veces mientras el juramento estaba aún en sus labios, el ángel destructor lo derribó. Esto había de aterrorizar a los malhechores.

Vi que si hay en la tierra alguien que pueda testificar bajo juramento en forma consecuente, ese tal es el creyente. El vive a la luz del rostro de Dios. Se fortifica en su fortaleza. Y cuando la ley debe decidir asuntos de importancia, no hay quien pueda apelar con tanto acierto a Dios como el creyente. El ángel me ordenó notar que Dios jura por sí mismo (Gén. 22:16; Heb. 6:13,17). Juró a Abrahán (Gén. 26:3), a Isaac (Salmo 105:9; Jer. 11:5), y a David (Salmo 132:11; Hechos 2:30). Dios exigió de los hijos de

Israel un juramento entre hombre y hombre (Ex. 22:10-11). Jesús se sometió al juramento en la hora de su juicio. El sumo sacerdote le dijo: "Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, Hijo de Dios" (Mat. 26:63). Jesús le contestó: "Tú lo has dicho" (verso 64). Si Jesús, en sus enseñanzas a los discípulos, se hubiese referido al juramento judicial, habría reprendido al sumo sacerdote, y puesto en práctica sus enseñanzas para beneficio de sus discípulos que estaban presentes. A Satanás le ha agradado que algunos hayan considerado el juramento en forma errónea; porque le ha dado oportunidad de oprimirlos y quitarles el dinero de su Señor. Los mayordomos de Dios deben ser más prudentes, trazar sus planes y prepararse para resistir a los designios de Satanás; porque él hará mayores esfuerzos que nunca antes.

Vi que algunos tienen prejuicios contra nuestros gobernantes y nuestras leyes; pero si no fuera por la ley, este mundo estaría en una condición espantosa. Dios refrena a nuestros gobernantes; porque en sus manos está el corazón de todos. Les son impuestos límites que les es imposible trasponer. Muchos de los gobernantes son personas a quienes Satanás domina; pero vi que hasta entre ellos Dios tiene sus agentes. Y algunos de ellos se convertirán aún (187) a la verdad. Están ahora desempeñando el papel que Dios quiere que desempeñen. Cuando Satanás obra por medio de sus agentes, se hacen propuestas que, si se llevasen a cabo, impedirían la obra de Dios y producirían grandes males. Los ángeles buenos inducen a estos agentes de Dios a que se opongan a tales propuestas con razones convincentes, a las cuales no pueden resistir los agentes de Satanás. Unos pocos de los agentes de Dios tendrán poder para derribar mucho mal. Así proseguirá la obra hasta que el tercer mensaje haya terminado su misión. Durante el fuerte pregón del tercer ángel, estos agentes tendrán oportunidad de recibir la verdad, y algunos de ellos se convertirán y soportarán con los santos el tiempo de angustia. Cuando Jesús salga del lugar santísimo, su Espíritu refrenados se retirará de los gobernantes y del pueblo. Estos quedarán bajo el dominio de los ángeles malos. Entonces, por consejo y dirección de Satanás, se harán leyes tales que, a menos que el tiempo sea muy corto, no se salvará ninguna carne.

ERRORES EN EL RÉGIMEN ALIMENTARIO.-

Queridos hermano y hermana A: El Señor ha considerado necesario en su misericordia darme una visión en este lugar; y entre las diferentes cosas que se me mostraron había algunas referentes a ustedes dos. Vi que no todo estaba bien en su caso. El enemigo ha estado buscando la destrucción de ustedes, y tratando de ejercer influencias sobre otros mediante ustedes. Vi que ustedes dos han adoptado una exaltada posición que Dios nunca les ha asignado, y que ambos se consideran muy a la vanguardia del pueblo de Dios. Vi que miraban hacia Battle Creek con celo y sospecha. Vi que colocaban sus manos en ese lugar y que modelaban sus actividades y esfuerzos para convertirlos en lo que ustedes pensaban que era lo correcto. Ustedes están notando detalles que no comprenden, con los cuales no tienen nada que ver y que en manera alguna les conciernen. Dios ha encomendado su obra en Battle Creek a siervos escogidos. Ha colocado sobre sus hombros la carga de la obra. Hay ángeles de Dios que han sido comisionados para vigilar la obra; y si ésta no avanza correctamente, los que están a la cabeza serán corregidos, y las cosas avanzarán de acuerdo con el orden de Dios sin interferencia de este o aquel individuo.

Vi que Dios desea que ustedes pongan atención en ustedes mismos. (188) Prueben sus motivos. Están engañados con respecto a ustedes mismos. Tienen una apariencia de humildad y esto ha ejercido influencia sobre otros, y los ha conducido a pensar que se encuentran a la vanguardia en la vida cristiana; pero cuando alguien toca sus teorías e ideas peculiares, inmediatamente se levanta su yo y ustedes manifiestan un espíritu voluntarioso y obstinado. Esto constituye una evidencia segura de que ustedes no poseen verdadera humildad.

Vi que ustedes tenían ideas equivocadas acerca de lo que aflige su cuerpo, por lo cual se privan de alimentos nutritivos. Esto induce a algunos en la iglesia a pensar que Dios se encuentra ciertamente con ustedes, porque en caso contrario no se negarían a sí mismos ni se sacrificarían. Pero vi que ninguna de

estas cosas hará que sean más santos. Los paganos hacen lo mismo pero no reciben recompensa por ello. Un espíritu quebrantado y contrito delante de Dios es a su vista de gran aprecio. Vi que sus ideas concernientes a estas cosas son erróneas, y que están mirando y observando la iglesia y tomando nota de detalles, cuando su atención debiera considerar el interés de sus propias almas. Dios no ha puesto sobre ustedes la carga de su grey. Ustedes piensan que la iglesia está atrasada porque no ve las cosas como ustedes las ven, y porque no sigue el rumbo rígido que ustedes piensan que se debe seguir. Vi que estaban engañados concerniente a su propio deber y al deber de los demás. Algunos han ido a extremos en lo que concierne al régimen alimentario. Han adoptado un proceder rígido y han vivido tan sencillamente que su salud ha sufrido, la enfermedad se ha afianzado en su organismo y el templo de Dios ha sido debilitado.

Se me llamó la atención a nuestra experiencia pasada en Rochester, Nueva York. Vi que cuando vivíamos en ese lugar no comíamos alimento nutritivo como debiéramos haberlo hecho, y como resultado, la enfermedad casi nos hizo descender a la tumba. Vi que así como Dios da sueño a sus amados, también está dispuesto a concederles alimento adecuado para mantener sus fuerzas. El motivo que nos animaba era puro. Era ahorrar dinero para poder seguir publicando nuestra revistita. Éramos pobres. Vi que en ese tiempo la falta había sido de la iglesia. Los que tenían recursos eran codiciosos y egoístas. Si ellos hubieran hecho su parte se habría aligerado la carga que pesaba sobre nosotros; pero debido a que algunos no hicieron su parte, nosotros estuvimos recargados y otros estuvieron aliviados. Vi que Dios no requiere que ninguno adopte (189) un sistema de economía tan rígido que llegue a perjudicar el templo de Dios. Hay deberes y exigencias en la Palabra de Dios para humillar a la iglesia y hacer que sus miembros aflijan sus almas, de modo que es innecesario hacer cruces que creen deberes que aflijan el cuerpo a fin de causar humildad. Todo esto se encuentra fuera de la Palabra de Dios.

El tiempo de angustia está cercano, y cuando llegue, el pueblo de Dios tendrá que negarse a sí mismo y comer lo que apenas sea necesario para sustentar su vida, pero Dios nos preparará para ese tiempo. En esa hora terrible nuestra necesidad será oportunidad de Dios de impartir su poder fortalecedor y de sustentar a su pueblo. Pero ahora Dios requiere que ellos trabajen con sus manos en las cosas que son buenas, y que aparten de los recursos con que él los ha prosperado y hagan su parte en sostener la causa de la verdad. Este es un deber prescrito a todos los que no han sido llamados especialmente en palabra y en doctrina, a dedicar su tiempo a proclamar a otros el camino de vida y de salvación.

Los que trabajan con sus manos deben alimentar sus fuerzas para llevar a cabo ese j traba o, y también los que trabajan en palabra y doctrina deben alimentar sus fuerzas; porque Satanás y sus ángeles malignos están luchando contra ellos para aniquilar sus fuerzas. Debieran hacer reposar el cuerpo y la mente del trabajo agotador cuando puedan hacerlo, y debieran tomar alimentos nutritivos y fortalecedores para edificar sus fuerzas, porque se verán en la necesidad de poner en ejercicio todas las fuerzas que tengan. Vi que no glorifica a Dios en lo mínimo que algunos de sus hijos se creen un tiempo de angustia para sí mismos. El pueblo de Dios tiene un tiempo de angustia ante él, y Dios lo preparará para ese temible conflicto.

Vi que sus ideas concernientes a la carne de cerdo[16] no causarían ningún perjuicio si ustedes las guardaran para sí mismos; pero en su juicio y opinión han convertido este asunto en una prueba, y sus (190) acciones han mostrado claramente su fe en este asunto. Si Dios requiere que su pueblo se abstenga de consumir carne de puerco, los convencerá acerca de ello. Está tan dispuesto a mostrar a sus

[16] Este notable testimonio fue escrito el 21 de Octubre de 1858, casi cinco años antes de la gran visión de 1863, en la cual se dio la luz concerniente a la reforma pro salud. Cuando llegó el momento debido, se presentó el tema en una forma que pusiera en acción a todo nuestro pueblo ¡Cuán admirable es la sabiduría y la bondad de Dios! Sería tan errado insistir en la actualidad en que es necesario dejar la leche, la sal y el azúcar, como lo fue insistir en el tema del puerco en 1858. J.W., Nota a la segunda edición.

hijos honrados cuál es su deber, como lo está de mostrar su deber a personas sobre quienes no ha depositado la carga de su obra. Si es deber de la iglesia abstenerse de consumir carne de puerco, Dios lo revelará a más de dos o tres personas. El enseñará a su iglesia cuál es su deber.
Dios está conduciendo a un pueblo y no a unas cuantas personas separadas aquí y allá, una que cree una cosa y otra que cree otra diferente. Los ángeles de Dios están efectuando la obra confiada a su cuidado. El tercer ángel va a la cabeza y está purificando a un pueblo, y éste debiera avanzar con él en forma unida. Algunos toman la delantera a los ángeles que están guiando a su pueblo; pero tienen que desandar cada paso y seguir humildemente al mismo paso que los ángeles que guían. Vi que los ángeles de Dios no conducirán a su pueblo con más rapidez de la que éste puede recibir las importantes verdades que se le comunican y llevarlas a la práctica. Pero algunas personas inquietas hacen su trabajo sólo a medias. A medida que el ángel las guía se apresuran en ir en busca de algo nuevo, y avanzan sin dirección divina y en esta forma acarrean confusión y discordia a las filas. No hablan ni obran en armonía con el resto del cuerpo. Vi que ustedes dos debieran ser conducidos rápidamente al lugar donde quieren ser conducidos, en vez de querer ustedes mismos ser los directores, porque en caso contrario Satanás se introducirá y los guiará en su camino, para que sigan sus designios. Algunos consideran sus ideas fijas y las tienen por evidencia de humildad. Esto es engañoso. Ustedes dos están actuando en forma tal que más tarde tendrán que arrepentirse.
Hermano A, usted es por naturaleza tacaño y codicioso. Diezma la menta y el comino, pero descuida las cosas de mayor peso. Cuando el joven rico acudió a Jesús y preguntó qué debía hacer para tener vida eterna, Jesús le dijo que guardara sus mandamientos. El contestó que todo eso ya lo había guardado. Luego Jesús añadió: Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo. El resultado de esto fue que el joven se retiró entristecido, porque tenía muchas posesiones. Vi que usted tiene ideas equivocadas. Dios requiere que su pueblo practique la economía; pero algunos han estirado la economía hasta convertirla (191) en tacañería. Quisiera que usted pudiera ver su caso tal como es. Usted no posee el verdadero espíritu de sacrificio que es aceptable para Dios. Usted observa a otros y si ve que no siguen el mismo proceder rígido que usted practica, no hace nada por ellos. Su alma se está marchitando bajo la influencia de sus propios errores. Usted manifiesta un espíritu fanático y supone que se trata del Espíritu Santo. Está engañado. No puede soportar el testimonio claro y cortante. Quisiera recibir un testimonio halagador; pero cuando alguien reprueba sus yerros, su yo se manifiesta rápidamente. Usted y su esposa no tienen un espíritu humilde. Hay una obra que deben hacer... Vi que estos actos y ese espíritu, eran el fruto de sus errores y el resultado de establecer su propio juicio e ideas como regla para otros, en oposición a los obreros que Dios ha llamado al campo de labor. Han errado por querer abarcar mucho.
Vi que ustedes habían pensado que este o aquel obrero había sido llamado a trabajar en el campo, cuando en realidad no saben nada de ese asunto. Ustedes no pueden leer el corazón. Si hubieran bebido abundantemente de la verdad del mensaje del tercer ángel no pensarían que tienen tanta libertad para decir quién ha sido llamado por Dios y quién no lo ha sido. El hecho de que una persona pueda orar y hablar bien no constituye una evidencia de que Dios la haya llamado. Todos ejercen cierta influencia, y esa influencia debiera revelar a Dios. Pero el asunto de si éste o aquél debieran dedicar su tiempo a trabajar por las almas, es de gran importancia, de modo que nadie, sino Dios, puede decidir quién debe dedicarse a esta solemne tarea. En los días de los apóstoles había hombres buenos, que podían orar con poder y hablar con precisión; sin embargo los apóstoles, que tenían poder sobre los espíritus inmundos y podían sanar a los enfermos, no se atrevieron, usando únicamente su propia sabiduría, a apartara alguien para que fuera el portador de la voz de Dios en esa obra sagrada. Aguardaron hasta tener una evidencia inequívoca acerca de la manifestación del Espíritu Santo. Vi que Dios había dado a sus ministros el deber de decidir quién reunía las condiciones necesarias para la obra sagrada; y juntamente con la iglesia y las señales manifiestas del Espíritu Santo, debían decidir quiénes debían ir y quiénes estaban descalificados para ir. Vi que si la tarea de decidir quiénes estaban suficientemente calificados

para llevar a cabo esta gran obra se dejaba librada a unas pocas personas, como resultado se producirían confusión y distracción en todas partes. (192)
Dios ha mostrado repetidamente que no debiera animarse a una persona a que salga a trabajar al campo sin tener evidencia inequívoca de que ha sido llamada. El Señor no confiará la responsabilidad de cuidar su grey a personas que no posean las calificaciones necesarias. Aquellos a quienes Dios llama deben ser personas de profunda experiencia, probados, de juicio sólido, personas que se atrevan a reprochar el pecado con espíritu de humildad, y que entiendan cómo alimentar a la grey. Dios conoce el corazón y también sabe a quién elegir. El hermano y la hermana A pueden decidir en este asunto, pero equivocarse completamente. Su juicio es imperfecto y no puede considerarse como evidencia en este asunto. Vi que ambos se están alejando de la iglesia, y si continúan haciéndolo, cosecharán amargos resultados, porque Dios los dejará ir para que sufran siguiendo su propio camino.
Ahora Dios lo invita a hacer lo recto, a probar sus motivos y a obrar en armonía con su pueblo.
Mannsville, Nueva York, 21 de Octubre de 1858. (193)

NUMERO 6: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA.-
SE REPRENDE LA NEGLIGENCIA.-

Queridos hermanos y hermanas: Dios nuevamente me ha visitado en su misericordia, en tiempo de congoja y aflicción. El 23 de Diciembre de 1860 fui tomada en visión y se me mostraron los errores cometidos por ciertas personas que han afectado a la causa. No me atrevo a retener el testimonio para la iglesia a fin de evitar herir los sentimientos de algunas personas.
Se me mostró la condición espiritual pobre del pueblo de Dios; y vi que Dios no se había alejado de él, sino que el pueblo se había apartado de Dios, y se había tornado indiferente. Poseen la teoría de la verdad pero no tienen su poder salvador. A medida que nos aproximamos al final del tiempo, Satanás desciende con gran poder, sabiendo que tiene poco tiempo. Su poder se ejercerá especialmente contra el pueblo remanente. Dará batalla contra ellos y tratará de dividirlos y esparcirlos para que se debiliten y sean derrotados. El pueblo de Dios debiera avanzar con entendimiento, y debiera unirse en sus esfuerzos. Debieran tener un mismo propósito y discernimiento, porque entonces sus esfuerzos no se perderían, sino que ejercerían una influencia poderosa en la edificación de la causa de la verdad presente. Es necesario mantener el orden, y debe actuarse con unidad en este propósito, porque en caso contrario Satanás sacará ventaja.
Vi que el enemigo actuaría en toda forma posible para desalentar el pueblo de Dios, para confundirlo y presentarle dificultades, y que el pueblo de Dios debía avanzar con discernimiento y prepararse para resistir los ataques de Satanás. Los asuntos pertenecientes a la iglesia no deben dejarse inconclusos. Hay que tomar las medidas necesarias para asegurar la propiedad de la iglesia para la causa de Dios, á fin de que la obra no se atrase en su progreso y para que los medios que los hermanos desean dedicar a la causa de Dios no sean traspasados a las filas del enemigo. Vi que el pueblo de Dios debía actuar con sabiduría y no dejar nada por hacer de su parte para colocar los negocios de la iglesia en una condición segura. Después de haber hecho todo lo que podían hacer, deben confiar en el Señor para que él dirija las cosas de modo que Satanás no (194) saque ventaja del pueblo remanente de Dios. Ha llegado el tiempo cuando Satanás se pondrá a la obra. Nos espera un futuro tormentoso, por lo que la iglesia debiera despertar a fin de anticiparse en su actuación para permanecer firmes contra los planes del enemigo. Es tiempo de hacer algo. A Dios no le agrada que su pueblo deje inconclusos los asuntos de la iglesia, y que permita que el enemigo obtenga plena ventaja y control de los asuntos según le plazca.
Se me mostró la posición errada que había sido adoptada por el hermano B en la Review concerniente a asuntos de organización, y la influencia perjudicial ejercida. No pesó suficientemente el asunto. Sus artículos estaban perfectamente calculados para ejercer una influencia dispersadora, para conducir las mentes a conclusiones erróneas y para animar a muchos en sus ideas negligentes acerca de cómo deben manejarse las cosas en la causa de Dios. Los que no sienten sobre sí el peso de esta causa, tampoco

sienten la necesidad de que se haga algo para establecer orden en la iglesia.
Quienes han llevado la carga durante mucho tiempo miran al futuro y pesan los asuntos. Están convencidos de que es necesario tomar medidas para colocar los asuntos de la iglesia en una posición más segura, para evitar que Satanás entre y saque ventaja. Los artículos del hermano B han inducido a los que sienten temor por el orden, a considerar con sospecha la sugerencia de personas que por la providencia especial de Dios participan en las cuestiones importantes de la iglesia. Y cuando él vio que su posición no podía permanecer, dejó de reconocer francamente su error y trabajar para borrar la impresión equivocada que había causado.
Vi que el hermano B era demasiado cómodo y negligente. Le ha faltado energía, porque ha considerado una virtud dejar que el Señor haga lo que el Señor quería que él hiciera. El Señor interviene en nuestro favor únicamente en casos de gran emergencia. Nosotros tenemos un trabajo que debemos hacer, tenemos cargas y responsabilidades que llevar, y al cumplir con esos deberes aumentamos nuestra experiencia. El hermano B manifiesta el mismo carácter en las cuestiones espirituales que en sus asuntos temporales. Tiene falta de celo y entusiasmo para llevar a cabo un trabajo. Todos debieran actuar con más discreción y sabiduría concerniente a las cosas de Dios de lo que han manifestado en las cosas temporales para asegurarse una posición terrenal. (195)
Pero si bien es cierto que el pueblo de Dios está justificado en su esfuerzo por asegurar la propiedad de la iglesia por medios legales, debieran cuidar de mantener su carácter peculiar y santo. Vi que personas no consagradas se aprovecharían de la posición que la iglesia ha tomado recientemente: se extralimitarán, llevarán las cosas hasta posiciones extremas y dañarán la causa de Dios. Algunos actuarán sin sabiduría ni juicio, iniciarán juicios legales que habrían podido evitarse, se mezclarán con el mundo, participarán de su espíritu e influirán en otros para que también sigan su ejemplo. Un cristiano profeso que actúa imprudentemente hace mucho daño a la causa de la verdad presente. El mal se arraiga, con más facilidad que el bien y florece cuando el bien y la justicia languidecen, a menos que se los nutra cuidadosamente.
Se me llamó la atención hacia el pasado y vi que en cada paso importante, en cada decisión efectuada o punto ganado por el pueblo de Dios, se han levantado algunos y han llevado los asuntos hasta los extremos; han actuado en forma extravagante, lo cual ha disgustado a los creyentes, han puesto en dificultades al pueblo de Dios y han desprestigiado la causa de Dios. El pueblo que Dios está conduciendo en estos últimos días será afligido por tales cosas. Pero se evitará mucho mal si los ministros de Cristo mantienen unidad de pensamiento, si permanecen unidos en sus planes de acción y en sus esfuerzos. Si se mantienen juntos, si se apoyan unos a otros y reprueban fielmente el mal, harán que éste pronto desaparezca. Pero Satanás ha controlado demasiado estos asuntos. Hay miembros de iglesia, y aun predicadores, que han simpatizado con personas desleales que han sido reprochadas por sus errores, lo cual ha producido como resultado división en los sentimientos. El que ha salido a cumplir su desagradable deber reprochando fielmente el error y el mal, se siente afligido y herido porque no recibe plena simpatía de sus hermanos en la predicación. Vuelve desanimado después de haber cumplido esos dolorosos deberes, deja caer su cruz y retiene los testimonios definidos y directos. Su alma queda envuelta en tinieblas y la iglesia sufre por faltar precisamente el testimonio que Dios se había propuesto que viviera entre su pueblo. Se cumple el propósito de Satanás cuando se suprime el testimonio fiel. Los que simpatizan fácilmente con el mal lo consideran como virtud pero no comprenden que están ejerciendo una influencia desorganizadora y que ellos mismos están ayudando a llevara cabo los planes de Satanás. (196)
Vi que muchas almas habían sido destruidas por sus hermanos que habían simpatizado fácilmente con ellas, cuando su única esperanza consistía en que se les ayudara a ver y comprender el resultado completo de sus males. Pero al aceptar ansiosamente la simpatía de sus hermanos imprudentes, reciben la impresión de que han sido maltratados; y si intentan volver sobre sus pasos para enmendarse, lo hacen en forma desinteresada. Dividen el asunto para que satisfaga sus sentimientos naturales, culpan

al que los ha reprochado y así solucionan el asunto. No examinan su situación hasta el fondo, no la remedian, por lo que vuelven a caer en el mismo mal porque no se les permitió que comprobaran el resultado total de su conducta errada, ni que se humillaran a sí mismos delante de Dios y le permitieran que él los restaurara. Los que han manifestado falsa simpatía han obrado en directa oposición al parecer de Cristo y de los ángeles ministradores.

Los ministros de Cristo debieran levantarse y dedicarse con todas sus energías a llevar a cabo la obra de Dios. No se excusa a los siervos de Dios si ellos retienen los testimonios directos. De-hieran censurar y desaprobar el mal y no permitir que un hermano viva en pecado. A continuación deseo presentar una parte de una carta que escribí al hermano C:

"Se me mostraron algunas cosas con respecto a usted. Vi que el testimonio vivo y certero había sido anulado en la iglesia. Usted no ha estado en armonía con el testimonio directo. Usted se ha resistido a combatir decididamente el mal, y se ha molestado con los que se sentían compelidos a hacerlo. Los miembros desleales han gozado de su simpatía. Esto ha tendido a convertirlo a usted en un hombre débil. Usted no se ha mantenido unido con el testimonio definido y directo que debiera haberse presentado claramente a la persona implicada.

"No se excusa a los siervos de Dios si retienen el testimonio directo. Deben censurar y desaprobar el mal y no permitir que exista pecado en un hermano. Con frecuencia usted ha extendido sus manos para proteger a las personas de la censura que merecían y la corrección que el Señor se proponía que recibieran. Si esas personas no logran reformarse, eso se acredita a su cuenta. En lugar de vigilar las señales de peligro y de hacérselas saber, usted ha ejercido su influencia contra los que han seguido sus convicciones acerca del deber y reprobado y amonestado a los que yerran. (197)

"Estos son tiempos peligrosos para la iglesia de Dios, y el mayor peligro actual es el autoengaño. Personas que profesan creer la verdad están ciegas a su propio peligro y errores. Han alcanzado la norma de piedad establecida por sus amigos y ellos mismos están en comunión con sus hermanos y se encuentran satisfechos, pero en realidad no alcanzan a satisfacer la norma del Evangelio establecida por nuestro Señor divino. Si consienten que haya iniquidad en sus corazones, el Señor no los escuchará. Pero en el caso de muchos, no sólo consienten la iniquidad en el corazón, sino que la llevan a cabo abiertamente en la vida; sin embargo, en muchos casos los pecadores no son reprochados.

"Se me llamó la atención a -----. Los sentimientos que usted entonces manifestaba eran errados. Debiera haberse mantenido lado a lado con el pastor D y haber llevado a cabo la obra debida, tomando en cuenta y reprochando los errores individuales. La carga que usted ha echado sobre el pastor D la merecía usted mismo, debido a su falta de valor moral para reprochar el mal. Usted ha ejercido influencia sobre otros. La buena obra que Dios se había propuesto que usted cumpliera para con ciertas personas no fue llevada a cabo, y esas personas han sido llenadas de orgullo por Satanás. Si usted se hubiera mantenido de parte del consejo de Dios en ese momento, se habría ejercido una influencia positiva en la causa de Dios. El Espíritu del Señor ha sido afligido. Y esta falta de unión desanima a los obreros a quienes Dios ha encargado de presentar los reproches.

"Se me mostró que usted ha estado equivocado al simpatizar con E. La conducta que usted ha adoptado con respecto a él ha dañado su influencia y ha perjudicado mucho la causa de Dios. Es imposible que los miembros de la iglesia de Dios se mantengan en comunión con E. El se ha colocado en un lugar en el que no puede ser ayudado por la iglesia, donde la iglesia no puede tener comunión con él ni él tener voz en la iglesia. Se ha ubicado en ese lugar a pesar de que tenía luz y verdad. Ha elegido tercamente su propio comportamiento y ha rehusado escuchar el reproche. Ha seguido las inclinaciones de su corazón corrompido, ha violado la santa ley de Dios y ha acarreado oprobio sobre la causa de la verdad presente. Si alguna vez se arrepiente sinceramente, la iglesia no debe ocuparse de su caso. Si va al cielo debe hacerlo solo, sin la comunión de la iglesia. El reproche de Dios y de la iglesia debe permanecer permanentemente (198) sobre él, para que la norma de moralidad no sea rebajada hasta el polvo. El Señor siente desagrado por su proceder en estas cosas.

"Usted ha dañado la causa de Dios; su comportamiento obstinado ha herido los corazones del pueblo de Dios. Su influencia estimula una actitud de negligencia en la iglesia. Usted debiera escuchar el testimonio vivo y directo. Apártese del camino de la obra de Dios y no se interponga entre Dios y su pueblo. Usted ha descartado durante mucho tiempo el testimonio definido y se ha opuesto a la severa censura que Dios le envía para desaprobar sus males individuales. Dios está corrigiendo, probando y purificando a su pueblo. Apártese del camino para no poner estorbos a su obra. El no aceptará un testimonio suave. Los ministros deben dar su advertencia en alta voz y no callar. El Señor le ha dado un poderoso testimonio, calculado para fortalecer a la iglesia y despertar a los incrédulos. Pero usted debe corregir sus deficiencias, porque en caso contrario su testimonio carecerá de poder y su influencia perjudicará a la causa de Dios. La gente lo mira a usted como un ejemplo. No la engañe. Deje que su influencia se ejerza para corregir los males que existen en su familia y en la iglesia".
Se me mostró que el Señor está reviviendo el testimonio vivo y directo, que contribuirá a desarrollar el carácter y a purificar la iglesia. Pero mientras se nos ordena que nos separemos del mundo, no es necesario que nos convirtamos en personas ásperas y ordinarias, que nos rebajemos a un nivel de vulgaridad y presentemos nuestras observaciones con rudeza. La verdad tiene el propósito de elevar al que la recibe, de refinar su gusto y santificar su juicio. Debiera efectuarse un esfuerzo constante para imitar al grupo con el que esperamos unirnos pronto, es decir, los ángeles de Dios que nunca han caído en pecado. El carácter debe ser santo, los modales deben ser agradables y las palabras sin engaño, y así seguiremos avanzando paso a paso hasta que estemos preparados para la traslación.

DEBERES PARA CON LOS HIJOS.-
Se me ha mostrado que generalmente los padres no se han
conducido debidamente para con sus hijos. No los han refrenado como debieran haberlo hecho, sino que les han permitido manifestar orgullo y seguir sus propias inclinaciones. Antiguamente, la autoridad (199) paterna era respetada; los hijos estaban entonces sujetos a sus padres, y los temían y reverenciaban; pero en estos últimos días el orden ha sido invertido. Algunos padres están sujetos a sus hijos. Temen contrariar su voluntad, y por lo tanto ceden a lo que les exigen. Pero mientras que los hijos están bajo el techo de sus padres y dependen de ellos, deben estar sujetos a su voluntad. Los padres deben obrar con decisión, requiriendo que se acate lo que ellos consideran correcto.
Elí podría haber reprendido a sus hijos perversos, pero temía desagradarles. Los dejó persistir en su rebeldía, hasta que llegaron a ser una maldición para Israel. Se exige que los padres refrenen a sus hijos. La salvación de éstos depende en gran parte de la conducta seguida por los padres. En su amor y ternura equivocados, muchos padres miman a sus hijos para perjuicio de éstos, fomentan su orgullo, y los atavían con adornos que los envanecen e inducen a pensar que el traje es lo que hace a un caballero o a una dama. Pero una corta relación con ellos convence a quienes los tratan de que una hermosa apariencia no es suficiente para ocultar la deformidad del corazón desprovisto de las gracias cristianas, pero lleno de amor propio, altanería, y pasiones sin freno. Los que aman la mansedumbre, la humildad y la virtud, deben huir de tal sociedad, aun cuando sea la de hijos de observadores del sábado. Su compañía es deletérea; su influencia conduce a la muerte. Los padres no se dan cuenta de la influencia destructora que ejerce la semilla que están sembrando. Ella brotará y dará un fruto que hará a los hijos despreciar la autoridad paterna.
Aunque sean adultos, se requiere de los hijos que respeten a sus padres, y que se preocupen por su comodidad. Deben seguir los consejos de padres piadosos, y no han de pensar que porque han cumplido algunos años más ya no tienen obligaciones para con ellos. Hay un mandamiento que encierra una promesa para los que amen a su padre y a su madre. En estos postreros días, los hijos se distinguen tanto por su desobediencia y falta de respeto, que Dios lo ha notado especialmente. Ello constituye una señal de que el fin se acerca y demuestra que Satanás ejerce un dominio casi completo sobre la mente de los jóvenes. Muchos no respetan ya las canas. Se considera que eso es anticuado; que

es una costumbre que data de los tiempos de Abrahán. Dijo Dios: "Yo lo he conocido, sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí" (Gén. 18:19). (200)

Antiguamente, no se permitía a los hijos que se casaran sin el consentimiento de sus padres. Los padres elegían los cónyuges de sus hijos. Se consideraba delito que los hijos contrajesen matrimonio por su propia responsabilidad. Primero se presentaba el asunto ante los padres, y ellos debían considerar si la persona que iba a ser puesta en íntima relación con ellos era digna, y si las partes contrayentes podían sostener una familia. Se consideraba de suma importancia que ellos, como adoradores del verdadero Dios, no se uniesen en matrimonio con gente idólatra, a fin de que sus familias no fuesen apartadas de Dios. Aun después que los hijos se habían casado, se hallaban bajo la más solemne obligación para con sus padres. Su juicio no era considerado aun entonces como suficiente sin el consejo de los padres, y se les exigía que respetasen y acatasen sus deseos, a menos que éstos se opusieran a los requisitos de Dios.

También fue llamada mi atención a la condición de los jóvenes en estos últimos días. No se ejerce dominio sobre los niños. Padres, debéis principiar vuestra primera lección de disciplina cuando vuestros hijos son aún niños mamantes en vuestros brazos. Enseñadles a conformar su voluntad a la vuestra. Esto puede hacerse con serenidad y firmeza. Los padres deben ejercer un dominio perfecto sobre su propio genio, y con mansedumbre, aunque con firmeza, doblegar la voluntad del niño hasta que no espere otra cosa sino el deber de ceder a sus deseos.

Los padres no empiezan a tiempo, no subyugan la primera manifestación del mal genio del niño, y éste nutre una terquedad que aumentará con el crecimiento y se fortalecerá a medida que él mismo adquiera fuerza. Algunos niños piensan que por ser ya mayorcitos es la cosa más natural que se los deje hacer su propia voluntad y que sus padres se sometan a sus deseos. Ellos esperan que sus padres los sirvan. Las restricciones los impacientan, y cuando ya tienen bastante edad para ayudara sus padres, no llevan las cargas que debieran llevar. Se les ha eximido de las responsabilidades, y se vuelven inútiles para el hogar y para cualquier ambiente. No tienen poder de resistencia. Los padres han llevado las cargas, y los han dejado crecer ociosos, sin hábitos de orden, laboriosidad ni economía. No se los ha habituado a la abnegación, sino que se los ha mimado y echado a perder. Sus apetitos han sido fomentados; y llegan a la edad adulta con la salud debilitada. Sus modales y comportamiento no son agradables. Son desdichados (201) ellos mismo, y hacen desdichados a cuantos los rodean. Y mientras los hijos son aún niños, mientras necesitan ser disciplinados, se les deja salir en grupos y buscar la sociedad de los jóvenes, y unos ejercen una influencia corruptora sobre otros.

La maldición de Dios descansará seguramente sobre los padres infieles. No sólo están ellos plantando espinas que los habrán de herir aquí, sino que deberán arrostrar su propia responsabilidad cuando se abra el juicio. Muchos hijos se levantarán en el juicio y condenarán a sus padres porque no los reprendieron, y los harán responsables de su destrucción. La falsa simpatía y el amor ciego de los padres los impulsa a excusar y a no corregir las faltas de sus hijos, y como consecuencia éstos se pierden, y la sangre de sus almas recaerá sobre los padres infieles.

Los niños que son así criados sin disciplina, tienen que aprenderlo todo cuando profesan seguir a Cristo. Toda su experiencia religiosa queda afectada por la crianza que han recibido en su niñez. Muchas veces aparece el mismo carácter voluntarioso, la misma falta de abnegación, la misma impaciencia bajo los reproches, el mismo amor propio y mala voluntad para aceptar los consejos ajenos, o para recibir la influencia de los juicios ajenos, la misma indolencia, el mismo espíritu de rehuir las cargas y de negarse a llevar responsabilidades. Todo esto se ve en su relación con la iglesia. Para los tales es posible vencer; pero ¡cuán dura es la lucha que les aguarda y cuán severo el conflicto! ¡Cuán duro es pasar por el curso de disciplina cabal necesario para alcanzar la elevación del carácter cristiano! Sin embargo, si llegan a vencer al fin, les será permitido ver, antes de ser trasladados, cuánto se acercaron al precipicio de la destrucción eterna, por haberles faltado la debida preparación en la juventud, por no haber aprendido a someterse en la niñez.

LA DADIVOSIDAD SISTEMÁTICA.-

Se me llamó la atención a los hijos de Israel de la antigüedad. Dios requería de todos ellos, tanto de los pobres como de los ricos, un sacrificio que estuviera de acuerdo con la forma como él los había prosperado. No excusaba a los pobres porque no poseían los bienes de sus hermanos ricos. Se requería que manifestaran economía y abnegación. Y si había algunos que eran tan pobres que les resultaba completamente imposible llevar una ofrenda al Señor, si la enfermedad o el infortunio los había privado de la capacidad de (202) dar, se requería que los ricos les ayudaran a llevar una ofrenda humilde, para que no se presentaran con las manos vacías delante del Señor. Esta disposición preservaba el interés mutuo.

Algunos no se han unido en el plan de la dadivosidad sistemática, excusándose porque tenían deudas. Sostienen que primero deben llegar a un estado en el que "no le deban nada a nadie". Pero el hecho de que se encuentren en deuda no constituye una excusa para ellos. Vi que debían dar a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios. Algunos tienen mucho cuidado de no "deber a nadie nada", y piensan que Dios no puede requerir nada de ellos hasta que hayan pagado todas sus deudas. En esto se engañan a sí mismos. Dejan de dar a Dios lo que le pertenece. Todos deben llevar una ofrenda adecuada delante de Dios. Los que están endeudados debieran descontar de sus entradas lo que deben pagar y luego deben dar en proporción a lo que les queda.

Algunos han sentido una obligación sagrada hacia sus hijos. Deben dar una parte a cada uno, pero no logran reunir recursos para ayudar a la causa de Dios. Se excusan diciendo que tienen un deber hacia sus hijos. Eso puede ser así, pero su primer deber es hacia Dios. Dad a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios. No robéis a Dios reteniendo vuestros diezmos y ofrendas. El primer deber sagrado consiste en dar a Dios una parte adecuada de los recursos. Que nadie procure con sus pretensiones induciros a robar a Dios. Que vuestros hijos no roben vuestra ofrenda del altar de Dios para usarla en beneficio propio.

Vi que en tiempos antiguos la codicia de algunos los inducía a retener una buena parte de sus recursos; con eso presentaban una ofrenda mezquina. Eso se registraba en el cielo, por lo que la maldición caía sobre su cosecha y sus rebaños proporcionalmente a lo que habían retenido. En el caso de algunos, su familia era afligida con enfermedades. Dios no estaba dispuesto a aceptar una ofrenda imperfecta. Debía ser sin tacha, la mejor del rebaño, y los frutos debían ser las primicias del campo. Debía ser una ofrenda voluntaria si deseaban tener la bendición del Señor sobre su familia y sus posesiones.

Se me presentó el caso de Ananías y Safira para ilustrar lo que hacen los que evalúan su propiedad por debajo de su valor real. Ananías y Safira pretendieron dar al Señor una ofrenda voluntaria de sus posesiones. Pedro dijo: "¿Vendisteis en tanto la heredad?" La respuesta de Safira fue: "Sí, en tanto" (Hechos 5:8). Algunos en (203) este tiempo maligno no considerarían eso una mentira. Pero así lo considera el Señor. La habían vendido en tanto, y en mucho más. Habían fingido dedicarlo todo a Dios. A él se lo habían encubierto y su retribución no tardó en llegar.

Vi que mediante el plan de la dadivosidad sistemática se prueban los corazones. Es una prueba de vigencia permanente. Lo hace a uno comprenderlo que tiene en su propio corazón y ver si predomina la verdad o el amor al mundo. Esta es una prueba para los que son egoístas y codiciosos por naturaleza. Estos evaluarán sus posesiones en muy poco. En eso actúan con fingimiento. Dijo el ángel: "Maldito el que hace engañosamente la obra del Señor". Los ángeles observan el desarrollo del carácter, y el informe de las acciones de tales personas es llevado al cielo por los mensajeros celestiales. Algunos serán castigados por Dios por estas cosas, y sus entradas serán rebajadas para que armonicen con los cálculos que ellos han hecho acerca del valor de sus bienes. "Hay quienes reparten, y les es añadido más, y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza. El alma generosa será prosperada; y el que saciare, él también será saciado" (Prov. 11:24-25).

Se requiere de todos que se interesen en esta obra. Los que usan tabaco, té y café debieran poner de lado esos ídolos, y colocar en la tesorería del Señor lo que gastan en ellos. Algunos nunca han

efectuado un sacrificio por la causa de Dios, y están dormidos concerniente a lo que Dios requiere de ellos. Algunas de las personas más pobres tendrán una gran lucha para negarse esos estimulantes. Este sacrificio individual no se requiere porque la causa de Dios sufre por falta de recursos. Pero todo corazón será probado, todo carácter será desarrollado. Es un principio que debe ser observado por el pueblo de Dios. El principio viviente debe manifestarse en la vida.
"¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado? En vuestros diezmos y ofrendas. Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me habéis robado. Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde. Reprenderé también por vosotros al devorador, y no os destruirá el fruto de la tierra, y vuestra vid en el campo será estéril, dice Jehová de los ejércitos" (Mal. 3:8-11). Vi que este pasaje bíblico se había aplicado (204) erróneamente al acto de hablar y orar en una reunión. Esta profecía tiene una aplicación especial en los últimos días, y enseña al pueblo de Dios su deber de entregar una parte de sus recursos como ofrenda voluntaria al Señor.

EL NOMBRE DE NUESTRA DENOMINACION.-
Recibí una revelación acerca de la adopción de un nombre por el pueblo remanente. Se me presentaron dos clases de personas. Una abarcaba las grandes organizaciones cuyos miembros profesan ser cristianos. Estos hollaban la ley de Dios bajo sus pies y se postraban ante una institución papal. Observaban el primer día de la semana como día de reposo del Señor. La otra clase, en la cual había pocas personas, se prosternaba ante el gran Legislador. Observaba el cuarto mandamiento. Los rasgos peculiares y prominentes de su fe eran la observancia del séptimo día y la espera de la aparición de nuestro Señor en el cielo.
El conflicto se desarrolla entre los requisitos de Dios y los de la bestia. El primer día, institución papal que contradice directamente el cuarto mandamiento, ha de ser usado todavía como una prueba por la bestia de dos cuernos. Y entonces la solemne amonestación de Dios declara la penalidad en que incurren los que se postran ante la bestia y su imagen. Beberán el vino de la ira de Dios, que es derramado sin mezcla en la copa de su indignación.
No podríamos elegir un nombre más apropiado que el que concuerda con nuestra profesión, expresa nuestra fe y nos señala como pueblo peculiar. El nombre adventista del séptimo día es una reprensión permanente para el mundo protestante. En él se halla la línea de demarcación entre los que adoran a Dios y los que adoran a la bestia y reciben su marca. El gran conflicto se desarrolla entre los mandamientos de Dios y los requisitos de la bestia. Debido a que los santos guardan todos los diez mandamientos, el dragón hace guerra contra ellos. Si quisieran arriar el estandarte y renunciar a las peculiaridades de su fe, el dragón se aplacaría; pero ellos excitan su ira, porque se atreven a levantar el estandarte y a desplegar su bandera en oposición al mundo protestante que adora la institución del papado.
El nombre adventista del séptimo día presenta los verdaderos rasgos de nuestra fe, y convencerá la mente inquisidora. Como una (205) saeta del carcaj del Señor, herirá a los transgresores de la ley de Dios, e inducirá al arrepentimiento para con Dios y a la fe en nuestro Señor Jesucristo.
Me fue mostrado que casi todo fanático que ha surgido y que desea ocultar sus sentimientos a fin de arrastrara otros, asevera pertenecer a la iglesia de Dios. Un nombre tal excitaría en seguida sospechas, porque se emplea para ocultar los errores más absurdos. Este nombre es demasiado indefinido para el pueblo remanente de Dios. Provocaría la sospecha de que tenemos una fe que procuramos encubrir.

LOS POBRES.-
Algunos que son pobres en bienes de este mundo suelen suponer que el testimonio directo es solamente

para las personas que poseen recursos. Pero no comprenden que ellos mismos tienen una obra que hacer. Dios requiere que ellos hagan un sacrificio. Los llama a sacrificar sus ídolos. Debieran abandonar los estimulantes perjudiciales como el tabaco, el té y el café. Si padecen de estrecheces mientras procuran hacer lo mejor que pueden, será un placer para sus hermanos ricos ayudarles a salir de la dificultad.

Muchos carecen de sabiduría en la administración de sus bienes, y no son económicos. No pesan cuidadosamente los asuntos ni avanzan con cautela. Tales personas no debieran confiar en su juicio deficiente, sino que debieran buscar consejo de parte de sus hermanos que poseen experiencia. Pero los que carecen de buen juicio y no son económicos, con frecuencia no están dispuestos a buscar consejo. Generalmente piensan que saben cómo conducir sus negocios temporales, y no están dispuestos a seguir el consejo de nadie. Dan pasos en falso y sufren las consecuencias. Sus hermanos se afligen al verlos sufrir y los ayudan a salir de las dificultades. Su manera deficiente de administrar sus cosas afecta a la iglesia. Insume los recursos de la tesorería de Dios, que debieran utilizarse para hacer progresar la causa de la verdad presente.

Si estos pobres hermanos siguieran un curso de acción humilde y estuvieran dispuestos a dejarse aconsejar por sus hermanos, y si a pesar de eso tuvieran que padecer estrecheces, los hermanos debieran sentir que es su deber ayudarlos gozosamente a salir de la dificultad. Pero si ellos eligen su propio camino, y confían en sus propios juicios, debiera permitirse que experimenten las consecuencias (206) de su curso de acción insensato y aprendan por experiencia que "en la multitud de consejeros hay seguridad" (Prov. 11:14). Los miembros del pueblo de Dios debieran someterse unos a otros. Debieran buscar el consejo mutuo, para que la deficiencia de unos sea suplida por la suficiencia de otros. Vi que los mayordomos del Señor no tienen el deber de ayudar a los que insisten en emplear tabaco, té y café.

LAS ESPECULACIONES.-

Vi que algunos se han excusado de ayudar la causa de Dios porque se encontraban endeudados. Si hubieran examinado cuidadosamente sus corazones, habrían descubierto que el egoísmo era la verdadera razón por la que no presentaban ofrendas voluntarias a Dios. Algunos se mantendrán siempre endeudados, porque debido a su codicia, la mano prosperadora de Dios no los acompañará para bendecir sus empresas. Aman este mundo más de lo que aman la verdad. No están siendo preparados para el reino de Dios.

Cuando circulan por el país noticias de un nuevo invento, ciertas personas que profesan creer la verdad encuentran los medios para reunir recursos e invertirlos en la nueva empresa. Dios conoce los corazones. Conoce todo motivo egoísta, por lo que permite que surjan circunstancias que prueben los corazones de su pueblo profeso a fin de desarrollarle el carácter. En algunos casos el Señor permitirá que esas personas sigan en sus negocios hasta que lleguen a un fracaso completo. Su mano está contra ellos para frustrar sus esperanzas y esparcir lo que poseen. Los que realmente se sienten interesados en la causa de Dios y están dispuestos a entregar algo para su progreso, encontrarán que ha sido una inversión segura. Algunos tendrán cien veces tanto en esta vida y la vida eterna en el mundo venidero. Pero no todos recibirán ciento por ciento en esta vida, porque no podrían soportarlo. Si se les diera mucho, se convertirían en mayordomos insensatos. El Señor retiene para el propio bien de ellos; pero su tesoro en el cielo estará asegurado. ¡Cuánto mejor es una inversión como ésta!

El deseo que algunos de nuestros hermanos poseen de obtener recursos rápidamente, los induce a dedicarse a nuevas empresas y a invertir recursos, pero con frecuencia sus esperanzas de ganar dinero no se realizan. Pierden lo que hubieran podido gastar en la (207) causa de Dios. Existe una infatuación en estas nuevas empresas. Y a pesar de que estas cosas han sucedido tantas veces, y la gente tiene ante ella el ejemplo de otros que han realizado inversiones y han fracasado rotundamente, aprenden con mucha lentitud. Satanás los fascina y los embriaga con la anticipación de ganancias. Pero cuando fracasan sus esperanzas experimentan muchos desánimos como resultado de sus aventuras insensatas.

Cuando pierden los recursos, lo consideran una desgracia personal, como su pérdida. Pero deben recordar que son recursos ajenos lo que están manejando, que son solamente mayordomos, y que Dios siente desagrado por la forma insensata en que manejan los recursos económicos que podrían haberse utilizado para promover la causa de la verdad presente. En el día de rendimiento de cuentas, el mayordomo infiel deberá dar cuenta de su mayordomía.

UN MAYORDOMO DESHONESTO.-

Se me mostró que el Espíritu de Dios tenía cada vez menos influencia sobre F, hasta que este hermano se quedó sin fuerza de Dios para vencer. Durante cierto tiempo él había manifestado mucho amor al yo e interés en sí mismo. El orgullo de corazón, una voluntad terca y sin subyugar y la falta de disposición para confesar y abandonar sus errores, lo han puesto en la temible posición en la que se encuentra. Su conducta poco juiciosa ha perjudicado a la causa durante mucho tiempo.

Ha sido exigente, lo cual ha estimulado un espíritu de crítica en la iglesia. Ha sido severo cuando era innecesario y ha actuado despóticamente con aquellos sobre quienes se ha atrevido a ejercer autoridad. Sus oraciones y exhortaciones han inducido a los hermanos a pensar que él era un cristiano dedicado, lo cual los ha preparado para ser afectados por su conducta errada. Ha sido extravagante y sus rarezas han ejercido una mala influencia sobre las mentes de muchos. Algunos han sido tan débiles que se han puesto a imitar su ejemplo. Vi que usted había hecho mucho más daño que bien a la causa.

Si hubiera aceptado la instrucción dada por Dios y se hubiera corregido, habría ganado la victoria sobre esos hábitos arraigados y dificultades persistentes. Pero vi que había permitido durante tanto tiempo que esos hábitos lo controlaran, que el poderoso (208) enemigo lo ha atado. Su proceder no ha sido correcto. Ha actuado cada vez con mayor falta de honradez y ha tomado de la tesorería recursos a los cuales no tenía derecho, y los ha utilizado en beneficio propio. Ha considerado que él tenía mejor juicio que sus hermanos en el manejo de los recursos. Cuando alguien ha colocado recursos en su mano, y el dador ha nombrado a las personas que debían recibirlos, él ha actuado impulsivamente tomándose la libertad de usarlos para sí mismo en lugar de llevar a cabo los deseos del dador, y ha usado para su propio beneficio la porción que consideraba adecuada. Dios ha mostrado su desagrado por estas cosas. Su pro- ceder se ha caracterizado por falta de honradez. El ha considerado que era el mayordomo del Señor, y que podía utilizar los recursos, aunque pertenecieran a otra persona, en la forma como le pareciera adecuado. Cada uno debe ser su propio mayordomo.

Ha rechazado el consejo de sus hermanos, ha andado con sus propias fuerzas, ha obedecido a su propia voluntad y ha rechazado todos los medios por los cuales podía ser corregido. Cuando ha sido reprochado, no le ha agradado la forma como ha sido tratado y así ha cerrado el camino hacia la reforma. El Señor no ha aceptado su trabajo durante un cierto tiempo. Ha trabajado mucho más para su propio interés que para el interés de la causa.

Cuando va por primera vez a un lugar, sus oraciones y exhortaciones producen efecto, y los hermanos adquieren la idea de que él es un cristiano perfecto. Lo favorecen porque lo consideran un ministro. Pero cuando llegan a conocerlo más de cerca, quedan chasqueados debido a su egoísmo, su mal genio, su dureza y su extravagancia. Casi cada día se ve alguna rareza en él. Tiene la mente ocupada casi constantemente en tramar algo para su propio beneficio. Luego lo lleva a cabo a expensas de alguna otra persona y se beneficia a. sí mismo. Sus arreglos y sus planes han ejercido una influencia deletérea y perjudicial sobre la causa de Dios. Su proceder está calculado para destruir y ha producido daño casi en todas partes. ¡Qué ejemplo para la grey! Ha sido muy egoísta en sus negocios y se ha aprovechado de las personas con quienes ha tratado. Dios siente desagrado de él. Un árbol bueno es conocido por sus frutos. (209)

FANATISMO EN WISCONSIN.-

Vi que el Señor dirigió especialmente a mi esposo en su viaje al oeste efectuado el otoño pasado, en lugar de ir al este como había decidido al comienzo. En Wisconsin existía un mal que debía corregirse. Se estaba llevando a cabo la obra de Satanás, y destruiría las almas si no se la reprochaba. El Señor vio conveniente elegir a uno que había tenido experiencia con el fanatismo en el pasado, y había sido testigo del poder con que obra Satanás. Los que aceptaron a este agente que Dios había elegido, fueron corregidos y las almas fueron rescatadas de las trampas que Satanás había preparado para ellas.

Se me mostró que esta artimaña de Satanás no habría surtido efecto con tanta rapidez en Wisconsin si las mentes y los corazones del pueblo de Dios hubieran estado unidos y concentrados en la obra. Todavía existía en la mente de algunos el espíritu de celo y sospecha. La semilla sembrada por el grupo del Messenger no había sido desarraigada completamente. Y mientras fingían recibir el mensaje del tercer ángel, en realidad todavía no habían abandonado sus sentimientos y prejuicios anteriores. Tenían una fe adulterada y estaban preparados para recibir el engaño satánico. Los que han bebido del espíritu manifestado en las páginas del Messenger deben efectuar una obra de limpieza, desarraigar toda partícula de engaño y recibir el espíritu del mensaje del tercer ángel, porque en caso contrario, el mal se les pegará como lepra, lo cual les hará fácil alejarse de sus hermanos en la verdad presente. Será fácil para ellos pensar que pueden ir solos al cielo como un grupo independiente, y también les resultará fácil caer en la trampa de Satanás. El diablo no está dispuesto a soltar lo que ha aferrado en Wisconsin. Tiene otros engaños preparados para los que no están unidos con el cuerpo principal.

Vi que había personas que habían estado tan envueltas en las tinieblas y en los engaños, que Satanás había controlado no sólo la mente sino también el cuerpo, y esas personas tendrían que ocupar un lugar muy humilde en la iglesia de Dios. Dios no encomendará el cuidado de su grey a pastores insensatos, que se equivoquen y alimenten a la grey con veneno en lugar de alimento sano. Dios pondrá su grey al cuidado de hombres que puedan alimentarla con comida limpia, completamente purificada. ¡Qué mancha y qué (210) oprobio han traído sobre la causa de Dios estos movimientos fanáticos! Y los que se aferran tan firmemente a este espíritu de tenebroso fanatismo, a pesar de las claras evidencias de que procede de Satanás, no son personas dignas de confianza; su juicio no debe considerarse con ningún peso. Dios envió sus siervos al hermano y la hermana G. Ellos despreciaron la corrección y eligieron su propio camino. El hermano G manifestó celos y terquedad, por lo que en el futuro debe andar con gran humildad, ya que se ha manifestado indigno de la confianza del pueblo de Dios. Su corazón no es recto delante de Dios, ni lo ha sido durante mucho tiempo.

Vi que el propósito de Satanás consistía en conducir a un gran fanatismo a algunas personas en Wisconsin. Ha controlado sus mentes y las ha conducido a actuar de acuerdo con el engaño bajo el cual se encontraban. Cuando logró su propósito y ellos hubieron recorrido todo el camino que él les había señalado, él estuvo dispuesto a que reconocieran que estaban equivocados, para luego tratar de empujarlos al extremo opuesto, a negar los dones y las manifestaciones del Espíritu de Dios. Satanás se aprovechó de la falta de unión del hermano y la hermana G con el cuerpo de la iglesia. Ellos deseaban adoptar un camino independiente y convertirse en líderes en lugar de ser ellos los dirigidos. El hermano G tiene una disposición celosa, la cual juntamente con su independencia, lo ha mantenido a un lado; porque con ese espíritu no podría llevar adecuadamente el yugo con sus hermanos en el ministerio. La hermana G tiene una disposición celosa y posee mucha firmeza. Le falta experiencia y no ha manifestado solidez en la fe ni ha estado unida con el cuerpo de la iglesia. Se ha opuesto a los dones de la iglesia. Había falta de humanidad y mansedumbre en sus artículos enviados a la Review para ser publicados.

Todo estaba preparado para la obra de Satanás. El condujo a muchos a abandonar la razón y el juicio y a dejarse gobernar por las impresiones. El Señor requiere que su pueblo emplee su razón y no la ponga a un lado en favor de las impresiones. Su obra será inteligible para todos sus hijos. Su enseñanza será tal que se recomiende al entendimiento de los espíritus inteligentes. Está calculada para elevar la

mente. El poder de Dios no se manifiesta en toda ocasión. La necesidad del hombre es la oportunidad de Dios.

Se me mostró grupos de creyentes que se encontraban en (211) confusión, agitados por un mal espíritu, orando todos al mismo tiempo en voz alta, algunos de ellos gritando una cosa y otros otra; a tal punto que resultaba imposible comprender lo que se decía. "Dios no es Dios de confusión, sino de paz" (1 Cor. 14:33). Satanás se introdujo y controló los asuntos según su agrado. Tanto la razón como la salud se sacrificaron a este engaño.

Dios no requiere que su pueblo imite a los profetas de Baal, que hieran sus cuerpos, griten y manifiesten actitudes extrañas, sin tener consideración por el orden, hasta que les fallan las fuerzas y caen exhaustos. La religión no consiste en hacer ruidos; en cambio cuando el corazón se encuentra lleno del Espíritu Santo, la persona glorifica a Dios con alabanzas dulces y sinceras. Algunos han fingido tener gran fe en Dios, y poseer dones especiales y respuestas particulares a sus oraciones, aunque no tenían evidencia de ello. Confundieron la presunción con la fe. La oración de fe nunca se pierde, pero es presunción suponer que siempre será contestada en la forma misma y para el objeto mismo que esperamos.

Cuando los siervos de Dios visitaron a ----- y a -----, desapareció ese engaño. Se dio evidencia de que esta obra era falsa. Pero el espíritu de fanatismo era rebelde y no quiso ceder a la luz que entonces se dio. ¡Ojala que los que se encontraban en error hubieran sido corregidos por los siervos de Dios a quienes él les envió! Dios quería que en esa oportunidad reconocieran que habían sido conducidos por un espíritu equivocado. Entonces hubiera habido virtud en la confesión de sus pecados. Entonces hubieran sido salvados de continuar siguiendo los planes de Satanás, y no hubieran realizado ningún progreso futuro en ese temible engaño. Pero no se dejaron convencer. El hermano G tenía suficiente luz para oponerse a la obra de fanatismo, pero no quiso decidirse a hacerlo frente al peso de la evidencia. Su espíritu terco rehusó ceder a la luz que los siervos de Dios le habían llevado, porque los había considerado con sospecha y con ojos celosos.

Vi que cuanto más grande sea la luz que la gente rechace, tanto mayor será el poder del engaño y las tinieblas que caerán sobre ellos. El rechazo de la verdad deja a la gente cautiva y a la merced del engaño satánico. Después de las conferencias efectuadas en _yen _, las personas atrapadas en este engaño fueron dejadas en tinieblas mayores aún, para hundirse cada vez más en este fuerte engaño, y traer sobre la causa de Dios una mancha que sería difícil (212) borrar. Una temible responsabilidad descansa sobre el hermano G. Mientras fingía ser un pastor, permitió que el devorador entrara en la grey y se mantuvo como espectador mientras las ovejas eran destrozadas y devoradas. El desagrado de Dios ha caído sobre él. No ha vigilado las almas como quien tendrá que rendir cuentas.

Se me llamó la atención hacia el pasado y vi que Dios no había bendecido sus trabajos durante un tiempo. La mano de Dios no lo había acompañado para edificar la iglesia y convertir almas a la verdad. Su corazón no anda en rectitud con Dios. No ha poseído el espíritu del mensaje del tercer ángel. Antes de que surgiera este engaño, él se mantuvo desunido del pueblo de Dios y de su simpatía, y esta es una razón por la cual fue dejado en tales tinieblas. Dios no deja en oscuridad a sus siervos fieles y consagrados con respecto al carácter de tal espíritu fanático, a fin de que no den la advertencia al pueblo. Cuando los siervos de Dios trajeron la luz y elevaron sus voces contra este engaño, él no reconoció la voz del verdadero Pastor que hablaba a través de ellos; sus celos y su terquedad lo condujeron a considerarla como la voz de un desconocido. Los pastores de la grey, por encima de todos los demás, debieran discernir la voz del Pastor principal. Dios desea que su pueblo sea un pueblo santo y poderoso. Cuando el espíritu de santidad y de perfecto amor abunde en el corazón y obre en los que profesan el nombre de Cristo, obrarán como fuego refinador, consumiendo la escoria y dispersando las tinieblas. Todo lo que es motivado por el espíritu de Satanás adopta una actitud de defensa y obra rápidamente sobre su propia destrucción. Pero la verdad triunfará.

CUANDO SE ENCUBRE LA REPRENSION.-

Se me mostró el curso de acción seguido por los hermanos H e I. Aunque han sido reprendidos, no han enmendado sus errores. El pueblo de Dios, especialmente en el Estado de Nueva York, ha sido afectado por su comportamiento errado. Su influencia ha sido perjudicial para la causa de Dios. Durante los últimos diez años me han sido presentados con frecuencia en visión, se me han presentado sus errores, y les he escrito acerca de estas cosas. Pero han tenido cuidado de encubrir de sus hermanos el hecho de que han sido reprochados, temiendo que eso pudiera destruir su influencia. Los que han sido afectados por su curso de acción (213) equivocado, debieran haberse beneficiado con las reprensiones que ellos recibieron. Yo debiera haber colocado esos mensajes en las manos de hermanos juiciosos de la iglesia para que, si fuera necesario, todos pudieran comprender la instrucción que el Señor había visto conveniente enviar a su pueblo. Pero cuando referí públicamente los mensajes que me fueron dados personalmente para esos hermanos, me censuraron en forma muy dura. Esto me provocó tanta angustia mental que me he visto inducida a encubrir lo que el Señor me ha comunicado con respecto a los pecados de esas dos personas.

Ha sido el orgullo del corazón lo que ha inducido a esos hermanos a manifestar tanto temor de que otros se enteraran de que habían sido corregidos. Si hubieran confesado humildemente sus errores a la iglesia, habrían puesto en evidencia la fe que profesaban tener en las visiones, y la iglesia hubiera sido fortalecida para recibir la reprensión y confesar sus faltas. Estos maestros se interpusieron en el camino de la grey. Se erigieron en ejemplos equivocados y la iglesia los ha. seguido, y cuando fueron reprendidos, ésta preguntó: "¿Por qué estos ministros fueron reprobados cuando nosotros seguíamos sus enseñanzas?" En esta forma sé ha abierto una puerta para que Satanás los tiente concerniente a la veracidad de las visiones.

Los hermanos fueron engañados y agraviados. Creyeron que nosotros estábamos unidos con esos maestros, y siguieron sus instrucciones, cuando estaban completamente equivocados. He escrito a estos ministros con angustia de espíritu al ver la causa de Dios perjudicada por su conducta insensata. Con cuánta ansiedad he observado el efecto de esos mensajes. Pero ellos los pusieron de lado, y no permitieron que los hermanos se enteraran de nada acerca de ellos, y por lo tanto no podrán recibir el beneficio de las instrucciones que el Señor consideró conveniente dar.

Mi labor ha sido muy desanimadora, ya que he visto que no se ha cumplido lo que Dios se había propuesto. Con frecuencia tengo que preguntar con aflicción: ¿De qué sirve todo mi trabajo? Estos hermanos adoptaron esta posición: Creemos en las visiones, pero la Sra. White, al escribirlas, puso sus propias palabras, de modo que nosotros creeremos únicamente la parte que pensamos que procede de Dios, y dejaremos de lado la otra. Han seguido este curso de acción y no han corregido sus vidas. Han profesado creer en las visiones pero han actuado contrariamente a ellas. Su ejemplo y su (214) influencia han hecho surgir dudas en las mentes de otras personas. Hubiera sido mejor para la causa de la verdad presente que ambos se hubieran opuesto a los dones. En ese caso el pueblo no hubiera resultado dañado, y no hubiera tropezado en esos maestros ciegos. Hemos esperado y orado que se corrijan y ejerzan una influencia positiva sobre la grey; pero la esperanza ha muerto, y no podemos y no nos atrevemos a seguir guardando silencio. Hemos perjudicado a la iglesia de Dios por no haber hablado antes.

LA OBRA EN OHIO.-

Desde nuestra visita a Ohio realizada en la primavera de 1858, el hermano H ha hecho todo lo posible por aplicar su influencia contra nosotros; y cuando ha supuesto que podía influir en algunas personas, lo ha hecho haciendo circular informes para despertar los sentimientos negativos. Cuando visitamos Ohio en la primavera de 1858, se me dio un mensaje concerniente a él y a su familia. Este testimonio le fue presentado. Pero muy pocos sabían que yo tenía un mensaje para él. El se rebeló contra el mensaje, y lo mismo que otros que habían sido reprochados, declaró que algunas personas habían sembrado

prejuicio en mi mente contra su familia, en circunstancias que la visión mostraba las mismas faltas en ellos que yo había visto repetidamente durante los años. El dijo que creía en la visiones, pero que yo estaba influenciada por otros al escribirles. ¡Qué conclusión! ¡Que el Señor tiene una obra especial que llevar a cabo mediante uno de los dones reconocidos, pero que al mismo tiempo tolera que el mensaje dado sea adulterado antes de que llegue a la persona a quien desea corregir! ¿De qué sirven las visiones si se las considera en esta forma? Las interpretan a su propia manera y se sienten en libertad de rechazar la porción que no concuerda con sus sentimientos. El hermano H sabe que cada palabra de la visión que se le dio en Ohio es correcta. Y cuando ya no pudo ocultar el mensaje de la iglesia durante más tiempo (porque fue pedido y leído en la conferencia de el otoño pasado), él reconoció que era todo verdad. Pero ha mantenido una guerra ciega contra lo que sabe que es correcto.

No ha gobernado bien su propia casa, y ha sido reprochado por eso durante los últimos diez años. Ha experimentado el desagrado de Dios porque no ha ejercido control sobre sus hijos. Estos se han (215) tornado depravados, han vivido en profunda deshonra y han ejercido una influencia corruptora dondequiera que han estado. Cada vez que me han sido presentados, se me ha llamado la atención a Elí y se me ha mostrado la perversidad de sus hijos impíos y el juicio que los sobrecogió de parte de Dios. Se me mostró que la familia del hermano H ha producido repugnancia a los incrédulos, y ha traído oprobio sobre la causa de la verdad presente. El mensaje que se me dio en la primavera de 1858 para Ohio, especialmente — no fue recibido por muchos. Era demasiado cortante por lo que se rebelaron contra él los corazones que no estaban profundamente compenetrados por el espíritu de verdad.

Los ministros que han trabajado en este Estado no han ejercido una influencia correcta. Se han lanzado indirectas e insinuaciones contra el hermano y la hermana White, y también contra los administradores de Battle Creek, y esas falsedades han encontrado fácil acceso a los corazones de muchos, especialmente de los crédulos y criticones. Satanás sabe cómo lanzar sus ataques. Trabaja sobre las mentes para despertar celos e insatisfacción hacia los dirigentes de la obra. Luego hace que se pongan en duda los dones del Espíritu; y luego, por supuesto, éstos ejercen poco pesos y se desprecia la instrucción dada mediante visiones.

Los ministros que han trabajado en Ohio han hecho su parte para provocar insatisfacción. El hermano H ha condescendido a actuar en una esfera inferior, respirando un espíritu de insatisfacción, escuchando ansiosamente los informes falsos, reuniéndolos y virtualmente diciendo: "Informadnos... y nosotros lo informaremos". Ha trabajado solapadamente, ha diseminado informes falsos concernientes a nuestra manera de vestir y a nuestra influencia en Ohio, y ha promovido la idea de que el hermano White estaba especulando. No ha tenido la mínima unión con nosotros. Se ha sentido muy disgustado con nosotros. ¿Y por qué? Simplemente porque yo le he dicho lo que el Señor me ha mostrado con respecto a su familia y a su manera descuidada y negligente de criarla, lo cual le ha acarreado la desaprobación de Dios. Ha considerado con sentimiento de celo y de falta de reconciliación la parte que hemos desempeñado en la causa de la verdad presente.

Los hermanos de Ohio se han sentido animados a considerar con desconfianza y sospecha a los que están a cargo de la obra en Battle Creek, y han estado dispuestos a alzarse contra las posiciones (216) adoptadas por ellos. El hermano J ha adoptado una posición firme independientemente del cuerpo. Se ha imaginado que de las oficinas centrales surgirán males contra los que él deberá luchar. Se ha dispuesto para la batalla cuando no había una pelea para llevar a cabo. Se ha dispuesto firmemente para resistir algo que nunca surgió. Muchos de los hermanos de Ohio tienen el mismo sentimiento y se oponen a algo que nunca ha sucedido. Su lucha ha sido insensata. Han estado listos para gritar: " ¡Babilonia! % hasta que ellos mismos se han convertido en una completa Babilonia.

En Ohio los ministros se han interpuesto directamente en el camino de la obra. Debieran apartarse de él para dejar que Dios llegue a su pueblo. Se han interpuesto entre Dios y su pueblo, y ponen de lado los propósitos divinos. El hermano J ha ejercido influencia negativa en Ohio, por lo que debe tratar de contrarrestarla. Vi que en Ohio había quienes adoptarían una posición correcta si se les dieran

instrucciones debidas. Han estado dispuestos a sostener la causa de la verdad presente, pero han visto que se ha llevado a cabo tan poco que se han desanimado. Tienen las manos débiles y necesitan que se las afirme. Vi que no debía hacerse adelantar la causa de Dios mediante ofrendas forzadas. Dios no acepta esa clase de ofrendas. Este asunto debe dejarse librado enteramente a su pueblo. No debieran conformarse con llevar una ofrenda anual solamente, sino que además debieran presentar ofrendas semanales y mensuales delante del Señor. Esta obra debe dejarse con el pueblo porque para ellos debe constituir una prueba permanente semanal y mensual. Vi que este sistema de diezmar desarrollaría el carácter y manifestaría la verdadera condición del corazón. Se presenta este asunto a los hermanos de Ohio destacando la verdadera importancia que tiene y si se los deja decidir por sí mismos, llegarán a la conclusión de que existe sabiduría y orden en el sistema del diezmo.

Los ministros no debieran actuar con severidad, e imponer exigencias a nadie, ni obligarlos a dar sus recursos. Si alguien no da tanto como otra persona piensa que debiera dar, no tienen por qué acusarlo ni echarlo del grupo. Debieran actuar con tanta paciencia y tolerancia como los ángeles. Debieran trabajar en unión con Jesús. Cristo y los ángeles observan el desarrollo del carácter, y pesan el valor moral. Dios soporta mucho a su pueblo que yerra. La verdad obrará cada vez más íntimamente y desarraigará un ídolo tras otro, hasta que Dios reine supremo en los corazones de su (217) pueblo consagrado. Vi que el pueblo de Dios debía traerle una ofrenda voluntaria; pero la responsabilidad debe descansar enteramente sobre la persona, ya sea que dé con abundancia o escasamente. Lo que haga se anotará fielmente. Hay que dar al pueblo de Dios tiempo para que desarrolle el carácter.

Los ministros de Dios debieran soportar el testimonio definido. Las verdades vivientes de su Palabra debieran obrar sobre el corazón. Y cuando los miembros de Ohio vean que se ha colocado algo digno ante ellos, aquellos cuyos corazones simpatizan con la obra darán abundantemente de sus medios para hacer progresar la causa de Dios. El Señor está probando a su pueblo. Si algunos no tienen el corazón puesto en la obra y no traen ofrendas a Dios, él los reprenderá; y si continúan aferrándose a su codicia, los separará de su pueblo. Vi que debía existir un sistema que se aplicara a todos por igual. Hay hombres y mujeres jóvenes con salud y fuerza que han sentido muy poca preocupación por la obra. Estos son responsables delante de Dios por su fuerza, y debieran traer ofrendas voluntarias delante del Señor. Y si no lo hacen, Dios apartará de ellos su mano que da la prosperidad.

Vi que la mano especial de Dios no había estado con su obra en Ohio para prosperar la causa en ese lugar. Hay algo que falta. Debiera existir una actitud de cuidadoso examen entre los predicadores y los miembros, un fiel escudriñamiento del corazón para descubrir a qué se debe una ausencia tan grande del Espíritu de Dios. Sus sacrificios y ofrendas casi se han secado. ¿Por qué las verdades de la Palabra de Dios no conmueven el corazón y conducen a la abnegación y el sacrificio? Que los ministros escudriñen su vida y vean qué clase de influencia han estado ejerciendo. El hermano J ha manifestado un espíritu independiente que Dios no aprueba. Su influencia no ha contribuido a la unión del pueblo de Dios ni al progreso de la obra.

Vi que las personas que han tenido sólo pocos años de experiencia en la causa de la verdad presente, no son quienes deben dirigir la obra. Deben manifestar delicadeza al aceptar posiciones que podrían entrar en conflicto con el juicio y la opinión de los obreros que han presenciado el surgimiento de la causa de la verdad presente, y cuyas vidas están entretejidas con su progreso. Dios no elegirá a personas con poca experiencia para que dirijan esta obra. No elegirá a los que no han tenido experiencia en los sufrimientos, (218) pruebas, oposición y privaciones soportadas para colocar la obra sobre la base que ahora la sustenta. Ahora es fácil predicar el mensaje del tercer ángel, en comparación con lo que era antes. Los que ahora se dedican a esta obra y enseñan la verdad a otros, tienen todo al alcance de la mano. No pueden experimentar las privaciones que los obreros de la verdad presente soportaron antes que ellos. La verdad ya ha quedado establecida para ellos. Los argumentos están preparados. Ellos no debieran exaltarse a sí mismos para que no se los haga caer. Debieran tener mucho cuidado cuando hablan contra los que tuvieron que soportar tantas penurias en el comienzo de la obra.

Dios estima a los obreros experimentados que tuvieron que trabajar soportando una pesada carga cuando había pocos con quienes compartirla. Tened cuidado cuando los criticáis o cuando murmuráis contra ellos, porque eso ciertamente será puesto en vuestra cuenta, y la mano prosperadora de Dios no os acompañará. Algunos hermanos sin experiencia, que no han sentido ninguna preocupación por la obra, y que han hecho poquísimo o nada por hacer adelantar la causa de la verdad presente, y que carecen de conocimiento acerca de lo que sucede en Battle Creek, son los primeros en criticar la administración de la obra en ese lugar. Y los que no manejan sus asuntos temporales con orden, y no tienen una familia bien disciplinada, son los que se oponen a que se hagan las cosas en forma sistemática para asegurar el orden en la iglesia de Dios. Carecen de gusto en los asuntos mundanos y se oponen a todo lo que sea de buen gusto en la iglesia. Esas personas no debieran tener participación en los asuntos de la iglesia. Su influencia no debiera ejercer el menor peso sobre los demás.

UNA CONSAGRACION COMPLETA.-

Estimados hermanos K: En mi última visión, me fueron mostradas algunas cosas referentes a vuestra familia. El Señor tiene pensamientos de misericordia para con vosotros, y no os abandonará a menos que le abandonéis. L y M son tibios. Deben despertarse y hacer esfuerzos para su salvación, o no alcanzarán la vida eterna. Deben sentir una responsabilidad individual y adquirir experiencia propia. Necesitan que el Espíritu Santo de Dios obre en su corazón, y los induzca a amar y escoger la sociedad del pueblo de Dios más (219) que cualquier otra, y a separarse de los que no aman las cosas espirituales. Jesús exige un sacrificio completo, una consagración absoluta.

L y M, no habéis comprendido que Dios exige vuestros afectos indivisos. Habéis hecho profesión de santidad, y sin embargo, habéis descendido al nivel muerto de los que profesan comúnmente tener religión. Amáis la sociedad de los jóvenes que no tienen consideración por las verdades sagradas que profesáis. En apariencia os habéis asemejado a vuestros compañeros, y en realidad os habéis conformado con un grado de religión que os hiciese agradables a todos sin merecer la censura de nadie.

Cristo lo exige todo. Si él requiriera menos, su sacrificio habría sido demasiado caro, demasiado grande, para ponernos a ese nivel. Nuestra fe santa clama por una separación. No debemos conformarnos con el mundo, ni con los que profesan una fe muerta, sin corazón. "Transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento" (Rom. 12:2). Este es un camino de abnegación. Y cuando pensamos que el camino es demasiado estrecho, que se exige demasiada abnegación en esta senda estrecha; cuando decimos: ¡Cuán duro es renunciar a todo!, hagámonos la pregunta: ¿A cuánto renunció Cristo por mí? Esto ensombrece cualquier actitud que nosotros llamemos abnegación.

Contemplemos a Jesús en el huerto, mientras suda grandes gotas de sangre. Un ángel solitario es enviado del cielo para fortalecer al Hijo de Dios. Seguid a Cristo camino del tribunal, mientras lo ridiculiza, escarnece e insulta la muchedumbre enfurecida. Contempladle cubierto con aquel viejo manto de púrpura regia. Oíd los groseros escarnios. Ved cómo colocan en aquella noble frente la corona de espinas. Luego le hieren con una caña, para que las espinas penetren en sus sienes y la sangre corra de esa frente santa. Oíd a aquella muchedumbre homicida que clama ávidamente por la sangre del Hijo de Dios. Este es entregado en sus manos, la turba se aleja con el noble Doliente, pálido, débil y desfalleciente, para crucificarlo. Lo extienden sobre la cruz de madera, y hunden los clavos en sus tiernas manos y pies. Contempladle colgado de la cruz durante aquellas espantosas horas de agonía hasta que los ángeles velan sus rostros para no ver la horrible escena, y el sol oculta su luz, rehusando contemplarla. Pensad en estas cosas y preguntaos: "¿Es demasiado estrecho el camino?" No, no. (220)

En una vida dividida y tibia, hallaréis dudas y tinieblas. No podéis gozar los consuelos de la religión, ni la paz que el mundo da. No os sentéis en el sillón de Satanás para no hacer nada, mas levantaos y esforzaos para alcanzar la elevada norma que es vuestro privilegio alcanzar. Es un bienaventurado privilegio renunciar a todo por Cristo. No miremos la vida de los demás ni la imitemos con el propósito de no elevamos más alto que ellos. Tenemos tan sólo un Modelo infalible. Lo único seguro es seguir a

Cristo. Resolved que si los demás obran con pereza espiritual, los abandonaréis y progresaréis hacia la elevación del carácter cristiano. Formad un carácter para el cielo. No durmáis en vuestro puesto. Obrad con fidelidad y veracidad para con vuestra propia alma.
Estáis cediendo a un mal que amenaza destruir vuestra espiritualidad. Eclipsará toda la belleza y el interés de las páginas sagradas. Me refiero al amor por los libros de cuentos y otras lecturas que no ejercen buena influencia en la mente dedicada al servicio de Dios. Produce una excitación falsa y malsana, afiebra la imaginación, destruye la utilidad de la mente, y la descalifica para cualquier ejercicio espiritual. Aparta el alma de la oración y del amor por las cosas espirituales. La lectura que arroja luz sobre el volumen sagrado y despierta vuestros deseos y diligencia por estudiarla, no es peligrosa, sino benéfica.
Me fuisteis presentados con los ojos apartados del Libro sagrado y atentamente fijos en libros excitantes, que son mortales para la religión. Cuanto más a menudo y con mayor diligencia leáis las Escrituras, tanto más hermosas os parecerán y tanto menor gusto tendréis por las lecturas livianas. El estudio diario de las Escrituras ejercerá sobre la mente una influencia santificadora. Respiraréis una atmósfera celestial. Ligad este precioso Volumen a vuestro corazón. Demostrará ser para vosotros un amigo y un guía en la perplejidad.
Habéis tenido en vuestra vida ciertos objetivos en vista y, ¡con cuánta constancia y perseverancia habéis trabajado para alcanzarlos! Habéis hecho cálculos y planes hasta que se realizaron vuestros deseos. Hay ahora delante de vosotros un objeto digno de un esfuerzo perseverante, incansable, de toda la vida. Es la salvación de vuestra alma, la vida eterna. Y para alcanzarla se requiere abnegación, sacrificio y estudio detenido. Debéis ser purificados y refinados. Os falta la influencia salvadora del Espíritu de Dios. (221) Tratáis con vuestros asociados, y os olvidáis de que habéis tomado el nombre de Cristo. Actuáis y os vestís como ellos.
Hermana K, vi que usted tiene una obra que hacer. Debe morir al orgullo y dedicar todo su interés a la verdad. Su destino eterno depende de la conducta que siga ahora. Para tener la vida eterna, debe vivir por ella y negarse a sí misma. Salga del mundo y manténgase separada de él. Su vida debe caracterizarse por la sobriedad, la vigilancia y la oración. Los ángeles están observando el desarrollo del carácter, y pesando el valor moral. Todas nuestras palabras y acciones pasan en revista delante de Dios. Es un momento terrible y solemne. La esperanza de la vida eterna no ha de considerarse livianamente; es asunto que debe decidirse entre Dios y nuestra propia alma. Algunos prefieren apoyarse en el juicio y la experiencia de los demás, antes que darse el trabajo de examinar detenidamente su propio corazón, y dejan transcurrir meses y años sin recibir testimonio del Espíritu de Dios ni evidencia de que han sido aceptados. Se engañan a sí mismos. Tienen una esperanza supuesta, pero carecen de las cualidades esenciales del cristiano. Ante todo se debe verificar una obra cabal en el corazón; luego los modales asumirán el carácter elevado y noble que señala a los verdaderos discípulos de Cristo. Se requiere esfuerzo y valor moral para vivir de acuerdo con nuestra fe.
El pueblo de Dios es singular. Su Espíritu no puede congeniar con el espíritu e influencia del mundo. No deseáis llevar el nombre de cristianos y ser indignos de él. No deseáis comparecer ante Jesús con una simple profesión de fe. No deseáis engañaron en un asunto tan importante. Examinad cabalmente las bases de vuestra esperanza. Obrad verazmente con vuestra propia alma. Una esperanza supuesta no os salvará. ¿Habéis calculado el costo? Temo que no. Decidid ahora si seguiréis a Cristo, cueste lo que cueste. No podéis hacerlo y gozar de la compañía de aquellos que no prestan atención a las cosas divinas. Vuestros espíritus no pueden fusionarse mejor de lo que se fusionan el aceite y el agua.
Es una gran cosa ser hijo de Dios y coheredero con Cristo. Si tal es vuestro privilegio, conoceréis la comunión de los sufrimientos de Cristo. Dios mira al corazón. Vi que debéis buscarle fervorosamente, y elevar la norma de vuestra piedad, o no alcanzaréis la vida eterna. Tal vez os preguntéis: ¿Vio la Hna. White esto? Sí: y he procurado presentároslo, comunicaron todas las impresiones que (222) sentí. Que el Señor os ayude a prestarles atención.

Estimados hermanos, velad sobre vuestros hijos con cuidado celoso. El espíritu y la influencia del mundo están destruyendo en ellos todo deseo de ser verdaderos cristianos. Sea vuestra influencia tal que los aparte de los compañeros jóvenes que no tienen interés en las cosas divinas. Deben hacer un sacrificio si quieren ganar el cielo.

EXPERIENCIA PERSONAL.-

El 20 de Septiembre de 1860 nació mi cuarto hijo, John Herbert White. Cuando tenía tres semanas de edad, mi esposo sintió que era su deber salir de viaje. En la Asociación se decidió que el Hno. Loughborough debía viajar al oeste y mi esposo al este del país. Pocos días antes de su partida, mi esposo se sentía muy deprimido. En un momento pensó que debía desistir del viaje, y sin embargo temía tomar esa decisión. Sentía que había algo que debía hacer, pero se veía envuelto en nubes de tinieblas. No podía descansar ni dormir. Tenía la mente continuamente agitada. Relacionaba su aflicción mental con los Hnos. Loughborough y Cornell, con quienes se postró delante del Señor para buscar su consejo. Después de eso desaparecieron las nubes y brilló la luz. Mi esposo comprendió que el Espíritu del Señor lo estaba dirigiendo a él hacia el oeste y al Hno. Loughborough hacia el este. Después de esto vieron claramente cuál era su deber y actuaron en conformidad con eso.

Durante la ausencia de mi esposo orábamos para que el Señor lo sustentara y fortaleciera, y recibimos la seguridad de que él lo acompañaría. Cerca de una semana antes de visitar Mauston, Wisconsin, recibió cartas de la hermana G enviadas con el propósito de que fueran publicadas, en las cuales relataba algunas visiones que ella decía que el Señor le había dado. Al leerlas nos sentimos preocupados, porque sabíamos que no procedían de la fuente que ella pretendía. Y como mi esposo no sabía nada de lo que encontraría en Mauston, temíamos que no estuviera preparado para soportar el fanatismo que encontraría y que éste tuviera una influencia desanimadora en su mente. En nuestra experiencia anterior habíamos pasado por tantas situaciones semejantes, y habíamos sufrido tanto a causa de personas indisciplinadas e ingobernables, que temíamos entrar en contacto con ellas. Envié un pedido a la iglesia de Battle (223) Creek para que orara por mi esposo, y en el altar de la familia orábamos fervientemente para que el Señor lo ayudara. Con espíritu contrito y muchas lágrimas procuramos afirmar nuestra fe temblorosa en las promesas de Dios, y tuvimos la evidencia de que él escuchó nuestras oraciones y que ayudaría a mi esposo y le impartiría consejo y sabiduría.

Mientras buscaba en la Biblia un versículo para que mi hijo Guillermito memorizara a fin de repetirlo en la escuela sabática, el siguiente pasaje atrajo mi atención: "Jehová es bueno, fortaleza en el día de la angustia; y conoce a los que en él confían". (Nah. 1:7). Estas palabras me hicieron llorar porque parecían tan apropiadas para nuestra situación. Sentía una gran preocupación por mi esposo y por la iglesia de Wisconsin. Mi esposo comprendió que había recibido la bendición de Dios mientras se encontraba en Wisconsin. El Señor fue una fortaleza para él en el tiempo de angustia y lo sostuvo mediante su Espíritu mientras él daba un testimonio definido contra el fanatismo desatado que reinaba en ese lugar.

Mientras mi esposo se encontraba en Mackford, Wisconsin, me escribió una carta en la que me decía: "Temo que no todo esté bien en casa. He tenido algunas impresiones acerca del bebé". Mientras oraba por la familia en el hogar, tuvo un presentimiento de que el bebé se encontraba enfermo. Le pareció verlo con la cara y la cabeza muy hinchadas. Cuando recibí la carta, la criatura estaba bien como de costumbre; pero a la mañana siguiente cayó enfermo. Se trataba de un caso de erisipela de gravedad extrema que le había afectado la cara y la cabeza. Cuando mi esposo llegó a la casa del hermano Wick, cerca de Round Grove, Illinois, recibió un telegrama en que se le informaba de la enfermedad de la criatura. Después de leerlo, dijo a los presentes que esas noticias no lo habían tomado por sorpresa, porque el Señor había preparado su mente para recibirla, y añadió que oirían que la cabeza y la cara del niño estaban muy afectadas.

Mi querido bebé sufrió mucho. Durante 24 días y noches velamos ansiosamente sobre él y utilizamos

todos los medios posibles para lograr su recuperación, y presentamos su caso fervorosamente ante el Señor. A veces no podía controlar mis sentimientos al verlo sufrir. Pasé gran parte de mi tiempo en lágrimas y en humilde súplica a Dios. Pero nuestro Padre celestial consideró conveniente quitar de nuestro lado a nuestro amado hijito. (224)

El niño empeoró el 14 de Diciembre y me llamaron a su lado. Al sentir su respiración trabajosa y la falta de pulso, supe que moriría. Ya se había posado sobre él la gélida mano de la muerte. Ese fue un momento de angustia para mí. Seguí su respiración débil y entrecortada hasta que cesó, y entonces experimenté agradecimiento porque había concluido su sufrimiento. No pude llorar mientras mi hijo agonizaba. Me dolía el corazón como si se me fuera a quebrantar, pero no pude derramar una lágrima siquiera. En el funeral me desmayé. Nos sentimos frustrados porque el Hno. Loughborough no pudo dirigir los servicios fúnebres, y mi esposo habló en esa ocasión a una congregación que llenaba completamente la iglesia. Después de eso acompañamos a nuestro hijo al cementerio de Oak Hill, donde lo dejamos hasta que el Dador de la vida venga para quebrantar las cadenas de la tumba y llamarlo a la vida inmortal.

Cuando regresamos del funeral mi hogar me pareció muy solo. Me sentí reconciliada con la voluntad de Dios, pero a pesar de eso me invadieron la tristeza y el abatimiento. No pude sobreponerme a los desánimos del verano pasado. Al considerar la condición del pueblo de Dios no sabíamos qué podíamos esperar. Satanás había obtenido control de las mentes de algunas personas que estaban estrechamente relacionadas con nosotros en la obra, y aun de algunos que habían estado familiarizados con nuestra misión y habían visto los frutos en nuestras labores y que no sólo habían sido testigos de la frecuente manifestación del poder de Dios, sino también habían experimentado su influencia sobre sus propios cuerpos. ¿Qué podíamos esperar del futuro? Mientras mi hijo vivía, pensé que comprendía cuál era mi deber. Estreché a mi querido bebé contra mi corazón y me alegré de que por lo menos durante un invierno quedaría libre de grandes responsabilidades, porque no era posible que fuera mi deber viajar en invierno con mi criatura. Pero cuando me fue quitado, nuevamente quedé sumida en gran perplejidad.

La condición de la obra y del pueblo de Dios casi nos abrumó. Nuestra felicidad depende siempre de la condición de la obra de Dios. Cuando su pueblo se encuentra en prosperidad, nos sentimos libres, pero cuando hay apostasía y discordia entre ellos, no hay nada que pueda hacernos sentir felices. Todo nuestro interés y nuestra vida han estado entretejidos con el surgimiento y el progreso del mensaje del tercer ángel. Estamos unidos a él, de manera que cuando no prospera experimentamos gran sufrimiento mental. (225)

Por este tiempo mi esposo al repasar el pasado, comenzó a perder confianza en casi todos. Muchas personas con quienes había tratado de establecer amistad se habían convertido en enemigos, y algunos a quienes había ayudado mucho mediante su influencia y también con los escasos recursos que poseía, trataban continuamente de perjudicarlo y de echar cargas sobre él. Un sábado de mañana, mientras se dirigía a nuestro lugar de culto, fue sobrecogido por un sentimiento de injusticia tan abrumador, que se apartó hacia un lado y lloró en voz alta, mientras la congregación lo esperaba.

Desde el comienzo de nuestro trabajo hemos sido llamados a dar un testimonio claro y definido, a fin de censurar lo malo sin exceptuar nada. Y en todo tiempo ha habido quienes se han opuesto a nuestro testimonio, y después han dicho de nosotros cosas halagadoras, recubiertas con un suave enlucido de mortero, con lo cual han destruido la influencia de nuestras labores. El Señor nos ha ordenado presentar reproches, pero hay personas que se han interpuesto entre nosotros y el pueblo para dejar sin efecto nuestro testimonio. Hemos recibido muchas visiones en las que se nos ha indicado que no debíamos dejar de declarar el consejo de Dios, sino que debíamos ocupar una posición desde la cual pudiéramos conmover al pueblo de Dios, porque éste se encuentra dormido en sus pecados. Pero pocas personas han simpatizado con nosotros, mientras muchas han simpatizado con el error y con los que han sido reprobados. Estas cosas nos han abrumado, y hemos sentido que no teníamos ningún testimonio que

dar en la iglesia. No sabíamos en quién confiar. Cuando todas estas cosas se amontonaron sobre nosotros, perdimos la esperanza. Nos retiramos a descansar cerca de la medianoche, pero yo no pude dormir. Un severo dolor me afligía el corazón; no pude encontrar alivio, de modo que me desmayé varias veces. Mi esposo mandó a buscar a los hermanos Amadon, Kellogg y C. Smith. Sus fervientes oraciones fueron escuchadas, experimenté alivio y fui tomada en visión. Se me mostró que tenemos una obra que llevar a cabo, que debemos dar nuestro testimonio en forma directa y al punto. Se me presentaron algunas personas que habían descartado el testimonio definido. Vi la influencia de sus enseñanzas sobre el pueblo de Dios.

Se me presentó la condición del pueblo de Dios en Poseen la teoría de la verdad, pero no han sido santificados por ella. Vi que cuando los mensajeros entran en un nuevo lugar, su trabajo se (226) perderá completamente a menos que presenten un testimonio claro y definido. Debieran mantener la distinción entre la iglesia de Cristo y los profesantes formalistas y sin vida. Hubo una falla en ese sentido en . El pastor N temía ofender y sentía temor de que se destacaran las peculiaridades de nuestra fe, y debido a esto se rebajaron las normas a fin de ponerse a la misma altura de su gente. En vez de eso, debiera haberse destacado claramente que poseemos verdades de importancia vital, y que los intereses eternos de la gente dependían de la decisión que efectuaran; que a fin de ser santificados mediante la verdad tendrían que abandonar sus ídolos, confesar sus pecados y producir frutos dignos de arrepentimiento.

Los que se ocupan en la solemne obra de presentar el mensaje del tercer ángel deben avanzar decididamente, y con el Espíritu y el poder de Dios predicar sin temor la verdad y dejar que ésta corte. Debieran levantar el estandarte de la verdad e instar a la gente a reunirse en torno a él. Este ha sido rebajado con demasiada frecuencia para colocarlo a la misma altura que la gente en su condición de tinieblas y pecado. El testimonio definido elevará a la gente y la ayudará a decidir. Un testimonio pacífico no llevará a cabo esto. La gente tiene el privilegio de escuchar esta clase de enseñanza desde los púlpitos populares; pero los siervos a quienes Dios ha confiado el mensaje solemne y alarmante que debe reunir a un pueblo y prepararlo para la venida de Cristo, debieran dar un testimonio claro y definido. Nuestra verdad es tanto más solemne que la de los profesantes nominales, cuanto más alto es el cielo que la tierra.

La gente está dormida en sus pecados y necesita que se haga sonar la alarma ante ella antes de que pueda sacudir su letargo. Sus ministros han predicado cosas placenteras; pero los siervos de Dios, que son portadores de verdades sagradas y vitales, debieran proclamar el mensaje en alta voz para que la verdad arranque el ropaje de seguridad y se abra paso hasta el corazón. El testimonio directo que debiera haberse dado a la gente en la localidad de no fue aceptado por los ministros; la semilla de la verdad se sembró entre espinas y fue ahogada por ellas. Algunos han sido asediados por dificultades malignas que han hecho morir las gracias celestiales.

Los siervos de Dios deben dar un testimonio definido que traspasará el corazón natural y desarrollará el carácter. Los Hnos. N y O actuaron con mucha reserva mientras se encontraban en la (227) localidad de-----. Una predicación como la que se hizo en ese lugar nunca hará la obra que Dios se propone que se lleve a cabo. Ya basta con la actitud servil de los ministros nominales, y con el atenuamiento de las verdades definidas que reprochan el pecado.

A menos que la gente acepte el mensaje de todo corazón, y tenga el corazón preparado para recibirlo, harían mejor en no ocuparse de él. Se me mostró que la iglesia de ----- tiene que desarrollar una experiencia cristiana; pero será para ellos más difícil obtenerla ahora que si se les hubiera dado el testimonio definido al comienzo, cuando acababan de descubrir que se encontraban en error. Entonces habría sido más fácil arrancar las espinas. Sin embargo vi que había hombres de valor moral en -----, algunos de los

cuales todavía serán probados mediante la verdad presente. Si la iglesia se levantara y se convirtiera, el Señor regresaría a ellos y les daría el Espíritu Santo. Entonces podrían ejercer influencia definida en

favor de la verdad.

LA OBRA EN EL OESTE.-
Vi que en el Oeste hay hombres de dignidad que han abrazado la verdad, quienes llegarán a ser columnas en la causa. Cuando logren disponer de sus asuntos temporales de tal manera que se encuentren en una condición en la que pueden utilizar parte de sus recursos, harán su parte y sustentarán la causa. Vi también que algunos estaban dispuestos a recibir la verdad, la que fue puesta a su alcance gracias a la liberalidad de sus hermanos del este, sin que les costara nada. Los hermanos del oeste debieran levantarse y sufragar los gastos de su propio bolsillo. Dios así lo requiere y ellos debieran considerar un privilegio hacer así. El Señor los probará para ver si están dispuestos a retirar sus afectos del mundo a fin de perfeccionar su fe mediante sus obras.
Vi que la mano de Dios se encontraba extendida para reunir las almas en el oeste. Ha estado llevando hombres que puedan enseñar la verdad a otros, cuyo deber consistirá en introducir el mensaje en nuevos territorios. Vi que si estos hombres que se habían trasladado del este al oeste y han experimentado los rigores de establecerse en una nueva región, reciben la verdad presente con entendimiento, manifestarán una perseverancia y decisión de carácter concerniente (228) a la verdad, similares a las que manifestaron en su esfuerzo por asegurarse posesiones temporales, y se dedicarán con el mismo empeño a la obra de promover la verdad. Si falta este celo correspondiente, significa que la verdad todavía no ha ejercido sobre ellos su influencia salvadora y santificadora.
Se me mostró una reunión que se llevó a cabo en -----. El hermano P sentía preocupación por la causa, pero R tenía un espíritu de oposición. Su testimonio no mostraba unidad con la obra de Dios, y acarreó aflicción y sufrimiento sobre los que trabajaban para hacerla avanzar. Pero habría sido mejor para la causa que lo hubieran tolerado durante un poco más de tiempo y que los hermanos hubieran soportado la confusión que él causó. Vi que el hermano P actuaba sin sabiduría en este caso. Eso les dio ventaja a R y a los enemigos de nuestra fe. El hermano P debió haber esperado que el carácter religioso de R se desarrollara más plenamente. Pronto se habría unido con el pueblo remanente de Dios o bien habría sido dejado de lado. Pero R obtuvo simpatía debido a su edad. Había participado del espíritu del grupo que publicaba la revista The Messenger, que afectó negativamente todo su comportamiento. Su esposa tiene una disposición nerviosa y desagradable, y ha trabajado activamente para esparcir informes falsos. Ella ha desempeñado en relación con su esposo la parte que Jezabel desempeñó con Acab, y lo incita a que pelee con los siervos de Dios, quienes dan un testimonio claro y definido.
La influencia que ellos han ejercido en el este ha sido definidamente contra el Espíritu de verdad y contra los que han dedicado sus vidas a trabajar por su progreso. En el este hay un grupo que profesa creer en la verdad, pero que mantienen sentimientos secretos de insatisfacción contra los que soportan la carga de la obra. Los verdaderos sentimientos de los tales no se manifiestan con claridad hasta que surge alguna influencia en oposición a la obra de Dios, y entonces demuestran su verdadero carácter. Esas personas reciben de buena gana y hacen circular informes falsos para destruir la influencia de los que participan en esta obra. Todos los que deseen retirarse de la iglesia tendrán oportunidad para hacerlo. De alguna manera surgirá algo para probar a todos. El gran período del zarandeo está próximo. Los que manifiestan celos y los que critican a los demás, que andan buscando el mal, serán sacudidos y dejados afuera. Detestan el reproche y desprecian la corrección. Quienes (229) aman el espíritu del mensaje del tercer ángel no pueden participar del espíritu de R y de su esposa.

UNA PREGUNTA CONTESTADA.-
Los que experimentan la influencia de mis enemigos hacen con frecuencia esta pregunta: %Se está poniendo orgullosa la Sra. White? He oído decir que usa un sombrero lleno de moños y cintas".
Espero no estar poniéndome orgullosa. Mi manera de vestir es la misma que he usado durante varios años. Me opongo al uso de miriñaques o refajos huecos con armadura de alambre y de moños y cintas

innecesarios. He usado durante dos años un sombrero de terciopelo sin cambiarle los lazos, excepto para limpiarlos con agua y jabón. Pongo el mismo terciopelo sobre una nueva armadura, y volveré a usarlo este invierno. Creo que los observadores del sábado deben vestirse con sencillez y economía. Los que desean hablar, lo harán aunque no les demos ocasión de hacerlo. No espero satisfacer a todos con mi manera de vestir, pero creo que es mi deber usar ropa durable, vestirme con buen gusto y con pulcritud, y satisfacer mi propio gusto si éste no se halla en desacuerdo con la Palabra de Dios. (230)

NUMERO SIETE: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA.-
EL NORTE Y EL SUR.-

El 4 de Enero de 1862 se me mostraron algunas cosas acerca de nuestra nación. Se me llamó la atención a la rebelión del sur. El sur se había preparado para sostener un terrible conflicto, mientras el norte se encontraba dormido con respecto a sus verdaderas intenciones. Antes de que comenzara la administración del presidente Lincoln, el sur aprovechó grandes ventajas. La administración anterior planeó y dispuso las cosas para que el sur despojara al norte de sus materiales de guerra. Tenían dos objetivos al hacerlo: (1) planeaban una rebelión definida y debían prepararse para ella; (2) en el momento de efectuarse la rebelión, el norte debía encontrarse completamente sin preparación. En esta forma ganaría tiempo, y mediante sus violentas amenazas y sus actos despiadados pensaron que podían intimidar al norte para que se sintieran obligados a ceder y a conceder todo lo que ellos querían.

El norte no entendió el odio terrible y enconado que el sur sentía hacia él y no se encontraba preparado para sus maquinaciones bien planeadas. El norte se había jactado de su fortaleza y ridiculizaba la idea de que el sur pudiera separarse de la Unión. Consideraba eso como amenazas de un niño voluntarioso y terco, y supuso que el sur pronto volvería a pensar con cordura, y arrepentido de querer salirse de la Unión, pediría disculpas y volvería a manifestar fidelidad. El norte no tenía una idea clara del poder del detestable sistema de esclavitud. Es esto, únicamente esto, lo que constituye el fundamento de la guerra. El sur se ha puesto cada vez más exigente. Considera perfectamente justo dedicarse al tráfico humano, negociar con los esclavos y las almas de los hombres. Se encuentran disgustados y se exasperan completamente cuando no pueden obtener para sí todo el territorio que desean. Destruyen los límites y llevan sus esclavos a cualquier lugar que desean, y maldicen el suelo con el trabajo forzado. El lenguaje del sur ha sido imperioso y el norte no ha adoptado las medidas necesarias para silenciarlo.

La rebelión se manejó con tanto cuidado, tan lentamente, que muchas personas que al comienzo se horrorizaron ante el pensamiento (231) de la rebelión, fueron influenciadas por los rebeldes para que llegaran a considerarla recta y justa, con lo que miles de personas se unieron a la Confederación del Sur. Estos simpatizantes influyeron para que el gobierno actuara con prontitud y firmeza al comienzo de la rebelión, aunque entonces no se encontrara preparado para hacer frente a una guerra. El norte se ha estado preparando para la guerra desde entonces, pero la rebelión ha ido en constante aumento, por lo que ahora no hay mejores perspectivas de someterla que hace algunos meses. Miles han perdido la vida, y muchos han regresado a sus hogares baldados y lisiados para toda la vida, habiendo perdido la salud y las posibilidades de surgir en la vida; ¡Y sin embargo cuán poco se ha ganado! Miles de hombres han sido inducidos a alistarse con el entendimiento de que esa guerra tenía el propósito de terminar con la esclavitud; pero ahora que se encuentran en el ejército, han descubierto que fueron engañados, que el objeto de esta guerra no es abolir la esclavitud sino preservarla en su estado actual.

Los que se aventuraron a salir de sus hogares y a sacrificar sus vidas para abolir la esclavitud, se encuentran insatisfechos. No ven ningún resultado positivo de la guerra, y ven solamente la preservación de la Unión, para lo cual hay que sacrificar miles de vidas y afectar miles de hogares. Un número muy grande de hombres han perecido en el campo de batalla y muerto en los hospitales; otros han sido tomados prisioneros por los rebeldes, que es una suerte que debe temerse aún más que la muerte. En vista de todo esto preguntan: Si tenemos éxito en someter esta rebelión, ¿qué habremos ganado? Tan sólo pueden contestar con desánimo: Nada. No ha sido eliminada la causa de la rebelión.

El sistema de la esclavitud, que ha arruinado nuestra nación, ha permanecido intacto y con el potencial de desatar una nueva rebelión. Miles de nuestros soldados se encuentran disgustados. Experimentan enormes privaciones, que soportarían voluntariamente si no hubieran descubierto que han sido engañados, por lo cual se encuentran desanimados. Nuestros dirigentes están confundidos y llenos de temor. Temen poner en libertad a los esclavos de los rebeldes, porque al hacerlo exasperarían al sector del sur que no se ha unido a la rebelión pero que mantienen firmemente la esclavitud. Y también temen la influencia de los fuertes opositores a la esclavitud que tienen mando en posiciones de responsabilidad. Han sentido temor del efecto que tendría un (232) tono decidido y firme en favor de la abolición, porque podría convertir en llama el fuerte deseo de miles de personas de eliminar la causa de esta terrible rebelión, dejando en libertad a los oprimidos y rompiendo los yugos.

Muchos de los dirigentes que ocupan posiciones de responsabilidad tienen poca conciencia o nobleza de alma; pueden ejercer su poder aunque con eso destruyan a los que se encuentran bajo ellos, y lo hacen sin gran preocupación. Estos comandantes pueden abusar del poder que se les ha dado y hacer que sus subalternos ocupen posiciones peligrosas en las que se encontrarán expuestos a terribles encuentros con los rebeldes sin tener la mínima esperanza de vencerlos. En esta forma pueden deshacerse de hombres audaces y cabales, tal como David se desembarazó de Urías (2 Sam. 11:14-15).

En esta forma se han sacrificado hombres valiosos para librarse de su fuerte influencia contraria a la esclavitud. De este modo han desaparecido precisamente los hombres que el norte más necesita en esta hora crítica y cuyos servicios serían del más alto valor. Han sido sacrificados injustificadamente. Las perspectivas para nuestra nación son desanimadoras porque hay funcionarios rebeldes que ocupan puestos de responsabilidad. Son oficiales que simpatizan con los rebeldes. Mientras están deseosos de mantener la Unión, desprecian a los que se oponen a la esclavitud. Algunas unidades de combate también se componen mayormente de este elemento; se oponen tanto unos a otros que no existe verdadera unión entre muchos regimientos.

En la forma como se me mostró esta guerra, se veía como la más singular e incierta que haya existido. Gran cantidad de voluntarios se alistaron creyendo sinceramente que el resultado de la guerra sería la abolición de la esclavitud. Otros se alistaron con la intención de hacer lo posible por mantener la esclavitud en su forma actual, pero sofocando la rebelión y manteniendo la unión. Luego, para confundir aún más la cosas, algunos de los oficiales en comando son hombres fuertes que favorecen la esclavitud y cuyas simpatías están con el sur, y que sin embargo se oponen a un gobierno separado. Parece imposible llevar a buen término la guerra, porque muchos en nuestras propias filas favorecen continuamente al sur, y nuestro ejército ha sido rechazado y diezmado sin misericordia por causa de estos hombres que favorecen la esclavitud. Algunos de nuestros representantes principales en el Congreso también (233) trabajan constantemente para favorecer al sur. En este estado de cosas se hacen proclamaciones pidiendo ayuno nacional, pidiendo oración para que Dios produzca una rápida y favorable terminación de esta guerra. Luego se me llamó la atención al pasaje de Isaías 58:5-7: %Es tal el ayuno que yo escogí, que de día aflija el hombre su alma, que incline su cabeza como junco, y haga cama de cilicio y de ceniza? ¿Llamaréis esto ayuno, y día agradable a Jehová? ¿No es más bien el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, y dejar libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo? ¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras y no te escondas de tu hermano?"

Vi que estos ayunos nacionales eran un insulto a Jehová. El no acepta esa clase de ayunos. El ángel registrador anota lo siguiente con respecto a ellos: "He aquí que para contiendas y debates ayunáis, y para herir con el puño inicuamente" (Isa. 58:4). Se me mostró la forma como nuestros dirigentes han tratado a los pobres esclavos que se aproximaron a ellos en busca de protección. Los ángeles han tomado nota de ello. En lugar de quebrar su yugo de servidumbre y de poner en libertad a los oprimidos, esos hombres han hecho que el yugo sea más pesado aún para ellos que cuando se encontraban al servicio de sus amos tiranos. El amor a la libertad induce a los pobres esclavos a

abandonar a sus amos y arriesgar sus vidas a fin de obtenerla. Nunca se aventurarían a abandonar a sus amos y a exponerse a las dificultades y los horrores que les esperan al ser recapturados, si no tuvieran un fuerte amor a la libertad, tal como cualquiera de nosotros.

Los esclavos fugitivos han soportado indecibles dificultades y peligros para obtener su libertad, y como último recurso de su esperanza, con el amor de la libertad ardiendo en sus pechos, acuden al gobierno en busca de protección; pero su confianza ha encontrado el más absoluto desprecio. Muchos de ellos han sido tratados cruelmente porque cometieron el delito tan grande de atreverse a efectuar un esfuerzo para obtener su libertad. Hombres que ocupaban cargos importantes, que profesaban tener corazones humanos, han visto a los esclavos casi desnudos y hambrientos, y los han maltratado y enviado de vuelta a sus crueles amos y a su esclavitud sin esperanza, para que sufran crueldad inhumana por haberse atrevido a buscar (234) su libertad. Algunos que pertenecen a esta clase despreciada son arrojados en prisiones inmundas para que vivan o mueran, sin que a sus verdugos les importe lo uno o lo otro.

Los han privado de la libertad y del aire libre que el cielo nunca les negó, y los han dejado sufrir por falta de alimento y vestidura. ¡Y pensar que se proclama un ayuno nacional a la vista de todo esto! ¡Oh, qué insulto contra Jehová! El Señor dice por boca de Isaías: "Que me buscan cada día, y quieren saber mis caminos, como gente que hubiese hecho justicia, y que no hubiese dejado la ley de su Dios" (Isa. 58:2). Los amos de los esclavos fugitivos les dijeron que los hombres del norte querían posesionarse de ellos para someterlos a crueles abusos, y que los abolicionistas los tratarían peor de lo que habían sido tratados en la esclavitud. Les han contado toda clase de historias terribles para hacerlos detestar al norte, y sin embargo han tenido una idea confusa de que algunas personas bondadosas en el norte simpatizan con ellos y harán un esfuerzo por ayudarlos. Esta ha sido la única estrella que ha arrojado su luz en su sombría y aflictiva esclavitud. La forma como los pobres esclavos han sido tratados los ha inducido a creer que sus amos les habían dicho la verdad. ¡Y a pesar de eso se ha proclamado un ayuno nacional! El Señor dice: %No es más bien el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, y dejar libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo?" (Isa. 58:6). Cuando nuestra nación ponga en práctica el ayuno que Dios ha escogido, entonces él aceptará sus oraciones en lo que concierne a la guerra; pero en este momento éstas no entran en su oído. El se aparta de ellos, porque le causan disgusto. Las cosas se hacen de tal manera que los que desean deshacer las pesadas cargas y romper todo yugo son colocados bajo censura, o bien quitados de posiciones de responsabilidad, o bien los planes para sus vidas son efectuados por los hombres a quienes Isaías se refiere: "He aquí que para contiendas y debates ayunáis, y para herir con el puño inicuamente" (Isa. 58A).

Se me mostró que si el objetivo de esta guerra hubiera sido abolir la esclavitud, entonces, si se hubiera deseado, Inglaterra habría ayudado al norte. Pero Inglaterra comprende plenamente los sentimientos existentes en nuestro gobierno, y sabe que el propósito de la guerra no es deshacer la esclavitud, sino únicamente preservar la Unión, y a ella no le interesa que ésta se mantenga. Nuestro gobierno (235) ha sido muy orgulloso e independiente. Los habitantes de esta nación se han exaltado hasta el cielo, y han despreciado a los gobiernos monárquicos, y han sentido una sensación de triunfo en la libertad de la que se jactan, mientras al mismo tiempo han permitido voluntariamente la existencia de la esclavitud, que era mil veces peor que la tiranía ejercida por los gobiernos monárquicos. En esta tierra de luz se aprueba la existencia de un sistema en el que una parte de la familia humana vive esclava de la otra parte, con lo que millones de seres humanos se degradan y se rebajan al nivel de los animales. En los países paganos no se encuentra nada igual a esto.

El ángel dijo: "Escuchad, oh cielos, el clamor de los oprimidos, y recompensad a los opresores con el doble de sus obras". Esta nación será humillada hasta el polvo. Inglaterra está estudiando si es mejor tomar ventaja de la condición actual de debilidad de nuestra nación, y aventurarse a declararle la guerra. Está considerando este asunto y procurando interesar a otras naciones. Si comienza una guerra

en el extranjero teme debilitar sus fuerzas en casa, y que debido a ello otras naciones se aprovechen de su debilidad. Otros países se están preparando activamente para la guerra aunque en silencio, y están esperando que Inglaterra declare la guerra a nuestro país, para ellos aprovecharla oportunidad de tomar venganza debido a las ventajas que Inglaterra ha sacado de ellos en el pasado y a las injusticias a que han sido sometidos. Una parte de los súbditos de la reina está esperando una oportunidad favorable para romper su yugo; pero si Inglaterra llega a la conclusión de que ello vale la pena, no vacilará ni un momento en aprovechar las oportunidades de proyectar su poder y humillara nuestra nación. Cuando Inglaterra declare la guerra, todas las naciones tendrán intereses particulares que defender, por lo cual habrá una guerra generalizada, y una gran confusión. Inglaterra conoce muy bien la diversidad de sentimientos existentes entre los que procuran apagar la rebelión. También conoce la confusión que reina en nuestro gobierno; ha observado con asombro el desarrollo de esta guerra: las acciones lentas e ineficaces, la falta de actividad de nuestro ejército y los gastos ruinosos de nuestra nación. Las debilidades de nuestro gobierno son plenamente conocidas por otras naciones, y ahora han concluido que eso se debe a que no había un gobierno monárquico, por lo que admiran su propio gobierno, y algunos miran con compasión y otros (236) con desprecio a nuestra nación, que habían considerado la más poderosa del planeta. Si nuestra nación hubiera permanecido unida habría tenido poder, pero al estar dividida debe caer.

VIENE UNA GRAN ANGUSTIA.-

Vi en la tierra una angustia mayor que la que hemos presenciado hasta aquí. Oí gemidos y clamores de angustia, y vi grandes compañías empeñadas en batalla. Oí el tronar del cañón, el fragor de las armas, la lucha cuerpo a cuerpo, y los gemidos y oraciones de los moribundos. El suelo estaba cubierto de muertos y heridos. Vi familias desconsoladas y desesperadas, que sufrían privaciones en muchas moradas. Ahora mismo muchas familias sufren privaciones; pero esto aumentará. Los rostros de muchos se veían demacrados, pálidos y afectados por el hambre.

Me fue mostrado que el pueblo de Dios debiera estar íntimamente unido por los vínculos de la comunión y el amor cristianos. Sólo Dios puede ser nuestro escudo y fortaleza en este tiempo de calamidades nacionales. El pueblo de Dios debe despertarse. Debe aprovechar sus oportunidades de diseminar la verdad, porque éstas no durarán mucho. Se me mostró angustia, perplejidad y hambre en la tierra. Satanás procura mantener al pueblo de Dios en un estado de inactividad, e impedirle que desempeñe su parte en la difusión de la verdad, para que al fin sea pesado en la balanza y hallado falto.

El pueblo de Dios debe recibir la amonestación y discernir las señales de los tiempos. Las señales de la venida de Cristo son demasiado claras para que se las ponga en duda; en vista de estas cosas, cada uno de los que profesan la verdad debe ser un predicador vivo. Dios invita a todos, tanto predicadores como laicos, a que se despierten. Todo el cielo está conmovido. Las escenas de la historia terrenal están llegando rápidamente al fin. Vivimos en medio de los peligros de los postreros días. Mayores peligros nos esperan, y sin embargo, no estamos despiertos. La falta de actividad y fervor en la obra de Dios es espantosa. Este estupor mortal proviene de Satanás. El domina la mente de los observadores del sábado no consagrados y los induce a sentir celos unos de otros, a criticarse y censurarse. Es su obra especial dividir los corazones, para que la influencia, la fuerza y la labor de los siervos de Dios sean consumidas (237) por el trabajo entre los observadores del sábado no consagrados, y les toque dedicar de continuo su tiempo precioso al arreglo de pequeñas divergencias, cuando debieran consagrarlo a proclamar la verdad a los incrédulos.

Vi que los hijos de Dios aguardaban a que sucediese algún cambio, y se apoderase de ellos algún poder compelente. Pero sufrirán una desilusión, porque están equivocados. Deben actuar; deben echar mano del trabajo y clamar fervorosamente a Dios para obtener un conocimiento adecuado de sí mismos. Las

escenas que se están desarrollando delante de nosotros son de suficiente magnitud para hacernos despertar y grabar la verdad en el corazón de todos los que quieran escuchar. La mies de la tierra está casi madura.

Se me mostró cuán importante es que sean íntegros los ministros que se dedican a la obra solemne y de tanta responsabilidad de proclamar el mensaje del tercer ángel. El Señor no se ve en estrechez por falta de recursos o instrumentos con los cuales realizar su obra. Puede hablar en cualquier momento, y por quienes quiera; su Palabra es poderosa, y realizará aquello para lo cual la envió. Pero si la verdad no ha santificado las manos y el corazón del que ministra en las cosas sagradas, está expuesto a hablar de acuerdo con su propia experiencia imperfecta; y cuando habla de sí mismo, de acuerdo con las decisiones de su propio juicio no santificado, su consejo no es entonces de Dios, sino de sí mismo. Así como el que es llamado de Dios es llamado a ser santo, el que es aprobado y separado de los hombres debe dar evidencia de su santa vocación, y manifestar por su conversación y conducta celestiales que es fiel a Aquel que lo ha llamado.

Pesan terribles ayes sobre los que predican la verdad, pero no son santificados por ella, y también sobre aquellos que consienten en recibir y sostener a los no santificados para que ministren en palabra y doctrina. Me siento alarmada por los hijos de Dios que profesan creer la verdad solemne e importante; porque sé que muchos de ellos no están convertidos, ni santificados por ella. Los hombres pueden oír y reconocer la verdad, y sin embargo, no saber nada del poder de la piedad. No serán salvos por la verdad todos los que la predican. Dijo el ángel: "Purificaos los que lleváis los utensilios de Jehová" (Isa. 52:11).

Ha llegado el momento en que los que eligen al Señor como heredad presente y futura, deben confiar sólo en él. Todo aquel que haga profesión de piedad, debe haberla experimentado personalmente. (238)

El ángel registrador está anotando fielmente las palabras y los actos del pueblo de Dios. Los ángeles están observando el desarrollo del carácter, y pesando el valor moral. Los que profesan creer la verdad han de ser íntegros ellos mismos y ejercer toda su influencia para iluminar a otros y ganarlos para la verdad. Sus palabras y obras son el conducto por medio del cual los principios puros de la verdad y la santidad son transmitidos al mundo. Son la sal y la luz de la tierra.

Vi que al mirar hacia el cielo veremos luz y paz; pero al mirar al mundo, veremos que todo refugio nos faltará, y todo bien pasará pronto. No hay para nosotros ayuda sino en Dios; en este estado de confusión de la tierra podemos hallar serenidad, firmeza o seguridad tan sólo en la fuerza de una fe viva; no podemos tener paz si no descansamos en Dios ni esperamos su salvación. Resplandece sobre nosotros una luz mayor que la que iluminó a nuestros padres. No podemos ser aceptados ni honrados por Dios prestando el mismo servicio o haciendo las mismas obras que nuestros padres. Para ser aceptados y bendecidos por Dios, como lo fueron ellos, debemos imitar su fidelidad y celo, mejorar nuestra luz así como ellos mejoraron la suya, y obrar como ellos habrían obrado si hubiesen vivido en nuestros días.

Debemos andar en la luz que resplandece sobre nosotros. De otra manera esa luz se trocará en tinieblas. Dios exige que manifestemos al mundo, por medio de nuestro carácter y nuestras obras, una medida del espíritu de unión que esté de acuerdo con las verdades sagradas que profesamos, y con el espíritu de las profecías que se están cumpliendo en estos postreros días. La verdad que hemos comprendido y la luz que ha resplandecido sobre nuestra alma nos juzgarán y condenarán si nos apartamos de ellas y nos negamos a ser guiados por ellas.

¿Qué diré para despertar al pueblo remanente de Dios? Me fue mostrado que nos esperan escenas espantosas; Satanás y sus ángeles oponen todas sus potestades contra el pueblo de Dios. Saben que si los hijos de Dios duermen un poco más, los tienen seguros, porque su destrucción es cierta. Insto a todos los que profesan el nombre de Cristo a que se examinen, y hagan una plena y cabal confesión de todos sus yerros, para que vayan delante de ellos al juicio, y el ángel registrador escriba el perdón frente a sus nombres.

Hermanos míos, si no aprovecháis estos preciosos momentos (239) de misericordia, quedaréis sin causa. Si no hacéis un esfuerzo especial para despertaros, si no manifestáis celo para arrepentiros, estos momentos áureos pasarán pronto, y seréis pesados en la balanza y hallados faltos. Entonces, vuestros gritos de agonía no os servirán de nada. Entonces se aplicarán las palabras del Señor: "Por cuanto llamé, y no quisisteis oír, extendí mi mano, y no hubo quien atendiese, sino que desechasteis todo consejo mío y mi reprensión no quisisteis, también yo me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando os viniere lo que teméis; cuando viniere como una destrucción lo que teméis, y vuestra calamidad llegare como un torbellino; cuando sobre vosotros viniere tribulación y angustia. Entonces me llamarán, y no responderé; me buscarán de mañana, y no me hallarán. Por cuanto aborrecieron la sabiduría, y no escogieron el temor de Jehová, ni quisieron mi consejo, y menospreciaron toda reprensión mía: comerán del fruto de su camino, y serán hastiados de sus propios consejos. Porque el desvío de los ignorantes los matará, y la prosperidad de los necios los echará a perder. Mas el que me oyere, habitará confiadamente, y vivirá tranquilo, sin temor del mal" (Prov. 1:24-33).

LA ESCLAVITUD Y LA GUERRA.-

Dios está castigando a esta nación debido al gran delito de la esclavitud. Tiene en sus manos el destino de la nación. Castigará al Sur por el pecado de la esclavitud, y al Norte por haber soportado durante tanto tiempo su abarcante y penosa influencia.

En la Conferencia llevada a cabo en Roosevelt, Nueva York, el 3 de Agosto de 1861 cuando los hermanos y hermanas se reunieron en el día dedicado a la humillación, el ayuno y la oración, el Espíritu del Señor descansó sobre mí. Fui tomada en visión y se me mostró el pecado de la esclavitud, que durante tanto tiempo ha sido una maldición para esta nación. La ley contra los esclavos fugitivos estaba calculada para reprimir y erradicar del ser humano todo sentimiento noble y generoso de simpatía que pudiera surgir en su corazón en favor de los esclavos oprimidos y sufrientes. Este mal se encuentra en oposición directa a las enseñanzas de Cristo. El azote de Dios ahora se ha descargado sobre el Norte, porque se ha sometido durante tanto tiempo a los avances del poder esclavizados. Es grande el pecado de los hombres del Norte que favorecen la (240) esclavitud. Han fortalecido al Sur en su pecado aprobando la extensión de la esclavitud; han desempeñado una parte importante en el desarrollo de los acontecimientos que ha puesto a esta nación en su actual condición tan aflictiva.

Se me mostró que muchas personas no comprenden la extensión del mal que nos ha sobrecogido. Se han halagado a sí mismos diciéndose que las dificultades de la nación pronto se solucionarán y que pronto concluirán la confusión y la guerra, pero todos quedarán convencidos de que la situación no es tan sencilla como se había anticipado. Muchos han esperado que el Norte aseste un golpe y ponga punto final al conflicto.

Se me llamó la atención al Israel antiguo mantenido en esclavitud por los egipcios. El Señor obró mediante Moisés y Aarón para ponerlo en libertad. Se llevaron a cabo milagros delante de Faraón para convencerlo de que esos hombres habían sido especialmente enviados por Dios para pedirle que dejara en libertad a Israel. Pero el corazón de Faraón se endureció contra los mensajeros del Señor, por lo que descartó los milagros obrados en su presencia. Debido a eso los egipcios tuvieron que soportar los juicios de Dios. Fueron visitados con plagas y mientras sufrían bajo el efecto de las mismas, Faraón consintió en poner en libertad al pueblo de Israel. Pero en cuanto desapareció la causa de sus sufrimientos, su corazón volvió a endurecerse. Sus consejeros y los hombres poderosos se hicieron fuertes contra Dios y trataron de explicar las plagas como el resultado de causas naturales. Cada visitación de Dios era más severa que la anterior, y sin embargo ellos no libertaron a los hijos de Israel hasta que el ángel del Señor mató a los primogénitos de los egipcios. Desde el rey sentado en su trono hasta el súbdito más humilde, experimentaron aflicción y luto. Después de eso Faraón ordenó la salida de Israel; pero después que los egipcios hubieron enterrado a sus muertos, él se arrepintió de haberlos dejado salir. Sus consejeros y dirigentes trataron de explicar el origen de su aflicción. No quisieron

admitir que habían experimentado el juicio de Dios, de modo que salieron en persecución de los hijos de Israel.
Cuando los israelitas vieron a los soldados egipcios que los perseguían, algunos en caballos y otros en carros, equipados para la guerra, desfallecieron de temor. El Mar Rojo estaba delante de ellos y los egipcios detrás de ellos. De modo que no podían ver ninguna vía de escape. Los egipcios lanzaron exclamaciones de (241) triunfo al ver que los israelitas se encontraban completamente a su merced. El pueblo estaba muy atemorizado. Pero el Señor le ordenó a Moisés que indicara al pueblo que avanzara y que levantara la vara y extendiera su mano sobre el mar para dividir sus aguas. El así lo hizo y las aguas se separaron, lo que permitió al pueblo de Israel pasar sobre tierra seca. Faraón había resistido durante tanto tiempo a Dios y había endurecido tanto su corazón contra sus obras poderosas y admirables, que en su ceguera se apresuró a entrar en el camino que Dios había preparado milagrosamente para su pueblo. Nuevamente a Moisés se le ordenó que extendiera su brazo sobre el mar "y el mar se volvió en toda su fuerza", y las aguas cubrieron a la hueste egipcia y todos se ahogaron.
Se me presentó esta escena para ilustrar el amor egoísta a la esclavitud, las medidas desesperadas que el Sur adoptaría para mantener la institución, y los terribles extremos a que estarían dispuestos a llegar antes de ceder. El sistema de la esclavitud ha reducido y degradado a los seres humanos hasta el nivel de las bestias, y la mayor parte de los amos de los esclavos los consideran como tales. Las conciencias de esos amos se han endurecido, lo mismo que la de Faraón; y si se ven obligados a poner en libertad a sus esclavos, sus principios permanecen inalterados, y si fuera posible harían sentir a los esclavos todo su poder opresor. Es ese momento me pareció que era imposible deshacer la esclavitud. Solamente Dios puede arrancara los esclavos de las manos de sus desesperados e infatigables opresores. Todo el abuso y la crueldad ejercidos hacia el esclavo se pueden imputar con justicia a los que apoyan el sistema de esclavitud, ya se trate de hombres del Sur o del Norte.
Me fueron presentados el Norte y el Sur. El Norte ha estado engañado con respecto al Sur. Estos últimos están mejor preparados para la guerra de lo que se había supuesto. La mayor parte de sus hombres son hábiles en el uso de las armas, algunos de ellos por experiencia en el campo de batalla, y otros debido a la práctica habitual. Tienen ventajas sobre el Norte en este sentido, pero en general no poseen el valor ni el aguante de los hombres del Norte.
Tuve una visión de la desastrosa batalla que se libró en Manassas, Virginia. Fue una escena muy violenta y aflictiva. El ejército del Sur lo tenía todo a su favor y estaba preparado para una terrible lucha. El ejército del Norte avanzaba en triunfo, sin la menor duda de que ganarían la victoria. Muchos eran descuidados y avanzaban (242) con alardes como si la victoria ya hubiera sido suya. Al acercarse al campo de batalla, muchos casi se desmayaban de cansancio y por falta de refresco. No esperaban un encuentro tan terrible. Se precipitaron a la batalla y lucharon valientemente y con desesperación. Por todas partes había muertos y moribundos. Tanto el Norte como el Sur experimentaron bajas considerables. Los hombres del Sur sentían el peso de la batalla y en poco tiempo más habrían tenido que retroceder aún más. Los soldados del Norte seguían avanzando apresuradamente aunque su destrucción era muy grande. Justamente en ese momento un ángel descendió y agitó su mano hacia atrás. Instantáneamente se produjo una confusión en las filas. Les pareció a los hombres del Norte que sus tropas habían comenzado a retirarse, cuando en realidad no había ocurrido tal cosa, y eso produjo una precipitada retirada. Esto me pareció algo admirable. Luego se explicó que Dios tenía esta nación en su propia mano y no soportaría que se ganaran victorias con más rapidez de lo que él había ordenado, y no permitiría más pérdidas de hombres del Norte que lo que su sabiduría considerara adecuado, para castigarlos por sus pecados. Y si el ejército del Norte en ese momento hubiera seguido presentando batalla en su condición de agotamiento, la mayor lucha y destrucción que les esperaba habría significado un gran triunfo para el Sur. Dios no estaba dispuesto a permitirlo, de modo que envió un ángel para que interfiriera en la batalla. La repentina retirada de las tropas del Norte es un misterio

para todos. No saben que la mano de Dios había intervenido en este asunto.
La destrucción del ejército del Sur fue tan grande que no tuvieron ánimo para celebrar el triunfo. Esta destrucción, que ocurrió cuando ellos tenían todas las ventajas de su parte, y el Norte estaba en gran desventaja, les causó una gran incertidumbre. Saben que si el Norte tuviera igual oportunidad que ellos, ciertamente ganarían la victoria. Su única esperanza consiste en ocupar posiciones difíciles de alcanzar, y luego con sus armamentos lanzar destrucción en todos lados.
El Sur se ha fortalecido notablemente desde el comienzo de su rebelión. Si entonces el Norte hubiera tomado medidas activas, esta rebelión habría sido sofocada rápidamente. Pero lo que en un tiempo fue algo reducido, ha aumentado en poder y en número hasta convertirse en algo sumamente poderoso. Otras naciones observan de cerca lo que ocurre en este país, con un propósito del que no fui informada, y están haciendo grandes preparativos para (243) algún acontecimiento. Ahora existe gran confusión y ansiedad entre los dirigentes de nuestra nación. Entre ellos se encuentran hombres que favorecen la esclavitud y traidores; y mientras éstos supuestamente favorecen la Unión, ejercen influencia en la adopción de decisiones, algunas de las cuales hasta favorecen la causa del Sur.
Se me mostró a los habitantes de la tierra en gran confusión. La tierra estaba afligida por guerra, derramamiento de sangre, privación, necesidad, hambre y pestilencia. Cuando estas cosas rodearon al pueblo de Dios, éste comenzó a unirse y a poner de lado sus pequeñas dificultades. Ya no estuvieron controlados por la dignidad personal, y una profunda humildad tomó su lugar. El sufrimiento, la perplejidad y la privación hicieron que la razón volviera a ocupar el lugar que le correspondía, y los hombres apasionados e irrazonables se tornaron sensatos y actuaron con discreción y sabiduría.
Luego se me hizo apartar la atención de esa escena. Parecía haber un corto tiempo de paz. Una vez más se me presentaron los habitantes de la tierra, y nuevamente todo estaba en la mayor confusión. Las luchas, las guerras, el derramamiento de sangre, el hambre y la pestilencia se manifestaban en todas partes. Otras naciones se habían mezclado en esta guerra y confusión. La guerra produjo hambre. La miseria y el derramamiento de sangre causaron pestilencia. Y entonces se hallaron "desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra" (Luc. 21:26).

TIEMPOS PELIGROSOS.-
El mundo incrédulo pronto tendrá algo en que pensar fuera de sus vestidos y apariencia; y cuando sus mentes sean arrancadas de estas cosas por los problemas y la confusión, ellos no tendrán nada de qué aferrarse. No son prisioneros de la esperanza de modo que no pueden volverse al Baluarte. Desfallecerán a causa de los sobresaltos y del temor. No han hecho de Dios su refugio y él no será su consuelo en el momento de necesidad, en cambio se reirá de su calamidad y se burlará cuando les venga el temor. Han despreciado y pisoteado las verdades de la Palabra de Dios. Se han complacido llevando vestidos extravagantes y han gastado sus vidas en fiestas y francachelas. Sembraron viento y cosecharán tempestad. En el tiempo cuando las naciones sean sobrecogidas por grandes (244) dificultades y confusión de las naciones habrá muchos que no se han entregado completamente a las influencias corruptoras del mundo y el servicio de Satanás, quienes se humillarán delante de Dios y se volverán hacia él de todo corazón y encontrarán aceptación y perdón.
Aquellos entre los observadores del sábado que no han estado dispuestos a hacer sacrificios, pero han cedido a las influencias del mundo, llegarán a ser probados. Los peligros de los últimos días están sobre nosotros y para los jóvenes se avecina una prueba que no habían anticipado. Se verán frente a dificultades sumamente graves. Será probada la autenticidad de su fe. Profesan estar esperando la venida del Hijo del hombre, y sin embargo algunos de ellos han sido un pésimo ejemplo para los incrédulos. No han estado dispuestos a abandonar el mundo sino que se han unido con él, han asistido a picnics objetables y a otras reuniones de placer, y se han complacido a sí mismos diciéndose que se dedicaban a entretenimientos inocentes. Sin embargo, se me mostró que son precisamente esas complacencias las que los separan de Dios y los convierten en hijos del mundo. Dios no considera a los

buscadores de placeres como sus seguidores. El no nos ha dado tal ejemplo. Únicamente los que se niegan a sí mismos, y que llevan una vida de sobriedad, humildad y santidad son los verdaderos seguidores de Jesús; y los tales no pueden dedicarse a las conversaciones frívolas e insensatas de los amadores del mundo, y tampoco pueden disfrutar de ellas.
Tenemos ante nosotros un día de amarga angustia. Se me mostró que era necesario dar testimonios definidos, y que los que se adelantaran a prestar ayuda al Señor recibirían su bendición. Los observadores del sábado tienen una obra que deben hacer. Se mostró que los vestidos provistos de aros de alambre eran una abominación y que la influencia de todos los observadores del sábado debía reprobar esta moda ridícula, que ha sido una pantalla de iniquidad y que surgió en una casa de mala fama de París. Me fueron mostradas algunas personas que rechazarían la instrucción, aunque ésta procediera del cielo; urdirán excusas para evitar el testimonio más definido, y desafiando toda luz usarán los aros en los vestidos porque es la moda, y correrán el riesgo de las consecuencias.
Se me presentó la profecía de Isaías 3 aplicada a estos últimos días, y los reproches se dan a las hijas de Sión que piensan únicamente en las apariencias y en el exhibicionismo. Leed el versículo (245) 25: "Tus varones caerán a espada, y tu fuerza en la guerra". Se me mostró que este pasaje se cumpliría estrictamente. Serán probados los jóvenes de ambos sexos que profesan ser cristianos, y que sin embargo no han manifestado una experiencia cristiana, no han soportado ninguna carga y no han sentido responsabilidad individual. Se verán rebajados hasta el polvo y anhelarán tener una experiencia en las cosas de Dios, que dejaron de obtener.
La guerra se ciñe el casco de batalla;
oh, Dios, protege ahora a tu pueblo.

ORGANIZACIÓN.-
EL 3 de Agosto de 1861 se me mostró que algunos habían temido que nuestras iglesias se convertirían en Babilonia si se las organizaba; pero las iglesias de la zona central de Nueva York ya han sido una perfecta Babilonia, confusión. Y ahora, a menos que las iglesias sean organizadas para continuar su marcha y poner en vigencia el orden, no tienen ninguna esperanza para el futuro, y serán esparcidas en fragmentos. Enseñanzas anteriores han alimentado los elementos de la desunión. Se ha fomentado el espíritu de vigilancia y acusación antes que de edificación. Si los ministros de Dios adoptaran una posición unida, y la mantuvieran con decisión, se produciría una influencia que tendería a la unión del rebaño de Dios. Las barreras de separación serían rotas en fragmentos. Los corazones se elevarían y se unirían como gotas de agua. Entonces habría poder y fortaleza en las filas de los observadores del sábado, superiores a todo lo que hemos presenciado.
Los corazones de los servidores de Dios se entristecen cuando éstos viajan de una iglesia a otra y encuentran la influencia opositora de sus hermanos en el ministerio. Hay quienes se han levantado listos para oponerse a cada paso progresivo que ha dado el pueblo de Dios. Los corazones de quienes se han atrevido a avanzar han sido entristecidos y afligidos por la falta de acción unida de parte de sus colaboradores. Estamos viviendo en un tiempo solemne. Satanás y los ángeles malignos están trabajando con gran poder, teniendo al mundo de su parte para ayudarles. Y los profesos observadores del sábado que aseveran creer en verdades solemnes e importantes, unen sus fuerzas con la influencia combinada de los poderes de las tinieblas para distraer y destruir lo que Dios se (246) propone edificar. La influencia de tales personas queda registrada como acción de quienes retardan el progreso de la reforma entre el pueblo de Dios.
El desconcierto producido por el tema de la organización ha manifestado una gran falta de valor moral de parte de los ministros que proclaman la verdad presente. Algunos que estaban convencidos de que la organización era un paso adecuado que se debía tomar, fallaron en defenderla abiertamente y en promoverla. Hicieron saber a algunas pocas personas que la favorecían. ¿Era eso todo lo que Dios requería de ellos? No; su silencio cobarde y su falta de acción le desagradaron. Esos ministros temieron

ser culpados y encontrar oposición. Observaron a los hermanos en general para ver cuál era su opinión antes de mantenerse varonilmente en favor de lo que creían que era lo correcto. El pueblo esperó escuchar la voz de sus ministros favoritos, y debido a que no obtuvieron ninguna respuesta favorable de ellos, decidieron que la organización era un movimiento incorrecto. En esta forma la influencia de algunos ministros se ejerció contra la organización, mientras que ellos profesaban favorecerla. Sintieron temor de perder su influencia. Pero alguien tiene que adelantarse y soportar la responsabilidad, y aventurar su influencia; y como el que adopta esta posición se hace inmune a la censura y a la culpa, puede soportarlas. Sus compañeros en la obra, quienes debieran mantenerse a su lado y soportar su parte en la carga, esperan para ver cuánto éxito tiene en pelear solo la batalla. Pero Dios toma en cuenta su aflicción, su angustia y sus lágrimas, su desánimo y su desesperación, mientras experimenta una angustia mental casi insoportable; cuando está a punto de hundirse, Dios lo levanta y le señala el lugar de reposo para los fatigados, la recompensa para los fieles; y vuelve a colocarle el hombro bajo la pesada carga. Vi que todos serían recompensados conforme a sus obras. Los que evitan la responsabilidad experimentarán pérdida al final. El momento cuando los ministros debieran mantenerse juntos es cuando la batalla se torna más ardua.

NUESTRO DEBER PARA CON LOS POBRES.-

Muchas veces se hacen preguntas referentes a nuestro deber con los pobres que aceptan el tercer mensaje; y nosotros mismos hemos deseado durante mucho tiempo saber cómo tratar con discreción (247) los casos de familias pobres que aceptan el sábado. Pero mientras me hallaba en Roosevelt, Estado de Nueva York, el 3 de Agosto de 1861, me fueron mostradas algunas cosas respecto a los pobres.

Dios no requiere de nuestros hermanos que se hagan cargo de cada familia pobre que acepta este mensaje. Si lo hicieran, los predicadores dejarían de entraren nuevos campos porque los fondos se agotarían. Muchos son pobres por falta de diligencia y economía. No saben usar correctamente sus recursos.

Si se les ayudase, ello los perjudicaría. Algunos serán siempre pobres. Con tener las mejores ventajas, sus casos no mejorarían. No saben calcular y gastarían todos los recursos que podrían obtener, fuesen muchos o pocos. No saben negarse ciertas cosas y economizar para evitar deudas y ahorrar algo para los tiempos de necesidad. Si la iglesia ayudase a los tales, en vez de dejarlos confiar en sus propios recursos, los perjudicaría al final; porque confían en la iglesia y esperan recibir ayuda de ella, y no practican la abnegación y economía cuando están bien provistos. Y si no reciben ayuda cada vez, Satanás los tienta, se ponen celosos y se erigen en conciencia de sus hermanos, pues temen que éstos dejarán de sentir su deber para con ellos. Ellos mismos son los que cometen el error. Están engañados. No son los pobres del Señor.

Las instrucciones dadas en la Palabra de Dios con referencia a ayudara los pobres no se aplican a tales casos, sino a los infortunados y afligidos. En su providencia, Dios ha afligido a ciertas personas para probar a otras. En la iglesia hay viudas e inválidos para bendición de la iglesia. Forman parte de los medios que Dios ha elegido para desarrollar el verdadero carácter de los que profesan seguir a Cristo, y para hacerles ejercer los preciosos rasgos de carácter de nuestro compasivo Redentor.

Muchos que apenas pueden vivir cuando están solteros, deciden casarse y criar una familia, cuando saben que no tienen con qué sostenerla. Y lo peor es que no tienen ningún gobierno de su familia. Todo su comportamiento en la familia se caracteriza por hábitos de negligencia. No ejercen ningún dominio sobre sí mismos, y son irascibles, impacientes e inquietos. Cuando los tales aceptan el mensaje, les parece que tienen derecho a la ayuda de sus hermanos más pudientes; y si no se satisfacen sus expectativas, se quejan de la iglesia, y la acusan de no vivir conforme a su fe. ¿Quiénes deben (248) sufrir en este caso? ¿Se debe desangrar la causa de Dios y agotar su tesorería, para cuidar de sus familias pobres y numerosas? No. Los padres deben ser los que sufran. Por lo general, no sufrirán

mayor escasez después de aceptar el sábado que antes.
Hay entre algunos de los pobres un mal que por cierto provocará su ruina a menos que lo venzan. Abrazaron la verdad apegados a costumbres groseras e incultas, y necesitan cierto tiempo para darse cuenta de su rusticidad y comprender que ella no está de acuerdo con el carácter de Cristo. Consideran orgullosos a los más ordenados y refinados, y a menudo se les oye decir: "La verdad nos pone a todos en el mismo nivel". Pero es un grave error pensar que la verdad rebaja a quien la recibe. Lo eleva, refina sus gustos, santifica su criterio, y si se vive conforme a ella, lo hace a uno cada vez más idóneo para gozar de la sociedad de los santos ángeles en la ciudad de Dios. La verdad está destinada a elevarnos a todos a un alto nivel. Los más pudientes deben actuar siempre noble y generosamente con los hermanos más pobres; han de darles también buenos consejos, y luego dejarles pelear las batallas de la vida. Pero me fue mostrado que la iglesia tiene el deber solemnísimo de cuidar especialmente de las viudas, huérfanos e inválidos indigentes.

EL PODER DEL EJEMPLO.-
En la epístola de Pablo a Tito, (2:13-14), leemos: "Aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras". Esta gran obra se realizará únicamente para los que estén dispuestos a ser purificados, que deseen ser diferentes y que manifiesten celo por las buenas obras. ¡Cuántos se apartan del proceso purificador! No están dispuestos a vivir la verdad, no quieren aparecer diferentes ante los ojos del mundo. Es esta mezcla con el mundo lo que destruye nuestra espiritualidad, pureza y celo. Satanás ejerce constantemente su poder para adormecer las sensibilidades del pueblo de Dios, a fin de que sus conciencias no disciernan el mal, y para que la señal distintiva entre ellos y el mundo pueda ser destruida. Con frecuencia he recibido cartas en las que se me preguntaba acerca del vestido, y algunas personas no habían comprendido correctamente lo que yo (249) había escrito. El mismo grupo de personas que se me había presentado como imitadoras de las modas del mundo han sido muy lentas, y las últimas en aceptar la reforma. Otro grupo de personas que no tenían gusto ni buen sentido para vestirse se han aprovechado de lo que yo he escrito y se han ido al extremo opuesto; considerando que estaban libres de orgullo, han supuesto que los que se visten adecuadamente y con buen gusto son orgullosos. Algunos han considerado que el mal gusto y el descuido en la manera de vestirse constituyen una virtud especial. Tales personas han adoptado un comportamiento que destruye su influencia sobre los incrédulos. Causan disgusto en las personas a quienes podrían beneficiar.
Si bien es cierto que en las visiones se ha reprobado el orgullo y la imitación de las modas mundanas, también es cierto que se ha reprobado a los que son descuidados con respecto a su vestimenta y que no eran aseados en su persona y vestido. Se me ha mostrado especialmente que los que profesan presentar la verdad debieran tener cuidado especial en presentarse delante de Dios el sábado de una manera que revelara su respeto hacia el Creador que ha santificado y colocado honor especial en aquel día. Todos los que sienten consideración por el sábado debieran asear su persona y vestirse con propiedad y buen gusto; porque tienen que presentarse delante de un Dios celoso, que se ofende debido a la falta de aseo y al desorden, y que nota todas las manifestaciones de falta de respeto. Algunas damas han pensado que era incorrecto llevar sobre la cabeza ninguna cosa que no fuera una cofia para protegerse del sol. Estas personas son extremistas. No se puede calificar de orgullosa a la dama que lleva un sencillo sombrero de paja o de seda. Si pusiéramos en práctica nuestra fe, nos conduciría a vestimos con sencillez y a realizar celosamente buenas obras, para que se nos considere un pueblo peculiar. Pero cuando perdemos el gusto por el orden y la pulcritud en el vestir, virtualmente dejamos la verdad, porque la verdad nunca degrada sino que siempre eleva. Hay incrédulos que consideran toscos y vulgares a los observadores del sábado, y cuando éstos descuidan su manera de vestir, o bien cuando se comportan con aspereza y vulgaridad, su influencia fortalece a los incrédulos en su conclusión.

Los que profesan ser cristianos en medio de los peligros de los últimos días, y no imitan al Modelo humilde y abnegado, se colocan en las filas del enemigo. El los considera súbditos suyos, y cumplen (250) para él un propósito tan importante como cualquiera de sus otros súbditos, porque tienen un nombre para vivir, pero están muertos. Otros los toman como ejemplo y al seguir en pos de ellos pierden el cielo; pero si éstos no hubieran profesado ser cristianos, los demás hubieran rechazado su ejemplo. Estos cristianos profesos que no están consagrados no se dan cuenta del peso de su influencia. Hacen más difícil el conflicto para los que llegarían a ser un pueblo peculiar de Dios. Pablo, en Tito 2:15, se refiere a los que están esperando la venida de Cristo. Dice: "Esto habla, y exhorta y reprende con toda autoridad. Nadie te menosprecie".

Al presentar nuestro testimonio contra el orgullo y la imitación de las modas mundanas, encontramos toda clase de excusas e intentos de justificación. Algunos hablan del ejemplo de los demás. Tal hermana lleva aros en sus vestidos; si es incorrecto que yo los lleve, también es incorrecto para ella. Los niños presentan el ejemplo de otros niños, cuyos padres son observadores del sábado. El hermano A es diácono de la iglesia. Sus hijas usan aros en sus vestidos, ¿y por qué sería malo que yo también los usara?

Las personas que por su ejemplo proporcionan a las personas que profesan la verdad pero que carecen de consagración, argumentos contra los que procuran ser peculiares en su manera de ser, están colocando piedras de tropiezo en el camino de los débiles; tendrán que rendir cuenta a Dios por su ejemplo. Con frecuencia se me pregunta: "¿Qué piensa usted de los aros en los vestidos?" Replico: Os he dado la luz que me ha sido dada. Se me ha mostrado que los aros en los vestidos son algo vergonzoso, y que no debiéramos favorecer en lo mínimo una moda que ha llegado a extremos tan ridículos.

Con frecuencia me siento sorprendida al oír decir: "La hermana White dice que no es incorrecto usar aros pequeños en los vestidos". Nadie me ha escuchado nunca decir tal cosa. Después de haber visto lo que se me ha mostrado concerniente a los aros en los vestidos, no hay nada que me induciría a prestar el mínimo apoyo a ninguna dama que los use. Los vestidos pesadamente acolchados y los aros son igualmente innecesarios. El que nos formó nunca se propuso que fuésemos deformados con aros o ninguna otra cosa que se les parezca. Pero el pueblo de Dios ha sido guiado durante tanto tiempo por las invenciones y las modas del mundo que no está dispuesto a independizarse de ellas. Cuando estudio las (251) Escrituras, me siento alarmada por el Israel de Dios en estos últimos días. Se los exhorta a huir de la idolatría. Temo que estén dormidos y conformados de tal manera al mundo que sería difícil discernir entre los que sirven a Dios y los que no le sirven. Se está acortando la distancia entre Cristo y su pueblo y también la distancia entre ellos y el mundo. Casi han desaparecido las marcas que distinguen del mundo al profeso pueblo de Cristo. Tal como el pueblo de Israel de la antigüedad, ellos siguen tras las abominaciones de las naciones que los rodean.

Según lo que se me ha mostrado, los aros en los vestidos son una abominación. Son indecentes; y el pueblo de Dios yerra cuando en mínimo grado sigue esta moda o la aprueba. Los que profesan ser elegidos de Dios, un pueblo peculiar, debieran descartar los aros en los vestidos, y su práctica debiera ser un reproche constante para quienes los usan. Algunos podrán sostener que son convenientes. Yo he viajado mucho y he visto mucha inconveniencia para las mujeres que utilizan los aros en los vestidos. Las que sostienen que son necesarios a causa de la salud, los usan en el invierno, cuando resultan más perjudiciales que las faldas acolchadas. Mientras viajaba en trenes y diligencias, con frecuencia me he sentido inducida a exclamar: ¡Oh, Modestia, donde está tu recato!

He visto a mucha gente apretujada en los vagones de ferrocarril, y las mujeres, con el fin de abrirse paso, levantaban los aros de sus vestidos y los colocaban en una posición que resultaba indecente. Y al hacerlo exponían su figura diez veces más que las mujeres que no usaban vestidos con aros. Si no fuera por la moda, las mujeres que se exponían con tanta inmodestia hubieran sido reprobadas; pero la modestia y la decencia son sacrificadas en el altar del dios de la moda. ¡Que el Señor libre a su pueblo

de este gravoso pecado! Dios no se apiadará de los esclavos de la moda.
Pero supongamos que existiera algo de conveniencia en llevar vestidos con aros, ¿demostraría esto que es correcto llevarlos? Una vez que cambia la moda, ya no se menciona la conveniencia. Cada hijo de Dios tiene el deber de preguntarse: %En qué me encuentro separado del mundo?" Experimentemos un poco de inconveniencia y con ello coloquémonos en el lado seguro. ¿Cuáles son las cruces que lleva el pueblo de Dios? Se mezclan con el mundo y participan de su espíritu, de su manera de vestir, de su conversación y hasta obran como ellos. (252)
Leed 1 Timoteo 2:9-10: "Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, sino con buenas obras" (lo que conviene a las mujeres que profesan santidad). Leed también 1 Pedro 3:3-5: "Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios. Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus maridos".
El poder del ejemplo es grande. La hermana A usa vestidos con aros pequeños. La hermana B dice: si yo uso vestidos con aros no estaré haciendo peor que la hermana A, de modo que usa vestidos con aros un poco más grandes. La hermana C imita el ejemplo de las hermanas A y B, y usa vestidos con aros aún más grandes que A y B, pero todas sostienen que sus aros son pequeños.
Los padres que desean enseñar a sus hijos el mal que hay en seguir las costumbres mundanales, tienen una dura batalla ante ellos. Sus hijas les dicen: "Pero, mamá, las hermanas A, B y C usan vestidos con aros; si eso es malo para mí, también es malo para ellas". ¿Y qué pueden decir los padres? Debieran dar un ejemplo correcto a sus hijos, y aunque el ejemplo de profesos seguidores de Cristo les haga pensar que sus padres son demasiado cuidadosos y severos en sus restricciones, sin embargo Dios bendecirá los esfuerzos de esos padres concienzudos. Si los padres no adoptan una conducta firme y decidida, sus hijos serán arrastrados con la corriente, porque Satanás y sus ángeles malignos obran sobre sus mentes, y el ejemplo de los cristianos profesos no consagrados hace que la obra de vencer resulte mucho más difícil para ellos. Sin embargo, con fe en Dios y oración ferviente los padres creyentes debieran continuar en su marcha por el áspero camino del deber. El camino de la cruz es ascendente. Y mientras lo recorremos buscando las cosas que son de arriba, debemos dejar cada vez más lejos las cosas que pertenecen al mundo. Mientras el mundo y los cristianos profesos descienden presurosos hacia la muerte, los que suben la montaña tendrán que desplegar esfuerzos especiales porque en caso contrario serán arrastrados hacia abajo con ellos.
Los hijos del mundo son llamados hijos de las tinieblas. Están enceguecidos por el dios de este mundo y son conducidos por el (253) espíritu del príncipe de las tinieblas. No pueden disfrutar de las cosas celestiales. Los hijos de la luz tienen sus afectos puestos en la cosas de arriba. Dejan detrás de ellos las cosas de este mundo. Cumplen el mandamiento: "Salid de en medio de ellos y apartaos". Y se les da esta promesa condicional: "Yo os recibiré". Desde el comienzo, Cristo ha elegido a su pueblo para que salga del mundo y requiere que se separe de él, y que no tengan comunión con las obras infructuosas de las tinieblas. Si aman a Dios y guardan sus mandamientos distarán mucho de tener amistad con el mundo y de amar sus placeres. No hay concordia entre Cristo y Belial.
El profeta Esdras, y otros fieles siervos de la iglesia judía, se asombraron cuando los príncipes acudieron a ellos diciendo: "El pueblo de Israel, y los sacerdotes y levitas, no se han apartado de los pueblos... y hacen conforme a sus abominaciones" (Esdras 9:1). "Mas después de todo lo que nos ha sobrevenido a causa de nuestras malas obras, y a causa de nuestro gran pecado, ya que tú, Dios nuestro, no nos has castigado de acuerdo con nuestras iniquidades, y nos diste un remanente como éste, ¿hemos de volver a infringir tus mandamientos, y a emparentar con pueblos que cometen estas abominaciones? ¿No te indignarías contra nosotros hasta consumirnos, sin que quedara remanente ni quien escape? Oh Jehová Dios de Israel, tú eres justo, puesto que hemos quedado un remanente que ha escapado, como

en este día. Henos aquí delante de ti en nuestros delitos; porque no es posible estar en tu presencia a causa de esto" (Esdras 9:13-15).
2 Crónicas 36:14-16: "También todos los principales sacerdotes, y el pueblo, aumentaron la iniquidad, siguiendo todas las abominaciones de las naciones, y contaminando la casa de Jehová, la cual él había santificado en Jerusalén. Y Jehová el Dios de sus padres envió constantemente palabra a ellos por medio de sus mensajeros, porque él tenía misericordia de su pueblo y de su habitación. Mas ellos hacían escarnio de los mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, burlándose de su profetas, hasta que subió la ira de Jehová contra su pueblo, y no hubo ya remedio".
Levítico 18:26-27: "Guardad, pues, vosotros mis estatutos y mis ordenanzas, y no hagáis ninguna de estas abominaciones, ni el natural ni el extranjero que mora entre vosotros (porque todas estas abominaciones hicieron los hombres de aquella tierra que fueron antes de vosotros, y la tierra fue contaminada)". (254)
Deuteronomio 32:16-22: "Le despertaron a celos con los dioses ajenos; lo provocaron a ira con abominaciones. Sacrificaron a los demonios, y no a Dios; a dioses que no habían conocido, a nuevos dioses venidos de cerca, que no habían temido vuestros padres. De la Roca que te creó te olvidaste; te has olvidado de Dios tu creador. Y lo vio Jehová, y se encendió en ira por el menosprecio de sus hijos y de sus hijas. Y dijo: Esconderé de ellos mi rostro, veré cuál será su fin; porque es una generación perversa, hijos infieles. Ellos me movieron a celos con lo que no es Dios; me provocaron a ira con sus ídolos; yo también los moveré a celos con un pueblo que no es pueblo, los provocaré a ira con una nación insensata. Porque fuego se ha encendido en mi ira, y arderá hasta las profundidades del Seol; devorará la tierra y sus frutos, y abrasará los fundamentos de los montes".
En estos párrafos hemos leído las advertencias que Dios ha dado al Israel de la antigüedad. No había sido la voluntad de Dios que vagaran durante tanto tiempo por el desierto; él los hubiera introducido inmediatamente en la tierra prometida si ellos se hubieran sometido y hubieran estado dispuestos a dejarse guiar por él; pero debido a que lo afligieron con tanta frecuencia en el desierto, él juró en su ira que no entrarían en su reposo, a no ser los que lo siguieron plenamente. Dios requiere que su pueblo confíe solamente en él. El no desea que reciban ayuda de aquellos que no le sirven.
Leed Esdras 4:1-5: "Oyendo los enemigos de Judá y de Benjamín que los venidos de la cautividad edificaban el templo de Jehová Dios de Israel, vinieron a Zorobabel y a los jefes de casas paternas, y les dijeron: Edificaremos con vosotros, porque como vosotros buscamos a vuestro Dios, y a él ofreceremos sacrificios desde los días de Esar-hadón rey de Asiria, que nos hizo venir aquí. Zorobabel, Jesúa, y los demás jefes de casas paternas de Israel dijeron: No nos conviene edificar con vosotros casa a nuestro Dios, sino que nosotros solos la edificaremos a Jehová Dios de Israel, como nos mandó el rey Ciro, rey de Persia. Pero el pueblo de la tierra intimidó al pueblo de Judá, y lo atemorizó para que no edificara. Sobornaron además contra ellos a los consejeros para frustrar sus propósitos, todo el tiempo de Ciro rey de Persia y hasta el reinado de Darío rey de Persia".
Esdras 8:21-23: "Y publiqué ayuno allí junto al río Ahava, para afligirnos delante de nuestro Dios, para solicitar de él camino derecho (255) para nosotros, y para nuestros niños, y para todos nuestros bienes. Porque tuve vergüenza de pedir al rey tropa y gente de a caballo que nos defendiesen del enemigo en el camino; porque habíamos hablado al rey, diciendo: La mano de nuestro Dios es para bien sobre todos los que le buscan; mas su poder y su furor contra todos los que le abandonan. Ayunamos, pues, y pedimos a nuestro Dios sobre esto, y él nos fue propicio".
El profeta y estos padres no consideraban a los habitantes de la tierra como adoradores del Dios verdadero, y aunque profesaron amistad y trataron de ayudarlos, no se atrevieron a unirse con ellos en ninguna cosa relacionada con el culto de Dios. Cuando fueron a Jerusalén para edificar el templo de Dios y restaurar su culto, no quisieron pedir ayuda al rey para que los asistiera en el camino, sino que buscaron la ayuda de Dios mediante el ayuno y la oración. Creían que Dios defendería y prosperaría a sus siervos en sus esfuerzos por servirle. El Creador de todas las cosas no necesita la ayuda de sus

enemigos para establecer su culto de adoración. No pide el sacrificio de los impíos, ni acepta las ofrendas de los que tienen otros dioses delante de él.
Hemos escuchado la observación: "Usted es demasiado exclusivista". Como pueblo estamos dispuestos a hacer cualquier sacrificio para salvar las almas o conducirlas a la verdad. Pero no debemos atrevemos a unimos con las personas mundanas, a amar las cosas que ellas aman ni a tener amistad con el mundo, porque en ese caso estaríamos en enemistad con Dios.
La lectura de los siguientes pasajes bíblicos nos mostrará cómo consideraba Dios al Israel antiguo:
Salmo 135:4: "Porque JAH ha escogido a Jacob para sí, a Israel por posesión suya".
Deuteronomio 14:2: "Porque eres pueblo santo a Jehová tu Dios, y Jehová te ha escogido para que le seas un pueblo único de entre todos los pueblos que están sobre la tierra".
Deuteronomio 7:6-7: "Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra. No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos".
Éxodo 33:16: %Y en qué se conocerá aquí que he hallado gracia (256) en tus ojos, yo y tu pueblo, sino en que tú andes con nosotros, y que yo y tu pueblo seamos apartados de todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra?".
¡Con cuánta frecuencia se rebeló el Israel antiguo, y cuán a menudo tuvieron que soportar los juicios, y miles de ellos fueron muertos, debido a que no obedecían los mandamientos de Dios, quien los había elegido! El Israel de Dios que vive en estos últimos días se encuentra constantemente en peligro de mezclarse con el mundo y perder todas las características que los señalan como pueblo elegido de Dios. Leed nuevamente Tito 2:13-15. Aquí se nos trae a los últimos días, cuando Dios está purificando para sí un pueblo peculiar. ¿Lo provocaremos como lo hizo el Israel antiguo? ¿Acarrearemos sobre nosotros su ira apartándonos de él y mezclándonos con el mundo, y siguiendo las abominaciones de las naciones que nos rodean?
El Señor ha apartado para sí a los que son piadosos; esta consagración a Dios y separación del mundo se ordena definitivamente tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Existe una muralla de separación que el Señor mismo ha establecido entre las cosas del mundo y las cosas que ha apartado del mundo para sí mismo. La vocación y el carácter del pueblo de Dios son peculiares, sus perspectivas son peculiares, y estas peculiaridades los distinguen de todos los demás pueblos. Todo el pueblo de Dios que se encuentra en el mundo constituye un solo cuerpo, desde el comienzo hasta el final del tiempo. Tienen una sola Cabeza que dirige y gobierna el cuerpo. Las mismas órdenes que se le dieron a Israel antiguo se dan también al pueblo de Dios de la actualidad, que se aparten del mundo. La gran Cabeza de la iglesia no ha cambiado. La experiencia de los cristianos de estos días es semejante a los viajes del Israel antiguo. Leed 1 Corintios 10, especialmente los versículos 6-15:
"Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron. Ni seáis idólatras, como algunos de ellos, según está escrito: Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a jugar. Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicaron, y cayeron en un día veintitrés mil. Ni tentemos al Señor, como también algunos de ellos le tentaron, y perecieron por las serpientes. Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el destructor. Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos. Así que, el (257) que piensa estar firme, mire que no caiga. No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar. Por tanto, amados míos, huid de la idolatría. Como a sensatos os hablo; juzgad vosotros lo que digo. La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?"
1 Juan 3:1: "Mirad cuál amor no ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él".

1 Juan 2:15-17: "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre".
2 Pedro 2:20: "Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero".
Santiago 4:4: "¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo se constituye enemigo de Dios".
Santiago 1:27: "La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es ésta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo".
Tito 2:12: "Enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente".
Romanos 12:2: " No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta".
Lucas 6:22-23: "Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan y cuando os aparten de sí, y os vituperen, y desechen vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del Hombre. Gozaos en aquel día, y alegraos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos; porque así hacían sus padres con los profetas".
Juan 15:16-19: "No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os (258) elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, él os lo dé. Esto os mando: Que os améis unos a otros. Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece".
1 Juan 4:4-5: "Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo. Ellos son del mundo; por eso hablan del mundo, y el mundo los oye".
1 Juan 2:5-6: "Pero el que guarda tu palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo".
1 Pedro 2:9: "Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable".
Cuando leemos la Palabra de Dios, con cuánta claridad aparece que su pueblo ha de ser peculiar y distinto del mundo incrédulo que los rodea. Nuestra posición es interesante y solemne; viviendo en los últimos días, cuán importante es que imitemos el ejemplo de Cristo y andemos en la forma como él anduvo. "Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame" (Mat. 16:24). Las opiniones y la sabiduría de los hombres no deben guiarnos ni gobernarnos. Siempre alejan de la cruz. Los siervos de Cristo no tienen aquí su hogar ni su tesoro. Ojala que todos ellos pudieran comprender que solamente porque el Señor reina nos permite morar en paz y seguridad entre nuestros enemigos. No es nuestro privilegio reclamar favores especiales del mundo. Debemos consentir en ser pobres y despreciados entre los hombres, hasta que se termine la guerra y se gane la victoria. Los miembros de Cristo son llamados a salir y a separarse de la amistad y el espíritu del mundo; su fortaleza y poder consiste en ser elegidos y aceptados por Dios.
El hijo de Dios era el heredero de todas la cosas, y se le prometieron el dominio y la gloria de los reinos de este mundo. Sin embargo, cuando él apareció en este mundo, lo hizo sin riqueza ni esplendor. El mundo no comprendió su unión con el Padre; la excelencia y la gloria de su carácter divino les fueron ocultadas. Por lo tanto (259) fue "despreciado y rechazado por los hombres", y "nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido" (Isa. 53A). Esta misma experiencia de Cristo cuando estuvo en

el mundo debe ser la de sus seguidores. Estos son los hijos de Dios y coherederos con Cristo; y el reino y el dominio les pertenecen. El mundo no comprende su carácter ni su sagrada vocación; no percibe su adopción en la familia de Dios. Su unión y compañerismo con el Padre y el Hijo no son manifiestos, y mientras el mundo contempla su humillación y reproche, no resulta evidente lo que ellos son o lo que llegarán a ser. Son extraños, son extranjeros. El mundo no los conoce y no aprecia los motivos que los impulsan a obrar.

El mundo se está preparando para su destrucción. Dios no soportará mucho más a los pecadores. Deben beber de la copa de su ira sin mezcla de misericordia. Los que serán herederos de Dios, y coparticipantes con Cristo de la herencia inmortal, serán peculiares, y serán tan peculiares que Dios colocará una marca sobre ellos para indicar que le pertenecen completamente. Pensáis vosotros que Dios será honrado y reconocerá a un pueblo que esté tan mezclado con el mundo que solamente se diferencie de ellos de nombre? Leed nuevamente Tito 2:13-15. Pronto se sabrá quiénes están de parte del Señor, y quiénes no se avergüenzan de Jesús. Los que carecen de valor moral para tomar conscientemente su posición frente a los incrédulos, para dejar las modas del mundo e imitar la vida abnegada de Cristo, se avergüenzan de él y no aman su ejemplo.

CONSAGRACION.-

El pueblo de Dios será probado. Entre los observadores del sábado debe llevarse a cabo una obra profunda y escrutadora. Lo mismo que los israelitas de la antigüedad, ¡cuán pronto olvidamos a Dios y sus obras admirables, y nos rebelamos contra él! Algunos contemplan el mundo y desean seguir sus modas y participar en sus placeres, tal como los hijos de Israel volvían su mirada hacia Egipto y deseaban ardientemente las buenas cosas de las que habían disfrutado en ese país, y que Dios eligió retener de ellos para probarlos en su fidelidad hacia él. Deseaba ver si su pueblo apreciaba el servicio que él le pedía y la libertad que tan milagrosamente les había concedido, más altamente que las complacencias de que habían disfrutado en Egipto mientras se encontraban en servidumbre a un pueblo tirano e idólatra. (260)

Todos los verdaderos seguidores de Cristo tendrán que hacer sacrificios. Dios los probará para comprobar si su fe es genuina. Se me ha mostrado que los verdaderos seguidores de Jesús descartarán los picnics,[17] las reuniones festivas destinadas a obtener donaciones, las representaciones teatrales y otras reuniones para obtener placer. No pueden encontrar a Jesús en ellas y tampoco una influencia que dirigirá su mente hacia el cielo y aumentará su crecimiento en la gracia. La obediencia a la Palabra de Dios nos conduce a abandonar todas esas cosas y apartarnos de ellas. Las cosas del mundo son buscadas y consideradas dignas de admirarse y disfrutarse por los que no aman decididamente la cruz y los que no son adoradores de Jesús crucificado.

Hay paja entre nosotros y por eso somos tan débiles. Hay personas triviales que constantemente se inclinan hacia el mundo. Sus conceptos y sentimientos armonizan mucho mejor con el espíritu del mundo que con la disposición abnegada de los seguidores de Cristo. Para ellos es perfectamente natural preferir la compañía de las personas cuyo espíritu concuerda con el suyo propio. Y los tales tienen demasiada influencia entre el pueblo de Dios. Participan con ellos y tienen juntamente con ellos el nombre de cristianos, y son imitados por los incrédulos, los débiles y los no consagrados de la iglesia. Estas personas vacilantes siempre tendrán objeciones contra el testimonio claro y definido que reprueba la conducta individual censurable. En este tiempo de refinamiento estas personas se convertirán plenamente y serán santificadas mediante la obediencia de la verdad, o bien serán dejadas con el mundo, donde pertenecen, para que reciban su recompensa con los mundanos.

"Por sus frutos los conoceréis" (Mat. 7:16). Todos los seguidores de Cristo llevan fruto para gloria

[17] Aquí el concepto de picnic se refiere a reuniones festivas en las que reinaban la algazara, actitudes frívolas, música popular y manifestaciones mundanas. N. de la R.

suya. Sus vidas testifican que el Espíritu de Dios ha efectuado una buena obra dentro de ellos, y sus frutos son para santidad. Sus vidas son elevadas y puras. Los que no llevan fruto carecen de experiencia en las cosas de Dios. No están unidos a la Vid. Leed Juan 15:4-5: "Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la Vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la Vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en (261) mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer". Si queremos ser adoradores espirituales de Jesucristo, debemos sacrificar todo y obedecer plenamente los primeros cuatro mandamientos. Mateo 22:37-38: "Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento". Los primeros cuatro mandamientos no permiten que exista una separación entre nuestros afectos y Dios. Tampoco permiten que nada divida, o comparta, nuestro supremo deleite en él. Cualquier cosa que divide los afectos, y desarraiga del alma el amor supremo a Dios, adopta la forma de un ídolo. Nuestros corazones carnales se aferrarán a nuestros ídolos y procurarán llevarlos con ellos; pero no podremos avanzar hasta que los desechemos, porque éstos nos separan de Dios. La gran Cabeza de la iglesia ha elegido a su pueblo separándolo del mundo, y requiere que ellos se mantengan alejados del mundo. Ha establecido que el espíritu de sus mandamientos los acerque a él y los separe de los elementos del mundo. Amar a Dios y guardar sus mandamientos dista mucho de amar los placeres y las amistades del mundo. No hay concordia entre Cristo y Belial. El pueblo de Dios puede confiar seguramente en él solo y avanzar sin temor por el camino de la obediencia.

FILOSOFIAS VANAS Y ENGAÑOSAS.-

Se me ha mostrado que debemos cuidarnos por todos lados y resistir con perseverancia las insinuaciones y artificios de Satanás. El se ha transformado en un ángel de luz y está engañando a miles y llevándolos cautivos. Saca una tremenda ventaja de la ciencia de la mente humana. En esto, lo mismo que una serpiente, se introduce arrastrándose imperceptiblemente para corromper la obra de Dios. Los milagros y las obras de Cristo procura hacerlos aparecer como el resultado de la habilidad y el poder humanos. Si efectuara un ataque atrevido y directo contra el cristianismo, haría que los cristianos se arrojaran a los pies de su Redentor con aflicción y agonía, y su poderoso Libertador haría huir al atrevido adversario. Por lo tanto se transforma en un ángel de luz y trabaja en la mente para apartarla engañosamente del único camino seguro y recto. Las ciencias de la frenología, la psicología y el mesmerismo son el canal con el que comunica más directamente con esta generación y (262) obra con aquel poder que ha de caracterizar sus esfuerzos cerca del final del tiempo de prueba.

Leed 2 Tesalonicenses 2:8-12: "Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por eso Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia".

Satanás se ha introducido inadvertidamente mediante estas ciencias y ha envenenado las mentes de miles de personas, conduciéndolas a la infidelidad. Le complace mucho que el conocimiento de estas ciencias se extienda. Se trata de un plan que él mismo ha establecido para obtener acceso a las mentes e influir en ellas como le plazca. Mientras se cree que una mente afecta en forma tan admirable a otra mente, Satanás está preparado, se insinúa y trabaja en todas partes. Y mientras los que se dedican a estas ciencias las alaban decididamente debido a las grandes y buenas obras que afirman haber llevado a cabo mediante ellas, en realidad están halagando y glorificando a Satanás mismo, quien se introduce y trabaja con todo poder, señales y maravillas mentirosas y con todo engaño de injusticia. El ángel dijo: "Notad su influencia. El conflicto entre Cristo y Satanás no ha concluido todavía". Esta entrada de Satanás mediante las ciencias ha sido bien planeada por su majestad satánica, y en las mentes de miles

de personas terminará por destruir la verdadera fe en que Cristo es el Mesías, el Hijo de Dios.
Mi atención fue dirigida al poder que Dios manifestó a través de Moisés cuando lo envió a entrevistarse con Faraón. Satanás comprendió lo que debía hacer y estaba preparado. Sabía perfectamente que Moisés había sido elegido por Dios para romper el yugo de la cautividad que afligía a los hijos de Israel, y que en su obra simbolizaba la primera venida de Cristo para romper el poder de Satanás sobre la familia humana y libertar a los que habían sido hechos cautivos de su poder. Satanás sabía que cuando Cristo apareciera realizaría obras y milagros admirables para que el mundo supiera que el Padre lo había enviado. Tembló al pensar en el poder de Jesús. Consultó con sus ángeles la forma de llevar a cabo una (263) obra que cumpliera un doble propósito: (1) destruir la influencia de la obra que Dios realizaría mediante su siervo Moisés, para lo cual obraría mediante sus agentes satánicos, y en esa forma representaría falsamente la verdadera obra de Dios; (2) ejercer influencia mediante su obra por medio de los magos que existirían en todas las épocas para destruir en las mentes de muchos la verdadera fe en los poderosos milagros y obra que Cristo llevaría a cabo cuando viniera a este mundo. Satanás sabía que su reino sufriría, porque el poder que ejercería sobre la humanidad estaría sujeto a Cristo. No era la influencia humana o el poder que Moisés poseía lo que produjo los milagros realizados ante Faraón. Era el poder de Dios. Esas señales y maravillas fueron realizadas mediante Moisés para convencer a Faraón de que el gran "Yo Soy" lo había enviado para ordenarle a Faraón a que dejara en libertad a Israel a fin de que éste sirviera a Dios.
Faraón llamó a los hechiceros para que obraran con sus encantamientos. También ellos realizaron señales y maravillas, porque Satanás vino en su ayuda para trabajar por medio de ellos. Sin embargo aun en esto la obra de Dios resultó superior al poder de Satanás, porque los hechiceros no pudieron llevar a cabo todos los milagros que Dios había realizado mediante Moisés. Pudieron duplicar solamente algunos de ellos. Las varas de los hechiceros se convirtieron en serpientes,[18] pero la vara de Aarón se comió a todas las demás. Después que los hechiceros procuraron producir piojos pero fracasaron, fueron compelidos por el poder de Dios a reconocer lo siguiente: "Dedo de Dios es éste" (Éxo. 8:19). Satanás obró mediante los hechiceros en una forma calculada para endurecer el corazón del tirano Faraón contra las milagrosas manifestaciones del poder de Dios. Satanás pensó hacer vacilar la fe de Moisés y Aarón en el origen divino de su misión, después de lo cual sus propios instrumentos, los hechiceros, fracasaron en sus esfuerzos por reproducir el milagro de los piojos, y de ahí en adelante fueron incapaces de imitar a Moisés y Aarón. Dios no quiso que Satanás continuara interfiriendo, y los hechiceros fueron incapaces de librarse de las plagas. "Y los hechiceros no podían estar delante de Moisés a causa del sarpullido, porque hubo sarpullido en los hechiceros y en todos los egipcios" (Éxo. 9:11). (264)
El poder controlador de Dios interrumpió aquí el canal mediante el cual Satanás trabajaba, e hizo que aun las personas por las que Satanás había obrado sus maravillas también experimentaran la ira divina. A Faraón se le dio evidencia suficiente para que creyera si así lo deseaba. Moisés obró mediante el poder de Dios. Los hechiceros no obraron utilizando únicamente sus propios conocimientos, sino mediante el poder de su dios, el diablo, quien ingeniosamente llevó a cabo la obra engañosa de representar falsamente la obra de Dios.
Al aproximarnos al final del tiempo, la mente humana es más fácilmente afectada por las artimañas de Satanás. El induce a los mortales a explicar las obras y los milagros de Cristo por medio de principios generales. Satanás aun ha tenido la ambición de falsificar la obra de Cristo para afirmar su propio poder y sus pretensiones. En general no hace esto en forma abierta y definida. Lo lleva a cabo arteramente porque sabe que la forma más efectiva de realizar su obra es aproximarse a los pobres seres humanos caídos bajo la forma de un ángel de luz. Satanás se acercó a Cristo en el desierto asumiendo la forma de un apuesto hombre joven —más parecido a un monarca que a un ángel caído—, con palabras de las

[18] Consúltese el Apéndice.

Escrituras en su boca. Dijo: "Escrito está". Nuestro Salvador sufriente también le hizo frente con las Escrituras, diciendo: "Escrito está". Satanás quiso sacar ventaja de la condición debilitada y doliente de Cristo, quien había asumido nuestra naturaleza humana.
Léase Mateo 4:8-11: "Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares. Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás. El diablo entonces le dejó; y he aquí vinieron ángeles y le servían".
Aquí Satanás le mostró el mundo a Cristo bajo la luz más atrayente y le hizo ver que no necesitaba someterse a tanto sufrimiento para obtener los reinos del mundo; Satanás le entregaría todo eso si Cristo tan sólo lo adoraba. El descontento de Satanás comenzó primero en el cielo porque no pudo ocupar el primer lugar de mando: igual con Dios, y exaltado por encima de Cristo. Se rebeló y perdió su privilegio y como resultado, fue arrojado del cielo con los ángeles que simpatizaban con él. En el desierto esperó sacar ventaja de la condición débil y doliente de Cristo, y obtener de él el homenaje (265) que no había podido lograr en el cielo. Pero Jesús, aun en su extremo estado de agotamiento, ni por un momento cedió a la tentación de Satanás, sino que le demostró su superioridad y ejerció su autoridad ordenándole: "Vete, Satanás". Satanás quedó desconcertado. A continuación se puso a estudiar la forma como podía cumplir su propósito y recibir honor de la humanidad, el que le había sido rehusado en el cielo y en la tierra por Jesús. Si hubiera podido tener éxito en tentar a Cristo, entonces el plan de salvación habría fracasado, y él habría logrado acarrear sobre la humanidad miseria sin esperanza. Pero lo que Satanás no pudo lograr al aproximarse a Cristo con sus tentaciones lo ha realizado con los seres humanos.
Si Satanás puede nublar y engañar la mente humana a tal punto que los mortales lleguen a pensar que existe en ellos un poder inherente para llevar a cabo grandes y buenas obras, éstos dejan de confiar en Dios para que él haga lo que ellos piensan que tienen el poder de llevar a cabo por sí mismos. No reconocen un poder superior. No le dan a Dios la gloria que merece y que se le debe tributar a su excelsa y excelente Majestad. En esta forma Satanás cumple su propósito, y se complace porque los seres humanos caídos presuntuosamente se exaltan a sí mismos tal como Satanás se exaltó personalmente en el cielo y fue echado fuera. El sabe que si los seres humanos se exaltan a sí mismos se acarrearán su propia ruina, lo mismo que él.
Satanás fracasó en su empeño de tentara Jesús en el desierto. El plan de salvación pudo llevarse a cabo. Se pagó el exaltado precio por la redención de la humanidad. Y ahora Satanás procura destruir el fundamento de la esperanza cristiana y convertir las mentes humanas en canales adulterados para que no se beneficien ni se salven mediante el gran sacrificio que se ofreció. Induce a los seres humanos caídos, "con todo engaño de iniquidad", a creer que pueden prescindir de una expiación, que no necesitan depender de un Salvador crucificado y resucitado, que los propios méritos del ser humano le conseguirán el favor de Dios. Y luego destruye la confianza de los seres humanos en la Biblia, sabiendo muy bien que cuando tiene éxito en eso y destruye la fe en el detector de engaños que coloca una marca sobre su persona, entonces él está seguro. Afirma en las mentes el engaño de que no existe un diablo personal, y los que creen en esto no llevan a cabo ningún esfuerzo para resistir y luchar contra lo que piensan que no existe. En esta (266) forma los pobres y ciegos mortales adoptan la máxima: "cualquier cosa que sea está bien". No reconocen ninguna regla para medir su conducta.
Satanás induce a muchos a creer que orar a Dios es inútil y únicamente un acto formal. Sabe muy bien cuán útiles son la meditación y la oración para mantener a los seguidores de Cristo despiertos para resistir su astucia y engaño. Mediante sus artimañas desea apartar la mente de este importante ejercicio espiritual, para que el alma no busque ayuda apoyándose en el Dios poderoso ni obtenga fortaleza de él para resistir los ataques del enemigo. Se me llamó la atención a las oraciones fervientes y eficaces del pueblo de Dios en la antigüedad. "Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente" (Sant. 5:17). Daniel oraba a Dios tres veces por día. El sonido de la oración ferviente

pone furioso a Satanás porque sabe que experimentará pérdida. Daniel fue preferido sobre los presidentes y los príncipes porque había en él un espíritu de excelencia. Los ángeles caídos temían que su influencia debilitara su control sobre los dirigentes del reino, porque Daniel ocupaba una elevada posición de mando. La hueste acusadora de ángeles malignos estimuló a los presidentes y príncipes para que sintieran envidia y celos, de modo que observaron estrechamente a Daniel para encontrar alguna ocasión contra él que pudieran denunciar al rey; pero fracasaron. Entonces estos agentes de Satanás procuraron convertir su fidelidad a Dios en la causa de su destrucción. Los ángeles malignos trazaron un plan para ellos y esos agentes lo pusieron en práctica sin tardanza.

El rey ignoraba la sutil perversidad que se había puesto por obra contra Daniel. El profeta, conociendo plenamente el decreto del rey, siguió postrándose delante de Dios "abiertas las ventanas de su cámara". Consideraba la súplica a Dios de tan grande importancia que prefería sacrificar su vida antes que abandonarla. Debido a su insistencia en orar a Dios fue arrojado al foso de los leones. Los ángeles malignos habían cumplido su propósito. Pero Daniel continuó orando aun en el foso de los leones. ¿Sería destruido? ¿Lo olvidaría Dios allí? Oh, no; Jesús, el poderoso Comandante de las huestes celestiales, envió a su ángel para cerrar las bocas de los hambrientos leones a fin de que no dañaran al suplicante hombre de Dios; y como resultado, todo se mantuvo en paz en ese terrible foso. El rey fue testigo de la forma como había sido preservada su (267) vida y lo sacó de allí con honores. Satanás y sus ángeles fueron derrotados y se llenaron de ira. Los agentes que había empleado fueron condenados a perecer en la misma terrible manera que habían tramado para destruir a Daniel.

La oración de fe es la gran fortaleza del cristiano y ciertamente prevalecerá contra Satanás. Por eso él insinúa que no necesitamos orar. El detesta el nombre de Jesús, nuestro Abogado; y cuando acudimos sinceramente a él en busca de ayuda, la hueste satánica se alarma. Cuando descuidamos la oración actuamos de acuerdo con su propósito, porque entonces sus maravillas mentirosas se reciben con más facilidad. Lo que no logró cumplir con la tentación de Cristo, lo realiza estableciendo sus tentaciones engañosas delante de los seres humanos. Algunas veces se presenta bajo la forma de una persona joven muy atractiva, o de una hermosa sombra. Realiza curaciones y es adorado por los mortales engañados como el benefactor de nuestra humanidad. La frenología y el mesmerismo son exaltados notablemente. Son buenos en su lugar, pero son utilizados por Satanás como sus más poderosos agentes para engañar y destruir a las almas. Sus artificios y estratagemas son recibidos como si procedieran del cielo, y la fe en el detector de engaños, la Biblia, es destruida en las mentes de miles de personas. En esta forma Satanás recibe la adoración que conviene a su satánica majestad. Miles mantienen trato con este dios demoníaco y reciben instrucciones de él, y obran de acuerdo con sus enseñanzas. El mundo que supuestamente recibe tanto beneficio de la frenología y del magnetismo animal, nunca estuvo más corrompido. Satanás utiliza estas mismas ciencias para destruir la virtud y colocar el fundamento del espiritismo.

Se me indicó que el pasaje de Colosenses 2:8 se aplicaba especialmente al espiritismo moderno: "Mirad que ninguno os-engañe por filosofías y vanas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los elementos del mundo, y no según Cristo". Me fue mostrado que miles de personas, afectadas por la filosofía de la frenología y el magnetismo animal, han sido impulsadas a la incredulidad. Si la mente se encamina en esa dirección, es casi seguro que perderá su equilibrio y quedará dominada por un demonio. "Vanas sutilezas" llenan la mente de los pobres mortales. Se creen poseedores de un poder capaz de realizar grandes obras, y no sienten la necesidad de un poder superior. Sus principios y su fe (268) son "conforme a los elementos del mundo, y no según Cristo". Jesús no les ha enseñado esta filosofía. Nada de esta índole puede hallarse en sus enseñanzas. El no dirigió la mente de los pobres mortales a sí mismos, como si poseyeran algún poder. Siempre la dirigía hacia Dios, el Creador del Universo, como fuente de su fortaleza y sabiduría. En el versículo 18 se da una amonestación especial: "Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal".

Los que enseñan el espiritismo se presentan en forma agradable y seductora para engañaron, y si escucháis sus fábulas quedaréis entrampados por el enemigo de la justicia, y perderéis ciertamente vuestra recompensa. Una vez que os haya vencido la influencia fascinadora del gran engañador, estaréis envenenados y su influencia mortífera adulterará y destruirá vuestra fe en que Cristo es el Hijo de Dios, y dejaréis de confiar en los méritos de su sangre. Los que son seducidos por esta filosofía se ven privados de su recompensa por los engaños de Satanás. Confían en sus propios méritos, ejercen una humildad voluntaria, y aún están dispuestos a hacer sacrificios y degradarse, entregando su intelecto a una creencia sumamente insensata, y aceptando las ideas más absurdas por intermedio de seres que para ellos son sus amigos difuntos. Satanás ha enceguecido de tal manera sus ojos y pervertido su juicio, que no perciben el mal y siguen las instrucciones de los supuestos amigos difuntos, que aseveran ser ahora ángeles de una esfera superior.

Satanás ha escogido un engaño eficaz y fascinador, bien calculado para ganar la simpatía de aquellos que han depositado a sus seres amados en la tumba. Los malos ángeles asumen la forma de estos amados, y relatan incidentes relacionados con su vida y ejecutan acciones que sus amigos realizaban mientras vivían. De esta manera engañan a los parientes de los muertos y los inducen a creer que sus deudos difuntos son ángeles que se ciernen sobre ellos y se comunican con ellos. Se les tributa cierta adoración idólatra, y lo que ellos digan tiene sobre esos parientes mayor influencia que la Palabra de Dios. Estos malos ángeles, que aseveran ser deudos muertos rechazarán la Palabra de Dios como cuentos ociosos, o, si les conviene, elegirán las partes vitales que testifican de Cristo y señalan el camino hacia el cielo, y cambiarán los claros asertos (269) de la Palabra de Dios a fin de hacerlos concordar con su propia naturaleza corrupta y arruinar las almas. Si prestan la debida atención a la Palabra de Dios, todos pueden convencerse de que se trata de un engaño destructor del alma. La Palabra de Dios declara en términos positivos que "los muertos nada saben". "Porque los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben, ni tienen más paga; porque su memoria es puesta en olvido. También su amor y su odio y su envidia fenecieron ya; y nunca más tendrán parte en todo lo que se hace debajo del sol" (Ecle. 9:5-6).

Los mortales seducidos están adorando a los malos ángeles, creyendo que son los espíritus de sus deudos difuntos. La Palabra de Dios declara expresamente que los muertos ya no tienen parte en nada de lo que se hace debajo del sol. Los espiritistas dicen que los muertos saben todo lo que se hace debajo del sol; que se comunican con sus amigos de la tierra, que les dan valiosa información y ejecutan prodigios. "No alabarán los muertos a JAH, ni cuantos descienden al silencio; pero nosotros bendeciremos a JAH desde ahora y para siempre. Aleluya" (Salmo 115:17). Satanás transformado en ángel de luz, obra con todo engaño de injusticia. El que pudo arrebatar al Hijo de Dios, cuando fue hecho poco inferior a los ángeles, y colocado sobre el pináculo del templo, y llevado a la cumbre de una montaña altísima para presentarle los reinos del mundo, puede ejercer su poder sobre la familia humana, que en fuerza y sabiduría es muy inferior al Hijo de Dios, aun después que él hubo asumido la naturaleza humana.

En esta era de degeneración Satanás domina a los que se apartan de lo recto y se aventuran sobre su terreno. Ejercita su poder sobre los tales en forma alarmante. Me fueron señaladas estas palabras: "Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente camal" (Col. 2:18). Se me ha mostrado que algunos satisfacen su curiosidad y juegan con el diablo. No tienen verdadera fe en el espiritismo y retrocederían horrorizados al pensar en ser un médium. Sin embargo, se aventuran a colocarse en una posición donde Satanás puede ejercer su poder sobre ellos. Los tales no se proponen penetrar hondo en esta obra; pero no saben lo que están haciendo. Se están aventurando en el terreno del diablo, y lo están tentando a que los domine. Este poderoso destructor los considera como su presa legítima, y ejerce su poder (270) sobre ellos contra la voluntad de los mismos. Cuando desean dominarse no pueden. Entregaron su mente a Satanás, y él no renuncia a ella, sino que los mantiene cautivos. Sólo el poder de

Dios puede librar al alma entrampada, en respuesta a las fervientes oraciones de sus fieles discípulos.
La única seguridad consiste ahora en buscar como a un tesoro escondido la verdad revelada en la Palabra de Dios. Los temas del sábado, la naturaleza del hombre y el testimonio de Jesús, son las grandes e importantes verdades que se han de comprender. Resultarán como un ancla que sostendrá al pueblo de Dios en estos tiempos peligrosos. Pero la masa de la humanidad desprecia las verdades de la Palabra de Dios y prefiere escuchar las fábulas. "Y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira" (2 Tes. 2:10-11).
Los más licenciosos y corrompidos se sienten altamente halagados por estos espíritus satánicos, que para ellos son los espíritus de sus amigos muertos, y sus mentes carnales se engríen vanamente. Colosenses 2:19: "Y no asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios", niegan a Aquel que proporciona fuerza al cuerpo para que todo miembro pueda crecer con el desarrollo de Dios.
Vana filosofía. Los miembros del cuerpo son controlados por la cabeza. Los espiritistas hacen a un lado la Cabeza, y creen que todos los miembros del cuerpo deben actuar de por sí, y que leyes fijas los llevarán progresivamente a la perfección sin una cabeza. "Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará para que lleve más fruto... Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden" (Juan 15:1-2, 4-6).
Cristo es la fuente de nuestra fortaleza. El es la vid, nosotros los pámpanos. Debemos recibir nutrición de la Cepa viva. Privados (271) de la fuerza y nutrición de aquella Cepa, somos como miembros del cuerpo sin cabeza, y estamos en la misma posición en la cual Satanás quiere que estemos, para poder dominarnos como le agrade. El obra "con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira" (2 Tes. 2:10-11). El espiritismo es una mentira. Se basa en la gran mentira original: "No moriréis". Miles cortan la Cabeza y el resultado es que los miembros actúan sin Jesús como cabeza, y otro guía al cuerpo. Satanás los domina.
Me fue mostrado que Satanás no puede dominar la mente a menos que ésta le sea entregada. Los que se apartan de lo recto están en grave peligro ahora. Se separan de Dios y del cuidado vigilante de sus ángeles, y Satanás, siempre listo para destruir las almas, empieza a presentarles sus engaños. Los tales corren el mayor peligro; y si lo ven y tratan de resistir a las potestades de las tinieblas, no les resultará fácil libertarse de la trampa de Satanás. Se han aventurado en el terreno de Satanás, y él los declara suyos. No vacilará en empeñar todas sus energías y llamar en su ayuda a toda su hueste maligna para arrancar a un solo ser humano de las manos de Cristo.
Los que han tentado al diablo a que los tiente, tendrán que hacer esfuerzos desesperados para librarse de su poder. Pero cuando empiecen a trabajar, entonces los ángeles de Dios a quienes han agraviado acudirán en su auxilio. Satanás y sus ángeles no están dispuestos a perder su presa. Contienden y pelean con los santos ángeles, y el conflicto es intenso. Pero si los que han errado continúan orando y con profunda humildad confiesan sus yerros, los ángeles que son poderosos en fortaleza prevalecerán y los arrebatarán del poder de los ángeles malos.
Al levantarse el telón y mostrárseme la corrupción de esta época, mi corazón se condolió y mi espíritu casi desmayó dentro de mí. Vi que los habitantes de la tierra estaban llenando la copa de su iniquidad. La ira de Dios está encendida, y no se apagará hasta que los pecadores estén destruidos sobre la tierra. Satanás es el enemigo personal de Cristo. Es el que origina y encabeza toda especie de rebelión en el cielo y en la tierra. Su ira aumenta; nosotros no nos damos cuenta de su poder.

Si nuestros ojos fuesen abiertos y pudiéramos discernir la obra (272) que efectúan los ángeles caídos con aquellos que se sienten tranquilos y seguros, no nos sentiríamos tan seguros. Los malos ángeles nos siguen en todo momento. Es lógico que los hombres malos estén dispuestos a obrar como les sugiere Satanás; pero mientras que nuestra mente no está en guardia contra sus agentes invisibles, ellos asumen nuevas posiciones y obran maravillas y milagros ante nuestros ojos. ¿Estamos preparados para resistirles por la Palabra de Dios, la única arma que podemos usar con éxito?

Algunos estarán tentados a recibir prodigios como provenientes de Dios. Habrá enfermos que sanarán delante de nosotros. Se realizarán milagros ante nuestra vista. ¿Estamos preparados para la prueba que nos aguarda cuando se manifiesten más plenamente los milagros mentirosos de Satanás? ¿No serán entrampadas y apresadas muchas almas? Al apartarse de los claros preceptos y mandamientos de Dios, y al prestar oído a las fábulas, la mente de muchos se está preparando para aceptar estos prodigios mentirosos. Todos debemos procurar armarnos ahora para la contienda en la cual pronto deberemos empeñarnos. La fe en la Palabra de Dios, estudiada con oración y puesta en práctica, será nuestro escudo contra el poder de Satanás y nos hará vencedores por la sangre de Cristo. (273)

NUMERO 8: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA.-
LA RELIGION EN LA FAMILIA.-

Me fue mostrada la posición elevada e importante que los hijos de Dios deben ocupar. Son la sal de la tierra y la luz del mundo, y deben andar como Cristo anduvo. Saldrán vencedores de la gran tribulación. El tiempo actual es un tiempo de guerra y prueba. Nuestro Salvador dice en Apocalipsis 3:21. "Al que venciere, yo le daré que se siente conmigo en mi trono; así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono". La recompensa no se da a todos los que profesan seguir a Cristo, sino a los que vencen como él venció. Debemos estudiar la vida de Cristo, y aprender lo que significa confesarle delante del mundo.

A fin de confesar a Cristo, debemos tenerlo en nosotros. Nadie puede confesar verdaderamente a Cristo a menos que posea el ánimo y el espíritu de Cristo. Si la forma de piedad, o el reconocimiento de la verdad fuesen siempre una confesión de Cristo, podríamos decir: "Ancho es el camino que conduce a la vida, y muchos son los que lo hallan". Debemos comprender lo que significa confesar a Cristo, y en qué le negamos. Puede suceder que nuestros labios confiesen a Cristo, y que nuestras obras le nieguen. Los frutos del Espíritu, manifestados en la vida, son una confesión de Cristo. Si lo hemos abandonado todo por Cristo, nuestra vida será humilde, nuestra conversación sana y nuestra conducta intachable. La poderosa y purificadora influencia de la verdad en el alma, y el carácter de Cristo manifestado en la vida, son una confesión de Cristo. Si se han sembrado en nuestro corazón las palabras de vida eterna, el fruto será justicia y paz. Podemos negar a Cristo en nuestra vida, entregándonos al amor de la comodidad y del yo, bromeando y buscando los honores del mundo.

Podemos negarle en nuestro aspecto exterior, conformándonos al mundo, o mediante un porte orgulloso o atavíos costosos. Únicamente por la vigilancia constante y tenaz y la oración perseverante y casi incesante podremos manifestar en nuestra vida el carácter de Cristo y la influencia santificadora de la verdad. Muchos ahuyentan a Cristo de sus familias por abrigar un espíritu impaciente e (274) irascible. Los tales deben vencer en este sentido.

Me fue presentado el actual debilitamiento de la familia humana. Cada generación se ha estado debilitando más y la enfermedad, bajo todas sus formas, aflige a la humanidad. Miles de pobres mortales, con cuerpos enfermizos, deformados, con nervios destrozados y mentes sombrías, arrastran una mísera existencia. El poder de Satanás sobre la familia humana aumenta. Si el Señor no viniese pronto a quebrantar su poder, la tierra quedaría despoblada antes de mucho.

Se me reveló que el poder de Satanás se ejerce especialmente sobre los hijos de Dios. Muchos me fueron presentados en condición de duda y desesperación. Las enfermedades del cuerpo afectan la mente. Un enemigo astuto y poderoso acompaña nuestros pasos, y dedica su fuerza y habilidad a tratar

de apartarnos del camino recto. Y demasiado a menudo sucede que los hijos de Dios no están en guardia y por lo tanto ignoran sus designios. Satanás obra por los medios que mejor le permiten ocultarse, y a menudo alcanza su objeto.

Ciertos hermanos han invertido recursos en derechos de patentes y otras empresas, y han inducido a interesarse por estas cosas a otros que no pueden soportar la incertidumbre y la preocupación de tales negocios. Sus mentes ansiosas y recargadas afectan gravemente sus cuerpos ya enfermizos y ceden al abatimiento, el cual crece hasta llegar a la desesperación. Pierden toda confianza en sí mismos, piensan que Dios los ha abandonado y no se atreven a creer que será misericordioso con ellos. Estas pobres almas no serán dejadas bajo el dominio de Satanás. Se abrirán paso a través de la lobreguez, volverá a aferrar su fe temblorosa las promesas de Dios; él las librará, trocará su pesar y tristeza en paz y alegría. Pero se me mostró que los tales deben aprender, por las cosas que sufren, a dejar de lado estos derechos de patentes y diversas empresas. No deben permitir siquiera que sus hermanos los halaguen para enredarlos en tales empresas; porque sus deseos no se materializarán, y luego serán arrojados sobre el campo de batalla del enemigo desarmados para el conflicto.

Los recursos que debieran haberse puesto en la tesorería de Dios para hacer progresar su causa, se pierden al ser invertidos en algunos de estos perfeccionamientos modernos. Si algunos de los que profesan la verdad se sienten libres y capaces para dedicarse a estos derechos de patentes e inventos, no deben ir entre sus hermanos (275) y hacer de ellos su campo de operación, sino ir entre los incrédulos. No se valgan de su nombre y profesión de adventistas para seducir a sus hermanos que desean consagrar sus recursos a Dios. Vayan más bien al mundo, y den oportunidad de invertir sus recursos a la clase de personas que no se interesan en el progreso de la causa de Dios.

Me fue mostrada la necesidad de abrir las puertas de nuestras casas y corazones al Señor. Cuando empecemos a trabajar en serio por nosotros mismos y nuestras familias, entonces recibiremos ayuda de Dios. Vi que la mera observancia del sábado, y el orar mañana y noche, no son evidencias positivas de que somos cristianos. Se pueden observar estrictamente estas formas externas y, sin embargo, carecer de verdadera piedad. "Que se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, y limpiar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras " (Tito 2:14). Todos los que profesan seguir a Cristo deben dominar su propio genio, y no permitirse hablar nerviosa e impacientemente. El esposo y padre debe refrenar la palabra impaciente que está por pronunciar. Debe estudiar el efecto de sus palabras, no sea que produzcan tristeza y heridas.

Las enfermedades y dolencias afectan especialmente a las mujeres. La felicidad de la familia depende en gran manera de la esposa y madre. Si ella es débil y nerviosa, y se le permite cargarse de trabajo, su mente se deprime, porque ésta siente la influencia del cansancio físico y además de eso, la esposa encuentra demasiado a menudo una fría reserva de parte de su cónyuge. Si no marcha todo tan agradablemente como él quisiera, culpa a la esposa y madre. El se desentiende completamente de sus congojas y cargas, y no siempre sabe simpatizar con ella. No se percata de que está ayudando al gran enemigo en su obra destructiva. Por fe debiera levantar un estandarte contra Satanás; pero parece no ver sus propios intereses ni los de su esposa. La trata con indiferencia. No sabe lo que está haciendo. Obra directamente contra su propia felicidad, y destruye la de su familia. La esposa se desalienta y abate. Desaparecen la esperanza y alegría. Ella atiende mecánicamente a sus tareas diarias porque ve que su trabajo debe ser hecho. Su falta de alegría y ánimo se siente en todo el círculo de la familia. Hay muchas familias desdichadas en las filas de los observadores del sábado. Los ángeles llevan las vergonzosas nuevas al cielo, el ángel registrador lo anota todo. (276)

El esposo debe manifestar gran interés en su familia. Debe ser especialmente cuidadoso de los sentimientos de su esposa, si ésta es débil. Puede evitarle muchas enfermedades. Las palabras bondadosas, alegres y alentadoras resultarán mucho más eficaces que las medicinas más poderosas. Infundirán ánimo al corazón. la abatida y desanimada esposa, y la alegría infundida a la familia por los actos y las palabras de bondad, recompensará diez veces el esfuerzo hecho. El esposo debiera recordar

que gran parte de la carga de educar a sus hijos recae sobre la madre, y que ella ejerce una gran influencia para modelar sus mentes. Esto debe inducirle a manifestar los sentimientos más tiernos, y a aliviar con solicitud sus cargas. Debe alentarla a apoyarse en su afecto, y a dirigir sus pensamientos hacia el cielo, donde hay fuerza, paz y descanso final para los cansados. No debe volver a la casa con la frente ceñuda, sino que su presencia debiera brindar alegría a la familia y estimular a la esposa a mirar hacia arriba y creer en Dios. Unidos, pueden aferrarse a las promesas de Dios y atraer su rica bendición sobre la familia. La falta de bondad, el espíritu de queja y la ira, apartan a Jesús de la morada. Vi que los ángeles de Dios huirán de una casa donde se pronuncian palabras desagradables y se manifiesta inquietud y disensión.

También se me ha mostrado que muchas veces la esposa comete un grave error. Ella no realiza esfuerzos decididos para dominar su propio genio y hacer feliz el hogar. Manifiesta a menudo inquietud y profiere quejas innecesarias. El esposo llega de su trabajo cansado y perplejo, y encuentra un rostro ceñudo en vez de palabras alegres y alentadoras. El es humano y sus afectos se apartan de su esposa. Pierde el amor al hogar, su senda se oscurece y se desvanece su valor. Pierde el respeto propio y la dignidad que Dios le exige que mantenga. El esposo es la cabeza de la familia, como Cristo es la cabeza de la iglesia, y cualquier actitud asumida por la esposa que pueda disminuir la influencia y degradar su posición digna y responsable, desagrada a Dios. Es deber de la esposa renunciara sus deseos y voluntad, en favor de su esposo. Ambos deben saber renunciar a sus gustos, pero la Palabra de Dios da la preferencia al criterio del esposo. Y la esposa no perderá dignidad al ceder así a aquel a quien ella eligió por consejero y protector. El esposo debe mantener su posición en la familia, con toda mansedumbre, y sin embargo con decisión. Algunos han preguntado: ¿Debo estar siempre en (277) guardia y ejercer constantemente alguna clase de restricción sobre mí mismo? Me ha sido mostrado que tenemos delante de nosotros una gran obra que hacer para escudriñar nuestros corazones y velar sobre nosotros mismos con celosa vigilancia. Debemos aprender cuáles son los puntos en que fallamos, y luego precavernos al respecto. Debiéramos dominar nuestro genio a la perfección. "Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo" (Sant. 3:2). La luz que resplandece sobre nuestra senda, la verdad que se recomienda a nuestra conciencia, condenará y destruirá el alma, o la santificará y transformará. Estamos viviendo demasiado cerca del fin del tiempo de gracia para conformarnos con una obra superficial. La misma gracia que hasta aquí hemos considerado como suficiente, no nos sostendrá ya. Nuestra fe debe aumentar y debemos ser más semejantes a Cristo en conducta y disposición a fin de subsistir y resistir con éxito las tentaciones de Satanás. La gracia de Dios es suficiente para todo el que sigue a Cristo.

Nuestros esfuerzos para resistir los ataques de Satanás deben ser fervientes y perseverantes. El dedica su fuerza y habilidad a tratar de apartarnos del camino recto. El vigila nuestras salidas y entradas, a fin de hallar oportunidad de perjudicarnos o destruirnos. El obra con muchísimo éxito en las tinieblas, perjudicando a aquellos que ignoran sus designios. No podría conseguir ventajas si su método de ataque fuese comprendido. Los instrumentos que emplea para lograr sus propósitos y arrojar sus dardos encendidos, son a menudo los miembros de nuestras propias familias.

Aquellos a quienes amamos pueden hablar y obrar con descuido y herirnos profundamente. Tal no era su intención, pero Satanás magnifica sus palabras y actos ante la mente y así arroja un dardo de su aljaba para atravesarnos. Nos erguimos para resistir a la persona que pensamos nos hirió, y al hacerlo estimulamos las tentaciones de Satanás. En vez de pedir a Dios fuerza para resistir a Satanás, permitimos que nuestra felicidad quede empañada tratando de defender lo que llamamos "nuestros derechos". Así concedemos una doble ventaja a Satanás. Obramos de acuerdo a nuestros sentimientos agraviados, y Satanás nos emplea como agentes suyos para herir y angustiar a aquellos que no se proponían perjudicarnos. Puede ser que a veces las exigencias del esposo parezcan irrazonables a la esposa; pero si ella echara serena y sinceramente una (278) segunda mirada al asunto, y lo considerara en una luz tan favorable como fuese posible para el esposo, vería que, renunciando a su propia idea y

sometiendo su juicio al del esposo aun cuando ello contrariase sus sentimientos, salvaría a ambos de la desdicha y les daría una gran victoria sobre las tentaciones de Satanás.
Vi que el enemigo luchará tanto para inutilizar a los piadosos como para quitarles la vida, y tratará de destruir su paz mientras ellos vivan en este mundo. Pero su poder es limitado. Puede hacer calentar el horno, pero Jesús y sus ángeles velarán sobre el cristiano que confía para que sólo la escoria sea consumida. El fuego encendido por Satanás no tiene poder para destruir o perjudicar el metal noble. Es importante cerrar toda puerta posible que dé acceso a Satanás. Es privilegio de cada familia vivir de tal manera que Satanás no pueda aprovecharse de nada que digan o hagan sus miembros para hacer que se hieran mutuamente. Cada miembro de la familia debe tener presente que cada uno de ellos tiene tanto que hacer como los demás para resistir a nuestro astuto enemigo, y con fervientes oraciones y fe inquebrantable cada uno debe confiar en los méritos de la sangre de Cristo y pedir su fuerza salvadora.
Las potestades de las tinieblas rodean el alma y ocultan a Jesús de nuestra vista, y a veces no podemos hacer otra cosa sino esperar entristecidos y asombrados hasta que pase la nube. A veces estos momentos son terribles. Parece faltar la esperanza, y la desesperación se apodera de nosotros. En estas horas angustiosas debemos aprender a confiar, a depender únicamente de los méritos de la expiación, y en toda nuestra impotente indignidad confiar enteramente en los méritos del Salvador crucificado y resucitado. Nunca pereceremos mientras hagamos eso, nunca. Cuando la luz resplandece sobre nuestra senda, no es difícil ser fuertes con el poder de la gracia. Pero para aguardar con paciencia y esperanza cuando las nubes nos rodean y todo está oscuro, se requieren una fe y una sumisión que unan nuestra voluntad con la de Dios. Nos desalentamos demasiado pronto, y pedimos ardientemente que la prueba sea apartada de nosotros, cuando debiéramos pedir paciencia para soportarla y gracia para vencerla.
Sin fe es imposible agradar a Dios. Podemos tener la salvación de Dios en nuestras familias, pero debemos creer para obtenerla, vivir por ella y ejercer de continuo fe y confianza permanentes en Dios. Debemos subyugar el genio violento, y dominar nuestras palabras; (279) así obtendremos grandes victorias. A menos que dominemos nuestras palabras y genio, somos esclavos de Satanás, y estamos sujetos a él como cautivos suyos. Cada palabra discordante, desagradable, impaciente o malhumorada, es una ofrenda presentada a su majestad satánica. Y es una ofrenda costosa, más costosa que cualquier sacrificio que podamos hacer para Dios; porque destruye la paz y felicidad de familias enteras, destruye la salud, y puede hacernos perder finalmente una vida eterna de felicidad.
La Palabra de Dios nos impone restricción para nuestro propio interés. Aumenta la felicidad de nuestras familias y de cuantos nos rodean. Refina nuestro gusto, santifica nuestro criterio y nos reporta paz mental, y al fin, la vida eterna. Bajo esta restricción santa, creceremos en gracia y humildad, y nos resultará fácil hablar lo recto. El carácter natural e irascible será mantenido en sujeción. El Salvador, al morar en nosotros, nos fortalecerá en todo momento. Los ángeles ministradores permanecerán en nuestras moradas, y con gozo llevarán al cielo las nuevas de nuestro progreso en la vida divina, y el ángel registrador tendrá para anotar un informe gozoso y feliz.

LOS CELOS Y LA CRITICA.-
Hermano G: En _, usted me hizo algunas preguntas acerca de las que he estado pensando mucho. Por mi conversación con usted, he quedado convencida de que no comprende la parte que ha desempeñado y la herida que ha infligido a la causa de Dios. Lo que se me ha mostrado concerniente a su caso, me fue presentado en forma vívida, y he comparado lo que se me ha mostrado recientemente con el testimonio publicado concerniente a usted en el Testimonio No. 6, y no he podido ver que usted haya pedido la menor disculpa por su comportamiento. Antes de su participación en la última ola de fanatismo en Wisconsin, y de prestar su apoyo con su influencia, no andaba rectamente ante la vista de Dios.
Hermano G, si usted hubiera seguido honradamente la luz, nunca se hubiera embarcado en el rumbo que ha seguido. Usted ha seguido su propio curso en forma caprichosa y obcecada, y ha confiado en su

juicio personal, rehusando dejarse guiar. El Señor le envió ayuda, pero la rechazó. ¿Qué más pudo haber hecho el cielo por usted? Cuando ha juzgado que otras personas eran consideradas más altamente que usted, se ha sentido insatisfecho e irritado, y se ha puesto (280) displicente y reservado, como un niño malcriado. Ha deseado ser tenido en alta estima, pero ha adoptado un comportamiento que lo rebaja notablemente ante la estima de las personas cuya aprobación busca.

Antes de su comportamiento fanático, sentía usted celos de los de Battle Creek, y ha hecho observaciones que han suscitado sospechas. Ha sentido celos de mi esposo y de mí misma, y ha supuesto la existencia de algún mal. La envidia y la sospecha se han unido. Bajo una apariencia de rectitud, usted ha sugerido dudas con respecto a las acciones de los que soportan la carga de la obra en Battle Creek, y ha hecho observaciones indirectas con respecto a asuntos que usted ignoraba completamente y que era totalmente incapaz de juzgar objetivamente. No se ha colocado sobre usted la carga de la responsabilidad. Se me mostró que Dios no elegiría a una persona con una mente constituida como la suya, ni le encomendaría grandes responsabilidades; y tampoco lo llamaría a ocupar posiciones de mayor responsabilidad, porque el amor propio sería tan grande que resultaría ruinoso para sí mismo y el pueblo de Dios. Si usted hubiera sentido menos estima por sí mismo, habría tenido menos celos y sospechas.

Hermano G, si usted se hubiera unido plenamente con el cuerpo y se hubiera mantenido en unión y simpatía con las personas a quienes Dios ha considerado apropiado colocar a la cabeza de la obra, si hubiera aceptado los dones que Dios ha colocado en la iglesia, si se hubiera dedicado plenamente a su servicio, si se hubiera afirmado definidamente en todos los puntos de la verdad presente y si hubiera trabajado al unísono con las personas que tienen experiencia en la causa, usted y los suyos se habrían mantenido perfectamente libres y a salvo de este engaño. Usted hubiera contado con un ancla que lo habría mantenido firme. Pero usted ha adoptado una posición indefinida, temiendo que proporcionaría agrado y satisfacción a aquellos cuya alma se encontraba dedicada a la obra y a la causa de Dios. Dios requiere que usted se mantenga firme y decididamente sobre la plataforma con sus hermanos. Dios y los ,santos ángeles experimentaron desagrado debido a su comportamiento, y no soportarán su necedad durante más tiempo. Usted fue dejado solo para que siguiera su propio juicio que había tenido en tan alta estima, hasta que desee ser enseñado, y sin celos ni obstinación, sin quejarse ni censurar a otros, aprenda de los que han sentido el peso de la responsabilidad en la causa de Dios. Usted ha estado (281) tratando de alcanzar una posición original para sí mismo, y ha procurado mostrar el camino independientemente del cuerpo, para que lo aprueben y alaben, hasta que vi que Dios lo había dejado abandonado para que usted manifestara esa sabiduría que había considerado superior a la de los demás, y fue dejado para que actuara en su propia ceguera en el fanatismo más irrazonable, necio y descontrolado que alguna vez haya azotado a Wisconsin.

Y sin embargo se me mostró que usted no había comprendido la influencia de su conducta pasada sobre la causa, y su posición y deber actuales con respecto a ese fanatismo. En vez de trabajar con toda su energía para libertarse y contrarrestar la influencia que había ejercido, usted ha salido de todo esto excusándose y censurando a quienes Dios envió a usted, y listo para dictaminar, y aun sugerir un plan mediante el cual el Señor hubiera podido impedir que usted tuviera la conducta que ha tenido, haciendo que sus siervos tuvieran un comportamiento diferente del que han tenido. Su juicio ha quedado pervertido por el poder de Satanás, y mientras se encontraba envuelto en tinieblas, usted era un juez incompetente del comportamiento más adecuado que debía tenerse con respecto a usted. Si sabía cuál era el comportamiento que los siervos de Dios debían tener a fin de ayudarle, usted sabía lo suficiente para salir del problema por su propia cuenta. Dios le dio su elección, la posibilidad de ser enseñado, de ser instruido por medio de sus siervos en la forma que él había designado, o de continuar adelante manteniendo su conducta caprichosa y caer en un fanatismo que llenaba de confusión.

Usted eligió seguir su propio camino y ahora puede culparse únicamente a usted mismo. Profesa ser un vigía en las torres de Sión, un pastor del rebaño, y sin embargo vio a las pobres ovejas magulladas y

esparcidas y no dio la voz de advertencia. "Hijo de hombre, yo te he puesto por atalaya a la casa de Israel; oirás, pues, tú la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte. Cuando yo dijere al impío: De cierto morirás; y tú no le amonestares ni le hablares, para que el impío sea apercibido de su mal camino a fin de que viva, el impío morirá por su maldad, pero su sangre demandaré de tu mano. Pero si tú amonestares al impío, y él no se convirtiere de su impiedad y de su mal camino, él morirá por su maldad, pero tú habrás librado tu alma... Pero si al justo amonestares para que no peque, y no pecare, de cierto vivirá, porque fue amonestado; y tú habrás librado tu alma" (Eze. 3:17-19, 21). (282)

El pecado de los que están en Wisconsin que cayeron en el fanatismo, reposa más pesadamente sobre usted, hermano G, que sobre cualquiera otra persona. Usted fue un vigía infiel. No distinguió el mal porque usted era infiel. Dios envió a su fiel atalaya, quien se mantuvo en la luz y pudo discernir el mal para amonestarlo a usted y al rebaño errante. Si entonces hubiera escuchado la advertencia, se habría ahorrado una gran cantidad de mal. Su influencia se habría mantenido. No se habría convertido en un estorbo para que el testimonio de los siervos de Dios alcanzara el rebaño distraído. Las personas que se encontraban descarriadas no quisieron escuchar la voz de Dios a través de sus siervos elegidos. Se afirmaron contra las advertencias de los atalayas que les fueron enviados, y se fortalecieron en su comportamiento irrazonable e iluso. El pastor no quiso escuchar. Se ofendió porque se encaró su fanatismo en forma tan decidida. No percibió el peligro. No captó la urgencia de este asunto. Tenía luz suficiente para decidir, pero fue muy terco y sospechó demasiado de los siervos de Dios para someterse a su testimonio.

El hermano G deseaba esperar hasta que el fanatismo se desarrollara, y éste avanzó justamente en la forma como Satanás deseaba hasta que produjo resultados terribles. No había manifestaciones razonables ni sensatez para caracterizar esa obra como la obra de Dios. Los siervos de Dios llevaron a cabo su misión, libraron su ropa de la sangre de las almas, y se mantuvieron alejados de la influencia maldita, mientras que usted soporta el temible peso M pecado de este terrible fanatismo. Usted lo ha lamentado profundamente, pero a pesar de eso no ve sus propios errores en relación con ello. Usted censura y culpa a las ovejas débiles y errantes por hacerlo apartarse del camino. ¿Para qué sirve un vigía, a no ser para vigilar y detectar el mal y hacer sonar la alarma? ¿Para qué sirve un pastor, a no ser para vigilar a fin de descubrir cualquier peligro y evitar que las ovejas reciban daño y sean destruidas por los lobos? ¿Qué excusa podría ofrecer un pastor por permitir que el rebaño se aparte del verdadero apacentadero, y sea magullado, esparcido y devorado por los lobos? ¿Cómo podría aceptarse una excusa hecha por el pastor de que las ovejas lo hicieron descarriar a él? ¿Abandonaron el apacentadero verdadero y lo hicieron apartarse del camino? Ese pretexto sería un poderoso argumento contra la habilidad de ese pastor para cuidar el rebaño. No podría depositarse (283) más confianza sobre él como un fiel pastor para que se ocupara del rebaño, y lo trajera de vuelta al camino correcto cuando se apartara de él.

El oprobio que gravita sobre la causa debido al caso de la hermana A, también descansa pesadamente sobre usted. Usted es el causante de gran parte de sus preocupaciones y experiencias. Aunque ella estaba debilitada, podía en cierta medida ocupar su lugar en la familia y mantener juntos a sus hijos; pero perdió la razón cuando había estado fuera de su hogar tan sólo poco tiempo. El estado de apostasía de los profesos observadores del sábado de lo indujo a usted a influir en la hermana A para que abandonara a su familia que necesitaba su cuidado, y se trasladara a — para que su influencia ayudara a los observadores del sábado de ese lugar. Su comportamiento estuvo marcado por una agitación malsana. Algunos que no tenían experiencia fueron engañados. La mente débil de la hermana A quedó sobrecargada, y la enfermedad prendió en su cerebro. Y la causa de Dios ha experimentado profundo daño y oprobio debido a esto. El hermano A ha quedado mal; ahora debe sufrir bajo un problema viviente, y sus hijos deben ser sacados del hogar. Aquellos cuya influencia ha conducido a estos tristes resultados, tienen una obra que hacer para aliviar la mente del hermano A, y por medio de un pleno reconocimiento ante él del pecado que había en el comportamiento adoptado y del mal que causaron,

contrarrestar el mal hasta donde sea posible.
Si usted hubiera obedecido el consejo de Dios, reconocido los dones de su Espíritu y ocupado su lugar debido en la iglesia; si hubiera estado de corazón y por principio de parte de la Review, establecido sobre las poderosas verdades que tienen aplicación para este tiempo; si hubiera estado proporcionando alimento en el tiempo debido para el pueblo de Dios, su influencia en y alrededores habría sido muy diferente. Hubiera podido presentar un testimonio definido en armonía con los que dirigen esta grandiosa obra. Los males individuales habrían sido reprochados. El trabajo fiel habría afirmado a los observadores del sábado en ese lugar, de manera que no hubieran ido a la zaga de otras iglesias. Pero tienen que aprender casi todo. Usted debiera haber presentado un testimonio definido, impresionando sobre ellos la necesidad de sacrificarse y de llevar todos una parte de la carga de la causa. Debiera haberlos instruido acerca de la dadivosidad sistemática, induciéndolos a (284) todos a desempeñar una parte y a esforzarse por hacer algo a fin de hacer progresar la causa de la verdad. Su posición vacilante y el hecho de haber dejado las cosas tan indefinidas en ha ejercido una mala influencia sobre la causa en ese lugar. La oposición que usted sintió y de la que habló con respecto a la organización y el avance del pueblo de Dios, ha dado fruto que se puede ver en muchos lugares en la parte norte de Wisconsin.
Si usted hubiera sido un obrero diligente y concienzudo, y si se hubiera mantenido al mismo paso de las oportunidades presentadas por la providencia de Dios, el fruto que ahora se manifiesta sería de un carácter enteramente diferente. Las almas se decidirían, ya sea completamente a favor o en contra de los mandamientos de Dios y de otras verdades relacionadas con el mensaje del tercer ángel. No permanecerían en los alrededores de Sión para afligir a los que desean andar con rectitud. Pero usted no ha manifestado fidelidad. No ha llevado a cabo la obra recta. En la Iglesia, mediante la aplicación directa de la verdad no ha fomentado la necesidad de que todos vivan su profesión de fe en forma práctica y armoniosa; y muchos no están dispuestos a llevar a cabo lo que sea necesario para hacer progresar la verdad, porque se complacen únicamente con escucharla. Aman la causa de palabra y profesión, pero no de hecho y en verdad.
Su posición ha hecho que muchas personas en la localidad de _, y alrededor de ella, piensen menos favorablemente de la Review [Revista adventista] de lo que de otro modo hubieran pensado, y han considerado muy livianamente las verdades que se encuentran en ella. Debido a eso, la Review no ha ejercido sobre ellos la influencia que Dios se proponía que tuviera. Y cada uno ha seguido su propio camino y ha hecho lo que le parecía bien ante sus propios ojos; debido a eso todos se encuentran muy a la retaguardia, y a menos que se efectúen cambios completos en ellos, serán pesados en la balanza y hallados faltos.
Se me mostró que usted trata de echar sobre otros los resultados de sus errores, pero Dios que lo vigila todo, lo considera a usted responsable. Tiene que efectuar humildes confesiones en _, _, _, y en otros lugares donde ha ejercido su influencia en oposición a los siervos de Dios. El hermano y la hermana D han sido grandemente perjudicados por este fanatismo. Han sido confundidos temporalmente tanto como espiritualmente, y casi han quedado (285) arruinados por este engaño de Satanás. Hermano G, usted se ha adentrado demasiado en este triste fanatismo; su cuerpo ha sido afectado tanto como su mente, y ahora trata de echarlo todo sobre otros. Usted no conoce con claridad cuál ha sido su posición y su conducta en el pasado. Usted se siente libre de confesar lo que otros han hecho y también lo que usted no ha hecho; pero no ha confesado lo que usted ha hecho.
Su influencia en ha sido perjudicial. Usted se opuso a la organización y predicó contra ella en forma ambigua, no en forma tan directa como otros lo hubieran hecho, pero usted llegó hasta donde se atrevió. En esta forma, numerosas veces ha gratificado sus sentimientos envidiosos y ha creado desconfianza e incertidumbre en las mentes de muchas personas, cuando si hubiera actuado abiertamente habría sido comprendido con claridad y no habría causado mucho daño. Cuando se lo ha acusado de tener sentimientos contrarios a la fe del cuerpo, usted no lo ha reconocido, sino que ha tergiversado su posición, y ha hecho aparecer como si los hermanos lo hubieran tomado en sentido

erróneo, en circunstancias que usted sabe que la acusación era correcta. Como están las cosas ahora, la iglesia no puede confiar en usted. Cuando manifieste los frutos de una reforma completa, y presente evidencia de que se ha convertido y ha vencido sus celos, entonces Dios volverá a confiarle su rebaño a su cuidado. Pero hasta tanto efectúe una completa restitución, ejercerá la mejor influencia si se queda en casa y presta atención al consejo que dice: "En lo que requiere diligencia, no perezosos" (Rom. 12:11).

Debido a su posición evasiva y su comportamiento con relación a ese fanatismo, usted ha causado más perjuicio a la obra de Dios en Wisconsin que todo el bien que ha realizado durante su vida. Debido a esto, los no creyentes han considerado con disgusto nuestra fe, y como resultado, la obra de Dios ha recibido una herida, una herida incurable, y a pesar de eso muchos, incluyéndolo a usted mismo, manifiestan asombro de que se diga tanto de este fanatismo. Una mala semilla sembrada echa raíces, crece y da fruto, y se produce una cosecha abundante. El mal florece sin necesidad de que se lo cultive, mientras la semilla del bien después de sembrada necesita que se la riegue, que se la cuide con esmero y que se le nutra continuamente, porque en caso contrario, las preciosas plantas morirán. Satanás, los ángeles malignos y los hombres impíos están (286) tratando de desarraigar y destruir el bien, y se requiere la mayor vigilancia y el cuidado más constante para que éste viva y prospere. Una mala semilla sembrada no se puede desarraigar fácilmente. Se propaga y brota en todas las direcciones, para ahogar la preciosa simiente, y si se la deja por su cuenta crecerá vigorosamente y obstruirá los rayos del sol para que no iluminen las preciosas plantas.

Hicimos frente a su influencia en la localidad de . La división en ese lugar no se hubiera producido si usted hubiera adoptado la posición debida y recibido la palabra de Dios enviada mediante sus siervos. Pero usted no quiso hacerlo. Los siervos de Dios tenían que tratar directamente con su mal proceder. Si hubieran adoptado una posición más firme y si lo hubieran tratado con más severidad, Dios los habría aprobado. Hubiera sido preferible que usted permaneciera completamente alejado de —, porque cada vez que los siervos de Dios exponían ese fanatismo, el reproche afectaba al hermano G, y usted se volvía taciturno, se sentía insultado y descuidado, etc. Usted continuó su insensato proceder entre diferentes familias en la localidad de_; usted trató de obtener simpatía y creó oposición contra los hermanos C, D y E. Se sintió ofendido y menospreciado. Expresó sus sentimientos de palabra y acción, y en esa forma creó celos y desconfianza en muchas mentes con respecto a los siervos de Dios a quienes él había enviado especialmente para que trataran con usted. Su comportamiento destruyó el poder de su testimonio en algunas mentes; pero algunos se sintieron agradecidos porque había llegado luz, y porque se había desbaratado la trampa de Satanás y ellos habían escapado. Otros manifestaron obstinación y se opusieron al testimonio que se había dado, y así se produjo una división en el cuerpo de la iglesia. Usted es el responsable de esto. Tuvimos que trabajar en favor de la iglesia en la localidad de con aflicción de espíritu a fin de apartar la influencia y las impresiones negativas que usted había creado. Usted tiene que llevar a cabo una obra en ese lugar.

Vi que algunas personas habían sentido mucha preocupación por usted, porque temían que sus hermanos en el ministerio no lo tratarían debidamente y no le harían justicia. Esas personas debieran apartarse del camino y confesar fielmente sus propios errores y dejar que todo el peso de la censura y de los errores que usted ha cometido descanse sobre su propia cabeza. Dios se propone que ese peso permanezca sobre usted hasta que usted lo quite enteramente (287) mediante el arrepentimiento y la confesión sincera. Los que sienten una simpatía extraviada por usted no pueden ayudarle. Debieran más bien manifestar su celo arrepintiéndose de sus propios descarríos y dejándolo a usted solo. Usted ha perdido completamente el camino correcto y a menos que cambie su curso, que se arrepienta de sus errores sin censurar a sus hermanos y que esté dispuesto a ser instruido, no podrá formar parte del pueblo de Dios.

Usted se ha mantenido alejado de las personas sobre quienes Dios ha colocado la pesada carga de su obra. Mientras mi esposo ya tiene trabajo y cargas que debiera haber compartido con tres hombres,

usted lo ha perjudicado con sus observaciones e indirectas, y ha ayudado a otros a que acrecentaran sus preocupaciones. Debe comprender esto. Usted no ha tenido responsabilidades especiales, pero ha tenido tiempo para reflexionar y estudiar, para descender y dormir, mientras mi esposo se ha visto obligado a trabajar día tras día, y a veces hasta tarde en la noche; en algunas ocasiones, cuando ha querido descansar no ha podido dormir, y tan sólo ha llorado y se ha afligido por causa de la verdad y por la injusticia con que sus hermanos lo han tratado, porque todos sus intereses y su vida los ha dedicado a la causa.

El ha tenido a su cargo el cuidado y la responsabilidad de los negocios en la oficina, la atención de la revista y mucha preocupación por las iglesias en diferentes Estados. Y sin embargo algunos de sus hermanos en el ministerio han contribuido a confundirlo y preocuparlo con su comportamiento insensato. Usted y otras personas han considerado al hermano White como un hombre de negocios que no disfruta mucho con la religión. Los tales no lo conocen. Satanás engaña a muchos con respecto a él. Dios ha considerado conveniente colocar sobre él la carga de su obra, elegirlo para que ocupe una posición directiva en diferentes empresas, y ha escogido a uno que tiene gran sensibilidad y que puede simpatizar con los desafortunados; que es concienzudo y sin embargo independiente; que no disimulará el pecado sino que detectará rápidamente el mal y lo reprochará sin darle lugar, aunque tenga que soportar solo las consecuencias. Por eso es que sufre tanto. Sus hermanos generalmente no conocen nada de sus preocupaciones, y a algunos éstas ni siquiera les interesan, y debido a su comportamiento insensato y torcido, acrecientan sus preocupaciones y su incertidumbre. El cielo toma nota de estas cosas. Hombres (288) que no tienen responsabilidades ni preocupaciones, que pueden pasar horas de ocio sin tener nada en particular que hacer, que pueden reflexionar y estudiar y mejorar sus mentes, pueden manifestar gran moderación. No hay nada que los urja a manifestar un celo especial y están listos a pasar horas en conversación privada. Algunos los consideran los hombres mejores y más elevados del mundo. Pero Dios no ve como el hombre ve. Dios mira el corazón. Los que tienen una posición tan fácil serán recompensados de acuerdo con sus obras.

La posición ocupada por mi esposo no es envidiable. Requiere estrecha atención, cuidado y trabajo mental, requiere el ejercicio de juicio sólido y sabiduría. Requiere abnegación, un corazón dispuesto y una voluntad firme para hacer avanzar las cosas. En esa importante posición Dios desea tener a un hombre que esté dispuesto a aventurarse y arriesgar algo; que avance firmemente en favor del bien, no importa cuáles sean las consecuencias; que luche contra los obstáculos sin vacilar aunque su vida esté en juego.

El peso y la responsabilidad de esta obra hace actuar con gran cuidado, causa noches insomnes y exige oración sincera, ferviente y angustiosa. El Señor ha conducido a mi esposo para que tome una responsabilidad tras otra. La censura de sus hermanos le causa profunda aflicción, y sin embargo no debe vacilar en la obra. Compañeros en la obra que tienen una apariencia de piedad, se oponen a todos los movimientos de avance que Dios lo induzca a realizar, y su tiempo precioso debe ocuparlo en viajar de un lugar a otro, en trabajar con angustia de mente entre las iglesias a fin de deshacer lo que esos hermanos fingidos han estado haciendo. ¡Pobres mortales! Confunden las cosas; no saben con claridad en qué consiste ser cristiano. Los que han sido enviados a dar un testimonio claro y directo, y a reprochar el mal en el temor de Dios, a trabajar con todas sus energías en la edificación del pueblo de Dios y afirmarlos en puntos importantes de la verdad presente, con mucha frecuencia han sido censurados en lugar de recibir simpatía y ayuda, mientras los que, como usted mismo, han adoptado una posición sin compromiso, se los considera dedicados y se cree que tienen un espíritu apacible. Pero Dios no los considera en esa forma. El precursor de la primera venida de Cristo era un hombre que hablaba con llaneza. Reprochaba el pecado y llamaba a las cosas por su nombre. Colocó el hacha en la raíz del árbol. En esta forma se dirigió a una clase de (289) conversos fingidos que vinieron a él para ser bautizados en el Jordán: "¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento... Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los

árboles; por tanto todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego" (Mat. 17-11).
En estos días solemnes, justamente antes de que Cristo vuelva por segunda vez, los fieles predicadores de Dios tendrán que dar un testimonio todavía más directo que el que fue dado por Juan el Bautista. Tienen ante sí una obra de responsabilidad e importancia; y Dios no reconocerá como sus pastores a los que hablan únicamente cosas agradables. Pesa sobre ellos una temible aflicción.
Este extraño fanatismo que se ha manifestado en Wisconsin surgió de la falsa teoría de la santidad propuesta por el hermano K, una santidad que no depende del mensaje del tercer ángel, sino que está fuera de la verdad presente. La hermana G recibió esta falsa teoría de parte de él. Creyó en ella y la enseñó celosamente a otros. Esto casi destruyó su amor por las verdades sagradas tan importantes para este tiempo, que si ella las hubiera amado y obedecido, se habrían convertido en un ancla que la habría mantenido sobre el fundamente correcto. Pero ella, juntamente con muchos otros, convirtió esta teoría de la santidad o la consagración en algo predominante, y las importantes verdades de la palabra de Dios llegaron a tener poca importancia, "con tal que el corazón fuera recto". Y las pobres almas fueron dejadas sin un ancla, impulsadas solamente por sentimientos, y Satanás se introdujo y controló las mentes y dio impresiones y sentimientos de acuerdo con sus conveniencias. Se despreciaron la razón y el juicio, y la causa de Dios fue cruelmente criticada.
El fanatismo en el que ha caído debiera inducirlo a usted, y también a otros, a investigar antes de tomar una decisión concerniente a la apariencia de consagración. La apariencia no es una evidencia positiva del carácter cristiano. Usted y otras personas temen recibir un poquito más de censura de la que merecen, y buscan afanosamente supuestos errores o equivocaciones en otras personas, o bien procuran encontrar un descuido hacia su persona en ellas por lo cual sentirse perjudicadas. Son demasiado exigentes. Usted ha estado equivocado y se ha engañado a sí mismo. Si otros lo han juzgado mal en algunas cosas, no es más de lo que podría esperarse, (290) considerando las circunstancias. Usted debiera, con la más profunda aflicción y humildad, lamentar su triste separación de lo recto, que ha dado ocasión a una variedad de sentimientos y de puntos de vista y expresiones con respecto a su persona; y si usted no los considera correctos en todos sus detalles, debiera pasarlo por alto sin censurar a otras personas. Debe confesar sus faltas sin censurar a nadie y dejar de quejarse diciendo que sus hermanos lo han descuidado. En realidad le han prestado más atención de la que usted merece, considerando la posición que ha ocupado duran-te años. Si pudiera ver estas cosas en la forma como Dios las considera, despreciaría las quejas que ha presentado y se humillaría bajo la mano de Dios. "Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros. Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación" (1 Sam. 15:22-23).

LA UNIDAD EN LA FE.-

Los cristianos profesos de la localidad de — y de sus alrededores no están a la altura de la obra, ni practican las verdades que profesan creen Una influencia agostadora afecta la causa en la parte norte de Wisconsin. Si todos hubieran sentido la responsabilidad hacia la Review que Dios se proponía que sintieran, se habrían beneficiado y habrían sido instruidos por las verdades que presenta. Hubieran tenido una fe correcta, una posición firme con respecto a la verdad aplicable a este tiempo, y hubieran estado protegidos y a salvo de este fanatismo. Las sensibilidades de muchos se han atenuado, un falso entusiasmo ha destruido su discernimiento y su agudeza espiritual. Es de la mayor importancia que ellos ahora actúen con sensatez, para que no se cumpla plenamente el objetivo satánico de hacer caer a los que el diablo tiene poder para engañar.
Cuando los que han presenciado y experimentado falsas manifestaciones quedan convencidos de su equivocación, Satanás saca ventaja de su error, y se lo recuerda constantemente, para inspirarles temor a toda manifestación espiritual; y de esta manera procura destruir su fe en la verdadera piedad. Debido a que estuvieron una vez engañados, temen hacer cualquier esfuerzo por medio de la oración ferviente

a Dios en busca de ayuda especial y victoria. Los tales no deben permitir que Satanás consiga su objeto y los arroje (291) en el frío formalismo y la incredulidad. Deben recordar que el fundamento de Dios permanece firme. Sea Dios veraz y todo hombre mentiroso. Su única seguridad consiste en asentar los pies en la plataforma firme; en ver y comprender el mensaje del tercer ángel, en apreciar, amar y obedecer la verdad.

Cristo está conduciendo a un pueblo y llevándolo a la unidad de la fe, para que sea uno, así como él lo es con su Padre. Hay que abandonar las diferencias de opinión para que todos se unan con el cuerpo, a fin de que estén unánimes y sean todos de un mismo parecer. 1 Corintios 1:10: "Os ruego pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer". Romanos 15:5-6. "Pero el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo". Filipenses 2:2. "Completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa".

Todo el pueblo de Dios debiera manifestar interés en su causa. Ha habido falta de interés entre los hermanos de Wisconsin. También ha habido falta de energía. Algunos piensan que perder el tiempo no es pecado, mientras otros que aman la preciosa causa de Dios economizan su tiempo, y con la fortaleza de Dios se esfuerzan y trabajan duramente para que sus familias estén bien y disfruten de comodidad, y además de eso todavía les sobra tiempo para invertir en la causa de Dios, para hacer su parte a fin de mantener la obra de Dios en progreso y hacerse tesoro en el cielo. No es conveniente que algunos estén ociosos y otros sobrecargados. Dios requiere que los que disfrutan de salud y fuerza corporal hagan todo lo que puedan y usen su fortaleza para su gloria, porque no se pertenecen a sí mismos. Son responsables delante de Dios por el uso que hacen de su tiempo y de sus fuerzas que reciben del cielo.

El deber de contribuir al progreso de la verdad no corresponde únicamente a los ricos. Todos tienen que desempeñar una parte. El hombre que ha empleado su tiempo y sus fuerzas para acumular propiedades es responsable de la forma como dispone de esos bienes. Si uno tiene salud y fuerzas, ése es su capital, de modo que debe usarlo adecuadamente. Si pasa horas en ociosidad y hablando de cosas innecesarias, es negligente en su negocio, lo cual la Palabra (292) de Dios prohíbe. Tales personas tienen una obra que hacer a fin de proveer lo necesario para sus familias y con el propósito de ahorrar lo necesario para dedicarlo a fines caritativos, en la medida en que Dios los ha prosperado.

No hemos sido puestos en este mundo nada más que para preocupamos de nosotros mismos, sino que se requiere que participemos en la gran obra de salvación, imitando así a Cristo, quien llevó una vida abnegada, de renunciamiento y de utilidad para el prójimo. Los que aman su propia comodidad más que la palabra de Dios, no sentirán ninguna preocupación por emplear su tiempo y su fuerza sabiamente, a fin de tener una parte en la difusión de la verdad. Muchos de los jóvenes de Wisconsin no han sentido el peso de la causa ni la necesidad de hacer algún sacrificio para promoverla. No podrán adquirir fortaleza hasta tanto cambien su manera de actuar y realicen esfuerzos especiales para promover la verdad, a fin de que las almas puedan salvarse. Algunos se niegan a sí mismos y manifiestan interés y trabajan intensamente porque aman la causa y se esfuerzan por sostenerla. Convierten la causa de Dios en una parte de sí mismos; y si ésta sufre, también ellos sufren; y cuando ésta prospera, ellos se sienten felices.

Proverbios 3:9-10. "Honra a Jehová con tus bienes, y con las primicias de todos tus frutos; y serán llenos tus graneros con abundancia y tus lagares rebosarán de mosto". Los que son indolentes y haraganes pueden tranquilizarse con el pensamiento de que Dios no requiere nada de ellos, porque no tienen ganancias. Esto no les servirá de excusa, porque si hubieran empleado diligentemente su tiempo, si no hubieran sido indolentes en los negocios, hubieran tenido ganancias. Si se hubieran esforzado resueltamente para ganar algo que depositar en la tesorería de Dios, se les habrían presentado oportunidades y habrían dispuesto de dinero para dedicarlo a la causa de Dios, haciéndose en esa forma

tesoros en el cielo.

EL NORTE DE WISCONSIN.-

Mientras me encontraba en Roosevelt, Nueva York, el 3 de Agosto de 1861, me fueron presentadas varias iglesias y familias. Se me mostraron también las diferentes influencias que se habían ejercido y sus resultados desanimadores. Satanás ha usado como sus agentes a personas que profesaban creer una parte de la verdad (293) presente, mientras luchaban contra otra parte. El puede utilizar con más éxito a esas personas que a los que se oponen totalmente a nuestra fe. Su forma artera de introducir el error por medio de creyentes que creen parcialmente en la verdad, ha engañado a muchos y ha confundido y dispersado su fe. Esta es la causa de las divisiones que han ocurrido en la parte norte de Wisconsin. Algunos reciben una parte del mensaje y rechazan otra. Algunos aceptan el sábado y rechazan el mensaje del tercer ángel; sin embargo, debido a que han recibido el sábado sostienen que tienen derecho a la comunión con los que creen plenamente en la verdad presente. Luego se esfuerzan por llevar a otros a la misma posición confusa en la que ellos se encuentran. No se consideran responsables ante nadie. Tienen una fe propia e independiente. Se permite que tales personas ejerzan influencia, cuando no debiera dárseles ningún lugar, a pesar de sus pretensiones de honradez.

Las personas honradas lograrán percibir la recta cadena de la verdad presente. Verán sus conexiones armoniosas, eslabón tras eslabón, que conforman un grandioso panorama, y se aferrarán a ella. La verdad presente no es difícil de entender, y el pueblo que Dios guía está unido en esta amplia y firme plataforma. Dios no usará personas de fe, opinión y conceptos diferentes para esparcir y dividir. El cielo y los santos ángeles están trabajando para unir, para producir unidad de fe, en un solo cuerpo. Satanás se opone a esto, y está decidido a esparcir, a dividir y a introducir diferentes sentimientos, para que la oración de Cristo quede sin contestar: "Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste" (Juan 17:20-21). Jesús estableció que la fe de su pueblo debía ser una sola. Si uno comienza a predicar algo distinto, ¿cómo podrían ser una sola cosa los que creen mediante su palabra? Habrá diferencia de sentimientos.

Vi que si el pueblo de Dios en Wisconsin quería prosperar, debía adoptar una posición definida con respecto a estas cosas, y en esa forma cortar la influencia de los que están causando distracción y división al enseñar sentimientos que son contrarios al cuerpo. Los tales son estrellas errantes. Emiten un poco de luz; creen una pequeña parte de la verdad y en esa forma engañan a los inexperimentados (294) mentados. Satanás les da su espíritu, pero Dios no está con ellos; el Espíritu de Dios no mora en ellos. Jesús oró que sus discípulos fueran una sola cosa, como él y el Padre, "para que el mundo crea que tú me enviaste". La unidad del pueblo remanente que cree en Dios produce una poderosa convicción en el mundo de que tiene la verdad y de que es un pueblo diferente, elegido por Dios. Esta unidad desconcierta al enemigo, por lo que está decidido a eliminar su existencia. La verdad presente, creída en el corazón y puesta en práctica en la vida proporciona unidad al pueblo de Dios y le da una poderosa influencia.

Si los profesos observadores del sábado de Wisconsin hubiesen procurado fervientemente mantenerse unidos conforme a la oración de Cristo, para ser una sola cosa, así como Jesús es uno con el Padre, Satanás habría sido derrotado. Si todos hubieran procurado mantenerse unidos con el cuerpo, no habría surgido el fanatismo que ha producido una mancha tan profunda en la causa de la verdad presente en el norte de Wisconsin; ha sido el resultado de alejarse del cuerpo y procurar tener una fe original e independiente, sin tomar en cuenta la fe del cuerpo.

En la última visión que recibí en Battle Creek se me mostró que en la localidad de se había adoptado un proceder imprudente con respecto a las visiones, cuando se organizó la iglesia en ese lugar. Había algunos en — que eran hijos de Dios y sin embargo dudaban de la visiones. Otras personas no manifestaban oposición, pero no se atrevían a adoptar una posición definida con respecto a ellas.

Algunos eran escépticos y tenían causa suficiente para serlo. Las falsas visiones y manifestaciones fanáticas y los lastimosos frutos producidos, influyeron en la causa en Wisconsin e hicieron que la gente considerara con recelo todo lo que tuviera que ver con visiones. Todas estas cosas debieran haberse considerado y debió haberse manifestado sabiduría. No debiera mortificarse a los que nunca han visto a una persona que se encuentra en visión, y que no han tenido conocimiento personal de la influencia de las visiones. A tales personas no se las debiera privar de los beneficios y privilegios de la iglesia si su conducta cristiana en general es correcta, y si han formado un sólido carácter cristiano.
Se me mostró que algunos pueden aceptar las visiones publicadas, juzgando el árbol por sus frutos. En cambio otros manifiestan dudas, como Tomás; no pueden creer los Testimonios publicados, (295) ni recibir evidencia mediante testimonio de otras personas; sino que deben ver y comprobar por sí mismos. No hay que descartar a tales personas, sino que es necesario ejercer mucha paciencia y amor fraternal hasta que encuentren su lugar y adopten una posición en favor o en contra. Si luchan contra las visiones, de las que no tienen conocimiento; si llevan su oposición hasta el punto de oponerse contra lo que no conocen por experiencia, y se sienten ofendidos cuando los que creen que las visiones proceden de Dios hablan en las reuniones y se fortalecen con las instrucciones dadas en visión, la iglesia podrá saber que no están en lo correcto. El pueblo de Dios no debiera retraerse y ceder, abandonando su libertad para complacer a esas personas que no están satisfechas. Dios ha dado sus dones a la iglesia para que la iglesia se beneficie con ellos; y cuando los creyentes profesos en la verdad se oponen a esos dones, y luchan contra las visiones, las almas corren peligro. Ese es el momento cuando se debe encararlos para que los débiles no se descarríen debido a su influencia.
Ha sido muy difícil para los siervos de Dios trabajar en la localidad de -----, porque allí ha habido un grupo de personas que se creen muy justas y buenas, que hablan mucho y que son indisciplinadas, que han sido obstáculos para la obra de Dios. Si se las recibe en la iglesia la harán pedazos. No se sujetarán al cuerpo, y nunca estarán satisfechas a menos que manejen la iglesia ellas mismas.
El hermano G procuró actuar con mucha precaución. Sabía que el grupo que se oponía a las visiones estaba equivocado, que no eran creyentes genuinos en la verdad; de modo que para desembarazarse de esos obstáculos, propuso que no se recibiera en la iglesia a nadie que no creyera en el mensaje del tercer ángel y en las visiones. Esto dejó fuera de la iglesia a algunas almas sinceras que no se habían opuesto a las visiones. No se atrevieron a unirse a la iglesia por temor a aceptar lo que no comprendían ni creían plenamente. Y había algunos que estaban muy dispuestos a criticar a estas personas concienzudas y a presentarles los asuntos en la peor forma posible. Algunos se han sentido afligidos y ofendidos debido a las condiciones puestas para ser miembros, y desde la organización de la iglesia han aumentado notablemente sus sentimientos de insatisfacción. Han estado dirigidos por un fuerte prejuicio.
Se me mostró el caso de la hermana H. Se me presentó en conexión con una hermana profesa que sentía un fuerte prejuicio contra (296) mi esposo y contra mí, y se oponía a las visiones. Este espíritu la indujo a amar y a retener todo informe falso concerniente a nosotros y a las visiones, y ella comunicó todo eso a la hermana H. Ha manifestado un enconado espíritu de oposición contra mí, a pesar de no conocerme personalmente. Aunque ella no conoce mi trabajo, ha alimentado sentimientos malignos de prejuicio contra mí, y ha influido en la hermana H, y se han unido para hacer duras observaciones y para hablar descomedidamente. La persona que se me mostró en relación con la hermana H era una mujer resuelta, optimista y con un elevado concepto de sí misma. Ella ha pensado que sus puntos de vista son correctos y que otros deben confiar en su palabra, cuando en realidad lo único que ella hacía era oscurecer el consejo con su palabrerío y manifestar el espíritu del dragón para luchar contra los que desean permanecer unidos en los mandamientos de Dios y en el testimonio de Jesús.
Desde que la hermana H estuvo en ha despreciado las visiones y ha divulgado rumores, como si supiera que son verdaderos. Ha cedido a toda influencia posible calculada para perjudicarme. No sabía que las visiones procedían de Dios; no conocía personalmente al humilde instrumento portador de las visiones;

y sin embargo se ha unido con personas no consagradas en la localidad de — para ejercer una poderosa influencia contra mí. Se han fortalecido mutuamente recibiendo con avidez, y propagando, falsas historias que procedían de diversas fuentes, y en esta forma han alimentado su prejuicio. No puede existir unión entre su espíritu y el espíritu de los mensajes que el Señor considera apropiado enviar para el beneficio de su humilde pueblo. El espíritu que mora en sus corazones no puede armonizar con la luz dada por Dios.

Muchas pobres almas no saben lo que están haciendo. Unen su influencia con las fuerzas satánicas y las ayudan en su obra. Manifiestan gran celo y fervor en su ciega oposición, como si en realidad estuvieran haciendo un servicio a Dios al luchar contra las visiones. Todos los que deseen hacerlo pueden conocer personalmente los frutos de estas visiones. Durante diecisiete años Dios ha considerado conveniente dejarlas sobrevivir y fortalecerse contra la oposición de las fuerzas de Satanás, y la influencia de los instrumentos humanos que han ayudado a Satanás en su obra.

Se me mostraron otras mujeres en la localidad de — que luchaban contra la verdad. Se me mostró una que había aceptado (297) unos pocos puntos de la verdad, y luego no había continuado con el pueblo remanente de Dios. Tenía un elevado concepto de sí misma y pensaba entenderlo todo. Era sabia según su propia opinión, y se me mostró que constantemente miraba hacia atrás y se refería a una experiencia del pasado; debido a que había recibido cierto grado de luz, se había ensalzado y había pensado que tenía luz y conocimiento suficientes para instruir a todo el cuerpo. Tiene una fe debilitada y desconectada. Muchas de sus ideas acerca de la verdad son erróneas; sin embargo, es egoísta y justa ante sus propios ojos. Está muy dispuesta a instruir pero no quiere que se le enseñe. Ha despreciado la instrucción y ha desechado las enseñanzas que Dios ha enviado mediante sus siervos. Vi que ella hacía referencia a su justicia, su devoción y su vida de oración. Lo mismo que el fariseo, enumera sus buenas obras: "Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aún como este publicano, ayuno dos veces a la semana, doy diezmo de todo lo que gano" (Luc. 18:11-12). La oración del fariseo no fue tomada en cuenta; fue la oración del pobre publicano, quien únicamente pudo decir: "Dios, sé propicio a mí, pecador", la que suscitó la misericordia del Señor. Su oración fue aceptada, mientras la oración del fariseo engreído fue rechazada. "Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humille será enaltecido" (Luc. 18:14).

Apocalipsis 3:17-18: "Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio para que veas".

Esta persona, cuya cara reconocí cuando la vi, se me dijo que era la señora I. Vi que su vida no tenía la humildad que siempre debiera caracterizar a los seguidores de Cristo. Cuando los pobres mortales, por muy elevada que sea su profesión, se tornan justos a sus propios ojos, entonces Jesús los deja para que sean engañados con respecto a sí mismos. Se me mostró que esta mujer había ejercido influencia sobre otros, y algunos se habían unido con ella para ridiculizar las visiones. Deberán responder ante Dios de todo esto, porque toda palabra de desprecio pronunciada contra la luz que Dios ha considerado conveniente comunicar en la forma que él ha elegido queda registrada. (298)

También se me mostró otra mujer que no se encuentra en unidad con el pueblo que Dios está conduciendo. El espíritu de verdad no mora en su corazón, y ella ha estado ocupada haciendo la obra que mucho complace al enemigo de todo bien, para distraer y confundir las mentes. (Reconocí a esta mujer el último día de reunión, y ella se fue antes de haber terminado). Habla mucho y está dispuesta a escuchar novedades y repetirlas, y describe detalladamente lo que ella llama los errores de los demás; y a sus propias conjeturas malignas las llama discernimiento. Coloca la luz como tinieblas y las tinieblas como luz, y hace fingidamente largas oraciones. Le gusta que la aprueben y la consideren justa, y ha engañado a algunos. Desea enseñar a otros, y piensa que Dios le enseña a ella por encima de todos los demás, pero la verdad no tiene lugar en su corazón.

Me fueron mostradas algunas personas más que unían su influencia a la de los individuos ya mencionados, y juntos hacen todo lo posible por apartarse del cuerpo y causar confusión; y su influencia acarrea oprobio sobre la verdad de Dios. Jesús y los santos ángeles están constituyendo y uniendo al pueblo de Dios, para que sea unánime y sienta una misma cosa. Y mientras se los trae a la unidad de fe, para que estén completamente de acuerdo en su consideración de las verdades solemnes e importantes para este tiempo, Satanás trabaja para oponerse a sus progresos. Jesús obra mediante sus instrumentos para reunir y unir. Satanás obra mediante sus instrumentos para esparcir y dividir. "Porque he aquí yo mandaré y haré que la casa de Israel sea zarandeada entre todas las naciones, como se zarandea el grano en una criba, y no cae un granito en la tierra" (Amós 9:9).

Dios está ahora probando a su pueblo. Está desarrollando su carácter. Los ángeles están pesando el valor moral, y llevando un registro fiel de todos los actos de los hijos de los hombres. Entre los que profesan ser hijos de Dios hay corazones corrompidos; pero serán probados. El Dios que lee lo que hay en el corazón de cada uno, sacará a la luz cosas ocultas de las tinieblas donde con frecuencia menos se sospechan, para eliminar las piedras de tropiezo que han estorbado el progreso de la verdad, a fin de que Dios tenga un pueblo limpio y santo que declare sus estatutos y juicios.

El capitán de nuestra salvación conduce a su pueblo hacia adelante paso a paso, purificándolo y haciéndolo idóneo para la traslación, y dejando en la retaguardia a aquellos que estén dispuestos (299) a apartarse del cuerpo, que no quieran ser guiados, y se contenten con su propia justicia. "Así que, si la luz que en ti hay es tiniebla, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?" (Mat. 6:23). No podría seducir a la mente humana un engaño mayor que el que induce a los hombres a tener un espíritu de confianza propia, a creer que están en lo cierto y en la luz, cuando se están apartando del pueblo de Dios, y la luz que acarician es en verdad tinieblas.

El grupo de ----- que se ha estado alejando del cuerpo, ha manifestado un espíritu duro y enconado contra las personas a quienes Dios está usando como sus instrumentos para reunir a su pueblo y unirlo sobre la única plataforma verdadera. Su espíritu se opone a la obra de Dios, su influencia ha producido oprobio a la causa de Dios, y ha hecho que nuestra fe resulte desagradable para los incrédulos, lo cual ha alegrado a Satanás. Los que actúan en la iglesia y tratan de servir a Dios, durante un tiempo pueden sentirse molestos con los que estando en su medio no andan rectamente, y que se me han mostrado como personas farisaicas que se creen muy justas y buenas; pero si tienen paciencia y andan humildemente delante de Dios, si oran fervorosamente para recibir el poder de su Espíritu, progresarán, y los que no están firmes en la fe serán dejados atrás.

Se me presentó al hermano J, y vi que su proceder no agradaba a Dios. Era inestable. Ha estado confundido por la teoría de la "Época del Futuro", y como no existe ni la menor armonía entre esta teoría y el mensaje del tercer ángel, perdió su amor por la fe en el mensaje, y se sintió irritado porque se había dicho tanto acerca de él. El tercer ángel está proclamando un mensaje muy solemne a los habitantes del mundo; ¿será el pueblo de Dios indiferente a él, y no unirá su voz para hacer resonar esta solemne advertencia? El hermano J está engañando a otros. Su tema ha sido la consagración, cuando su corazón no estaba en lo recto. Su mente ha estado dividida. No ha tenido un ancla que lo sostenga, debido a lo cual ha ido a la deriva sin una fe que lo mantenga firme. Ha pasado buena parte de su tiempo refiriendo a otras personas informes e historias calculados para distraer y hacer vacilar las mentes. Ha tenido mucho que decir acerca de mi esposo y de mí misma, y contra las visiones. Ha adoptado la posición de "Infórmenos... y nosotros lo daremos a conocer". Dios no le ha encomendado esa misión. No ha sabido a quién ha estado sirviendo. Satanás lo ha utilizado para confundir (300) las mentes. La poca influencia que ha tenido la ha utilizado para introducir prejuicio contra el mensaje del tercer ángel. Mediante informes falsos ha presentado las visiones en una luz equivocada, y las almas débiles que no estaban establecidas en la verdad presente se han alimentado de esas cosas en lugar de recibir comida limpia y bien seleccionada. Ha estado engañado en lo que concierne a la santificación. A menos que ahora cambie su proceder, y se disponga a dejarse instruir, y aprecie la luz recibida, será

dejado afuera por Dios para que siga su propio camino y sus propios juicios imperfectos hasta que naufrague su fe, y debido a su proceder insensato se convierta en una señal de advertencia para los que deciden independizarse del cuerpo. Dios abrirá los ojos de las almas más honradas para que comprendan la obra impía de los que esparcen y dividen. El marcará a los que causan divisiones, para que todas las personas honradas puedan escapar de las trampas de Satanás.

El hermano J. recibió del pastor K una falsa teoría de la santificación, que es extraña al mensaje del tercer ángel. Dondequiera que se la recibe, destruye el amor por el mensaje. Me fue mostrado que el pastor K se hallaba en terreno peligroso. No está unido con el tercer ángel. Disfrutó una vez de la bendición de Dios, pero no así ahora, porque no apreció la luz de la verdad que resplandeció sobre su senda. Conservó una teoría metodista de la santificación y la recalca, dándole la mayor importancia. Considera de poca consecuencia las verdades sagradas aplicables a este tiempo. Siguió su propia luz, y quedó cada vez más sumido en tinieblas. Se alejó paulatinamente de la verdad, hasta un punto en que ésta tiene ya poca influencia sobre él. Satanás dominó su mente y ocasionó graves daños a la causa de la verdad en el norte de Wisconsin.

Esta teoría de la santificación que la hermana G recibió del pastor K, y que ella procuró seguir, es la que la ha arrastrado a este terrible fanatismo. El pastor K ha aturdido y confundido a muchos con esta teoría de la santificación. Todos los que la abrazan pierden en extenso grado su interés por el mensaje del tercer ángel y su amor hacia él. Esta opinión de la santificación es una teoría que parece muy hermosa. Blanquea las pobres almas que están en las tinieblas del error y del orgullo. Les da apariencia de buenos cristianos, dotados de santidad, cuando sus corazones están corrompidos. Es una teoría que proclama paz y seguridad, que no saca a la luz el mal, ni reprende los yerros. Cura superficialmente las heridas (301) de la hija del pueblo de Dios, proclamando paz, paz, cuando no hay paz. Hombres y mujeres de corazones corruptos se arropan con el manto de la santificación y son considerados como ejemplos del rebaño cuando son agentes de Satanás, que él usa para engañar a las almas sinceras y atraerlas a una senda desviada, de modo que no sientan la fuerza y la importancia de las verdades solemnes proclamadas por el tercer ángel.

El pastor K ha sido considerado como un ejemplo, mientras que perjudicaba a la causa de Dios. Su vida no ha sido sin culpa; sus caminos no han estado de acuerdo con la santa ley de Dios, ni con la vida inmaculada de Cristo. Su naturaleza corrompida no está subyugada; y sin embargo, se espacia mucho en la santificación, y con ello engaña a muchos. Me fueron mostradas sus labores pasadas. No hizo entrar a las almas en la verdad, ni las estableció en el mensaje del tercer ángel. Presenta una teoría de la santificación como asunto de la mayor importancia, mientras que da poca importancia al conducto por el cual se recibe la bendición de Dios. "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad" (Juan 17:17). No considera la verdad presente, que es el conducto, sino que la pisotea. Los hombres pueden clamar: "Santidad, santidad; santificación, santificación; consagración, consagración", y sin embargo, no tener más experiencia de lo que mencionan que el pecador con sus propensiones corruptas. Dios no tardará en arrancar este manto blanqueado de profesa santificación con que algunas personas de mente carnal se han revestido para ocultar la deformidad de su alma.

Se lleva un registro fiel de los actos de los hijos de los hombres. Nada puede quedar oculto a los ojos del Santo y Sublime. Algunos siguen una conducta que contraría directamente la ley de Dios, y luego, para cubrir esta conducta pecaminosa, profesan estar consagrados a Dios. Esta profesión de santidad no se manifiesta en su vida diaria. No tiende a elevar sus espíritus ni los induce a apartarse de "toda especie de mal" (1 Tes. 5:22, VM). Somos espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres. Se blasfema de nuestra fe como consecuencia de la conducta tortuosa de los de ánimo carnal. Estos profesan una parte de la verdad, con lo cual adquieren influencia, mientras que no se unen con aquellos que creen toda la verdad y están unidos con ella. ¿Cuál ha sido la influencia del pastor K? ¿Cuáles han sido los frutos de su labor? (302) ¿A cuántos ganó y estableció en la verdad presente? ¿A cuántos ha traído a la unidad de la fe? El no ha recogido con Cristo. Ha utilizado su influencia para esparcir. Su

predicación carece de algo y sus conversos carecen de lo que podría ser su roca y defensa en el día de la ira de Dios. Sus predicaciones carecen de sal y de sabor. No trae almas completamente convertidas a la verdad, separadas del mundo y unidas con el pueblo peculiar de Dios. Sus conversos carecen de un ancla que los sostenga; por lo que derivan de un lado para otro, hasta que muchos de ellos se confunden y se pierden en el mundo.

El hermano K no sabe a qué espíritu pertenece. Está uniendo su influencia con la hueste del dragón que se opone a los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús. Tienen una dura lucha ante él. En lo que concierne al sábado, él ocupa la misma posición que los bautistas del séptimo día. Si se separa el sábado de los mensajes, perderá su poder; pero cuando se lo relaciona con el mensaje del tercer ángel, adquiere un poder que convence a los incrédulos y los infieles, y les proporciona fuerza para mantenerse, vivir, crecer y prosperar en el Señor. Ya es tiempo que el pueblo de Dios que está en Wisconsin encuentre su lugar. "¿Quién está por Jehová?" debiera ser la pregunta hecha en todas partes por los fieles experimentados. Dios requiere que salgan y se alejen de las diversas influencias que los separan unos de otros y de la gran plataforma de la verdad sobre la cual Dios está reuniendo a su pueblo.

Me fue mostrado el caso del señor L. El habla mucho acerca de la santificación, pero se engaña a sí mismo, y otros se engañan respecto a él. Su santificación tal vez le dure mientras está en la reunión; pero no puede soportar la prueba. La santidad bíblica purifica la vida; pero el corazón de L no ha sido purificado. Hay mal en su corazón y en su vida, y los enemigos de nuestra fe han tenido ocasión de arrojar oprobio sobre los observadores del sábado. Juzgan el árbol por sus frutos.

"Antes bien renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino por la manifestación de la verdad recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios" (2 Cor. 4:2).

Muchos obran directamente contra el pasaje citado. Andan con astucia, y manejan engañosamente la Palabra de Dios. No ejemplifican (303) la verdad en su vida. Sienten preocupación especial por la santificación, pero desechan la Palabra de Dios. Oran, cantan y gritan acerca de la santificación. Hombres de corazón corrupto asumen aire de inocencia y profesan ser consagrados; pero esto no evidencia que lo sean. Sus acciones testifican acerca de ellos. Sus conciencias están cauterizadas; pero llegará el día del juicio de Dios y la obra de cada uno será manifiesta, según lo que haya sido. Cada uno recibirá de acuerdo con sus acciones.

Dijo el ángel, mientras señalaba a L: "¿Qué tienes tú que hablar de mis leyes, y que tomar mi pacto en tu boca? Pues tú aborreces la corrección, y echas a tu espalda mis palabras. Si veías al ladrón, tú corrías con él, y con los adúlteros era tu parte. Tu boca metías en mal, y tu lengua componía engaño" (Salmo 50:16-19). Dios dispersará y sacudirá estas influencias divisorias, y librará a su pueblo, si los que profesan toda verdad acuden en auxilio del Señor.

No hay santificación bíblica para los que desechan una parte de la verdad. La Palabra de Dios es bastante luz para que nadie necesite errar. La verdad es tan sublime que admira a los intelectos más elevados, y sin embargo, tan sencilla que puede comprenderla y ser instruido por ella el más humilde y débil hijo de Dios. Los que no vean la belleza de la verdad, ni le den importancia al mensaje del tercer ángel, quedarán sin excusa; porque la verdad es clara.

"Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios" (2 Cor. 4:3-4).

"Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad". "Y por ellos yo me santifico a mí mismo para que también ellos sean santificados en la verdad" (Juan 17:17, 19).

"Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro" (1 Pedro 1:22).

"Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y

de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios" (2 Cor. 7:1).
"Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi (304) ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor; porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad. Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo" (Fil. 2:12-15).
"Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado" (Juan 15:3).
"Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga, ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha" (Efe. 5:25-27).
Tal es la santificación bíblica. No es simplemente ostentación u obra exterior. Es la santificación recibida por el conducto de la verdad. Es la verdad recibida en el corazón y puesta en práctica en la vida.
Jesús considerado como hombre era perfecto, y sin embargo, crecía en gracia. "Y Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en edad, y en gracia para con Dios y los hombres" (Luc. 2:52). Aun el cristiano más perfecto puede crecer continuamente en el conocimiento y en el amor de Dios.
"Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprensibles, en paz". "Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén" (2 Pedro 3:14, 18).
La santificación no es obra de un momento, una hora o un día. Es un crecimiento continuo en la gracia. No sabemos un día cuán intenso será nuestro conflicto al día siguiente. Satanás vive, es activo y cada día necesitamos clamar fervorosamente a Dios por ayuda y fortaleza para resistirle. Mientras reine Satanás tendremos que subyugar el yo, tendremos asedios que vencer, y no habrá punto en que detenerse, donde podamos decir que hemos alcanzado la plena victoria.
"No que lo haya alcanzado ya, ni que sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús" (Fil. 3:12). (305)
La vida cristiana es una marcha constante hacia adelante. Jesús está sentado para refinar y purificar a sus hijos; y cuando su imagen se refleja perfectamente en ellos, son perfectos y santos, preparados para la traslación. Se requiere del cristiano una obra grande. Se nos exhorta a purificamos de toda inmundicia de la carne y del espíritu, y a perfeccionar la santidad en el temor de Dios. En esto vemos en qué estriba la gran labor. Hay trabajo constante para el cristiano. Todo sarmiento de la cepa debe obtener de ella vida y fuerza a fin de dar fruto.

EL PODER DE SATANÁS.-
El hombre caído es el cautivo legítimo de Satanás. La misión de Cristo consistió en rescatarlo del poder de su gran adversario. El hombre se inclina por naturaleza a seguir las sugestiones de Satanás, y no puede resistir con éxito a un enemigo tan terrible, a menos que Cristo, el poderoso Conquistador, more en él, guíe sus deseos y le fortalezca. Únicamente Dios puede limitar el poder de Satanás. Este va de aquí para allá por la tierra, recorriéndola de un lado al otro. Ni por un solo instante está desprevenido, por temor a perder una oportunidad de destruir las almas. Es importante que los hijos de Dios entiendan esto a fin de poder evitar sus trampas.
Satanás está preparando sus engaños, para que en su última campaña contra el pueblo de Dios, éste no entienda que se trata de él. "Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se transfigura en ángel de luz" (2 Cor. 11:14). Mientras que algunas almas engañadas sostienen que él no existe, las está llevando cautivas y trabaja extensamente por su medio. Satanás conoce mejor que los hijos de Dios el poder que

ellos pueden tener sobre él cuando su fuerza está en Cristo. Cuando el más débil creyente en la verdad solicita humildemente ayuda al poderoso Conquistador, confiando firmemente en Cristo, puede repeler con éxito a Satanás y toda su hueste. El diablo es demasiado astuto para presentar abierta y audazmente sus tentaciones, porque entonces se despertarían las soñolientas energías del cristiano, y éste confiaría en el poderoso Libertador. Pero se presenta inadvertido, y obra por engaño mediante los hijos de desobediencia que profesan la piedad.

Satanás recurrirá a todo su poder para acosar, tentar y desviar al pueblo de Dios. El que se atrevió a enfrentarse con nuestro Señor (306) para tentarlo y desafiarlo, y que tuvo poder para tomarlo en sus brazos y llevarlo al pináculo del templo, y hasta la cumbre de una altísima montaña, ejercerá su poder hasta un grado asombroso sobre la presente generación, que dista mucho de tener la sabiduría de su Señor, y que ignora casi completamente la sutileza y fuerza de Satanás. De manera maravillosa afectará el cuerpo de los que están por naturaleza inclinados a hacer su voluntad. Satanás se regocija cuando se lo considera como un mito. Cuando es objeto de burlas y representado por alguna ilustración infantil, o como algún animal, ello le conviene perfectamente. Como se le cree tan inferior, las mentes humanas están completamente desprevenidas ante sus planes sabiamente trazados, y él tiene casi siempre éxito. Si su poder y sutileza fuesen comprendidos, muchos estarían preparados para resistirle victoriosamente.

Todos debieran entender que Satanás fue una vez un ángel muy exaltado. Su rebelión hizo que fuera echado del cielo, pero no destruyó sus facultades ni hizo de él una bestia. Desde su caída dirigió su poderosa fuerza contra el gobierno del cielo. Se ha estado volviendo más astuto, y ha aprendido de qué manera puede triunfar más completamente al presentar sus tentaciones a los hijos de los hombres.

Satanás ha inventado fábulas a fin de engañar. Principió en el cielo a guerrear contra el fundamento del gobierno de Dios, y desde su caída ha persistido en su rebelión contra la ley de Dios, y ha inducido a la mayoría de los que profesan el cristianismo a hollar el cuarto mandamiento, que presenta al Dios viviente. Arrancó el sábado original del Decálogo, y puso en su lugar uno de los días de trabajo de la semana.

La gran mentira original que le dijo a Eva en el Edén: "De seguro que no moriréis" (Gén. 3:4, V.M.), fue el primer sermón que se predicó sobre la inmortalidad del alma. Fue coronado de éxito, y le siguieron resultados desastrosos. Satanás ha logrado que muchas mentes acepten ese sermón como si fuera verdad, y los predicadores lo proclaman, lo cantan y lo mencionan en sus oraciones.

Se están popularizando rápidamente las fábulas de que el diablo no existe y de que habrá un tiempo de prueba después de la venida de Cristo. Las Escrituras aseveran claramente que el destino de toda persona quedará fijado para siempre al momento de la venida (307) del Señor. "El que es injusto, sea injusto todavía: y el que es sucio, ensúciese todavía: y el que es justo sea todavía justificado: y el santo sea santificado todavía. Y he aquí, yo vengo presto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según fuere su obra" (Apoc. 22:11-12).

Satanás se ha aprovechado de las fábulas populares para ocultarse. Se presenta a los pobres y engañados mortales mediante el espiritismo moderno, el cual no impone limitaciones a los de ánimo carnal, y cuando se sigue, separa las familias, crea celos y odio, y concede libertad a las más degradantes propensiones. El mundo sabe muy poco todavía de la influencia corruptora del espiritismo. Se levantó el telón, y se me reveló gran parte de su obra devastadora. Vi a algunas personas que habían tenido experiencia en el espiritismo, y renunciado después a él, que se estremecen al considerar cuán cerca se hallaron de la ruina completa. Habían perdido el dominio-propio, y Satanás las obligaba a hacer lo que detestaban. Pero aun dichas personas tienen tan sólo una débil idea de lo que es el espiritismo. Los ministros inspirados por Satanás pueden vestir con elocuencia ese monstruo abominable, ocultar su deformidad y hacerlo aparecer hermoso ante muchos. Pero proviene tan directamente de su majestad satánica, que él sostiene tener el derecho de dominar a cuantos tengan algo que ver con él, porque se han aventurado sobre terreno prohibido y han perdido todo derecho a ser protegidos por su Hacedor.

Algunas pobres almas, fascinadas por las palabras elocuentes de los maestros del espiritismo, se entregan a su influencia; más tarde descubren su carácter mortífero y quisieran renunciar a él y huir, pero no pueden. Satanás las retiene por su poder, y no quiere dejarlas en libertad. El sabe que le pertenecen seguramente mientras se hallan bajo su dominio especial, pero que una vez libres de su poder, nunca las podría inducir a creer ya en el espiritismo, ni a colocarse tan directamente bajo su dominio. La única manera en que estas pobres almas pueden vencer a Satanás, consiste en discernir entre la pura verdad de la Biblia y las fábulas. Al reconocer las exigencias de la verdad, se sitúan donde pueden ser ayudadas. Debieran rogar a aquellos que han tenido experiencia religiosa, y tienen fe en las promesas de Dios, que intercedan en su favor ante el poderoso Libertador. Ello representará un conflicto reñido. Satanás reforzará su contingente de ángeles malos que han dominado a (308) esas personas; pero si los santos de Dios, con profunda humildad, oran y ayunan, sus oraciones prevalecerán. Jesús comisionará a ángeles santos para resistir a Satanás, y éste será ahuyentado y su poder sobre los afligidos, quebrantado. "Y les dijo: Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno" (Mar. 9:29).

Los predicadores populares no pueden resistir con éxito al espiritismo. No tienen nada con que proteger a sus rebaños de su influencia nefasta. Gran parte de los tristes resultados del espiritismo recaerá sobre los ministros de esta época, porque han pisoteado la verdad, y preferido las fábulas. El sermón que Satanás predicó a Eva con referencia a la inmortalidad del alma: "No moriréis", lo han reiterado desde el púlpito, y la gente lo recibe como pura verdad bíblica. Tal es el fundamento del espiritismo. En ninguna parte enseña la Palabra de Dios que el hombre es inmortal. La inmortalidad es atributo exclusivo de Dios, "el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver: al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén" (1 Tim. 6:16).

La Palabra de Dios, debidamente comprendida y aplicada, es una salvaguardia contra el espiritismo. La teoría de un infierno que arde eternamente, predicada desde el púlpito y presentada constantemente a la gente, representa una injusticia para el carácter benevolente de Dios. Lo presenta como el mayor tirano del universo. Este difundido dogma ha hecho volver a millares hacia el universalismo, la incredulidad y el ateísmo. La Palabra de Dios es clara. Es una recta cadena de verdad, y resultará un ancla para aquellos que estén dispuestos a recibirla, aun cuando hayan de sacrificar sus apreciadas fábulas. Ella los salvará de los terribles engaños de estos tiempos peligrosos. Satanás ha inducido a los predicadores de las diferentes iglesias a aferrarse tenazmente a sus errores populares, como indujo a los judíos a aferrarse en su ceguera a sus sacrificios y a crucificar a Cristo. El rechazo de la luz y la verdad deja a los hombres cautivos, sujetos a los engaños de Satanás. Cuanto mayor sea la luz que rechazan, tanto mayor será el poder del engaño y de las tinieblas que los sobrecogerán.

Me fue mostrado que el verdadero pueblo de Dios es la sal de la tierra y la luz del mundo. Dios requiere de él que progrese continuamente en el conocimiento de la verdad, y en el camino de la santidad. Entonces comprenderá cómo llega Satanás y con la fuerza (309) de Jesús, le resistirá. Satanás llamará en su ayuda legiones de sus ángeles para oponerse a los progresos hasta de un alma, y si posible fuese, la arrebataría de las manos de Cristo.

Vi a los malos ángeles contender por las almas, y a los ángeles de Dios resistirles. El conflicto era intenso. Los malos ángeles estaban corrompiendo la atmósfera con su influencia venenosa, y se cernían en tropel alrededor de aquellas almas para embotar su sensibilidad. Los ángeles santos estaban mirando con ansiedad, y esperando para rechazar las huestes de Satanás. Pero no es obra de los ángeles buenos dominar las mentes de los hombres contra su voluntad. Si ellos se entregan al enemigo y no hacen esfuerzo para resistirle, entonces los ángeles de Dios no pueden hacer mucho más que mantener en jaque a la hueste de Satanás, para que no destruya a los que están en peligro, hasta que se les haya dado mayor luz con el fin de despertarlos y hacerlos mirar al Cielo en procura de ayuda. Jesús no comisionará a los ángeles santos para que libren a los que no se esfuerzan por ayudarse a sí mismos.

Si Satanás ve que corre peligro de perder un alma, hace cuanto puede para conservarla. Y cuando la

persona llega a darse cuenta del peligro que corre, y con angustia y fervor busca fortaleza en Jesús, Satanás teme perder un cautivo, y llama un refuerzo de sus ángeles para rodear a la pobre alma y formar una muralla de tinieblas en derredor de ella con el propósito de que la luz del cielo no la alcance. Pero si el que está en peligro persevera, y en su impotencia se aferra a los méritos de la sangre de Cristo, nuestro Salvador escucha la ferviente oración de fe, y envía refuerzos de ángeles poderosos en fortaleza para que lo libren.

Satanás no puede soportar que se recurra a su poderoso rival, porque teme y tiembla ante su fuerza y majestad. Al sonido de la oración ferviente, toda la hueste de Satanás tiembla. El continúa llamando legiones de malos ángeles, para lograr su objeto. Cuando los ángeles todopoderosos, revestidos de la armadura del cielo, acuden en auxilio del alma perseguida y desfalleciente, Satanás y su hueste retroceden, sabiendo perfectamente que han perdido la batalla. Los súbditos voluntarios de Satanás son fieles, activos y unidos en un propósito, y aunque se aborrecen y se hacen guerra mutuamente, aprovechan toda oportunidad para fomentar su interés común. Pero el gran General del cielo y de la tierra ha limitado el poder de Satanás. (310)

Lo que he experimentado ha sido singular, y durante años he sufrido pruebas mentales peculiares. La condición del pueblo de Dios y mi relación con la obra de Dios, me han abrumado a menudo con un peso de tristeza y desaliento indecible. Durante años he considerado el sepulcro como un dulce lugar de reposo. En mi última visión, pregunté a mi ángel acompañante por qué se me dejaba sufrir tal perplejidad mental, y por qué era tan a menudo arrojada al campo de batalla de Satanás. Rogué que si-había de estar tan íntimamente relacionada con la causa de la verdad, fuese librada de estas pruebas severas. Hay poder y fuerza en los ángeles de Dios, y yo rogué que ellos me escudasen.

Entonces se me presentó nuestra vida pasada, y se me mostró que de diversas maneras Satanás había tratado de destruir nuestra utilidad; que muchas veces había hecho sus planes para apartarnos de la obra de Dios; se había presentado de diferentes maneras y por medio de diversos expedientes, para lograr sus propósitos; pero el ministerio de los santos ángeles le había derrotado. Vi que, en nuestros viajes de lugar en lugar, con frecuencia había colocado a sus malos ángeles en nuestra senda para causar un accidente que nos ocasionase la muerte; pero los santos ángeles fueron enviados al lugar para librarnos. Diversos accidentes nos pusieron a mi esposo y a mí misma en grave peligro, y nuestra salvación ha sido maravillosa. Vi que habíamos sido objeto especial de los ataques de Satanás, por causa de nuestro interésenla obra de Dios y nuestra relación con ella; y al ver el gran cuidado que Dios ejerce en todo momento en favor de quienes le aman y le temen cobré confianza en Dios, y me sentí reprendida por mi falta de fe.

LAS DOS CORONAS.-

En una visión que tuve en Battle Creek (Michigan), el 25 de Octubre de 1861, se me mostró esta tierra oscura y melancólica. Dijo el ángel: "¡Mira cuidadosamente!" Se me mostró entonces a los pobladores de la tierra. Los ángeles de Dios rodeaban a algunos; otros estaban en tinieblas completas, rodeados por ángeles malos. Vi bajar del cielo un brazo que sostenía un cetro de oro, en cuyo extremo había una corona cuajada de diamantes, cada uno de los cuales despedía una viva y hermosa luz. En la corona se leía: "Todos los que me ganen serán felices y tendrán vida eterna". (311)

Debajo de esa corona había otro cetro, y sobre él otra corona, en cuyo centro había joyas, oro y plata, que reflejaban algo de luz. La inscripción de esta corona era: "Tesoros terrenos. La riqueza es poder. Todos los que me ganen tendrán honor y fama". Vi una gran multitud que porfiaba por obtener esta corona. Todos clamaban por ella, y algunos, con tal ahínco, que parecían enloquecidos. Se herían unos a otros, empujaban para atrás a los más débiles y pisoteaban a quienes caían en su apresuramiento. Algunos se apoderaban ansiosamente de los tesoros de la corona y los retenían con vigoroso empeño. Otros tenían los cabellos blancos como plata y los rostros surcados de arrugas causadas por la inquietud y la ansiedad. No hacían caso ni de sus propios parientes, carne de su carne y hueso de sus huesos; y

cuando alguno de ellos los miraba anhelosamente, se asían con más firmeza a sus tesoros como si temieran que en un momento de descuido fuesen a perder parte de ellos, o se les obligara a compartirlos con los reclamantes. Sus ansiosos ojos se clavaban en la corona terrenal, y contaban y recontaban sus tesoros.

Aparecieron entre la multitud figuras que personificaban la penuria y la miseria; miraban anhelosamente los tesoros y se apartaban desesperadas porque el fuerte se sobreponía y rechazaba al débil. Sin embargo, no cejaban en su empeño y con una multitud de contrahechos, enfermizos y viejos, trataban de abrirse paso hacia la corona terrenal. Algunos morían mientras intentaban alcanzarla. Otros sucumbían en el momento de asirla, y otros, después de tenerla un instante en las manos. El suelo estaba sembrado de cadáveres, y no obstante, la multitud se apretujaba y avanzaba pisoteando los cadáveres de sus compañeros. Todos los que alcanzaban la corona poseían parte de ella y eran aplaudidos calurosamente por la interesada compañía que anhelante rodeaba la corona.

Una numerosa hueste de ángeles malos estaba muy atareada. Satanás permanecía en medio de ellos, y todos miraban con extremada satisfacción a la multitud que luchaba por la corona.

Satanás parecía lanzar un peculiar ensalmo sobre quienes más afanosamente la apetecían. Muchos de los que buscaban esa corona terrenal eran cristianos de nombre y algunos parecían tener un poco de luz; pero, si bien miraban deseosos la corona celestial y a veces parecían encantados de su hermosura, no tenían verdadero concepto de su valía y belleza. Mientras con una lánguida mano trataban de alcanzar la celestial, con la otra se esforzaban con afán (312) en lograr la terrena, resueltos a poseerla, y perdían de vista la celestial. Quedaban en tinieblas; sin embargo iban a tientas, ansiosos de asegurarse la corona terrena.

Otros se disgustaban de seguir con quienes tan afanosamente buscaban esa corona, y recelando de los peligros que implicaba, se apartaban de ella para ir en busca de la celestial. El aspecto de éstos se transmutaba muy pronto de tinieblas a luz y de melancolía a placidez y santo júbilo.

Después vi una hueste que, con la vista decididamente fija en la corona del cielo, se abría paso a través de la multitud. Y mientras avanzaba presurosa por entre la desordenada muchedumbre, los ángeles la asistían y le daban espacio para avanzar. Al acercarse a la corona celeste, la luz que ésta despedía brilló sobre los miembros de dicha compañía y alrededor de ellos disipó las tinieblas, y aumentó su fulgor hasta transformarlos a semejanza de los ángeles. No echaron ni una sola mirada para atrás, sobre la corona terrenal. Los que iban en busca de ésta se mofaban de ellos y les arrojaban pelotillas negras que por cierto no les producían daño alguno mientras sus ojos estaban fijos en la corona celestial; pero quienes prestaban atención a las pelotillas negras quedaban manchados por ellas. Entonces se me presentó a la vista el siguiente pasaje de la Escritura:

"No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; mas haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan; porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón. La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que hay en ti es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas? Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas" (Mat. 6:19-24).

Después, todo lo que yo había visto se me explicó como sigue: La multitud que tan afanosamente porfiaba por la corona terrenal estaba compuesta por los que aman los tesoros de este mundo y se dejan engañar y lisonjear por sus efímeras atracciones. Vi algunos que, a pesar de llamarse discípulos de Jesús, son tan ambiciosos de tesoros terrenales que pierden el amor por los del cielo, obran según el mundo y Dios los tiene por mundanos. Dicen que buscan una (313) corona inmortal, un tesoro en los cielos; pero su interés y su preocupación mayor está en adquirir tesoros terrenales. Quienes tienen sus tesoros en este mundo y aman sus riquezas, no pueden amar a Jesús. Podrán pensar que son justos, y aunque se aferran como avaros a sus posesiones, no se les puede convencer de ello; no son capaces de

reconocer que aman más el dinero que la causa de la verdad o los tesoros celestiales.
"Así que, si la lumbre que en ti hay son tinieblas, ¿cuántas serán las mismas tinieblas?" (Mat. 6:23). En la experiencia de los tales llega un punto en que, por no apreciar la luz que se les dio, ésta se convierte en tinieblas. El ángel dijo: "No podéis amar y adorar los tesoros de la tierra y al propio tiempo poseer verdaderas riquezas". Cuando vino a Jesús el joven que le dijo: "Maestro bueno, ¿qué haré para poseer la vida eterna?" (Mat. 19:16), Jesús le dio a elegir entre dos cosas: o se separaba de sus posesiones y obtenía la vida eterna, o guardaba aquéllas y perdía ésta. El apreció sus riquezas más que el tesoro celestial. La condición de separarse de sus tesoros y darlos a los pobres, a fin de hacerse seguidor de Cristo y tener la vida eterna, ahogó su buen deseo, y se fue triste.
Aquellos que vi afanarse por la corona terrenal eran los que recurren a toda clase de medios para adquirir posesiones. En este punto llegan hasta la locura. Todos sus pensamientos y energías se enfocan en el logro de riquezas terrenas. Pisotean el derecho ajeno, oprimen al pobre y al jornalero en su salario. Si pueden, se valen de los que son más pobres y menos astutos que ellos, para acrecentar sus riquezas, sin vacilar un momento en oprimirlos aunque los arrastren a la mendicidad.
Los de cabellos canos y semblante arrugado por la inquietud, eran los ancianos que, a pesar de quedarles pocos años de vida, se afanaban en asegurar sus tesoros terrenales. Cuanto más cerca estaban del sepulcro, tanto mayor era su afán de aferrarse a ellos. Sus propios parientes no recibían beneficio alguno. Para ahorrar algo de dinero, dejaban a los miembros de sus familias que trabajasen más allá de sus fuerzas. Y no empleaban ese dinero para el bien ajeno ni para el propio. Les bastaba saber que lo poseían. Cuando se les presenta a estas personas su deber de aliviar las necesidades de los pobres y sostener la causa de Dios, se entristecen. Aceptarían gustosos el don de la vida eterna, pero no quieren que les cueste algo. Las condiciones son demasiado duras. Pero Abrahán (314) no retuvo a su hijo unigénito. En obediencia a Dios hubiera podido sacrificar a este hijo de la promesa más fácilmente de lo que muchos sacrificarían algunos de sus bienes terrenales.
Era penoso ver a quienes hubieran podido madurar gloriosamente y prepararse día tras día para la inmortalidad, emplear todas sus fuerzas en retener sus tesoros terrenales. Vi que no eran capaces de estimar el tesoro celestial. Su intenso afecto a lo terreno, les impelía a demostraren sus actos que no estimaban bastante la herencia celestial como para sacrificarse por ella. El "joven" manifestaba disposición a guardar los mandamientos, y sin embargo, nuestro Señor le dijo que una cosa le faltaba. Deseaba la vida eterna, pero amaba más sus bienes. Muchos se engañan a sí mismos. No han buscado la verdad como a tesoro escondido. No sacan el mejor partido posible de sus facultades. Su mente, que podría ser iluminada por la luz celestial, está perturbada y perpleja. "Los cuidados de este siglo, y el engaño de las riquezas, y las codicias que hay en las otras cosas, entrando ahogan la palabra, y se hace infructuosa" (Mar. 4:19). "Los tales —dijo el ángel— están sin excusa". Vi que la luz se apartaba de ellos. No deseaban comprender las solemnes e importantes verdades para este tiempo, y pensaban que estaban bien sin comprenderlas. Su luz se apagó y quedaron andando a tientas en las tinieblas.
La multitud de contrahechos y enfermizos que porfiaban por la corona terrenal eran aquellos que tienen sus intereses y tesoros en este mundo. Aunque por todas partes los hiera el desengaño, no pondrán sus afectos en el cielo para asegurarse allí una morada y un tesoro. Por más que fracasan en lo terrenal, prosiguen apegados a ello y pierden lo celestial. No obstante los desengaños y la desdichada vida y muerte de quienes pusieron todo su empeño en el logro de riquezas materiales, otros siguen el mismo camino. Se precipitan locamente, sin reparar en el miserable fin de aquellos cuyo ejemplo siguen.
Los que alcanzaban la corona y lograban una participación en ella y eran aplaudidos, son los que obtienen el único anhelo de su vida: las riquezas materiales. Reciben la honra que el mundo tributa a los ricos. Tienen influencia en el mundo. Satanás y sus malignos ángeles quedan satisfechos, porque saben que los tales son seguramente suyos, y que, mientras vivan en rebelión contra Dios, serán poderosos agentes de Satanás. (315)
Los que acaban por disgustarse con quienes se afanan por la corona terrenal, son los que han reparado

en la vida y muerte de quienes luchan por las riquezas terrenas, pues ven que éstos nunca están satisfechos sino que son desgraciados. Por esto se ponen en guardia y, apartándose de los egoístas, buscan las riquezas verdaderas y perdurables.
Se me mostró que quienes, asistidos por los santos ángeles, se abren paso a través de la multitud hacia la corona celeste, son los fieles hijos de Dios. Los ángeles los guían y les infunden celo para avanzar en busca del tesoro celestial.
Las pelotillas negras que se arrojaban contra los santos eran las maledicencias y falsedades difundidas contra el pueblo de Dios por quienes mienten y gustan de la mentira. Hemos de tener mucho cuidado de observar irreprensible conducta y abstenernos de toda apariencia de mal, a fin de marchar airosamente hacia adelante sin hacer caso de los falsos vituperios de los malvados. Cuando la vista de los justos se fija en los inestimables tesoros del cielo, se acrecienta más y más su semejanza con Cristo, con lo que quedarán así transformados y dispuestos para la traslación al cielo.

EL FUTURO.-
En ocasión de la transfiguración, Jesús fue glorificado por su Padre. Le oímos decir: "Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él" (Juan 13:31). Así, antes de su entrega y crucifixión, fue fortalecido para sus últimos terribles sufrimientos. Al acercarse los miembros del cuerpo de Cristo al período de su último conflicto, al "tiempo de angustia de Jacob", crecerán en Cristo y participarán en amplia medida de su Espíritu. Al crecer el tercer mensaje hasta ser un fuerte pregón, cuando acompañe a la obra final gran poder y gloria, los hijos de Dios participarán de aquella gloria. La lluvia tardía será lo que los fortalecerá y reavivará para atravesar el tiempo de angustia. Sus rostros resplandecerán con la gloria de aquella luz que acompaña al tercer ángel.
Vi que Dios preservará de manera maravillosa a su pueblo durante el tiempo de angustia. Así como Jesús oró con toda la agonía de su alma en el huerto, ellos clamarán con fervor y agonía día y noche para obtener liberación. Se proclamará el decreto de que deben despreciar el sábado del cuarto mandamiento, y honrar el primer (316) día, o perder la vida. Pero ellos no cederán, ni pisotearán el sábado del Señor para honrar una institución del papado. Los rodearán las huestes de Satanás y los hombres perversos, para alegrarse de su suerte, porque no parecerá haber para ellos medio de escapar. Pero en medio de las orgías y el triunfo de aquéllos, se oirá el estruendo ensordecedor del trueno más formidable. Los cielos se habrán ennegrecido, y estarán iluminados únicamente por la deslumbrante y terrible gloria del cielo, cuando Dios deje oír su voz desde su santa morada.
Los cimientos de la tierra temblarán; los edificios vacilarán y caerán con espantoso fragor. El mar hervirá como una olla, y toda la tierra será terriblemente conmovida. El cautiverio de los justos se cambiará, y con suave y solemne susurro se dirán unos a otros: "Somos librados; es la voz de Dios". Con solemne asombro escucharán las palabras de la voz. Los malos oirán, pero no entenderán las palabras de la voz de Dios. Temerán y temblarán, mientras que los santos se regocijarán. Satanás y sus ángeles, y los hombres perversos, que habían estado regocijándose porque el pueblo de Dios estaba en su poder y podían raerlo de la faz de la tierra, presenciarán la gloria conferida a aquellos que honraron la santa ley de Dios. Verán cómo el rostro de los justos estará iluminado y reflejará la imagen de Jesús. Los que estaban tan deseosos de destruir a los santos, no podrán soportar la gloria que descansará sobre los que habrán sido libertados, y caerán como muertos al suelo. Satanás y los malos ángeles huirán de la presencia de los santos glorificados. Habrán perdido para siempre el poder de molestarlos.

TESTIMONIO NUEVE: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA.-
LA REBELION[19].-
El terrible estado en que se encuentra nuestra nación exige profunda humildad de parte del pueblo de

[19] Véase el Apéndice.

Dios. La pregunta supremamente importante que debiera preocupar a todos es: "¿Estoy preparado para el día de Dios? ¿Podré soportar la prueba que me espera?"
Vi que Dios está purificando y probando a su pueblo. Lo refinará como se hace con el oro, hasta que la escoria quede consumida y su imagen pueda reflejarse en ellos. No todos manifiestan un espíritu de abnegación ni la disposición a soportar dificultades y a sufrir por amor a la verdad, que es lo que Dios requiere. Sus voluntades no han sido subyugadas; no se han consagrado plenamente a Dios y no han buscado otros placeres, sino el placer supremo de hacer su voluntad. Los ministros y el pueblo carecen de espiritualidad y de verdadera piedad. Será sacudido todo lo que pueda serlo. El pueblo de Dios pasará por grandes pruebas, y todos deben afianzarse, arraigarse y consolidarse en la verdad, porque si no lo hacen, ciertamente resbalarán. Si Dios reconforta y alimenta el alma con su presencia inspiradora, podrán resistir aunque el camino sea tenebroso y esté cubierto de espinas. Las tinieblas pronto se disiparán y la luz auténtica brillará para siempre. Se me llamó la atención a Isaías 58; 59:1-15 y Jeremías 14:10-12, como una descripción de la condición actual de nuestra nación. Los habitantes de este país se han olvidado de Dios, han elegido otros dioses y seguido sus propios caminos corrompidos hasta que Dios se ha apartado de ellos. Los moradores de la tierra han pisoteado la ley de Dios y quebrantado su pacto eterno.
Se me hizo ver el revuelo causado entre nuestro pueblo por el artículo titulado «La Nación», publicado en la revista Review and Herald. Algunos lo entendieron en una forma distinta. Las sencillas declaraciones fueron tergiversadas para hacerles decir lo que no había sido la intención del autor. Él había presentado la luz mejor (318) que tenía en ese momento. Era necesario decir algo. La atención de muchos se había vuelto hacia los observadores del sábado, porque éstos no manifestaban gran interés en la guerra y no se habían ofrecido como soldados voluntarios. En algunos lugares se consideraba que simpatizaban con los rebeldes del Sur. Había llegado el momento de dar a conocer nuestros verdaderos sentimientos con respecto a la esclavitud y la rebelión de los Estados sureños. Era necesario actuar con sabiduría para desvanecer las sospechas suscitadas contra los observadores del sábado. Había que obrar con mucha precaución. «Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres» (Rom. 12:18). Podemos obedecer esta amonestación sin sacrificar ningún principio de nuestra fe. Satanás y su hueste están en guerra con los observadores de los mandamientos, y harán todo lo posible para ponerlos en situaciones angustiosas. No debieran ellos mismos crearse problemas debido a su falta de discreción.
Se me mostró que algunos habían actuado con mucha indiscreción con respecto al artículo mencionado. No concordaba en todo sentido con sus puntos de vista personales, y en lugar de analizarlo calmadamente y de considerar todas sus conexiones, se inquietaron, se acaloraron y algunos tomaron la pluma y llegaron a la ligera a conclusiones que no resistían un examen serio. Algunos fueron inconsecuentes e irrazonables. Hicieron precisamente lo que Satanás los instaba a realizar, es decir, pusieron en práctica sus propios sentimientos de rebelión.
En el Estado de Iowa llevaron las cosas a un extremo y se introdujeron en el fanatismo. Confundieron el celo y el fanatismo con la justicia. En lugar de ser guiados por la razón y el sano juicio, permitieron que sus sentimientos tomaran la delantera. Estaban dispuestos a convertirse en mártires por su fe. ¿Los condujeron a Dios todos esos sentimientos? ¿O los indujeron a caminar con más humildad delante de él? ¿Los condujeron a confiar en su poder para librarlos de la posición aflictiva en que podrían encontrarse? ¡Oh, no! En lugar de elevar sus peticiones al Dios del cielo y de confiar únicamente en su poder, las hicieron a la legislatura y fueron rechazados. Revelaron su debilidad y expusieron su falta de fe. Todo esto sirvió únicamente para llamar la atención sobre el grupo especial de observadores del sábado y exponerlos a ser arrinconados en lugares difíciles por quienes no sentían ninguna simpatía por ellos. (319)
Algunos han estado a la expectativa, listos para criticar y quejarse ante cualquier sugerencia que se haga. Pero pocos han tenido sabiduría en estos tiempos difíciles para pensar sin prejuicio y decir

claramente lo que se debía hacer. Vi que los que habían estado dispuestos a hablar en forma tan decidida oponiéndose a obedecer a la conscripción, no comprenden el tema del que están hablando. Si en realidad los reclutaran para el ejército, y si ellos rehusaran obedecer, y fueran amenazados con encarcelamiento, tortura o muerte, entonces se acobardarían y descubrirían que no se habían preparado para tal emergencia. No podrían soportar la prueba de su fe. Lo que pensaban que era fe, era tan sólo presunción fanática.

Los que están mejor preparados para sacrificar aun la vida, si fuere necesario, antes que colocarse en una situación en la que no pudieran obedecer a Dios, son los que tienen menos que decir. Estos no harían alardes. Sentirían profundamente y meditarían mucho, y sus fervientes oraciones ascenderían al cielo en busca de sabiduría para obrar y gracia para soportar. Los que piensan que en el temor de Dios no pueden comprometerse a conciencia en .esta guerra, manifestarían mucha calma, y cuando se les preguntara declararían simplemente lo que están obligados a decir a fin de satisfacer al que interroga, y luego darían a entender que no simpatizan con la rebelión.

En las filas de los observadores del sábado hay unos pocos que simpatizan con los dueños de esclavos. Cuando abrazaron la verdad no dejaron atrás todos los errores que debieran haber abandonado. Necesitan beber con más abundancia de la fuente purificadora de la verdad. Algunos han traído consigo sus antiguos prejuicios políticos, que no armonizan con los principios de la verdad. Sostienen que el esclavo es propiedad de su amo, y que no debieran quitárselo. Clasifican a los esclavos con el ganado y dicen que es perjudicar al dueño quitarle sus esclavos, tanto como se lo perjudicaría privándolo de su ganado. Se me mostró que no tenía importancia la suma que el amo había pagado por la carne humana y las almas de los hombres; Dios no les da título sobre las almas humanas, de modo que no tienen derecho a mantenerlos como propiedad suya. Cristo murió por toda la humanidad, sean blancos o negros. Dios ha creado al hombre un ser humano libre, ya sea blanco o negro. La institución de la esclavitud invalida esto y permite al hombre ejercer sobre sus semejantes un poder que Dios nunca le concedió, (320) y que pertenece únicamente a Dios. El dueño de los esclavos se ha atrevido a asumir la responsabilidad de Dios sobre sus esclavos, y en conformidad con eso será tenido por responsable de los pecados, la ignorancia y el vicio del esclavo. Será llamado a rendir cuentas del poder que ha ejercido sobre el esclavo. La raza de color es propiedad de Dios; únicamente su Hacedor es su amo, y los que se han atrevido a encadenar el cuerpo y el alma del esclavo, manteniéndolo en estado de degradación como las bestias, tendrán su pago. La ira de Dios ha dormitado, pero despertará y se derramará sin mezcla de misericordia.

Algunos han sido tan indiscretos que han llegado a ventilar sus principios en favor de la esclavitud, principios que no se han originado en el cielo, sino que proceden del dominio de Satanás. Estos espíritus inquietos hablan y obran de tal modo que acarrean oprobio sobre la causa de Dios. A continuación transcribiré una copia de una carta que escribí al Hno. A., del condado de Oswego, Nueva York:

«Se me mostraron algunas cosas con respecto a usted. Vi que estaba engañado con respecto a sí mismo. Ha dado ocasión para que los enemigos de nuestra fe blasfemaran y criticaran a los observadores del sábado. Debido a su proceder indiscreto, usted ha cerrado los oídos de algunos que habrían escuchado la verdad. Vi que debiéramos ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Usted no ha manifestado ni la sabiduría de la serpiente ni la sencillez de la paloma.

«Satanás fue el primer y gran caudillo en rebelión. Dios está castigando a los del Norte, porque han soportado durante tanto tiempo la existencia del detestable pecado de la esclavitud; porque ante la vista del Cielo es un pecado de la tonalidad más oscura. Dios no está con los del Sur, y los castigará terriblemente al final. Satanás es el instigador de la rebelión. Vi que usted. Hno. A, ha permitido que sus principios políticos destruyan su juicio y su amor por la verdad. Estos están desarraigando de su corazón la verdadera piedad. Usted nunca ha considerado la esclavitud en su verdadera luz, y sus conceptos acerca de este asunto lo han arrojado en el bando de la rebelión, que fue originada por

Satanás y su hueste. Sus puntos de vista sobre la esclavitud no pueden armonizar con las verdades sagradas tan importantes para este tiempo. Usted debe abandonar sus puntos de vista o la verdad. Ambos no pueden coexistir en el mismo corazón, porque están en guerra el uno con el otro. (321)

«Satanás lo ha estado manteniendo en un estado de agitación. El no lo deja en paz hasta que usted expresa sus sentimientos favorables al bando de los poderes de las tinieblas, con lo cual fortalece las manos de los perversos, a quienes Dios ha maldecido. Usted ha echado su influencia en el lado equivocado, con los que tienen la misión en la vida de sembrar espinas y plantar desgracia para otros. Vi que usted había echado su influencia con un grupo degradado, un grupo olvidado de Dios; y los ángeles de Dios se apartaron de usted con disgusto. Vi que usted estaba completamente engañado. Si hubiera seguido la luz que Dios le ha dado, si hubiera obedecido las instrucciones de sus hermanos, si hubiera escuchado su consejo, se habría salvado y también habría salvado de la ignominia la preciosa causa de la verdad. Pero a pesar de toda la luz dada, ha dado publicidad a sus sentimientos. A menos que deshaga lo que ha hecho, el pueblo de Dios tendrá el deber de retirarle públicamente su simpatía y confraternidad, a fin de evitar que el público tenga una mala impresión de nosotros como pueblo. Debemos dar a conocer que en nuestra feligresía no hay esa clase de personas y que no las admitiremos en nuestra iglesia.

«Usted ha perdido la influencia santificadora de la verdad. Ha perdido su conexión con la hueste celestial. Se ha aliado con el primer gran rebelde y la ira de Dios se ha derramado sobre usted, porque su causa sagrada se ha cubierto de oprobio y la verdad ha llegado a ser desagradable para los incrédulos. Usted ha afligido al pueblo de Dios y despreciado el consejo de sus embajadores en la tierra, quienes trabajan juntos con Dios, y por amor a Cristo ruegan a las almas que se reconcilien con el Señor.

«Se me mostró que como pueblo no podemos ser demasiado cuidadosos con la influencia que ejercemos; debemos vigilar cada palabra. Cuando por nuestras palabras o actos nos colocamos en el campo de batalla del enemigo, alejamos de nosotros a los santos ángeles y atraemos a nuestro alrededor a las huestes de ángeles malignos. Usted ha hecho esto Hno. A, y debido a su proceder porfiado e imprudente, ha hecho que los incrédulos consideren con sospecha a los observadores del sábado que se encuentran a su alrededor. Las siguientes palabras se me presentaron en relación con los siervos de Dios: 'El que a vosotros oye, a mí me oye; el que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió' (Luc. 10:16). Que Dios lo ayude, mi (322) hermano engañado, a verse tal como es y a dirigir sus simpatías hacia el cuerpo de la iglesia».

Nuestro reino no pertenece a este mundo. Estamos esperando que nuestro Señor venga desde el cielo para someter toda autoridad y poder, y establecer su reino eterno. Las potencias terrenales se encuentran agitadas. No necesitamos, y no podemos esperar unión entre las naciones del mundo. Nuestra posición en la imagen de Nabucodonosor está representada por los dedos de los pies, en estado de división, y de un material deleznable que no puede mantener su cohesión. La profecía nos muestra que el gran día de Dios está sobre nosotros. Se aproxima rápidamente.

Vi que es nuestro deber en todos los casos obedecer las leyes de nuestro país, a menos que estén en conflicto con la ley superior que Dios dio en forma audible en el Sinaí, y después grabó en tablas de piedra con su propio dedo. «Daré mi ley en su mente y la escribiré en su corazón, y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo» (Jer. 31:33). Los que tienen la ley de Dios escrita en su corazón obedecerán a Dios antes que a los hombres, y preferirán desobedecer a todos los hombres antes que desviarse en lo mínimo del mandamiento de Dios. El pueblo de Dios, enseñado por la inspiración de la verdad, y conducido por una buena conciencia para vivir de acuerdo con cada palabra de Dios, adoptará la ley escrita en el corazón como la única autoridad que puede reconocer o consentir en obedecer. La sabiduría y la autoridad de la ley divina son supremas.

Se me mostró que el pueblo de Dios, que es su tesoro peculiar, no puede comprometerse en esta guerra desconcertante porque se opone a todos los principios de su fe. En el ejército no podrían obedecer la

verdad y al mismo tiempo obedecer los requerimientos oficiales. Se produciría continuamente una violación de la conciencia. Los hombres mundanos están gobernados por principios mundanos. No pueden apreciar principios de otra índole. La política mundana y la opinión pública abarcan el principio de acción que lo gobierna y lo induce a practicar el bien en forma convencional. Pero el pueblo de Dios no puede estar gobernado por estos motivos. La palabras y los mandamientos de Dios, escritos en el alma, son espíritu y vida, y tienen poder para someter y para exigir obediencia. Los diez preceptos de Jehová constituyen el fundamento de todas las leyes justas y buenas. Los que aman los mandamientos de Dios (323) se someterán a toda la ley buena del país. Pero si los requerimientos de los dirigentes están en conflicto con las leyes de Dios, la única cuestión que hay que zanjar es: «¿Obedeceremos a Dios o al hombre?»

Como resultado de una larga y progresiva rebelión contra la constitución y las leyes superiores, un sombrío manto de tinieblas y muerte se ha extendido sobre la tierra. La tierra gime bajo el peso de la culpa acumulada, y por todas partes los mortales que agonizan se ven obligados a experimentar la desgracia incluida en el fruto de la injusticia. Se me mostró que los hombres han llevado a cabo los propósitos de Satanás en forma artera y engañosa, y un golpe terrible ha sido dado recientemente. Se puede decir con toda verdad: «El derecho se retiró, y la justicia se puso lejos; porque la verdad tropezó en la plaza y la equidad no pudo venir... y el que se apartó del mal fue puesto en prisión» (Isa. 59:14-15). En algunos de los Estados libres, la norma de la moralidad se está hundiendo cada vez más. Hombres con apetitos depravados y vidas corrompidas tienen ahora la oportunidad de triunfar. Han elegido como sus dirigentes a personas con principios degradados, que no combaten el mal ni reprimen los apetitos depravados de los hombres, sino que los dejan manifestarse plenamente. Si los que eligen llegar a ser como las bestias al beber el veneno líquido, fueran los únicos que sufren; si únicamente ellos recogieran el fruto de sus acciones, entonces el mal no sería tan grande. Pero muchos, muchísimos, deben soportar sufrimientos increíbles a causa de los pecados de otros. Las esposas y los hijos, aunque son inocentes, también deben beber la amarga copa.

Los hombres desprovistos de la gracia de Dios, se complacen en hacer el mal. Andan en tinieblas y carecen de poder para ejercer dominio sobre sí mismos. Dan rienda suelta a sus pasiones y apetitos hasta que se pierden los sentimientos más delicados y se manifiestan únicamente las pasiones animales. Esos hombres necesitan experimentar un poder controlador más elevado, que los constriña a obedecer. Si los dirigentes no ejercen poder para aterrorizar al malvado, éste se hundirá hasta el nivel de las bestias. La tierra se torna cada vez más corrompida.

En la última elección, muchos estuvieron enceguecidos y fueron grandemente engañados, y su influencia se utilizó para colocar en puestos de autoridad a hombres que pasan por alto el mal, hombres que son capaces de presenciar sin conmoverse una gran cantidad (324) de aflicción y miseria, cuyos principios son corrompidos, que simpatizan con los del Sur y están dispuestos a mantener la esclavitud en su estado actual.

En el ejército del Norte ocupan posiciones de confianza hombres que son rebeldes de corazón, que no aprecian la vida de un soldado más que la vida de un perro. Pueden ver sin conmoverse a miles de hombres despedazados, mutilados y agonizantes. Los oficiales del ejército del Sur están recibiendo constantemente información con respecto a los planes del ejército del Norte. Los oficiales del Norte han recibido información correcta con respecto a los movimientos y aproximación de los rebeldes, la cual ha sido desatendida porque el informante era un negro. Y por descuidar su preparación para el ataque, las fuerzas de la unión han sido sorprendidas y casi destrozadas, o lo que es tan malo, muchos de los pobres soldados han sido tomados prisioneros para sufrir más que la muerte.

Si existiera unidad en el ejército del Norte, esta rebelión pronto cesaría. Los rebeldes saben que tienen simpatizantes en todo el ejército del Norte. Las páginas de la historia se están tornando cada vez más oscuras. Hombres leales, que no tenían simpatía con la rebelión, o con la esclavitud que la ha causado, han sido engañados. Su influencia ha ayudado a colocar en puestos de autoridad a hombres con

principios a los cuales ellos se oponían.
Todo se está preparando para el gran día de Dios. El tiempo durará un poquito más hasta que los habitantes de la tierra hayan llenado su copa de iniquidad, y entonces la ira de Dios, que ha estado dormida durante tanto tiempo, despertará, y esta tierra de luz beberá la copa de su ira sin mezcla. El poder desolador de Dios está sobre la tierra para destruir. Los habitantes de la tierra serán afectados por la espada, por el hambre y la pestilencia.
Muchísimos hombres que ocupan puestos de autoridad, generales y oficiales, obran en conformidad con instrucciones comunicadas por espíritus. Los espíritus de demonios, profesando ser soldados muertos y hábiles generales, se comunican con hombres que ocupan puestos de autoridad y controlan muchos de sus movimientos. Un general tiene instrucciones de esos espíritus para hacer movimientos especiales, y se congratula con la esperanza de tener éxito. Otro recibe instrucciones que difieren ampliamente de las que fueron dadas al primero. En algunos casos, los que siguen las instrucciones ganan la victoria, pero más frecuentemente experimentan derrota. (325)
Los espíritus a veces hacen a estos jefes un relato de acontecimientos que ocurrirán en batallas en las que ellos están por participar, y hablan de individuos que caerán en la batalla. En algunos casos ocurre lo que esos espíritus predijeron, lo cual fortalece la fe de aquellos que creen en las manifestaciones espiritistas. Y cuando se descubre que no se ha impartido la información correcta, los espíritus engañosos dan explicaciones que son aceptadas. El engaño sobre las mentes es tan grande que muchos dejan de percibir a los espíritus mentirosos que los están conduciendo a una destrucción cierta.
El principal de los rebeldes, Satanás, está familiarizado con las transacciones de esta guerra y dirige a sus ángeles para que personifiquen a generales muertos, imiten sus modales y manifiesten sus rasgos de carácter peculiares. Y los dirigentes del ejército realmente creen que los espíritus de sus amigos y de los soldados muertos, los padres de la Guerra de la Revolución, los están guiando. Si no se encontraran bajo un engaño poderoso y fascinador, comenzarían a pensar que los guerreros que supuestamente están en el cielo no manifestaron un mando adecuado y de éxito, o bien que olvidaron su famosa habilidad bélica terrena.
En lugar de que los dirigentes de esta guerra confíen en el Dios de Israel y dirijan sus ejércitos para que confíen en el único que podría librarlos de sus enemigos, la mayoría busca información de parte del príncipe de los demonios y confía en él. Deuteronomio 32:16-22. El ángel dijo: «¿Cómo puede Dios prosperar a un pueblo como éste? Si ellos buscaran a Dios y confiaran en él, si tan sólo vinieran donde él puede ayudarlos, de acuerdo con su propia gloria, él lo haría prestamente».
Vi que Dios no entregará el ejército del Norte completamente en manos de rebeldes, para que sea totalmente destruido por sus enemigos. Se me llamó la atención a Deuteronomio 32:26-30. «Yo había dicho que los esparciría lejos, que haría cesar de entre los hombres la memoria de ellos, de no haber temido la provocación del enemigo, no sea que se envanezcan sus adversarios, no sea que digan: Nuestra mano poderosa ha hecho todo esto, y no Jehová. Porque son nación privada de consejos, y no hay en ellos entendimiento. ¡Ojala fueran sabios, que comprendieran esto, y se dieran cuenta del fin que les espera! ¿Cómo podría perseguir uno a mil, y dos hacer huir a diez mil, si su Roca no los hubiese vendido, y Jehová no los hubiera entregado?» (326)
En el ejército hay generales que están completamente dedicados a detener esta terrible rebelión y guerra antinatural, y hacen todo lo posible para conseguirlo. Pero la mayor parte de los oficiales y hombres en posiciones efectivas, tiene un propósito egoísta personal en el servicio. Todos buscan ganancias en el lugar donde están, y muchos de los soldados genuinos que sirven de todo corazón se acobardan y se desaniman. Desempeñan noblemente su parte en la lucha contra el enemigo, pero sus propios oficiales los tratan en forma brutal. Entre los soldados hay hombres que tienen buenos sentimientos y espíritu independiente. No están acostumbrados a mezclarse con una clase de hombres tan degradados como los que se reúnen en caso de guerra; tampoco están acostumbrados a que se los tiranice; que se los insulte y que se los trate como animales. Les resulta muy difícil soportar todo eso.

Muchos oficiales tienen pasiones animales, y al colocárselos en puestos de autoridad tienen buena oportunidad de poner en práctica su naturaleza de bestias. Tiranizan a sus subordinados en la misma forma como los amos del Sur tiranizan a sus esclavos. Estas actitudes hacen difícil reclutar hombres para el ejército.

En algunos casos, cuando los generales se han encontrado en un terrible conflicto armado, cuando sus hombres han caído como lluvia, un refuerzo adecuado les hubiera concedido la victoria. Pero otros generales no se preocupaban de cuántas vidas se perdían, y en lugar de acudir en ayuda de los que luchaban, como si tuvieran un mismo interés, han retenido la ayuda necesaria, temiendo que su hermano general recibiera el honor de rechazar con éxito al enemigo. Debido a la envidia y los celos, hasta se han alegrado de ver al enemigo ganar la victoria y rechazar a los hombres de la Unión. Los hombres del Sur poseen un espíritu infernal en esta rebelión, pero los hombres del Norte no están exentos de lo mismo. Muchos de ellos se sienten egoístamente celosos y temen que otros obtendrán honores y serán exaltados por encima de ellos. ¡Cuántos miles de vidas han sido sacrificadas a causa de esto! Los que han llevado a cabo guerras en otras naciones han tenido un solo interés. Con celo desinteresado han avanzado para conquistar o morir. Los dirigentes de la revolución actuaron unidos, con celo, y por ese medio obtuvieron la independencia de la nación. Pero ahora los hombres actúan como demonios en lugar de seres humanos.

Satanás, por medio de sus ángeles, se ha comunicado con oficiales (327) que eran hombres fríos y calculadores cuando actuaban por su cuenta, y que han abandonado su propio juicio y han sido conducidos por esos espíritus mentirosos a lugares difíciles, donde han sido rechazados por el enemigo con cuantiosas pérdidas de vidas. Complace a su satánica majestad ver que sobre la superficie de la tierra ocurren muerte y carnicería. Le agrada ver caer a los soldados cuando son segados como el heno.

Vi que con frecuencia los rebeldes han ocupado posiciones en las que hubieran podido ser vencidos sin gran esfuerzo; pero las comunicaciones procedentes de espíritus han guiado a los generales del Norte y han enceguecido sus ojos hasta que los rebeldes se han encontrado fuera de su alcance. Y algunos generales han estado dispuestos a dejar escapar a los rebeldes antes que someterlos. Piensan más en la apreciada institución de la esclavitud que en la prosperidad de la nación. Estas son algunas de las razones por las que la guerra ha durado tanto.

La información enviada por nuestros generales a Washington acerca del movimiento de nuestras tropas, podría casi también telegrafiarse directamente a las fuerzas rebeldes; porque hay funcionarios que simpatizan con los rebeldes en el centro mismo ocupado por las autoridades de la Unión. Esta guerra no es como cualquier otra. La gran falta de unidad de sentimiento y acción la hace parecer sombría y desanimadora. Muchos de los soldados han abandonado todo refrenamiento y se han hundido en un alarmante estado de degradación. ¿Cómo puede Dios acompañar a un ejército tan corrompido? ¿Cómo puede él, en armonía con su honor, derrotar a sus enemigos y conducirlos a la victoria? Existe discordia, lucha por alcanzar honor, mientras los pobres soldados mueren por miles en el campo de batalla o debido a sus heridas, y por estar expuestos a penalidades.

Esta guerra es un conflicto muy singular, y al mismo tiempo muy horrible y desconsolador. Otras naciones miran con disgusto las acciones de los ejércitos tanto del Norte como del Sur. Ven esfuerzos tan decididos para alargar la guerra a costo de un enorme sacrificio de vidas y dinero, mientras al mismo tiempo no se gana nada, y les parece que se trata más bien de una competencia por ver quién mata a más hombres. Eso les ha llenado de indignación.

Vi que la rebelión ha ido aumentando definidamente y que nunca había estado más decidida que en este momento. Muchos hombres que profesan pertenecer a la Unión, y que tienen cargos importantes, (328) son completamente desleales. La única razón que tenían para tomar las armas era mantener la Unión tal como está, y la esclavitud en ella. Si pudieran hacerlo, de buena gana encadenarían al esclavo a su vida de abyecta esclavitud. Tales personas tienen mucha simpatía con el Sur. La sangre se ha derramado como agua, y por nada de valor. En todos los pueblos y aldeas hay gente que está de luto. Las esposas

están de duelo por sus maridos, las madres por sus hijos y las hermanas por sus hermanos. Pero a pesar de tanto sufrimiento no se vuelven a Dios.
Vi que tanto el Sur como el Norte estaban siendo castigados. En lo que se refiere al Sur, se me llamó la atención a Deuteronomio 32:35-37. «Mía es la venganza y la retribución; a su tiempo su pie resbalará, porque el día de su aflicción está cercano, y lo que les está preparado se apresura. Porque Jehová juzgará a su pueblo, y por amor de sus siervos se arrepentirá, cuando viere que la fuerza pereció, y que no queda ni siervo ni libre. Y dirá: ¿Dónde están sus dioses, la roca en que se refugiaban?»

PELIGROS Y DEBER DE LOS MINISTROS.-
Se me ha mostrado que se puede conseguir más ahora trabajando en lugares donde hay algunos pocos adventistas, que en campos completamente nuevos, a menos que el comienzo en esos campos haya sido muy bueno. Unos pocos adventistas en diferentes pueblos que realmente creen en la verdad ejercerán una influencia positiva e inducirán a la gente a preguntar por su fe; y si sus vidas son ejemplares, brillará su luz y ejercerán una influencia que atraerá a la gente. También se me mostraron lugares en los que la verdad no había sido proclamada, que pronto debieran ser visitados. Pero la gran obra que ahora debe realizarse es lograr que el pueblo de Dios se dedique a la obra y ejerza una santa influencia. Debieran desempeñar la parte de los obreros. Debieran trabajar con sabiduría, cautela y amor por la salvación de los vecinos y amigos. No se manifiestan interés ni dedicación suficientes. No se echa mano de la cruz ni se la lleva en la forma debida. Todos debieran sentir que son guardas de su hermano y que son en gran medida responsables de las almas de quienes los rodean. Los hermanos yerran cuando dejan toda esta obra a cargo de los (329) ministros. La cosecha es grande y los obreros son pocos. Los que tienen buena reputación, cuyas vidas están en armonía con su fe, pueden trabajar como obreros. Pueden conversar con otros y hablarles de la urgencia y la importancia de la verdad. No deben esperarla llegada de ministros y descuidar el claro deber que Dios les ha dado como responsabilidad.
Algunos de nuestros ministros están muy poco dispuestos a asumir la carga de la obra de Dios y a trabajar con la dadivosidad y el desinterés que caracterizaron la vida de nuestro divino Señor. Las iglesias, como regla general, están más avanzadas que algunos ministros. Han tenido fe en los testimonios que a Dios le ha complacido dar, y los han obedecido, mientras algunos de los predicadores han quedado atrás en esto. Profesan creer en el testimonio que se ha dado, y algunos han causado perjuicio al convertirlos en duras reglas para los que no han tenido experiencia en relación con ellos, y sin embargo ellos mismos dejan de obedecerlos. Han recibido repetidamente testimonios que han desatendido por completo. Los tales no manifiestan un proceder consecuente.
El pueblo de Dios generalmente muestra unidad de interés en la difusión de la verdad. Contribuye gozosamente para sostener con liberalidad a los que trabajan con la palabra y la doctrina. Vi también que los que tienen la responsabilidad de distribuir los recursos, deben velar para que lo que la iglesia ha dado liberalmente no se malgaste. Algunos de esos hermanos liberales han estado trabajando durante años con nervios deshechos y con un vigor que se ha agotado, a causa de que en el pasado han trabajado excesivamente para obtener posesiones terrenales, y ahora que dan voluntariamente una parte de sus recursos que tanto les costó obtener, es el deber de los que trabajan con la palabra y la doctrina manifestar celo y abnegación por lo menos de la misma magnitud que los manifestados por estos hermanos.
Los siervos de Dios deben ir con libertad. Deben saber en quién han confiado. Hay poder en Cristo y en su salvación para hacerlos hombres libres; y a menos que sean libres en él, no pueden edificar su iglesia y conducir a ella las almas. ¿Enviará Dios a un hombrea rescatar almas de la trampa de Satanás cuando sus propios pies están enredados en la red? Los siervos de Dios no deben vacilar. Si sus pies resbalan, ¿cómo podrían decir a los de corazón vacilante: «Esfuérzate»? Dios quiere que sus siervos sostengan las manos debilitadas y fortalezcan a los vacilantes. Los que no están preparados para hacerlo, debieran (330) primero trabajar por sí mismos y orar hasta que reciban poder de lo alto.

La falta de abnegación que se observa en algunos de sus siervos desagrada a Dios. No sienten preocupación por la obra. Causan la impresión de encontrarse en un estupor como el de la muerte. Esta falta de abnegación y perseverancia asombra y avergüenza a los ángeles. Mientras el Autor de nuestra salvación trabajaba y sufría por nosotros, se negó a sí mismo hasta el punto en que la totalidad de su vida fue una sucesión ininterrumpida de trabajo y privación. Pudo haber pasado sus días terrenos en medio del ocio y la abundancia, y disfrutar de los placeres de la vida; pero no satisfizo su conveniencia personal. Vivió para hacer bien a otros. Sufrió para salvara otros del sufrimiento. Soportó hasta el final y completó la obra que se le había encomendado. Y todo eso, para salvamos de la ruina. Y en la actualidad, ¿podría ser que nosotros, los indignos objetos de un amor tan grande, busquemos en esta vida una posición mejor que la que se le dio a nuestro Señor? Cada momento de nuestra vida hemos participado de las bendiciones de su gran amor, y por esta misma razón no podemos comprender plenamente las profundidades de ignorancia y miseria de las que hemos sido rescatados. ¿Podemos contemplara Aquel que fue traspasado por nuestros pecados sin estar dispuestos a beber con él la amarga copa de humillación y aflicción? ¿Podemos contemplara Cristo crucificado y desear entrar en su reino por otra vía que no sea la de gran tribulación?

No todos los predicadores se han dedicado de corazón a realizar la obra de Dios, en la forma como él lo requiere. Algunos han considerado que la suerte de los predicadores es dura, porque tenían que estar separados de su familia. Ellos olvidan que antes era más difícil trabajar que ahora. Antes había sólo pocos amigos de la causa. Ellos olvidan a los obreros sobre quienes Dios depositó el peso de la obra en el pasado. Entonces había un número reducido de personas que aceptaban la verdad como resultado de tanto esfuerzo. Los siervos elegidos por Dios lloraban y oraban para tener una comprensión clara de la verdad, y sufrían privaciones y gran negación de sí mismos a fin de llevar la verdad a otros. Avanzaron paso a paso a medida que las providencias de Dios señalaban el camino. No se preocupaban de su conveniencia personal ni retrocedían ante las dificultades. Dios, por medio de estos hombres, preparó el camino e hizo que la verdad resultara clara para el entendimiento de cualquier persona sincera. Todo quedó preparado (331) para los ministros que desde entonces han recibido la verdad, pero algunos de ellos no han tomado sobre sí la carga de la obra. Buscan una suerte más fácil, una posición que requiera menos renunciamiento de sí mismos. Este mundo no es un lugar de descanso para los cristianos, y mucho menos para los ministros elegidos por Dios. Olvidan que Cristo dejó sus riquezas y su gloria en el cielo, y vino a este mundo para morir, y que él nos ha ordenado amarnos unos a otros así como él nos ha amado. Han olvidado a aquellos de quienes el mundo no era digno, que andaban vestidos con pieles de ovejas y cabras, y que fueron afligidos y atormentados.

Se me hizo recordar el caso de los valdenses y lo que habían sufrido por su religión. Estudiaron concienzudamente la Palabra de Dios y vivieron de acuerdo con la luz que resplandecía sobre ellos. Fueron perseguidos y echados de sus hogares; fueron privados de sus posesiones que habían adquirida con mucho esfuerzo, y sus casas fueron quemadas. Huyeron a las montañas, donde sufrieron penalidades increíbles. Soportaron hambre, fatiga, frío y desnudez. La única ropa que muchos de ellos podían conseguir eran pieles de animales. Pero esos cristianos esparcidos y sin hogar se reunían para unir sus voces en himnos y alabanza a Dios por ser considerados dignos de sufrir por el nombre de Cristo. Se animaban y alegraban mutuamente, y estaban agradecidos aun por sus moradas miserables. Muchos de sus hijos enfermaron y murieron de hambre y frío, pero sus padres no pensaron ni por un momento renunciar a su religión. Valoraban el amor y el favor de Dios muy por encima de la tranquilidad y la holgura mundanas. Recibieron consuelo de Dios y con agradable anticipación contemplaron el premio y la recompensa futuros.

También se me recordó el caso de Martín Lutero, a quien Dios preparó para que realizara una obra especial. ¡Cuánto apreciaba él el conocimiento de la verdad revelada en la Palabra de Dios! Su mente anhelaba intensamente un fundamento seguro sobre el cual edificar su esperanza de que Dios sería su Padre y el cielo su hogar. La nueva y preciosa luz que lo había iluminada desde la Palabra de Dios,

tenía para él un valor incalculable, y pensaba que si lograba difundirla, podría convencer al mundo. Se expuso a la ira de una iglesia caída y fortaleció a los que con él se alimentaban de las exquisitas verdades contenidas en la Palabra de Dios. Lutero fue el instrumento elegido por Dios para arrancar las vestiduras de hipocresía de la iglesia papal y dejar en descubierto su corrupción. Alzó valerosamente su voz, y
(332) con el poder del Espíritu Santo divulgó y reprobó los pecados de los dirigentes populares. Se dieron proclamas que instaban a la gente a matarlo en el lugar donde lo encontraran; así quedó a la merced de gente supersticiosa que obedecía a la cabeza de la Iglesia Romana. Pero Lutero no estimó valiosa su vida. Sabía que no estaba seguro en ninguna parte, y sin embargo eso no le hizo temblar. La luz que había visto y de la que se había alimentado, era vida para él, y la consideraba de más valor que todos los tesoros terrenos. Sabía que esos tesoros perecerían; pero las ricas verdades abiertas a su entendimiento y que obraban en su corazón, vivirían, y si las obedecía, lo conducirían a la inmortalidad.
Cuando fue llamado a comparecer en Augsburgo para responder de su fe, obedeció. Ese hombre solitario que había provocado la ira de los sacerdotes y el pueblo, fue acusado ante aquellos que habían hecho temblar al mundo; era un humilde cordero rodeado por leones furiosos. Sin embargo, se mantuvo imperturbable; y con santa elocuencia, que sólo la verdad puede inspirar, presentó las razones de su fe. Sus enemigos procuraron mediante diversos modos silenciar al valeroso abogado de la verdad. Comenzaron halagándolo y prometiéndole honra y gloria. Pero la vida y los honores carecían de valor para él si es que debía comprarlos sacrificando la verdad. La Palabra de Dios brillaba en su entendimiento cada vez con mayor nitidez y claridad, lo que le hacía comprender mejor los errores, corrupciones e hipocresía del papado. Sus enemigos procuraron a continuación intimidarlo y hacerlo retractarse de su fe, pero él se mantuvo valientemente en defensa de la verdad.
Estaba dispuesto a morir por su fe, si Dios así lo requería; pero nunca renunciaría a ella. Dios le preservó la vida. Envió a sus ángeles a que lo asistieran y frustraran la rabia y los propósitos de sus enemigos, y a que lo sacaran con bien del tormentoso conflicto.
El poder sereno y digno de Lutero humilló a sus enemigos e infligió un terrible golpe al papado. Hombres poderosos y orgullosos decidieron que debía expiar con su sangre el daño que había provocado a su causa. Trazaron sus planes, pero Uno más poderoso que ellos estaba a cargo de Lutero. Su obra no había concluido. Los amigos de Lutero apresuraron su partida de Augsburgo. Se alejó del enemigo en la noche, montado en un caballo sin brida, y él iba desprovisto de armas, botas y espuelas. Prosiguió su viaje con mucha fatiga, hasta que se encontró entre sus amigos. (333)
Nuevamente se exacerbó la indignación del papado, por lo que resolvieron acallar la boca de ese intrépido abogado de la verdad. Lo conminaron a que compareciera en Worms, decididos a hacerle rendir cuentas de su locura. Aunque Lutero estaba débil de salud, no por eso se excusó. Conocía muy bien los peligros que le aguardaban. Sabía que sus poderosos enemigos adoptarían todas las medidas posibles para silenciarlo. Clamaban por su sangre con tanta saña como los judíos lo habían hecho por la sangre de Cristo. Pero él confiaba en el Dios que había preservado la vida de los tres ilustres jóvenes hebreos que fueron echados en el horno encendido. No sentía ansiedad ni preocupación por sí mismo. No luchaba por su propia vida, sino que su gran preocupación era que la verdad, que él consideraba tan preciosa, no fuera expuesta a los insultos de los impíos. El estaba preparado para morir antes que permitir que sus enemigos triunfaran. Cuando entró en Worms, miles de personas lo rodearon y acompañaron. Los emperadores y otros dirigentes importantes no habían sido escoltados por un séquito mayor. Había intenso entusiasmo; y una persona, con voz penetrante y plañidera, entonó un canto fúnebre para advertirle de lo que le esperaba. Pero el Reformador había previsto el costo y estaba preparado para sellar su testimonio con su sangre, si así lo disponía Dios.
Lutero estaba por presentarse ante una asamblea muy imponente para dar cuenta de su fe, y se volvió a Dios con fe en busca de fortaleza. Su valor y su fe fueron probados por un corto período. Se le

presentaron peligros en diversas formas, y él se entristeció. Espesas nubes lo rodearon y ocultaron de él el rostro de Dios. Anhelaba avanzar con la confiada seguridad de que Dios estaba con él. No podía sentirse satisfecho hasta sentir que Dios lo acompañaba. Con sollozos entrecortados dirigió su angustiada oración al Cielo. Por momentos flaqueaba su espíritu, mientras en su imaginación sus enemigos se multiplicaban a su alrededor. El peligro que corría le hacía temblar. Vi que Dios en su sabia providencia lo preparó en esta forma para que no olvidara en quién debía confiar, y que no debía lanzarse impremeditadamente al peligro. Como instrumento suyo, Dios lo estaba preparando para la gran obra que le aguardaba.

La oración de Lutero fue escuchada. Recuperó su valor y su fe cuando se enfrentó a sus enemigos. Humilde como un cordero compareció entre los grandes hombres del mundo, quienes como lobos furiosos, fijaron sus ojos en él con la esperanza de deslumbrarlo con (334) su poder y grandeza; pero él se había aferrado a la fortaleza de Dios, de modo que no sentía temor. Habló con tanta majestad y poder que sus enemigos no pudieron hacer nada contra él. Dios hablaba por medio de Lutero, y había reunido a emperadores y sabios, para deshacer su sabiduría públicamente, y para que todos vieran la fortaleza y firmeza de un hombre débil cuando se apoyaba en Dios, su Roca eterna.

La actitud tranquila de Lutero contrastaba notablemente con la pasión y la ira manifestadas por los así llamados grandes hombres. No pudieron amedrentarlo para que se retractara de la verdad. Con noble sencillez y serena firmeza se mantuvo inconmovible como una roca. La oposición de sus enemigos, su ira y sus amenazas, como poderosa ola se abalanzaron contra él, pero fueron a deshacerse inofensivamente a sus pies. Lutero permaneció inconmovible. Quedaron mortificados al ver que su poder, que había hecho temblar a reyes y nobles, fuera despreciado de esa manera por un hombre humilde, y anhelaron hacerle sentir su ira torturándolo hasta hacerlo morir. Pero Uno que es más poderoso que los potentados del mundo, se había hecho cargo de este valeroso testigo. Dios tenía una obra para él. Todavía debía sufrir por la verdad. Tenía que verla abrirse paso entre sangrientas persecuciones. Debía verla vestida de cilicio y vituperada por fanáticos. Debía vivir para justificarla y defenderla cuando las poderosas autoridades del mundo procuraran destruirla. Debía vivir para verla triunfar y abatir los errores y supersticiones del papado. Lutero ganó una victoria en Worms, la cual debilitó al papado y se difundió por otros reinos y naciones. Este fue un golpe efectivo en favor de la Reforma.

Se me presentó el caso de los ministros que predican la verdad presente en contraste con los líderes de la Reforma; especialmente la vida dedicada y fervorosa de Lutero fue comparada con las vidas de algunos de nuestros predicadores. Demostró su perdurable amor por la verdad mediante su valor, su serena firmeza y su abnegación. Soportó pruebas y sacrificios, y a veces sufrió la más profunda angustia de espíritu, mientras defendía la verdad; y sin embargo no se quejó. Fue perseguido como bestia salvaje, pero lo sufrió todo gozosamente por amor a Cristo.

El último mensaje de misericordia se ha confiado a los humildes y fieles siervos de Dios de la actualidad. Dios ha conducido a los que no desechan las obligaciones, ha colocado responsabilidades sobre ellos, y por su intermedio ha presentado a su pueblo un plan de dadivosidad (335) sistemática en el cual todos pueden participar y trabajar en armonía. Este sistema se ha puesto en práctica y ha funcionado en forma totalmente satisfactoria. Ha permitido sustentar con liberalidad a los predicadores y la causa. En cuanto los predicadores abandonaron su oposición y dejaron de ser estorbos, los miembros respondieron sinceramente al llamamiento y valoraron el sistema. Todo se facilita y resulta beneficioso para los predicadores, lo que les permite trabajar libres de preocupaciones. Nuestros hermanos han aceptado el sistema de la dadivosidad con una actitud de buena voluntad e interés que no se encuentra en ninguna otra clase de personas. Pero Dios manifiesta su desagrado con los predicadores que ahora se quejan y no emplean la totalidad de sus energías en la promoción de esta obra tan importante. Aunque no tienen excusas, algunos están engañados y piensan que están sacrificando demasiado y pasando un tiempo difícil, cuando en realidad no saben nada de lo que es el sufrimiento, la

negación de sí mismo y la necesidad. Es posible que con frecuencia se sientan cansados; pero se sentirían igualmente fatigados si dependieran del trabajo manual para obtener su sustento.
Algunos han pensado que sería más fácil para ellos trabajar con sus manos, y con frecuencia han expresado su preferencia de hacer eso. Tales personas ignoran de qué están hablando. Se están engañando a sí mismos. Algunos tienen que sostener familias que les resultan muy caras, y no tienen habilidad como administradores. No comprenden que están en deuda con la causa de Dios por sus hogares y todo lo que poseen. No han comprendido lo que cuesta vivir. Si se dedicaran a realizar trabajos manuales no estarían libres de preocupaciones y cansancio. Mientras trabajan para sostener a su familia no podrían sentarse a disfrutar del calor de una estufa. El hombre que trabaja manualmente para sustentara los suyos, dispone sólo de pocas horas, llenas de fatiga, para dedicarlas a su familia en el hogar. Algunos ministros detestan el j traba o diligente, por lo que han manifestado sentimientos de insatisfacción, lo cual no es razonable. Dios ha registrado todo pensamiento, palabra y sentimiento de queja. El cielo es insultado por esta manifestación de debilidad y falta de dedicación a la causa de Dios.
Algunos han escuchado al tentador y han expresado su incredulidad, y así han perjudicado la causa. Satanás se siente con derechos sobre ellos, porque no se han librado de su trampa. Se han comportado como niños que ignoran totalmente las artimañas del tentador. Han (336) tenido experiencia suficiente y debieran haber comprendido su forma de actuar. El ha infiltrado sus mentes con dudas, y en vez de rechazarlas de inmediato, han razonado y dialogado con el archiengañador, y han escuchado su argumentación, como si la serpiente antigua los hubiera fascinado. Unos pocos pasajes bíblicos que no fueron perfectamente explicados a su satisfacción bastaron para sacudir la estructura de la verdad y oscurecer los hechos más claros de la Palabra de Dios. Estos hombres son mortales que están en el error. Carecen de sabiduría y conocimiento perfectos de las Escrituras. Algunos pasajes han sido puestos fuera del alcance de la mente humana, hasta que Dios elija el tiempo apropiado para revelarlos, según su propia sabiduría. Satanás ha estado conduciendo a algunos por una senda que termina inevitablemente en la infidelidad. Han permitido que su incredulidad anuble la armoniosa y gloriosa cadena de la verdad, y han actuado como si fuera prerrogativa suya resolver todos los pasajes difíciles de las Escrituras, y si nuestra fe no les permitía que lo hicieran, la han considerado fallada.
Vi que quienes tienen un corazón maligno que abriga la incredulidad dudarán y considerarán que dudar de la Palabra de Dios es un acto de nobleza y virtud. Los que consideran que el uso de argucias o sutilezas es una virtud, encontrarán amplia oportunidad para no creer en la inspiración y la verdad de la Palabra de Dios. Dios no obliga a nadie a creer. Pueden elegir confiaren las evidencias que él se ha complacido en dar, o bien pueden dudar, cavilar y perecer.
Se me mostró que los que se encuentran perturbados por dudas e infidelidad, no debieran ir a trabajar por otros. Lo que se encuentra en la mente debe salir hacia afuera; pero no comprenden el efecto de una insinuación o de la expresión de una duda insignificante. Satanás convierte eso en una flecha dentada. Obra como un veneno de acción lenta, el cual envenena todo el organismo antes de que la víctima se percate del peligro que corre; socava un organismo vigoroso y finalmente causa la muerte. Eso sucede con el veneno de la duda y la incredulidad en los hechos contenidos en la Biblia. Alguien que posee influencia sugiere a otras personas lo que Satanás le ha insinuado, a saber, que un pasaje bíblico contradice a otro; y así, alardeando de sabiduría, como si hubiera descubierto algún misterio maravilloso que había permanecido oculto de los creyentes y los santos desde antiguo, arroja densas tinieblas en otras mentes. Así pierden el sabor grato que antes sentían por la verdad y se convierten en infieles. Todo eso es el (337) resultado de unas pocas palabras pronunciadas descuidadamente, las que tenían un poder oculto porque parecían formar parte de un misterio.
Esta es la obra de un espíritu maligno y astuto. Los que son asediados por las dudas y que tienen dificultades que no pueden resolver, no debieran arrojar la misma confusión sobre otras mentes débiles. Algunos han insinuado o expresado abiertamente su incredulidad y la han divulgado, sin imaginar los efectos resultantes. En algunos casos las semillas de incredulidad han producido efecto inmediato,

mientras que en otros han permanecido enterradas durante largo tiempo, hasta que la persona se ha desviado y dado lugar al enemigo, por lo que la luz de Dios ha sido quitada de él y ha caído bajo las poderosas tentaciones satánicas. Entonces las semillas de infidelidad que habían sido sembradas tanto tiempo antes han brotado. Satanás las nutre para que den fruto. Cualquier cosa que proceda de ministros que debieran andar en la luz ejerce una poderosa influencia. Y cuando no han permanecido en la diáfana luz de Dios, Satanás los ha usado como instrumentos y por su intermedio ha disparado sus dardos encendidos a las mentes que no estaban preparadas para resistir lo que procedía de sus pastores.

Vi que los ministros, como el pueblo, tienen ante ellos una lucha en la que deben resistir a Satanás. El ministro profesional de Cristo se encuentra en una posición temible cuando sirve a los propósitos del tentador al escuchar sus insinuaciones y dejar que cautive la mente y guíe los pensamientos. El pecado más lastimoso a la vista de Dios es dar expresión a la incredulidad y arrastrar otras mentes hacia el mismo tenebroso canal, permitiendo así que Satanás realice un doble propósito al tentarlos. Desestabiliza la mente de aquel cuyo comportamiento ha estimulado sus tentaciones, y luego lo insta a desestabilizar las mentes de muchas personas.

Ya es tiempo de que los vigías de los muros de Sión comprendan la responsabilidad y el carácter sagrado de su misión. Debieran sentir que existe una maldición sobre ellos si no realizan la obra que Dios les ha encomendado. Si son infieles ponen en peligro la seguridad del rebaño de Dios, hacen peligrar la causa de la verdad y la exponen al ridículo de los enemigos. ¡Oh, qué obra es ésta! Ciertamente recibirá la recompensa que merece. Algunos ministros, como también miembros, necesitan convertirse. Necesitan ser deshechos para luego ser formados de nuevo. Su obra entre las iglesias está más que perdida, y en su condición presente llena de debilidad y vacilación, agradaría masa Dios que cesaran en sus esfuerzos por ayudara otros y trabajaran (338) con sus manos hasta quedar convertidos. Entonces podrían fortalecer a sus hermanos.

Los ministros deben levantarse. Profesan ser generales del ejército del gran Rey, y al mismo tiempo son simpatizantes con el gran dirigente rebelde y su hueste. Algunos han expuesto la causa de Dios, y las sagradas verdades de su palabra, a los vituperios de las huestes rebeldes. Se han despojado de una parte de su armadura, y Satanás les ha lanzado sus dardos envenenados. Han fortalecido las manos de los dirigentes rebeldes y se han debilitado, y permitido que Satanás y su hueste diabólica levantaran sus cabezas en triunfo y se regocijaran por la victoria que se les ha permitido ganar. ¡Oh, cuánta falta de sabiduría! ¡Cuánta ceguera! ¡Qué táctica necia manifestada al abrir sus puntos débiles a sus enemigos más mortales! ¡Cuán diferente del proceder de Lutero! Estaba dispuesto a sacrificar su vida, si eso era necesario, pero jamás la verdad. El dijo: «Tan sólo cuidemos de que el Evangelio no quede expuesto a los insultos de los impíos, y derramemos nuestra sangre en su defensa antes que permitirles triunfar. ¿Quién puede decir si mi vida o mi muerte harían una mayor contribución a la salvación de mis hermanos?»

Dios no depende de ningún hombre para el progreso de su causa. Está suscitando hombres y los está capacitando para que lleven el mensaje al mundo. Puede perfeccionar su fortaleza en la debilidad de los hombres. El poder es de Dios. La facilidad de palabra, la elocuencia y los grandes talentos no convertirán una sola alma. Los esfuerzos realizados en el púlpito puede ser que estimulen las mentes, los claros argumentos pueden ser convincentes, pero Dios produce los resultados. Hombres piadosos, fieles y santos, que practican en su vida diaria lo que predican, ejercerán influencia para salvación. Un poderoso discurso presentado desde el púlpito puede afectar las mentes; pero una pequeña imprudencia cometida por el ministro, una falta de seriedad en la predicación y de piedad genuina, contrarrestarán su influencia y suprimirán las buenas impresiones que haya producido. Los conversos serán suyos, y en muchos casos no tratarán de elevarse más alto que su ministro. No llevarán a cabo un trabajo cabal en el corazón. No se han convertido a Dios. La obra es superficial y su influencia será un perjuicio para los que verdaderamente buscan al Señor.

El éxito de un ministro depende en gran medida de su comportamiento cuando no está en el púlpito.

Cuando deja de predicar y se aleja del púlpito, su obra no ha concluido; tan sólo ha comenzado. (339) Entonces debe practicarlo que ha predicado. No debe actuar descuidadamente, sino que debe velar sobre sí mismo para que ninguna cosa que haga o diga sea aprovechada por el enemigo para acarrear oprobio sobre la causa de Cristo. Los ministros no pueden ser descuidados, especialmente cuando están con los jóvenes. No debieran emplear un lenguaje liviano, ni hacer bromas y chistes, sino que debieran recordar que están en el lugar de Cristo y que debieran ilustrar la vida de Cristo mediante su ejemplo. «Porque nosotros somos colaboradores juntamente con Dios» (1 Cor. 3:9). «Así pues, nosotros, como colaboradores suyos, os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios» (2 Cor. 6:1).
Se me mostró que la utilidad de los jóvenes ministros, casados o solteros, con frecuencia queda destruida por el apego afectivo que mujeres jóvenes manifiestan hacia ellos. Tales hermanas no comprenden que otros ojos las miran, y que su comportamiento puede tender a perjudicar en gran medida la influencia del ministro a quien prestan tanta atención. Si respetaran estrictamente los principios que gobiernan el comportamiento adecuado, sería mucho mejor para ellas y para su ministro. Eso los coloca en una posición desagradable y hace que otros los juzguen mal. Sin embargo vi que la responsabilidad en este asunto corresponde a los ministros mismos. Debieran considerar con disgusto estas actitudes, y si adoptan el comportamiento que Dios desea que sigan, no serán importunados durante mucho tiempo. Debieran evitar toda apariencia de mal, y cuando algunas mujeres jóvenes sean demasiado sociables, es su deber hacerles ver que eso no les agrada. Deben rechazar ese atrevimiento aun a riesgo de parecer descorteses. Esas actitudes deben ser reconvenidas para evitar que la causa se cubra de oprobio. Las mujeres jóvenes que se han convertido a la verdad y a Dios escucharán el reproche y cambiarán de actitud.
Los pastores debieran continuar los esfuerzos realizados en público mediante trabajo privado y personal efectuado en favor de las almas toda vez que se presente una oportunidad, conversando en el hogar e instando a la gente a buscar las cosas que contribuyen a proporcionarles paz. Nuestra obra terrena pronto concluirá, y cada persona recibirá su recompensa según sus obras. Se me mostró la recompensa de los santos, la herencia inmortal, y vi que quienes habían soportado más por causa de la verdad no pensarán en las tribulaciones y dificultades que tuvieron que soportar, sino que pensarán que el Cielo vale mucho más que sus padecimientos.

MAL EMPLEO DE LAS VISIONES.-
Se me ha mostrado que algunos, especialmente en el Estado de Iowa, convierten las visiones en reglas para medirlo todo, y han adoptado una manera de proceder que mi esposo y yo nunca hemos seguido. Algunos no están familiarizados conmigo ni con mi trabajo y son muy escépticos con cualquier cosa que se parezca a una visión. Esto es algo natural y puede superarse sólo mediante la experiencia. Si hay personas que se sienten inseguras con respecto a las visiones, no hay que desecharlas. La manera de proceder con ellas se encuentra en el Testimonio No. 8, en este mismo tomo; espero que todos lo lean. Los ministros debieran manifestar compasión con algunos miembros para ayudarles; otros se salvan por temor y hay que sacarlos del fuego. Los ministros de Dios debieran actuar con sabiduría para dar a cada uno su porción de comida, y para hacer esa diferencia con distintas personas según lo requiera cada caso. El trato dado a algunos en Iowa, que no estaban familiarizados conmigo, no ha sido cuidadoso ni consecuente. Los que no tenían conocimiento de las visiones han sido tratados del mismo modo como los que habían tenido mucha luz y experiencia con ellas. A algunos se les ha exigido que respaldasen las visiones, cuando no podían hacerlo a conciencia, y de este modo algunas personas honradas han sido empujadas a oponerse a las visiones y a mi persona, cosa que no habrían hecho si sus casos se hubieran manejado con discreción y misericordia.
Algunos de nuestros hermanos tienen larga experiencia con la verdad y durante años han estado familiarizados conmigo y con la influencia de las visiones. Han probado la veracidad de estos testimonios y han afirmado su creencia en ellos. Han experimentado la poderosa influencia del Espíritu

de Dios sobre ellos como testimonio de la autenticidad de las visiones. Si tales personas, cuando son reprochadas por las visiones, se alzan contra ellas y trabajan en secreto para perjudicar nuestra influencia, habría que tratar fielmente con ellas, porque su influencia pone en peligro a los que no tienen experiencia.

Los ministros de la verdad presente debieran manifestar paciencia, mientras presentan testimonios específicos, reprochan males individuales y procuran desbaratar los ídolos y quitarlos del campamento de Israel. Debieran predicar la verdad en toda su solemnidad e importancia, y si esto se abre camino hasta el corazón, hará en (341) favor del que recibe el testimonio una obra que ninguna otra cosa puede realizar. Pero si la verdad expresada en la manifestación del Espíritu no desbarata los ídolos, no servirá de nada censurar y sancionar a la persona. Podría parecer que algunos están unidos a sus ídolos, pero vi que debiéramos resistimos a abandonara esas pobres personas engañadas. Debiéramos recordar siempre que todos somos mortales que cometemos errores, y que Cristo actúa con mucha misericordia hacia nuestras debilidades, y nos ama aunque erremos. Si Dios nos tratara en la misma forma como tratamos a otros, seríamos consumidos. Mientras los ministros predican la verdad clara y penetrante, deben dejar que la verdad corte y desbaste y no hacerlo ellos. Debieran colocar el hacha, las verdades de Dios, a la raíz del árbol, porque así se conseguirá algo.

Entregad el testimonio tan recto como se encuentra en la palabra de Dios, con un corazón rebosante de la cálida y vivificante influencia de su Espíritu, con ternura y anhelo por las almas, y la obra entre el pueblo de Dios se llevará a cabo. La razón por la cual se manifiesta tan poco del Espíritu de Dios es que los ministros aprenden a pasarse sin él. Les falta la gracia de Dios, carecen de misericordia y paciencia, adolecen de espíritu de consagración y sacrificio; y ésta es la única razón por la cual algunos dudan de la evidencia de la palabra de Dios. El problema no se encuentra de ningún modo en la palabra de Dios, sino en ellos mismos. Les falta la gracia de Dios, devoción, piedad personal y santidad. Eso los hace ser inestables, y con frecuencia los arroja en el campo de batalla de Satanás. Vi que por muy eficazmente que los hombres hayan defendido la verdad, por muy piadosos que causen la impresión de ser, cuando comienzan a hablar de incredulidad en relación con algunos pasajes bíblicos, alegando que los hacen dudar de la inspiración de la Biblia, debiéramos temerles, porque Dios está muy lejos de ellos.

PADRES E HIJOS.-

Se me ha mostrado que mientras los padres que temen a Dios imponen restricciones a sus hijos, deben estudiar sus disposiciones y temperamentos, y tratar de suplir sus necesidades. Algunos padres atienden cuidadosamente las necesidades temporales de sus hijos; (342) los cuidan bondadosa y fielmente mientras están enfermos, y luego consideran que han cumplido todo su deber. En esto cometen un error. Tan sólo han empezado su trabajo. También deben suplir las necesidades de sus mentes. Se requiere habilidad para aplicar los debidos remedios a la curación de una mente herida.

Los niños han de soportar pruebas tan duras, y de naturaleza tan aflictiva, como las de las personas mayores. Los padres mismos no tienen siempre una disposición anímica uniforme. A menudo experimentan incertidumbre e indecisión. Trabajan bajo la influencia de opiniones y sentimientos erróneos. Satanás los azota y ceden a sus tentaciones. Hablan con irritación y de una manera que estimula la ira en sus hijos, y son a veces exigentes e irritables. Los pobres niños participan del mismo espíritu, y los padres no están preparados para ayudarles, porque ellos son la causa de la dificultad. A veces todo parece ir mal. Hay intranquilidad en el ambiente, y todos pasan momentos desdichados. Los padres echan la culpa a los pobres niños, y piensan que son desobedientes e indisciplinados, los peores niños del mundo, cuando la causa de la dificultad reside en ellos mismos.

Algunos padres causan borrascas emocionales por su falta de imperio sobre sí mismos. En vez de pedir bondadosamente a sus hijos que hagan esto o aquello, les dan órdenes en tono de reprensión, y al mismo tiempo tienen en los labios censuras o reproches que sus hijos no merecían. Padres, este

comportamiento destruye la alegría y la ambición en vuestros hijos. Cumplen vuestras órdenes, no por amor, sino porque no se atreven a obrar de otro modo. No ponen su corazón en el asunto. Les resulta un trabajo penoso en vez de un placer; y a menudo por esto mismo se olvidan de seguir todas vuestras indicaciones, lo cual hace crecer vuestra irritación y empeora la situación de los niños. Las censuras se repiten; se les pinta con vivos colores su mala conducta, hasta que el desaliento se posesiona de ellos, y no les interesa agradaron. Se apodera de ellos un espíritu que los impulsa a decir: «A mi qué me importa», y van a buscar fuera del hogar, lejos de sus padres, el placer y deleite que no encuentran en casa. Frecuentan las compañías de la calle, y pronto se corrompen tanto como los peores.

¿Sobre quién pesa este gran pecado? Si se hubiese hecho atrayente el hogar, si los padres hubiesen manifestado afecto por sus hijos, si con bondad les hubiesen encontrado ocupación, enseñándoles (343) con amor a obedecer a sus deseos, habrían hallado respuesta en sus corazones; y los hijos, con corazones, manos y pies voluntarios, les habrían obedecido prestamente. Ejerciendo dominio sobre sí mismos, hablándoles con bondad y elogiándolos cuando tratan de hacer lo recto, los padres pueden estimular los esfuerzos de sus hijos, hacerlos muy felices y rodear el círculo de la familia con un encanto que despejará toda lobreguez y hará penetrar en él la alegría como la luz del sol.

A veces los padres disculpan su propio mal comportamiento con la excusa de que no se sienten bien. Están nerviosos y piensan que no pueden ser pacientes ni serenos, ni hablar de una manera agradable. En esto se engañan y agradan a Satanás, quien se regocija porque ellos no consideran que la gracia de Dios es suficiente para vencer las flaquezas naturales. Pueden y deben dominarse en toda ocasión. Dios se lo exige. Deben darse cuenta de que cuando ceden a la impaciencia e inquietud hacen sufrir a otros. Los que los rodean son afectados por el espíritu que ellos manifiestan, y si a su vez actúan impulsados por el mismo espíritu, el daño aumenta y todo sale mal.

Padres, cuando os sentís nerviosos, no debéis cometer el grave pecado de envenenar a toda la familia con esta irritabilidad peligrosa. En tales ocasiones, ejerced sobre vosotros mismos doble vigilancia, y resolved en vuestro corazón no ofender con vuestros labios, sino pronunciar solamente palabras agradables y alegres. Decíos: «No echaré a perder la felicidad de mis hijos con una sola palabra de irritación». Dominándoos así vosotros mismos, os fortaleceréis. Vuestro sistema nervioso no será tan sensible. Quedaréis fortalecidos por los principios de lo recto. La conciencia de que estáis desempeñando fielmente vuestro deber, os fortalecerá. Los ángeles de Dios sonreirán al ver vuestros esfuerzos, y os ayudarán.

Cuando os sentís impacientes, con demasiada frecuencia pensáis que la causa está en vuestros hijos, y les echáis la culpa cuando no la merecen. En otras ocasiones, ellos podrían hacer las mismas cosas, y todo sería aceptable y correcto. Los niños conocen, notan y sienten estas irregularidades y ellos tampoco son siempre los mismos. A veces están más o menos preparados para arrostrar actitudes variables; y en otras ocasiones están nerviosos e intranquilos, y no pueden soportar la censura. Su espíritu se subleva en rebelión contra ella. Los padres quieren que se tenga en cuenta su (344) estado mental, y sin embargo no siempre ven la necesidad de hacer las mismas concesiones a sus pobres hijos. Disculpan en sí mismos aquello que censurarían severamente si lo advirtieran en sus hijos, que no tienen tantos años de experiencia y disciplina.

Algunos padres de temperamento nervioso, cuando están cansados por el trabajo y oprimidos por la congoja, no conservan la serenidad mental, sino que manifiestan hacia aquellos que debieran serles más preciosos en este mundo una irritación e intolerancia que desagradan a Dios y extienden una nube sobre la familia. Con tierna simpatía, debe calmarse a los niños en sus dificultades. La bondad y tolerancia mutuas harán del hogar un paraíso y atraerán a los ángeles santos al círculo de la familia.

La madre puede y debe hacer mucho para dominar sus nervios y su ánimo cuando está deprimida. Aun cuando está enferma, puede, si se educa a sí misma, manifestar una disposición agradable y alegre, y puede soportar más ruido de lo que una vez creyera posible. No debiera hacer sentir a los niños su propia flaqueza y nublar sus mentes jóvenes y sensibles por su propia depresión de espíritu,

haciéndoles sentir que la casa es una tumba y que la alcoba de la madre es el lugar más lúgubre del mundo. La mente y los nervios se entonan y fortalecen por el ejercicio de la voluntad. En muchos casos, la fuerza de voluntad resultará ser un poderoso calmante de los nervios.
No dejéis que vuestros hijos os vean con rostros ceñudos. Si ellos ceden a la tentación, y luego ven su error y se arrepienten de él, perdonadles tan generosamente como esperáis ser perdonados por vuestro Padre celestial. Instruidlos bondadosamente y ligadlos a vuestro corazón. Este es un tiempo crítico para los hijos. Los rodearán influencias tendientes a separarlos de vosotros, y debéis contrarrestarlas. Enseñadles a hacer de vosotros sus confidentes. Permitidles contaron sus pruebas y alegrías. Así los salvaréis de muchas trampas que Satanás ha preparado para sus pies inexpertos. No tratéis a vuestros hijos únicamente con severidad, olvidándoos de vuestra propia niñez, y olvidando que ellos no son sino niños. No esperéis de ellos que sean perfectos, ni tratéis de obligarlos a actuar como hombres y mujeres en seguida. Obrando así, cerraríais la puerta de acceso quede otra manera pudierais tener hacia ellos, y los impulsaríais a abrir la puerta a las influencias perjudiciales, que permitirían a otros envenenar sus mentes juveniles antes de advertir el peligro. (345)
Satanás y su hueste están haciendo arduos esfuerzos para desviar la mente de los niños, y éstos deben ser tratados con franqueza, ternura y amor cristianos. Esto os dará una poderosa influencia sobre ellos, y les hará sentir que pueden depositar una confianza ilimitada en vosotros. Rodead a vuestros hijos de los encantos del hogar y de vuestra compañía. Si lo hacéis, no tendrán mucho deseo de trabar relaciones con otros jóvenes. Satanás obra por medio de dichas relaciones, y trata de que las mentes ejerzan una mutua influencia corruptora. Esta es la manera más eficaz en que pueda trabajar. Los jóvenes tienen una influencia poderosa unos sobre otros. Su conversación no es siempre selecta y elevada. Oyen malas conversaciones que, si no se resisten con decisión, se alojan en el corazón, para arraigar allí, crecer hasta dar frutos y corromper las buenas costumbres. A causa de los males que imperan hoy en el mundo, y de la restricción que es necesario imponer a los hijos, los padres deben tener doble cuidado de ligarlos a sus corazones y de hacerles comprender que buscan su felicidad.
Los padres no deben olvidar cuánto anhelaban en su niñez la manifestación de simpatía y amor, y cuán desgraciados se sentían cuando se les censuraba y reprendía con irritación. Deben rejuvenecer sus sentimientos, y transigir mentalmente para comprenden las necesidades de sus hijos. Sin embargo, con firmeza mezclada de amor, deben exigirles obediencia. La palabra de los padres debe ser obedecida implícitamente.
Los ángeles de Dios vigilan a los niños con el más profundo interés para ver qué carácter adquieren. Si Cristo tratase con nosotros como a menudo tratamos a los demás y a nuestros hijos, tropezaríamos y caeríamos de puro desaliento. Vi que Jesús conoce nuestras flaquezas, y ha experimentado lo mismo que nosotros en todo, menos en el pecado. Por lo tanto, nos ha preparado una senda adecuada a nuestra fuerza y capacidad, y como Jacob, ha andado suavemente y con serenidad con los niños según lo que ellos pudieran soportar, a fin de sostenernos por el consuelo de su compañía y servirnos de guía perpetuamente. El no desprecia, descuida ni deja atrás a los niños del rebaño. El no nos ha ordenado que avancemos y los dejemos. El no ha viajado tan apresuradamente como para dejarnos rezagados juntamente con nuestros hijos. ¡Oh, no; sino que ha emparejado la senda de la vida, aun para los niños! Y requiere que los padres, en su nombre, los conduzcan por el (346) camino estrecho. Dios nos ha señalado una senda adecuada a la fuerza y capacidad de los niños.

LA OBRA EN EL ESTE.-
Se me ha mostrado que ha llegado el momento de realizar una obra más eficaz en el Este. Por fin se ha sentido allá la necesidad de organización y orden. Ahora los ministros no se sentirán obligados a trabajar bajo las circunstancias desanimadoras que imperaban antes. El ángel de la misericordia bate sus alas sobre el Este. Dijo el ángel: «Fortaleced las cosas que quedan. Proclamad el mensaje a quienes no lo han oído" Hay algunos en el Este que correrán peligro de ir a extremos cuando el Señor reavive

su obra entre ellos. Debieran recordar que el Señor alejó su obra de ellos y la llevó al Oeste para humillarlos, y para subyugar el espíritu de independencia y rebelión que habían manifestado, y ayudarles a apreciar mejor los esfuerzos de sus fieles siervos.

TESTIMONIO DIEZ: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA.-
PELIGROS DE LA JUVENTUD.-

EL 6 de Junio de 1863 me fueron mostrados algunos de los peligros que corre la juventud. Satanás está dominando las mentes de los jóvenes y extraviando sus pies inexpertos. Ellos ignoran sus designios y, en estos tiempos peligrosos, los padres deben despertar y trabajar con perseverancia y laboriosidad para rechazar el primer ataque del enemigo. Deben instruir a sus hijos, cuando salen, cuando entran, cuando se levantan y cuando se sientan, dándoles renglón tras renglón, precepto tras precepto, un poco aquí y un poco allá.

El trabajo de la madre empieza con el niño lactante. Ella debe conquistar la voluntad y el genio de su hijo, ponerlo en sujeción y enseñarle a obedecer. Y a medida que el niño crezca, no relaje la disciplina. Cada madre debe tomarse tiempo para razonar con sus hijos, para corregir sus errores y enseñarles pacientemente el buen camino. Los padres cristianos deben saber que están construyendo y preparando a sus hijos para ser hijos de Dios. Toda la experiencia religiosa de los niños queda afectada por las instrucciones dadas, y el carácter se reforma en la niñez. Si la voluntad no se subyuga entonces, ni se la hace someter a la voluntad de los padres, será tarea muy difícil enseñarles la lección en los años ulteriores. ¡Qué lucha intensa, qué conflicto costará someter a los requisitos de Dios esa voluntad que nunca fue subyugada! Los padres que descuidan esa obra importante, cometen un grave error y pecan contra sus pobres hijos y contra Dios.

Sucederá a veces que los hijos que se hallan bajo una disciplina estricta se sentirán descontentos. Se volverán impacientes bajo las restricciones, y querrán hacer su voluntad, e ir y venir como les plazca. Especialmente entre los diez y dieciocho años, creerán a menudo que no habría ningún perjuicio en tomar parte en paseos campestres y en otras reuniones con la participación de gente joven; pero sus padres experimentados pueden ver el peligro. Ellos conocen los temperamentos peculiares de sus hijos, conocen la influencia que sobre su mente ejercen esas cosas, y porque desean salvarlos, les evitan estas diversiones excitantes. (348)

Cuando estos hijos deciden por su cuenta abandonar los placeres del mundo, y hacerse discípulos de Cristo, ¡qué carga desaparece de los corazones de los padres cuidadosos y fieles! Y sin embargo, aun entonces no debe cesar la labor de los padres. No se debe dejar a los niños que elijan su propio proceder, ni tampoco que hagan siempre sus propias decisiones. Han empezado tan sólo a lucharen serio contra el pecado, el orgullo, las pasiones, la envidia, los celos, el odio y todos los males del corazón natural. Los padres deben velar y aconsejar a sus hijos, decidir por ellos y mostrarles que si no prestan una obediencia alegre y voluntaria a sus padres, no pueden obedecer voluntariamente a Dios y será para ellos imposible ser cristianos.

Los padres deben animara sus hijos a confiaren ellos, a presentarles las penas de su corazón, sus pequeñas molestias y pruebas diarias. Así podrán los padres aprender a simpatizar con sus hijos y podrán orar con ellos y para ellos, para que Dios los escude y los guíe. Deben revelarles a su Amigo y Consejero infaltable, que se compadecerá de sus flaquezas, porque fue tentado en todo como nosotros, aunque sin pecar.

Satanás tienta a los niños a ser reservados con sus padres, y a elegir sus confidentes entre sus compañeros jóvenes e inexpertos, entre aquellos que no les pueden ayudar, sino que les darán malos consejos. Los niños y las niñas se reúnen y conversan, ríen y bromean, y ahuyentan a Cristo de sus corazones y a los ángeles de su presencia por sus insensateces. La conversación ociosa, relativa a los actos ajenos, las habladurías acerca de ese joven o de aquella niña, agostan los pensamientos y sentimientos nobles, arrancan del corazón los deseos buenos y santos, dejándolo frío y despojándolo

del verdadero amor hacia Dios y su verdad.
Los hijos quedarían a salvo de muchos males si fuesen más familiares con sus padres. Estos deben estimular en sus hijos la disposición a manifestarse confiados y francos con ellos, a acudir a ellos con sus dificultades, a presentarles el asunto tal cual lo ven y a pedirles consejo cuando están confundidos acerca de qué procederes acertado. ¿Quiénes pueden ver y señalarles los peligros mejor que sus padres piadosos? ¿Quién puede comprender también como ellos el temperamento peculiar de sus hijos? La madre que ha vigilado todo el desarrollo de la mente desde la infancia, y conoce su disposición natural, es la que está mejor preparada para aconsejar a sus hijos. ¿Quién puede decir como la madre, ayudada por el padre, cuáles son los rasgos de carácter que deben ser refrenados y mantenidos en jaque? (349)
Los hijos cristianos preferirán el amor y la aprobación de sus padres temerosos de Dios a toda bendición terrenal. Amarán y honrarán a sus padres. Hacer a sus padres felices debe ser una de las principales preocupaciones de su vida. En esta era de rebelión, los hijos no han recibido la debida instrucción y disciplina, y tienen poca conciencia de sus obligaciones hacia sus padres. Sucede a menudo que cuanto más hacen sus padres por ellos, tanto más ingratos son, y menos los respetan. Los niños que han sido mimados y rodeados de cuidados, esperan siempre un trato tal; y si su expectativa no se cumple, se chasquean y desalientan. Esa misma disposición se verá en toda su vida. Serán incapaces, dependerán de la ayuda ajena, y esperarán que los demás los favorezcan y cedan a sus deseos. Y si encuentran oposición, aun en la edad adulta, se creen maltratados; y así recorren su senda por el mundo, acongojados, apenas capaces de llevar su propio peso, murmurando e irritándose a menudo porque no todo les sale a pedir de boca.
Los padres que siguen una conducta errónea enseñan a sus hijos lecciones que les resultarán dañosas, y también siembran espinas para sus propios pies. Piensan que satisfaciendo los deseos de sus hijos y dejándoles seguir sus inclinaciones, obtendrán su amor. ¡Qué error! Los niños así consentidos se crían sin ver restringidos sus deseos, sin saber dominar sus disposiciones, y se vuelven egoístas, exigentes e intolerantes; serán una maldición para sí mismos y para cuantos los rodeen. En gran medida los padres tienen en sus propias manos la felicidad futura de sus hijos. A ellos les incumbe la obra importante de formar el carácter de estos hijos. Las instrucciones que les dieron en la niñez los seguirán durante toda la vida. Los padres siembran la semilla que brotará y dará floto para bien o mal. Pueden hacer a sus hijos idóneos para la felicidad o para la desgracia.
Desde muy temprano se debe enseñara los hijos a ser útiles, a ayudarse a sí mismos y a otros. En nuestra época, muchas hijas pueden, sin remordimiento de conciencia, vera sus madres trabajar, cocinar, lavar o planchar, mientras ellas permanecen en la sala leyendo cuentos, o haciendo crochet o bordados. Sus corazones son tan insensibles como una piedra. Pero, ¿dónde está el origen de este mal? ¿Quiénes son generalmente los más culpables? Los pobres y engañados padres. Ellos pasan por alto el bien futuro de sus hijas, y en su ternura equivocada las dejan en la ociosidad, o les permiten hacer cosas que tienen poca utilidad o no requieren ejercicio de la mente o de los músculos, y (350) luego disculpan a sus hijas indolentes porque son débiles. Pero, ¿qué es lo que las ha debilitado? En muchos casos ha sido la conducta errónea de los padres. Una cantidad apropiada de ejercicio en la casa mejoraría tanto su mente como su cuerpo. Pero, debido a ideas erróneas, las niñas son privadas de dicho ejercicio, hasta que llegan a profesar aversión al trabajo; éste les desagrada, y no concuerda con sus ideas de la finura. Creen que es indigno de una dama, y hasta grosero, lavar los platos, planchar o inclinarse sobre la artesa de lavar ropa. Tal es la instrucción que está de moda dar a las hijas en esta época desdichada.
Los hijos de Dios deben ser gobernados por principios superiores a los de los mundanos, que tratan de medir todo su proceder por la moda. Los padres que temen a Dios deben educar a sus hijos para una vida de utilidad. No deben permitir que sus principios de gobierno estén mancillados por las nociones extravagantes que prevalecen en esta época. Tampoco deben conformarse a las modas ni ser gobernados por las opiniones de los mundanos. No deben permitir a sus hijos que elijan sus compañeros. Enseñadles que es vuestro deber elegirlos por ellos. Preparadlos para llevar cargas

mientras son jóvenes.
Si vuestros hijos no se han acostumbrado al trabajo, pronto se cansarán. Se quejarán de dolores en los costados y en los hombros, y de que tienen los miembros cansados; y vuestra simpatía os hará correr el riesgo de hacer el trabajo vosotros mismos más bien que verlos sufrir un poco. Sea muy ligera al principio la carga impuesta a los niños, y luego vaya aumentando un poco cada día, hasta que puedan hacer la debida cantidad de trabajo sin cansarse. La inactividad es la causa principal de los dolores en los costados y los hombros de los niños.
Hay en esta época una clase de señoritas que son seres sencillamente inútiles, pues sirven solamente para respirar, comer, lucir vestidos y hablar sandeces, mientras sostienen entre los dedos algún tejido o bordado. Pero pocas jóvenes manifiestan juicio sano y buen sentido común. Llevan una vida de mariposas, sin propósito especial. Cuando esta clase de compañías mundanas se reúnen, todo lo que se puede oír son unas pocas observaciones tontas acerca de los vestidos, o algún asunto frívolo; y luego se ríen de sus propias observaciones que consideran muy inteligentes. Esto lo hacen frecuentemente en presencia de personas mayores, que no pueden sino entristecerse ante tal falta de respeto por sus años. Estas jóvenes parecen haber perdido todo sentido de modestia y de buenos modales. Sin embargo, la manera en (351) que han sido instruidas las induce a pensar que su conducta es un dechado de gentileza.
Este espíritu es como una enfermedad contagiosa. El pueblo de Dios debe elegir la compañía que han de frecuentar sus hijos, y enseñarles a evitar la de los mundanos. Las madres deben llevar a sus hijas consigo a la cocina y educarlas pacientemente. Su constitución se beneficiará con este trabajo; sus músculos adquirirán tono y fortaleza, y sus meditaciones serán más sanas y elevadas al fin del día. Tal vez se cansen; pero ¡cuán dulce es el reposo después de trabajar como es debido! El sueño, dulce restaurador natural, vigoriza el cuerpo cansado y lo prepara para los deberes del día siguiente. No causéis en vuestros hijos la impresión de que no importa que trabajen o no. Enseñadles que se necesita su ayuda, que su tiempo es valioso y que contáis con su trabajo.
Se me ha mostrado que mucho pecado es resultado de la ociosidad. Las manos y las mentes activas no hallan tiempo para ceder a toda tentación que el enemigo sugiere; pero las manos y los cerebros ociosos están totalmente preparados para ser dominados por Satanás. Cuando la mente no está debidamente ocupada, se espacia en cosas impropias. Los padres deben enseñar a sus hijos que la ociosidad es pecado. Se me mencionó lo que se dice en Ezequiel 16:49: «He aquí que esta fue la maldad de Sodoma tu hermana: soberbia, saciedad de pan, y abundancia de ociosidad tuvieron ella y sus hijas; y no fortaleció la mano del afligido y del menesteroso».
Los hijos deben sentir que tienen una deuda con sus padres que los han vigilado durante su infancia, y cuidado en tiempos de enfermedad. Deben darse cuenta de que sus padres han sufrido mucha ansiedad por ellos. Los padres piadosos y concienzudos han sentido especialmente el más profundo interés en que sus hijos eligiesen el buen camino. ¡Cuánta tristeza sintieron en sus corazones al ver defectos en sus hijos! Si éstos, que causaron tanto dolor a esos corazones, pudiesen ver el efecto de su conducta, se arrepentirían ciertamente de ella. Si pudiesen ver las lágrimas de su madre, y oír sus oraciones a Dios en su favor, si pudiesen escuchar sus reprimidos y entrecortados suspiros, sus corazones se conmoverían, y prestamente confesarían sus pecados y pedirían perdón. Tanto los de más edad como los jóvenes tienen una obra que hacer. Los padres deben prepararse mejor para desempeñar su deber con sus hijos. Algunos padres no los comprenden a éstos, ni los conocen verdaderamente. A menudo hay una gran distancia entre (352) padres e hijos. Si los padres quisieran compenetrarse plenamente de los sentimientos de sus hijos, y desentrañarlo que hay en sus corazones, se beneficiarían ellos mismos.
Los padres deben obrar fielmente con las almas que les han sido confiadas. No deben estimularen sus hijos el orgullo, el despilfarro y el amor a la ostentación. No deben enseñarles ni permitir que aprendan pequeñas gracias que parecen vivezas en los niños, pero que después tienen que desaprenderse, y que tendrán que corregirse cuando sean mayores. Los hábitos que primero se adquieren no se olvidan

fácilmente. Padres, debéis comenzara disciplinar las mentes de vuestros hijos en la más tierna edad, a fin de que sean cristianos. Tiendan todos vuestros esfuerzos a su salvación. Obrad como que fueron confiados a vuestro cuidado para ser labrados como preciosas joyas que han de resplandecer en el reino de Dios. Cuidad de no estar arrullándolos al borde del abismo de la destrucción, con la errónea idea de que no tienen bastante edad para ser responsables, ni para arrepentirse de sus pecados y profesara Cristo.

Se me refirió a las muchas promesas preciosas registradas para aquellos que buscan temprano a su Salvador. «Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: No tengo en ellos contentamiento» (Ecle. 12:1). «Yo amo a los que me aman, y me hallan los que temprano me buscan» (Prov. 8:17). El gran Pastor de Israel dice, además: «Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos» (Mat. 19:14). Enseñad a vuestros hijos que la juventud es el mejor tiempo para buscar al Señor. Entonces las cargas de la vida no pesan sobre ellos, y sus mentes juveniles no están agobiadas por las preocupaciones y responsabilidades. Mientras están así libres, deben dedicar lo mejor de su fuerza a Dios.

Estamos viviendo en una época desdichada para los niños. Se siente una fuerte corriente que arrastra hacia abajo, hacia la perdición, y se necesita algo más que la experiencia y las fuerzas de un niño para remontar esa corriente y no ser llevado por ella. Los jóvenes en general parecen cautivos de Satanás, y éste y sus ángeles los llevan a una destrucción segura. Satanás y sus huestes hacen guerra contra el gobierno de Dios. A todos los que tienen deseo de entregar su corazón al Señor y de obedecer sus requerimientos, Satanás tratará de causarles dudas y confusión y de vencerlos con sus tentaciones, a fin de que se desalienten y renuncien a la lucha. (353)

Padres, ayudad a vuestros hijos. Despertad del letargo que ha pesado sobre vosotros. Velad continuamente para detener la corriente y rechazar el peso del mal que Satanás está echando sobre vuestros hijos. Los niños no pueden hacer esto de por sí, pero los padres pueden hacer mucho. Mediante la oración ferviente y la fe viva, ganarán grandes victorias. Algunos padres no se han dado cuenta de las responsabilidades que pesan sobre ellos, y han descuidado la educación religiosa de sus hijos. Por la mañana, los primeros pensamientos del cristiano deben fijarse en Dios. Los trabajos mundanales y el interés personal deben ser secundarios. Debe enseñarse a los niños a respetar y reverenciar la hora de oración. Antes de salir de la casa para ir a trabajar, toda la familia debe ser convocada, y el padre, o la madre en ausencia del padre, debe rogar con fervor a Dios que los guarde durante el día. Acudid con humildad, con un corazón lleno de ternura, presintiendo las tentaciones y peligros que os acechan a vosotros y a vuestros hijos, y por la fe atada estos últimos sobre el altar, solicitando para ellos el cuidado del Señor. Los ángeles ministradores guardarán los niños así dedicados a Dios. Es el deber de los padres creyentes levantar así, mañana y tarde, por ferviente oración y fe perseverante, una valla en derredor de sus hijos. Deben instruirlos con paciencia, enseñándoles bondadosa e incansablemente a vivir de tal manera que agraden a Dios.

La impaciencia de los padres excita la de los hijos. La ira manifestada por los padres, crea ira en los hijos, y despierta lo malo de su naturaleza. Algunos padres corrigen a sus hijos severamente con impaciencia, y muchas veces con ira. Tales correcciones no producen ningún buen resultado. Al tratar de corregir un mal, se crean dos. La censura continua y el castigo corporal endurecen a los niños y los separan de sus padres.

Estos deben aprender primero a dominarse a sí mismos; y entonces podrán dominar con más éxito a sus hijos. Cada vez que pierden el dominio propio, y hablan y obran con impaciencia, pecan contra Dios. Deben primero razonar con sus hijos, señalarles claramente sus equivocaciones, mostrarles su pecado, y hacerles comprender que no sólo han pecado contra sus padres, sino contra Dios. Teniendo vuestro propio corazón subyugado y lleno de compasión y pesar por vuestros hijos errantes, orad con ellos antes de corregirlos. Entonces vuestra corrección no hará que vuestros hijos os odien. Ellos os amarán.

Verán que no los castigáis porque os han causado inconvenientes, ni porque (354) queréis desahogar vuestro desagrado sobre ellos, sino por un sentimiento de deber, para beneficio de ellos, a fin de que no se desarrollen en el pecado.
Algunos padres no han dado educación religiosa a sus hijos y han descuidado también su educación escolar. Ni la una ni la otra debieran haberse descuidado. Las mentes de los niños son activas, y si ellos no se dedican al trabajo físico o se ocupan en el estudio, quedarán expuestos a las malas influencias. Es un pecado de parte de los padres dejar a sus hijos crecer en la ignorancia. Deben proporcionarles libros útiles e interesantes, deben enseñarles a trabajar, a tener sus horas de trabajo físico y sus horas de estudio y lectura. Los padres deben tratar de elevar las mentes de sus hijos, y de cultivar sus facultades mentales. La mente, abandonada a sí misma, sin cultivo, es generalmente baja, sensual y corrupta. Satanás aprovecha su oportunidad, y educa las mentes ociosas.
Padres, el ángel registrador escribe toda palabra impaciente e irritada que decís a vuestros hijos. Cada vez que dejáis de darles las instrucciones debidas y de mostrarles el carácter excesivamente grave del pecado y el resultado final de una conducta pecaminosa, ello queda registrado frente a vuestro nombre. Cada palabra que decís descuidadamente delante de ellos, aunque sea en broma, cada palabra que no sea casta y elevada, queda anotada por el ángel como una mancha sobre vuestro carácter cristiano. Todos vuestros actos quedan registrados, sean buenos o malos.
Los padres no pueden tener éxito en el gobierno de sus hijos antes de haber adquirido perfecto dominio sobre sí mismos. Deben primero aprender a subyugarse, a dominar sus palabras y la misma expresión de su rostro. No deben permitir que se turbe el tono de su voz, o se agite con excitación e ira. Entonces podrán tener una influencia decisiva sobre sus hijos. Los hijos pueden desear hacer lo recto, pueden proponerse en su corazón ser obedientes y bondadosos para con sus padres o tutores; pero necesitan ayuda y estímulo de parte de ellos. Pueden hacer buenas resoluciones, pero a menos que sus principios sean fortalecidos por la religión y en sus vidas reine la influencia de la gracia renovadora de Cristo, no alcanzarán su objetivo.
Los padres deben duplicar sus esfuerzos para la salvación de sus hijos. Deben instruirlos con fidelidad, y no permitir que obtengan su educación ellos mismos como mejor puedan. No se debe permitir que los jóvenes aprendan lo bueno y lo malo indistintamente, con la idea (355) de que en algún tiempo futuro lo bueno prevalecerá y lo malo perderá influencia. Lo malo se desarrolla más rápidamente que lo bueno. Es posible que lo malo que hayan aprendido sea erradicado después de muchos años; pero ¿quién quiere correr ese riesgo? El tiempo es corto. Es más fácil y mucho más seguro sembrar semilla limpia y buena en el corazón de vuestros hijos, que arrancar las malas hierbas después. Es el deber de los padres velar para que las influencias que rodean a sus hijos no tengan un efecto perjudicial sobre ellos. Es su deber elegirles los compañeros que han de tener y no dejar que ellos mismos los elijan. ¿Quién cumplirá este deber si los padres no lo hacen? ¿Pueden los demás tener en favor de vuestros hijos el interés que debierais tener vosotros? ¿Pueden ejercer ese cuidado constante y amor profundo que sienten los padres?
Puede suceder que los niños observadores del sábado se impacienten por las restricciones y piensen que sus padres son demasiado estrictos; y hasta puede suceder que se susciten en sus corazones sentimientos duros y lleguen a alimentar pensamientos de descontento y pesar contra aquellos que obran para su bien presente, futuro y eterno. Pero si llegan a vivir algunos años más, bendecirán a sus padres por el cuidado estricto y la vigilancia fiel que ejercieron sobre ellos en sus años de inexperiencia.
Los padres deben explicar y simplificar ante sus hijos el plan de salvación, a fin de que sus mentes juveniles puedan comprenderlo. Los niños de ocho, diez y doce años tienen ya bastante edad para que se les hable de la religión personal. No mencionéis a vuestros hijos algún período futuro en el que tendrán edad suficiente para arrepentirse y creer en la verdad. Si son debidamente instruidos, los niños, aun los de poca edad, pueden tener opiniones correctas acerca de su estado de pecado y el camino de

salvación por Cristo. Los predicadores manifiestan generalmente demasiada indiferencia hacia la salvación de los niños, y su obra no es tan personal como debiera ser. Muchas veces se pierden áureas oportunidades de impresionar las mentes de los niños.

La mala influencia que rodea a nuestros hijos es casi abrumadora; está corrompiendo sus mentes y arrastrándolos a la perdición. Las mentes juveniles son por naturaleza dadas a la liviandad; y en su tierna edad, antes que su carácter esté formado y su juicio maduro, manifiestan a menudo su preferencia por compañías que ejercen sobre ellos una influencia perjudicial. Algunos adquieren afición al sexo opuesto, contra los deseos y ruegos de sus padres, y violan, deshonrándolos (356) así, el quinto mandamiento. Es deber de los padres vigilar las salidas y las entradas de sus hijos. Deben estimularlos y presentarles incentivos que los atraigan al hogar y les hagan ver que sus padres se interesan en ellos. Deben hacer alegre y placentero el hogar.

Padres y madres, hablad bondadosamente a vuestros hijos; recordad cuán sensibles sois vosotros mismos y cuán poca censura podéis soportar; reflexionad y reconoced que vuestros hijos son como vosotros. No les impongáis lo que vosotros mismos no podéis llevar. Si no podéis soportarla censura y la inculpación, tampoco lo pueden vuestros hijos, que son más débiles que vosotros y no pueden aguantar tanto. Sean vuestras palabras agradables y alegres como rayos de sol en la familia. Los frutos del dominio propio, la atención y el esmero que manifestéis se centuplicarán.

Los padres no tienen derecho a ensombrecer la felicidad de sus hijos por su censura o severa crítica por errores triviales. Lo que es verdaderamente malo debe ser presentado en el verdadero carácter pecaminoso que tiene y se debe proceder con firmeza y decisión para evitar que se repita. Debe hacerse sentir a los niños el mal que han hecho, pero no se les debe dejar en un estado mental desesperado, sino con cierto grado de valor a fin de que puedan mejorar y ganar vuestra confianza y aprobación.

Algunos padres cometen el error de conceder a sus hijos demasiada libertad. Tienen a veces tanta confianza en ellos que no ven sus defectos. Es malo permitir a los niños realizar visitas distantes que entrañen cierto gasto, sin estar acompañados de sus padres o tutores. Ello ejerce una mala influencia sobre los niños. Llegan a pensar que son muy importantes y que les pertenecen ciertos privilegios, y si éstos no les son concedidos, se creen maltratados. Hacen alusión a otros niños que van y vienen y tienen muchos privilegios, mientras que ellos tienen tan pocos.

La madre, temiendo que sus hijos la crean injusta, satisface sus deseos, lo cual les causa gran perjuicio. Los jóvenes visitantes, que no se hallan bajo el ojo vigilante de alguno de sus padres, de modo que éstos puedan ver y corregir sus faltas, reciben a menudo impresiones cuya supresión requiere meses. Se me refirieron casos de padres que tenían hijos buenos y obedientes y que, teniendo la mayor confianza en ciertas familias, dejaron que sus hijos se alejasen por un tiempo de su lado para visitara estos amigos. Desde entonces se notó un cambio completo en la conducta y el carácter de esos hijos. Antes, vivían (357) contentos y felices en el hogar, y no tenían muchos deseos de hallarse en compañía de ciertas personas jóvenes. Cuando volvieron a sus padres, la restricción les pareció injusta, y el hogar una cárcel. Decisiones tan imprudentes de parte de los padres deciden el carácter de sus hijos.

Al hacer visitas tales, algunos niños traban relaciones que al fin los conducen a la ruina. Padres, conservad a vuestros hijos a vuestro lado si podéis, y vigiladlos con la más tierna solicitud. Cuando los dejáis ir de visita a cierta distancia, se sienten con bastante edad para cuidarse y hacer sus propias decisiones. Cuando se deja a los jóvenes así abandonados a sí mismos, su conversación versa a menudo sobre temas que no los refinan ni elevan, ni tampoco aumentan su amor por lo que atañe a la religión. Cuanto mayor sea el número de visitas que se les permite hacer, tanto mayor será el deseo de realizarlas y menos atrayente les parecerá el hogar.

Hijos, Dios consideró propio confiaron al cuidado de vuestros padres, para que ellos os instruyan y disciplinen, y desempeñen su parte en formar vuestro carácter para el cielo. Pero a vosotros os incumbe decir si queréis adquirir un buen carácter cristiano aprovechando las ventajas que significa para vosotros el haber tenido padres piadosos, fieles y vigilantes en la oración. A pesar de toda la ansiedad y

la fidelidad de los padres en favor de sus hijos, ellos solos no pueden salvarlos. Los hijos tienen también una obra que hacer. Cada hijo tiene que atender su caso individual. Padres creyentes, os incumbe una obra de responsabilidad para guiar los pasos de vuestros hijos aun en su experiencia religiosa. Cuando amen verdaderamente a Dios os bendecirán y reverenciarán por el cuidado que les otorgasteis y por vuestra fidelidad al restringir sus deseos y subyugar sus voluntades.

Prevalece en el mundo la tendencia a dejar a los jóvenes seguir la inclinación natural de su propia mente. Y los padres dicen que si los jóvenes son muy desenfrenados en su adolescencia se corregirán más tarde, y que cuando tengan dieciséis o dieciocho años razonarán por su cuenta, abandonarán sus malos hábitos y llegarán por fina ser hombres y mujeres útiles. ¡Qué error! Durante años permiten que el enemigo siembre en el jardín del corazón, permiten que se desarrollen en él malos principios, y en muchos casos todo el trabajo que se haga para cultivar ese terreno no servirá para nada.

Satanás trabaja con astucia y perseverancia y es un enemigo mortífero. Cuando quiera que se pronuncie una palabra descuidada para perjuicio de la juventud, sea en adulación o para hacer considerar un (358) pecado con menos aborrecimiento, Satanás se aprovecha de ellos y alimenta la mala semilla, a fin de que pueda arraigar y producir abundante cosecha. Algunos padres han dejado a sus hijos adquirir malas costumbres, cuyos rastros podrán verse a través de toda la vida. Los padres son responsables de este pecado. Esos hijos pueden profesar ser cristianos, pero sin una obra especial de la gracia en el corazón y una reforma cabal en la vida, sus malas costumbres pasadas se advertirán en toda su experiencia y manifestarán precisamente el carácter que sus padres les permitieron adquirir.

La norma de la piedad es tan baja entre los que profesan ser cristianos, en general, que los que desean seguir a Cristo con sinceridad, hallan esto más difícil y trabajoso que lo que de otro modo sería. La influencia de los que profesan ser cristianos pero manifiestan un espíritu mundano, perjudica a los jóvenes. Los más de los que profesan ser cristianos han suprimido la línea de demarcación entre los cristianos y el mundo; y aunque profesan vivir por Cristo, están viviendo para el mundo. Su fe ejerce escasa influencia refrenados sobre sus placeres; mientras que profesan ser hijos de la luz andan en oscuridad y son hijos de la noche y de las tinieblas.

Los que andan en tinieblas no pueden amara Dios ni desear sinceramente glorificarle. No son iluminados para discernir la excelencia de las cosas celestiales, y por lo tanto no pueden amarlas de veras. Profesan ser cristianos porque ello es considerado honorable, y no tienen que llevar cruz alguna. Sus motivos son a menudo egoístas. Tales personas, que profesan ser cristianas, pueden entrar en un salón de baile y participar de todas las diversiones que éste proporciona. Otras no pueden ir tan lejos, pero asisten a fiestas, salidas campestres, exposiciones y otras diversiones. Y el ojo más avizor no lograría discernir en los tales cristianos profesos una sola señal de cristianismo. Uno no podría ver en su aspecto diferencia alguna entre ellos y el mayor incrédulo. El cristiano profeso, el disoluto, el que se burla abiertamente de la religión, y el que es francamente profano, todos se mezclan como un solo cuerpo, y Dios los considera uno en espíritu y práctica.

Una profesión del cristianismo, sin la fe y las obras correspondientes no servirá de nada. Nadie puede servir a dos señores. Los hijos del maligno son los siervos de su señor, al cual se entregaron para obedecerle; son sus siervos, y no pueden ser siervos de Dios a menos que renuncien a todas sus obras. No puede ser inofensivo para los siervos del Rey celestial tomar parte en los placeres y diversiones en que (359) participan los siervos de Satanás, aun cuando repitan a menudo que las tales diversiones son inocentes. Dios ha revelado verdades sagradas y santas que han de separara sus hijos de los impíos y purificarlos para sí. Los adventistas del séptimo día deben vivir conforme a su fe. Los que obedecen los diez mandamientos consideran el estado del mundo y las cosas religiosas desde un punto de vista completamente diferente del que tienen los que profesan ser cristianos, pero son amantes de los placeres, rehuyen la cruz y viven violando el cuarto mandamiento.

En el actual estado de la sociedad, no es tarea fácil para los padres refrenara sus hijos e instruirlos de acuerdo con la norma de lo recto que establece la Biblia. Los que profesan tener religión se han

apartado de la Palabra de Dios a tal punto, que cuando los hijos de Dios vuelven a su Palabra sagrada, y quieren educara sus hijos según sus preceptos y, como antiguamente lo hizo Abraham, mandar a su familia después de sí, los pobres niños, que sienten tal influencia en derredor de sí, piensan que sus padres son innecesariamente exigentes y demasiado estrictos para con ellos con respecto a sus compañías. Desean naturalmente seguir el ejemplo de aquellos que profesan ser cristianos, y sin embargo aman los placeres y el mundo.

En estos tiempos, no se conocen casi las persecuciones y el oprobio por amor de Cristo. Muy poca abnegación y sacrificio son necesarios para asumir una forma de piedad y hacer inscribir el nombre de uno en los registros de la iglesia; pero el vivir de tal manera que nuestros caminos agraden a Dios y nuestros nombres estén registrados en el libro de la vida, requerirá vigilancia y oración, abnegación y sacrificio de nuestra parte. Los que profesan ser cristianos no son ejemplo para la juventud, sino tan sólo en la medida en que sigan a Cristo. Las buenas acciones son inequívocos frutos de la verdadera piedad. El Juez de toda la tierra dará a cada uno conforme a sus obras. Los niños que siguen a Cristo tienen una lucha delante de sí; tienen que llevar diariamente una cruz para salir del mundo, mantenerse separados e imitar la vida de Cristo.

ANDAD EN LA LUZ.-

Me fue revelado que los hijos de Dios moran demasiado bajo una nube. No es voluntad de su Padre que ellos vivan en incredulidad. Jesús es luz, y en él no hay tinieblas. Sus hijos son hijos de luz. Son (360) renovados a su imagen y llamados a salir de las tinieblas a su luz admirable. El es la luz del mundo, y lo mismo son los que le siguen. No deben andar en tinieblas, sino obtener la luz de la vida. Cuanto más lucha el pueblo de Dios para imitara Cristo, con tanto mayor perseverancia será perseguido por el enemigo; pero al estar cerca de Cristo se fortalece para resistir los esfuerzos que hace nuestro astuto enemigo para apartarlo de Jesús.

Me fue mostrado que establecemos un número excesivo de comparaciones entre nosotros mismos, tomando a hombres falibles por nuestro modelo, cuando tenemos un Dechado seguro e infalible. No debemos medirnos por el mundo, ni por las opiniones de los hombres, ni por lo que éramos antes de aceptaría verdad. Nuestra fe y nuestra posición en el mundo, tal como son ahora, deben compararse con lo que habrían sido si nuestra senda nos hubiese llevado siempre hacia adelante y hacia arriba desde que profesamos seguir a Cristo. Esta es la única comparación que se puede hacer sin peligro. En cualquier otra que se haga, habrá engaño. Si el carácter moral y el estado espiritual de los hijos de Dios no corresponden a las bendiciones, los privilegios y la luz que él les ha concedido, aquéllos son pesados en la balanza, y los ángeles los declaran faltos.

Algunos parecen ignorar su verdadero estado. Venla verdad, pero no perciben su importancia ni sus requerimientos. Oyen la verdad, pero no la comprenden plenamente, porque no amoldan su vida a ella, y por lo tanto no son santificados por la obediencia. Y sin embargo, permanecen tan despreocupados y satisfechos como si los precediese la nube de día y la columna de fuego de noche, como señales del favor de Dios. Profesan conocer a Dios, pero en sus obras lo niegan. Se declaran su pueblo escogido y peculiar, pero su presencia y poder de salvar hasta lo sumo se manifiestan rara vez en ellos. ¡Cuán grandes son las tinieblas de los tales! Sin embargo, no lo saben. La luz resplandece, pero no lo comprenden. No hay mayor engaño que pueda seducir a la mente humana que aquel de hacer creer a los hombres que están perfectamente bien y que Dios acepta sus obras cuando están pecando contra él. Confunden la forma de la piedad con el espíritu y poder de ella. Suponen que son ricos y no necesitan nada, cuando son pobres, miserables, ciegos y desnudos, y lo necesitan todo.

Hay quienes profesan seguir a Cristo, y sin embargo, no hacen esfuerzo alguno en las cosas espirituales. En cualquier empresa mundanal realizan esfuerzos y manifiestan ambición para lograr su (361) objeto y obtener el fin deseado; pero en la empresa de la vida eterna, donde todo está en juego y donde la felicidad eterna depende de su éxito, obran con tanta indiferencia como si no fuesen agentes

morales, como sí otro estuviese jugando el juego de la vida por ellos, y no tuviesen nada que hacer sino aguardar el resultado. ¡Oh, qué insensatez! ¡Qué locura! Si todos quisieran tan sólo manifestar el grado de ambición, celo y fervor para la vida eterna que manifiestan en sus empresas mundanales, serían vencedores y victoriosos. Vi que cada uno debe obtener experiencia por sí mismo, cada uno debe desempeñar bien y fielmente su parte en el juego de la vida. Satanás aguarda su oportunidad para arrebatar las gracias preciosas cuando estamos desprevenidos, y tendremos que sostener un severo conflicto con las potestades de las tinieblas para retenerlas, o para recuperar una gracia celestial si por falta de vigilancia la perdemos.

Pero me fue mostrado que es privilegio de los creyentes obtener fuerza de Dios para retener todo don precioso. La oración ferviente y eficaz será respetada en el cielo. Cuando los siervos de Cristo toman el escudo de la fe para defenderse, y la espada del Espíritu para la guerra, hay peligro en el campamento del enemigo, y algo debe hacerse. La persecución y el oprobio acechan a aquellos que están dotados de poder de lo alto y dispuestos a ponerlo en acción. Cuando la verdad, en su sencillez y fuerza, prevalezca entre los creyentes y ejerza su influencia contra el espíritu del mundo, será evidente que no hay concordia entre Cristo y Belial. Los discípulos de Cristo deben ser ejemplos vivos de la vida y el espíritu de su divino Maestro.

Jóvenes y ancianos tienen que sostener un conflicto, una guerra. No tienen que dormirse ni por un momento. Un enemigo astuto está constantemente alerta para descarriarlos y vencerlos. Los que creen en la verdad presente deben ser tan vigilantes como su enemigo y manifestar sabiduría para resistir a Satanás. ¿Lo harán? ¿Perseverarán en esta guerra? ¿Se apartarán cuidadosamente de toda iniquidad? Se niega a Cristo de muchas maneras. Podemos negarle hablando de una manera contraria a la verdad, hablando mal de otros, conversando insensatamente o bromeando, o mediante palabras ociosas. En estas cosas manifestamos poca perspicacia o prudencia. Nos debilitamos a nosotros mismos; nuestros esfuerzos son débiles para resistir a nuestro gran enemigo, y somos vencidos. «De la abundancia del corazón habla la boca» (Mat. 12:34). Y por nuestra falta de vigilancia, confesamos que Cristo no está en nosotros. (362)

Los que vacilan en cuanto a dedicarse sin reserva a Dios no siguen fielmente a Cristo. Le siguen a una distancia tan grande que la mitad del tiempo no saben realmente si están siguiendo en sus pisadas o en las del gran enemigo. ¿Por qué tardamos tanto en renunciara nuestro interés en las cosas de este mundo, y admitir a Cristo como nuestro único interés? ¿Por qué habíamos de desear conservar la amistad de los enemigos de nuestro Señor, seguir sus costumbres y ser guiados por sus opiniones? Debemos entregarnos completamente y sin reserva a Dios, apartamos del amor al mundo y a las cosas terrenales, o no podremos ser discípulos de Cristo.

La vida y el espíritu de Cristo son la única norma de excelencia y perfección; y la única conducta segura que podamos seguir es la que él ejemplificó. Si así lo hacemos él nos guiará con sus consejos, y más tarde nos recibirá en la gloria. Debemos contender con diligencia, y estar dispuestos a sufrir mucho a fin de andar en las pisadas de nuestro Redentor. Dios está dispuesto a trabajar por nosotros, a darnos su libre Espíritu, si luchamos, vivimos y creemos para obtenerlo; entonces podremos andar en la luz, como él está en luz. Podremos regocijamos en su amor y beber de su rica plenitud.

LA CAUSA EN EL ESTE.-

El fanatismo que proliferó en años pasados ha dejado sus efectos desoladores en el Este del país. Me fue revelado que en 1844 [año cuando se esperaba la segunda venida de Cristo] Dios probó a su pueblo en lo que concierne al tiempo, pero ninguna fecha que se ha establecido desde entonces ha llevado el sello especial de su mano. No ha vuelto a probar a su pueblo en relación con ninguna fecha especial desde 1844. Hemos estado, y todavía lo estamos, en un tiempo de espera que requiere paciencia. El establecimiento de la fecha de 1854 [que algunos fijaron como posible tiempo de la segunda venida] creó interés y fervor considerables, y muchos supusieron que ese movimiento había estado dirigido por

Dios, porque había sido bastante extenso y al parecer algunos se convirtieron como resultado. Pero esa conclusión no es necesaria. Se predicó mucho en relación con la fecha de 1854, que era razonable y correcto. Algunas personas sinceras aceptaron la verdad juntamente con el error, y debido a eso sacrificaron gran parte de lo que poseían para promover el error, y después del chasco que sufrieron abandonaron tanto la verdad como el error, y (363) actualmente se encuentran en una posición en la que es muy difícil alcanzarlos con la verdad. Algunos de los que soportaron el chasco, han visto las evidencias de la verdad presente, han aceptado el mensaje del tercer ángel y han comenzado a ponerlo en práctica en su vida. Pero por cada persona que creyó en la fecha de 1854, hay diez que fueron perjudicadas; y muchas de éstas se encuentran en una posición en la que no podrán ser convencidas de la verdad, aunque les sea presentada con toda claridad.

La proclamación de la fecha de 1854 contó con la ayuda de un espíritu que no era de Dios. Fue un espíritu ruidoso, áspero, descuidado y exaltado. Muchos consideraban el ruido como un ingrediente esencial de la religión verdadera, y existía la tendencia a hacer descender todo a un nivel inferior. Muchos consideraban eso como humildad; pero cuando alguien se oponía a sus puntos de vista peculiares, se exaltaban instantáneamente, manifestaban un espíritu altivo, y acusaban a los que no concordaban con ellos de ser orgullosos y de resistir la verdad y el poder de Dios.

A los santos ángeles les ha desagradado y repugnado la forma irreverente como muchos han empleado el nombre de Dios, el gran Jehová. Los ángeles pronuncian ese nombre sagrado con mucha reverencia, y siempre velan su rostro cuando lo hacen; y el nombre de Cristo es tan sagrado para ellos que lo pronuncian con la mayor reverencia. Pero no sucede así con el espíritu y la influencia que acompañan al movimiento que estableció la fecha de 1854; son totalmente opuestos. Algunos que todavía se encuentran bajo la misma influencia hablan de Dios como si fuera un caballo o cualquier otra cosa común. En sus oraciones emplean las palabras Dios Todopoderoso en forma vulgar e irreverente. Quienes hacen esto no tienen noción del exaltado carácter de Dios, de Cristo o de las cosas celestiales.

Se me mostró que cuando Dios enviaba a sus ángeles en tiempos pasados a ministrar o a comunicarse con ciertas personas, y éstas comprendían que habían visto a un ángel y hablado con él, experimentaban una gran reverencia y pensaban que morirían. Poseían un concepto tan exaltado de la terrible majestad y poder de Dios, que pensaban que serían destruidos al ponerse en estrecho contacto con un ser que procedía directamente de la presencia divina. Se me refirió a Jueces 13:21-22: «Entonces conoció Manoa que era el ángel de Jehová. Y dijo Manoa a su mujer: Ciertamente moriremos, porque a Dios hemos visto». Jueces 6:22-23: «Viendo entonces Gedeón que era el ángel de (364) Jehová, dijo: Ah, Señor Jehová, que he visto al ángel de Jehová cara a cara. Pero Jehová le dijo: Paz a ti; no tengas temor, no morirás». Josué 5:13-15: «Estando Josué cerca de Jericó, alzó sus ojos y vio un varón que estaba delante de él, el cual tenía una espada desenvainada en su mano. Y Josué yendo hacia él le dijo: ¿Eres de los nuestros o de nuestros enemigos? El respondió: No; mas como Príncipe del ejército de Jehová he venido ahora. Entonces Josué, postrándose sobre su rostro, en tierra, le adoró; y le dijo: ¿Qué dice mi Señor a su siervo? Y el Príncipe del ejército de Jehová respondió a Josué: Quita el calzado de tus pies, porque el lugar donde estás es santo. Y Josué así lo hizo». Si los ángeles eran temidos y reverenciados de ese modo porque venían de la presencia de Dios, con cuánto más respeto y reverencia habría que tratara Dios.

Muchas de las personas que se convirtieron por influencia del movimiento de 1854 necesitan volver a convertirse; y esto requiere diez veces más trabajo para corregir los conceptos erróneos y perturbadores recibidos de sus maestros y para conducirlos a la aceptación de la verdad sin mezcla con error, que el que se hubiera requerido al comienzo para fundamentarlos en el mensaje del tercer ángel. Esta clase de personas debe desaprender antes de poder aprender correctamente, porque si no fuera así, las malezas ponzoñosas del error crecerían en abundancia y ahogarían las preciosas plantas de la verdad. El error debe ser desarraigado en primer lugar a fin de que el suelo esté preparado para que la semilla brote y produzca fruto para gloria de Dios.

El único remedio para la situación que impera en el Este es disciplina y organización. Un espíritu de fanatismo ha regido a cierta clase de observadores del sábado [del Este de los Estados Unidos]; han bebido tan sólo pocos sorbos de la fuente de verdad, y no conocen el espíritu del mensaje del tercer ángel. Nada puede hacerse por esta clase hasta que corrija sus opiniones fanáticas. Algunos de los que militaron en el movimiento de 1854 han traído consigo conceptos erróneos, como la idea de que los réprobos no resucitarán, y la era del futuro; y procuran unir estos puntos de vista y su experiencia pasada con el mensaje del tercer ángel. No pueden hacerlo porque no existe ningún lugar común entre Cristo y Belial. La idea de que los malos no resucitarán y sus conceptos peculiares de la era del futuro, son burdos errores que Satanás ha introducido entre las herejías de los últimos días para utilizarlos a fin de arruinar a las almas. Estos errores no pueden armonizar con el mensaje del tercer ángel. (365)

Algunas de estas personas tienen manifestaciones de lo que llaman dones, y dicen que el Señor las ha colocado en la iglesia. Hablan en una jerigonza incomprensible que llaman la lengua desconocida, y que lo es no sólo para el hombre, sino para el Señor y todo el cielo. Estos dones son fabricados por hombres y mujeres ayudados por el gran engañador. El fanatismo, la falsa agitación, el falso hablar en lenguas y los servicios ruidosos han sido considerados dones que Dios ha colocado en la iglesia. Algunos han sido engañados. El fruto de todo esto no ha sido bueno. «Por sus frutos los conoceréis» (Mat. 7:16). El fanatismo y el ruido se han considerado como evidencias especiales de la fe.

Algunos no se quedan satisfechos con asistir a una reunión a menos que se sientan sobrecogidos por cierto poder y momentos de felicidad. Trabajan para esto y despiertan sentimientos de excitación. Pero la influencia de tales reuniones no es benéfica. Una vez desaparecida la sensación fugaz de felicidad, descienden más bajo que antes de la reunión, porque su felicidad no proviene de la debida fuente. Las reuniones más provechosas para el progreso espiritual, son aquellas que se caracterizan por la solemnidad y el escudriñamiento profundo del corazón, en las cuales cada uno procura conocerse a sí mismo y con fervor y profunda humildad se esfuerza por aprender de Cristo.

El Hno. Lunt, de Portland, Maine, ha sufrido mucho en sus sentimientos. Ha tenido la convicción de que el espíritu que frecuentemente ha imperado en sus reuniones no armonizaba con el mensaje del tercer ángel. Ha experimentado el fanatismo que ha desolado la iglesia en el Este, y esto lo lleva a mirar con sospecha cualquier cosa que tenga visos de fanatismo. Recuerda el pasado como una advertencia y siente la necesidad de no mezclarse con los que manifiestan cualquier grado de fanatismo, y de hablar claramente con ellos, porque considera que tanto ellos como la causa de Dios corren peligro. El ha apreciado la situación en forma correcta.

Son muchos los espíritus inquietos que no quieren someterse a la disciplina, el sistema y el orden. Piensan que sus libertades quedarían cercenadas si pusiesen a un lado su propio juicio y se sometiesen al de personas de experiencia. La obra de Dios no progresará a menos que los hermanos decidan someterse al orden y expulsar de las reuniones el espíritu temerario y desordenado del fanatismo. Las impresiones y los sentimientos no son evidencia segura de que una persona es conducida por el Señor. Satanás creará sentimientos e impresiones, si (366) no se sospecha de él. Estas cosas no son una guía segura.

Todos deben familiarizarse cabalmente con las evidencias de nuestra fe, y el gran objeto de su estudio debe ser cómo adornar la profesión de fe con frutos dignos de la gloria de Dios. Nadie debiera proceder en forma que repela a los incrédulos. Debemos ser castos, modestos y elevados en nuestra conversación e inmaculados en la vida. Debe refrenarse un espíritu trivial, temerario y bromista. No es evidencia de los efectos de la gracia de Dios sobre el corazón que las personas hablen y oren con talento en la reunión, y luego, cuando han salido de ella, se entreguen a una conversación y conducta grosera y descuidada. Las tales personas son muy malos representantes de nuestra fe; son oprobio para la causa de Dios.

Hay una extraña mezcla de opiniones entre los profesos observadores del sábado de -----. Algunos no están en armonía con el resto de la iglesia, y mientras continúen asumiendo esa actitud, estarán sujetos

a las tentaciones de Satanás, y quedarán afectados por el fanatismo y el espíritu de error. Algunos tienen opiniones fantásticas que los ciegan con respecto a muchos puntos vitales e importantes de la verdad, y los inducen a colocar sus propias deducciones caprichosas al mismo nivel que la verdad vital. La apariencia de los tales y el espíritu que los acompaña hacen que el incrédulo sensato presente objeciones contra el sábado por el cual aquéllos abogan. Sería mucho mejor para el progreso y el éxito del mensaje del tercer ángel que las tales personas dejasen la verdad.

Según la luz que Dios me ha dado, surgirá en el Este un grupo numeroso de personas que obedecerán firmemente la verdad. Los que insistan en continuar por el camino desviado que han elegido quedarán abandonados para que acepten errores que finalmente causarán su caída definitiva; pero por un tiempo serán piedras de tropiezo para quienes aceptan la verdad.

Los ministros que predican la doctrina deben ser obreros cabales, deben presentar la verdad en su pureza, aunque con sencillez. Deben apacentar la grey con forraje limpio, cuidadosamente aventado.

Hay estrellas fugaces que profesan ser ministros enviados por Dios y van predicando el sábado de lugar en lugar; pero han mezclado la verdad con el error y le ofrecen al pueblo el conjunto de sus opiniones dispares. Satanás los ha introducido para disgustar a los incrédulos inteligentes y sensatos. Algunos tienen mucho que decir acerca de los dones, y tienen a menudo manifestaciones especiales. Se entregan a (367) sentimientos desenfrenados y excitantes, y hacen ruidos ininteligibles que llaman donde lenguas. Cierta clase de personas parece encantada con estas extrañas manifestaciones. Un espíritu extraño domina a estas gentes, que están dispuestas a atropellara cualquiera que se proponga reprenderlas. El Espíritu de Dios no está en esta obra y no acompaña a tales obreros. Ellos tienen otro espíritu. Sin embargo, estos predicadores tienen éxito entre cierta clase. Pero esto multiplicará el trabajo de aquellos siervos a quienes Dios envíe, que estén preparados para presentar a la gente el sábado y los dones en su debido marco, y cuya influencia y ejemplo sean dignos de imitación.

La verdad debe ser presentada de una manera que la haga atractiva para el espíritu inteligente. No se nos comprende como pueblo, sino que se nos considera como personas degradadas, de intelecto débil y humilde condición [ésta era la situación en 1864]. Por lo tanto, cuán importante es que todos los que enseñan la verdad y todos los que la creen estén de tal manera afectados por su influencia santificadora que su vida consecuente y elevada demuestre a los incrédulos que han estado equivocados con respecto a este pueblo. Cuán importante es que la causa de la verdad quede despojada de todo lo que se parezca a una excitación falsa y fanática, a fin de que la verdad se destaque por sus propios méritos, revelando su pureza original y su carácter excelso.

Vi que es sumamente importante que aquellos que prediquen la verdad posean modales refinados, y rehúyan las rarezas y excentricidades, y presenten la verdad en su pureza y claridad. Se me refirió a Tito 1:9. «Retenedor de la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen». En el versículo 16, Pablo habla de una clase que profesa conocer a Dios, pero lo niega por sus obras, siendo «reprobados en cuanto a toda buena obra». Exhorta así a Tito: «Pero tú habla lo que está de acuerdo con la sana doctrina. Que los ancianos sean sobrios, serios, prudentes, sanos en la fe, en el amor, en la paciencia... Exhorta asimismo a los jóvenes a que sean prudentes; presentándote tú en todo como ejemplo de buenas obras; en la enseñanza mostrando integridad, seriedad, palabra sana e irreprochable, de modo que el adversario se avergüence, y no tenga nada malo que decir de vosotros" (Tito 2:1-8). Esta instrucción fue escrita para beneficio de todos aquellos a quienes Dios ha llamado a predicar la Palabra y también para beneficio de sus hijos que lo oyen.

La verdad de Dios no degradará nunca al que la reciba, sino que (368) lo elevará, refinará su gusto, santificará su juicio y lo perfeccionará para que pueda estar en compañía de los ángeles puros y santos en el reino de Dios. A algunos la verdad los encuentra toscos, rudos, singulares, jactanciosos; son personas que se aprovechan de sus vecinos si pueden, para beneficiarse a sí mismas y que yerran de muchas maneras; sin embargo, cuando creen en la verdad de todo corazón, ésta realiza un cambio

completo en su vida. Comienza inmediatamente una obra de reforma.
La influencia pura de la verdad elevará a todo el ser. En su trato comercial con sus semejantes, tendrá presente el temor de Dios; amará a su prójimo como a sí mismo y lo tratará como quisiera ser tratado. Su conversación será veraz, casta y de un carácter tan elevado que los incrédulos no podrán valerse de ella ni decir mal de él con justicia, ni quedarán disgustados por sus modales descorteses y conversación inconveniente. Introducirá la influencia santificadora de la verdad en su familia, y delante de ella dejará brillar su luz de tal manera que, viendo sus buenas obras, pueda glorificar a Dios. En todas las ocupaciones de la vida, ejemplificará la vida de Cristo.
La ley de Dios no se conformará con nada que no sea la perfección, una obediencia perfecta y completa a todos sus requerimientos. De nada valdrá cumplirlos a medias, y no prestar una obediencia perfecta y cabal. El mundano y el incrédulo admiran a los que son consecuentes, y siempre han sido poderosamente convencidos de que Dios estaba en verdad con su pueblo cuando las obras de éste han correspondido a su fe. «Por sus frutos los conoceréis» (Mat. 7:16). Cada árbol se conoce por sus frutos. Nuestras palabras y nuestras acciones son el fruto que llevamos.
Son muchos los que oyen los dichos de Cristo, pero no los cumplen. Hacen profesión de fe, pero sus frutos son tales que disgustan a los no creyentes. Son jactanciosos, y oran y hablan de una manera que refleja justicia propia; se ensalzan, relatan sus buenas acciones, y, como el fariseo, agradecen virtualmente a Dios porque no son como los demás. Sin embargo, estas mismas personas son astutas, y cometen extorsiones en los negocios. Sus frutos no son buenos. Sus palabras y actos son malos, y sin embargo, parece que no advierten su condición indigente y miserable.
Me fue mostrado que el siguiente pasaje se aplica a los que están en engaño: «No todo el queme dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los (369) cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad» (Mat. 7:21-23).
Este es el mayor engaño que pueda afectar a la mente humana; estas personas creen que obran bien cuando están obrando mal. Piensan que están haciendo una gran obra en su vida religiosa, pero Jesús les arranca finalmente su manto de justicia propia, y les presenta vívidamente el cuadro fiel de lo que son, con todos sus yerros y la deformidad de su carácter religioso. Son hallados faltos cuando es demasiado tarde para que sus necesidades queden suplidas. Dios ha provisto medios para corregir a los que yerran; pero si éstos prefieren seguir su propio juicio y desprecian los medios que él ha ordenado para corregirlos y unirlos en la verdad, quedarán en la situación descrita por las palabras de nuestro Señor citadas más arriba.
Dios está sacando a un pueblo y preparándolo para que se destaque por su unidad, hable las mismas cosas y cumpla así la oración de Cristo en favor de sus discípulos: «Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste» (Juan 17:20-21).
Continuamente surgen grupitos de personas que creen que Dios está únicamente con los muy pocos y muy dispersos. La influencia de los tales tiende a derribar y dispersarlo que han edificado los siervos de Dios. Los espíritus inquietos que desean constantemente ver y creer algo nuevo surgen de continuo, algunos en un lugar y otros en otro, haciendo todos una obra especial por el enemigo y, sin embargo, pretendiendo tenerla verdad. Se destacan como separados del pueblo a quien Dios está conduciendo y prosperando, y por medio de quien él va a hacer su gran obra. Expresan constantemente sus temores de que el cuerpo de los observadores del sábado se está volviendo como el mundo; pero apenas habrá dos de estas personas que concuerdan en sus opiniones. Están dispersas y confusas, y sin embargo, se engañan hasta el punto de creer que Dios las acompaña en forma especial. Algunas de ellas profesan tener entre sí los dones; pero por la influencia y enseñanza de estos dones son inducidas a dudar de

aquellos a quienes Dios ha impuesto la carga especial de su obra, y a desviar del cuerpo a una clase de personas. Los que, de acuerdo con la Palabra de Dios (370) están haciendo todo esfuerzo para unirse, que están establecidos en el mensaje del tercer ángel, son considerados sospechosos, por la razón de que están extendiendo sus labores y ganando almas para la verdad. Se los considera mundanos porque ejercen influencia sobre el mundo y porque sus actos atestiguan que esperan que Dios haga todavía una obra grande y especial en la tierra para sacar un pueblo y prepararlo para la aparición de Cristo.

Esta clase de personas no sabe realmente lo que cree, ni las razones de su creencia. Nunca aprenden y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad. Se levanta un hombre con opiniones extraviadas y erróneas, y asevera que Dios le ha enviado con una luz nueva y gloriosa, y que todos deben creer lo que predica. Algunos que no tienen fe establecida, que no están sujetos al cuerpo, sino que andan al garete sin ancla que los retenga, reciben ese viento de doctrina. La luz de aquel hombre resplandece de tal manera que induce al mundo a apartarse de él con disgusto y aborrecimiento. Entonces se coloca con espíritu blasfemo al lado de Cristo, y asevera que el mundo le aborrece por la misma razón que aborreció a Cristo.

Se levanta otro aseverando ser conducido por Dios, y presenta la doctrina de que los impíos no resucitarán, herejía que es una de las obras maestras del engaño satánico. Otro alberga opiniones erróneas acerca de la edad futura. Otro insiste celosamente en que se adopte el traje americano [moda extravagante que se procuraba implantar entonces en los Estados Unidos]. Todos quieren plena libertad religiosa y cada uno actúa independientemente de los demás, y sin embargo aseveran que Dios obra especialmente entre ellos.

Algunos se regocijan de que tienen los dones que otros no poseen. Dios quiere librar a su pueblo de tales dones. ¿Qué hacen estos dones por ellos? ¿Se unen en la fe por el ejercicio de estos dones? ¿Y convencen acaso al incrédulo de que Dios está en verdad con ellos? Cuando estos seres discordantes, que sostienen sus diferentes opiniones, se reúnen y manifiestan considerable excitación y se expresan en lengua desconocida, dejan brillar de tal manera su luz que los incrédulos dicen: «Esta gente no es cuerda; está arrebatada por una falsa excitación, y sabemos que no tiene la verdad». Los tales estorban directamente el camino de los pecadores; su influencia tiende a impedir a otros que acepten el sábado. Los tales serán recompensados según sus obras. ¡Ojala que se reformen o renuncien al sábado! En tal caso no estorbarían el camino de los incrédulos. (371)

Dios ha conducido a hombres que han trabajado durante años, que han estado dispuestos a hacer cualquier sacrificio, que han sufrido privaciones y soportado pruebas para presentar la verdad al mundo, y por su conducta consecuente han eliminado el oprobio que los fanáticos impusieron a la causa de Dios. Han hallado oposición de toda clase. Han luchado noche y día en busca de las evidencias de nuestra fe, para poder presentarla verdad con claridad, en forma bien eslabonada, a fin de que pudiesen resistir toda oposición. La labor incesante y las pruebas mentales relacionadas con esta gran obra han agobiado más de una constitución y encanecido prematuramente las cabezas. No se han gastado en vano. Dios ha notado sus oraciones fervientes acompañadas de lágrimas de agonía, en que se pedía luz y verdad y que ésta resplandeciese con claridad delante de los demás. Ha notado sus esfuerzos abnegados y los recompensará según sus obras.

Por otro lado, los que no han luchado para destacar estas verdades preciosas se han levantado y han recibido algunas doctrinas, ya elaboradas como la verdad del sábado; y luego toda la gratitud que sienten por lo que no les ha costado nada a ellos, pero mucho a otros, la manifiestan levantándose como Coré, Datán y Abiram y arrojando oprobio sobre aquellos a quienes Dios impuso la carga de su obra. Y dicen: «¡Basta ya de vosotros! Porque toda la congregación, todos ellos son santos, y en medio de ellos está Jehová» (Núm. 16:3). Desconocen la gratitud. Poseen un espíritu terco, que no cede a la razón, y que los llevará a su propia destrucción.

Dios ha bendecido a sus hijos que han avanzado, siguiendo las oportunidades de su providencia. Ha sacado un pueblo de todas las clases para colocarlo sobre la gran plataforma de la verdad. Los

incrédulos han quedado convencidos de que Dios estaba con su pueblo, y han humillado su corazón para obedecer a la verdad. La obra de Dios sigue constantemente hacia adelante. Sin embargo, a pesar de todas las evidencias de que Dios ha estado conduciendo al cuerpo, hay y continuará habiendo quienes, profesando creer en la verdad del sábado, actuarán en forma independiente del cuerpo, y creerán y obrarán como se les antoje. Sus opiniones están confusas. Su dispersión es un testimonio permanente de que Dios no está con ellos. El mundo coloca el sábado y los errores de los tales a un mismo nivel y los desecha juntamente.

Dios está airado con los que siguen una conducta que nos hace odiar por el mundo. Si a un creyente se le odia por sus buenas obras y (372) por seguir a Cristo, tendrá recompensa. Pero si se le odia porque no se conduce en forma que inspire amor, o por sus modales incultos, porque hace de la verdad un motivo de disputa con sus vecinos y hace del sábado una molestia para ellos, es una piedra de tropiezo para los pecadores, un oprobio para la verdad sagrada, y a menos que se arrepienta, sería mejor que se atase una piedra de molino al cuello y se arrojase al mar.

No debiera darse a los incrédulos ocasión para vituperar nuestra fe. Se nos considera raros y singulares, por lo que no debiéramos tener comportamientos que induzcan a los incrédulos a pensar que somos más raros de lo que nuestra fe requiere que seamos.

Algunos que creen la verdad pueden pensar que será más saludable para las hermanas adoptar el traje americano, pero si ese estilo de moda destruye nuestra influencia entre los incrédulos y no nos permite tener acceso fácil a ellos, por ningún motivo debiéramos adoptarlo, aunque ello nos acarree sufrimiento. Pero algunos están engañados al pensar que se puede recibir tanto beneficio de este traje. Aunque pueda beneficiar a algunos, es perjudicial para otros.[20]

Vi que los que adoptan el traje americano han revertido la orden de Dios y han desobedecido sus instrucciones especiales. Se me refirió a Deuteronomio 22:5: «No vestirá la mujer traje de hombre, ni el hombre vestirá ropa de mujer; porque abominación es a Jehová tu Dios cualquiera que lo hace». Dios no quiere que su pueblo adopte el así llamado traje de la reforma. Es una vestimenta inmodesta, totalmente inapropiada para los modestos y humildes seguidores de Cristo.

Existe una creciente tendencia de hacer que la vestimenta y la apariencia de las mujeres se parezcan lo más posible a las de los hombres; pero Dios considera esto una abominación. «Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia» (1 Tim. 2:9).

Los que se sienten llamados a unirse al movimiento en favor de los derechos de las mujeres y la así llamada reforma del vestido, sería mejor que cortaran su conexión con el mensaje del tercer ángel. El espíritu que acompaña al uno no puede estar en armonía con el otro. Las Escrituras hablan con claridad acerca de las relaciones y los derechos de los hombres y mujeres. Los espiritistas, en una extensión considerable, han adoptado este estilo de vestir. Los adventistas que (373) creen en la restauración de los dones, con frecuencia son confundidos con los espiritistas. Si adoptan esta vestimenta, su influencia estará muerta. La gente los catalogará en el mismo nivel que los espiritistas y rehusará escucharles.

Con la así llamada reforma del vestido avanza un espíritu de liviandad y osadía que armoniza plenamente con el estilo del vestido. La modestia y la reserva desaparecen de muchos cuando adoptan ese estilo de vestido. Se me mostró que Dios desea que adoptemos un proceder consecuente y lógico. Si las hermanas adoptan el traje americano destruirán su influencia personal y también la de sus esposos. Se convertirán en el hazmerreír de la gente. Nuestro Salvador dice: «Vosotros sois la luz del mundo» (Mat. 5:14). «Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (verso 16). Existe una gran obra que debemos hacer en el mundo, por lo que Dios no quiere que adoptemos un comportamiento que disminuya o destruya nuestra influencia.

---

[20] Véase el Apéndice.

LA ORACION DE DAVID.-
Vi A David suplicando al Señor que no le abandonase cuando fuese viejo; vi qué causa le arrancaba esta ferviente oración. Veía él que la mayor parte de los ancianos que le rodeaban eran desdichados, y que las características desfavorables de su carácter se intensificaban especialmente con la edad. Si por naturaleza las personas eran avarientas y codiciosas, lo eran hasta un punto muy desagradable en su vejez. Si eran celosas, inquietase impacientes, lo eran especialmente en la edad proyecta.
David sentía gran angustia al ver que los reyes y los nobles que parecían haber temido a Dios mientras gozaban de la fuerza de su virilidad, se ponían celosos de sus mejores amigos y parientes cuando llegaban a viejos. Temían de continuo que fuesen motivos egoístas los que inducían a sus amigos a manifestar interés por ellos. Escuchaban las sugestiones y los consejos engañosos de los extraños respecto a aquellos en quienes debieran haber confiado. Sus celos irrefrenados ardían a veces como llamas, porque no todos concordaban con su juicio decrépito. Su avaricia era horrible. A menudo pensaban que sus propios hijos y familiares deseaban que murieran para ocupar su lugar y apoderarse (374) de sus riquezas, y recibir los homenajes que se les concedían. Algunos estaban de tal manera dominados por sus sentimientos de celos y codicia, que llegaban hasta a matara sus propios hijos.
David notaba que aunque había sido recta la vida de algunos mientras disfrutaban de la fuerza de la virilidad, al sobrevenirles la vejez parecían perder el dominio propio. Satanás intervenía y guiaba su mente, volviéndolos inquietos y descontentos. Veía que muchos de los ancianos parecían abandonados de Dios y se exponían al ridículo y al oprobio de los enemigos de él. David quedó profundamente conmovido y se angustiaba al pensar en su propia vejez. Temía que Dios le abandonase y que, al ser tan desdichado como otras personas ancianas cuyo proceder había notado, quedara expuesto al oprobio de los enemigos del Señor. Sintiendo esta preocupación, rogó fervientemente: «No me deseches en el tiempo de la vejez; cuando mi fuerza se acabare, no me desampares. . . Oh Dios, me enseñaste desde mi juventud, y hasta ahora he manifestado tus maravillas. Aun en la vejez y las canas, oh Dios, no me desampares, hasta que anuncie tu poder a la posteridad y tu potencia a todos los que han de venir» (Sal. 719,17-18). David sentía la necesidad de precaverse contra los males que acompañan a la senectud.
Sucede con frecuencia que las personas ancianas no están dispuestas a comprender ni reconocer que su fuerza mental está decayendo. Acortan sus días asumiendo preocupaciones que corresponden a sus hijos. Satanás obra a menudo sobre su imaginación y las induce a sentir una ansiedad continua respecto de su dinero. Llega a ser su ídolo y lo guardan con cuidado avariento. Hasta se privarán a veces de muchas de las comodidades de la vida y trabajarán más de lo que les permiten sus fuerzas, antes de usar los recursos que tienen. De esta manera sufren constante necesidad por temor a que en algún tiempo futuro han de pasar miseria. Todos estos temores tienen su origen en Satanás. El excita los órganos que los inducen a sentir temores y celos serviles que corrompen la nobleza del alma y destruyen los pensamientos y sentimientos elevados. Las tales personas tienen una actitud insana con respecto al dinero. Si ellas asumiesen la actitud que Dios quiere que asuman, sus postreros días podrían ser los mejores y más felices. Los que tienen hijos en cuya honradez y juicioso manejo tienen motivos para confiar, deben dejar que ellos los hagan felices. A menos que obren así, Satanás se aprovechará de su falta de fuerza mental, y lo manejará todo en su lugar. Deben deponerla ansiedad y las cargas, ocupar su tiempo tan felizmente como puedan, y prepararse así para el cielo.

EXTREMOS EN LA MANERA DE VESTIR.-
No consideramos que armonice con nuestra fe vestirnos con el traje americano, usar vestidos con armadura de alambre o ir hasta el extremo de llevar vestidos excesivamente largos que barren las veredas y las calles. Si las mujeres usaran vestidos que llegaran a unos tres a cinco centímetros sobre el sucio suelo de la calle, éstos serían modestos, podrían mantenerse limpios con mayor facilidad y durarían más. Un vestido con estas características armonizaría con nuestra fe. He recibido varias cartas de hermanas que consultaban mi opinión con respecto al uso de faldas acordonadas. Envié la respuesta

por carta a esta hermana del Estado de Wisconsin. A continuación transcribo la carta para beneficio de otros:

«Como pueblo, no consideramos que es nuestro deber retirarnos del mundo para no seguir la moda que impera en él. Si tenemos un estilo de vestir pulcro, sencillo, modesto y cómodo, y si los mundanos eligen vestirse como nosotros, ¿tenemos por eso que cambiar nuestro estilo para diferenciarnos del mundo? No, es innecesario ser raros o excéntricos en nuestra manera de vestir para diferir del mundo, a fin de que no nos desprecien por hacerlo. Los cristianos son la luz del mundo y la sal de la tierra; por lo tanto su ropa debe ser pulcra y modesta, su conversación debe ser casta y celestial y su comportamiento irreprochable.

«¿Como debemos vestirnos? Si algunas damas usaban vestidos de tela gruesa y acolchada antes de la introducción de la moda de los vestidos con armazón de alambre, sólo por ostentación y no por comodidad, pecaron contra sí mismas al perjudicar su salud, puesto que tienen el deber de preservarla. Si los usan ahora para causar la impresión de que su ropa tiene armazón de alambre, están pecando porque procuran imitar una moda que es vergonzosa. Antes de la introducción de la moda de los vestidos con armazón de alambre se usaban las faldas acordonadas. Yo misma he usado una falda ligeramente acordonada desde la edad de catorce años, no por ostentación sino por comodidad y decencia. No abandoné su uso cuando aparecieron los vestidos con armazón de alambre. ¿Debiera desechar ahora mi estilo de vestir porque surgió la moda de la ropa con armazón de alambre? No, porque eso sería llevar las cosas a un extremo.

«Debo recordar siempre que debo ser un ejemplo para otros, de modo que no debo cambiar constantemente de moda de vestir, sino (376) tener siempre un proceder parejo e independiente sin incurrir en extremos en la manera de vestir. Descartar mi vestido acordonado, que siempre fue modesto y cómodo, y usar en su lugar una delgada falda de algodón y así parecer ridícula, sería incorrecto, porque entonces no daría un ejemplo apropiado, sino que pondría un argumento en boca de las que se visten con trajes con armazón de alambre. Para justificarse por usar vestidos con armazón, me señalarían como alguien que no los usa, y dirían que no se humillarían en esa forma. Al incurrir en esos extremos destruiríamos toda la influencia que de otro modo podríamos ejercer e induciríamos a las que usan ropa con armazón a justificar su proceder. Debemos vestimos modestamente, sin siquiera preocupamos de la moda de los vestidos con armazón de alambre.

«Existe una posición intermedia en todo esto. Ojala que todas encontráramos esa posición y nos mantuviéramos en ella. En este tiempo solemne escudriñemos nuestros corazones, arrepintámonos de nuestros pecados y humillémonos ante Dios. La obra que debemos realizares entre Dios y nuestras almas. Se trata de una obra individual, y todas tendrán bastante que hacer sin criticar el vestido, las acciones y los motivos de sus hermanos y hermanas. Buscad a Jehová todos los humildes de la tierra, los que pusisteis por obra su juicio; buscad justicia, buscad mansedumbre; quizás seréis guardados en el día del enojo de Jehová' (Sof. 2:3). Esta es nuestra obra. Aquí no se está hablando a pecadores, sino a los humildes de la tierra, a los que han llevado a cabo sus juicios u obedecido sus mandamientos. Hay una obra para cada uno, y si todos obedecen, veremos una placentera unión en las filas de los observadores del sábado».

COMUNICACION PARA EL PASTOR HULL[21].-

[21] La Junta de la Asociación General desea expresar aquí su aprobación de la publicación de este Testimonio. Recomendamos especialmente la publicación de las cartas dirigidas al pastor Hull y entregadas a él en las fechas indicadas. Llamamos particularmente la atención del lector a la declaración que aparece en la pág. 390, en la que se declara que el pastor Hull necesitaba ser conducido como un ciego que depende de otro para ver. En el Congreso de la Asociación General realizado en Battle Creek en mayo de 1863, el pastor Hull reconoció la exactitud de la declaración, pero después

EL 5 de Noviembre de 1862 se me mostró la condición en la que el pastor Hull se encontraba. Se hallaba en un estado alarmante. Su falta de consagración y de piedad vital lo dejó vulnerable a las sugerencias satánicas. Ha confiado en su propio poder en lugar de aferrarse al poderoso brazo del Señor, y ese brazo fuerte se ha alejado parcialmente de él.

Se me mostró que la característica más alarmante en el caso del pastor Hull, es que no se percata del peligro que corre. No detecta ningún motivo de alarma y se siente totalmente seguro, mientras (377) Satanás y sus ángeles se regocijan por su triunfo. Mientras el pastor Hull mantenía algún conflicto con alguien, su mente estaba sometida a una influencia maligna, lo que generó una colisión de espíritus. Ahora ha dejado de estar en conflicto y eso ha puesto fin a la colisión. Su mente está en reposo y Satanás le permite estar en paz. ¡Oh, cuán peligrosa era la posición en la que se me presentó! Su caso casi no tiene esperanza porque no realiza ningún esfuerzo por resistir a Satanás y escapar de la trampa mortal.

Se ha procedido con firmeza en el caso del pastor Hull. El considera que se lo ha restringido excesivamente, hasta el punto, dice él, en que no ha podido actuar con espontaneidad. Mientras él experimentaba el poder de la verdad en toda su fuerza, se encontraba comparativamente a salvo; pero cuando se interrumpe la fuerza y el poder que la verdad ejerce sobre la mente y ésta queda sin restricción, las tendencias naturales toman la delantera sin que sea posible detenerlas.

El pastor Hull se siente cansado por el conflicto. Y desde hace un tiempo ha estado deseando poder actuar con más espontaneidad, y se ha ofendido por los reproches de sus hermanos. Me fue presentado parado al borde de un temible abismo, listo para saltar. Si salta, será un acto definitivo; su destino eterno quedará sellado. Está realizando obras y adoptando decisiones para la eternidad. La obra de Dios no depende del pastor Hull. Si abandona las filas de los portadores del estandarte ensangrentado del Príncipe Emanuel para unirse al grupo que despliega la bandera negra, sellará su propia pérdida y su destrucción eterna.

Vi que los que así desean, pueden tener amplia oportunidad de dudar de la inspiración y la verdad de la palabra de Dios. Él no obliga (378) a nadie a creer. Pueden decidir confiar en las evidencias que a él le ha complacido presentar, o bien dudar y perecer. En su caso, pastor Hull, se trata de la vida o la muerte.

Vi que usted estaba rodeado por una nube de ángeles malos y que usted se encontraba muy a gusto entre ellos. Satanás le ha estado contando una historia agradable acerca de una modalidad de vida más fácil que mantenerse en constante lucha con espíritus antagónicos; pero si elige ese proceder encontrará al final que tendrá un pesado y terrible tributo que pagar.

Vi que usted se ha sentido fuerte en sí mismo y que ha pensado que tenía argumentos imposibles de contradecir, por lo que no ha confiado en el poder del Señor. Se ha lanzado con excesiva frecuencia sobre el terreno de Satanás para hacer frente a un opositor. No ha esperado hasta asegurarse de si la verdad o la causa de Dios exigían una discusión, sino que se ha trabado en lucha con los opositores en circunstancias que, con un poco de reflexión, habría podido discernir que ese proceder no podía promover la verdad ni beneficiar la causa de Dios. Así se ha perdido un tiempo valioso.

Mientras Satanás observaba, fue testigo del duro golpe que el pastor Hull le asestó al espiritismo en Battle Creek. Los espiritistas conocían la organización del pastor, y sabían que no sería en vano realizar un esfuerzo decidido para derribar al que había causado un perjuicio tan grande a su causa. Cuando se participa en discusiones con los espiritistas, no sólo se hace frente al hombre y sus argumentos, sino también a Satanás y sus ángeles. Por eso, nunca se debe enviar a un hombre solo a argüir con un espiritista. Si la causa de Dios realmente exige que hagamos frente a Satanás y su hueste representados

---

protestó contra ella. La Junta sostiene ahora que su comportamiento durante el corto lapso de los últimos cuatro meses, en que ha abandonado todos los principios de la fe religiosa que amamos como pueblo, constituye una demostración clara y evidente de la exactitud de la declaración anterior que lo instaba a seguir el consejo de sus hermanos. JUNTA DE LA ASOCIACIÓN GENERAL

por un médium espiritista, si hay razón suficiente para llevara cabo ese debate, entonces varias personas debieran ir juntas para rechazar a las huestes malignas con oración y fe, y para que el orador sea protegido por ángeles de gran poder.

Pastor Hull, se me mostró que usted se encontraba bajo la influencia embelesadora de una fascinación que resultará fatal, a menos que se deshaga el encantamiento. Usted ha parlamentado con Satanás y ha razonado con él; ha pisado un terreno prohibido y ha pensado en cosas que eran excesivamente grandes para usted; y al espaciarse en la duda y la incredulidad ha atraído a los ángeles malignos a su alrededor y ha hecho que los ángeles santos y puros de Dios se alejaran de usted. Si hubiera resistido firmemente las sugerencias de Satanás y buscado decididamente el poder de Dios, entonces habría destruido toda cadena y (379) hecho retroceder a su enemigo espiritual, se habría acercado más a Dios y triunfado en su nombre. Vi que había sido presunción de su parte ir a encontrarse con un espiritista cuando usted mismo estaba rodeado y confundido por nubes de incredulidad. Fue a batallar contra Satanás y sus huestes sin la protección de una armadura, y aunque ha resultado gravemente herido no seda cuenta de ello. Temo mucho que ni siquiera los rayos y truenos del Sinaí conseguirían conmoverlo. Se encuentra sentado en la silla mecedora de Satanás y no ve su terrible condición ni realiza esfuerzo alguno por escapar. Si no se levanta y escapa de la trampa del diablo, perecerá irremediablemente. Los miembros de la iglesia estarían dispuestos a salvarlo, pero vi que no podrían hacerlo. Hay algo que usted debe hacer; debe llevara cabo un esfuerzo desesperado, pero si no lo hace estará perdido. Vi que los que se encuentran bajo la influencia cautivadora del espiritismo no lo saben. Usted ha sido hechizado e hipnotizado, pero no se da cuenta de ello y por lo tanto no realiza ni el menor esfuerzo para ir hacia la luz.

Vi que ahora nos encontramos en el tiempo del zarandeo. Satanás está obrando con todo su poder para arrancara las almas de la mano de Cristo y hacer que pisoteen al Hijo de Dios. Un ángel repitió lenta pero enfáticamente estas palabras: «¿Cuánto más temible suponéis que debe ser el castigo del que ha pisoteado al Hijo de Dios y ha considerado impura la sangre del pacto con la que fue santificado y ha despreciado al Espíritu de la gracia?» El carácter se está desarrollando. Los ángeles de Dios están pesando el valor moral. Dios está probando a su pueblo. El ángel me presentó estas palabras: «Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy, para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado. Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio» (Heb. 3:12-14). A Dios le desagrada cuando alguno de su pueblo que ha conocido el poder de su gracia divulga sus dudas y así se convierte en un canal que Satanás usa para transmitir sus sugestiones a otras mentes. Una semilla de incredulidad y maldad sembrada no se desarraiga con facilidad. Satanás la alimenta cada hora, lo que la hace prosperar y fortalecerse. La buena semilla que es sembrada tiene que ser alimentada, regada y cuidada tiernamente, porque está rodeada por influencias tóxicas que podrían impedir su crecimiento y hacerla morir. (380)

Los esfuerzos de Satanás son más decididos ahora que nunca antes, porque sabe que no le queda mucho tiempo para engañar. Pastor Hull, vi que usted se había perjudicado mucho al exponer su debilidad y expresar sus dudas ante personas que son agentes de Satanás. Usted ha sido engañado por palabras suaves y hermosos discursos, y se ha expuesto en forma muy imprudente a los ataques de Satanás. ¿Cómo pudo usted perjudicarse de ese modo y reprochar la palabra de Dios? Usted se ha metido descuidadamente en el campo de batalla de Satanás, por eso nadie se admira de que su mente sea tan torpe e insensible. Satanás, por medio de sus agentes, ya ha envenenado la atmósfera que usted respira; los ángeles malignos ya han comunicado a sus agentes que obran en el mundo el proceder que deben seguir en su caso. Y pensar que usted es uno que ha sido llamado a interponerse entre los vivos y los muertos; usted es uno de los vigías estacionados sobre las murallas de Sión para anunciar a la gente qué hora de la noche es. Sobre usted descansa una importante responsabilidad. Si usted cae, no caerá solo,

porque Satanás lo usará como su agente para conducir almas a la muerte.
Vi que ángeles de Dios lo contemplaban llenos de aflicción. Se habían apartado de su lado y se volvían tristemente para alejarse, mientras Satanás y sus ángeles sonreían con satisfacción a su alrededor. Si usted hubiera luchado con sus dudas y si no hubiera animado al diablo a tentarlo al dar expresión a su incredulidad con gran satisfacción personal, no habría atraído una cantidad tan grande de ángeles caídos. Pero eligió expresar abundantemente sus oscuros pensamientos. Cuanto más habla de ellos tanto más tenebroso se toma. Usted está excluyendo de su vida hasta el último rayo de luz celestial; y un gran abismo se está abriendo entre usted y los únicos que pueden ayudarle. Si usted continúa en la dirección en que ha comenzado a ir, encontrará desgracia, dolor y angustia. La mano de Dios lo detendrá en una forma que no le agradará a usted. Su ira no dormirá. Pero ahora lo está invitando. Ahora, sólo ahora, lo llama para que regrese a su lado sin tardanza, porque lo perdonará bondadosamente y sanará toda su apostasía. Dios está constituyendo un pueblo peculiar. Lo limpiará y purificará, y lo preparará para la traslación. Todo lo que sea camal será quitado del tesoro peculiar de Dios hasta que sean como oro refinado siete veces.
Vi que era una posición cruel en la que se encontraban los Hnos. A y B al servir a los propósitos de Satanás permitiendo que sus mentes funcionen dentro del canal de la incredulidad, tal como Satanás se ha (381) propuesto. Su mayor pecado ha sido dar expresión a esas negras dudas, a esa tenebrosa incredulidad, y atraer otras mentes hacia el mismo lóbrego canal.
El pueblo de Dios será cernido así como el grano se cierne en un cedazo, hasta que la paja quede separada del grano limpio. Debemos contemplara Cristo como nuestro humilde ejemplo e imitarlo. Usted no está de acuerdo con la disciplina que necesita y no practica la abnegación que Cristo requiere de aquellos que son los verdaderos herederos de salvación. Los que se dedican a la obra de salvar almas son colaboradores con Cristo. La obra del Maestro se caracterizó por una bondad y sacrificio personal constantes. Los que han tenido a su disposición un sacrificio tan grande realizado para que ellos pudieran convertirse en participantes de su gracia celestial, debieran a su vez sacrificarse y negarse a sí mismos para contribuir a la gran obra de llevara otros al conocimiento de la verdad. Hay que poner de lado los intereses egoístas; los deseos y la comodidad personales no debieran estorbarle el camino a la obra de Dios en la salvación de las almas. Los ministros de Dios están trabajando en el lugar de Cristo porque son sus embajadores. No debieran preocuparse de su tranquilidad, comodidad, placer, deseos o conveniencia. Deben sufrir por Cristo, ser crucificados con él y gozarse porque en el pleno sentido de la palabra pueden conocer lo que es la comunión con el Cristo sufriente.
Vi que los ministros que trabajan mediante la palabra y la doctrina tienen una importante obra ante sí, y una pesada responsabilidad descansa sobre ellos. En su trabajo no llegan suficientemente cerca de los corazones. Su trabajo es demasiado general y con frecuencia muy disperso. Deben concentrar sus esfuerzos en las personas por quienes están trabajando. Su predicación desde el púlpito es tan sólo el comienzo de su trabajo. A continuación deben vivir lo que predican, teniendo cuidado de nunca acarrear oprobio sobre la causa de Dios. Debieran ilustrar mediante el ejemplo la vida de Cristo. En 1 Corintios 3:9 leemos: «Porque nosotros somos colaboradores de Dios». Y 2 Corintios 6:1 dice: «Así, pues, nosotros, como colaboradores suyos, os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios». La obra del ministro no queda terminada cuando desciende del púlpito. No debiera entonces desentenderse de su ministerio y ocupar la mente en leer o escribir, a menos que ello sea indispensable. Debiera, en cambio, continuar su ministerio público por medio de esfuerzos realizados en privado, trabajando personalmente por la gente toda vez que se presente (382) la oportunidad, conversando en los hogares, instando y suplicando a la gente en el lugar de Cristo para que se reconcilien con Dios. Pronto concluirá nuestra obra en el mundo, y entonces «cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor» (1 Cor. 3:8).
Se me mostró la recompensa de los santos, la herencia inmortal. También vi todo lo que el pueblo de Dios había tenido que soportar por amor a la verdad, y que a pesar de eso consideraban que el precio

pagado no había sido caro. Concordaban en que los sufrimientos del presente no eran dignos de compararse con la gloria futura que se manifestaría en ellos. El pueblo de Dios en estos últimos días será probado. Pero pronto llegará su última prueba, y entonces recibirán el don de la vida eterna.

Pastor Hull, usted ha sido vilipendiado por amor a la verdad. Ha experimentado el poder de la verdad y de una vida sin fin. El Espíritu de Dios ha dado testimonio al suyo de que usted pertenecía a Dios y que él lo aceptaba. Vi que si usted vuelve a ceñirse la armadura y se mantiene en su puesto, resiste al diablo y pelea las batallas del Señor, saldrá victorioso, y pronto se despojará de su armadura para ceñirse la corona de los conquistadores. ¿Acaso la herencia no es suficientemente valiosa? ¿Acaso no costó un enorme precio, la agonía y la sangre del Hijo de Dios? Lo insto en el nombre del Señor a despertar. Aléjese del terrible engaño que Satanás ha arrojado sobre usted. Aférrese a la vida eterna. Usted está circundado por ángeles malignos que susurran en sus oídos y le infunden sueños mentirosos, y usted les escucha y se siente complacido. Le ruego por amor a Cristo y por amor a su propia alma, que se desprenda de esta temible influencia antes de que contriste definitivamente al Espíritu de Dios y éste lo abandone.

El sábado 6 de junio de 1863 se me mostraron algunas cosas concernientes a la obra de Dios y la divulgación de la verdad. Los predicadores y la gente tienen muy poca fe y escasa devoción y verdadera santidad. La gente imita al predicador y así él ejerce una gran influencia sobre ella. Pastor Hull, Dios quiere que usted se acerque más a él, donde pueda aferrarse a su poder, y mediante una fe viviente reclamar su salvación y ser un hombre fuerte. Si usted fuera un hombre devoto y piadoso cuando está en el púlpito y fuera de él, una poderosa influencia acompañaría su predicación. Usted no escudriña concienzudamente su corazón. Ha estudiado numerosas obras para hacer que su (383) discurso sea completo, cabal y agradable; pero ha descuidado el estudio más importante y necesario, que es el estudio de sí mismo. La necesidad de conocerse a fondo, la meditación y la oración, se han convertido en cosas secundarias. Su éxito como ministro depende de que guarde su propio corazón. Usted recibiría más poder si dedicara una hora por día a meditar y lamentar sus errores y la corrupción de su corazón, y a pedir a Dios su amor perdonador y la seguridad de su perdón, que si pasara muchas horas cada día estudiando las obras de los mejores autores y familiarizándose con todas las objeciones contra nuestra fe y con las más poderosas evidencias en su favor.

La razón por la cual nuestros predicadores realizan tan poco es porque no andan con Dios. El se encuentra a un día de camino de la mayor parte de ellos. Cuanto más concienzudamente vigile su corazón, tanto más vigilante y cuidadoso será, no sea que por sus palabras o acciones deshonre la verdad, dé ocasión a que las expresiones de calumnia lo sigan a usted y a la verdad y hagan que las almas se pierdan por su descuido de autoexaminarse, de escudriñar su corazón y aprender la santidad vital. El comportamiento piadoso de un ministro de Cristo debiera constituir un reproche contra los profesantes vanos y frívolos. Los rayos de verdad y santidad que emergen de su conversación seria y celestial convencerán a otros y los conducirán a la verdad, y los que se relacionan con usted se verán compelidos a decir: Dios está con este hombre. El descuido y laxitud de ministros de Cristo no convertidos es lo que les da tan poca influencia. Hay muchos profesantes, pero pocos hombres de oración. Si nuestros predicadores fueran hombres que oraran más en secreto, que pusieran en práctica su predicación en sus familias, que gobernaran sus hogares con dignidad y seriedad, su luz ciertamente brillaría para iluminara las personas con quienes se relacionan.

Pastor Hull, se me mostró que si usted se dedicara a Dios, si se mantuviera en comunión con él, si meditara mucho, si se cuidara para no cometer faltas, si se afligiera y lamentara delante de Dios con la más profunda humildad confiando en su poder, se encontraría dedicado al negocio más provechoso que haya emprendido alguna vez, porque estaría bebiendo en una fuente divina, y entonces podría dar de beber a otros de esa misma fuente que lo ha revivido y fortalecido.

Querido hermano, a menos que se produzca un cambio en su carácter cristiano, usted no alcanzará la vida eterna, porque nuestro activo enemigo armará sus trampas en su camino; y si usted no está (384)

cerca de Dios, caerá en la red. Usted se siente inquieto e intranquilo y el estudio es su actividad preferida; pero a veces falla en la presentación del tema. En lugar de escudriñar su propio corazón se dedica a la lectura de libros. Cuando debiera estar acercándose por fe a Cristo, se dedica a estudiar los libros. Vi que todo su estudio será inútil a menos que se estudie fielmente a sí mismo. No se conoce a sí mismo ni su mente medita suficientemente en Dios. Confía demasiado en sí mismo y no comprende que el yo debe morir si usted quiere ser un eficiente ministro de Cristo. Las presentaciones que hace desde el púlpito adolecen de sobriedad y seriedad, lo cual contrarresta su labor.

Desde cuando se me presentó su caso por primera vez he visto en usted una carencia. Carece de una mente elevada. Presenta desde el púlpito las verdades más santas, sagradas y elevadoras en forma adecuada; pero cuando expone los temas más solemnes suele introducir algún comentario jocoso para hacer reír, lo cual frecuentemente destruye la fuerza de su sermón. Usted maneja con facilidad las verdades solemnes, pero no las vive, y ésta es la razón por la que no tiene el respaldo celestial. Numerosas personas cuyos oídos usted ha complacido hablarán de su ingenioso discurso y de usted como hábil predicador, pero no están más impresionados con la necesidad de obedecer la verdad que lo que estaban antes de haberlo escuchado. Continúan transgrediendo la ley de Dios lo mismo que antes. Fue el ministro quien les causó agrado, pero no las verdades que presentó. Usted permanece tan lejos de Dios que su poder no planta la verdad en la conciencia. Usted debe vivir la religión en su hogar, porque eso contribuirá a elevar a su familia y a su esposa. Cuando está en su hogar, usted abandona toda restricción y actúa como un niño; el peso de la verdad y la obra no descansa sobre usted, y no elige sus palabras ni el ejemplo que da.

Su única seguridad está en estudiarse a sí mismo, sus debilidades y faltas. No deje de cuidarse. Vigílese más estrechamente cuando está en su hogar; allí usted descuida sus deberes, se despoja de su armadura y cede a un espíritu de negligencia que aleja a los ángeles de usted y de su familia.

No descuide la tarea de escudriñar su propio corazón en su hogar. No derrame profusamente todos sus afectos sobre su familia. Guarde los mejores afectos de su corazón para dedicarlos a Jesús, quien lo ha redimido mediante su sangre. Cuando está en su hogar, dedíquese a prepararse constantemente para llevara cabo los negocios de su Maestro (385) cuando se encuentre lejos del hogar. Si obra así, en todo momento estará protegido por la armadura. El mayor deseo de su alma será glorificara Dios y realizar su voluntad, y así tendrá una dulce confianza y seguridad en él. No se sentirá tan inquieto, sino que tendrá constantemente un tema de meditación, devoción y santidad. Se me llamó la atención a 1 Corintios 9:27: «Sino que golpeo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado». Tiene que esforzarse para conocerse a sí mismo. No se sienta halagado por observaciones que miembros imprudentes y necios pudieran realizar acerca de sus esfuerzos. Si alaban su predicación, no permita que eso lo exalte. Si su trabajo cuenta con la bendición de Dios, producirá frutos. Su predicación no sólo resultará agradable, sino que ganará almas.

Pastor Hull, usted debe ser cauteloso en todo. Vi que cualquier cosa que divide los afectos o extrae del corazón el amor supremo a Dios, o que impide que haya confianza y seguridad ilimitadas y completas en él, se convierte en ídolo. Se me llamó la atención al primer gran mandamiento: «Amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas» (Deut. 6:5). No se admite separación alguna de nuestros afectos de Dios. Nada debe dividir nuestro amor supremo por él o nuestra complacencia en él. Su voluntad, deseos, planes y placeres deben ponerse en sujeción. Hay algo que usted debe aprender, y es exaltara Dios en su corazón, en su conversación y en todas sus acciones; y entonces Jesús podrá enseñarle y ayudarle cuando usted arroja su red hacia el lado derecho del barco, y así podrá arrastrarla a la playa repleta de peces. Pero sin la ayuda de Cristo al arrojar la red, usted puede trabajar semanas, meses y anos sin ver fruto abundante producido por su trabajo.

Vi que usted sería tentado a pensar que sus hermanos intentan evaluarlo, que desean restringirlo excesivamente. Pero en realidad sólo desean que usted viva de acuerdo con las instrucciones de la palabra de Dios, y él desea conducirlo a eso, y los ángeles lo observan con la más profunda solicitud.

Debe ajustar su vida a la palabra de Dios para ser bendecido y fortalecido por él, porque en caso contrario se saldrá del camino, y mientras predica a otros usted mismo se convertirá en réprobo. Pero usted puede ser vencedor y obtener la vida eterna. Se está recuperando de la trampa de Satanás, pero él está preparando otras trampas para usted. Dios le ayudará y lo fortalecerá si lo busca con sinceridad y fervor. No deje de estudiar su propia vida. (386)
Examine todo motivo; que su objetivo no sea predicar sermones brillantes para mostrara Moisés Hull, sino para dar a conocer a Cristo. Presente la verdad con sencillez y claridad a sus oyentes para que ésta sea comprendida hasta por las mentes menos brillantes. Que su discurso sea sencillo, al punto y solemne. Conduzca a la gente a una decisión y hágale sentir la fuerza vital de la verdad. Si alguien le dirige palabras de alabanza, repréndalo severamente. Dígale que Satanás lo ha perturbado con eso durante un tiempo, por lo que no tienen que ayudarle en su obra.
Cuando se encuentre entre hermanas, actúe con reserva. No importa que piensen que carece de cortesía. Si las hermanas, casadas o solteras, manifiestan actitudes familiares hacia usted, rechácelas. Sea áspero y decidido para que ellas finalmente entiendan que usted no adolece de esa debilidad. Cuando esté frente a los jóvenes, y en todo momento, actúe con seriedad y en forma solemne. Vi que si el pastor Loughborough y usted hacen de Dios su fortaleza, usted llevaría a cabo una obra por su pobre pueblo, porque dos pueden ser un ejército. Aproxímense el uno al otro, oren juntos y por separado, trátense con sinceridad. El pastor Hull debe confiar en el juicio del pastor Loughborough y escuchar su consejo y orientación.

MINISTROS SIN CONSAGRACION.-
Los ministros que predican el mensaje del tercer ángel debieran trabajar porque están convencidos de que Dios ha colocado sobre ellos el peso de la obra. Nuestros ministros no tienen por qué pasar necesidad si practican la economía. Si no lo hacen, pasarán necesidad en cualquier posición a la que se los asigne. Aunque se les proporcione la oportunidad más deseable, gastarán todo lo que reciben. Este ha sido el caso del pastor Hull. Tales personas necesitan poseer un fondo monetario inagotable para sus gastos a fin de mantenerse satisfechas.
Los que no manejan con sabiduría sus asuntos temporales suelen fallar en las cosas espirituales. No edifican la iglesia. Puede ser que posean talentos naturales y que se los considere oradores inteligentes, pero les falta calidad moral. Es posible que atraigan una numerosa concurrencia y que generen abundante entusiasmo, pero cuando llega el momento de reunir los frutos, éstos son muy escasos o nulos. Estos ministros suelen ubicarse en un nivel por encima de la obra y pierden (387) su amor por la sencillez del Evangelio. No son santificados por las verdades que predican. Esto es lo que ha sucedido en el caso del pastor Hull, quien ha carecido de esa gracia que afirma el alma y eleva y ennoblece el carácter de la persona. Es bueno que la gracia inunde y afirme el corazón, porque es el fundamento de nuestra firmeza.
En los lugares donde el pastor Hull ha presentado series de conferencias, la gente ha quedado complacida con su ingenio y su estilo peculiar de predicación, y sin embargo sólo pocas personas han aceptado la verdad como resultado de su trabajo; y aun una proporción considerable de ellas pronto abandonan la fe. Muchos han quedado frustrados debido a la escasez de frutos que acompaña a su trabajo. Se me mostró cuál es la razón. Carecía de humildad, sencillez, pureza y santidad en su vida. El pensaba que su trabajo ingenioso era inapreciable y que la causa difícilmente podría existir si se lo separara de ella; pero si hubiera podido comprender la ansiedad que por su culpa experimentaban los verdaderos obreros de la causa, que han procurado ayudarle, no habría tenido un concepto tan elevado de sus propios trabajos. Su comportamiento ha significado una carga continua para la obra, la cual habría prosperado mejor sin su intervención. La ansiedad que sus hermanos sienten por evitar su fracaso los ha llevado a realizar demasiado por él en lo que se refiere a los recursos económicos. Su talento como predicador les ha agradado, y algunos han sido tan indiscretos que lo han ensalzado y han

demostrado marcada preferencia por él dejando de lado a otros predicadores cuya influencia promovería el progreso de la obra en cualquier lugar. Eso lo ha perjudicado. Carece de humildad o de suficiente gracia de Dios para resistir la alabanza de sus hermanos. Que Dios ayude a estos obreros a enmendar su error y a no volver a ser culpables de perjudicar a un joven ministro con su adulación.

Todos los que anhelan alejarse del pueblo remanente de Dios para seguir sus propias inclinaciones corrompidas, se arrojarán voluntariamente en los brazos de Satanás, y debieran tener ese privilegio. Hay entre nosotros también otros que corren peligro. Poseen una opinión exaltada de sus habilidades personales, mientras su influencia en muchos respectos ha sido sólo poco mejor que la del pastor Hull. A menos que se reformen totalmente, la causa estará mejor sin ellos. Ministros sin santificación perjudican la causa y son una pesada carga para sus hermanos. Necesitan que alguien vaya tras ellos para corregir sus errores y enderezar y fortalecer a los que han sido debilitados y arruinados por su influencia. Sienten celos de los que han servido en la obra, de (388) los que están dispuestos a sacrificar hasta sus vidas si ello fuera necesario para hacer progresar la causa de la verdad. Juzgan a sus hermanos aduciendo que no tienen motivos más elevados que los que ellos han tenido. Favorecer demasiado a ministros que están sujetos a las tentaciones de Satanás los perjudica y es un desperdicio de recursos. Les proporciona influencia y así los coloca en un lugar donde pueden perjudicar profundamente a sus hermanos y a la causa de Dios.

Se me ha mostrado que las dudas expresadas con respecto a la veracidad de nuestra posición y la inspiración de la palabra de Dios no han sido provocadas, como muchos piensan que lo son. Estas dificultades no yacen tanto en la Biblia o en la evidencia de nuestra fe, como en los propios corazones de los que dudan. Los requerimientos de la palabra de Dios son demasiado sofocantes para su naturaleza no santificada. «Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden» (Rom. 8:7). Si las propensiones del corazón natural no se restringen y someten por la influencia santificadora de la gracia de Dios recibida por el conducto de la fe, los pensamientos del corazón no son puros ni santos. Las condiciones de la salvación presentadas por la palabra de Dios son razonables, claras y positivas y significan nada menos que perfecta conformidad con la voluntad de Dios y pureza de corazón y de vida. Tenemos que crucificar el yo con sus concupiscencias. Tenemos que limpiarnos de toda contaminación de la carne y el espíritu, y perfeccionar la santidad en el temor de Dios.

En casi todos los casos en que alguien pone en duda la inspiración de la palabra de Dios, lo hace a causa de su vida que no está santificada, y que esa palabra condena. No quieren recibir sus reproches y amenazas porque éstos ponen de manifiesto su comportamiento errado. No aman a los que intentan convertirlos y restringirlos. Las perplejidades y las dudas que confunden el corazón depravado desaparecerán para el que practica los puros principios de la verdad.

Numerosas personas poseen talentos que les permitirían realizar mucho bien si fueran santificados y usados en la causa de Cristo, o bien mucho daño si se los utiliza al servicio de la incredulidad y de Satanás. La gratificación del yo y de sus diversas concupiscencias pervertirá los talentos y los convertirá en maldición en lugar de bendición. Satanás, el archiengañador, posee talentos maravillosos. Fue una vez un ángel eminente que seguía a Cristo en importancia. Cayó de su posición debido a su autoexaltación, ocasionó una rebelión en el cielo (389) e hizo que muchos cayeran con él. Después empleó sus talentos y habilidades contra el gobierno de Dios, para hacer que todos a quienes pudiera controlar despreciaran la autoridad del Cielo. Los que han sido embelesados por la majestad satánica pueden elegir imitar a su general caído y compartir con él su destino final.

La pureza de vida imparte refinamiento, el que inducirá a quienes lo posean a alejarse cada vez más de la vulgaridad y el pecado. Tales personas no permitirán que se las aleje de la verdad ni dudarán de la inspiración de la palabra de Dios. Al contrario, se dedicarán a estudiar diariamente la palabra sagrada con interés creciente, y las evidencias del cristianismo y la inspiración colocarán su sello en su mente y su vida.

Los que aman el pecado se alejarán de la Biblia, se complacerán en dudar y despreciarán los principios. Recibirán falsas teorías y las promoverán. Estas personas atribuirán el pecado humano a las circunstancias. Y cuando alguien comete un pecado grave, lo hacen objeto de compasión en lugar de considerarlo un delincuente que debe ser castigado. Este proceder siempre agradará al corazón depravado, el cual, con el tiempo, desarrollará los principios de la naturaleza caída.

Por algún proceso general, los hombres prefieren abolir de una vez por todas el pecado, y evitarse así la desagradable necesidad de reforma y esfuerzo individuales. Con el fin de librarse de la obligación de esforzarse constantemente, muchos están dispuestos a declarar sin importancia todo el trabajo y el esfuerzo que realizaron en sus vidas mientras obedecían los sagrados principios de la palabra de Dios. La necesidad filosófica del pastor Hull tiene su fundamento en las corrupciones del corazón. Dios está suscitando hombres para que salgan a trabajar en el campo de la siega, y si son humildes, dedicados y santos, recibirán las coronas que perderán los ministros que sean reprobados en relación con la fe.

El 5 de noviembre de 1862 se me mostró que algunos obreros confunden su llamamiento. Piensan que si un hombre no puede trabajar con sus manos, o si no es un hombre de negocios, entonces puede dedicarse a ser un ministro religioso. Muchos cometen un gran error en esto. Es verdad que una persona que no tiene el tacto del hombre de negocios puede llegar a ser un ministro, pero carecerá de las cualidades que todo ministro debe poseer a fin de trabajar con sabiduría en la iglesia y edificar la causa. Pero cuando un ministro es competente en el púlpito, y como el pastor Hull, es incompetente como administrador, (390) nunca debiera salir solo. Otra persona debiera acompañarlo con fines de administración para suplir su deficiencia. Y aunque sea humillante, debiera escuchar el juicio y consejo de su compañero, así como un ciego sigue a uno que puede ver. Al hacerlo escapará de muchos peligros que podrían ser fatales para él si se lo dejara solo.

La prosperidad de la causa de Dios depende mucho de los ministros que trabajan en el campo evangélico. Los que enseñan la verdad debieran ser hombres piadosos, abnegados y fervientes que comprenden su misión y hacen el bien porque saben que Dios los ha llamado a la obra, hombres que conocen el valor de las almas y que están dispuestos a llevar cargas y responsabilidades. Un obrero cabal se conoce por la perfección de su obra.

Hay pocos predicadores entre nosotros. Y debido a que la causa de Dios necesita tanta ayuda, algunos han sido inducidos a pensar que casi cualquier persona que afirme ser un ministro puede ser aceptable. Algunos han pensado que si alguien puede orar y exhortar con facilidad en las reuniones, está calificado para ser enviado como obrero. Y antes de ser probados, o de que pudieran exhibir fruto adecuado en su trabajo, hombres a quienes Dios no había enviado, han sido animados y adulados por hermanos sin experiencia. Pero su obra pone de manifiesto el carácter del obrero. Desparraman y confunden, pero no recogen ni edifican. Unos pocos pueden recibir la verdad como fruto de su trabajo, pero éstos no se elevan a mayor altura que la de sus instructores. La misma carencia que se manifestaba en su propia vida se advierte en la de sus conversos.

El éxito de esta causa no depende de que tengamos un gran número de ministros, pero es sumamente importante que los que trabajan en relación con la causa de Dios sean hombres que realmente sientan el peso y el carácter sagrado de la obra a que Dios los ha llamado. Unos pocos hombres piadosos y abnegados, pequeños en su estimación personal, pueden hacer mejor que un número mucho mayor si una parte de éstos no está calificada para el trabajo, pero manifiestan confianza en sí mismos y hacen alarde de sus talentos personales. Si sale a predicar una cantidad de estos obreros incompetentes, que harían mejor si trabajaran en otra cosa, se necesitaría que los ministros fieles dedicaran casi todo su tiempo a ir en pos de ellos para corregir su mala influencia. La utilidad futura de los predicadores jóvenes depende en buena medida de la forma en que desempeñan sus labores. Hay hermanos que aman de corazón la causa de Dios y que están de tal manera ansiosos de ver (391) progresar la verdad, que corren peligro de hacer demasiado por los ministros que no han sido probados, al ayudarles liberalmente con recursos económicos y al proporcionarles influencia. Los que entran a trabajar en el

campo evangélico debieran ser animados a ganarse una reputación por sus propios esfuerzos, aunque para ello tengan que experimentar pruebas y privaciones. Primero debieran presentar pruebas satisfactorias de su ministerio.

Los hermanos de experiencia deben ser cuidadosos; y en lugar de esperar que estos predicadores jóvenes les ayuden y los guíen, ellos mismos debieran sentir la responsabilidad personal de hacerse cargo de esos predicadores jóvenes para instruirlos, aconsejarlos y guiarlos; es decir, debieran manifestar por ellos un cuidado paternal. Los ministros jóvenes deben ser metódicos y sistemáticos, tener un propósito definido e inquebrantable y la voluntad de trabajar, a fin de no comer sin esfuerzo el pan de otros. No deben ir de un lugar a otro presentando ciertos puntos de nuestra fe calculados para despertar prejuicio, y luego irse antes de que las evidencias de la verdad presente hayan sido presentadas plenamente. Los jóvenes que piensan que tienen un deber que cumplir en relación con la obra, no deben tomar sobre sí la responsabilidad de enseñarla verdad, hasta haber tenido el privilegio de haber estado bajo la influencia de algún predicador experimentado que trabaje en forma sistemática; deben aprender de él como un alumno aprende de su profesor en la escuela. No deben ir de un lugar a otro sin objeto definido y sin un plan adecuado para llevar a cabo su trabajo.

Algunos que poseen poca experiencia y no están calificados para enseñar la verdad, son los últimos en pedir consejo a sus hermanos experimentados. Se consideran ministros y se colocan al mismo nivel que los obreros de larga y reconocida experiencia, y no quedan satisfechos a menos que se les permita dirigir, pensando que por el hecho de ser ministros ya saben todo lo que vale la pena saber. Esos predicadores ciertamente carecen del verdadero conocimiento de sí mismos. No poseen modestia adecuada y tienen un concepto demasiado elevado de sus habilidades personales. Los ministros experimentados que comprenden el carácter sagrado de su obra y que sienten sobre ellos el peso de la obra, son celosos de sí mismos. Consideran un privilegio solicitar consejo de sus hermanos y no se ofenden si se les sugiere alguna mejora en sus planes de trabajo o en su forma de hablar.

Los ministros que proceden de diferentes denominaciones y que han aceptado el mensaje del tercer ángel suelen desear enseñar, cuando (392) debieran estar aprendiendo. Algunos tienen que desaprender una parte considerable de sus enseñanzas anteriores antes de poder aprender plenamente los principios de la verdad presente. Algunos ministros perjudicarán la causa de Dios al ir a trabajar por otros, cuando ellos mismos necesitan que se haga con ellos una obra tan grande para capacitarlos para su trabajo como la que ellos desean hacer por los incrédulos. Si no están calificados para la obra, se requerirá el trabajo de dos o tres ministros fieles que vayan en pos de ellos para corregir su mala influencia. Al final, sería menos costoso para la causa de Dios proporcionar apoyo económico adecuado a estos ministros para que permanecieran en su propio lugar y no salieran a perjudicar el campo de labor.

Algunos miembros han considerado que ciertos predicadores son específicamente inspirados, instrumentos por medio de los cuales el Señor habla. Si personas de edad y de larga experiencia advierten errores en un ministro y le sugieren que mejore sus modales, el tono de su voz o sus gestos, éste a veces se ha sentido herido y ha razonado que Dios lo llamó tal como es, que el poder es de Dios y no de sí mismo, y que Dios debe realizar el trabajo por él, que él no predica según sabiduría humana, etc. Es un error considerar que un hombre no puede predicara menos que algo lo ponga en un fuerte estado de exaltación. Los hombres que así dependen de sus sentimientos, pueden resultar útiles cuando se trata de presentar exhortaciones, si es que sienten que se encuentran en un estado que les permita hacerlo, pero nunca llegarán a ser obreros eficaces y capaces de soportar el peso del trabajo. Cuando la obra encuentra dificultades y todo parece desanimados, los que se exaltan con facilidad y los que dependen de sus sentimientos no están preparados para llevar su parte de la carga. En tiempo de desánimo y tinieblas, cuán importante es tener hombres calmados que sepan pensar y que no dependan de las circunstancias, sino que confíen en Dios y que trabajen tanto en la oscuridad como en la luz. Los hombres que sirven a Dios por principio, aunque su fe sea severamente probada, se apoyan con seguridad en el infalible brazo de Jehová.

Los predicadores jóvenes, y los hombres que una vez fueron ministros, que han sido ásperos y vulgares en sus maneras, que han usado en su conversación expresiones inmodestas y sin castidad, no están preparados para dedicarse a la obra hasta dar evidencia de una completa reforma. Una palabra hablada por ellos con imprudencia puede causar más perjuicio que el bien que podría hacer una serie de (393) reuniones efectuadas por ellos. En los lugares donde actúan dejan por el suelo la norma de la verdad, la que siempre debiera ser exaltada. Sus conversos generalmente no llegan más alto que la norma elevada ante ellos por estos ministros. Los hombres que se encuentran entre los vivos y los muertos debieran actuar correctamente. El ministro no debe bajar la guardia ni por un instante. Está trabajando para elevar a otros haciéndolos subir a la plataforma de la verdad. Que muestren a otros que la verdad ha realizado algo por ellos. Debieran ver el mal de estas expresiones descuidadas, ásperas y vulgares; debieran descartar y despreciar todo lo que sea de esa índole. A menos que lo hagan, sus conversos los imitarán. Y cuando los ministros fieles vayan en pos de ellos y de sus conversos para corregir las equivocaciones que han cometido, ellos se disculparán culpando a los ministros. Si alguien desaprueba su proceder, ellos se volverán contra él y preguntarán: «¿Por qué apoya y da influencia a hombres enviándolos a predicara los pecadores cuando ellos mismos son pecadores?»

La obra en la que nos ocupamos es una obra exaltada y de responsabilidad. Los que ministran mediante palabra y doctrina debieran ser ellos mismos ejemplos de buenas obras. Debieran convertirse en dechados de santidad, limpieza y orden. La apariencia exterior del siervo de Dios, tanto cuando está fuera del púlpito como cuando habla desde él, debiera ser la que corresponde a un predicador profesional. Puede realizar mucho más mediante su ejemplo piadoso, que sólo con su predicación desde el púlpito cuando su influencia fuera del mismo no es digna de imitación. Los que trabajan en esta causa están dando al mundo la verdad más elevada que se haya encomendado a los mortales.

Los hombres que Dios elige para que trabajen en su obra darán prueba de su elevado llamamiento y considerarán que es su deber más eminente desarrollarse y mejorar hasta convertirse en obreros eficientes. Luego, cuando manifiesten entusiasmo y dedicación por mejorar el talento que Dios les ha confiado, entonces hay que prestarles ayuda juiciosamente. Pero el aliento que se les proporcione no debiera tener apariencia de lisonja, porque Satanás mismo se encargará de llevar a cabo esa clase de obra. Los hombres que consideran que tienen el deber de predicar no debieran ser animados a depender ellos y su familia en forma inmediata y total de los hermanos para obtener recursos económicos. No tienen derecho a esto hasta que puedan mostrar buenos frutos producidos por su trabajo. Existe actualmente el peligro (394) de perjudicara los predicadores jóvenes y a los que tienen escasa experiencia por causa de la lisonja y por aliviarlos de los cuidados y las aflicciones de la vida. Cuando no están predicando, debieran dedicarse a trabajar en otra cosa para su propio sostén. Esta es la mejor forma de probarla naturaleza de su llamamiento a predicar. Si desean predicar sólo para obtener beneficios económicos, y si la iglesia actúa con buen juicio, pronto perderán su inclinación a predicar, y dejarán de hacerlo para buscar un trabajo más provechoso. El apóstol Pablo, un predicador muy elocuente, convertido milagrosamente por Dios para realizar una obra especial, no rehuía el trabajo. Dice: «Hasta esta hora padecemos hambre, tenemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados, y no tenemos morada fija. Nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos; nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y la soportamos» (1 Cor. 4:11-12). «Ni comimos el pan de ninguno de balde. Antes trabajamos con esfuerzo y fatiga día y noche, para no ser gravosos a ninguno de vosotros» (2 Tes. 3:8).

Se me mostró que numerosos hermanos no aprecian correctamente los talentos que hay entre ellos. Algunos no comprenden qué talento de predicación sería el mejor para el adelanto de la causa de la verdad, sino que piensan sólo en la gratificación momentánea de sus sentimientos. Sin reflexionar, demuestran preferencia por un orador que manifiesta celo considerable en su prédica y refiere anécdotas que complacen el oído y estimulan la mente por un momento, pero sin dejar una impresión duradera. Al mismo tiempo desestiman a un predicador que ha estudiado con oración para poder

presentar ante la gente los argumentos que explican nuestra posición con calma y en forma coherente. Su trabajo no es apreciado y suele ser tratado con indiferencia.
Una persona puede predicar con entusiasmo y complacer el oído, pero sin presentar nuevas ideas ni información para la mente. Las impresiones causadas por esta clase de predicación desaparecen cuando el orador deja de hablar. Cuando se buscan los frutos de un trabajo realizado de esta manera, se encuentra muy poco. Estos dones de oropel no son muy benéficos ni tienen mucho valor para hacer progresar la causa de la verdad, como un don en el que se puede confiar cuando actúa en lugares duros y difíciles. En la obra de enseñar la verdad es necesario que los puntos importantes de nuestra posición estén bien respaldados por evidencias bíblicas. Las aseveraciones pueden silenciar al incrédulo, pero no lo convencerán. Los creyentes no son los (395) únicos para cuyo beneficio los obreros son enviados al campo. La salvación de las almas constituye el objetivo principal.
Algunos hermanos han errado en esto. Pensaron que el Hno. C era la persona adecuada para que trabajara en Vermont y que podía llevar a cabo más que cualquier otro ministro de ese Estado. Esas personas no ven las cosas desde un punto de vista correcto. El Hno. C puede hablar en una forma que interesa a la congregación, y si eso fuera todo lo que es necesario para ser predicador de éxito, entonces cierto grupo de hermanos y hermanas estaría en lo correcto en su estimación de él. Pero él no es un obrero cabal y no es digno de confianza. Carece de valor cuando se trata de hacer frente a las pruebas de la iglesia. No tiene experiencia, juicio ni discernimiento para ser de beneficio a la iglesia en momentos de prueba. No ha sido un hombre cabal y minucioso en los asuntos temporales, y aunque tiene una familia reducida ha necesitado que se le preste ayuda financiera de vez en cuando. La misma carencia de que adolece en las cosas materiales también se manifiesta en los asuntos espirituales. Si se lo hubiera tratado en forma adecuada desde el comienzo de su predicación, ahora podría tener cierto grado de utilidad para la causa. Sus hermanos lo perjudicaron al tratarlo con excesiva consideración y al permitir que soportara una escasa parte de las preocupaciones y responsabilidades de la vida, lo cual le indujo a pensar que su trabajo era de gran importancia. Ha estado dispuesto a que algunos hermanos de Vermont llevaran sus responsabilidades financieras mientras él vivía aliviado de preocupaciones. No ha hecho ejercicio suficiente para tonificar y fortalecer sus músculos, y para el bien de su salud.
Es incapaz de constituir iglesias. Cuando sienta consternación por no predicar el Evangelio, como han sentido los predicadores abnegados en el pasado, entonces, lo mismo que ellos, estará dispuesto a trabajar con sus manos una parte del tiempo a fin de obtener recursos para alimentar a su familia e impedir que se convierta en carga para la iglesia; y luego saldrá no sólo a predicar, sino también a ganar almas. Los esfuerzos realizados con este espíritu tendrán éxito. El ha sido exaltado en su propia estima, se ha considerado tan competente como cualquiera de los obreros de Vermont, y ha pensado que deben ubicarlo en la misma categoría que ellos y consultarlo con respecto a asuntos de la iglesia; y sin embargo, no ha ganado una reputación ni ha demostrado ser digno. ¿Qué sacrificio personal o devoción ha manifestado por la iglesia? ¿Qué peligros o privaciones ha tenido que soportar, para que (396) los hermanos puedan confiar en él como un obrero digno de confianza, y cuya influencia sea buena, no importa adónde vaya? Hasta que manifieste un espíritu enteramente diferente y obre impulsado por principios carentes de egoísmo, es mejor que abandone la idea de predicar.
Los hermanos de Vermont han pasado por alto el valor moral de hombres como los Hnos. Bourdeau, Pierre y Stone, quienes poseen una. profunda experiencia y cuya influencia ha sido de tal naturaleza que ha ganado la confianza de la comunidad. Sus vidas industriosas y consecuentes los han convertido en predicadores estables y profesionales, y su trabajo ha eliminado una cantidad considerable de prejuicios; han cosechado y edificado. Pero los hermanos no han apreciado el trabajo de estos obreros. En cambio, han quedado complacidos con el de algunos que no soportan ser probados y cuya obra sólo ha producido escaso fruto.

LA ESPOSA DEL MINISTRO.-

EL 5 de Junio de 1863 se me mostró que Satanás trabaja constantemente para desanimar y descarriar a los ministros a quienes Dios ha elegido para que prediquen la verdad. El medio más eficaz que el diablo utiliza en su obra es la influencia en el hogar ejercida por cónyuges no convertidos. Si consigue controlar sus mentes, obtiene acceso fácil y rápido a los esposos que trabajan mediante palabra y doctrina en la salvación de la gente. Se hizo referencia a las advertencias que Dios ha dado repetidamente y a los deberes que corresponden a la esposa del ministro; sin embargo dichas advertencias no han ejercido una influencia duradera. Los testimonios dados han tenido sólo un efecto limitado por corto tiempo. Se ha seguido la luz en forma parcial. La obediencia y la devoción a Dios han sido olvidadas, muchos han descuidado la sagrada obligación de aprovecharla luz y los privilegios concedidos, y vivir como hijos de luz. Si pudiera descorrerse el velo y verse la forma como el Cielo considera sus casos, se produciría un despertar, y cada uno preguntaría atemorizado: ¿Qué debo hacer para ser salvo?

Si la esposa de un ministro no manifiesta dedicación a Dios, no es de ayuda para su esposo. Mientras él trata de satisfacer la necesidad de llevar la cruz e insiste en la importancia de la abnegación personal, el ejemplo diario de su esposa con frecuencia contradice su predicación (397) y destruye su fuerza. En esta forma ella se convierte en un gran estorbo y a menudo aparta a su esposo de sus deberes y de Dios. Ella no se da cuenta del pecado que está cometiendo. En vez de procurar ser útil y de buscar con amor genuino a personas necesitadas de ayuda, se retrae de la tarea y prefiere llevar una vida inútil. No se siente constreñida por el poder del amor de Cristo y por principios de abnegación y santidad. No elige hacerla voluntad de Dios ni ser colaboradora de su esposo, de los ángeles y de Dios. Cuando la esposa del ministro acompaña a su esposo en su misión de salvar almas, comete un grave pecado al estorbarle en su obra sintiéndose infeliz y descontenta. En lugar de participar con entusiasmo en sus trabajos y de buscar toda oportunidad para unir su interés y trabajo con los suyos, se dedica a encontrar la forma de hacer las cosas más fáciles o agradables para ella misma. Si lo que sucede a su alrededor no es tan agradable como ella quisiera (como no siempre lo será), no debiera inquietar a su esposo manifestando sentimientos de melancolía, falta de alegría y quejas, ni hacer más difícil su trabajo y tal vez por su descontento alejarlo del lugar donde podría trabajar con eficiencia y provecho. No debiera apartar el interés de su esposo de su tarea de trabajar por la salvación de la gente para que simpatice con sus dolencias y complazca sus caprichosos sentimientos de descontento. No tendría tiempo para sentir melancolía si se olvidara de sí misma y trabajara para ayudara otros, si hablara y orara con la gente necesitada y si obrara con la certeza de que la salvación de las almas es más importante que otras consideraciones. Cada día experimentaría una dulce satisfacción como recompensa por su trabajo abnegado; no puedo llamarlo sacrificio, porque algunas esposas de ministros no saben lo que es el sacrificio ni el sufrimiento por amor a la verdad.

En años anteriores, las esposas de los ministros experimentaban necesidades y persecución. Cuando sus esposos eran encarcelados o a veces muertos, esas nobles y abnegadas mujeres sufrían con ellos, y su recompensa será igual a la que recibirán sus esposos. La señora Boardman y la señora Judson sufrieron por la verdad, padecieron juntamente con sus cónyuges. Sacrificaron el hogar y los amigos en todo el sentido de la palabra para ayudara sus esposos en la obra de iluminar a los que se encontraban en medio de las tinieblas, para revelarles los misterios ocultos de la palabra de Dios. Sus vidas corrían peligro constantemente. Su objetivo más importante era salvar almas y estaban dispuestas a sufrir gozosamente para conseguirlo. (398)

Se me mostró la vida de Cristo. Cuando su abnegación y sacrificio se comparan con las pruebas y los sufrimientos de las esposas de algunos ministros, hace que lo que ellas llaman sacrificio desaparezca en la insignificancia. Cuando la esposa del ministro pronuncia palabras de descontento y desánimo, ejerce una influencia desalentadora sobre su esposo y tiende a inhabilitarlo para su trabajo, especialmente si su éxito depende de las influencias circundantes. ¿Debe el ministro de Dios en esos casos quedar incapacitado o ser separado de su campo de labor para complacer los sentimientos de la esposa, que

surgen de la renuencia a someter los sentimientos al deber? La esposa debiera ajustar sus deseos y agrados al deber, y renunciara sus sentimientos egoístas por amor a Cristo y a la verdad. Satanás ha tenido mucho que ver con el control del trabajo de los ministros por medio de la influencia de esposas egoístas y amantes de la comodidad.

Cuando la esposa del ministro lo acompaña en sus viajes, no debiera hacerlo para satisfacerse personalmente, sino con el fin de trabajar con él. Debiera unir sus intereses con los suyos para hacer el bien. Debiera estar dispuesta a acompañar a su esposo, cuando sus deberes hogareños se lo permitan, y ayudarle en sus esfuerzos por salvar a la gente. Con mansedumbre y humildad, pero dotada de una noble confianza en sí misma, debiera ejercer una influencia rectora sobre las mentes de las personas con quienes se relaciona; además, debiera desempeñar la parte que le corresponde y llevar su cruz y su carga en las reuniones, en el altar de la familia y en las conversaciones sostenidas en los hogares. La gente lo espera y tiene el derecho de esperarlo. Si ella no satisface esas expectativas, la influencia de su esposo queda destruida en gran parte. La esposa de un pastor puede realizar mucho si así se lo propone. Si posee espíritu de sacrificio personal y ama a la gente, puede hacer con él casi la misma cantidad de bien.

Una hermana que trabaje en la causa de la verdad puede comprender y llegar a algunas personas, especialmente entre las hermanas, que el ministro no puede alcanzar. La esposa del pastor tiene una responsabilidad que no debiera, y no puede, descartar livianamente. Dios le pedirá cuenta, con intereses, por el talento que le ha encomendado. Debiera trabajar activamente, con fidelidad y unida con su esposo para salvar a la gente. Nunca debiera hacer predominar sus deseos y preferencias, expresar falta de interés en el trabajo de su esposo o manifestar sentimientos de melancolía y descontento. Debe vencer todos estos sentimientos naturales. Debiera tener un propósito en la (399) vida y llevarlo a cabo con resolución. ¿Y si esto interfiere con los sentimientos, placeres y gustos naturales? Estos debieran sacrificarse pronta y gozosamente a fin de hacer bien y salvar almas.

Las esposas de los pastores debieran vivir vidas dedicadas y de oración. Pero algunas disfrutan de una religión sin cruces que no exige abnegación ni esfuerzo de su parte. En lugar de mantenerse noblemente por sí mismas apoyándose en Dios para obtener fuerzas y cumplir sus responsabilidades individuales, la mayor parte del tiempo han dependido de otros y obtenido su vida espiritual de ellos. Si tan sólo se apoyaran confiadamente en Dios, con esa confianza infantil, y si fijaran sus afectos en Jesús y obtuvieran su vida de Cristo, la Vid viviente, ¡cuánto bien podrían hacer, de cuánta ayuda podrían ser para los demás, qué apoyo serían para sus esposos y qué recompensa recibirían al final! Las palabras: «Bien, sierva buena y fiel» sonarán como suave música en sus oídos. Y la expresión de reconocimiento: «Entra en el gozo de tu Señor», las recompensará mil veces por todos los sufrimientos y pruebas soportados en su empeño por salvar preciosas almas.

Los que se nieguen a hacer producir el talento que Dios les ha dado, no obtendrán vida eterna. Los que han sido escasamente útiles en el mundo recibirán una recompensa proporcional a sus obras. Cuando todo sale bien se dejan llevar por la ola de las actividades; pero cuando tienen que remar con vigor y constancia contra el viento y la marejada, carecen de energía en su carácter cristiano. No se toman la molestia de trabajar, sino que sueltan sus remos y dejan que la corriente los arrastre. Continúan así hasta que alguien toma la carga y trabaja incansablemente y con energía para arrastrarlos corriente arriba. Cada vez que ceden a esa indolencia, pierden fuerzas y sienten menos inclinación a trabajar en la causa de Dios. Sólo el fiel conquistador gana la gloria eterna.

La esposa del ministro debiera ejercer constantemente una influencia rectora sobre las mentes de las personas con quienes se relaciona, y será una ayuda o un gran estorbo. Reúne con Cristo o esparce a su alrededor. Muchos cónyuges de nuestros ministros carecen de un espíritu misionero abnegado. Dan el primer lugar a su yo y el segundo a Cristo, y a veces, lo ponen hasta en tercer lugar. Un ministro nunca debiera pedir a su esposa que lo acompañe a menos que sepa que ella puede ser una ayuda espiritual, que puede soportar, sufrir, hacer el bien y beneficiar a la gente por amor a Cristo. Las que acompañan a

sus esposos debieran trabajar unidas con ellos. No debieran esperar (400) vivir sin dificultades y frustraciones. No debieran dar demasiada importancia a los sentimientos agradables. ¿Qué tienen que ver los sentimientos con el deber?

Se me llamó la atención al caso de Abrahán. Dios le dijo: «Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vetea tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré» (Gén. 22:2).

Abrahán obedeció a Dios. No consultó sus sentimientos personales, sino que con noble fe y confianza en Dios se preparó para su viaje. Con el corazón destrozado por la angustia contempló a la orgullosa y amante madre que miraba con tierno afecto al hijo de la promesa. Pero se llevó consigo a ese hijo amado. Abrahán sufrió, pero no permitió que su voluntad se alzara en rebelión contra la voluntad de Dios. El deber, un firme deber, lo controlaba. No se atrevió a consultar sus sentimientos ni a ceder a ellos ni por un momento. Su único hijo caminaba junto a su austero, amante y sufriente padre, y conversaba animadamente pronunciando con frecuencia la palabra "padre", tras lo cual preguntaba: «¿Dónde está el cordero para el holocausto?» ¡Oh, qué prueba para el fiel padre! Los ángeles contemplaban la escena con agradable admiración. El fiel siervo de Dios aun ató a su amado hijo y lo colocó sobre la leña. Cuando alzó el brazo que empuñaba el cuchillo, un ángel le habló: «Abrahán, Abrahán... No extiendas tu mano sobre el muchacho» (Gén. 22:12).

Vi que no es cosa liviana ser cristiano. Profesar ser cristiano no cuesta mucho; pero vivir la vida cristiana es algo importante y sagrado. Hay tan sólo poco tiempo ahora para asegurar la corona inmortal y tener nuestro registro celestial repleto de buenas acciones y deberes cumplidos. Todo árbol es juzgado por sus frutos. Cada uno será juzgado de acuerdo con sus obras y no por su profesión ni por su fe. Nunca se preguntará: ¿Cuanto profesó? En cambio se preguntará: ¿Qué frutos ha producido? Si el árbol está corrompido, el fruto es malo. Pero cuando el árbol es bueno, no puede producir frutos de maldad.

DERECHOS DE PATENTES DE INVENCION.-

Numerosos hermanos se comprometen financieramente al participar en nuevas empresas que parecen prometedoras; pero al poco tiempo se encuentran frustrados y sin recursos, los que debieran haber usado para sostener a sus familias y promover la causa de la verdad presente. Después sienten remordimiento, compunción y se recriminan a sí mismos. Y algunos hermanos concienzudos hasta pierden su confianza y su gozo espiritual, y su salud se deteriora debido a la presión mental.

Los que creen en la verdad deben practicar la economía, consumir alimentos sencillos y sanos, y seguir siempre el principio de vivir dentro de sus recursos económicos. Los hermanos nunca debieran participar en nuevas empresas sin consultar a personas de experiencia que sean administradores eficientes en asuntos temporales y espirituales. Al hacerlo así se ahorrarán muchas dificultades.

Los hermanos harían mejor en conformarse con una entrada económica reducida y manejarla con prudencia, antes que correr riesgos en su intento por mejorar su condición y sufrir pérdidas continuas. Algunos observadores del sábado se han dedicado a vender derechos de patentes de invención. En sus viajes se han quedado en casa de sus hermanos para ahorrar dinero y los han inducido a invertir sus recursos en los derechos de patentes. Tales personas no habrán arreglado sus cuentas con Dios hasta que hayan indemnizado a esos hermanos por las pérdidas sufridas. (402)

TESTIMONIO ONCE: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA.-
LA REFORMA EN LA MANERA DE VESTIR[22].-

Queridos hermanos y hermanas: La razón por la que vuelvo a presentar el tema sobre la manera de vestir, es que algunos no han comprendido lo que escribí anteriormente. Se procura —tal vez por parte

[22] Véase el Apéndice.

de quienes no desean creer lo que he escrito— introducir confusión en nuestras iglesias con referencia a este importante tema. He recibido numerosas cartas en las que se habla de dificultades, y que no he tenido tiempo de contestar. Ahora, para responderlas presento las siguientes declaraciones, las cuales espero que aclaren definitivamente el tema, por lo menos en lo que concierne a mis testimonios.

Algunos sostienen que lo que escribí en el Testimonio para la Iglesia Nº 10 no concuerda con mi testimonio publicado en la revista How to Live [Cómo Vivir]. Ambos fueron escritos desde el mismo punto de vista, de manera que no se trata de dos modos de ver diferentes y contradictorios, como algunos pueden imaginar; si existe alguna diferencia es simplemente en la forma de expresión. En el Testimonio para la Iglesia Nº 10, hice la siguiente declaración:

«No debiera darse a los no creyentes ocasión para vituperar nuestra fe. Se nos considera raros y singulares, por lo que no debiéramos tener comportamientos que induzcan a los no creyentes a pensar que somos más raros de lo que nuestra fe requiere que seamos. Algunos que creen la verdad pueden pensar que será más saludable para las hermanas adoptar el traje norteamericano, pero si ese estilo de moda destruye nuestra influencia entre los no creyentes y no nos permite tener acceso fácil a ellos, por ningún motivo debiéramos adoptarlo, aunque eso nos acarree sufrimiento. Pero algunos están engañados al pensar que se puede recibir tanto beneficio de este traje. Aunque pueda hacer bien a algunos, es perjudicial para otros.

«Vi que los que adoptan el traje norteamericano han revertido la orden de Dios y han desobedecido sus instrucciones especiales. Se me refirió a Deuteronomio 22:5: No vestirá la mujer traje de hombre, ni el hombre vestirá ropa de mujer; porque abominación es a Jehová (403) tu Dios cualquiera que lo hace'. Dios no quiere que su pueblo adopte el así llamado traje de la reforma. Es una vestimenta inmodesta, totalmente inapropiada para los modestos y humildes seguidores de Cristo.

«Existe una creciente tendencia de hacer que la vestimenta y la apariencia de las mujeres se parezcan lo más posible a las de los hombres; pero Dios considera esto una abominación. 'Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia' (1 Tim. 2:9).

«Los que se sienten llamados a unirse al movimiento en favor de los derechos de las mujeres y la así llamada reforma del vestido, sería mejor que cortaran su conexión con el mensaje del tercer ángel. El espíritu que acompaña al uno no puede estar en armonía con el otro. Las Escrituras hablan con claridad acerca de las relaciones y los derechos de los hombres y mujeres. Los espiritistas, en una extensión considerable, han adoptado este estilo de vestir. Los adventistas que creen en la restauración de los dones, con frecuencia son confundidos con los espiritistas. Si adoptan esta vestimenta, su influencia estará muerta. La gente los catalogará en el mismo nivel que los espiritistas y rehusará escucharles.

«Con la así llamada reforma del vestido avanza un espíritu de liviandad y osadía que armoniza plenamente con el estilo del vestido. La modestia y la reserva desaparecen de muchos cuando adoptan ese estilo de vestido. Se me mostró que Dios desea que adoptemos un proceder consecuente y lógico. Si las hermanas adoptan el traje norteamericano, destruirán su influencia personal y también la de sus esposos. Se convertirán en el hazmerreír de la gente. Nuestro Salvador dice: 'Vosotros sois la luz del mundo' (Mat. 5:14). 'Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos' (verso 16). Existe una gran obra que debemos hacer en el mundo, por lo que Dios no quiere que adoptemos un comportamiento que disminuya o destruya nuestra influencia».

Lo que antecede me fue dado como reproche para quienes se sienten inclinados a adoptar un estilo de vestido semejante al de los hombres; pero al mismo tiempo se me mostró cuáles era los males del estilo común de vestido de las mujeres, y para corregirlo también se me dio lo que sigue, registrado en el Testimonio para la Iglesia Nº 10:

«No creemos que está de acuerdo con nuestra fe vestimos con el (404) traje norteamericano, usar vestidos con armadura de aros de alambre o ir al extremo de usar vestidos tan largos que barran la vereda y la calle. Si las mujeres usaran sus vestidos de un largo que quedara de tres a cinco centímetros

por encima del sucio suelo de la calle, éstos serían modestos, podrían mantenerse limpios con más facilidad y durarían más. Tal vestido estaría en conformidad con nuestra fe».
A continuación presentaré un extracto de lo que he dicho en otros lugares acerca del tema:
«Los cristianos no debieran convertirse en objetos de exposición al vestirse en forma diferente que el mundo. Pero si cuando siguen sus convicciones de lo que es su deber con respecto a vestirse con modestia yen forma saludable, se encuentran fuera de moda, no debieran cambiar su manera de vestirse a fin de armonizar con el mundo. Deben manifestar una noble independencia y valor moral al hacerlo que es correcto, aunque el mundo difiera de ellos. Si el mundo introduce un estilo de vestir modesto, conveniente y saludable, que está de acuerdo con los principios bíblicos, eso no cambiará nuestra relación con Dios o con el mundo. Los cristianos debieran seguir a Cristo y hacer que su manera de vestir se conforme con la palabra de Dios. Debieran descartar los extremos. Debieran adoptar humildemente un proceder recto, independientemente del aplauso o la censura, y aferrarse a lo que es correcto por sus propios méritos.
«Las mujeres debieran abrigarse las piernas por motivos de salud y comodidad. Los pies y las piernas deben estar vestidos en forma tan abrigada como los de los hombres. El largo de los vestidos de moda [que arrastraban por el suelo] es objetable por varias razones:
«1. Es extravagante e innecesario llevar vestidos tan largos que arrastren en el sucio suelo de la vereda y la calle.
«2. Un vestido excesivamente largo recoge la humedad del césped y el barro de las calles, y por lo tanto no es limpio.
«3. En el movimiento que se produce al arrastrarse por el suelo se pone en contacto con los delicados tobillos y los enfría con rapidez, porque no están debidamente protegidos, lo cual perjudica la salud y la vida. Esta es una de las causas importantes de catarros e hinchazones escrofulosas.
«4. El largo innecesario causa un peso adicional sobre las caderas y los órganos abdominales.
«5. Estorba la acción de caminar y con frecuencia molesta a los demás. (405)
«Existe otro estilo de vestir que ha sido adoptado por un grupo de damas que se denominan reformadoras de la vestimenta. Imitan la forma de vestir de los hombres lo más cerca que pueden. Usan el sombrero, los pantalones, el chaleco, el vestón y las botas, y esta última prenda es la parte más sensata del traje. Quienes adoptan y promueven este estilo de vestir llevan la así llamada reforma de la vestimenta a extremos muy objetables. El resultado será confusión. Algunas damas que adoptan esta manera de vestir pueden estar correctas en su enfoque general del asunto de la salud, pero podrían producir un beneficio mucho mayor si no llevaran el asunto de la manera de vestir a tales extremos.
«En este estilo de vestir se ha cambiado la orden de Dios y sus instrucciones especiales no se han tomado en cuenta. 'No vestirá la mujer traje de hombre, ni el hombre vestirá ropa de mujer; porque abominación es a Jehová tu Dios cualquiera que esto hace' (Deut. 22:5). Dios no quiere que su pueblo adopte este estilo de vestir. No es ropa modesta y no es adecuada para mujeres modestas y humildes que profesan ser seguidoras de Cristo. Las prohibiciones de Dios son consideradas livianamente por los que abogan por la eliminación de las diferencias en el estilo de vestir entre hombres y mujeres. La posición extrema adoptada por algunos reformadores de la manera de vestir perjudica su influencia.
«Dios estableció que debía haber una clara distinción entre la ropa de los hombres y la de las mujeres, y ha considerado este asunto de suficiente importancia para dar instrucciones específicas concernientes a ella; porque si hombres y mujeres llevaran la misma ropa, eso causaría confusión y un gran aumento de la conducta delictuosa. Si el apóstol Pablo estuviera vivo y si viera a mujeres que profesan santidad ataviadas con este estilo de ropa. reprocharía. 'Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad' (1 Tim. 2:8-10). La mayor parte de los cristianos profesos se desentiende completamente de las enseñanzas de los apóstoles, y usan oro, perlas y adornos costosos.

«El pueblo leal de Dios es la luz del mundo y la sal de la tierra, por lo que siempre debiera recordar que su influencia es valiosa. Si adoptaran el vestido exageradamente largo en vez del vestido más corto, destruirían en gran medida su influencia. Los incrédulos, que (406) ellos tienen el deber de beneficiar y procurar llevar al Cordero de Dios, sentirían aversión hacia ellos. Es posible realizar numerosas mejoras en la ropa femenina para protegerla salud sin realizar cambios tan grandes que les inspiren repugnancia.

«El cuerpo no debe ser comprimido en lo mínimo con corsés y barbas de ballenas. El vestido debe ser liviano para que los pulmones y el corazón puedan funcionar saludablemente. El vestido debiera llegar un poco más abajo de la parte superior de la bota femenina [o botín], pero sin que toque el sucio suelo de la vereda y la calle sin levantarlo con la mano. Un vestido aún más corto que esto sería adecuado, conveniente y saludable para las mujeres cuando realizan los trabajos domésticos, y especialmente para las que tienen la obligación de hacer trabajos al aire libre. Con esta clase de ropa, una o dos faldas es todo lo que se necesita, y éstas debieran abotonarse en la cintura o bien suspenderse mediante tirantes. Las caderas no se hicieron para soportar peso considerable. Las pesadas faldas que algunas mujeres usan permitiendo que su peso cuelgue de las caderas, han sido la causa de diversas enfermedades que no se curan con facilidad. Las enfermas desconocen la causa de sus sufrimientos, por lo que continúan violando las leyes de la salud comprimiendo su cintura y soportando pesadas faldas, hasta convertirse en inválidas. Cuando se les habla de su error, muchas exclamarán sin vacilación: '¡Pero un vestido como el que propone no estaría a la moda!' ¿Y qué si no lo está?

Quisiera que fuéramos pasados de moda en diversos aspectos. Si pudiéramos tener la fortaleza pasada de moda que caracterizó a las mujeres pasadas de moda de otras generaciones, sería muy deseable. No hablo imprudentemente cuando digo que el estilo de vestir de las mujeres, juntamente con su complacencia del apetito, es la mayor causa de su condición débil y enfermiza. Hay sólo una mujer en mil que se protege adecuadamente las piernas. No importa cuál sea el largo del vestido, debieran tener las piernas tan bien protegidas como las tienen los hombres. Esto lo pueden conseguir usando pantalones forrados que terminen recogidos con una cinta para ser atados alrededor de los tobillos, o bien que tengan un ancho parejo hasta abajo disminuyendo de ancho al final hasta ajustarse debajo de los tobillos, a la altura de los zapatos. Las piernas y tobillos así quedan protegidos contra las corrientes de aire. Si los pies y las piernas se mantienen protegidos con ropa abrigadora, la circulación se igualará y la sangre (407) permanecerá pura y saludable porque no se enfría ni se entorpece la circulación por el cuerpo».

La dificultad principal para muchas mujeres es el largo del vestido. Algunas insisten en que «la parte de arriba de la bota» se refiere a la parte de arriba de las botas como las que usan los hombres, que casi llegan hasta las rodillas. Si las mujeres tuvieran la costumbre de usar esa clase de botas, entonces no habría que culparlas por entender las cosas como las entienden; pero como las mujeres en general no usan esa clase de botas, no tienen derecho de entenderlo en la forma como lo han pretendido.

Con el fin de demostrar cuál ha sido mi intención, y que existe armonía entre mis testimonios acerca de este tema, a continuación presentaré un extracto tomado de manuscritos que escribí hace unos dos años: «Desde que el artículo sobre la manera de vestir se publicó en la revista How to Live [Cómo vivir], algunas personas han comprendido mal la idea que yo deseaba presentar. Han puesto énfasis en el significado extremo de lo que escribí concerniente al largo de los vestidos, y es evidente que este asunto les ha causado una gran preocupación. Su comprensión distorsionada de este asunto los ha llevado a debatir el tema del acortamiento de los vestidos hasta que su visión espiritual ha quedado tan confundida que sólo pueden vera 'los hombres como árboles' que andan. Pensaron que habían detectado una contradicción en mi artículo sobre la vestimenta publicado recientemente en How to Live y otro artículo sobre el mismo tema contenido en el Testimonio para la iglesia No. 10. Debo sostener que soy el mejor juez de las cosas que se me han presentado en visión; y nadie debe temer que con mi vida vaya a contradecir mi propio testimonio, o que deje de notar cualquier contradicción real que hubiere en los

asuntos que se me han dado.
«En mi artículo sobre la vestimenta publicado en How to Live procuré presentar un estilo de vestir saludable, conveniente, económico pero decoroso y que sienta bien a las mujeres cristianas, si es que lo eligen. Traté, tal vez en forma imperfecta, de describir esa clase de vestido. 'El vestido debiera llegar hasta poco más abajo de la parte de arriba de la bota, pero debiera ser suficientemente corto para evitar el sucio suelo de la vereda y la calle, sin que sea necesario levantarlo con la mano'. Algunos han sostenido que cuando digo `la parte de arriba de la bota' quiero decir la parte de arriba de las botas como las (408) que usan los hombres. Pero al hablar de 'la parte de arriba de la bota' me refería a la parte superior de la bota de mujer o botín. Si hubiera pensado que se me interpretaría mal habría escrito con más detalle. Si las mujeres tuvieran la costumbre de usar botas altas como las de los hombres, podría ver excusa suficiente para esta equivocación. Creo que la redacción del texto es muy clara, de modo que nadie necesita confundirse. Tenga la bondad de volver a leer: 'El vestido debiera llegar hasta poco más abajo de la parte superior de la bota'. Y ahora considere la frase que completa lo anterior: 'Pero debiera ser suficientemente corto para evitar el sucio suelo de la vereda y la calle, sin que sea necesario levantarlo con la mano. Un vestido aún más corto que esto sería decoroso, conveniente y saludable para las mujeres cuando realizan los trabajos hogareños, y especialmente para las que tienen que hacer trabajos al aire libre'.
«No puedo ver excusa alguna para que personas razonables entiendan mal y perviertan el significado de mis palabras. Al hablar del largo del vestido, si me hubiera referido a las botas de caña alta que casi llegan hasta las rodillas, ¿qué necesidad tenía de añadir 'pero [el vestido] debiera ser suficientemente corto para evitar el sucio suelo de la vereda y la calle, sin que sea necesario levantarlo con la mano'? Si hubiera querido decir botas de caña alta, el vestido ciertamente ya sería suficientemente corto para evitar la suciedad de la calle sin que fuera necesario levantarlo, y sería suficientemente corto para usarlo en cualquier clase de trabajo. Se ha hecho circular el rumor de que `la Hna. White usa el vestido norteamericano', y que este estilo de vestido ha sido ampliamente adoptado y usado por las hermanas de Battle Creek. Esto me recuerda un dicho según el cual 'mientras la verdad se pone las botas, la mentira le da la vuelta al mundo'. Una hermana me dijo con mucha seriedad que suponía que el traje norteamericano sería adoptado por las hermanas observadoras del sábado, y que si ese estilo de vestir se ponía en vigencia ella no lo adoptaría, porque nunca podría obligarse a llevar un traje semejante.
«Con respecto a si yo uso un vestido más corto, debo decir que poseo un solo vestido corto, el cual no es más que el largo de un dedo más corto que los otros vestidos que uso. He usado ocasionalmente este vestido corto. En los días del invierno me levanto temprano, me pongo ese vestido corto que no requiere que lo levante con la mano para impedir que arrastre en la nieve, y camino rápidamente dos o tres kilómetros antes del desayuno. Lo he llevado varias veces a la oficina (409) cuando me he visto obligada a caminar por la nieve o cuando estaba muy mojado o lodoso. Cuatro o cinco hermanas de la iglesia de Battle Creek se han confeccionado un vestido corto para usarlo mientras realizan el lavado de la ropa o el aseo de la casa. Pero ninguna hermana lo ha usado en las calles de Battle Creek y nunca lo han llevado en reuniones de la iglesia. Mis conceptos tenían el objeto de corregir la moda actual, el vestido extremadamente largo que arrastra por el suelo, y también corregir el uso de vestido exageradamente corto que llega hasta las rodillas, que es usado por cierta clase de mujeres. Se me mostró que debemos evitar ambos extremos. Al usar un vestido que llegue hasta la parte superior del botín de mujer eludiremos los males del vestido extremadamente largo, y también los males y la notoriedad del vestido exageradamente corto.
«Quiero aconsejar a las hermanas que se confeccionan un vestido corto para usarlo en el trabajo, que manifiesten buen gusto y pulcritud. Deben cortarla tela siguiendo un modelo para que siente bien al cuerpo. Cuando las hermanas hacen su trabajo no debieran usar ropa que las haga verse como espantapájaros. Es más agradable presentarse ante sus esposos y sus hijos con un vestido bien confeccionado que les sienta bien, que hacerlo sólo para los visitantes o desconocidos. Algunas esposas

y madres causan la impresión de pensar que no importa cómo se ven cuando hacen su trabajo y cuando son vistas sólo por sus esposos e hijos, pero tienen cuidado de vestirse con gusto y esmero para los ojos de quienes no tienen ninguna relación especial con ellas. ¿No son la estima y el amor del esposo y los hijos de más valor que los sentimientos de los desconocidos o amigos comunes? Las esposas y madres debieran considerar más sagrada la felicidad del esposo y los hijos que la de los demás. Las hermanas cristianas en ningún momento debieran vestirse con extravagancia, sino con pulcritud, decoro y saludablemente, según lo permita el trabajo que realizan».

El vestido que acabamos de describir pensamos que es digno del nombre de vestido corto de la reforma. Está siendo adoptado por el Instituto de la Reforma Pro Salud del Oeste y por algunas hermanas de Battle Creek y otros lugares donde este asunto ha sido debidamente presentado ante los hermanos. En amplio contraste con este vestido decoroso está el así llamado traje norteamericano que se parece mucho a la ropa usada por los hombres. Consiste en un chaleco, pantalones y un vestón largo que llega a media altura entre la cadera y la rodilla. Me he opuesto a este traje debido a lo que se me ha mostrado en (410) armonía con la Palabra de Dios; mientras que el otro vestido que he recomendado es decoroso, cómodo, conveniente y saludable.

Otra razón que ofrezco como disculpa por llamar la atención nuevamente al tema del vestido, es que ni una sola entre veinte hermanas que profesan creer en los Testimonios ha dado el primer paso hacia la reforma de la vestimenta. Podrá decirse que la Hna. White usa en público vestidos más largos que los que recomienda a otras mujeres, a lo cual replico: Cuando visito un lugar para hablar a las gentes que no conocen el tema de la reforma de la vestimenta y donde hay prejuicio, estimo que es mejor ser cuidadosa y no cerrar los oídos del público por usar un vestido que se podría considerar censurable. Pero después de presentarles el tema y de explicar claramente mi posición, me presento ante ellos con el vestido de la reforma, que ilustra mis enseñanzas.

En lo que se refiere al asunto de usar vestidos con armazón de alambre, la reforma de la vestimenta va muy adelantada a ellos. Yo no podría usarlos. Y es demasiado tarde para hablar de usar vestidos con aros de alambre, sean éstos grandes o chicos. Mi posición sobre este asunto es precisamente lo que siempre ha sido, y espero que no me consideren responsable de lo que otros pueden decir sobre este tema, o por el proceder adoptado por quienes usan vestidos con aros de alambre. Protesto contra la tergiversación de mis conversaciones sostenidas en privado sobre este tema, y pido que lo que he escrito y publicado sea considerado como mi posición definitiva.

NUESTROS MINISTROS.-

En la visión que recibí en Rochester, Nueva York, el 25 de Diciembre de 1865, se me mostró que estamos frente a una obra muy solemne, pero no se comprende su importancia y magnitud. Al percibir la indiferencia que reinaba en todas partes, me sentí alarmada por la condición de los pastores y el pueblo. Se advertía una parálisis en la causa de la verdad presente. La obra de Dios parecía haberse detenido. Los ministros y los hermanos no están preparados para el tiempo en el que viven, y casi todos los que profesan creer en la verdad presente no están en condiciones de comprenderla obra de preparación para este tiempo. En su condición actual de ambición mundana, con su falta de dedicación a Dios y su entrega a la complacencia de sí mismos, están totalmente incapacitados para recibir la lluvia tardía y después de (411) haberlo hecho todo, mantenerse firmes contra la ira de Satanás, quien por medio de sus invenciones los hará naufragar en la fe al fijar sobre ellos algún agradable autoengaño. Piensan estar bien cuando en realidad están totalmente mal.

Los pastores y el pueblo deben realizar progresos más evidentes en la obra de reforma. Debieran comenzar sin tardanza a corregir sus malos hábitos de alimentación, bebida, vestimenta y trabajo. Se me hizo ver que numerosos ministros no están conscientes de este importante tema. No todos se encuentran en el lugar donde Dios quisiera que estén. El resultado es que el trabajo de algunos de ellos sólo lleva escaso fruto. Los ministros debieran ser ejemplos para el pueblo de Dios. Pero no están a

salvo de las tentaciones de Satanás. Ellos son precisamente a quienes procurará entrampar. Si puede tener éxito en su intento por adormecer a un solo ministro en la seguridad carnal, y al hacerlo apartar su mente de la obra, o engañarlo con respecto a su verdadera condición delante de Dios, habrá realizado mucho.

Vi que la causa de Dios no estaba progresando como podría hacerlo y como debiera ser. Los ministros no se dedican a la obra con esa energía, dedicación y decidida perseverancia que exige la importancia de la obra. Tienen un adversario vigilante con el cual luchar, cuya diligencia y perseverancia son incansables. El débil esfuerzo de los ministros y del pueblo no puede compararse con el de su adversario, el diablo. En un lado están los ministros que batallan en favor del bien y tienen la ayuda de Dios y sus santos ángeles. Debieran ser fuertes y valientes, y estar totalmente dedicados a la causa en la que militan, sin tener otros intereses. A fin de agradara Aquel que los eligió como soldados, no debieran dejarse envolver en los asuntos temporales.

En el otro lado están Satanás y sus ángeles, con todos sus agentes ayudadores en el mundo, que realizan todo esfuerzo posible y utilizan todo artificio para promover el error y el mal, y para ocultar su fealdad y deformidad con un ropaje agradable. Satanás cubre el egoísmo, la hipocresía y toda clase de engaño con un disfraz de aparente verdad y justicia, y se complace por su éxito, aun con ministros y personas que pretenden comprender sus artimañas. Cuanto mayores la distancia a que se mantienen de Cristo su gran Líder, tanto menos se parecen a él en carácter y tanto más es su parecido en vida y carácter a los servidores de su gran adversario, y tanto más seguro se encuentra él de tenerlos en sus redes. Mientras pretenden ser servidores de Cristo, en realidad lo son del pecado. Algunos ministros piensan demasiado en el sueldo (412) que reciben. Trabajan por un salario y pierden de vista el carácter sagrado y la importancia de la obra.

Algunos se tornan laxos y negligentes en su trabajo; recorren el campo de labor pero son débiles y sus esfuerzos no tienen éxito. No tienen puesto el corazón en la obra. La teoría de la verdad es clara, pero muchos de ellos no participaron en la investigación de la verdad mediante el estudio intenso y la oración ferviente, y no saben nada de su hermosura y valor por no haber tenido que verse forzados a sostener sus posiciones contra la oposición de sus enemigos. No venla necesidad de preservar un espíritu de consagración total a la obra. Su interés se encuentra dividido entre ellos mismos y la obra.

Se me hizo ver que antes de que la obra de Dios pueda realizar un progreso decidido, los ministros deben convertirse. Cuando lo estén, estimarán menos los sueldos y colocarán un valor mucho mayor sobre la obra importante, sagrada y solemne que han aceptado de mano de Dios para llevar a cabo, y que él requiere que cumplan fielmente y con eficiencia, como quienes tendrán que rendir estricta cuenta. Los ángeles anotadores realizan cada día un fiel registro de su trabajo. Todos sus actos, y hasta las intenciones y propósitos de su corazón, aparecen revelados con fidelidad. Nada permanece oculto para el ojo que todo lo percibe de Aquel de quien dependemos. Los que han puesto todas sus energías en la causa de Dios, y que se han arriesgado a invertir algo, sentirán que la obra de Dios es una parte de ellos, de modo que no trabajarán únicamente por un sueldo. No serán siervos infieles que tratan de agradarse a sí mismos, sino que se consagrarán ellos mismos con todos sus intereses a esta obra solemne.

Algunos ministros, en su obra pública en las iglesias, corren el peligro de cometer errores por falta de minuciosidad. Por su interés personal y el de la obra debieran escudriñar de cerca sus propios motivos y asegurarse de que se han despojado de todo orgullo. Debieran vigilar para evitar que mientras predican verdades definidas a otros, dejen de regir su vida por la misma norma y permitan que Satanás introduzca otra cosa en lugar de una profunda investigación de los motivos del corazón. Debieran ser minuciosos consigo mismos y con la causa de Dios, no sea que trabajen sólo por un salario y pierdan de vista el carácter importante y exaltado de la obra. No debieran permitir que el yo los gobierne en vez de que lo haga Jesús, y debieran tener cuidado de no decir a los pecadores de Sión que todo saldrá bien, cuando Dios ha pronunciado maldición sobre ellos. (413)

Los ministros deben levantarse y manifestar vida, celo y devoción por aquello que han desestimado por no haber caminado con Dios. La causa de Dios en muchos lugares no está mejorando. Es necesario que se examine el alma. La gente está sobrecargada de saciedad, ebriedad y los cuidados de esta vida. Están penetrando cada vez más profundamente en un espíritu de empresa mundana. Ambicionan obtener ganancias. La espiritualidad y la devoción escasean. El espíritu que prevalece es trabajar, acumular y añadir a lo que ya se posee. «¿Cuál será el fin de estas cosas?» era mi preocupación.
Las reuniones realizadas en las asociaciones no han conseguido un bien duradero. Los que asisten a las reuniones llevan consigo un espíritu comercializado. Los ministros y el pueblo con frecuencia llevan sus mercaderías a esas reuniones a las que asiste una numerosa concurrencia, y las verdades presentadas desde el púlpito no logran impresionar el corazón. La espada del Espíritu, la palabra de Dios, no consigue hacer su obra; cae inofensivamente en los oyentes. Se hace que la exaltada obra de Dios se relacione demasiado estrechamente con las cosas comunes.
Los ministros deben convertirse antes de que puedan fortalecer a sus hermanos. No debieran predicarlo que ellos quieren, sino a Cristo y su justicia. Se necesita una reforma entre el pueblo, pero primero debiera comenzar su obra purificadora con los ministros. Son los centinelas que vigilan las murallas de Sión, para dar la alarma a los descuidados y los incautos; y también para describir la suerte de los hipócritas que hay en Sión. Me pareció que algunos de los ministros habían olvidado que Satanás todavía estaba vivo, y que aún era tan perseverante, fervoroso y artero como siempre; que todavía procuraba atraer con sus seducciones a las almas fuera del camino de la justicia.
Una parte importante de la obra ministerial es presentar fielmente al pueblo la reforma de la salud en su relación con el mensaje del tercer ángel, como parte integrante de la misma obra.
Debieran adoptarla ellos mismos e impulsarla entre todos los que profesan creerla verdad.
Los ministros no debieran tener intereses separados fuera de la gran obra de conducir las almas a la verdad. Aquí se necesitan todas sus energías. No debieran dedicarse a los negocios ni a las ventas en vez de llevara cabo esta obra grandiosa. El solemne encargo dado a Timoteo los afecta con la misma fuerza, colocando sobre ellos las obligaciones más solemnes y las más temibles responsabilidades. «Te (414) encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina» (2 Tim. 4:1-2). «Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio» (verso 5).
Los malos hábitos de vida han disminuido nuestras sensibilidades mentales y físicas, y toda la fuerza que podamos adquirir mediante los hábitos de vida correctos y la práctica de los principios de salud y vida, debiéramos dedicarla sin reserva a la obra que Dios nos ha asignado. No podemos permitirnos emplear la escasa, débil y estropeada energía que poseemos en cumplir tareas secundarias o en mezclar actividades comerciales con la obra que Dios nos ha encomendado. Ahora se necesitan todas las facultades del cuerpo y la mente. La obra de Dios lo requiere, de modo que no se puede emprender otras actividades aparte de esta gran obra sin que ello insuma tiempo y fuerza mental y física, y así disminuya el vigor y la fuerza de nuestra obra en la causa de Dios. Los ministros que se dedican a actividades colaterales no disponen de tiempo para la meditación y la oración, ni la fuerza y claridad de mente que necesitan para comprender los casos de las personas que necesitan ayuda, y para estar preparados a fin de instar «a tiempo y fuera de tiempo». Una palabra apropiadamente dicha en el momento adecuado puede salvar a una pobre alma errante, dudosa y desfalleciente. Pablo exhortó a Timoteo: «Ocúpate en estas cosas; permanece en ellas, para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos» (1 Tim. 4:15).
Cuando Cristo dio su comisión a sus discípulos, les dijo: «Todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo» (Mat. 18:18). Si ésta es la obra temible y responsable de los ministros de Dios, cuán importante es que se dediquen totalmente a ella y que busquen y se ocupen de las almas como quienes tendrán que rendir cuentas. ¿Debiera algún interés

ajeno o egoísta estorbar esto y separar el corazón de la obra? Algunos ministros permanecen en sus hogares y después salen a realizar sus labores pastorales el sábado; luego se agotan durante el resto de la semana trabajando en labores agrícolas o tareas domésticas. Trabajan para sí mismos durante la semana y después gastan el resto de sus agotadas energías laborando para Dios. Pero Dios no acepta esos débiles esfuerzos. Tales ministros no tienen una reserva de energía mental o física. (415) En el mejor de los casos, sus esfuerzos son tan sólo débiles. Pero después de haberse mantenido absortos y ocupados durante los días laborales de la semana con las preocupaciones y cuidados de la vida, están totalmente incapacitados para participar en la elevada, sagrada e importante obra de Dios. El destino de las almas depende de su manera de proceder y de las decisiones que tomen. Entonces, cuán importante es que sean temperantes en todas las cosas, y no sólo en su alimentación, sino también en su trabajo, para que sus fuerzas no sufran menoscabo y puedan dedicarlas a su llamamiento sagrado.

Algunas personas que profesan la verdad presente han cometido un grave error al dedicarse a la venta de mercancías durante el desarrollo de series de reuniones espirituales, y con eso apartaron las mentes del objetivo de las reuniones. Si Cristo estuviera ahora en el mundo, echaría a esos mercaderes y traficantes, ya se trate de ministros o personas comunes, con un azote de cuerdas, lo mismo que cuando entró en el templo «y echó fuera a todos los que vendían y compraban en la casa de Dios, y volcó las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían palomas; y les dijo: 'Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones'» (Mat. 21:12-13). Estos traficantes habrían podido aducir como excusa que el producto de los artículos que vendían sería entregado como ofrenda de sacrificio. Pero en realidad su propósito era obtener ganancias y acumular dinero.

Se me hizo ver que si las facultades morales e intelectuales no hubieran estado oscurecidas por los malos hábitos de vida, los ministros y el pueblo habrían discernido prontamente los malos resultados del acto de mezclar las cosas sagradas con las comunes. Hay ministros que han predicado un solemne sermón desde el púlpito, y luego al presentar mercaderías y actuar como vendedores, en la casa misma de Dios, han apartado las mentes de sus oyentes de las impresiones recibidas y han destruido el fruto de su trabajo. Si no hubieran tenido las facultades mentales embotadas, habrían poseído discernimiento para saber que estaban rebajando las cosas sagradas hasta el nivel de las cosas comunes. La preocupación de vender nuestras publicaciones no corresponde a los ministros que trabajan con la palabra y la doctrina. Deben mantener en reserva su tiempo y sus fuerzas para que sus esfuerzos puedan producir fruto abundante en una serie de reuniones. No debieran dedicar su tiempo ni sus fuerzas para vender nuestros libros, cuando esto puede ser debidamente realizado por los que no se (416) ocupan en la predicación de la palabra. Cuando el ministro va a trabajar aun nuevo campo, puede ser necesario que lleve publicaciones consigo para ofrecerlas en venta a la gente, y puede ser necesario en otras circunstancias que también venda libros y lleve a cabo alguna transacción comercial para la oficina de publicaciones. Pero ese trabajo debiera evitarse toda vez que pueda ser realizado por otras personas.

La predicación de la palabra es el trabajo específico de los ministros, y después de haber predicado las solemnes verdades a la gente, debieran mantener una humilde dignidad como predicadores de la exaltada verdad y representantes de la verdad presentada a la gente. Necesitan descansar después de haber realizado sus intensos esfuerzos. Aun la venta de libros sobre la verdad presente es una preocupación, una carga para la mente y fatiga para el cuerpo. Si hay ministros que tienen energía de reserva y pueden someterse a esfuerzo sin perjudicarse, existe para ellos un trabajo importante que deben hacer, y que sólo ha comenzado después de haber presentado la verdad a la gente. Después siguen el predicar con el ejemplo, atender solícitamente a la gente, tratar de hacer bien a los demás, las conversaciones, las visitas a los hogares, el tener acceso a la condición mental y espiritual de los que escucharon su sermón, y comprenderla; además, debe exhortara éste, reprochara aquél y censurara este otro, reconfortara los afligidos, a los dolientes y a los desanimados. La mente debe estar libre de cansancio hasta donde eso sea posible, para que estén dispuestos a prestar servicio en el acto, «que

instes a tiempo y fuera de tiempo». Deben obedecer la orden dada por el apóstol Pablo a Timoteo: «Ocúpate en estas cosas; permanece en ellas».

Las responsabilidades de la obra descansan muy levemente sobre algunos. Piensan que su obra ha concluido cuando se alejan del púlpito. Es una carga visitar a la gente, como también lo es hablar; y la gente que realmente está deseosa de obtener todo el bien que hay para ellos, y que desean escuchar y aprender para poder ver todas las cosas claramente, no reciben beneficio ni satisfacción. Los ministros se excusan diciendo que están cansados, y sin embargo algunos de ellos agotan sus fuerzas preciosas y pasan su tiempo en trabajos que otros podrían realizar tan bien como ellos. Debieran preservar el vigor moral y físico para dar amplia prueba de su ministerio.

En todo lugar de importancia debiera haber un depósito de publicaciones. Y una persona que realmente aprecie la verdad debiera manifestar interés en poner esos libros en manos de todos los que quieran (417) leer. La cosecha es abundante pero los obreros son pocos, y los escasos obreros de experiencia que ahora hay en el campo ya están suficientemente ocupados con la predicación mediante palabra y doctrina. Surgirán hombres que asegurarán que Dios les ha encomendado la tarea de predicar la verdad a otros. Hay que examinar y someter a prueba a todos ellos. No hay que aliviarlos de inmediato de todas sus preocupaciones económicas ni darles posiciones de responsabilidad; pero debe animárselos, si tienen méritos, a que den pruebas adecuadas de su ministerio. No conviene que tales personas entrenen los trabajos de otros obreros. Que primero trabajen con alguien de experiencia y sabiduría, que pueda ver pronto si pueden ejercer una influencia capaz de salvar. Los predicadores jóvenes que nunca han sentido la fatiga producida por el trabajo ni experimentado exigencias sobre sus fuerzas mentales y físicas, no debieran ser animados a esperar que se los sostenga económicamente, en forma independiente de su trabajo físico, porque esto tan sólo los perjudicaría y sería una carnada para atraer a la obra a otros hombres que no comprenden las preocupaciones de la obra ni la responsabilidad que descansa sobre los ministros elegidos por Dios. Tales personas se sentirán facultadas para enseñara otros cuando en realidad apenas han aprendido ellas mismas los primeros principios fundamentales.

Muchos que profesan la verdad no están santificados por ella y carecen de sabiduría; no están siendo conducidos ni enseñados por Dios. El pueblo de Dios, en general, tiene una mente mundana y se ha alejado de la sencillez del Evangelio. Esta es la causa de la gran falta de discernimiento espiritual que han manifestado en su relación con los ministros. Si un pastor predica con espontaneidad y franqueza, algunos lo alaban personalmente. En lugar de meditaren las verdades presentadas y de aprovecharlas, demostrando así que no son sólo oidores sino obradores de la palabra, lo exaltan al referirse a lo que ha hecho. Comentan acerca de las virtudes del pobre instrumento, pero olvidan a Cristo, que usó a ese instrumento. Desde la caída de Satanás, quien una vez fue un ángel de exaltada gloria, los ministros han caído por la exaltación de que se los ha hecho objeto. Observadores del sábado insensatos han complacido al diablo alabando a los ministros. ¿Sabían que estaban ayudando a Satanás en su obra? Se habrían alarmado si hubieran comprendido lo que estaban haciendo. Estaban enceguecidos y no actuaban siguiendo el consejo de Dios. Hago una advertencia definida contra la costumbre de alabar o adulara los ministros. He (418) visto el mal, el temible mal de esto. Nunca, nunca deben dirigirse alabanzas directamente a los ministros. Hay que exaltara Dios y respetar siempre a un fiel ministro, y hay que comprender sus preocupaciones y aliviarlas si eso es posible; pero no se los alabe, porque Satanás está listo en su puesto de observación para hacer esa obra él mismo.

Los ministros no debieran utilizar la adulación ni hacer acepción de personas. Siempre ha existido, y todavía -existe, gran peligro de equivocarse en esto, de hacer una pequeña diferencia con los ricos, o adularlos tributándoles atenciones especiales, si es que no se usan palabras. Existe el peligro de «admirar la personalidad de los hombres» con fines de ganancia, pero al hacerlo se ponen en peligro sus intereses eternos. El ministro puede ser el favorito especial de algún hombre rico, y éste puede ser muy liberal con él; eso complace al ministro y éste a su vez derrama alabanzas sobre la benevolencia de su donante. Es posible que su nombre aparezca impreso, y sin embargo ese donante liberal puede ser

totalmente indigno del crédito que se le tributa. Su liberalidad no surgió de un profundo principio viviente que lo inducía a hacer el bien con su dinero, a hacer progresarla causa de Dios porque la apreciaba, sino que procedía de algún motivo egoísta, del deseo de ser considerado liberal. Puede haber dado en forma impulsiva sin que su liberalidad tuviera arraigo profundo en principios. Puede haberse sentido enternecido al escuchar una verdad conmovedora, la cual aflojó momentáneamente los cordones de su bolsa; y sin embargo su liberalidad carecía de profundidad de motivación. Da en forma irregular y su bolsa se abre espasmódicamente y se cierra con seguridad en la misma forma. No merece alabanza ninguna, porque es, en todo el sentido de la palabra, un hombre tacaño, y a menos que se convierta totalmente, con su bolsa y todo, oirá la avergonzante denuncia: «¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polilla» (Sant. 5:1). Estas personas finalmente despertarán de su horrible autoengaño. Aquellos que alabaron su liberalidad espasmódica ayudaron a Satanás a engañarlos y hacerles pensar que eran muy dadivosos, muy sacrificados, cuando en realidad desconocían los rudimentos de la liberalidad y la abnegación.

Algunos hombres y mujeres se convencen a sí mismos de que no consideran las cosas de este mundo de gran valor, sino que alaban la verdad y su progreso más que cualquier ganancia mundanal. Muchos (419) despertarán finalmente y descubrirán que fueron engañados. Puede ser que una vez apreciaron la verdad, y los tesoros terrenales comparados con la verdad pueden haberles parecido sin valor; pero después de un tiempo, a medida que aumentaba su tesoro terrenal, se tornaron menos piadosos. Aunque tienen suficiente para vivir bien, todas sus acciones demuestran que distan mucho de estar satisfechos. Sus obras dan testimonio de que sus corazones están envueltos en sus riquezas terrenales. Ganancia, ganancia es su contraseña. Todos los miembros de su familia trabajan para lograr ese objetivo. Apenas dejan algún tiempo para dedicarlo a los ejercicios devocionales o la oración. Trabajan desde la mañana hasta la noche. Mujeres enfermas y niños débiles estimulan su extenuada ambición y utilizan la vitalidad y fuerza que poseen para alcanzar su objetivo, para ganar un poquito, para hacer un poquito más de dinero. Se encomian a sí mismos diciendo que lo están haciendo para ayudar a la causa de Dios. ¡Terrible engaño! Satanás mira y se ríe, porque sabe que están vendiendo alma y cuerpo por sus deseos de obtener ganancias. Presentan continuamente débiles excusas por venderse de ese modo para obtener ganancia. El dios de este mundo los ha enceguecido. Cristo los compró con su propia sangre; pero roban a Cristo, roban a Dios, se destrozan y son casi inútiles para la sociedad.

Dedican sólo poco tiempo al mejoramiento de la mente y a disfrutar en la sociedad y la familia. Son de escaso beneficio para los demás. Sus vidas son un terrible error. Los que abusan de sí mismos sienten que su vida de trabajo incansable merece alabanza. Se están destruyendo a sí mismos por su trabajo presuntuoso. Están perjudicando el templo de Dios al violar continuamente las leyes de su ser por medio del trabajo excesivo, y piensan que es una virtud. Cuando Dios les pida cuentas, cuando les pida los talentos que les prestó, con intereses, ¿qué dirán? ¿Qué excusa presentarán? Si fueran paganos que no saben nada del Dios viviente, y si su celo ciego e idólatra los hiciera arrojarse bajo el carro de Krishna [como hacen algunos adoradores hindúes], sus casos serían más tolerables. Pero tenían la luz, habían recibido una advertencia tras otra para que mantuvieran sus cuerpos, que Dios llama su templo, en el estado más saludable posible a fin de glorificarlo en sus cuerpos y espíritus, que le pertenecen. Despreciaron las enseñanzas de Cristo: «No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haced tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones (420) no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón» (Mat. 6:19-21). Dejan que las preocupaciones mundanas los enreden. «Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición» (1 Tim. 6:9). Adoran su tesoro terrenal, así como el pagano ignorante adora a los ídolos.

Muchos se hacen la ilusión de que su deseo de obtener ganancias es para ayudarla causa de Dios.

Algunos prometen que cuando hayan ganado cierta cantidad, entonces harán bien con ese dinero y promoverán la causa de la verdad presente. Pero una vez alcanzado ese objetivo no están más dispuestos a ayudarla causa que antes. Luego vuelven a prometer que después que compren esa casa deseable o un terreno y lo paguen, entonces harán mucho con su dinero para promover la obra de Dios. Pero una vez logrado el anhelo de su corazón, están mucho menos dispuestos que en los días de su pobreza a contribuir al adelanto de la obra de Dios. «La que cayó entre espinos, éstos son los que oyen, pero yéndose, son ahogados por los afanes y las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto» (Mat. 8:14). El engaño de las riquezas los conduce, paso a paso, hasta que pierden el amor por la verdad, y sin embargo continúan haciéndose la ilusión de que creen en ella. Aman el mundo y las cosas que están en el mundo, pero el amor a Dios o a la verdad no está en ellos.

Con el fin de ganar algo de dinero, muchos disponen sus negocios de tal manera que necesariamente imponen mucho trabajo duro a los que trabajan al aire libre y sobre sus familiares que lo hacen en la casa. Los huesos, músculos y cerebros de todos son recargados en extremo; deben realizar una gran cantidad de trabajo, y la excusa es que deben llevar a cabo todo lo que puedan hacer porque en caso contrario habrá pérdida, algo se malogrará. Hay que ahorraren todo, no importa cuáles sean las consecuencias. ¿Qué han ganado los que proceden de este modo? Tal vez han conseguido mantener su capital y acrecentarlo. Pero por otra parte, ¿qué han perdido? Su capital de la salud, que es inapreciable tanto para los pobres como para los ricos, ha estado disminuyendo constantemente. La madre y los hijos han hecho giros repetidos sobre su cuenta de la salud, pensando que ese gasto extravagante nunca agotaría el capital, hasta que finalmente quedan sorprendidos al constatar que su vigor vital se ha agotado. No ha quedado nada para usar en caso de emergencia. La dulzura y felicidad de la vida son amargadas por intensos dolores y noches de insomnio. Ha (421) desaparecido el vigor físico y mental. El esposo y padre, que por amor a las ganancias dispuso insensatamente sus asuntos comerciales, aunque fuera con la plena aprobación de la esposa y madre, como resultado puede tener que sepultar a la madre y a uno o más hijos. La salud y la vida fueron sacrificadas por amoral dinero. «Porque la raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores» (1 Tim. 6:10).

Hay una importante obra que los observadores del sábado deben realizar. Sus ojos deben ser abiertos para que vean la verdadera condición en que se encuentran, y además deben ser celosos y arrepentirse, porque si no lo hacen perderán la vida eterna. El espíritu del mundo se ha posesionado de ellos, y han caído cautivos de los poderes de las tinieblas. No prestan atención a la exhortación del apóstol Pablo: «No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta» (Rom. 12:2). Un espíritu mundano, codicioso y egoísta predomina en la vida de muchos. Quienes lo poseen sólo buscan lo que satisface sus intereses personales. El hombre rico egoísta no se interesa en las cosas de sus vecinos, a menos que sea para descubrir cómo puede beneficiarse perjudicándolos. Los aspectos nobles y piadosos se dejan de lado y se sacrifican en aras de los intereses egoístas. El amor al dinero es la raíz de todos los males. Enceguece la visión e impide que la gente discierna sus obligaciones a Dios o al prójimo.

Algunos se consideran muy generosos porque a veces dan con abundancia a los ministros y para el progreso de la verdad. Pero estos hombres supuestamente liberales son mezquinos en sus transacciones y están listos a sacar ventaja de los demás. Tienen abundancia de las cosas de este mundo, y esto coloca sobre ellos grandes responsabilidades como administradores de Dios. Pero cuando tratan con un hermano pobre que se gana la vida trabajando diligentemente, son exigentes y le extraen hasta el último centavo. El hombre pobre saca la peor parte. El hombre rico exigente y astuto, en lugar de favorecer a su hermano pobre, toma toda la ventaja posible y acrecienta su riqueza acumulada mediante el infortunio del otro. Se enorgullece de su perspicacia, pero con su riqueza está amontonando sobre sí mismo una pesada maldición y colocando piedras de tropiezo en el camino de su hermano. Con su

vileza y tacañería está limitando su capacidad de beneficiarlo con su influencia religiosa. Todo eso permanece en la (422) memoria de aquel hermano pobre, y las acciones más fervientes y sus testimonios en apariencia llenos de fervor procedentes de los labios de su hermano rico, producirán únicamente una influencia apesadumbradora y odiosa. Lo considera hipócrita; surge así una raíz de amargura que contamina a muchos. El hombre pobre no puede olvidar la forma como el rico se aprovechó de él; tampoco puede olvidar que fue empujado hacia situaciones difíciles porque estaba dispuesto a llevar cargas, mientras que el hermano rico siempre tuvo a flor de labios una disculpa para no poner el hombro bajo la carga. Pero el hombre pobre puede estar tan imbuido con el espíritu de Cristo que perdona los abusos de su hermano rico.

Ciertamente que la dadivosidad noble y desinteresada se encuentra pocas veces entre los ricos. En su ambición por las riquezas se desentienden de las necesidades de la gente. No pueden ver ni sentir la condición miserable e inhumana en que viven sus hermanos pobres, quienes posiblemente han trabajado tan duramente como ellos mismos. Dicen lo mismo que Caín: «¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?» «He trabajado duramente para conseguir lo que tengo, así que debo conservarlo». En lugar de orar: «Ayúdame a sentir la desgracia de mi hermano», su preocupación constante es olvidar que éste tiene desgracias y derecho a su simpatía y liberalidad.

Muchos observadores del sábado que son ricos son culpables de abusar con los pobres. ¿Piensan ellos que Dios no ve sus pequeños actos de mezquindad? Si pudieran ser abiertos sus ojos verían que un ángel los sigue a todas partes anotando fielmente todas sus acciones en sus hogares y en sus lugares de trabajo. El Testigo Fiel sabe lo que hacen y declara: «Conozco tus obras». Cuando vi este espíritu de fraude, de astucia y mezquindad que se advierte entre algunos observadores del sábado, lloré con angustia de espíritu. Este gran mal, esta terrible maldición está envolviendo a algunos del Israel de Dios en estos últimos días, convirtiéndolos en personas detestables hasta para los incrédulos que poseen un espíritu noble. Este es el pueblo que declara que está esperando la venida del Señor.

Hay hermanos pobres que no están libres de tentación. Son malos administradores, carecen de sabio juicio, desean obtener recursos sin pasar por el lento proceso de trabajo perseverante. Algunos tienen tanta prisa por mejorar su condición que se dedican a diversas empresas sin consultara personas de buen juicio y experiencia. Sus expectativas pocas veces se convierten en realidad; pierden en lugar de ganar, y (423) entonces surgen tentaciones y la tendencia a envidiar a los ricos. Quieren definidamente beneficiarse con las riquezas de sus hermanos y se exasperan porque no lo consiguen. Pero no son dignos de recibir ayuda especial. Poseen evidencia de que sus esfuerzos han sido dispersos e irregulares. Han sido inconstantes en sus negocios y han estado llenos de ansiedad y preocupaciones, lo cual produce escasas ganancias. Esas personas debieran escuchar el consejo de quienes tienen experiencia. Pero con frecuencia son los últimos en buscar consejo. Piensan que tienen un juicio superior, de modo que no quieren que nadie les enseñe.

Estos suelen ser los mismos que son engañados por esos ingeniosos y astutos traficantes en derechos de patentes, cuyo éxito depende de la práctica del arte de engañar. Estos hermanos deben aprender que nunca debieran confiar en esa clase de mercaderes. Pero los hermanos son crédulos con respecto a las mismas cosas que debieran sospechar y evitar. No practican la instrucción que el apóstol Pablo dio a Timoteo: «Pero gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento». «Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto» (1 Tim. 6:6, 8). No dejemos que los pobres piensen que los ricos son los únicos que son codiciosos. Mientras los ricos retienen lo que poseen con una actitud de codicia, y procuran obtener más aún, los pobres corren grave peligro de codiciar las riquezas del rico. En nuestro país donde reina la abundancia, en realidad hay muy pocos que son verdaderamente pobres hasta el punto de necesitar ayuda. Si obraran en forma adecuada, en casi todos los casos podrían elevarse por encima de la necesidad. Mi exhortación para los ricos es: «Tratad liberalmente con vuestros hermanos pobres, y utilizad vuestros recursos para promover la causa de Dios. Los pobres dignos de ayuda, los que caen en la pobreza a causa del infortunio o la enfermedad, merecen vuestro

cuidado y ayuda especial. «Finalmente, sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables» (1 Pedro 3:8).

Hombres y mujeres que profesáis santidad y esperáis la traslación al cielo sin ver la muerte, os amonesto a ser menos codiciosos de ganancias, menos preocupados de vosotros mismos. Redimid vuestra piadosa virilidad, vuestra noble femineidad, por medio de actos nobles de dadivosidad desinteresada. Despreciad sinceramente vuestro anterior espíritu de avaricia y recuperad la verdadera nobleza de alma. Según lo que Dios me ha mostrado, a menos que os arrepintáis de todo corazón, Cristo os vomitará de su boca. Los adventistas observadores (424) dores del sábado pretenden ser seguidores de Cristo, pero las obras de muchos de ellos desmienten su profesión. «Por sus frutos los conoceréis». No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mat. 7:16, 21).

Hago un llamamiento a todos los que profesan creer en la verdad, a considerar el carácter y la vida del Hijo de Dios. El es nuestro ejemplo. Su vida se caracterizó por su dadivosidad desinteresada. Las aflicciones humanas siempre lo conmovieron. Anduvo haciendo el bien. No existió un solo acto egoísta en toda su vida. Su amor por la humanidad caída, su deseo de salvar a la gente, eran tan grandes que tomó sobre sí la ira de su Padre y consintió en sufrir la penalidad de aquella transgresión que hundió al hombre culpable en la degradación. Llevó los pecados de la humanidad en su propio cuerpo. «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (1 Cor. 5:21).

La auténtica generosidad con frecuencia es destruida por la prosperidad y las riquezas. Hombres y mujeres que pasan por situaciones de adversidad o que se encuentran en un estado de humilde pobreza a veces manifiestan un amor muy grande por la verdad e interés especial por la prosperidad de la causa de Dios y por la salvación de otras personas, y dicen lo que harían si tan sólo contaran con los recursos necesarios. Dios con frecuencia prueba a estas personas; las prospera, las bendice en sus empresas con más abundancia de la que ellos mismos esperaban. Pero sus corazones son engañosos. Sus buenas intenciones y promesas son inestables como la arena que corre. Cuanto más tienen, más desean. Cuanto más prosperan, tanto más ansiosos de obtener ganancias se ponen. Algunos de éstos, que en sus días de pobreza hasta fueron dadivosos, después se tornan tacaños y exigentes. El dinero se convierte en su dios. Se deleitan en el poder que el dinero les proporciona, en el honor que reciben a causa de él. El ángel dijo: «Advierte cómo soportan la prueba. Observa el desarrollo del carácter bajo la influencia de las riquezas». Algunos eran opresivos con los pobres necesitados y contrataban sus servicios por el salario más bajo. Eran opresivos porque el dinero era poder para ellos. Vi que el ojo de Dios los observaba. Se habían engañado. «He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensara cada uno según sea su obra» (Apoc. 22:12).

Algunas personas ricas no dejan de dar para el ministerio. Practican su dadivosidad sistemática con exactitud y se enorgullecen de su puntualidad (425) y generosidad, y piensan que allí termina su deber. Está bien que sean dadivosos, pero su deber no concluye ahí. Dios tiene derechos sobre ellos, que no comprenden; la sociedad tiene derechos sobre ellos y sus semejantes también los tienen; cada miembro de su familia tiene derechos sobre ellos. Todos estos derechos deben ser considerados, y no hay que desestimar ni descuidar ni uno solo. Algunas personas dan para el ministerio y dan a la tesorería casi con tanta satisfacción como si eso les abriera las puertas del cielo. Algunos piensan que no pueden hacer nada para ayudarla causa de Dios a menos que tengan constantemente cuantiosas ganancias. Creen que por ningún motivo deben tocar el capital. Si nuestro Salvador les dirigiera las mismas palabras que habló a cierto dirigente: «Anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme» (Mat. 19:21), se irían entristecidos porque elegirían, como lo hizo él, retener sus ídolos, sus riquezas, antes que desprenderse de ellas para asegurar un tesoro en el cielo. El dirigente afirmó que había guardado todos los mandamientos de Dios desde su juventud, y confiado en su fidelidad y justicia, y pensando que era perfecto, preguntó: «¿Qué más me falta? Jesús de inmediato

deshizo su sentido de seguridad al referirse a sus ídolos, sus posesiones. Tenía otros dioses delante del Señor, los que consideraba de mayor valor que la vida eterna. Le faltaba el amor supremo a Dios. Lo mismo sucede con algunos que profesan creer en la verdad. Piensan que son perfectos, suponen que nada les falta, cuando en realidad están lejos de la perfección y están apreciando ídolos que les cerrarán las puertas del cielo.

Muchos se compadecen de los esclavos del sur del país porque están obligados a trabajar, mientras la esclavitud existe en sus propias familias. Permiten que las madres y los hijos trabajen desde la mañana hasta la noche; no disfrutan de ningún momento de recreación. Les espera una interminable sucesión de trabajos que les son impuestos. Profesan ser seguidores de Cristo, ¿pero dónde está el tiempo que necesitan para meditar y orar, y obtener alimento para el intelecto, a fin de que la mente, con la que servimos a Dios, no quede enana en su desarrollo? Dios llama a cada uno a que utilice sus talentos que él le ha entregado para su gloria, y que los use para ganara otros. Dios ha colocado sobre nosotros la obligación de ayudara otros. Nuestra obra en beneficio de otros no habrá quedado terminada hasta que Cristo diga en el cielo: «Hecho está». «El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía» (Apoc. 22:11). (426)

Muchas personas al parecer no tienen verdadero sentido de su responsabilidad ante Dios. Se requiere de ellos que se esfuercen por entrar por la puerta angosta, porque muchos tratarán de hacerlo y no podrán. El cielo requiere que también procuren inducir a otros a esforzarse por entrar por la puerta estrecha. Hay una obra que debe ser realizada por los jóvenes y los ancianos, y es trabajar fervientemente para salvar no sólo sus propias almas, sino también a otras personas. No hay nadie que dentro de su normalidad mental no ejerza alguna influencia. Al ser indiferentes emplean esa influencia para estorbar a la gente en su esfuerzo por entrar por la puerta estrecha; o bien mediante sus esfuerzos decididos, perseverantes e incansables los instan a esforzarse con diligencia a entrar por ella. Nadie ocupa una posición neutral, en la que no hace nada para animara otros y no hace nada para estorbarlos. Cristo dijo: El que no recoge conmigo, esparce. Prestad atención, ancianos y jóvenes: estáis haciendo la obra de Cristo, para salvar almas, o bien la obra de Satanás, que consiste en conducirlas a la perdición.

Los jóvenes pueden ejercer una poderosa influencia si se despojan de su orgullo y su egoísmo, y si se dedican a Dios; pero en general no están dispuestos a llevar cargas por otros, sino que ellos mismos tienen que ser llevados. Ha llegado el tiempo cuando Dios requiere que se produzca un cambio en esta actitud. Llama a jóvenes y ancianos a que sean fervorosos y se arrepientan. Si continúan en su estado de tibieza, los vomitará de su boca. El Testigo Fiel dice: «Conozco tus obras». Joven, señorita, tus obras son conocidas, ya sean buenas o malas. ¿Eres rico en buenas obras? Jesús viene a ti como consejero: «Yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas» (Apoc. 3:18).

LA REFORMA PRO SALUD.-

En la visión que recibí en Rochester, Nueva York, el 25 de Diciembre de 1865, se me mostró que nuestro pueblo observador del sábado ha sido negligente y no ha obrado en conformidad con la luz que Dios le ha dado con respecto a la reforma pro salud, que aún tenemos ante nosotros una gran obra que debemos realizar, y que como pueblo hemos sido demasiado renuentes para avanzar a fin de aprovechar (427) las oportunidades preparadas por la providencia de Dios según la dirección en que desea que vayamos.

Se me mostró que escasamente se ha comenzado la obra de la reforma pro salud. Mientras algunos sienten profunda preocupación por esto y toman la iniciativa, otros permanecen indiferentes y apenas han dado los primeros pasos en la reforma. Dan la impresión de estar presos en la incredulidad, y como esta reforma restringe el apetito sensual, muchos se desentienden de ella. Tienen otros dioses delante

del Señor. Su gusto, su apetito, es su dios; y cuando se coloca el hacha en la raíz del árbol y los que han complacido sus apetitos depravados a expensas de su salud resultan afectados, cuando se les da a conocer su pecado y se les muestran sus ídolos, entonces no desean ser convencidos; y aunque la voz de Dios les hablara directamente para abandonar esos hábitos destructores de la salud, algunos seguirían aferrados a las cosas dañinas que acarician. Parecían estar unidos a sus ídolos, y Dios pronto dirá a sus ángeles: Déjenlos.

Se me mostró que la reforma pro salud es parte del mensaje del tercer ángel y está tan íntimamente ligada a él como el brazo y la mano lo están al cuerpo humano. Vi que como pueblo debemos avanzar en esta gran obra. Los ministros y el pueblo deben actuaren armonía. El pueblo de Dios no está preparado para el fuerte clamor del tercer ángel. Sus hijos tienen una tarea que hacer por sí mismos que no debieran dejar que Dios la haga por ellos. El ha dejado esa obra para que ellos la lleven a cabo. Es una obra individual; nadie puede hacerla por otro. "Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de la carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios" (2 Cor. 7:1). La glotonería es un pecado predominante de esta época. El apetito sensual esclaviza a hombres y mujeres. Nubla su intelecto y entorpece la sensibilidad moral a tal punto que la persona deja de apreciar las sagradas y elevadas verdades de la Palabra de Dios. Las tendencias más bajas han gobernado a hombres y mujeres.

Los miembros del pueblo de Dios deben conocerse a sí mismos si han de ser aptos para el traslado al cielo. Deben comprender todo lo relacionado con su propia estructura física, para poder exclamar con el salmista: "Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras" (Salmo 139:14). Su apetito siempre debiera estar controlado por las facultades morales e intelectuales. El cuerpo debiera ser siervo de la mente, y no la mente del cuerpo. (428)

Se me mostró que ante nosotros hay una obra mucho más importante que debemos hacer, de la cual ni siquiera tenemos idea, si es que deseamos asegurar la salud colocándonos en la debida relación con la vida. El Dr. A ha estado haciendo una importante y excelente obra en el tratamiento de la enfermedad e iluminando a quienes han pasado toda su vida en la ignorancia con respecto a la relación que la comida, la bebida y el trabajo tienen con la salud. En su misericordia, Dios ha dado luz a su pueblo a través de su humilde instrumento, en cuanto a que, para poder vencerla enfermedad se debe controlar el apetito y practicar la temperancia en todo. El Señor ha puesto mucha luz en su camino. ¿Cómo podrían los que están "aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras» (Tito 2:13-14), estar más atrasados que los religiosos de la actualidad, los cuales no tienen fe en la pronta venida de nuestro Salvador?

El pueblo peculiar que él está purificando para sí mismo a fin de trasladarlo al cielo sin que experimente la muerte, no debiera ir a la zaga de otros en la práctica de buenas obras. En sus esfuerzos por limpiarse a sí mismos de toda contaminación de la carne y el espíritu y perfeccionar la santidad en el temor de Dios, debieran encontrarse más adelantados que cualquier otra clase de gente en el mundo, puesto que su profesión es más exaltada que la de otros.

Algunos se han burlado de esta obra de reforma y han afirmado que es innecesaria, que es un recurso para apartar las mentes de la verdad presente. Han dicho que este asunto se está llevando a un extremo. Esas personas no saben de qué están hablando. Mientras hombres y mujeres que profesan santidad están enfermos desde la cabeza hasta la planta de los pies, mientras sus energías físicas, mentales y morales son debilitadas por la complacencia del apetito depravado y el exceso de trabajo, ¿cómo podrían juzgar la evidencia de la verdad y comprender los requerimientos de Dios? Si sus facultades morales e intelectuales se encuentran empañadas, no pueden apreciar el valor de la expiación o del exaltado carácter de la obra de Dios, ni deleitarse en el estudio de su palabra. ¿Cómo podría un dispéptico nervioso estar siempre en condición de dar una respuesta con humildad y fervor a quienes le pidan una razón de su esperanza? ¿Cuánto demorará ese dispéptico en confundirse y ponerse nervioso,

y llevado por su imaginación enferma ser inducido a considerar el asunto en discusión en forma (429) totalmente equivocada, y por la falta de esa humildad y calma que caracterizaban la vida de Cristo, ser inducido a deshonrar su profesión de fe mientras disputa con un antagonista irrazonable? Considerando las cosas desde un elevado punto de vista religioso, tenemos que ser reformadores cabales si queremos ser como Cristo.

Vi que nuestro Padre celestial ha derramado sobre nosotros gran bendición de luz sobre la reforma pro salud, para que podamos satisfacer los derechos que tiene sobre nosotros y glorificarle en nuestros cuerpos y espíritus, que le pertenecen, y finalmente comparecer sin defecto ante el trono de Dios. Nuestra fe requiere que elevemos el estandarte y que avancemos. Muchos ponen en duda el rumbo seguido por otros reformadores pro salud, pero como personas razonables debieran hacer algo ellos mismos. Nuestra raza se encuentra en condición deplorable y sufre de toda clase de dolencias. Muchas personas han heredado enfermedades y experimentan grandes sufrimientos debido a los malos hábitos de sus padres, y sin embargo tanto ellos como sus hijos continúan con las mismas prácticas equivocadas que sus padres les enseñaron. Ignoran lo que deben saber acerca de sí mismos. Están enfermos y no saben que sus propios hábitos perjudiciales les están provocando incalculable sufrimiento.

Hasta ahora hay pocas personas que se preocupan lo necesario para comprender la relación tan definida que existe entre sus hábitos de alimentación y su salud, su carácter, su utilidad en este mundo y su destino eterno. Vi que quienes han recibido la luz del cielo y han comprendido el beneficio que se obtiene al andar en ella, tienen el deber de manifestar un interés mayor en esta gran obra de reforma. Es necesario instruir a hombres y mujeres, por lo que los ministros y los miembros debieran sentir que tienen la responsabilidad de hablar del tema e instara otros a que se interesen en él.

Se me hizo ver que debemos proveer un hogar para los afligidos y para quienes desean aprender a cuidar sus cuerpos a fin de prevenir las enfermedades. No debiéramos permanecer indiferentes y obligar a los enfermos y a los que desean practicaren sus vidas la verdad, a ir a buscar saluda las instituciones populares que curan mediante tratamientos de hidroterapia, pero no simpatizan con nuestra fe. Si recuperan la salud puede ser a expensas de su fe religiosa. Los que han sufrido mucho a causa de enfermedades tienen debilidad mental y moral. Cuando comprenden los beneficios derivados de la correcta aplicación del agua, del empleo adecuado del aire y de una dieta apropiada, son (430) inducidos a creer que es imposible que los médicos que supieron cómo tratarlos con tanto éxito estén tan equivocados en su fe religiosa; que mientras están dedicados a la importante y buena obra de beneficiar a la humanidad sufriente, deben estar en lo cierto o muy cerca de eso. Y así nuestro pueblo corre peligro de ser entrampado mediante sus esfuerzos por recuperar la salud en esos establecimientos.

Nuevamente se me mostró que los que se encuentran muy fortalecidos por sus principios religiosos y obedecen firmemente los requerimientos de Dios, no pueden recibir ese beneficio de las instituciones populares de salud actuales como podrían recibirlo otras personas que tienen una fe diferente. Los observadores del sábado son únicos en la práctica de su fe. Guardar todos los mandamientos de Dios como él lo requiere a fin de ser poseídos y aprobados por él, resulta sumamente difícil en una institución popular de curación mediante la hidroterapia. Deben llevar constantemente consigo el colador evangélico y cernir todo lo que oyen, a fin de elegir lo bueno y rechazar lo malo.

El establecimiento de hidroterapia situado en es la mejor
institución de ese género en los Estados Unidos. Sus gerentes han estado realizando una obra importante y provechosa en lo que concierne al tratamiento de las enfermedades. Pero no podemos confiar en sus principios religiosos. Mientras profesan ser cristianos, recomiendan a sus pacientes que jueguen a las cartas, que bailen y que asistan a los teatros, todo lo cual induce al mal y contraría directamente las enseñanzas de Cristo y de sus apóstoles. Los observadores del sábado concienzudos que visitan estas instituciones con el propósito de recuperar la salud no pueden recibir los beneficios que podrían si no tuvieran que mantenerse constantemente en guardia para no comprometer su fe,

deshonrar la causa de su Redentor y poner sus propias almas en esclavitud.
Se me mostró que los observadores del sábado debieran facilitar el camino para que personas que tienen la misma fe preciosa puedan recibir el beneficio de la salud sin necesidad de gastar sus recursos en instituciones donde su fe y sus principios religiosos corren peligro, y donde no pueden encontrar simpatía ni unión en asuntos religiosos.
Dios y su providencia dirigieron al Dr. B para que fuera a ----- a fin de obtener una preparación que de otro modo no habría conseguido, porque tenía una obra para él que debía realizar en el campo de la reforma pro salud. Como médico, durante años había estado estudiando el organismo humano, y Dios quería que por precepto y práctica (431) aprendiera a aplicar las bendiciones que se encuentran al alcance de los seres humanos. Desea que se prepare para beneficio de los enfermos y para instruir a los que no saben cómo preservar las energías y la salud que ya poseen, y cómo prevenir las enfermedades usando sabiamente los remedios del cielo: agua pura, aire y régimen alimentario.
Se me mostró que el Dr. B es un hombre prudente y muy escrupuloso, un hombrea quien Dios ama. Ha tenido que soportar numerosas pruebas que han sido beneficiosas para él, aunque mientras las soportaba no podía comprender en qué sentido podían serle beneficiosas. El Dr. B no es un hombre que manifiesta exaltación mientras cree en la verdad y avanza por su camino. No es una persona arbitraria ni impositiva. Siente demasiado temor de revestirse de esa dignidad que su posición le permitiría mantener. Está dispuesto a aconsejar a otros y se deja persuadir fácilmente a prestar servicio; pero su gran peligro es la buena disposición a aceptar cargas que no debería llevar. El ve y sabe lo que se debe hacer, y corre peligro de realizar demasiado. Es extremadamente sensible y está lleno de simpatía, de modo que siente profundamente la aflicción de sus pacientes; y si se le permite, llevará una carga de responsabilidades demasiado grande, corriendo el riesgo de ser aplastado bajo su peso.
Hombres y mujeres de influencia debieran ayudar al Hno. B con sus oraciones, su simpatía, su cooperación espontánea, sus palabras de ánimo y esperanza, sus consejos y exhortaciones, todo lo cual será apreciado por él. Su posición no es nada envidiable. Si acepta responsabilidades tan grandes no es por elección ni para ganar dinero, porque puede hacerlo con más alivio y evitar las preocupaciones, ansiedades e incertidumbre que esa posición acarrearía sobre él; y cuando se convence de cuál es la senda del deber, la seguirá y permanecerá en su puesto, independientemente de cuáles sean las consecuencias. Debiera contar con la simpatía y cooperación de quienes tienen influencia, de quienes Dios desearía que se colocaran a su lado para sustentarlo en su laboriosa obró.
El Dr. B podría, desde el punto de vista de este mundo, tener mejores beneficios económicos que en la posición en que ahora se desempeña. Se me mostró que esta posición sería muy difícil. Muchas personas sin experiencia no tendrán noción de la magnitud de la empresa y desearán que las cosas se hagan de acuerdo con sus ideas personales. Algunos preguntarán por qué no pueden venir los pobres para recibir tratamiento gratuito, y se sentirán tentados a pensar que después de (432) todo se trata de una empresa montada con fines de lucro. Diferentes personas desearán tener algo que decir, y no estarán dispuestas a dejar que las cosas sigan su curso sin tener ellas la oportunidad de decir algo para señalar los errores; porque se me mostró que algunos considerarán que es una virtud sentir celos y presentar oposición. Se enorgullecen de no aceptar todas las cosas tales como son presentadas. Lo mismo que Tomás, se vanaglorian de su incredulidad. ¿Pero encomió Jesús a Tomás por su actitud de duda? Aunque le concedió la evidencia que deseaba tener antes de creer, Jesús le dijo: «Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron» (Juan 20:29).
Se me mostró que no faltan los recursos entre los adventistas observadores del sábado. En este momento, el peor peligro que corren yace en la acumulación de propiedades. Algunos aumentan continuamente sus preocupaciones y trabajos; están sobrecargados. Como resultado, Dios y las necesidades de su causa quedan casi totalmente olvidados; están muertos espiritualmente. Se requiere que hagan un sacrificio a Dios en forma de ofrenda. Pero un sacrificio no acrecienta sino que consume y disminuye. Se me mostró que aquí había una empresa digna de ser llevada a cabo por el pueblo de

Dios, en la que pueden invertir recursos para la gloria del Señor y el progreso de su obra. Una parte bastante considerable de los recursos que posee nuestro pueblo sólo está produciendo perjuicios a quienes se aferran a ellos.

Nuestro pueblo debiera tener una institución propia, controlada por ellos mismos, para beneficio de los enfermos y los sufrientes que deseen gozar de salud y vigor a fin de glorificar a Dios en sus cuerpos y espíritus, los cuales le pertenecen. Una institución de esa naturaleza, debidamente dirigida, sería el medio adecuado para presentar nuestros puntos de vista a muchos a quienes sería imposible alcanzar por medio del procedimiento usual de predicación de la verdad. Cuando los incrédulos acudan a nuestra institución dedicada al tratamiento eficaz de las enfermedades, bajo el cuidado de médicos observadores del sábado, serán colocados directamente bajo la influencia de la verdad. Al relacionarse con nuestro pueblo y nuestra fe verdadera, desaparecerá su prejuicio y recibirán impresiones favorables. Al ser puestos así bajo la influencia de la verdad, algunos no sólo obtendrán alivio de enfermedades corporales, sino que hallarán un bálsamo sanador para sus almas enfermas por el pecado.

A medida que mejore la salud de gente enferma mediante la aplicación de tratamientos adecuados, y comiencen a disfrutar de la (433) vida, aumentará su confianza en quienes han contribuido a la restauración de su salud. Sus corazones rebosarán de gratitud y la buena semilla de la verdad encontrará con más facilidad un terreno abonado, y en algunos casos será alimentada, brotará y dará fruto para gloria de Dios. Una de estas preciosas almas que sea salvada valdrá más que todos los recursos necesarios para establecer esa clase de institución. Algunos no tendrán suficiente valor moral para obedecer sus convicciones. Pueden estar convencidos de que los observadores del sábado poseen la verdad, pero la gente en general y sus familiares no creyentes se interponen para que no reciban la verdad. No logran convencerse de la necesidad de sacrificarlo todo por Cristo. Pero algunas de estas personas desecharán sus prejuicios y se convertirán en defensores de la fe de los adventistas. Algunos que son restaurados a la salud o que reciben gran beneficio, serán los medios para introducir nuestra fe en nuevos lugares, y elevar el estandarte de la verdad en lugares que hubieran sido inaccesibles de no haberse eliminado primero el prejuicio de las mentes por haber pasado un tiempo esas personas en contacto con los obreros de nuestra institución para recuperar su salud.

Otros generarán dificultades cuando regresan a sus hogares. Pero eso no debe desanimar a nadie ni estorbarlos en su empeño por colaborar en esta buena obra. Satanás y sus instrumentos harán todo lo posible para estorbar, confundir y agobiara quienes se dedican sinceramente a la obra de promover esta reforma.

Existe abundancia de recursos entre nuestro pueblo, y si todos comprendieran la importancia de la obra, esta gran empresa podría llevarse a cabo sin dificultades. Todos debieran sentir interés especial en apoyarla. Especialmente quienes tienen recursos económicos debieran invertir en esta empresa. Debiera disponerse de un hogar adecuado para recibir enfermos a fin de que mediante la aplicación de recursos adecuados y la bendición de Dios, puedan aliviarse de sus enfermedades y aprender a cuidar de sí mismos para prevenir la enfermedad.

Muchos que profesan la verdad se están volviendo cerrados y avaros. Necesitan sentirse alarmados por su condición. Poseen tantas riquezas en la tierra, que sus corazones están en ellas. La mayoría de sus tesoros está en este mundo y poco en el cielo; por lo tanto, sus intereses están en las posesiones terrenales en vez de la herencia celestial. Existe ahora una buena oportunidad para que usen su dinero para beneficio de la humanidad sufriente y también para el avance de la verdad. Nunca debiera permitirse que esta empresa sufra necesidades. (434) Estos mayordomos a quienes Dios ha confiado recursos financieros, ahora debieran apoyar la obra y utilizar sus medios para su gloria. Los que retienen sus recursos debido a su avaricia, tendrán maldición en vez de bendición.

Las personas a quienes Dios ha dado recursos económicos deben proveer un fondo que deberá usarse para beneficio de los pobres dignos que están enfermos y no pueden pagar los gastos de su tratamiento en la institución de salud. Hay algunos pobres dignos y muy apreciados cuya influencia ha sido

beneficiosa para la causa de Dios. Debiera formarse un fondo con el fin específico de proveer tratamiento a estas personas necesitadas de la iglesia, según determinen sus dirigentes. A menos que las personas que disponen de recursos abundantes den con este fin, sin exigir intereses, los pobres no podrán gozar de los beneficios del tratamiento de la enfermedad que se ofrece en esta institución, donde se necesita mucho dinero para su funcionamiento. Una institución que está comenzando, y con dificultades para sobrevivir, no debiera verse en la bochornosa situación de gastar constantemente sus medios sin poderlos recuperar.

TESTIMONIO DOCE: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA.-
MENSAJE PARA LOS JOVENES.-

Los jóvenes observadores del sábado se encuentran entregados a la búsqueda del placer. Vi que no hay uno en veinte que conozca el significado de la religión experimental. Anhelan continuamente lo que satisfaga su deseo de cambio y diversión. A menos que salgan de su engaño y se despierte su sensibilidad de modo que puedan decir: «Estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor» (Fil. 3:8), no son dignos de él ni alcanzarán la vida eterna. Los jóvenes en general se encuentran atrapados en un engaño terrible, y sin embargo pretenden ser piadosos. Sus vidas sin consagración constituyen un reproche para el nombre de cristiano, y su ejemplo es una trampa para otros. Ponen obstáculos a los pecadores, porque casi en todo sentido no son mejores que los incrédulos. Tienen la Palabra de Dios, pero no prestan atención a sus advertencias, reproches, amonestaciones y correcciones; ni tampoco a las palabras de ánimo ni a las promesas hechas para los que son obedientes y fieles. Todas las promesas de Dios dependen de la obediencia con humildad. Se ha dado un solo Modelo a los jóvenes; pero ¿cómo se comparan sus vidas con la vida de Cristo? Me siento alarmada cuando contemplo en todas partes la frivolidad de jóvenes y señoritas que pretenden creer en la verdad. Causan la impresión de no tener a Dios en sus pensamientos. Tienen la mente llena de necedad. Su conversación es sólo vacía plática. Sienten gran afición por la música, y Satanás sabe qué órganos estimular para incitar, monopolizar y cautivar la mente para que no sientan la necesidad de Cristo. El anhelo espiritual del alma que busca el conocimiento divino y el crecimiento en la gracia es inexistente.

Se me mostró que los jóvenes deben situarse en un plano más elevado y convertir la Palabra de Dios en su consejera y guía. Descansan sobre los jóvenes responsabilidades solemnes que ellos consideran con liviandad. La música que escuchan en sus hogares en vez de inducirlos a la santidad y la espiritualidad, ha sido el medio de apartar sus mentes de la verdad. Los cantos frívolos y la música popular del momento satisfacen su gusto. Los instrumentos musicales han consumido (436) tiempo que debieran haber dedicado a la oración. La música, cuando no se abusa de ella, es una gran bendición; pero cuando se la emplea equivocadamente se convierte en una terrible maldición. Estimula, pero no imparte el poder ni el valor que el cristiano puede encontrar sólo en el trono de la gracia mientras expresa humildemente sus necesidades y pide vehementemente y con lágrimas la fortaleza celestial para resistir las tentaciones del maligno. Satanás está llevando cautivos a los jóvenes. ¡Qué podría decirles para inducirlos a romper su poder ofuscador! El diablo es un hábil engañador que los atrae hacia la perdición. Escuchad las instrucciones del Libro Inspirado de Dios. Vi que Satanás había ofuscado las mentes de los jóvenes para que no pudieran comprender las verdades de la Palabra de Dios. La sensibilidad de su conciencia se encuentra de tal manera entorpecida que ésta no consigue captar los requerimientos del santo apóstol:

«Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra [nueva]» (Efe. 6:1-3). «Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor» (Col. 3:20). Los hijos que deshonran y desobedecen a sus padres, y se desentienden de sus consejos e instrucciones, no pueden tener parte en la tierra nueva. La tierra nueva purificada no será un lugar para

hijos o hijas rebeldes, desobedientes e ingratos. A menos que los tales aprendan a ser obedientes y sumisos aquí, nunca lo aprenderán. La paz de los redimidos no será perturbada por hijos desobedientes, indisciplinados e ingobernables. Nadie que desobedezca los mandamientos heredará el reino de los cielos. ¿Quisieran todos los jóvenes leer el mandamiento de la Ley pronunciado por Jehová en el Sinaí y grabado con su propio dedo sobre tablas de piedra? «Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da» (Éxo. 20:11).

Se me llamó la atención a numerosos pasajes de las Escrituras que muestran claramente a los jóvenes la voluntad de Dios con respecto a ellos. En el juicio tendrán que enfrentarse con estas sencillas verdades. Sin embargo no hay un solo joven o señorita entre veinte que profesan la verdad presente, que obedezca estas enseñanzas bíblicas. Los jóvenes no leen suficientemente la Palabra de Dios para conocer sus derechos sobre ellos; pero esas verdades los juzgarán en el gran día de Dios, cuando los jóvenes y los ancianos serán recompensados de acuerdo con sus obras. (437)

El apóstol Juan dice: «Os escribo a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno. No améis el mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (Juan 2:14-17).

Esta exhortación presentada a los jóvenes también se extiende a las señoritas. Su juventud no los excusa de las responsabilidades que les son inherentes. Son fuertes y no han sido fatigados por las preocupaciones y el peso de los años; sus afectos son ardientes, y si los retiran del mundo y los colocan sobre Cristo y el cielo, y si hacen la voluntad de Dios, permanecerán para siempre y vivirán eternamente coronados de gloria, honra, inmortalidad y vida eterna. Si los jóvenes viven para gratificarla concupiscencia de la carne y de los ojos, y el orgullo de la vida, están buscando las cosas del mundo, complaciendo a su gran adversario y apartándose del Padre. Y cuando estas cosas anheladas desaparecen, sus esperanzas quedan desbaratadas y perecen sus expectativas. Separados de Dios, se arrepentirán entonces amargamente de su locura manifestada en el servicio de su placer personal, en la gratificación de sus deseos individuales, y por haber vendido por unos momentos de frívolo goce, una vida de bienaventuranza de la cual hubieran podido disfrutar eternamente.

«No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo», dice el apóstol inspirado. Luego añade esta advertencia: «Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él». Resulta alarmante comprobar que el amor al mundo predomina en las mentes de los jóvenes. Ellos aman definidamente el mundo y las cosas que están en él, y por esta misma razón no existe lugar para el amor de Dios en sus corazones. Encuentran placer en el mundo y en las cosas del mundo, pero no conocen al Padre ni los dones de su Espíritu. Dios es deshonrado por la frivolidad y la moda, por las conversaciones y risas insubstanciales e insensatas que caracterizan la vida de la juventud en general. El apóstol Pablo exhorta a los jóvenes a ser prudentes: «Exhorta asimismo a los jóvenes a que sean prudentes; presentándote tú en todo como ejemplo de buenas obras; en la enseñanza mostrando integridad, seriedad, palabra sana e irreprochable, de modo que el adversario se avergüence, y no tenga nada malo que decir de vosotros» (Tito 2:6-8). (438)

Ruego a los jóvenes que por amor a sus almas presten atención a la exhortación del apóstol inspirado. Todas estas misericordiosas instrucciones, advertencias y reproches tendrán sabor de vida para vida, o de muerte para muerte. Muchos jóvenes son descuidados en sus conversaciones. Prefieren olvidar que por sus palabras serán justificados o condenados. Todos debieran prestar atención a las palabras de nuestro Salvador: «El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas; y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas. Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado» (Mat. 12:35-37). ¡Cuán poco respeto se muestra aun a las instrucciones del Maestro

celestial! Muchos no estudian la Palabra de Dios o no toman en cuenta sus verdades solemnes, y estas claras verdades se alzarán en el juicio y los condenarán.
Las palabras y las acciones dan un claro testimonio de lo que hay en el corazón. Si éste está lleno de vanidad y orgullo, de amor al yo y amor a los vestidos y a la apariencia personal, las conversaciones girarán alrededor de las modas, los vestidos y la apariencia personal, pero no se referirán a Cristo ni al reino de los cielos. Si el corazón está lleno de envidia, ésta se manifestará en las palabras y las acciones. Los que se comparan con otras personas, que hacen lo mismo que ellas, que no se esfuerzan por alcanzar niveles más elevados, y que luego se excusan mencionando los errores y las faltas de los demás, se están alimentando de basura, por lo que seguirán siendo enanos espirituales mientras satisfagan a Satanás, al complacer sus sentimientos personales no santificados. Algunos se explayan en el tema de la comida, la bebida y el vestido. Esos pensamientos fluyen de lo que abunda en el corazón, como si las cosas temporales fueran el objetivo principal de la vida y su mayor realización. Esas personas olvidan las palabras de Cristo: «Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mat. 6:33).
Los jóvenes y las señoritas tienen sus corazones llenos de amor a sí mismos. Esto se manifiesta en su deseo de ser fotografiados; y no se conforman con hacerlo una vez, sino que posan repetidamente para que les tomen fotos, cada vez con la esperanza de que la última exceda en calidad a las anteriores y los muestre más hermosos que el original. Así malgastan el dinero del Señor, ¿pero qué ganan? Nada más que su pobre imagen sobre el papel. Las horas que debieron dedicar a la oración (439) las ocupan egoístamente en la atención de sí mismos; así malgastan preciosas horas del tiempo de prueba.
A Satanás le complace cuando la atención de los jóvenes es atraída por cualquier cosa que distraiga su mente de Dios, lo que el enemigo aprovecha para atacarlos solapadamente sin que ellos estén preparados para defenderse, de modo que caen en la trampa. No están conscientes de que el gran Artista celestial capta y registra todo acto y palabra, y que su comportamiento y hasta sus pensamientos y las intenciones del corazón, quedan cuidadosamente registrados. Cada defecto de su carácter moral resalta ante la vista de los ángeles, y esos jóvenes podrán contemplar el cuadro completo de su persona en toda su deformidad cuando se ejecute el juicio. Todas esas palabras vanas y frívolas están escritas en el libro. También lo están las palabras falsas. Están registradas asimismo con caracteres indelebles, aquellas acciones engañosas cuyos motivos estuvieron ocultos para los ojos humanos, pero que fueron discernidos por el ojo de Jehová que todo lo ve. Todo acto egoísta queda expuesto.
Los jóvenes generalmente se comportan como si las preciosas horas del tiempo de prueba, mientras dura la misericordia, fueran una sola grandiosa fiesta, y como si ellos hubieran sido puestos en el mundo con el único fin de conseguir diversión personal, para ser satisfechos por una ininterrumpida sucesión de actividades que entusiasman y estimulan. Satanás ha estado realizando esfuerzos especiales para inducirlos a encontrar felicidad en las diversiones mundanas, y para que se justifiquen procurando demostrar que esas diversiones son inofensivas, inocentes y hasta valiosas para la salud. Esto complace al adversario de las almas.
Hay personas que tienen una imaginación enfermiza, que no representan correctamente la religión de Cristo; los tales no tienen la religión pura de la Biblia. Algunos se mortifican durante toda la vida por sus pecados; lo único que pueden ver es a un Dios de justicia que está ofendido. Pero no logran ver a Cristo y su poder redentor ejercido por los méritos de su sangre. Esta clase de personas no tienen fe, y piensan así porque no tienen mentes bien equilibradas. Debido a enfermedades transmitidas por sus padres y a causa de una educación equivocada recibida en su niñez, han contraído hábitos erróneos que perjudican el organismo y el cerebro, y deterioran las facultades morales hasta el punto de que les resulta imposible pensar y actuar racionalmente en todas las cosas. Carecen de mentes bien equilibradas. (440)
La santidad y la justicia no destruyen la salud, sino que son salud para el cuerpo y fortaleza para el alma. El apóstol Pedro dice: «El que quiere amar la vida y ver días buenos... apártese del mal, y haga el

bien; busque la paz, y sígala, porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones; pero el rostro del Señor está contra aquellos que hacen el mal» (1 Pedro 3:10-12). «Mas también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois. Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos, ni os conturbéis» (1 Pedro 3:14).

El conocimiento de que se está obrando correctamente es la mejor medicina para las mentes y los cuerpos enfermos. La bendición especial de Dios que descansa sobre quienes la reciben, es salud y fortaleza. El que tiene una mente serena y satisfecha en Dios se encuentra en el camino de la salud. El conocimiento de que los ojos del Señor nos contemplan y de que sus oídos escuchan nuestras oraciones, constituye una inmensa satisfacción. Saber que tenemos un Amigo que nunca falla, a quien podemos confiar todos los secretos del alma, es un privilegio inenarrable. Aquellos cuyas facultades morales se encuentran oscurecidas por la enfermedad, no son las personas apropiadas para representar correctamente la vida cristiana o la hermosura de la santidad. Con mucha frecuencia se encuentran en el fuego del fanatismo, en el agua de la fría indiferencia o en la necia melancolía. Las palabras de Cristo tienen más valor que las opiniones de todos los médicos del universo: «Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mat. 6:33). Este es el primer gran objetivo: el reino de los cielos, la justicia de Cristo. Cualquier otro objetivo debe ocupar un lugar secundario.

Satanás presenta el camino de la santidad como una senda difícil, mientras que los caminos de los placeres mundanos los hace aparecer sembrados de flores. El tentador adorna el mundo con colores falsos pero halagadores y complacientes, y así presenta sus placeres a la juventud. La vanidad es uno de los rasgos más fuertes de la naturaleza humana depravada, y el enemigo sabe que puede estimularla con éxito. Halaga por medio de sus instrumentos. Los jóvenes pueden recibir expresiones de alabanza, lo cual complacerá su vanidad y aumentará su orgullo y autoestima. Esto puede inducirlos a pensar que con tales ventajas y atractivos en realidades lamentable tener que salir del mundo y alejarse de él para hacerse cristiano y tener que olvidara sus compañeros y fingirse muertos a sus alabanzas o censuras. Satanás os dice (441) que con las ventajas que poseéis podríais en gran medida disfrutar de los placeres mundanos. Pero considerad que los placeres del mundo tendrán que terminar y que lo que sembréis, eso es lo que segaréis. ¿Son los atractivos personales, la habilidad o los talentos personales demasiado valiosos para dedicarlos a Dios, al Autor de vuestro ser, al que vela por vosotros a cada instante? ¿Son vuestras capacidades demasiado preciosas para dedicarlas a Dios?

Los jóvenes insisten en que necesitan algo para avivar y divertirla mente. Vi que había placer en el trabajo, y satisfacción en la búsqueda de una vida de utilidad. Pero algunos porfían en que necesitan algo que interese a la mente después de las horas de trabajo o el estudio, alguna clase de ocupación o entretenimiento mental que alivie y refresque la mente en medio de las preocupaciones y trabajos fatigantes. Lo que necesitan es la esperanza del cristiano. La religión será reconfortante para el creyente y una guía segura que lo conducirá a la Fuente de la verdadera felicidad. Los jóvenes debieran estudiarla Palabra de Dios y dedicarse a la meditación y la oración, porque así encontrarán que sus momentos de ocio no podrían ser aprovechados en forma mejor. Jóvenes amigos, debierais dedicar tiempo a probaros a vosotros mismos, para ver si estáis en el amor de Dios. Sed diligentes en asegurar vuestro llamamiento y elección. De vuestro comportamiento personal depende si aseguraréis para vosotros la vida mejor.

Hablando de la sabiduría, se dice que «sus caminos son caminos deleitosos, y todas sus veredas paz» (Prov. 3:17). La morada futura de los justos y su recompensa eterna son temas elevados y ennoblecedores para la contemplación de los jóvenes. Deben reflexionar acerca del admirable plan de salvación, el inconmensurable sacrificio realizado por el Rey de gloria para que pudieseis ser elevados por los méritos de su sangre y mediante la obediencia finalmente ser exaltados al trono de Cristo. Este tema debiera suscitar las reflexiones más nobles de la mente. ¡Qué inmenso privilegio es ser reintegrados al favor de Dios! ¿Qué otra cosa, fuera de la comunión con él, podría elevarnos, refinarnos

y exaltamos por encima de los frívolos placeres mundanos? Obtener la renovación por la gracia de nuestras naturalezas corrompidas, poner en sujeción nuestros apetitos concupiscentes y tendencias animales, mantenerse con noble independencia moral, obteniendo victorias todos los días, proporcionará una paz mental que se produce únicamente cuando se obra correctamente.

Apreciados jóvenes, vi que con un empleo y un entretenimiento (442) como éste podríais ser felices. Pero la razón por la que estáis inquietos es porque no buscáis la única fuente verdadera de felicidad. Siempre estáis tratando de encontrar fuera de Cristo el gozo que se encuentra únicamente en él. En él no hay esperanzas frustradas. ¡Qué privilegio descuidado es la oración! La lectura de la Palabra de Dios prepara la mente para la oración. Una de las principales razones por la que tenéis tan poca disposición a acercaron a Dios mediante la oración, es que os habéis incapacitado para esta sagrada tarea por dedicaron a la lectura de historias fascinantes que han estimulado la imaginación y despertado pasiones pecaminosas. Así es como la Palabra de Dios resulta desagradable, la hora de la oración cae en el olvido. La oración es la fortaleza del cristiano. Cuando está solo, en realidad no lo está; siente la presencia de Aquel que dijo: «He aquí estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mat. 28:20).

Los jóvenes necesitan aquello que no tienen, es decir, religión. Nada puede tomar el lugar de esto. Profesar tenerla carece de valor. Los nombres quedan registrados en los libros de la iglesia en la tierra, pero no en el libro de la vida. Vi que no hay uno en veinte jóvenes que sepa en qué consiste la religión experimental. Se sirven a sí mismos, pero profesan ser siervos de Cristo; pero a menos que se rompa el ensalmo que pesa sobre ellos, no tardarán en comprender que la parte de los transgresores es la suya. En lo que concierne a la abnegación o al sacrificio por amor a la verdad, han encontrado algo que es más fácil. En lo que se refiere al ruego ferviente con lágrimas y clamor a Dios por su gracia perdonadora y fuerza de su parte para resistir a las tentaciones de Satanás, han descubierto que es innecesario ser tan fervorosos y celosos; pueden pasarlo bien sin eso. Cristo, el Rey de gloria, con frecuencia fue solo a las montañas y a los lugares desiertos para derramar el pedido de su alma ante su Padre; pero el hombre pecador que carece de fortaleza, piensa que puede vivir sin tanta oración.

Cristo es nuestro modelo; su vida fue un ejemplo de buenas obras. Fue varón de dolores y experimentado en quebranto. Oró por Jerusalén porque sus habitantes no quisieron ser salvos aceptando la redención que él les ofreció. No quisieron ir a él para tener vida. Comparad vuestro estilo de vida con el del Maestro, quien realizó un sacrificio tan grande para que pudierais ser salvos. Pasó con frecuencia toda la noche sobre el suelo húmedo en oración con intenso sufrimiento. Buscáis vuestro placer personal. Escuchad las conversaciones vanas y frívolas; oíd la risa, los chistes, las bromas. ¿Es así como se imita al (443) Modelo? Continuad escuchando: ¿Se menciona a Jesús? ¿Constituye la verdad el tema de conversación? ¿Se glorían los participantes en la cruz de Cristo? En cambio, es esta moda, aquel sombrero, ese vestido, lo que dijo aquel joven o aquella señorita o las diversiones en las que están planeando participar. ¡Cuánta alegría! ¿Se sienten atraídos los ángeles y se acercan alrededor de ellos para dispersar las tinieblas con las que Satanás los rodea? De ninguna manera. Ved cómo se alejan con tristeza. Veo lágrimas en el rostro de esos ángeles. ¿Será posible que se haga llorar a los ángeles de Dios? Eso es lo que sucede.

La juventud no considera seriamente los valores eternos. Los ángeles de Dios lloran cuando escriben en los libros celestiales las palabras y los actos de los que pretenden ser cristianos. Los ángeles se ciernen sobre un hogar. Hay allí una reunión juvenil y se oyen sonidos de música vocal e instrumental. Es una reunión de cristianos, ¿pero qué es lo que se oye? Es una canción frívola propia de los salones de baile. Entonces los santos ángeles retraen su luz hacia ellos y la oscuridad rodea a los que se encuentran en ese hogar. Ahora los ángeles se alejan de ese lugar con rostros tristes y llorosos. Vi repetirse numerosas veces esta escena en todas las filas de observadores del sábado, y especialmente en la localidad de .

La música ha ocupado el tiempo que debiera haberse dedicado a la oración. La música es el ídolo que adoran muchos cristianos que profesan ser observadores del sábado. Satanás no tiene ninguna objeción

contra la música cuando puede convertirla en canal para tener acceso a las mentes de la juventud. Servirá a su propósito cualquier cosa que sirva para apartar la mente de Dios y ocupar el tiempo que debiera dedicarse a su servicio. Trabaja con los medios que ejercerán la influencia más poderosa para mantener al mayor número de personas sometidas a una agradable infatuación, mientras ellas quedan paralizadas por su poder. La música es una bendición cuando se la emplea en forma apropiada; pero con frecuencia se la convierte en uno de los instrumentos más atractivos de Satanás para entrampara las almas. Cuando se abusa de ella, conduce a los que carecen de consagración al orgullo, la vanidad y la insensatez. Cuando se le permite que tome el lugar de la devoción y la oración, se convierte en una terrible maldición. La gente joven se reúne para cantar, y aunque declaran ser cristianos, con frecuencia deshonran a Dios y su fe con sus conversaciones frívolas y su elección de música. La música sagrada no conviene a su gusto. Se me llamó la atención a las claras enseñanzas de la Palabra de Dios, que han sido descuidadas. En (444) el juicio, todas esas palabras inspiradas condenarán a los que no las tomaron en cuenta.

El apóstol Pablo exhorta a Timoteo «por mandamiento de Dios nuestro Salvador, y del Señor Jesucristo nuestra esperanza»: «Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda. Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad» (1 Tim. 2:2-10).

El apóstol Pedro escribe a la iglesia: «Por tanto ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado; como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está; sed santos, porque yo soy santo» (1 Pedro 1:13-16).

El inspirado apóstol Pablo pide a Tito que dé instrucciones especiales a la iglesia de Cristo, «para que en todo adornen la doctrina de Dios nuestro Salvador». Dice: «Enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras» (Tito 2:12-14).

El apóstol Pedro exhorta a la iglesia: «Sed sobrios, y velad, porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar» (1 Pedro 5:8). Mas el fin de todas las cosas se acerca; sed, pues, sobrios, y velad en oración» (1 Pedro 4:7). Y además dice: «Sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros; teniendo buena conciencia, para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, sean avergonzados los que calumnian vuestra buena conducta en Cristo. Porque mejor es que padezcáis haciendo el bien, si la voluntad de Dios así lo quiere, que haciendo el mal» (1 Pedro 3:15-17).

¿Se encuentran los jóvenes en una posición desde la cual con mansedumbre y temor puedan dar una respuesta a toda persona que les pida razón de su esperanza? Vi que los jóvenes no comprenden nuestra (445) posición. Ante ellos se acumulan escenas terribles, un tiempo de angustia que probará el valor del carácter. Aquellos en quienes mora la verdad, para entonces estarán desarrollados. En cambio los que hayan rechazado la cruz, descuidado la palabra de vida y adorado su propio yo miserable, serán encontrados faltos. Están entrampados por Satanás, y aprenderán demasiado tarde que han cometido un grave error. Los placeres que habían buscado serán amargos al final. El ángel dijo: «Sacrificadlo todo por Dios. El yo tiene que morir. Los deseos naturales y las tendencias del corazón no renovado tienen que ser subyugados». Corred en busca de la descuidada Biblia; las palabras inspiradas han sido escritas para vosotros, de modo que no las descuidéis livianamente. Volveréis a encontrar cada palabra pronunciada y tendréis que rendir cuenta de si habéis participado en la obra y conformado vuestra vida

de acuerdo con las santas enseñanzas de la Palabra de Dios. Es necesario que haya santidad de corazón y de vida. Los que han tomado el nombre de Cristo y participado en su servicio debieran ser buenos soldados de la cruz. Deben mostrar que están muertos para el mundo, y que su vida está oculta con Cristo en Dios.

El apóstol Pablo escribe a sus hermanos colosenses: «Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (Col. 3:1-3). «Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales. Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él» (Col. 3:14-17).

El apóstol exhortó a los efesios de esta manera: «Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor. No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo a (446) Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo» (Efe. 5:15-20).

Dios es glorificado con cantos de alabanza que proceden de un corazón puro, lleno de amor y devoción a él. Cuando los creyentes consagrados se reúnen, su conversación no debe versar sobre las imperfecciones de la gente, ni tener sabor a murmuraciones o quejas; la caridad, o amor, que es el vínculo de la perfección, los rodeará. El amor a Dios y los semejantes fluye naturalmente en las palabras de afecto, simpatía y estima por sus hermanos. La paz de Dios impera en sus corazones; sus palabras no son vanas, vacías ni frívolas, sino que tienden al consuelo y la edificación mutuos. Si los cristianos obedecen las instrucciones dejadas para ellos por Cristo y sus apóstoles inspirados, adornarán la religión de la Biblia y se ahorrarán severas pruebas. y abundante confusión, que atribuyen a aflicciones que experimentan por creer en una verdad que no es popular. Este es un error lamentable. Muchas de sus pruebas son creadas por ellos mismos porque se alejan de la Palabra de Dios. Ceden al mundo, se colocan en el campo de batalla del enemigo y tientan al diablo a que los tiente a ellos. Los que se adhieren estrictamente a las amonestaciones e instrucciones de la Palabra de Dios, y buscan con oración conocer y practicar su justa voluntad, no sienten las pequeñas cosas desagradables que ocurren todos los días. La gratitud que los llena y la paz de Dios que impera en ellos, los induce a entonar en sus corazones alabanzas al Señor, y hablar de la deuda de amor y agradecimiento que tienen con su amado Salvador, quien los amó tanto que murió para que pudieran vivir. Nadie en cuyo interior more el Salvador lo deshonrará ante otras personas interpretando música instrumental que aparte la mente de Dios y el cielo para fijarla en cosas livianas e insubstanciales.

Se requiere que cualquier cosa que hagan los jóvenes, ya sea de palabra o acción, lo hagan todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios y Padre por él. Vi que sólo pocos jóvenes comprenden lo que significa ser cristianos, ser como Cristo. Tendrán que aprender las verdades de la Palabra de Dios antes de que puedan ajustar sus vidas al Modelo. No hay un solo joven en veinte que haya experimentado en su vida la separación del mundo que el Señor requiere de todos los que se convierten en miembros de, su familia, en hijos del Rey celestial. «Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré. Y seré para vosotros por Padre y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso» (2 Cor. 6:17-18). (447)

¡Qué promesa grandiosa se hace aquí basada en la obediencia! ¿Tenéis que separaron de vuestros amigos y parientes cuando decidís obedecer las exaltadas verdades de la Palabra de Dios? Animaos porque Dios ha hecho provisión para vosotros y sus brazos están abiertos para recibiros. Salid de en

medio de ellos y separaos, y no toquéis lo inmundo, y él os recibirá. El promete ser un Padre para vosotros. ¡Qué admirable relación es ésta! Es más elevada y santa que cualquier vínculo terrenal. Si hacéis el sacrificio, si tenéis que olvidar padre, madre, hermanas, hermanos, esposa e hijos por amor de Cristo, no quedaréis sin amigos. Dios os adopta en su familia; llegáis a ser miembros de la familia real, hijos e hijas del Rey que gobierna los cielos de los cielos. ¿Podéis desear una posición más elevada que la que aquí se promete? ¿No basta esto? El ángel dijo: «¿Qué más podría hacer Dios por los hijos de los hombres que lo que ya ha hecho? Si tal amor, si tales promesas tan exaltadas no son apreciados, ¿podría él concebir alguna otra cosa más excelente, más preciosa y admirable? Todo lo que Dios podía hacer fue hecho para la salvación de los seres humanos, y a pesar de ello los corazones de los hijos de los hombres se han endurecido. Debido a la multiplicidad de bendiciones con las que Dios los ha rodeado, las reciben como si fueran cosas comunes y olvidan a su bondadoso Benefactor".

Vi que Satanás es un enemigo vigilante que está resuelto a llevar a la juventud a comportamientos totalmente contrarios a los que Dios aprobaría. El sabe perfectamente bien que no hay otro grupo de personas que puede hace tanto bien como los jóvenes y señoritas que se han consagrado a Dios. Los jóvenes, si obran correctamente, pueden ejercer una poderosa influencia. Los predicadores, o laicos avanzados en años, no pueden tener sobre la juventud ni la mitad de la influencia que otros jóvenes dedicados a Dios pueden ejercer sobre sus compañeros. Debieran sentir que pesa sobre ellos la responsabilidad de hacer todo lo que puedan para salvara sus compañeros mortales, aunque tengan que sacrificar sus placeres y deseos naturales. El tiempo, y hasta los recursos económicos, debieran consagrarse a Dios cuando ello sea necesario. Todos los que profesan santidad debieran sentir el peligro que corren los que no pertenecen a Cristo. Pronto su tiempo de prueba concluirá. Los que habrían podido ejercer influencia para salvar a la gente si hubieran seguido el consejo de Dios, pero no cumplieron su deber a causa del egoísmo, la indolencia o porque se avergonzaban de la cruz de Cristo, no sólo perderán sus propias almas, sino que tendrán (448) sobre sí la sangre de algunos pobres pecadores. Tendrán que rendir cuenta del bien que hubieran podido hacer si se hubieran consagrado a Dios, pero no lo hicieron debido a su infidelidad. Los que de veras han gustado la dulzura del amor redentor no descansarán hasta que todas las personas con quienes se asocian conozcan el plan de salvación. Los jóvenes debieran preguntar: `¿Qué quieres que haga, Señor? ¿Cómo puedo honrar y glorificar tu nombre aquí en la tierra?' La gente perece a nuestro alrededor, ¿pero qué preocupación sienten los jóvenes por ganar almas para Cristo? Los que asisten al colegio pueden poner su influencia del lado de Cristo; ¿pero quién pronuncia el nombre de Cristo? ¿Y a quién se ve abogando con tierno fervor con sus compañeros para que olviden las sendas del pecado y elijan el camino de la santidad?

Se me mostró que ésta es la manera de proceder que deben adoptar los jóvenes, pero no lo hacen; es más agradable para sus sentimientos unirse con los pecadores en la práctica de deportes y en la búsqueda de placeres. Los jóvenes tienen una amplia esfera de utilidad, pero no se dan cuenta de ello. ¡Ojala que en adelante dediquen sus facultades mentales a la búsqueda de medios para acercarse a los pecadores que perecen a fin de darles a conocer el camino de la santidad, y mediante oración y ruegos ganar aunque fuera a uno de ellos para Cristo! ¡Qué empresa más noble! ¡Un alma para que alabe a Dios durante toda la eternidad! ¡Un alma que disfrute de felicidad y vida eterna! Pero puede conseguirse que más de una persona se aparte del error y acepte la verdad, que pase del pecado a la santidad. Dios dice por medio del profeta: «Los que enseñan la justicia a la multitud [brillarán] como las estrellas a perpetua eternidad» (Dan. 12:3).

Los que participen con Cristo y los ángeles en la obra de salvar a las almas que perecen serán ricamente recompensados en el reino de los cielos.

Vi que muchas personas podrían salvarse si los jóvenes se encontraran en el lugar donde deben estar, dedicados a Dios y a la verdad; pero generalmente ocupan una posición en la que es necesario dedicarles a ellos atención constante, porque si no se hace eso, ellos mismos se volverían al mundo. Son una fuente de constante preocupación y aflicción. Se derraman lágrimas y se elevan fervorosas

oraciones por ellos en los corazones de los afligidos padres. Sin embargo siguen adelante sin preocuparse del dolor causado por su comportamiento. Clavan espinas en el pecho de quienes estarían dispuestos a morir (449) para salvarlos y conseguir que lleguen a ser lo que Dios intenta que sean por medio de los méritos de la sangre de Cristo.
Los jóvenes ejercen su habilidad de llevar a cabo esta o aquella obra de arte, pero no sienten que Dios requiere que ocupen sus talentos en algo mejor, es decir, en adornar su profesión de fe y en tratar de salvar las almas por quienes Cristo murió. Una sola de esas almas salvada tiene más valor que mundos enteros. El oro y las riquezas terrenales no pueden compararse con la salvación de una sola alma desvalida.
Jóvenes y señoritas, vi que Dios tiene una obra que vosotros debéis realizar; tomad vuestra cruz y seguid a Cristo, porque si no lo hacéis no sois dignos de él. Mientras permanecéis en descuidada indiferencia, ¿cómo podéis decir cuál es la voluntad de Dios acerca de vosotros? ¿Y cómo esperáis ser salvados, a menos que, como siervos fieles, hagáis la voluntad de vuestro Señor? Todos los que hereden la vida eterna habrán recibido el reconocimiento, bien hecho. El Rey de gloria los exaltará colocándolos a su mano derecha mientras les dice: «Bien hecho, buen siervo fiel». ¿Cómo podéis decir cuántas almas podríais salvar de la ruina si en lugar de buscar vuestro placer personal buscarais qué obra podríais hacer en la viña de vuestro Maestro? ¿Cuántas almas se han salvado en esas reuniones realizadas con fines de conversación y con las ejecuciones musicales? Si no podéis señalar una sola alma salvada, os ruego que adoptéis un comportamiento diferente. Comenzad a orar por las almas; aproximaos a Cristo, colocaos más cerca de su costado sangrante. Permitid que un espíritu humilde y sereno adorne vuestras vidas, y haced que vuestras peticiones fervientes, sinceras y humildes asciendan hacia Dios en busca de sabiduría para tener éxito en la salvación no sólo de vuestra propia alma, sino también de otras almas. Orad más que lo que cantáis. ¿Acaso no tenéis más necesidad de orar que de cantar? Jóvenes y señoritas, Dios os pide que salgáis a trabajar para él. Cambiad radicalmente vuestro comportamiento. Podéis realizar una obra que no pueden hacer los que ministran en palabra y doctrina. Podéis alcanzara una clase de personas sobre la que el ministro no puede ejercer influencia. (450)

LA RECREACIÓN ENTRE LOS CRISTIANOS.-
Se me mostró que, como pueblo, los observadores del sábado trabajan demasiado sin permitirse variaciones o períodos de descanso. La recreación es necesaria para los que se ocupan en faenas físicas y es aún más esencial para la gente cuya labor es mayormente mental. No es esencial para nuestra salvación ni para la gloria de Dios el mantener nuestra mente trabajando constante y excesivamente, aun sobre temas religiosos. Hay recreaciones como el baile, juego de barajas, damas, ajedrez, etc., que no podemos aprobar porque Dios las condena. Este tipo de recreación abre la puerta para cosas peores. No son beneficiosas en su tendencia sino que tienen una influencia excitante, haciendo surgir en algunas mentes una pasión por ciertos juegos que conducen a los juegos de azar y a la disipación. Todos esos tipos de juegos deben ser condenados por los cristianos, y substituidos por otros que son perfectamente sanos.
Vi que no deberíamos emplear nuestros días festivos imitando las prácticas del mundo. Sin embargo, no deberían pasar inadvertidos, pues causará insatisfacción a nuestros hijos. En esos días cuando existe el peligro de que nuestros hijos sean expuestos a influencias malignas y corrompidos por los placeres y excitaciones del mundo, que los padres se ingenien algo que tome el lugar de recreaciones más peligrosas. Actuad para que vuestros hijos comprendan que tenéis en cuenta su bienestar y felicidad.
Que se unan varias familias que viven en la ciudad o aldea y dejen las ocupaciones que los han agotado física y mentalmente, y hagan una excursión al campo, al lado de un bello lago o a una linda arboleda donde el paisaje es hermoso. Deben llevar alimentos sencillos e higiénicos, las mejores frutas y granos, y colocar sus mesas debajo de algún árbol o bajo el pabellón del cielo. Los paseos a caballo, el ejercicio, y el escenario despertarán el apetito, y pueden disfrutar un refrigero que los reyes envidiarían.

En ocasiones semejantes, padres e hijos deberían sentirse libres de preocupaciones, faenas y perplejidades. Los padres deberían ser como niños con sus hijos pequeños, haciendo todo tan placentero para ellos como sea posible. Que el día entero sea dedicado a la recreación. El ejercicio al aire libre será beneficioso para la salud de aquellos cuyo trabajo ha sido encerrado y sedentario. Todos los que puedan, deberían sentir el deber de seguir esta práctica. Nada se perderá, pero (451) mucho se ganará. Podrán regresar a sus ocupaciones con nueva vida y renovado valor para emprender sus labores con celo, y estar mejor preparados para resistir las enfermedades.

Vi que pocos comprenden el trabajo constante, agotador de aquellos que llevan la responsabilidad de las faenas en la oficina. Están confinados dentro de paredes día tras día y semana tras semana, mientras una tensión constante sobre sus fuerzas mentales está ciertamente minando sus cuerpos y mermando su fuerza en la vida. Estos hermanos corren el peligro de desbaratarse en cualquier momento. No son inmortales, y sin un cambio se agotarán y la causa los perderá.

Tenemos preciosos talentos en las personas de los hermanos A, B y C. No podemos damos el lujo de permitirles que arruinen su salud por el confinamiento y el incesante trabajo. ¿Dónde podemos encontrar hombres con la experiencia de ellos para que los reemplacen? Dos de estos hermanos han estado asociados con el trabajo de oficina por catorce años, trabajando vehementemente, a conciencia, y sin reparos por el progreso de la causa de Dios. No han tenido ninguna variación, excepto por las que les han sido otorgadas por fiebres y otros males. Deberían cambiar de rutina frecuentemente, dedicara menudo un día entero a la recreación con sus familias, cuyos miembros están casi completamente privados de su compañía. Tal vez no puedan dejar el trabajo a la vez; pero deberían arreglar de tal manera que uno o dos puedan hacerlo, dejando a otros para que los reemplacen, y luego permitirles a éstos que hagan lo mismo.

Vi que estos hermanos, A, B y C, como deber religioso deberían preocuparse por la salud y la fuerza que Dios les ha dado. El Señor no requiere que lleguen a ser mártires de su causa ahora. No obtendrán un premio por hacer este sacrificio, porque el Señor desea que vivan. Ellos pueden servir mejor vivos que muertos a la causa de la verdad presente. Si alguno de estos hermanos fuera repentinamente abatido por alguna enfermedad, nadie debería considerar tal enfermedad como un juicio directo de Dios. Será solamente el resultado de violar las leyes de la naturaleza. Deberían prestar atención a la advertencia que se les ha dado para que no cometan transgresión y tengan que sufrirla dura penalidad.

Vi que estos hermanos podrían beneficiar la causa de Dios asistiendo, tan a menudo como sea práctico, a reuniones distantes de su lugar de trabajo. La obra que se les ha encargado es importante, y necesitan nervios y cerebros sanos; pero es imposible que sus mentes sean (452) vivificadas y vigorizadas como Dios quisiera, mientras están incesantemente confinados a la oficina. Se me mostró que sería de beneficio para la causa a largo plazo, que estos hombres que dirigen la obra en Battle Creek, se familiaricen con sus hermanos en el extranjero, asociándose con ellos en reunión. Eso dará a los hermanos en el extranjero confianza en aquellos que llevan las responsabilidades de la obra, los liberará del agotamiento del cerebro, y los familiarizará mejor con el progreso de la obra y las necesidades de la causa. Avivará su esperanza, renovará su fe y aumentará su ánimo. El tiempo que se emplea de esa manera no se perderá sino que se aprovechará con máxima ventaja. Estos hermanos poseen cualidades que los hacen capaces de disfrutar al máximo la vida social. Disfrutarían al hospedarse en los hogares de hermanos en el extranjero; beneficiarían a otros y serían beneficiados por el intercambio de pensamientos y puntos de vista.

De manera especial apelo a mi hermano C para que cambie su curso de vida. No puede ejercer como pueden hacerlo otros en la oficina. El trabajo encerrado, sedentario, lo prepara para un repentino quebrantamiento de su salud. No puede actuar siempre como solía hacer. Debe emplear más tiempo al aire libre, realizando tareas livianas ocasionales, o haciendo ejercicio placentero de carácter recreativo. Un confinamiento como el que ha impuesto sobre él mismo quebrantaría la constitución física del animal más fuerte. Es cruel, es pecaminoso, es un pecado contra sí mismo, contra el cual levanto mi

voz de advertencia. Hermano C, mucho de su tiempo debe emplearlo al aire libre, andando a caballo, o en ejercicio placentero, o morirá; su esposa quedará viuda y sus hijos a quienes ama tanto quedarán huérfanos. El hermano C está calificado para edificar a otros en la exposición de la palabra. Puede servir a la causa de Dios y beneficiarse en forma personal al asistir a las grandes reuniones de los observadores del sábado, presentando su testimonio para la edificación de aquellos que tienen el privilegio de escucharlo. Este cambio lo sacará del encierro y lo expondrá al aire libre. Su sangre fluye lentamente por sus venas, por falta del aire vivificante del cielo. El ha realizado bien su trabajo en la oficina, pero le ha hecho falta la influencia energizadora del aire puro y de los rayos solares a campo abierto para hacer su trabajo aún más espiritual y vivificador.

El 5 de Junio de 1863, se me mostró que mi esposo debía preservar su fortaleza y salud, porque el Señor aun tenía una gran obra para hacer a través de nosotros. En su providencia habíamos obtenido (454) cantidad de preocupaciones y faenas que mi esposo ha llevado por años. No tienen la constitución, la reserva para sacar de allí, como mi esposo la tenía. Nunca pueden soportar las perplejidades y la labor constante, agotadora que lo ha sobrecogido y que ha llevado por veinte años. No puedo soportar el pensamiento de que algunos en la oficina vayan a sacrificar su fuerza y salud por culpa del trabajo excesivo, terminando así prematuramente su utilidad, y viéndose incapacitados para trabajar en la viña del Señor. No se trata simplemente de los recolectores de frutas; todos los que insisten en continuar cavando alrededor de las plantas, regándolas, podando y animando al afligido, llevando los sarmientos, y dirigiendo sus zarcillos para que torciéndose se entrelacen en el verdadero enrejado, el apoyo seguro, son obreros de cuya labor no se puede prescindir. Los hermanos en la oficina sienten que no pueden dejar el trabajo por unos días para variar y recrearse; pero eso es un error. Ellos pueden y deben hacerlo. Aun si no se lograra mucho, sería mejor salir por unos días, que verse postrados por la enfermedad y separados del trabajo por meses, y tal vez no poder volver.

Mi esposo pensaba que era erróneo de su parte emplear tiempo en recrearse socialmente. No podía dejar de trabajar para descansar. Pensaba que el trabajo de la oficina se atrasaba si lo hacía. Pero cuando le vino el golpe, causándole postración física y mental, el trabajo tenía que llevarse adelante sin él. Vi que los hermanos que llevaban tareas de responsabilidad en la oficina deberían trabajar sobre un plan diferente y hacer sus arreglos para cambiar. Si se necesita más ayuda, obtenedla y que se dé el alivio a aquellos que sufren constante confinamiento y trabajo mental. Debieran asistir a asambleas. Necesitan despojarse de preocupaciones, compartirla hospitalidad de sus hermanos, gozar su sociabilidad y las bendiciones de las reuniones. De esa manera obtendrán nuevos pensamientos, sus agotadas energías serán despertadas a nueva vida, y regresarán al trabajo mucho más calificados para hacer lo que les corresponde, pues entenderán mejor las necesidades de la causa.

Hermanos en el extranjero, ¿estáis dormidos en cuanto a este asunto? ¿Deben desfallecer vuestros corazones por la caída de otros obreros de Dios, a quienes amáis? Estos hombres son propiedad de la iglesia. ¿Soportaréis que mueran bajo el peso? Os ruego que aconsejéis un orden diferente de asuntos. Suplico a Dios que la amarga experiencia que ha venido sobre nosotros, jamás se permita que sea también la (455) experiencia de ninguno de los hermanos que trabajan en la oficina. Encomiendo a vuestro cuidado en forma especial al hermano C. ¿Morirá él por falta de aire, el aire vitalizados del cielo? El curso que está siguiendo está ciertamente acortando su vida. Por su confinamiento, su sangre se ha vuelto impura y lenta, el hígado no funciona cabalmente, el corazón no trabaja apropiadamente. A menos que logre hacer un cambio para su propio beneficio, la naturaleza hará lo que está siendo forzada a hacer. Intentará lo mejor que pueda aliviar el sistema expulsando las impurezas de la sangre. Llamará a la acción a todas las fuerzas vitales, y se desconcertará todo el organismo, terminando todo, posiblemente, en parálisis o apoplejía. Si acaso llega a recuperarse de esta crisis, su pérdida de tiempo será grande; pero la probabilidad de recuperación será mínima. Si no puede despertarse al hermano C, os aconsejo hermanos, vosotros que tenéis un interés en la causa de la verdad presente, secuestradlo, como lo fue Lutero por sus amigos, y llevadlo lejos de su trabajo.

Desde que escribí lo anterior, he venido a saber que la mayor parte de Thoughts on the Revelation [El Apocalipsis, libro de Urías Smith], fue escrito en la noche, después que el autor había completado sus tareas del día. Este era el curso de acción que mi esposo había seguido; protesté contra tal suicidio. Los hermanos que he mencionado, que están tan estrechamente confinados en la oficina, le servirían a la causa de Dios asistiendo a reuniones y recreándose periódicamente. Estarían preservando su salud física y fuerza mental en la más excelente condición para dedicar a la obra. No debe permitírseles sentirse incapacitados porque no están devengando un sueldo. Sus sueldos deben continuar. Están realizando una obra excelente.

LA REFORMA EN EL VESTIR.-

Respondiendo a preguntas de muchas hermanas respecto al largo adecuado del vestido que recomienda la reforma, diría que en nuestra parte del estado de Michigan, hemos adoptado un largo uniforme de modo que el borde quede a unas 9 pulgadas (alrededor de veintitrés centímetros) del piso. Aprovecho esta oportunidad para responder estas preguntas a fin de ahorrar el tiempo requerido para contestar tantas cartas. Debí haber hablado antes, pero he esperado a ver si publicaba algo definido sobre este punto en el Health Reformer (El Reformador de la Salud). Recomendaría encarecidamente uniformidad (456) en el largo, y diría que 9 pulgadas desde el piso están muy de acuerdo con mi punto de vista del asunto, hasta donde pueda expresarlo en pulgadas.

Al viajar de lugar en lugar, encuentro que la reforma en el vestir no está correctamente representada y se me hace sentir que algo más definido debiera decirse para que pueda haber uniformidad de acción al respecto. Este estilo de vestir no es popular, y por esta razón debe optarse por nitidez y buen gusto por parte de las hermanas que lo adopten. He hablado una vez sobre este punto; sin embargo, algunas han fracasado por no seguir el consejo que se ha dado. Debe haber uniformidad respecto al largo en el vestir entre las observadoras del sábado. Las que deciden diferenciarse por adoptar este vestuario no deben pensar ni siquiera por un momento, que no sea necesario mostrar orden, gusto y nitidez. Antes de vestirse, nuestras hermanas deberían obtener patrones de los pantalones y chaquetas que se usan con esa clase de vestido. Causa mucho daño a la reforma en el vestir el que personas introduzcan en una comunidad un estilo que en cada detalle necesita alteración antes que pueda representar con derecho la reforma en el vestir. Hermanas, esperen hasta que puedan vestirse correctamente.

En algunos lugares hay fuerte oposición al vestido corto. Pero cuando veo algunos vestidos que usan las hermanas, no me sorprende que la gente esté disgustada y los condene. Dondequiera que se represente el vestido como debiera ser representado, todas las personas cándidas están forzadas a admitir que es modesto y conveniente. En algunas de nuestras iglesias he visto toda clase de reformas en el vestir. Sin embargo, ninguna responde a la descripción que se me ha presentado. Algunas aparecen con pantalones blancos de muselina, mangas blancas y vestidos de terciopelo oscuro y un chaleco con la misma descripción del vestido. Algunas tenían un vestido calicó con pantalones cortados de acuerdo a su propia moda, no de acuerdo al patrón, sin almidón o tensor para darles forma y colgando cerca de los hombros. No hay ciertamente nada en estos vestidos que manifieste gusto u orden. Tal vestido no se recomendará al buen juicio de personas mentalmente sensibles. Es un vestido deformado en todo el sentido de la palabra.

Ciertas hermanas con esposos no creyentes que se oponen a la moda del vestido corto, han solicitado mi consejo respecto a adoptar tal vestido, contrario a los deseos de éstos. Les aconsejo que esperen. No considero el asunto del vestir de tan vital importancia como el (457) sábado. Respecto a esto último, no puede haber vacilación. Pero la oposición que muchas tendrían que enfrentar si adoptaran la reforma en el vestir sería más injuriosa a la salud que el beneficio que se derivaría del vestido. Varias hermanas me han dicho: "A mi esposo le gusta su vestido; dice que no tiene una sola palabra de crítica". Esto me ha conducido a verla necesidad de que nuestras hermanas representen la reforma en el vestir rectamente, manifestando pulcritud, orden y uniformidad en el vestir. Tendré patrones preparados para llevar

conmigo cuando viajemos, listos para darlos a nuestras hermanas que encontremos, o para enviarlos por correo a todas las que los pidan. Nuestra dirección se dará en la Revista Adventista.
Las damas que adoptan el vestido corto deberían manifestar gusto en la selección de colores. Las que no pueden comprar ropa nueva deben hacer lo mejor que puedan para ejercer gusto e ingenio reparando los vestidos viejos o renovándolos. Sed cuidadosas de que los pantalones y vestidos sean del mismo color y material, o luciréis extravagantes. Los vestidos viejos pueden ser cortados de acuerdo con el patrón y arreglados con gusto, y lucen como nuevos. Les ruego, hermanas, que no formen sus patrones de acuerdo con sus ideas particulares. Si bien hay patrones correctos y de buen gusto, los hay también incorrectos y de mal gusto.
Este vestido no requiere guardapiés, y espero que nunca llegue a desgraciarse por éstas. Nuestras hermanas no necesitan usar tantas enaguas para ensanchar el vestido. Este se ve mucho mejor si se adapta naturalmente a la silueta, sobre una o dos enaguas livianas. La tela de pana (terciopelo de algodón) es material de excelente calidad para faldas exteriores; retiene su firmeza y es duradera. Si se usa algo con enaguas, que sean pocas. Los acolchonados no son necesarios. No obstante, frecuentemente veo que son usados y algunas veces hasta se asoman por debajo del vestido. Esto le da una apariencia inmodesta y desaliñada. Las enaguas blancas que se usan con vestidos oscuros, no son apropiadas en el caso del vestido corto. Sed cuidadosas en mantener vuestras enaguas limpias, nítidas y de buen aspecto; hacedlas de buen material y en todo caso, por lo menos tres pulgadas [ocho centímetros] más cortas que el vestido. Si se usa algo para ensanchar la falda, que sea pequeño y por lo menos a 30 ó 50 cm. desde la parte baja del vestido o falda externa. Si un cordón o algo parecido se coloca alrededor del ruedo de la falda, éste distiende el vestido precisamente en la parte baja, haciéndolo parecer indecoroso cuando la que lo usa se (458) sienta o se inclina. Nadie necesita temer que yo haga de la reforma en el vestir uno de mis principales temas a medida que viajamos de lugar en lugar. Los que me han oído sobre este asunto tendrán que actuar según la luz que ya se ha dado. He cumplido con mi deber; he llevado mi testimonio, y quienes me han oído y leído lo que he escrito, tienen ahora la responsabilidad de recibir o rechazarla luz dada. Si escogen aventurarse siendo oidores olvidadizos y no hacedores de la obra, corren su propio riesgo y serán responsables ante Dios por la senda que transiten. Soy clara. No incito ni condeno a nadie. Esta no es la tarea que se me ha asignado. Dios conoce a sus hijos humildes, dispuestos y obedientes, y los recompensará conforme a su fiel cumplimiento de su voluntad. Para muchos la reforma en el vestir es demasiado simple y humilde para ser adoptada. No pueden enarbolar la cruz. Dios obra por medios sencillos para separar y diferenciar a sus hijos de los del mundo; pero algunos se han alejado tanto de la sencillez de la obra y de los caminos de Dios que están por encima de la obra, no en ella.
Se me refirió a Números 15:38-41: "Habla a los hijos de Israel, y diles que se hagan franjas en los bordes de sus vestidos, por sus generaciones; y pongan en cada franja de los bordes un cordón de azul. Y os servirá de franja, para que cuando lo veáis os acordéis de todos los mandamientos de Jehová, para ponerlos por obra y no miréis en pos de vuestro corazón y de vuestros ojos, en pos de los cuales os prostituyáis. Para que os acordéis, y hagáis todos mis mandamientos, y seáis santos a vuestro Dios. Yo Jehová vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto, para ser vuestro Dios. Yo Jehová vuestro Dios". En este pasaje Dios expresamente ordenó un arreglo sencillo de vestir para los hijos de Israel a fin de distinguirlos de las naciones idólatras que los rodeaban. Al mirar su forma peculiar de vestir, debían recordar que eran el pueblo observador de los mandamientos de Dios, y que él había obrado de manera milagrosa para sacarlos del cautiverio egipcio a fin de servirle, para serle un pueblo santo. No debían servir a sus propios deseos, o imitar las naciones idólatras alrededor de ellos, sino permanecer siendo un pueblo distinto, separado, para que todos los que se fijaran en ellos pudieran decir: Estos son los que Dios sacó de la tierra de Egipto, que guardan la ley de los Diez Mandamientos. Tan pronto se veía a un israelita, era reconocido como tal porque Dios lo había distinguido como suyo por medios sencillos.

La orden dada por Dios a los hijos de Israel de colocar una cinta (459) azul en su vestuario no debía tener influencia directa sobre su salud, excepto en la medida en que Dios los bendijera por la obediencia. La cinta mantendría en sus mentes el elevado derecho de Dios y les ayudaría a no mezclarse con otras naciones, uniéndose en sus fiestas embriagadoras, y comiendo carne de cerdo y alimentos refinados en detrimento de la salud. Ahora, Dios quiere que su pueblo adopte la reforma en el vestir, no solamente para diferenciarse del mundo como su "pueblo peculiar", sino porque una reforma en el vestir es esencial para la **salud física** y mental. El pueblo de Dios ha perdido en mayor grado su peculiaridad y gradualmente ha estado imitando al mundo, y mezclándose con ellos, hasta llegar a ser como ellos en muchos aspectos. Esto desagrada a Dios. El los conduce como condujo a los hijos del Israel de antaño, para que salgan del mundo y olviden sus prácticas idólatras, no siguiendo sus propios deseos —porque éstos no están santificados— o sus propios ojos que los han conducido a alejarse de Dios y unirse con el mundo.

Algo debe suceder para que el pueblo de Dios se apoye menos en el mundo. La reforma en el vestir es sencilla y saludable, pero implica una cruz. Le doy gracias a Dios por la cruz y con gozo me inclino para levantarla. Hemos estado tan unidos con el mundo que hemos perdido de vista la cruz y no sufrimos por el amor a Cristo.

No debemos desear inventar algo para fabricar una cruz; pero si Dios nos presenta una cruz, debemos llevarla con alegría. Al aceptar la cruz nos distinguimos del mundo que no nos ama y ridiculiza nuestra peculiaridad. Cristo fue odiado por el mundo porque no era del mundo. ¿Pueden sus seguidores esperar mejor trato que su Maestro? Si en nuestra relación con el mundo pasamos sin recibir censura o reveses podemos alarmarnos, pues es nuestra conformidad con éste que nos hace tan semejantes a él, que no hay nada que levante su envidia o malicia; no hay choque de espíritus. El mundo desprecia la cruz. "Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo" Gálatas 6:14.[23]

CONJETURAS SOBRE BATTLE CREEK.-

En 1865 vi que algunos se han sentido libres, por sentimientos envidiosos, de hablar en forma despreciativa de la iglesia de Battle Creek. Algunos ven con sospecha todo lo que sucede allá y parecen alegrarse hasta lo sumo, si pueden echar mano de algo para señalar en detrimento de Battle Creek. A Dios le desagradan ese espíritu y manera de actuar. ¿De dónde obtienen nuestras iglesias en el exterior su luz y conocimiento de la verdad? Ha sido de los medios que Dios ha dispuesto, los cuales están en Battle Creek. ¿Quiénes llevan el peso de la causa? Son aquellos que trabajan celosamente en Battle Creek. Preocupaciones y pruebas severas caen necesariamente sobre aquellos que están al frente de la batalla más encarnizada; perplejidades y pensamientos agotadores caen sobre quienes se ocupan de hacer decisiones altamente importantes en relación con la obra de Dios. Los hermanos en el extranjero que no pasan por esto, deberían sentirse agradecidos y alabar a Dios por haberlos favorecido de esa manera, y deberían ser los últimos en sentirse celosos, envidiosos y criticones, diciendo con su actitud: "Dilo, y nosotros lo diremos".

La iglesia de Battle Creek ha llevado el peso de las asociaciones, las cuales han sido una severa carga sobre casi todo. A consecuencia del exceso en el trabajo, muchos han acarreado sobre sí mismos debilidad que ha perdurado por muchos meses. Han llevado el peso con alegría, pero han sido entristecidos y desanimados por la despiadada indiferencia de algunos y el celo cruel de otros después de regresar a las varias iglesias a las cuales vinieron. Se hacen comentarios sin pensar –adrede por algunos y descuidadamente por otros- respecto a los que llevan la responsabilidad allá y respecto a los que dirigen la obra. Dios ha tomado cuenta de todos estos discursos y el celo y la envidia que los incitaron; se lleva un registro fiel. Muchos agradecen a Dios por la verdad, y entonces dan la vuelta y

[23] Véase el Apéndice.

encuentran faltas en los propios medios que Dios ha dispuesto para hacerlos lo que son o lo que debieran ser. Cuánto más agradable sería para Dios que ellos actuaran como Aarón y Hur y sostuvieran las manos de aquellos que llevan la pesada responsabilidad de la obra en relación con la causa de Dios. Los murmuradores y los quejumbrosos deben quedarse en casa, donde estarán fuera de la tentación, donde no pueden encontrar alimento (461) para sus celosas, impías conjeturas y críticas, porque la presencia de los tales es una carga para las reuniones; son nubes sin agua.

Aquellos que se sienten libres de encontrar faltas y censurar a los instrumentos que Dios ha escogido para realizar una parte importante en esta gran obra final, sería mejor que procuraran estar convertidos y tener la mente de Cristo. Que recuerden a los hijos de Israel que estaban listos para encontrar faltas en Moisés, a quien Dios ordenó para dirigir su pueblo a Canaán, y para murmurar aun contra el mismo Dios. Todos estos murmuradores cayeron en el desierto. Es fácil rebelarse, fácil pelear antes de considerar los asuntos en forma racional y directa y determinar si hay algo contra lo cual hacer guerra. Los hijos de Israel son un ejemplo para nosotros, en quienes los fines de los siglos han parado.

Es más fácil para muchos dudar y hallar fallas respecto a los asuntos en Battle Creek que decir qué debe hacerse. Algunos hasta se aventurarían a tomar esta responsabilidad, pero pronto se darían cuenta de que son ineficientes en la experiencia y arruinarían el trabajo. Si estos habladores y criticones se ocuparan en llevar la carga y orar por los obreros, ellos mismos serían bendecidos y bendecirían a otros con su ejemplo piadoso, con su santa influencia y vidas. Es más fácil para muchos hablar que orar; los tales carecen de espiritualidad y santidad, y su influencia es una injuria para la causa de Dios. En lugar de sentir que la obra en Battle Creek es suya y que tienen interés en su prosperidad, se colocaban a un lado, más como espectadores, para cuestionar y encontrar faltas. Aquellos que hacen esto son los mismos que carecen de experiencia en esta obra y que han sufrido muy poco por amor a la verdad.

EL TRASPASO DE LAS RESPONSABILIDADES.-

Los hermanos observadores del sábado que traspasan sus responsabilidades de mayordomos a sus esposas, pudiendo hacerlo ellos mismos, no tienen sabiduría y al hacer esto desagradan a Dios. La responsabilidad de mayordomo del esposo no puede ser traspasada a la esposa. No obstante, esto se trata de realizar con gran perjuicio para ambos. Un esposo creyente algunas veces transfiere su propiedad a su compañera no creyente, esperando gratificarla de esa manera, anular su oposición y finalmente inducirla a creer la verdad. Pero esto no es más ni menos que un intento de comprar la paz, o (462) alquilar a la esposa para que crea la verdad. El esposo transfiere a alguien que no simpatiza con la verdad, los recursos que Dios le ha prestado para adelantar su causa; ¿qué cuenta rendirá tal mayordomo cuando el Gran Maestro requiera lo que es suyo con creces? Padres creyentes a menudo han transferido sus propiedades a sus hijos incrédulos, incapacitándose de ese modo para darle a Dios lo que le pertenece. Al actuar así, dejan de lado la responsabilidad que Dios ha colocado sobre ellos, y ponen en las filas del enemigo recursos que Dios les ha confiado para que les sean devueltos al ser invertidos en su causa cuando los pida.

No está en los planes de Dios que los padres que son capaces de administrar sus propios bienes deban ceder el control de ellos, aun a hijos de la misma fe. A menudo, éstos no poseen tanta devoción a la causa como deberían, y no han sido enseñados en la adversidad y aflicción como para darle alta estima al tesoro celestial y menos al terrenal. Los medios colocados en las manos de los tales llegan a ser grandes males. Es tentarlos a colocar sus afectos en lo terrenal y su confianza en la propiedad, y sentir que no necesitan nada más. Cuando llegan a sus manos medios que no han adquirido por su propio trabajo, rara vez los usan sabiamente.

El esposo que transfiere su propiedad a su esposa le abre una amplia salida de tentación, sea ésta creyente o no. Si es creyente y naturalmente tacaña, inclinada al egoísmo y a la adquisición de bienes, la lucha para vencer será mucho más difícil con las propiedades de su esposo más las propias. Para ser salva, ella debe vencer todos estos rasgos particulares malos e imitar el carácter de su divino Señor,

buscando la oportunidad de hacer bien a otros, de amarlos como Cristo nos ha amado. Ella debería cultivar el precioso don del amor que nuestro Salvador poseía en tal abundancia. Su vida fue caracterizada por una benevolencia noble y desinteresada. Ni un solo acto egoísta manchó su vida.
Cualesquiera hayan sido los motivos del esposo, él ha colocado un terrible tropiezo en la senda de su esposa, estorbándole su esfuerzo para triunfar. Y si el traspaso se hace a los hijos, siguen los mismos maléficos resultados. Dios lee sus motivos. Si es egoísta y ha hecho el traspaso para ocultar su codicia y escaparse personalmente de realizar cualquier cosa para adelantar la causa, la bendición de Dios ciertamente no le acompañará. Dios lee los propósitos e intentos del corazón, y prueba los motivos de los hijos de los (463) hombres. Su advertencia y evidente descontento puede no ser manifestado como en el caso de Ananías y Safira; no obstante, al final el castigo no será menor del que les fue infligido. Al tratar de engañar a los hombres, mentían a Dios. "El alma que pecare, morirá".
Los tales no soportarán la prueba del juicio con mayor ventaja que el hombre que recibió un talento y lo escondió en la tierra. Cuando se le llamó a rendir cuentas, acusó a Dios de injusticia: "Yo sé que eres hombre duro, que siegas donde no has sembrado y recoges donde no has esparcido: Y yo tuve miedo y fui y escondí tu talento en la tierra (donde no fuera beneficiada la causa de Dios con éste): He aquí, tu talento". Dios dijo: "Quitadle el talento y dadlo a aquel que tiene 10 talentos... Y al siervo infiel echadlo en las tinieblas de afuera: allí será el lloro y el crujir de dientes". Este hombre tuvo miedo de que el Señor se beneficiara con la ganancia de su talento.
Vi que hay muchos que han envuelto su talento en una servilleta y lo han escondido en la tierra. Parecen pensar que cada centavo invertido en la causa de Dios es irrecobrable. Para los que se siente así, así es. No recibirán premio. Dan renegando, solamente porque se sienten obligados a hacer algo. Dios ama al dador alegre. Los que se precian de poder transferir su responsabilidad a su esposa o hijos son engañados por el enemigo. El traspaso de bienes no mermará su responsabilidad. Son hechos responsables de los medios que Dios ha confiado a su cuidado, y de ninguna manera pueden exceptuarse de esta responsabilidad hasta que sean liberados al devolverle a Dios lo que les había encargado.
El amor al mundo separa de Dios. "Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él". Es imposible que alguien discierna la verdad si sus afectos están en el mundo. El mundo se interpone entre ellos y Dios, nublando la visión y entumeciendo las sensibilidades a tal grado que es imposible para ellos discernir cosas sagradas. El Señor dice a tales personas: "Limpiad vuestras manos, pecadores, y purificad vuestros corazones, vosotros de doble ánimo afligíos, y gemid, y llorad, que vuestra risa se convierta en lamento y vuestro gozo en pesadumbre". A los que han manchado sus manos con la contaminación del mundo se les requiere limpiarse de sus manchas. Aquellos que piensan que pueden servir al mundo y todavía amara Dios sufren de doblez mental. ¡No pueden servir a (464) Dios y a Mamón! Son hombres de doble mentalidad, que aman al mundo y han perdido todo sentido de su obligación a Dios. Y aun profesan ser seguidores de Cristo. No son ni una cosa ni la otra. Perderán este mundo y el venidero a menos que limpien sus manos y purifiquen sus corazones por medio de la obediencia a los puros principios de la verdad. "El que dice que está en él, debe andar como él anduvo". "En esto es hecho perfecto nuestro amor, que tengamos claridad en el día del juicio: porque como él es, así somos nosotros en este mundo". "Por esto se nos da abundante gracia y preciosas promesas: para que por ellas seáis participantes de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que está en el mundo por la concupiscencia".
Es la concupiscencia mundanal lo que está destruyendo nuestra piedad. El amor al mundo y las cosas que están en el mundo están separándonos del Padre. La pasión por las ganancias terrenales está aumentando entre aquellos que profesan estar esperando la pronta aparición de nuestro Salvador. La concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida controlan aún a los profesos cristianos. Con avaricia concupiscente buscan las cosas del mundo y muchos venderán la vida eterna por ganancias no santificadas.

LA DEBIDA OBSERVANCIA DEL SABADO.-
El 25 de Diciembre de 1865 se me indicó que se ha observado el sábado con demasiada negligencia. No ha habido prontitud para cumplir los deberes regulares durante los seis días de trabajo que Dios ha dado al hombre, ni cuidado para no usurpar una hora del tiempo santo y sagrado que él se ha reservado. No hay negocios humanos que deban ser considerados de suficiente importancia para hacerle a uno transgredir el cuarto precepto de Dios.
Hay casos en los cuales Cristo mismo ha dado permiso para trabajar aun en el sábado, como cuando se trata de salvar la vida de hombres o de animales. Pero si violamos la letra del cuarto mandamiento para beneficiarnos desde un punto de vista pecuniario, llegamos a ser violadores del sábado y somos culpables de transgredir todos los mandamientos; porque si ofendemos en un punto somos culpables en todos. (465)
Si, a fin de ahorrar nuestros bienes, violamos el mandamiento expreso de Jehová, ¿dónde nos detendremos? ¿Dónde fijaremos los límites? Si transgredimos en un asunto pequeño, y lo consideramos como si no fuese pecado particular de nuestra parte, la conciencia se endurece, las sensibilidades se embotan, a tal punto que podemos ir más lejos, y realizar bastante trabajo y seguir lisonjeándonos de ser observadores del sábado cuando, según la norma de Cristo, estamos violando cada uno de los santos preceptos de Dios. Los observadores del sábado están en falta al respecto; pero Dios es muy escrupuloso, y todos los que sientan que están ahorrando un poco de tiempo, u obteniendo ventajas por usurpar un poco del tiempo del Señor, tarde o temprano sufrirán pérdida. El no los puede bendecir como le agradaría hacerlo, porque su nombre es deshonrado por ellos, y sus preceptos menospreciados. La maldición de Dios recae sobre ellos y perderán diez o veinte veces más de lo que ganan. %Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado" (Mal 3:8).
Dios dio al hombre seis días en los cuales trabajar para sí, pero se reservó un día en el cual se le ha de honrar especialmente. Debemos glorificarlo y respetar su autoridad. Y sin embargo el hombre roba a Dios apropiándose de un poco del tiempo que el Creador reservó para sí. Dios puso aparte el séptimo día como período de descanso para el hombre, para bien del hombre tanto como para su propia gloria. Vio que las necesidades del hombre requerían que durante un día descansase del trabajo y cuidado, que su salud y vida peligrarían sin un período de reposo del trabajo y ansiedad de los seis días.
El sábado fue hecho para beneficio del hombre; y transgredir a sabiendas el santo mandamiento que prohíbe trabajar en el séptimo día es, a la vista del cielo, un crimen considerado de tal magnitud bajo la ley mosaica, que exigía la muerte del que lo cometiera. Pero esto no era todo lo que el delincuente había de sufrir, porque Dios no llevará al cielo a un transgresor de su ley. Deberá sufrir la segunda muerte, que es la penalidad plena y final a que se hace acreedor el transgresor de la ley de Dios.

SENTIMIENTOS POLITICOS.-
Se me mostraron muchas cosas en Rochester, Nueva York, el 25 de Diciembre de 1865, concerniente al pueblo de Dios en relación con la obra para estos últimos días. Vi que muchos profesos observadores del sábado no obtendrán la vida eterna. Fracasan en aprender del curso seguido por los hijos de Israel y caen en algunas de sus malas andanzas. Si continúan en estos pecados, caerán como los israelitas y nunca entrarán en la Canaán celestial. "Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos".
Vi que muchos caerían de este lado del reino. Dios está probando su pueblo, y muchos no soportarán la prueba del carácter, la medida de Dios. Muchos tendrán una labor ardua para vencer sus rasgos de carácter particulares para aparecer sin mancha o arruga, ni cosa semejante, irreprensibles delante de Dios y los hombres. Muchos profesos observadores del sábado no serán de beneficio especial a la causa de Dios o a la iglesia, sin una reforma completa de su parte. Muchos observadores del sábado no están bien delante de Dios con respecto a sus convicciones políticas. No están en armonía con la palabra de

Dios, ni se hallan unidos con el cuerpo de los creyentes observadores del sábado. Sus convicciones no están de acuerdo con los principios de nuestra fe. Se ha dado suficiente luz para corregir a todos aquellos que desean ser corregidos. Todos los que aún mantienen sentimientos políticos que no están de acuerdo con la verdad, viven violando los principios del cielo. Por lo tanto, mientras permanezcan así, no pueden poseer el espíritu de libertad y santidad.
Sus principios y posiciones en asuntos políticos son un gran perjuicio para su crecimiento espiritual. Son una vergüenza constante para ellos y un reproche para nuestra fe, y aquellos que persisten en estos principios, eventualmente serán arrastrados justamente donde el enemigo estaría contento de tenerlos, donde finalmente estarán separados de los cristianos observadores del sábado. Estos hermanos no pueden recibirla aprobación de Dios mientras carecen de simpatía por los oprimidos de la raza negra y discrepan con los puros principios republicanos de nuestro gobierno. Dios no tiene más simpatía con la rebelión en la tierra que con la rebelión en el cielo cuando el gran rebelde cuestionó el fundamento del gobierno de Dios y fue echado fuera con todos los que simpatizaron con él en su rebelión. (466)

LA USURA.-
En la visión que me fue dada el 25 de Diciembre de 1865 en Rochester, New York, se me mostró que el tema de cobrar intereses deberá ser examinado por los observadores del sábado. Los hombres pudientes no tienen derecho a cobrar interés a los hermanos pobres, pero pueden hacerlo a los no creyentes. "Si un hermano empobrece y se allega a ti, tú lo ampararás... No tomarás de él usura ni interés" (Lev. 25:35, 36 NRV). "No exigirás de tu hermano interés alguno, ni por dinero ni por víveres, ni por cosa alguna que pueda producir interés. Del extraño podrás tomar interés, pero no de tu hermano, para que el Señor tu Dios bendiga todas tus empresas en la tierra que vas a poseer" (Deut. 23:19, 20, NRV).
Dios ha estado descontento con los observadores del sábado por su espíritu avaro. Su deseo de obtener ganancia es tan fuerte que se han aprovechado del pobre, del hermano infortunado en su desesperación y han añadido a sus ya abundantes recursos, mientras que estos hermanos más pobres han sufrido por la falta de estos mismos recursos. "¿Soy yo guarda de mi hermano?", es el lenguaje de sus corazones.
Hace unos años algunos hermanos de los más pobres estaban en peligro de perder sus almas por impresiones equivocadas. Satanás los tentaba por todas partes respecto a los ricos. Estos pobres hermanos estaban constantemente esperando ser favorecidos, cuando era su deber poner sus esperanza en sus propias energías; y si hubieran sido favorecidos, habría sido lo peor que se habría hecho por ellos. Por todas las filas de los observadores del sábado, Satanás estaba buscando derribar la clase pobre por medio de sus tentaciones. Algunos faltos de juicio y sabiduría han seguido sus propias inclinaciones, no dispuestos a buscar consejo y a seguirlo. Algunos han tenido que sufrir por sus miserables cálculos, y no obstante, estas mismas personas estaban propensas a creer que sus hermanos dueños de propiedades tenían el deber de ayudarles. La clase mencionada anteriormente no se daba cuenta de la responsabilidad que recae sobre los ricos, ni de las perplejidades y preocupaciones que no podían evitar, precisamente por su abundancia de recursos. Todo lo que podían ver era que aquéllos tenían recursos para ser usados, mientras que ellos tenían escasez de dichos medios. Pero en general, los ricos han considerado a todos los pobres de la misma (468) manera, cuando hay una clase de pobres que están haciendo lo mejor que pueden para glorificar a Dios, para hacer el bien, para vivir la verdad. Estas personas son de sólido valor. Su juicio es bueno, su espíritu precioso a los ojos de Dios; y la cantidad de bien que hacen en su forma desinteresada es diez veces mayor que el que hacen las personas acomodadas, aunque estas últimas puedan dar grandes sumas algunas veces. El rico no ve ni se da cuenta de la necesidad de hacer bien, de ser rico en buenas obras, listo para distribuir, dispuesto a comunicar.

EL ENGAÑO DE LAS RIQUEZAS.-

Algunos que profesan creer la verdad carecen de discernimiento y no logran apreciar el valor moral. Las personas que hacen alarde de su fidelidad a la causa y hablan como que piensan que saben todo lo que es de valor conocer, no son humildes de corazón. Pueden poseer dinero y propiedades, y esto es suficiente para darles influencia sobre otros; pero esto no les dará ni un ápice de ventaja delante de Dios. El dinero tiene dominio y ejerce una poderosa influencia. La excelencia de carácter y el valor moral son a menudo pasados por alto si los poseen personas de escasos recursos. Pero, ¿está Dios preocupado por dinero o posesiones? De él son los ganados que pacen sobre millares de colinas. El mundo y todo lo que está en él, le pertenece. Los habitantes de la tierra son como insectos delante de él. El hombre y las propiedades no son sino como una partícula de polvo en el plato de la báscula. No hace acepción de personas.

Los ricos a menudo miran sus riquezas y dicen: "Por mi sabiduría he obtenido esta riqueza". Pero, ¿quién les dio a ellos poder para obtener riquezas? Dios les ha concedido la habilidad que poseen, pero en lugar de darle a él la gloria, se glorifican a sí mismos. El los probará y pondrá por el suelo la vanagloria. El mudará su fortaleza y esparcirá sus posesiones. En lugar de bendición obtendrán maldición. Un acto de maldad u opresión, una desviación del camino correcto, no debería tolerarse más en un hombre que posee propiedades, que en un hombre que no las posee. Todas las riquezas que el más acaudalado jamás haya poseído, no son suficientes para pagar el más mínimo pecado ante Dios; no serán aceptadas como rescate por la transgresión. Solamente el arrepentimiento, la verdadera humildad, un corazón quebrantado y un espíritu contrito será aceptado por Dios. Y ningún (469) hombre tendrá verdadera humildad delante de Dios, a menos que ésta sea ejemplificada delante de otros. Nada menos que el arrepentimiento, la confesión y el perdón de los pecados es aceptable a Dios.

Muchos ricos han obtenido sus riquezas por negociaciones fraudulentas, para aventajarse, perjudicando a los más pobres, y aun a sus hermanos; y estos mismos hombres se glorían de su sagacidad y viveza en un contrato, pero la maldición de Dios será sobre cada centavo obtenido de esa manera y sobre la ganancia que reciban. Cuando se me mostraban estas cosas, pude verla fuerza de las palabras del Señor: "Es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja, que un rico entrar en el reino de los cielos". Los que poseen la habilidad de adquirir propiedades necesitan estar constantemente alerta; de lo contrario dedicarán sus adquisiciones a malos fines y no mantendrán estricta honestidad. Así, muchos caen en tentación, engañan astutamente, reciben más por una cosa que lo que vale, y sacrifican los principios generosos, benévolos y nobles de su dignidad humana a cambio de sórdidas ganancias.

Se me mostró que muchos que profesan ser guardadores del sábado aman tanto al mundo y las cosas que están en él, que han sido corrompidos por su espíritu e influencia; lo divino ha desaparecido de sus caracteres y en su lugar se ha infiltrado lo satánico, transformándolos para servir a los propósitos de Satanás y ser instrumentos de injusticia. Sin embargo, en contraste con estas personas, se me mostró a hombres industriosos, honestos, de pocos recursos, que están dispuestos a ayudar a los necesitados, quienes prefieren sufrir el abuso de sus hermanos acaudalados que manifestar un espíritu tan avaro y adquisitivo como el que ellos manifiestan; hombres que estiman la conciencia clara y justa, aún en las cosas pequeñas, de más valor que las riquezas. Ellos están tan listos para socorrer a otros, tan deseosos de hacer todo lo bueno que esté en su poder, que no acumulan riquezas; no aumentan sus posesiones terrenales. Si hay alguna obra de benevolencia en la cual invertir medios o esfuerzos, ellos son los primeros en interesarse y responder. Frecuentemente se esfuerzan excediendo sus posibilidades negándose a sí mismos alguna cosa necesaria, con tal de llevar a cabo sus benévolos propósitos.

Por cuanto estos hombres pueden hacer alarde de pocos tesoros terrenales, a veces se los considera deficientes en capacidad, en juicio, y en sabiduría. Pueden ser contados como de ordinario valor, y su influencia puede no ser estimada por el hombre; sin embargo, ¿cómo (470) considera Dios a estos hombres pobres y sabios? Son considerados de gran valoren su presencia, y aunque no aumenten sus tesoros sobre la tierra, están guardando para sí mismos riquezas incorruptibles en los cielos; y haciendo esto manifiestan una sabiduría tan superior a la del profeso cristiano sabio, calculador, inclinado a las

ganancias, como lo divino y lo semejante a Dios es superior a lo terrenal, carnal y satánico. Es la dignidad moral lo que Dios valora. Un carácter cristiano no hinchado por la avaricia, tranquilo, bondadoso y humilde, es más precioso en su presencia que el oro más fino, aún que el oro de Ofir.
Los ricos serán probados más estrictamente que nunca antes. Si soportan la prueba y vencen las faltas en sus caracteres y, como fieles mayordomos de Cristo le entregan a Dios lo que le pertenece, se les dirá: "Bien hecho, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré. Entra en el gozo de tu Señor".
Entonces fui dirigida a la parábola del mayordomo infiel: "Y yo os digo: ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten os reciban en las moradas eternas. El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto. Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero? Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro?"
Si los hombres fallan en dar a Dios lo que se les ha prestado para que lo usen para su gloria, robándole de esa manera, fracasarán totalmente. El les ha prestado recursos que pueden hacer prosperar al no desperdiciar ninguna oportunidad para hacer el bien, y así estar constantemente atesorando en el cielo. Pero si, como el hombre que poseía un talento, lo esconden, temiendo que las ganancias de su talento vayan a parara las manos de Dios, no solamente perderán las ganancias que finalmente le serán otorgadas al mayordomo fiel, sino también el capital que Dios les prestó para que lo hicieran prosperar. Porque han robado a Dios, no tendrán tesoros en el cielo, y pierden también sus tesoros terrenales. No tienen moradas en la tierra ni Amigo en el cielo que los reciba en las moradas eternas de los justos.
Cristo declara: "Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas". "Y oían también todas estas cosas los fariseos, que eran avaros, y se burlaban de él". Notad las palabras que Cristo les dijo: "Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce (471) vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime [riquezas adquiridas por opresión, por decepción, por engañar con astucia, por fraude, o por cualquiera otra forma deshonesta], es abominación delante de Dios". En seguida Cristo presenta los dos caracteres, el hombre rico que estaba vestido de púrpura y lino fino, y que siempre comía suntuosamente, y Lázaro, sumido en vil pobreza y asqueroso a la vista, que mendigaba las pocas migajas que desechaba el hombre rico. Nuestro Salvador muestra su apreciación de los dos. Aunque Lázaro estaba en una condición tan deplorable, poseía verdadera fe, verdadero valor moral, el cual Dios vio y consideró de tan gran valor que tomó a este pobre, despreciado sufriente y lo colocó en la más exaltada posición, mientras que el venerado, reverenciado y acaudalado amante del ocio fue arrojado afuera de la presencia de Dios y sumido en la miseria y el infortunio. Dios no les dio valor a las riquezas de este hombre acaudalado, porque no poseía verdadero valor moral. Su carácter no tenía ningún valor. Sus riquezas no lo favorecieron delante de Dios, ni le dieron influencia alguna para obtener gracia.
Por medio de esta parábola, Cristo deseaba enseñara sus discípulos a no juzgar o estimara los hombres por sus riquezas o por los honores que recibieran. Tal fue la senda que escogieron los fariseos, quienes mientras poseían riquezas y honor mundanal, eran sin valor a la vista de Dios, y más aún, fueron despreciados y rechazados por él, echados de su presencia como desagradables porque no había en ellos dignidad moral ni rectitud. Eran corrompidos, pecaminosos, y abominables ante sus ojos. El pobre, despreciado por sus coterráneos y desagradable a sus ojos, era de valor ante los ojos de Dios porque era moralmente recto y digno, calificándolo de esa manera para ser presentado a la sociedad de refinados ángeles y para ser un heredero de Dios y coheredero con Cristo.
En su exhortación a Timoteo, Pablo le advierte de una clase que no consentirá en escuchar palabras edificantes y que juzgará erróneamente las riquezas. El dice: "Si alguno enseña otra cosa, y no atiende las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo, y a la doctrina que es conforme a la piedad; es orgulloso, nada sabe, y enloquece acerca de cuestiones y contiendas de palabras, de las cuales nacen envidias,

pleitos, maledicencias, malas sospechas, porfías de hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad, que tienen la piedad por granjería; apártate de los tales. Empero grande granjería es la piedad (472) con contentamiento. Porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar. Así que, teniendo sustento y con qué cubrirnos, estemos contentos. Porque los que quieren enriquecerse, caen en tentación y lazo, y en muchas codicias locas y dañosas, que hunden a los hombres en perdición y muerte. Porque el amoral dinero es la raíz de todos los males. Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado, habiendo hecho buena profesión delante de muchos testigos. Exhorta a los ricos de este mundo, que no se enaltezcan, ni confíen en riquezas inciertas, mas en el Dios vivo, que nos da abundantemente todas las cosas para nuestro deleite; que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, listos a distribuir, dispuestos a comunicar; almacenando para sí mismos un buen fundamento contra el porvenir, que puedan asirse de la vida eterna".

En su carta a Timoteo, Pablo quería impresionar su mente con la necesidad de instruir de modo que desenmascarase el engaño que tan fácilmente acecha a los ricos, de creer que por sus riquezas son superiores a los pobres, que por su capacidad adquisitiva son superiores en sabiduría y juicio: en resumen, que la ganancia es piedad. Aquí hay un engaño espantoso. ¡Cuán pocos prestan atención al mandato que Pablo encomendó a Timoteo para que lo comunicara a los ricos! ¡Cuántos se halagan a sí mismos creyendo que su capacidad para obtener cosas es piedad! Pablo declaró: "Gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento". Aunque los ricos puedan dedicar sus vidas enteras a la acumulación de riquezas, así como vinieron al mundo, saldrán. Deben morir y dejar aquello que les costó tanto trabajo conseguir. Arriesgaron todo, su interés eterno, para obtener esta propiedad, y han perdido ambos mundos.

Pablo muestra los riesgos a que los hombres se aventurarán para enriquecerse. Pero muchos están determinados a ser ricos; esta es su preocupación, y en su celo no ven valores eternos. Son cegados por Satanás y se convencen a sí mismos que es para un buen propósito que desean esta ganancia; constriñen sus conciencias, se engañan a ellos mismos, y constantemente codician las riquezas. Los tales se han apartado de la fe y se han traspasado con muchos dolores. Han sacrificado sus principios de elevada nobleza, han entregado su fe por riquezas, y, si no se frustran en su propósito, se desaniman en la (473) felicidad que pensaron que las riquezas les traerían. Están enredados, confusos con preocupaciones; se han convertido a sí mismos en esclavos de su avaricia y obligado a sus familias a la misma esclavitud, y los beneficios que obtienen son "muchos dolores". "Exhortad a los que son ricos en este mundo, que no sean altivos de mente, no confiando en ciertas riquezas, pero en el Dios viviente, que nos da en abundancia todas las cosas para que las disfrutemos". Los hombres no deben acumular sus riquezas y no sacar provecho de ellas, privándose de las comodidades de la vida y virtualmente convirtiéndose en esclavos a fin de retener o aumentar sus tesoros terrenales.

El apóstol Pablo muestra el único uso verdadero de las riquezas, y le ruega a Timoteo que exhorte al rico a hacer el bien, que sean ricos en buenas obras, prontos a dar, dispuestos a comunicar; porque al hacer esto, están atesorando para sí mismos un buen fundamento contra el porvenir, —refiriéndose al fin del tiempo—, que puedan asirse de la vida eterna. Las enseñanzas de Pablo concuerdan perfectamente con las palabras de Cristo: "Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas". La piedad con contentamiento es de gran provecho. En esto se encuentra el verdadero secreto de la felicidad, y la genuina prosperidad del alma y del cuerpo.

OBEDIENCIA A LA VERDAD.-

Querido Hno. D: Recuerdo su rostro entre otros que me fueron mostrados en visión en Rochester, Nueva York, el 25 de Diciembre de 1865. Se me mostró que usted estaba en el fondo del escenario.

Usted está convencido por su propio juicio de que tenemos la verdad, pero todavía no ha reconocido en la práctica su influencia santificadora. No ha seguido de cerca los pasos de nuestro Redentor, por eso no está preparado para andar como él anduvo. Cuando escucha las palabras de verdad, su juicio le indica que ésta es correcta, no puede ser contradicha; pero pronto el corazón no santificado dice: "Estas son palabras duras, ¿quién puede soportarlas? Es mejor que abandones tus esfuerzos por mantenerte al paso con el pueblo de Dios, pues nuevas situaciones extrañas y difíciles de soportar se levantarán continuamente; tendrás que detenerte en algún momento, y más vale que sea ahora, pues da lo mismo y es mejor que seguir adelante". (474)

Usted no debe consentir en profesar la verdad y no vivirla; siempre ha admirado una vida consecuente con lo que se profesa. Se me mostró un libro en el cual estaba escrito su nombre junto con los de muchos otros. Junto al suyo había un borrón negro. Usted miraba y decía: "Jamás podrá ser borrado". Jesús sostuvo su mano traspasada sobre su nombre y dijo: "Sólo mi sangre puede borrarlo. Si de aquí en adelante escoges la senda humilde de la obediencia, y confías solamente en los méritos de mi sangre para cubrir tus pecados pasados, yo borraré tus transgresiones y cubriré tus pecados. Pero si escoges la senda del transgresor, debes cosechar su recompensa. La paga del pecado es muerte".

Vi ángeles malos a su alrededor que procuraban desviar su mente de Cristo, haciéndole ver a Dios como un amo severo y perder de vista el amor, la compasión y la misericordia de un Salvador crucificado que salvará hasta lo sumo a todos aquellos que se acercan a él. El ángel dijo: "Si alguno pecare, tenemos un abogado para con el Padre, a Jesucristo el justo". Cuando usted está bajo la presión de las ansiedades mentales, cuando escucha las sugerencias de Satanás, murmurando y reclamando, un ángel ministrados es comisionado para traerle el socorro que necesita y poner en vergüenza los dichos de su mente incrédula. Usted desconfía de Dios; no cree en su poder para salvar hasta lo sumo. Usted deshonra a Dios por esta cruel incredulidad y se causa a sí mismo mucho sufrimiento innecesario. Vi ángeles del cielo que lo rodeaban, rechazando a los ángeles malos, y lo miraban con piedad y pesar; señalando hacia el cielo le mostraban la corona de inmortalidad y decían: "El que habrá de ganar debe luchar".

Aunque ha estado en duda y perplejidad, no ha malogrado completamente el eslabón que le une al pueblo de Dios que guarda sus mandamientos. Sin embargo, no ha entregado todo por amor a la verdad; no se ha entregado usted mismo, su propia voluntad. Teme colocarse a sí mismo y todo lo que posee sobre el altar de Dios, no sea que se le requiera devolverle algo de lo que él le ha prestado. Los ángeles celestiales están familiarizados con nuestras palabras y acciones, y aun con los pensamientos e intenciones de nuestro corazón. Usted, querido hermano, teme que la verdad le costará demasiado, pero esta es una de las sugestiones de Satanás. Permita que la verdad abarque todo lo que usted posee, y esto no es tan costoso; el valor recibido, si se estima correctamente, es un eterno (475) peso de gloria. ¡Cuán poco se requiere de nosotros! ¡Cuán pequeño es el sacrificio que podemos ofrecer en comparación con el que nuestro divino Señor hizo por nosotros! Pero aún le posee un espíritu de murmuración debido al costo de la vida eterna. Usted, como también algunos de los hermanos en -----, han tenido severas luchas con el gran adversario de las almas. En varias ocasiones ha estado a punto de abandonar la lucha, pero ha prevalecido la influencia de su esposa e hija mayor. Estos miembros de su familia obedecerían la verdad de todo corazón si pudieran tener su influencia para sostenerlas.

Sus hijas lo ven como un ejemplo, porque piensan que su padre debe estar en lo correcto. Su salvación depende en gran manera de la senda que usted escoja. Si usted deja de luchar por la vida eterna, ejercerá una poderosa influencia para arrastrara sus hijas con usted, apagará el espíritu de su fiel esposa, quebrantará sus esperanzas, y reducirá su asidero en la vida. ¿Cómo podrá usted enfrentarlas en el juicio al testificar que su infidelidad resultó en su ruina?

Vi que usted había cedido varias veces a las insinuaciones de Satanás de abandonarla lucha por vivir la verdad, porque el tentador le dijo que fracasaría con los mejores esfuerzos que pudiera hacer, que con todas sus debilidades y fracasos era imposible para usted llevar una vida de devoción. Se me mostró

que su esposa e hija mayor han sido sus ángeles guardianes, para entristecerse sobre usted, animándolo a resistir en cierta medida las poderosas insinuaciones de Satanás; y por medio de su amor por ellas ha sido inducido a tratar nuevamente de enderezar su tambaleante fe en las promesas de Dios. Satanás espera vencerle a fin de poder regocijarse sobremanera por su ruina. Aquellos que están pisoteando la ley de Dios son animados por usted en su rebelión. Es imposible que sea fuerte hasta que usted tome una posición decidida por la verdad.

A usted le parece que la benevolencia sistemática no es necesaria; pasa por alto el hecho de que ésta tuvo su origen con Dios cuya sabiduría es infalible. Dios ordenó este plan a fin de ahorrar confusión, para corregir la codicia, la avaricia, el egoísmo y la idolatría. Este sistema fue diseñado para que la carga sea más ligera, pero con el peso adecuado sobre todos. La salvación del hombre tuvo un costo muy elevado, la propia vida del Señor de gloria, la cual dio para elevar al hombre de la degradación y exaltarlo para que llegue a ser heredero de todo. Así Dios ha indicado que el hombre (476) debe ayudar a su prójimo en la gran obra de la redención. El que se excusa a sí mismo de esto, que no tiene deseos de negarse a sí mismo para que otros puedan ser participantes con él de los beneficios del cielo, muestra que es indigno de la vida venidera, indigno de los tesoros celestiales que costaron tan enorme sacrificio. Dios no desea ofrendas involuntarias, sacrificios forzados. Aquellos que están totalmente convertidos y que aprecian la obra de Dios darán alegremente lo poco que se requiere de ellos, considerando el dar como un privilegio. Dijo el ángel: "Absténgase de las concupiscencias de la carne que batallan contra el alma". Usted ha tenido tropiezos con la reforma pro salud. Le parece que es una adición innecesaria a la verdad. No es cierto; la reforma es un componente de la verdad. Hay una obra delante de usted, más precisa y difícil que cualquier otra cosa que usted haya tenido que afrontar. Mientras vacila y se retrae, y no se aferra de las bendiciones que es su privilegio recibir, sufre pérdidas. Tropieza justamente con la bendición que el Cielo ha colocado en su camino para facilitar su progreso. Satanás le presenta esto desde el ángulo más objetable, para que combata aquello que resultará en el mayor beneficio, tanto para su salud física como espiritual. De todos los hombres, usted es uno de los que más se beneficiarían por la reforma pro salud; la verdad recibida en cada punto en este asunto de reforma será de la mayor ventaja. A usted le haría mucho bien seguir un régimen alimentario sobrio. En un momento estuvo en peligro de ser atacado por una parálisis en la que la mitad de su cuerpo llegaría a estar incapacitada. El dominio del apetito es salvación para usted; y sin embargo, lo ve como una privación.

La razón por la cual la juventud de este tiempo no está más inclinada a la religión es su educación defectuosa. No es verdadero amor ejercido sobre los hijos el que permite en ellos la indulgencia de la pasión, o que la desobediencia a las reglas de los padres pase inadvertida sin que sean castigados. "Como la ramita se dobla, así también el árbol se inclina". La madre debiera tener siempre la cooperación del padre en sus esfuerzos de colocar el fundamento de un buen carácter cristiano en sus hijos. Un padre excesivamente cariñoso no debería cerrar sus ojos a las faltas de sus hijos porque no es agradable aplicar corrección. Juntos necesitan estar alerta y con firmeza, no de manera áspera, pero con propósito firme, hacerles saber a sus hijos que deben obedecer. (477)

Un padre no debe ser como un niño, llevado sólo por sus impulsos. Está ligado a su familia por lazos sagrados y santos. Cada miembro de la familia se centra en el padre. La verdadera definición de esposo es "sponsus" o persona enlazada a otra por el matrimonio. El es el legislador, ejemplificando en su propio porte exterior varonil las virtudes más solemnes, como la energía, integridad, honestidad y utilidad práctica. En un sentido, el padre es el sacerdote de la familia; coloca sobre el altar de Dios el sacrificio de la mañana y de la tarde, mientras la esposa y los hijos se unen en oración y alabanza. Jesús posará con tal familia, y por medio de su influencia vivificante, la gozosa exclamación de los padres será aun oída entre escenas más exaltadas, diciendo: "He aquí yo, y los hijos que me diste".

¡Salvos, salvos, eternamente salvos, libres de la corrupción que está en el mundo por concupiscencia, y por los méritos de Cristo hechos herederos de inmortalidad! Vi que solamente pocos padres

comprenden su responsabilidad. No han aprendido a controlarse a sí mismos, y hasta que esta lección sea aprendida, harán una obra pobre en gobernar a sus hijos. El dominio propio actuará como un encanto en la familia. Cuando esto se logra, se ha ganado una gran victoria. Entonces pueden educar a sus hijos a tener dominio propio.

Mi corazón se compadece de la iglesia en ----- porque allí hay una obra que debe hacerse. Es el designio de Dios tener un pueblo en ese lugar. Hay material allí para una buena iglesia, pero hay bastante trabajo que realizar a fin de quitar los ásperos filos y prepararlos para trabajar ordenados, para que todos puedan laborar unidos y tirar de cuerdas del mismo largo. Ha sucedido que cuando uno o dos sintieron la necesidad de levantarse y permanecer unidos y más firmes sobre plataformas de verdad elevadas, otros no hicieron ningún esfuerzo para levantarse. Satanás pone en ellos un espíritu para que se rebelen, para desanimar a los que avanzarían. Se atan a sí mismos cuando se les urge a responsabilizarse del trabajo, un espíritu terco se posesiona de algunos de ellos y en vez de ayudar más bien estorban. Algunos no se someterán a la podadora espada de Dios. Cuando pasa sobre ellos, y la superficie despareja es perturbada, reclaman que el trabajo es muy difícil y duro. Desean salirse del taller de Dios, donde sus faltas puedan permanecer sin ser perturbadas. Parecen estar adormecidos respecto a su condición; pero su única esperanza es permanecer donde las faltas de su (478) carácter cristiano sean expuestas y corregidas. Algunos se complacen en los apetitos pervertidos que batallan contra el alma y son un estorbo constante para su avance espiritual. Siempre llevan una conciencia acusadora y si se dicen verdades directas están prontos a ofenderse. Se condenan a ellos mismos y sienten que los temas han sido seleccionados a propósito para referirse a sus casos. Se sienten agraviados, injuriados y se ausentan de las reuniones de los santos. Dejan de reunirse ellos mismos porque de esa manera sus conciencias no son perturbadas. Pronto pierden el interés en las reuniones y su amor por la verdad, y, a menos que se reformen enteramente, regresarán y tomarán sus posiciones con las huestes rebeldes que se alistan bajo la negra bandera de Satanás. Si los tales crucificaran las concupiscencias de la carne que batallan contra el alma, se quitarían del camino y las saetas de la verdad pasarían por su lado sin hacerles daño. Pero mientras se gocen en apetitos sensuales y mantengan sus ídolos, ellos mismos se colocan como blancos para que las flechas de la verdad los alcancen, y si se dice verdad en modo alguno, han de ser golpeados. Algunos piensan que no pueden enmendarse; que se sacrificaría la salud si intentaran dejar el uso del té, el tabaco y las comidas a base de carnes. Esta es la insinuación de Satanás. Son estos estimulantes dañinos los que están ciertamente minando la constitución física y preparando el sistema para graves enfermedades al incapacitar la delicada maquinaria natural y demoler sus defensas erigidas contra las enfermedades y la decadencia prematura.

Aquellos que efectúan un cambio y abandonan estos estimulantes artificiales, por algún tiempo sentirán su pérdida y sufrirán considerablemente sin ellos, como lo hace el alcohólico atado al licor. Quítenle las bebidas intoxicantes y él sufre terriblemente. Pero si se empeña en abstenerse, pronto vencerá la terrible falta de éste. La naturaleza acudirá en su ayuda y permanecerá en su lugar hasta que la falsa muleta sea nuevamente substituida. Algunos han adormecido tanto las delicadas sensibilidades de la naturaleza que podría requerirse cierto tiempo para recuperarse del abuso que se le ha hecho sufrir por medio de los hábitos pecaminosos del hombre, y la indulgencia de un apetito adquirido y depravado, lo cual ha disminuido y debilitado su fuerza.

Déle una oportunidad a la naturaleza y ésta recobrará el vigor y una vez más realizará su parte noblemente y bien. El uso de (479) estimulantes no naturales es destructivo para la salud y tiene una entorpecedora influencia sobre el cerebro, causando que sea imposible apreciar los asuntos eternos. Los que acarician estos ídolos no pueden valorar correctamente la salvación que Cristo efectuó por ellos con su vida de abnegación, perenne sacrificio y reproche, y finalmente al dar su propia vida inmaculada para salvar a los seres humanos de la muerte inminente.

LOS SEGUROS DE VIDA.-

Se me mostró que los adventistas observadores del sábado no deben tomar parte en los negocios relacionados con los seguros de vida. Es un comercio con el mundo que Dios no aprueba. Los que participan en esta empresa se unen con el mundo, mientras que Dios invita a su pueblo a salir de él y a mantenerse separado. Dijo el ángel: "Cristo os compró con el sacrificio de su vida. '¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios y que no sois vuestros? Porque comprados sois por precio: glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios'. 'Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios'. Tal es el único seguro de vida que el Cielo sanciona.

El tomar un seguro de vida constituye una conducta mundana que induce a nuestros hermanos que la siguen a apartarse de la sencillez y pureza del Evangelio. Toda desviación tal debilita nuestra fe y reduce nuestra espiritualidad. Dijo el ángel: "Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, gente santa, pueblo adquirido, para que anunciéis las virtudes de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable". Pertenecemos al Señor en un sentido especial. Cristo nos ha comprado. Nos rodean ángeles poderosos. No cae al suelo un solo pajarillo sin que lo note nuestro Padre celestial. Aun nuestros cabellos están contados. Dios ha provisto para sus hijos. Los cuida en forma especial, y no deben desconfiar de su providencia siguiendo una conducta mundanal.

Dios quiere que conservemos con sencillez y santidad nuestro carácter peculiar como pueblo. Los que siguen ese mundano curso de acción, invierten recursos que pertenecen a Dios, y que él les ha confiado para que los usen en su causa a fin de hacer progresar su (480) obra. Muy pocos serán los que obtengan ganancias del seguro de vida, y sin la bendición de Dios aun estas utilidades resultarán un perjuicio en vez de un beneficio. Aquellos a quienes Dios ha hecho sus mayordomos no tienen derecho de colocar en las filas del enemigo los recursos que él les ha confiado para que los usen en su causa.

Satanás está presentando constantemente incentivos al pueblo escogido de Dios para desviar su atención de la obra solemne de prepararse para las escenas que le esperan en el futuro cercano. El es, en todo sentido de la palabra, un engañador, un hábil seductor. Cubre sus planes y trampas con mantos de luz sacados del cielo. Tentó a Eva a comer de la fruta prohibida, haciéndole creer que con ello obtendría grandes ventajas. Satanás induce a sus agentes a introducir diversos inventos y derechos de patentes y otras empresas a fin de que los adventistas observadores del sábado, que tienen prisa para hacerse ricos, caigan en la tentación, queden entrampados, y atraigan sobre sí muchos pesares. El está muy despierto, y se dedica activamente a llevar cautivo al mundo, y por intermedio de los mundanos crea continuamente un entusiasmo agradable, para inducir a los incautos que profesan creer la verdad, a que se unan con los mundanos. La concupiscencia de los ojos, el deseo de excitación y diversión agradable, es una tentación y una trampa pare el pueblo de Dios. Satanás tiene muchas redes peligrosas de fina trama, que parecen inocentes, pero con las cuales se prepara hábilmente para engañar al pueblo de Dios. Hay espectáculos agradables, entretenimientos, discursos sobre frenología, y una inacabable variedad de empresas destinadas a desviar al pueblo de Dios, para que ame al mundo y las cosas que están en él. Mediante esta unión con el mundo, se debilita la fe, y los recursos que debieran invertirse en la causa de la verdad presente quedan transferidos a las filas del enemigo. Por medio de estos diferentes recursos, Satanás vacía constantemente los bolsillos de los hijos de Dios, y a causa de esto pesa sobre ellos el desagrado del Señor.

HACED CIRCULAR LAS PUBLICACIONES.-

Se me ha mostrado que no hemos estado cumpliendo con nuestro deber en la distribución gratuita de publicaciones pequeñas. Hay muchas almas honestas que pudieran ser traídas para unirse a la verdad por este medio solamente. Si hubiera en cada copia de (481) estos pequeños tratados un anuncio de nuestras publicaciones y el lugar donde pueden ser obtenidas, aumentaría la circulación de publicaciones de mayor volumen, la Revista Adventista, el Instructor y el Reformador.

Estos pequeños tratados de cuatro, ocho o dieciséis páginas pueden suplirse por una bagatela de un fondo creado por donaciones de aquellos que tienen la causa en el corazón. Cuando le escriba a un amigo, usted puede incluir uno o más sin aumentar el costo del franqueo. Cuando encuentra personas que parecen tener oídos para oír en los tranvías, en el barco o en otros medios de transporte, usted puede entregarles un tratado. De hecho, los tratados no deberían ser esparcidos promiscuamente como las hojas de otoño, pero deberían ser entregados juiciosa y libremente a aquellos que podrían valorarlos. Así nuestras publicaciones y la casa editora serían anunciadas de una manera que resultaría provechosa.

EL REFORMADOR DE LA SALUD.-

La gente perece por falta de conocimiento. El apóstol dice: "A tu fe añade virtud; y a la virtud, conocimiento". Después de recibir la fe del evangelio, nuestro primer trabajo es esforzamos por añadir principios puros y virtuosos, y así limpiar la mente y el corazón para la recepción del verdadero conocimiento. La gente está angustiada por enfermedades de todo tipo. Sin embargo, parecieran estar dispuestos a seguir ignorando los medios de alivio y el curso a seguir para evitar enfermedades. En el establecimiento del Instituto de Salud, fue el designio de Dios que no solamente se impartiera conocimiento a los comparativamente pocos que lo visitarían, pero que muchos pudieran ser instruidos sobre tratamiento hogareño. El periódico Reformador de la Salud es el medio a través del cual los rayos de la luz deben brillar sobre la gente. Debería ser la mejor de las mejores revistas en nuestro país. Debe ser adaptado a las necesidades de la gente común, preparado para contestar toda pregunta apropiada y explicar a cabalidad los principios básicos de las leyes de la vida y cómo obedecerlos y preservarla salud. El gran objeto que debe tenerse presente en la publicación de esta revista debería ser el bienestar del sufriente pueblo de Dios. La gente común, especialmente los que son demasiado pobres para asistir al Instituto, deben ser alcanzados e instruidos por el Reformador de la Salud.

EL INSTITUTO DE SALUD.-

En la visión queme fue dada el 25 de Diciembre de 1865, vi que la reforma pro salud era una gran empresa, estrechamente relacionada con la verdad presente, y que los adventistas del séptimo día deberían establecer instituciones donde los enfermos pudieran recibir tratamiento para sus enfermedades y aprender también a cuidarse ellos mismos para prevenirlas. Vi que nuestro pueblo no debería permanecer indiferente sobre este tema, dejando que nuestros hermanos acomodados vayan a las instituciones populares del país que curan con agua, donde en vez de hallar simpatía hacia su fe religiosa, hallarían oposición. Las personas dominadas por la enfermedad sufren no solamente por falta de fuerza física sino también mental y moral; y los fieles adventistas que enferman, no pueden recibir suficiente beneficio allí donde sienten que deben mantenerse constantemente en guardia para no comprometer su fe y deshonrar su profesión, como lo recibirían en una institución cuyos médicos y dirigentes simpatizan con las verdades relacionadas con el mensaje del tercer ángel.

Cuando los enfermos que han sufrido mucho son aliviados por un sistema inteligente de tratamiento, consistente en baños, alimentación sana, períodos de reposo y ejercicio apropiados, y los efectos beneficiosos del aire puro, a menudo son inducidos a pensar que los que los han tratado exitosamente están bien en asuntos de fe religiosa, o por lo menos, no pueden estar tan lejos de la verdad. Entonces, si a nuestros miembros se les deja que vayan a las instituciones cuyos médicos están errados en la fe religiosa, corren peligro de ser entrampados. Vi entonces (en 1865) que la institución de -----, era la mejor en los Estados Unidos. En lo que respecta al tratamiento del enfermo, han estado haciendo una obra grande y buena; pero urgen a los pacientes a que bailen y jueguen a los naipes, y les recomiendan que asistan al teatro y otros lugares de diversión mundana que están en oposición directa a las enseñanzas de Cristo y los apóstoles.

Los individuos conectados con el Instituto de Salud, localizado ahora en Battle Creek, debieran sentir

que están envueltos en una obra importante y solemne. De ninguna manera debieran ellos imitar a los médicos de ----- en asuntos de religión y diversión. Sí, vi que habría peligro de imitarlos en muchos aspectos y perder de vista el carácter exaltado de esta gran obra. Y si los que están conectados con esta obra cesaran de considerar su obra desde un elevado punto de vista religioso, y rebajaran los exaltados principios de la verdad presente (483) para imitar en teoría y práctica a los que dirigen las instituciones donde el enfermo es tratado solamente para que restablezca la salud, la bendición especial de Dios no reposaría más sobre nuestra institución que lo que reposaría donde se enseñan y practican teorías viciadas.

Vi que una obra de gran magnitud no podía ser realizada en un corto tiempo, porque no sería asunto fácil encontrar médicos que Dios aprobara y que trabajaran juntos armoniosa, desinteresada, y celosamente para el bien de la humanidad sufriente. Debería tenerse siempre en alto que el gran objeto a cumplir a través de este canal, no es solamente salud, sino perfección y un espíritu de santidad, que no puede lograrse con cuerpos y mentes enfermos. Este objeto no puede asegurarse solamente laborando desde el punto de vista mundanal. Dios levantará hombres y los calificará para que se desempeñen en la obra, no solamente como médicos del cuerpo, sino también del alma enferma por el pecado, como padres espirituales para los jóvenes e inexpertos.

Se me mostró que la posición del doctor E respecto a las diversiones era equivocada, y que sus ideas acerca del ejercicio físico no eran completamente correctas. Por cada uno que recibe ayuda al practicar las diversiones que él recomienda, hay varios casos en los cuales éstas impiden la recuperación de la salud. En un alto grado ha condenado la labor física del enfermo, y sus enseñanzas en muchos casos han sido una afrenta para ellos. Ejercicios mentales como jugar barajas, ajedrez y damas excitan y agotan el cerebro y retrasan la recuperación, mientras que la luz y el trabajo físico agradable ocuparán el tiempo, mejorarán la circulación, aliviarán y restaurarán el cerebro y serán un beneficio decidido para la salud. Pero sustraed del inválido tal ocupación y se volverá impaciente y con imaginación enfermiza verá su caso peor de lo que realmente es, lo cual tiende a producir debilidad mental.

Por años se me ha mostrado con alguna frecuencia que al enfermo debe enseñársele que es erróneo suspender toda labor física a fin de recobrar la salud. Al actuar así, la voluntad se adormece, la sangre circula lentamente a través del sistema y llega a ser progresivamente más impura. Allí donde el paciente corre el peligro de imaginar su caso peor de lo que realmente es, la indolencia seguramente producirá los resultados más desastrosos. El trabajo bien regulado da al inválido la idea de que no es totalmente inútil en el mundo, ya que, por lo menos, sirve de algo. Esto le produce satisfacción, le da ánimo y le imparte vigor, lo cual la diversión mental vana jamás logrará.

La idea de que aquellos que han abusado de sus fuerzas físicas y (484) mentales o que se han arruinado, ya sea en sus mentes o en el cuerpo, deben suspender sus actividades a fin de recobrar su salud, es un error mayúsculo. En muy pocos casos, completo reposo por un corto período puede ser necesario, pero estos casos son muy raros. La mayoría de las veces, el cambio sería demasiado grande. Las personas que se han quebrantado por el intenso trabajo mental deberían tener reposo de pensamientos abrumadores; pero el enseñarles que es erróneo y aun peligroso ejercitar sus fuerzas mentales, los conduce a ver su condición como peor de lo que realmente es. Llegan a estar aún más nerviosos y son una gran molestia y fastidio para quienes los atienden. En este estado mental su recuperación es realmente dudosa.

Las personas que se han quebrantado por el trabajo físico deben disminuir sus esfuerzos, y hacer sólo el tipo de trabajo que les resulte liviano y agradable. Pero impedirles totalmente que trabajen y se ejerciten, en muchos casos resultará en su ruina. Tienen la voluntad vinculada con la obra de sus manos, y los que están acostumbrados a trabajar sentirían que son solamente máquinas en las manos de los médicos y asistentes, y su imaginación llegaría a enfermarse. La inactividad es la mayor maldición que podría venir sobre estas personas. Sus poderes se debilitan a tal punto que es imposible para ellos resistirla enfermedad y su languidez, como deben hacerlo para recobrar la salud.

El Dr. E ha cometido un grave error respecto al ejercicio y las diversiones, y uno aún mayor en su enseñanza sobre la experiencia y la excitación religiosas. La religión de la Biblia no es perjudicial a la salud del cuerpo y de la mente. La influencia elevadora del Espíritu de Dios es el mejor reconstituyente para el enfermo. El cielo es todo salud, y mientras más plenamente se sientan las influencias celestiales, más seguro será el restablecimiento del creyente incapacitado. La influencia de ideas como las que ha promovido el Dr. E nos ha alcanzado como pueblo en cierto grado. Los observadores del sábado y reformadores de la salud deben estar libres de todo esto. Cada verdadera y genuina reforma nos acercará más a Dios y al cielo, nos allegará más a Jesús, aumentará nuestro conocimiento de las cosas espirituales y profundizará en nosotros la santidad de la experiencia cristiana.

Es cierto que existen mentes desequilibradas que imponen sobre sí mismas ayunos que las Escrituras no enseñan, y oraciones y privación de reposo y sueño que Dios jamás ha requerido. Los tales no son prosperados ni sostenidos en sus actos voluntarios de justicia. Tienen (485) una religión farisaica que no pertenece a Cristo sino a ellos. Confían en sus buenas obras para la salvación, en vano esperando ganar el cielo por sus obras meritorias en vez de confiar, como cualquier pecador debiera hacerlo, en los méritos de un Salvador crucificado, resucitado y exaltado. Es casi seguro que la gente así se vuelve enfermiza. Pero Cristo y la verdadera piedad son salud para el cuerpo y fuerza para el alma. Que los inválidos hagan algo en vez de ocupar sus mentes con simples juegos, que les disminuyen su estima propia y los inducen a pensar que sus vidas no tienen utilidad. Manténgase despierto el poder de la voluntad, porque la voluntad despierta y bien dirigida es un poderoso calmante de los nervios. Los débiles e incapacitados son mucho más felices si se mantienen ocupados, y su recuperación es más fácil. Vi que la mayor maldición que jamás recayó sobre mi esposo y la hermana F fueron las instrucciones que recibieron en en relación a permanecer inactivos a fin de recuperarse. La imaginación de ambos se enfermó, y su inactividad los hizo pensar y sentir que sería peligroso para su salud y su vida hacer ejercicio, especialmente si al hacerlo se fatigaban. La maquinaria del sistema, tan pocas veces puesta en acción, perdió su elasticidad y fuerza, así que cuando se ejercitaron, sus coyunturas estaban tiesas y sus músculos débiles; cada movimiento requería mayor esfuerzo y, por supuesto, producía dolor. Sin embargo, este mismo cansancio habría resultado una bendición para ellos, si hubieran perseverado en resistir sus inclinaciones hacia la inactividad, independiente de sentimientos o síntomas desagradables. Vi que sería mucho mejor para la hermana F estar con su familia por sí misma y sentir sobre ella las responsabilidades. Esto despertaría en su vida sus energías adormecidas. Se me mostró que la condición fragmentada de esta querida familia cuando estaban en ----- era desfavorable para la educación y preparación de sus hijos. Para su propio beneficio, estos niños deberían estar aprendiendo a llevar responsabilidades en las tareas del hogar, y deberían sentir que sobre ellos reposan algunas de las preocupaciones de la vida. La madre que se ocupa en la educación y enseñanza de sus hijos, está empleada en la obra misma que Dios le ha asignado, y por cuya causa él, en su misericordia, escuchó las oraciones ofrecidas por su recuperación. Si bien ella debería evitar el trabajo agotador, lo que más debe temer es una vida de inactividad.

Cuando la visión me fue dada en Rochester, Nueva York, vi que sería mucho mejor para estos padres e hijos formar una familia propia. (486)

Cada uno de los hijos debería realizar una parte de las faenas de la familia y de esa manera obtener una educación de valor que no podría obtenerse de ninguna otra forma. La vida en ----- o en cualquier otro lugar, rodeada por criados y sirvientas, es la injuria más grande posible para las madres e hijos. Jesús invita a la hermana F a encontrar reposo en él y permitir a su mente recibir un tono saludable confiando en las cosas celestiales y fervorosamente procurando educar su pequeña grey en la crianza y admonición del Señor. De esta manera puede ella ayudar a su esposo al aliviarlo del sentimiento de que ella tiene que ser el objeto de mucha de su atención, cuidado y simpatía. Respecto al grado de capacidad del Instituto de Saluden Battle Creek, se me mostró, como lo he expresado anteriormente, que debemos tener una institución tal, pequeña en sus comienzos y aumentar cautelosamente, a medida

que se buscan médicos y ayudantes y se levantan fondos, y a medida que las necesidades de los incapacitados lo requieran; y todo debería ser conducido en estricto acuerdo con los principios y el espíritu humilde del mensaje del tercer ángel. Y al haber visto los cuantiosos cálculos precipitadamente propuestos por aquellos que han llevado una parte importante en la obra, me he sentido alarmada y en muchas conversaciones privadas y en cartas he advertido a estos hermanos que necesitan actuar con precaución. Mis razones para ello son que sin las bendiciones especiales de Dios hay varias formas en las cuales esta empresa puede ser detenida por lo menos por un tiempo. Cualquiera de ellas puede ser detrimental para la institución y un agravio para la causa. Si los médicos, por enfermedad, muerte o cualquier otra causa, dejan de ocupar su puesto, la obra se verá perjudicada mientras se busca a otros; o si no llegaran los medios cuando la construcción estuviera progresando extensamente, y como resultado la obra se detuviera y el capital disminuyera, el desánimo general vendría sobre todos los interesados; también pudiera haber falta de pacientes para ocupar las instalaciones actuales, consecuentemente una falta de recursos para pagar los gastos corrientes. Con todos los esfuerzos de cada departamento empleados de una manera juiciosa y correcta y con la bendición de Dios, la institución resultará un éxito glorioso, mientras que un solo error en cualquier dirección puede tarde o temprano resultar en gran perjuicio. No debiera olvidarse que de todas las instituciones de salud comenzadas en Estados Unidos en los últimos 25 años, son pocas las que mantienen aún una existencia visible. (487)

He apelado públicamente a nuestros hermanos a establecer una institución entre nosotros, y he hablado en los términos más elevados del Dr. F como el hombre que en la providencia de Dios ha obtenido experiencia para desempeñar su parte como médico. He dicho esto basada en la autoridad de lo que Dios me ha mostrado. Si es necesario repetiría sin vacilación todo lo que he dicho. No tengo ningún deseo de quitar una sola frase de lo que he escrito o hablado. La obra es de Dios y debe ser continuada con mano firme pero cautelosa.

La reforma pro salud está estrechamente relacionada con la obra del mensaje del tercer ángel. Nuestros predicadores deberían enseñar la reforma pro salud; sin embargo, no deberían hacer de ésta el tema principal en lugar del mensaje. Su lugar está entre los temas que adelantan la obra preparatoria para hacerles frente a los acontecimientos presentados por el mensaje; es prominente entre ellos. Debemos emprender cada reforma con celo, sin embargo deberíamos evitar dar la impresión de que somos vacilantes y esclavos del fanatismo. Nuestro pueblo debería proveer medios para hacer frente a las necesidades de un creciente Instituto de Salud entre nosotros, según sea su capacidad sin dar menos para otras necesidades de la causa. Permitamos que la reforma pro salud y el Instituto de Salud crezcan entre nosotros como han crecido otras empresas dignas, teniendo en cuenta nuestra débil fuerza en el pasado y nuestra gran habilidad para lograr mucho en un corto tiempo ahora. Permitid que el Instituto de Salud se desarrolle como se han desarrollado otros intereses, tan pronto como sea seguro para no estorbar otras ramas de la gran obra que son de igualo mayor importancia en este tiempo.

Sería erróneo para un hermano colocar una suma considerable de su propiedad en el Instituto, sea que tenga mucho o poco, hasta el punto de ser incapaz de dar una suma igual para otras necesidades como debería hacerlo. Por otra parte, el no hacer nada también sería un error de gran magnitud. Con cada llamado alentando a nuestro pueblo a dar recursos para invertir en el instituto, debería darse una advertencia a fin de no perjudicar otras ramas de la obra; el pobre de corazón dadivoso debió ser aconsejado en forma especial. Algunos hombres débiles y pobres con familias, sin una vivienda propia y demasiado escasos de recursos para visitar el instituto para recibir tratamiento, han puesto en él de un quinto a un tercio de todo lo que poseen. Esto es incorrecto. Algunos hermanos y hermanas tienen varias acciones cuando no debieran tener una, y por un corto tiempo (488) deberían asistir al instituto, con sus gastos pagados, totalmente o en parte, por el fondo de beneficencia. No veo la sabiduría de hacer cuantiosos cálculos para el futuro y dejar sufrir a los que necesitan ayuda ahora. Hermanos, no actúen antes que la providencia claramente discernible de Dios les abra el camino.

La reforma pro saludes una rama de la obra especial de Dios para el beneficio de su pueblo. Vi que en

una institución establecida entre nosotros, su mayor peligro sería que sus administradores se desviaran del espíritu de la verdad presente y de aquella sencillez que siempre debería caracterizara los discípulos de Cristo. Se me amonestó en contra de rebajar la norma de la verdad de cualquier forma en una institución tala fin de respetar los sentimientos de los inconversos y asegurar de esa manera su participación. El gran objeto de admitir a los no creyentes en la institución es para conducirlos a abrazar la verdad. Si se rebaja la norma, tendrán la impresión de que la verdad es de poca importancia, y se alejarán en un estado mental más difícil de penetrar que antes.

Pero el mayor mal resultante de tal decisión sería su influencia sobre los pacientes pobres, afligidos, que son creyentes, lo cual afectará generalmente la causa. Se les ha enseñado a confiar en la oración de fe, y muchos de ellos sienten decaer su espíritu porque no reciben una respuesta más plena. Vi que la razón por la cual Dios no escucha más plenamente las oraciones de sus siervos por los enfermos entre nosotros es porque él no puede ser glorificado mientras éstos sigan violando las leyes de la salud; y vi que él les asignó a la reforma pro salud y el Instituto de Salud la tarea de preparar el camino de modo que la oración de fe sea plenamente contestada. La fe y las buenas obras deben ir de la mano al aliviara los afligidos entre nosotros, y capacitarlos para glorificar a Dios aquí y para ser salvos en la venida de Cristo. Que Dios no permita que estos afligidos sean alguna vez desanimados y agraviados al descubrir que los gerentes del Instituto trabajan solamente desde un punto de vista mundanal en vez de sumar a la práctica higiénica las bendiciones y virtudes de los padres y madres en Israel dedicados al cuidado de los enfermos.

Que nadie conciba la idea de que el Instituto es el lugar adonde ir para ser sanados por la oración de fe. Es en cambio un lugar donde encontrar alivio de la enfermedad por medio del tratamiento y hábitos correctos en el vivir, y donde aprender cómo evitar las enfermedades. Pero si hay un lugar bajo los cielos más que otro donde la oración (489) dulcificante y compasiva debería ser ofrecida por los hombres y mujeres fieles y devotos, ese lugares el Instituto.

Los encargados de tratara los enfermos deberían avanzar en su importante obra confiando firmemente en que Dios bendecirá los medios que él generosamente ha provisto, y a los cuales en su misericordia ha llamado nuestra atención como pueblo, tales como el aire puro, la limpieza, la alimentación sana, períodos de trabajo y reposo apropiados, y el uso del agua. No deberían tener ningún interés egoísta, ajeno a esta obra importante y solemne. Preocuparse debidamente por el interés físico y espiritual del afligido pueblo de Dios, cuyos integrantes les han concedido confianza casi ilimitada y se han colocado a sí mismos, a gran costo, bajo sus cuidados, requerirá su atención concentrada. Nadie tiene una mente tan privilegiada, o es tan experto, que su obra no pueda ser mejorada, aunque haya hecho lo mejor que podía.

Que aquellos a quienes se les han encargado los intereses físicos, y hasta cierto grado espirituales, del pueblo afligido de Dios, se cuiden de cómo ellos, por medio de reglas mundanales o interés personal o deseo de ocuparse en una obra grande y popular, atraigan sobre sí mismos y su rama de la causa, el enojo de Dios. No deben depender solamente de su pericia; si sobre la institución recae la bendición de Dios y no su desagrado, ángeles atenderán a los pacientes, ayudantes y médicos para asistir en la obra de restauración, para que al final la gloria sea otorgada a Dios y no al hombre débil y corto de vista. Si estos hombres trabajaran basados en los principios del mundo, y si sus corazones se exaltaran hasta decir: "Mi fuerza y el poder de mi mano ha logrado esto", Dios los abandonaría para que trabajaran bajo las grandes desventajas de su inferioridad ante otras instituciones en conocimiento, experiencia y equipo. Entonces no podrían lograr ni la mitad de lo que logran otras instituciones.

Vi cuán benéfico es el trabajo al aire libre para la gente de vitalidad débil y circulación deficiente, especialmente sobre las mujeres que han inducido estas condiciones por pasar demasiado tiempo encerradas de puertas adentro. Su sangre ha llegado a ser impura por falta de aire fresco y ejercicio. En vez de inventar diversiones para mantener a estas personas encerradas, debería tenerse cuidado en proveerles atracciones al aire libre. Vi que debería haber amplios terrenos embellecidos con flores y

plantados con verduras y frutales. El débil podría encontrar trabajo aquí, adecuado para su sexo y condición, a (490) horas convenientes. Estos terrenos deberían estar bajo el cuidado de un jardinero de experiencia, que dirija todo con orden y buen gusto. La relación que mantengo con esta obra demanda de mí la libre expresión de mis puntos de vista. Me expreso libremente y selecciono este medio para hablara todos los interesados. Lo que se incluyó en el Testimonio Número 11 concerniente al Instituto no debería haber circulado hasta que yo pudiera escribir un relato completo de todo lo que había visto respecto a esto. Fue mi intención no decir nada sobre el tema en el número 11, y envié todo el manuscrito que destinaba a este Testimonio desde el Condado de Ottawa, donde trabajaba entonces, a la oficina de Battle Creek, diciendo que deseaba que aceleraran la publicación de aquella obrita, pues era muy necesitada, y tan pronto como fuera posible escribiría el Número 12, en el cual había determinado hablar con libertad y en forma abarcante respecto al Instituto. Los hermanos de Battle Creek, que estaban interesados especialmente en el Instituto, sabían que yo había visto que nuestros miembros deberían contribuir con sus recursos para establecer una institución de esa naturaleza. Entonces me escribieron que la influencia de mi testimonio respecto al Instituto, era de inmediato necesaria a fin de hacer una recomendación a los hermanos sobre el tema, y que la publicación Número 11 sería demorada hasta que yo pudiera escribirlo.

Esta fue una gran prueba para mí, por cuanto no podía escribir completamente todo lo que había visto, porque estaba en aquel tiempo hablando a la gente seis a ocho veces por semana, visitando de hogar en hogar, y escribiendo cientos de páginas de testimonios personales y cartas privadas. Esta cantidad de trabajo que se me impuso, con sus pruebas y preocupaciones innecesarias, me incapacitó para cualquier tipo de trabajo. Mi salud se empobreció y mis sufrimientos mentales fueron indescriptibles.

Bajo estas circunstancias sometí mi juicio al de otros y escribí lo que salió en el Número 11 respecto al Instituto de Salud, siendo incapaz en aquel momento de impartir todo lo que había visto. Me equivoqué en esto. Debe permitírseme saber mi propio deber mejor de lo que otros pueden saberlo, especialmente en asuntos que Dios me ha revelado. Algunos me culparán por hablar así. Otros me culparán por no haberlo dicho antes.

La disposición manifestada para apresurar tanto el asunto del Instituto, y en tan corto tiempo, ha sido una de las pruebas más difíciles queme haya tocado soportar. Si todos los que han usado mi testimonio (491) para motivar a los hermanos hubieran sido igualmente motivados por él, me sentiría más satisfecha. Si yo demorara más tiempo para expresar mis puntos de vista y sentimientos, sería culpada mucho más, tanto por los que piensan que debería haber hablado más pronto como por los que pudieran pensar que no debía haber dado ninguna advertencia. Por el bien de los dirigentes de la obra, por el bien de la causa y de los hermanos, y para ahorrarme a mí misma grandes tribulaciones, he hablado con libertad.

LA SALUD Y LA RELIGION.-

Dios quiere que se establezca una institución que por su influencia esté estrechamente relacionada con la obra final de habilitar mortales para la inmortalidad, una que no tendrá inclinación a debilitar los principios religiosos de ancianos y jóvenes y la cual no mejorará la salud del cuerpo en detrimento del crecimiento espiritual. El gran objeto de esta institución será mejorar la salud del cuerpo, para que el afligido pueda apreciar con mayor claridad las cosas espirituales. Si este objeto no se mantiene continuamente en mente y se realizan esfuerzos hacia ese fin, resultará en una maldición en vez de una bendición. La espiritualidad será considerada como un asunto secundario y la salud del cuerpo y las diversiones recibirán prioridad. Vi que la elevada norma no debe ser degradada en lo más mínimo a fin de que la institución pueda ser patrocinada por personas no creyentes. Si los no creyentes escogen venir mientras los dirigentes de la institución ocupan la posición exaltada que Dios desea que ocupen, habrá un poder que afectará sus corazones. Con Dios y los ángeles a su lado, su pueblo observador del sábado no puede sino prosperar.

Esta institución no debe ser establecida con propósitos pecuniarios, sino para ayudar en la tarea de traer al pueblo de Dios a una condición de salud física y mental que los capacite para apreciar verdaderamente las cosas espirituales y valorar correctamente la redención comprada a tan alto costo por los sufrimientos de nuestro Salvador. Esta institución no debe ser convertida en un lugar de diversión o entretenimiento. Los que no pueden vivir a menos que tengan excitación y diversión, no serán de utilidad al mundo; no son hechos mejores por la forma como viven. No haría ninguna diferencia que estuvieran ausentes o presentes en el mundo. (492)

Vi que la posición según la cual la espiritualidad es un perjuicio para la salud, que el doctor E procuró poner en las mentes de otros es sólo argumento falaz del diablo. Satanás logró entrar al Edén e hizo que Eva creyera que ella necesitaba algo más que lo que Dios le había dado para su felicidad, que el fruto prohibido tendría una influencia especial para causar sensación de alegría sobre su cuerpo y mente y la exaltaría para ser igual a Dios en conocimiento. Pero el conocimiento y beneficio que pensó obtener resultó para ella una terrible maldición.

Hay personas de imaginación enfermiza para quienes la religión es un tirano que las gobierna con vara de hierro. Las tales lamentan constantemente su propia depravación, y gimen por males supuestos. No existe amor en su corazón; su rostro es siempre ceñudo. Las deja heladas la risa inocente de la juventud o de cualquiera. Consideran como pecado toda recreación o diversión, y creen que la mente debe estar constantemente dominada por pensamientos austeros. Este es un extremo. Otros piensan que la mente debe dedicarse constantemente a inventar nuevas diversiones a fin de tener salud. Aprenden a depender de la excitación, y se sienten intranquilos sin ella. Los tales no son verdaderos cristianos. Van al otro extremo.

Los verdaderos principios del cristianismo abren ante nosotros una fuente de felicidad, cuya altura, profundidad, longitud y anchura son inconmensurables. Cristo es en nosotros una fuente de agua que brota para vida eterna. Es un manantial inagotable del cual el cristiano puede beber a voluntad, sin agotarlo jamás.

Lo que comunica a casi todos enfermedades del cuerpo y de la mente, son los sentimientos de descontento y las quejas que de ellos surgen. No tienen a Dios, ni la esperanza que llega hasta dentro del velo, que es para el alma un ancla segura y firme. Todos los que poseen esta esperanza se purifican como él es puro. Los tales estarán libres de inquietudes y descontento; no estarán buscando males continuamente ni acongojándose por dificultades artificiales. Pero vemos a muchos sufrir dificultades prematuras; la ansiedad está estampada en todas sus facciones; no parecen hallar consuelo, sino que de continuo esperan algún mal terrible.

Los tales deshonran a Dios y desprestigian la religión de Cristo. No tienen verdadero amor hacia Dios, ni hacia sus compañeros e hijos. Sus afectos se han vuelto mórbidos. Pero las vanas diversiones no corregirán nunca el espíritu de los tales. Necesitan la influencia transformadora del Espíritu de Dios para ser felices. Necesitan ser (493) beneficiados por la mediación de Cristo, a fin de apreciar completa y vivamente la consolación, divina y substancial. "El que quiere amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua del mal y sus labios no hablen engaños, apártese del mal, y haga el bien; busque la paz, y sígala, porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones; pero el rostro del Señor está contra aquellos que hacen el mal". Los que tienen un conocimiento experimental de este pasaje bíblico son verdaderamente felices. Consideran la aprobación del cielo como de más valor que cualquier diversión terrenal; Cristo en ellos, la esperanza de gloria, será salud al cuerpo y fuerza para el alma.

La sencillez del evangelio está desapareciendo rápidamente de los profesos observadores del sábado. Me pregunto muchas veces durante el día, ¿cómo puede prosperamos Dios? Se está orando muy poco. De hecho, la oración está casi obsoleta. Pocos están listos a llevar la cruz de Cristo, quien llevó el vergonzoso madero por nosotros. Siento que los asuntos no están avanzando en el instituto como Dios lo habría hecho adelantar. Temo que él quite sus ojos de éste. Se me mostró que los médicos y

ayudantes deberían ser del orden más elevado, gente que tenga un conocimiento experimental de la verdad, que merezcan respeto, y se pueda confiar en su palabra. Deberían ser personas cuya mente no sea enfermiza, gente con perfecto dominio propio, que no sean vacilantes o variables, libres de celos y malas conjeturas, gente poseedora de un poder de voluntad que no ceda a indisposiciones de poca importancia, que no estén prejuiciados, que no piensen el mal, que piensen y se muevan con calma y consideración, teniendo la gloria de Dios y el bienestar de otros siempre delante de ellos. Nunca debe promoverse a alguien a una posición de responsabilidad meramente porque la desea. Se debe elegir solamente a aquellos que estén calificados para la posición. Los que deben llevar responsabilidades deberían ser probados y dar evidencia de que están libres de celos, que no sienten antipatía por éste o por aquél, mientras se rodean de unos pocos amigos y no advierten la presencia de otros. Dios quiera que todo se desarrolle como debe ser en esa institución.

EL TRABAJO Y LAS DIVERSIONES.-

Querido hermano F: Me he sentido muy preocupada respecto de uno o dos asuntos. He llegado al punto de soñar por varias noches seguidas que le escribo carta tras carta. Creo pues, que es tiempo de expresar mis convicciones en cuanto a mi deber. Cuando se me mostró que el doctor F había errado en algunas cosas respecto a las instrucciones que les diera a sus pacientes, vi que usted había recibido las mismas ideas en muchos asuntos y que llegaría el tiempo cuando usted vería correctamente el asunto. Me refiero al trabajo y a las diversiones. Se me mostró que sería más beneficioso para la mayoría de los pacientes permitirles trabajo liviano, y aún animarlos a trabajar, que incitarlos a permanecer inactivos y ociosos. Si el poder de la voluntad se mantuviera activo para despertar las facultades, esta sería la mayor ayuda para recobrar la salud.

Quitad todo trabajo de los que han estado sobrecargados toda su vida, y en nueve casos de cada diez, el cambio les hará daño. Así fue en el caso de mi esposo. Se me mostró que el ejercicio al aire libre es mucho mejor que el que se practica encerrado. Pero, si no se puede conseguir trabajo al aire libre, el trabajo liviano en la casa ocupará y recreará la mente y la prevendrá de ocuparse en síntomas y pequeñas dolencias y también prevendrá de nostalgias.

Vi que este sistema de ociosidad había sido la mayor maldición, tanto para su esposa como para mi esposo. Dios le asignó trabajo a la primera pareja en Edén, porque sabía que serían más felices trabajando. Por lo que se me ha mostrado, este sistema de ociosidad es una maldición para el alma y el cuerpo. El trabajo ligero no excitará ni agotará la mente o las fuerzas más que las diversiones. A menudo los enfermos por concentrarse en sus sentimientos negativos, piensan que son totalmente incapaces para realizar nada, cuando si ellos activaran la voluntad y se obligaran a sí mismos a realizar una cantidad de trabajo físico cada día, serían mucho más felices y mejorarían mucho más rápido. Escribiré más sobre este punto de aquí en adelante.[24] (495)

NÚMERO TRECE: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA.-

INTRODUCCIÓN.-

Una vez más siento que es mi deber hablar al pueblo de Dios con mucha franqueza. Me es humillante señalar los errores y la rebeldía de aquellos que han estado relacionados por tanto tiempo con nosotros y nuestra obra. Lo hago para corregir declaraciones equivocadas que han trascendido al exterior concerniente a mi esposo y a mí misma, y como advertencia para otros; declaraciones que han tenido la intención de causar daño a la obra. Si el sufrimiento fuera solamente para mi esposo y para mí, guardaría silencio; pero cuando la causa está en peligro de reproche y sufrimiento, es mi deber hablar, auque sea humillante. Hay hipócritas y orgullosos que se ensalzarán por sobre nuestros hermanos

[24] Por un periódico reciente de Rochester entiendo que no se practica más el juego de la baraja como una diversión en la institución de -----. E. G. W., nota para la primera edición.

porque son suficientemente humildes para confesar sus pecados. Dios ama a su pueblo que guarda sus mandamientos, y los reprende, no porque son los peores, sino porque son el mejor pueblo en el mundo. "Porque a los que amo", dice Jesús, "reprendo y castigo".
Deseo llamar especialmente la atención de mis lectores a los notables sueños registrados en esta obrita, todos ilustrando lo mismo en forma clara y armoniosa. Multitud de sueños surgen de las cosas comunes de la vida, con las cuales el Espíritu de Dios no tiene nada que ver. Hay también sueños falsos así como visiones falsas, inspirados por el espíritu de Satanás. Pero los sueños provenientes del Señor están categorizados en la palabra de Dios con las visiones y son tan ciertamente frutos del espíritu de profecía como lo son las visiones. Tales sueños, tomando en cuenta las personas que los tienen y las circunstancias bajo las cuales son dados, contienen sus propias pruebas de autenticidad. Que las bendiciones de Dios acompañen a esta obrita.

BREVE BOSQUEJO DE MIS ACTIVIDADES.-
Diciembre 19, 1866 – abril 25, 1867
Al convencerme plenamente que mi esposo no se recuperaría de su prolongada enfermedad mientras permaneciera inactivo, y que el tiempo había llegado para que yo siguiera adelante testificando ante la gente, decidí, contrariando el juicio y consejo de la iglesia de Battle Creek, de la cual éramos miembros en aquel tiempo, aventuramos a (496) un viaje por la parte norte de Michigan, con mi esposo en su condición extremadamente débil, en la helada más severa del invierno. La decisión de arriesgar tanto requería un grado considerable de valor moral y fe en Dios, especialmente viéndome sola, con la influencia de la iglesia, incluyendo a los que dirigían la obra en Battle Creek, en contra mía.
Pero yo sabía que tenía una obra que hacer, y me parecía que Satanás estaba determinado a retraerme de ella. Había esperado largo tiempo porque nuestro cautiverio cesara y temía que se perdieran almas preciosas si permanecía por más tiempo sin trabajar. Seguir inactiva me parecía peor que la muerte; y si salíamos, lo peor que podría sucedernos era perecer. Así que el 19 de diciembre de 1866, dejamos Battle Creek durante una tormenta de nieve para dirigirnos a Wright, condado de Ottawa en el Estado de Michigan. Mi esposo soportó el largo y severo viaje de 150 kilómetros mejor de lo que yo esperaba y cuando llegamos a nuestra vieja casa, la del hermano Root, parecía tan bien, como cuando salimos de Battle Creek. Fuimos recibidos bondadosamente por esta querida familia y cuidaron de nosotros tan tiernamente como los padres cristianos pueden cuidar de hijos inválidos.
Encontramos la iglesia de este lugar en condiciones precarias. En muchos de sus miembros germinaba la semilla de la desunión y la insatisfacción recíproca se arraigaba profundamente, a la vez que un espíritu mundano se posesionaba de ellos. Y a pesar de su estado degradado habían disfrutado tan a lo lejos el trabajo de nuestros predicadores, que estaban hambrientos de alimento espiritual. Aquí empezaron nuestras primeras faenas de éxito desde la enfermedad de mi esposo. El hablaba treinta o cuarenta minutos en la mañana del sábado y del domingo, y yo me encargaba del resto del tiempo, y de hablar por cerca de una hora y media en la tarde de cada día. Se nos escuchaba con mucha atención. Noté que mi esposo se fortalecía, y sus temas se hacían más claros y lógicos. Mis sentimientos de gratitud superaron toda expresión cuando en una ocasión habló por una hora con claridad y poder, con el peso de la causa sobre él, tal como antes. Me levanté en la congregación y por cerca de media hora traté con lágrimas de expresarles lo que sentía. El sentimiento de la congregación era profundo. Sentí la seguridad de que esto era la aurora de días mejores para nosotros.
Nos quedamos con estos hermanos por seis semanas. Les hablé veinticinco veces y mi esposo doce. A medida que progresaba la obra (497) en esta iglesia, empezaron a abrírseme casos particulares y comencé a escribir testimonios para ellos que sumaron un total de cien páginas. Entonces empezó el trabajo por estas personas a medida que venían a la casa del hermano Root donde mi esposo y yo nos quedábamos, y con algunos de ellos en sus hogares, pero más especialmente en reuniones en la casa de culto. Encontré que en este tipo de obra, mi esposo era de gran ayuda. Su vasta experiencia en esta

clase de trabajo —ya que había trabajado conmigo en el pasado—, lo había calificado para ello. Y ahora al volver a ella, parecía manifestarla misma claridad de pensamiento, buen juicio y fidelidad al tratar con los errantes que mostraba al comienzo. De hecho, ninguno de nuestros ministros habría podido brindarme el apoyo que él me dio. Una grande y buena obrase llevó a cabo en favor de estas queridas personas. Se confesaron ofensas libre y plenamente, la unión fue restaurada y la bendición del Señor reposó sobre la obra. Mi esposo trabajó para establecer el sistema de benevolencia sistemática de la iglesia y colocarlo en el nivel que debería ser adoptado en todas las iglesias. Sus esfuerzos ayudaron a levantar la suma que la iglesia debería pagar a la tesorería anualmente, que eran unos trescientos dólares. Los miembros de iglesia que se habían molestado o confundido por algunos de mis testimonios, especialmente los que se referían al asunto de la vestimenta, quedaron totalmente de acuerdo al escuchar la explicación. Se adoptaron las reformas sobre la salud y el vestir y se recibió una suma considerable para el Instituto de Salud.

Debo mencionar aquí que a medida que esta obra se desarrollaba, por desgracia un hermano acaudalado del Estado de Nueva York visitó Wright después de pasar por Battle Creek y enterarse de que habíamos contrariado la opinión y el consejo de la iglesia y de los dirigentes de la obra en Battle Creek. Este hermano decidió describir a mi esposo, aun delante de aquellos por quienes habíamos trabajado más, como parcialmente loco y su testimonio, en consecuencia, como de ningún valor. Su influencia en esto, según lo expresó el hermano Root, el anciano de la iglesia, atrasó la obra al menos por dos semanas. Digo esto para que las personas no consagradas se percaten de cómo en su ceguera e insensibilidad, ejercen influencia en poco tiempo, que puede tomarles semanas a los agotados siervos del Señor para contrarrestarla. Trabajábamos en favor de personas acaudaladas y Satanás vio que este hermano rico era justamente el hombre que podía usar. Que el Señor pueda traerlo a donde pueda ver, y con humildad de corazón (498) confesar su pecado. Por dos semanas más de muy agotadoras faenas, con la bendición de Dios, pudimos deshacer esta influencia equivocada y darle a aquella gente amada, prueba completa de que Dios nos había enviado a ellos. Como un resultado adicional de nuestras faenas, siete personas fueron prontamente bautizadas por el hermano Waggoner, y dos en julio por mi esposo, en ocasión de nuestra segunda visita a esa iglesia.

El hermano de Nueva York regresó con su esposa y su hija a Battle Creek, en un estado mental que no le permitía dar un informe correcto del buen trabajo hecho en Wright ni estabilizar los sentimientos de la iglesia de Battle Creek. De la manera como los hechos han trascendido, parece que él hirió a la iglesia, y la iglesia lo hirió a él, al gozarse ambos cuando él iba de casa en casa para presentar las opiniones menos favorables de nuestro proceder, y convirtiendo esto en el tema de la conversación. En la época cuando se desarrollaba esta obra cruel, tuve el siguiente sueño:

Visitaba Battle Creek en compañía de una persona con aspecto de autoridad y digna apariencia. En mi sueño, visitaba los hogares de nuestros hermanos. Cuando nos disponíamos a entrar, escuchamos voces ocupadas en animada conversación. Se mencionaba con frecuencia a mi esposo, y me sentí apesadumbrada y asombrada al escuchar a los que habían sido nuestros amigos más sólidos relatar escenas e incidentes que habían ocurrido durante la severa aflicción de mi esposo, cuando sus fuerzas físicas y mentales estaban casi paralizadas. Me sentí triste al oír la voz del así llamado hermano de Nueva York, antes mencionado, contando con fervor y en forma exagerada, incidentes que no eran conocidos en Battle Creek, a la vez que nuestros amigos de allí contaban lo que ellos conocían.

Llegué a sentirme débil y enferma del corazón, y en mi sueño caí postrada, cuando la mano del que me asistía me sostuvo, y me dijo: "Debes escuchar. Debes saberlo aunque te sea insoportable".

En cada hogar que visitábamos, surgía el mismo tema. Era su "verdad presente". Dije: "¡Oh, no sabía esto! Ignoraba que existían tales sentimientos en los corazones de quienes hemos considerado como nuestros amigos en la prosperidad. ¡Si tan sólo hubiera seguido ignorando esto! Los creíamos nuestros mejores y más leales amigos". El queme acompañaba repitió estas palabras: "Si tan sólo se dedicaran de la misma forma y con el mismo ahínco y celo a conversar acerca de su Redentor, espaciándose en

sus gracias incomparables, su benevolencia (499) desinteresada y su misericordioso perdón, su piadosa ternura hacia el que sufre, su paciencia e inexpresable amor, ¡cuánto más preciosos y de valor serían sus frutos!".

Dije entonces: "Estoy apesadumbrada. Mi esposo no se ha escatimado a sí mismo en la ganancia de almas. Se mantuvo de pie sosteniendo las cargas hasta que éstas lo aplastaron; estaba postrado, física y mentalmente quebrantado; y ahora, reunir palabras y actos y usarlos para destruir su influencia, después que Dios ha puesto sus manos debajo de él para levantarlo a fin de que su voz pueda oírse otra vez, es cruel y maligno". El que me acompañaba dijo: "La conversación acerca de Cristo y las características de su vida, refrescará el espíritu y el fruto será para santidad y vida eterna". Entonces citó estas palabras: "Por lo demás hermanos, todo lo verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad". [Filipenses 4:8.] Estas palabras me impresionaron tanto que el sábado siguiente hablé de ellas.

Mis trabajos en Wright fueron muy agobiadores. Me ocupaba de mi esposo durante el día, y algunas veces en la noche. Lo bañaba y lo sacaba a pasear en el coche, y ya hiciera frío, soplara el viento o brillara el sol, salía a caminar con él. Usaba la pluma mientras él me dictaba sus informes para la Revista Adventista y también escribí muchas cartas, además de numerosas páginas de testimonios personales, y la mayor parte del Testimonio No. 11, además de visitar y hablar tan a menudo, por tanto tiempo y tan enfáticamente como lo hice. El hermano y la hermana Root simpatizaban enteramente conmigo en mis pruebas y afanes, y vigilaban con el cuidado más tierno para suplir todas nuestras necesidades. Nuestras oraciones eran frecuentes para que el Señor les bendijera en todo lo material y en salud, así como en gracia y fortaleza espiritual. Sentí que una bendición especial les seguiría. Aunque desde entonces la enfermedad ha llegado a su habitación, aún sé por el hermano Root que gozan de mejor salud que antes. Y entre los asuntos de prosperidad pasajera él informa que sus campos de trigo han producido veintisiete medidas por acre [2,2 acres por hectárea] y algunas cuarenta, mientras que el promedio de rendimiento del campo de sus vecinos ha sido solamente de siete medidas por acre.

Salimos de Wright el 29 de Enero de 1867, y nos fuimos a Greenville, en el Condado de Montcalm, una distancia de sesenta kilómetros. Era el día más severamente frío del invierno y estábamos felices de (500) encontrar un refugio para protegemos del frío y la tormenta en casa del Hno. Maynard. Esta querida familia nos dio la bienvenida tanto a su hogar como a sus corazones. Permanecimos allí seis semanas, trabajando con las iglesias de Greenville y Orleans, y haciendo del hospitalario hogar de los Maynard nuestro centro de trabajo.

Dios me otorgó libertad para dirigirme a la gente; en cada esfuerzo sentí su poder sostenedor. Y cuando me convencí plenamente que tenía un testimonio que dar al pueblo, y que podía presentarlo en relación con las labores de mi esposo, se fortaleció mi fe en que él recobraría su salud para trabajar con aceptación en la causa y obra de Dios. La gente aceptó sus esfuerzos, y fue una gran ayuda para mí en el trabajo. Sin él yo podía hacer muy poco, pero con su ayuda, en la fortaleza del Señor, lograría hacer el trabajo que se me había asignado. El Señor lo sostuvo en cada esfuerzo en que se empeñó. A medida que se esforzaba, confiando en Dios a pesar de sus debilidades, se fortalecía y mejoraba con cada intento. Al comprender que mi esposo adelantaba en vigor físico y mental, mi gratitud desbordaba al pensar en ser de nuevo libre para ocuparme una vez más y con mayor fervor en la obra de Dios, al lado de mi esposo, trabajando ambos unidos en la terminación de la obra en favor del pueblo de Dios. Antes que la salud de mi esposo se quebrantara, la posición que él ocupaba lo mantenía confinado la mayor parte del tiempo. Y como yo no podía viajar sin él, necesariamente tenía que quedarme en casa gran parte del tiempo. Sentí que ahora Dios lo prosperaría mientras trabajaba en palabra y doctrina, y se dedicaba más a la predicación. Otros podían trabajar en la oficina, y nosotros teníamos la firme convicción que él jamás sería nuevamente confinado, sino que estaría libre para viajar conmigo de modo que ambos pudiéramos dar el testimonio solemne que Dios nos había encargado para su iglesia remanente.

El estado de deterioro del pueblo de Dios me resultaba penosamente claro, y cada día estaba consciente de haber usado mis energías hasta su límite. Mientras estábamos en Wright, habíamos enviado mi manuscrito Número 11 a la oficina de publicación, y yo aprovechaba casi cada momento cuando no había reuniones para redactar el material del Número 12. Mis energías, tanto físicas como mentales, habían sido severamente gastadas mientras trabajaba por la iglesia en Wright. Sentí que debía tener reposo, pero no podía vislumbrar ninguna oportunidad de sosiego. Hablaba a la gente varias veces a la semana, y escribía muchas páginas de testimonios personales. Sentía el peso de (501) las almas sobre mí, y las responsabilidades que sentía eran tan grandes que sólo podía conseguir unas pocas horas de sueño cada noche.

Mientras laboraba de esa manera hablando y escribiendo, recibí de Battle Creek cartas de carácter desanimados. Al leerlas, sentí una depresión de espíritu inexpresable, algo así como agonía mental, la cual pareció paralizar mis energías vitales por un corto tiempo. Casi no dormí durante tres noches. Mis pensamientos estaban turbados y perplejos. Escondí mis sentimientos lo mejor que pude, de mi esposo y de la cariñosa familia en cuyo hogar posábamos. Nadie supo mis faenas, o carga mental cuando me unía con la familia en devoción matutina y vespertina, y procuré colocar mis cargas sobre Aquel que nos ofrece llevarlas. Pero mis peticiones surgían de un corazón abrumado de angustia y mis oraciones se interrumpían y fragmentaban por causa de mi tristeza incontrolable. La sangre se agolpaba en mi cerebro, haciéndome con frecuencia vacilar y casi perder el equilibrio. Mi nariz sangraba a menudo, especialmente al esforzarme por escribir. Fui forzada a dejar de escribir, pero no podía quitarme de encima el peso de la ansiedad y responsabilidad que estaba sobre mí al comprender que tenía testimonios para otros que no era capaz de presentarles.

Recibí otra carta, informándome que habían pensado que era mejor diferir la publicación del Testimonio No. 11 hasta que yo pudiese escribir lo que se me había mostrado acerca del Instituto de Salud, porque los que estaban a cargo de esa empresa tenían gran necesidad de fondos y necesitaban la influencia de mi testimonio para motivar a los hermanos. Entonces escribí una parte de lo que se me había mostrado en relación con el Instituto, pero no pude completar el tema debido a la presión sanguínea que sentía en mi cerebro. Si hubiese sabido que el número 12 se iba a demorar tanto, de ninguna manera hubiera enviado esa parte del asunto publicado en el número 11. Pensé que después de descansar unos días, podría reanudar mi tarea de escribir. Pero descubrí con gran dolor, que la condición de mi cerebro me lo impedía. Tuve que desistir de la idea de escribir testimonios generales o personales, y esto me causó mucha angustia.

En ese estado de cosas, se decidió que regresáramos a Battle Creek y permaneciéramos allí mientras las carreteras estaban en condiciones precarias por el barro y las averías, y que allí completaría el Testimonio Número 12. Mi esposo estaba ansioso de vera sus hermanos de Battle Creek y hablarles y regocijarse con ellos en la obra que Dios estaba haciendo a través de él. Recogí mis escritos, y empezamos nuestro viaje. (502)

A nuestro regreso en el camino, sostuvimos dos reuniones en Orange y vi evidencias de que la iglesia se había beneficiado y animado. Nosotros mismos fuimos refrigerados por el Espíritu del Señor. Esa noche soñé que estaba en Battle Creek y miraba por el cristal del lado de la puerta. Observé una compañía que se acercaba a la casa de dos en dos. Parecían decididos y determinados. Los conocía bien y me volví para abrir la puerta de la sala para recibirles, pero decidí mirar de nuevo. La escena cambió. La compañía ahora parecía una procesión de católicos. Uno llevaba en su mano una cruz, otro un escapulario. Y a medida que se acercaba, el que llevaba el escapulario hizo un círculo alrededor de la casa, repitiendo tres veces: "Esta casa está proscrita; sus pertenencias deben ser confiscadas. Han hablado contra nuestra santa orden".

Me sobrecogió el terror. Atravesé la casa corriendo, salí por la puerta del norte y me encontré en medio de una compañía, algunos de los cuales conocía, pero no me atrevía decirles una palabra por miedo a ser traicionada. Traté de encontrar un lugar apartado donde pudiera llorar y orar sin encontrarme con

ojos impacientes e inquisitivos. Repetía a menudo: "¡Si me dijeran qué he dicho o qué he hecho!" Lloré y oré mucho al ver nuestros bienes confiscados. Traté de leer simpatía o piedad por mí en las miradas de aquellos que me rodeaban y noté en los rostros de varios que me hablarían y me consolarían si no tuvieran miedo de ser observados por otros. Quise escaparme de la multitud, pero comprendiendo que era vigilada, escondí mis intenciones. Empecé a orar en voz alta y a decir: "¡Si tan sólo me dijeran qué he hecho, o qué he dicho!" Mi esposo, que dormía en una cama en el mismo cuarto, oyó mi llanto y me despertó. Mi almohada estaba empapada de lágrimas y sobre mí pesaba una triste depresión de espíritu. El hermano y la hermana Howe nos acompañaron a West Windsor, donde fuimos recibidos y nos dieron la bienvenida el hermano y la hermana Carman. El sábado y el domingo conocimos a los hermanos y las hermanas de las iglesias en la vecindad y nos sentimos libres de expresar nuestro testimonio a ellos. El espíritu refrigerante del Señor descansó sobre aquellos que sintieron un interés especial en la obra del Señor. Nuestras reuniones de asociación fueron buenas y casi todos dieron testimonio de que estaban fortalecidos y grandemente animados.

En pocos días nos encontrábamos de nuevo en Battle Creek después de una ausencia de cerca de tres meses. El sábado 16 de marzo, mi esposo predicó a la iglesia un sermón sobre santificación, fonográficamente (503) informado por el editor de la Review and Herald y publicado en el volumen 29, número 18. También habló con claridad en la tarde y el domingo en la mañana. Ofrecí mi testimonio con la libertad usual. El sábado 23, hablamos libremente a la iglesia de Newton y trabajamos con la iglesia de Convis el siguiente sábado y el domingo. Nos proponíamos regresar al norte y anduvimos cuarenta y ocho kilómetros, pero nos vimos obligados a regresar por la condición de las carreteras. Mi esposo se desanimó terriblemente por la fría recepción que encontró en Battle Creek, y yo también me entristecí. Decidimos que no compartiríamos nuestro testimonio con esa iglesia hasta que dieran mejor evidencia de que deseaban nuestros servicios, y resolvimos trabajaren Convis y Monterrey hasta que las carreteras mejoraran. Los dos sábados siguientes los pasamos en Convis y tenemos prueba de haber hecho una buena obra, pues ahora se ven los mejores frutos.

Regresé al hogar en Battle Creek como una hija fatigada y apesadumbrada que tenía necesidad de palabras de consuelo y ánimo. Me resulta doloroso declarar que fuimos recibidos con gran indiferencia por nuestros hermanos, de quienes tres meses antes nos habíamos separado en perfecta unión, excepto en lo referente al punto de nuestra partida. La primera noche que pasamos en Battle Creek, soñé que había estado trabajando arduamente y había estado viajando para asistir a una gran reunión, y queme sentía muy apesadumbrada. Las hermanas arreglaban mi cabello y ajustaban mi vestido, y me dormí. Al despertar, me asombré y me indigné al ver que se me había quitado mi ropa y se me había puesto ropa vieja hecha de tiras y pedazos de tela de cubrecamas remendados. Dije: "¿Qué es lo que me han hecho? ¿Quién ha hecho esta vergonzosa obra de quitar mi vestimenta y reemplazarla con andrajos de mendigos?" Rasgué los harapos y me los quité. Estaba triste, y con angustia grité: "Tráiganme de nuevo mis vestiduras que he llevado por veintitrés años y no he deshonrado ni un solo instante. Si no me devuelven mi ropa, apelaré al pueblo. Ellos contribuirán y me devolverán mis vestiduras que he llevado por veintitrés años". He visto el cumplimiento de este sueño.

Nos encontramos con informes en Battle Creek que habían sido puestos en circulación para perjudicarnos, pero no tenían fundamento. Algunos estacionados temporariamente en el Instituto de Salud y otros que servían en Battle Creek habían escrito cartas, a iglesias en Michigan y otros estados, expresando temores, dudas, e insinuaciones respecto a nosotros. Me embargó el pesar al escuchar un cargo procedente de (504) un compañero de labor a quien había respetado, según el cual estaban llegando de todas partes informes de lo que yo habría hablado en contra de la iglesia de Battle Creek. Me sentía tan pesarosa que no sabía que decir. Encontramos un fuerte espíritu de acusación contra nosotros. Cuando nos convencimos plenamente de que este espíritu era real, sentimos nostalgia por nuestro hogar. Estábamos tan desanimados y acongojados que les dije a dos de nuestros principales hermanos que no nos sentíamos bienvenidos, al enfrentar falta de confianza y frialdad en vez de

bienvenida y ánimo, y que no comprendía cómo podría ser correcto seguir una conducta así hacia los que se habían deteriorado por esforzarse entre ellos más allá de sus energías en su devoción a la obra de Dios. Dije entonces que pensábamos que deberíamos salir de Battle Creek y procurar un hogar más alejado.

Atribulada en espíritu más allá de lo que es posible expresar, permanecí en casa, temiendo ir a los hogares de los miembros por temor a ser herida. Finalmente, como nadie se acercara para ofrecer sosiego a mis sentimientos, sentí que era mi deber reunir un número de hermanos y hermanas de experiencia y refutar los informes que circulaban respecto a nosotros. Abrumada y deprimida hasta la angustia, me enfrenté a los cargos contra mí, haciendo un recuento de mi viaje por el este, hacía un año, y las penosas circunstancias que afrontamos en ese viaje. Rogué a los presentes que juzgaran si mi conexión con la obra y la causa de Dios me conduciría a despreciar la iglesia de Battle Creek, por cuyos miembros jamás he tenido ningún sentimiento negativo. ¿No era mi interés por la obra y la causa de Dios tan grande como el mayor que ellos mismos pudieran tener? Toda mi experiencia y existencia estaban entretejidas con éstas. No abrigaba interés alguno que no fuera el de la obra. Había invertido todo en esta causa, y no había estimado ningún sacrificio demasiado grande a fin de adelantarla. No había permitido que mi afecto por mis amados bebés me detuviera de realizar mi deber, según Dios lo requería en su causa. El amor maternal floreció tan fuerte en mi corazón como en el de cualquier madre viviente; sin embargo, me había separado de mis pequeños hijos permitiendo que otra persona actuara como madre para ellos. Había dado inconfundibles evidencias de mi interés y devoción por la causa de Dios. He demostrado por mis obras cuán cara es ella a mi corazón. ¿Podría otro producir una prueba más fuerte que la mía? ¿Eran celosos en la causa de la verdad? Yo era más celosa. ¿Eran devotos a ella? Yo podía probar mayor devoción que cualquier otro (505) de los obreros. ¿Habían ellos sufrido por amor a la verdad? Mi sufrimiento era mayor. No había considerado mi vida preciosa para mí misma. No había esquivado reproches, sufrimiento o penurias. Cuando mis amigos y familiares habían perdido la esperanza de preservar mi vida, por haber yo caído presa de la enfermedad, mi esposo me había llevado en brazos al barco o al tren. En una ocasión, después de viajar hasta la media noche, nos encontrábamos sin recursos en la ciudad de Boston. En dos o tres ocasiones, caminamos por fe once kilómetros. Viajábamos hasta que mis esfuerzos me lo permitían y entonces caíamos de rodillas al suelo y pedíamos fuerzas para seguir. La fuerza fue suplida y fuimos capacitados para trabajar esforzadamente por el bien de las almas. No permitíamos que ningún obstáculo nos distrajera del deber o nos separara de la obra.

El espíritu manifestado en estas reuniones me inquietó profundamente. Volví al hogar todavía preocupada, porque los que asistieron no hicieron esfuerzo alguno por aliviarme reconociendo que estaban convencidos de haberme juzgado equivocadamente, y de que sus sospechas y acusaciones contra mí eran injustas. No podían condenarme, pero tampoco hicieron un esfuerzo por absolverme.

Por quince meses mi esposo había estado tan débil que no había podido llevar consigo ni el reloj ni su cartera, ni manejar por sí mismo los caballos cuando salía en coche. Pero este año, él había tomado su reloj y cartera --esta última vacía como consecuencia de nuestros cuantiosos gastos— y había podido conducir por sí mismo al viajar en coche. Durante su enfermedad había rehusado en varias ocasiones aceptar dinero de sus hermanos por valor de casi mil dólares, diciéndoles que cuando estuviera en necesidad les notificaría. Finalmente nos vimos en necesidad. Mi esposo sintió que era su deber, antes de llegar a ser dependiente, vender primero todo aquello de lo cual podíamos prescindir. Tenía unas pocas cosas de menor valor en la oficina y distribuidas en las casas de algunos hermanos de Battle Creek, las cuales recogió y vendió. Nos desprendimos de muebles por valor de cerca de ciento cincuenta dólares. Mi esposo trató de vender nuestro sofá para el lugar de reunión, ofreciendo dar diez dólares de su valor como ofrenda, pero no pudo. Por entonces murió nuestra única y valiosa vaca. Por primera vez mi esposo sintió que necesitaría ayuda, y le envió una nota a un hermano diciéndole que si a la iglesia le complacía ayudarle a reponer la pérdida de la vaca, podía hacerlo. Pero no se hizo nada al

respecto; más bien lo acusaron de haber enloquecido por (506) la codicia. Los hermanos lo conocían suficientemente para saber que jamás solicitaría ayuda a menos que se viera obligado por extrema necesidad. Y ahora que lo había hecho, imaginen los lectores sus sentimientos y los míos al ver que nadie se preocupaba del asunto excepto para herirnos en nuestra necesidad y profunda aflicción.

En la reunión mi esposo confesó humildemente que se había equivocado en varios asuntos de esta naturaleza, que jamás debió haber hecho y nunca habría realizado sino por temor a sus hermanos y por el deseo de estar en comunión con la iglesia. Esto indujo a algunos que le habían herido a despreciarlo aparentemente. Fuimos humillados a lo sumo y acongojados más allá de lo que puede expresarse. Bajo estas circunstancias empezamos a cumplir un compromiso en Monterrey. En el camino fui presa de la más terrible angustia de espíritu. Traté de explicarme a mí misma por qué nuestros hermanos no comprendían nuestra obra. Me había sentido segura de que cuando nos reuniéramos con ellos sabrían de qué espíritu éramos, y que el Espíritu de Dios en ellos respondería a su presencia en nosotros, sus humildes servidores, y habría unión en pensar y en sentir. En vez de esto, se desconfió y sospechó de nosotros y fuimos vigilados, causándonos la más grande perplejidad que alguna vez sentí.

Al meditar de esa manera, una parte de la visión que se me había dado en Rochester el 25 de Diciembre de 1865, llegó a mi mente como un relámpago e inmediatamente se la conté a mi esposo:

Se me mostró unos árboles que crecían juntos, formando un círculo. Una vid subía por ellos y los cubría en sus copas apoyándose en ellos y formando un parrón. Vi que los árboles se mecían de un lado al otro, como si fueran movidos por un poderoso viento. Una tras otra, las ramas de la vid fueron sacudidas de lo que constituía su apoyo en los árboles hasta quedar sueltas, excepto por unos pocos zarcillos que se aferraban a las ramas más bajas. Alguien vino entonces y cortó el resto de los zarcillos que sujetaban la vid, y ésta quedó tendida sobre la tierra.

La congoja y la angustia de mi mente eran indescriptibles cuando vi la vid echada por tierra. Muchos pasaban y la miraban con lástima. Yo esperaba ansiosamente que una mano amiga la levantara; pero nadie ofreció ayuda. Pregunté por qué ninguna mano levantó la vid. Entonces vi un ángel que se acercó a la vid aparentemente abandonada. Extendió sus brazos, los puso debajo de la vid y los levantó de modo que la planta se enderezó, y me dijo: "Párate mirando al cielo y que (507) tus zarcillos se entrelacen alrededor de Dios. Has sido sacudida hasta quedar sin apoyo humano. Puedes mantenerte erguida con el poder de Dios y así florecer. Confía en Dios solamente y esto nunca será en vano, nunca serás desprendida de él". Sentí gran alivio, verdadero gozo al ver que la vid que había sido abandonada ahora era socorrida. Me volví al ángel y le pregunté qué significaba todo eso. El dijo: "Tú eres esa vid. Sufrirás todo esto, y cuando ocurran estas cosas, entonces entenderás la representación de la vid. Dios será para ti ayuda oportuna en tiempo de necesidad".

Desde entonces quedé convencida de mi deber y me sentí libre como nunca antes para testificar ante el pueblo. Si alguna vez sentí que el brazo del Señor me sostenía, fue en esa reunión. La predicación de mi esposo también fue libre y clara, y el testimonio de todos era: "Hemos tenido una excelente reunión". Después del regreso de Monterrey sentí que era mi deber llamara otra reunión, ya que mis hermanos no hicieron ningún esfuerzo para aliviar mis sentimientos.

Decidí seguir adelante fortalecida en el Señor y expresar una vez más mis sentimientos, para librarme de las sospechas e informes que hicieron circular para hacernos daño. Di mi testimonio y relaté asuntos que me habían sido mostrados y la historia pasada de algunos que estaban presentes, advirtiéndoles del peligro y reprobando sus formas equivocadas de actuar. Dije que se me había colocado en posiciones de las más desagradables. Cuando se me presentaban en visión familias e individuos, con frecuencia lo que se me mostraba era de naturaleza individual, pues censuraba pecados secretos. He trabajado con algunos durante meses respecto a males de los cuales otras personas no sabían nada. Cuando mis hermanos observan a estas personas tristes, y los escuchan expresar dudas respecto a su aceptación con Dios, acompañadas de sentimientos desalentadores, me han hecho blanco de sus censuras, como si yo fuera culpable de que esos individuos estén siendo probados. Los queme censuraban de esa manera

eran totalmente ignorantes en lo que decían. Protesté contra los que se convertían en inquisidores de mi manera de actuar. Se me ha asignado el desagradable trabajo de reprender los pecados privados. Si a fin de aclarar sospechas y celos, me pusieran a ofrecer una explicación completa de mis actuaciones, y llevara al conocimiento público lo que debía permanecer en privado, estaría pecando contra Dios y perjudicando a las personas. Los reproches privados por errores privados debo guardarlos para mí, encerrados en mi propio corazón. Que otros juzguen como (508) les parezca; yo nunca traicionaré la confianza que han tenido en mí los errabundos y arrepentidos, ni revelaré a otros aquello que debería tratarse solamente ante los culpables. Dije a los que estaban reunidos que deberían retirar sus manos y dejarme libre para actuaren el temor de Dios. Abandoné la reunión, aliviada de una pesada carga.

LOS OBREROS DE LA CASA EDITORA.-

Aquí daré dos testimonios, uno de ellos escrito en Marzo de 1867, dirigido a todos los que trabajan en la oficina de la Review and Herald, el otro dirigido a los jóvenes que laboran allí mismo. Siento decir que todos aquellos a quienes se les ha advertido, han más o menos desatendido estos testimonios y ahora tengo que confesar que siguieron un camino contrario al que señalaban los testimonios. El primero es el siguiente:

Mientras me encontraba en Rochester, Nueva York, el 25 de Diciembre de 1865, se me mostraron ciertos asuntos relacionados con los obreros de la Review and Herald, y también respecto a ministros a quienes Dios ha llamado para ocuparse de la palabra y de la doctrina. Ninguno de estos obreros debiera ocuparse en negocios o venta de mercancía. Son llamados a una obra más sagrada y elevada y sería imposible para ellos hacer justicia a la obra y llevar al mismo tiempo su negocio. Los obreros de las oficinas de la Review and Herald no debieran tener otros intereses. Cuando le han dado a la obra la atención y cuidado que ésta demanda, han hecho todo lo que son capaces de hacer, y no debiera exigírseles más. Si la mente y el tiempo se ocupan en negocios que no tienen relación con la obra de Dios, el trabajo no será hecho cabalmente ni bien. A decir verdad, los obreros no tienen energía física ni mental para utilizar en otros asuntos. En grado mayor o menor todos están debilitados. Tal causa, tan sagrada obra como la que los ocupa, debería utilizar los poderes de la mente; no deberían ocuparse en forma mecánica, sino ser santificados para el trabajo y actuar como si la causa fuera parte de ellos, como si hubieran invertido algo en esta grande y solemne obra. A menos que con interés se ocupen de este asunto, su esfuerzo no será del agrado de Dios.

Satanás es muy diestro, está muy ocupado y activo. Su poder especial se manifiesta sobre los que están ocupados en la obra de predicar o publicar la verdad presente. Todos los que están asociados con esta labor deben mantener ceñida la armadura completa, pues son el blanco (509) especial de los ataques de Satanás. Vi que hay peligro en no estar protegidos, pues Satanás obtendrá una entrada e imperceptiblemente desviará la mente de la gran tarea. Los individuos que ocupan puestos de responsabilidad en la oficina están en peligro de elevarse a sí mismos por encima de la obra y de perder la humildad de mente y sencillez que hasta ahora la ha caracterizado.

Satanás tenía un objetivo especial al quebrantara uno que dirigía la obra, que tenía una experiencia completa en el surgimiento y progreso de la verdad presente. Se propuso ponerlo fuera de acción, para que él mismo pudiera entrare imperceptiblemente afectar las mentes que no tenían experiencia y no estaban totalmente consagradas al trabajo. Fue el designio de Dios darle salud a mi esposo después que otros se habían relacionado con las preocupaciones que él había llevado y habían sentido algo del cansancio que era parte de esas preocupaciones. Pero ellos nunca invertirán su alma completa —todas las energías de la mente y el cuerpo— en la obra, ni arriesgarán lo que él tuvo que arriesgar. Jamás será su deber llevar a cabo lo que él ha hecho, porque no podrían sostenerse en sus puestos aunque no tuvieran que pasar más que la vigésima parte de lo que él ha soportado.

Satanás intenta obtener una posición en esa oficina, y a menos que haya un esfuerzo unido y completa vigilancia, logrará su objetivo. Algunos se colocarán por encima de la sencillez de la obra y sentirán

que son suficientes cuando su fuerza es perfecta flaqueza. Dios será glorificado en esta gran obra. Y a. menos que cultiven profunda y constante humildad y una confianza firme en Dios, confiarán en el yo, pecarán de suficiencia propia, y uno o más beberán la amarga copa de aflicción. A medida que la obra crece, mayor necesidad hay de plena confianza en Dios y dependencia en él, y de completo interés y devoción a la obra. Deberían ponerse a un lado los intereses egoístas. Debería haber mucha oración, mucha meditación, porque esto es muy necesario para el éxito y la prosperidad de la obra. No debería permitirse un espíritu comercial a nadie que esté asociado con la oficina de la Review and Herald. Si se permite, el trabajo será descuidado y manchado. Las cosas ordinarias serán colocadas demasiado al nivel de las sagradas.

Hay gran peligro de que algunos asociados con la obra trabajen sólo por el salario. No manifiestan interés especial por la obra; su corazón no está en ella, y no tienen un sentido especial de su carácter sagrado y exaltado. Hay también mucho peligro de que aquellos que (510) dirigen lleguen a ser elevados y exaltados, y que la obra de Dios sea así manchada, llevando el sello de lo humano en vez de lo divino. Satanás está muy despierto y es perseverante, pero Jesús aún vive, y todos los que hacen de él su justicia, su escudo, serán sostenidos en forma especial.

Se me mostró que los hermanos A, B, y C estaban en peligro de malograr su salud al permanecer una parte considerable de su tiempo en cubículos calientes sin suficiente ventilación. Necesitan más ejercicio físico. Su trabajo es sedentario e inhalan aire caliente e impuro por demasiado tiempo. La falta de ejercicio les causa lenta circulación, y corren el peligro de dañar su salud en forma permanente al ser negligentes en obedecer las leyes del ser. Si violan estas leyes, en el futuro seguramente sufrirán el castigo en alguna forma, de la manera como mi esposo lo ha sufrido. No serán sostenidos más de lo que él fue. Ninguno de ellos es capaz de soportar siquiera una pequeña parte del agotamiento físico y mental que él soportó.

Estos hermanos afrontan la obra cuando ya han pasado las luchas más recias, las pruebas más dolorosas que se necesitaron para colocar la causa en su nivel actual. Sin embargo, una obra gigantesca está delante de nosotros, y demanda devoción de parte de ellos y también del hermano D, quien se encuentra en peligro de exaltación. Dios lo examinará, lo pondrá a prueba y él debe ser ceñido con la verdad y vestir la armadura de justicia, o caerá por la mano del enemigo. Todos estos hermanos necesitan adherirse muy estricta y perseverantemente a una alimentación saludable y sobria porque todos están en peligro de congestión cerebral y la parálisis puede derribara uno o más, o a todos ellos, si continúan viviendo descuidada o desordenadamente.

Vi que el Señor había elegido especialmente al hermano B para que se ocupe en una obra de mayor altura. Tendrá preocupaciones y cargas; no obstante, todas éstas podrán ser tanto más fácilmente atendidas con verdadera adoración y consagración a la obra. Hermano B, usted necesita sacar aguas más profundas de la fuente de salvación, beber con mayor abundancia de la fuente de santificación. Su voluntad aún no ha sido sometida completamente a la voluntad de Dios. Usted sigue adelante porque piensa que no puede hacer de otra manera; pero no ha logrado caminar en la gozosa luz viendo que Jesucristo va adelante mostrándole el camino. En la posición de responsabilidad que ocupa, ha hecho daño a su propia alma y ha influido sobre otros. Si camina en sentido opuesto al de Dios, él caminará en contra suya. (511) Dios desea usarlo, pero usted debe dar muerte al yo y sacrificar su orgullo. El Señor planea usarlo en su causa si usted sigue su clara providencia y de corazón se santifica y se limpia a sí mismo de toda impureza de la carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.

El segundo testimonio escrito en mayo de 1867, es el siguiente y está dirigido a la juventud que trabaja en las oficinas de la Review and Herald:

Queridos jóvenes empleados en la oficina de publicaciones en Battle Creek: Siento una carga respecto a vosotros. Repetidamente he mostrado que todos los que están asociados con la divina obra de publicar la verdad presente que habrá de esparcirse por todos los rincones del campo, debieran ser cristianos, no solamente de nombre, sino en obras y verdad. Sus objetivos no deben ser solamente

trabajar por salarios; en cambio, todos los que están comprometidos en esta grande y solemne obra debieran sentir que su interés está en el trabajo, y que éste es parte de ellos. Sus motivos e influencia al asociarse a sí mismos con esta obra grande y solemne deben pasar la prueba del juicio. A nadie que manifieste egoísmo y orgullo se le debe permitir asociarse con la oficina de publicaciones.

Se me mostró que los obreros de la casa publicadora no deben participar de liviandades e insensateces, bromas y risotadas. Los que se ocupan en la solemne obra de preparar verdades que han de ir a todo el campo debieran comprender que su comportamiento tiene influencia. Si son descuidados, chanceros, burlones, bromeando y riéndose mientras leen y preparan verdades solemnes que han de publicarse, muestran que sus corazones no están en el trabajo ni están santificados por la verdad. No disciernen las cosas sagradas. En cambio, manejan la verdad que habrá de probar el carácter, verdad que es de origen celestial, como un cuento común, como una historia, que sólo se asoma a la mente y luego es fácilmente borrada.

Mientras estaba en Rochester vi que desde el punto de vista de la salud, teníamos toda razón para temer respecto a la oficina; que ninguno asociado con ella veía la necesidad de proveer ventilación adecuada. Sus oficinas estaban demasiado calientes, y la atmósfera estaba envenenada por las impurezas que procedían de las exhalaciones de los pulmones, y por otras causas. Es imposible que sus mentes estén en saludable condición como para ser correctamente impresionados (512) por las verdades puras y santas con las cuales tienen tanto que ver, si no reconocen el valor apropiado del aire puro y vigorizador del cielo.

Se me mostró que si los individuos que se hallan tan estrechamente relacionados con la verdad revelada no dan evidencia especial en sus vidas de que son hechos mejores por esa verdad que es mantenida tan constantemente delante de ellos, si sus vidas no testifican de que aman la verdad y su requerimientos sagrados más y más fervientemente, se irán endureciendo cada vez más y serán afectados cada vez menos por la verdad y la obra de Dios, hasta que se vean a sí mismos destituidos de las emociones del Espíritu de Dios, muertos a la impresión celestial de la verdad. No discernirán las verdades eternas, sino que las pondrán en un nivel bajo, con las cosas comunes. Vi que este había sido el caso de algunos asociados con la oficina, y todos habían sido remisos a este respecto en un grado mayor o menor.

Vi que la obra de la verdad presente debía cautivar el interés de todos. La publicación de la verdades el plan ordenado por Dios como medio de advertencia, consuelo, reproche, exhortación o convicción a toda persona a cuyo alcance se puedan poner estos mensajeros silenciosos. Los ángeles de Dios tienen una parte que hacer en preparar corazones para que sean santificados por las verdades publicadas, a fin de que puedan estar preparados para las escenas solemnes que surgirán delante de ellos. En esa oficina no hay ninguno que sea suficiente por sí mismo para la importante obra de manejar con prudencia los asuntos relacionados con la publicación de la verdad. Cerca de ellos deben estar los ángeles para guiar, aconsejar y refrenar, o la escasa sabiduría y gran insensatez de las agencias humanas se harán presentes.

Vi que los ángeles visitaban la oficina con frecuencia, en el cuarto de encuadernar o en el de tipografía. Se me hizo escuchar las risas, las bromas y las habladurías necias y ociosas. Volví a verla exhibición de la vanidad, el orgullo y el egoísmo. Los ángeles se miraban entristecidos y se retiraban apesadumbrados. Las palabras que yo había escuchado, el orgullo y el egoísmo manifestados me ocasionaron gemidos con angustia de espíritu al ver que los ángeles abandonaban el cuarto de tipografía disgustados. Dijo el ángel: "Los mensajeros celestiales vinieron para bendecir, para que la verdad llevada por los predicadores silenciosos pudiera tener poder santificador para lograr su misión, pero los que hacían esta obra estaban tan distantes de Dios, poseían tan poco de lo divino, y estaban tan conformados al espíritu del mundo, (513) que los poderes de las tinieblas los controlaban y no podían ser hechos susceptibles a las impresiones divinas". Al mismo tiempo, estos jóvenes estaban equivocados y pensaban que eran ricos y abundaban en lo bueno y no tenían necesidad de nada; pero no sabían que eran pobres y miserables, ciegos y desnudos. Aquellos que manejan verdades preciosas

como si fueran arena, no saben cuántas veces su fría indiferencia para con las cosas celestiales, su vanidad, amor propio y orgullo, sus risas y charlatanerías sin sentido, han ahuyentado de la oficina a los mensajeros celestiales.
Todos en esa oficina deberían ser reservados, modestos, humildes y desinteresados, tanto en sus actitudes como en sus palabras y hechos, como fue su Modelo, Jesús, el amado Salvador. Deben buscar a Dios y obtener justicia. La oficina no es el lugar para diversiones, para visitar, para los ociosos, para risas o palabras inútiles. Todos deben sentir que están haciendo una obra para su Maestro. Estas verdades que ellos leen, participando en la tarea de prepararlas y enviarlas a la gente, son invitaciones de misericordia, reproches, amenazas, advertencias o palabras de ánimo. Realizan su obra como un sabor de vida para vida o de muerte para muerte. Si se las rechaza, el juicio debe decidir el asunto. La oración de todos en la oficina debe ser: " ¡Oh Dios, haz que estas verdades tan vitales aclaren la comprensión de las mentes más humildes! ¡Que los ángeles acompañen a estos predicadores silenciosos, y bendigan su influencia para que las almas puedan ser salvadas por este humilde medio!"
El corazón debe ser elevado en ferviente oración mientras se ocupan las manos; así Satanás no hallará la entrada tan libre, y el alma, en vez de ser elevada a la vanidad, será constantemente refrescada, un huerto de riego. Los ángeles se deleitarán en estar cerca de tales obreros, pues su actitud los invita a hacerles constante compañía. El poder divino acompañará las verdades publicadas. Rayos de luz divina procedentes del santuario celestial acompañarán las preciosas verdades enviadas, para que los que leen sean refrigerados y fortalecidos, y muchas almas que se oponen a la verdad sean convertidas y compelidas a decir: Estas cosas son así; no se pueden contradecir.
Todos deben sentir que la oficina es un lugar sagrado, tan sagrado como la casa de Dios. Pero Dios ha sido deshonrado por la frivolidad y liviandad de algunos asociados con la obra. Vi que los visitantes del extranjero a menudo se iban de la oficina desanimados. La habían asociado con algo sagrado; pero cuando observaron a los jóvenes u (514) otros asociados con la oficina, actuar con poca seriedad y ser descuidados en sus palabras y acciones, les hizo dudar de si, después de todo, ésta será en verdad la obra de Dios para preparar a un pueblo para su traslación al cielo. Que Dios bendiga este testimonio para todos a quienes es dirigido.

CONFLICTOS Y VICTORIA.-
Experiencias desde el 26 de Abril al 20 de Octubre de 1867.
Regresamos al norte, y en el camino tuvimos una buena reunión en West Windsor. Después de llegar al hogar tuvimos reuniones en Fairplains y Orleáns, y también dedicamos alguna atención al asunto de la construcción, plantamos una huerta y pusimos uvas, moras, frambuesas, y fresas. Entonces, en compañía de una buena delegación, regresamos a la Asociación General en Battle Creek.
El primer sábado del viaje lo pasamos en Orleáns y ayunamos. Fue un día de gran solemnidad; procuramos humillamos delante de Dios, y con corazones y espíritus contritos y muchas lágrimas, todos oramos fervientemente para que Dios nos bendijera y fortaleciera para hacer su voluntad en la reunión. Teníamos alguna fe y esperanza que en aquella reunión nos veríamos libres de nuestra cautividad.
Cuando vinimos a Battle Creek encontramos que nuestros esfuerzos previos no habían alcanzado lo que habíamos esperado. Rumores y celos existían todavía. Mi alma se llenó de intensa angustia, y lloré a viva voz por unas horas, incapaz de refrenar mi dolor. En conversación con un amigo con el cual me había relacionado por veintidós años, me relató informes que había escuchado, de que mi esposo y yo éramos extravagantes gastando los recursos. Me di a la tarea de examinar en qué había sido extravagante. El mencionó la compra de una silla costosa. Entonces le relaté las circunstancias. Mi esposo se sentía extenuado, y le resultaba extremadamente agotador y aun doloroso sentarse por largo tiempo en una mecedora ordinaria, y por esta razón pasaba la mayor parte del tiempo acostado en la cama o el sofá. Yo sabía que de ese modo no podría recobrar sus fuerzas y le rogaba que se pasara más

tiempo sentado, pero la silla era una objeción.
En mi viaje hacia el este para estar junto al lecho de mi padre agonizante, dejé a mi esposo en Brookfield, Nueva York, y mientras me encontraba en Utica busqué una silla tipo sofá con resortes. Los fabricantes no tenían ninguna en el almacén hecha al precio que estaba (515) dispuesta a pagar, que eran alrededor de quince dólares, pero me ofrecieron una silla excelente por diecisiete dólares, que tenía rodillos en vez de columpio, y estaba valorada en treinta dólares. Yo sabía que esta era la silla ideal. Pero el hermano que estaba conmigo me urgió a esperar y ordenar una silla que costaría solamente tres dólares menos. La silla que se ofrecía por diecisiete dólares tenía el valor real; pero seguí el juicio de otro, esperé mientras armaban la silla más barata, pagué por ella y la hice entregar a mi esposo. Tuve que hacerle frente en Wisconsin e Iowa al informe respecto a nuestra extravagancia en la compra de esta silla. Pero ¿quién puede condenarme? Si tuviera que hacerlo mismo nuevamente, lo haría de la misma manera, excepto en lo siguiente: confiaría en mi propio juicio y compraría una silla que costara unos pocos dólares más y que fuera doblemente útil que la que compré. Satanás algunas veces influye tanto sobre las mentes como para destruir todo sentimiento de misericordia o compasión. El hierro parece penetrar el corazón, y desaparece tanto lo humano como lo divino.
También me llegaron informes de que una hermana había dicho en Memphis y Lapeer que la iglesia de Battle Creek no tenía la más mínima confianza en el testimonio de la señora White. Se formuló la pregunta si eso se refería al testimonio escrito. La respuesta fue, No, no a las visiones que se han publicado, pero a los testimonios expresados en reunión con la iglesia, porque su vida contradice los mismos. Nuevamente solicité una entrevista con unos pocos hermanos y hermanas seleccionados y de experiencia, incluyendo las personas que habían hecho circular esos informes. En la reunión les pedí que me mostraran dónde era que mi vida no coincidía con mis enseñanzas. Si mi vida había sido tan inconsecuente que justificaba la aseveración de que la iglesia de Battle Creek no tenía la más mínima confianza en mi testimonio, no podía ser un asunto difícil presentar las pruebas de mi actuación carente de cristianismo. No pudieron producir nada para justificar las aseveraciones hechas, y confesaron que estaban todos equivocados respecto a los informes circulados y que sus sospechas y celos eran infundados. En forma espontánea perdoné a los que nos habían injuriado y les dije que todo lo que les pedía era que contrarrestaran la influencia que habían ejercido contra nosotros, y quedaría satisfecha. Prometieron hacerlo, pero no lo han cumplido.
Muchos otros rumores contra nosotros, todos totalmente falsos o grandemente exagerados, fueron esparcidos libremente, comentados (516) en los hogares de diferentes familias durante el tiempo de las reuniones, y la mayoría nos miraba, especialmente a mi esposo, con sospecha. Algunas personas de influencia se manifestaban dispuestas a aplastarnos. Estábamos en necesidad; mi esposo había tratado de vender algún equipo y se pensó que estaba equivocado al hacer esto. Había expresado su consentimiento a que sus hermanos le ayudaran a reponer la pérdida de nuestra vaca, y esto se había visto como un grave pecado. Suponiendo que nuestra propiedad de Battle Creek estaba prácticamente vendida, compramos en Greenville y empezamos a construir. Pero la venta en Battle Creek se demoró, y en nuestra estrecha posición, mi esposo escribió a varios hermanos para conseguir dinero prestado. Lo condenaron por esto y lo acusaron del pecado de codiciar el dinero. Y al hermano ministro más activo en esa tarea se le escuchó decir: "No queremos que el Hno. E compre la propiedad del Hno. White porque queremos su dinero para el Instituto de Salud". ¿Qué podíamos hacer? No podíamos acudir a ningún lado, pero fuimos culpados.
Solamente 65 horas antes que mi esposo cayera enfermo, se mantuvo hasta la medianoche en una casa de culto haciendo llamados para obtener trescientos dólares con el fin de terminar de pagar la capilla; y para respaldar su llamada encabezó la suscripción con diez dólares de su parte y otros diez de mi parte. Antes de la medianoche, la suma había sido casi alcanzada. El anciano de la iglesia era un viejo amigo, y en nuestra extrema necesidad y sin amigos, mi esposo le escribió diciéndole que estábamos en necesidad y que si la iglesia quería devolver ahora los veinte dólares, nosotros los recibiríamos. Para el

tiempo de las reuniones de la Asociación General, este hermano nos llamó e hizo del asunto una falta muy grave. Pero antes de venir a nuestra casa, se había dejado contagiar por la infección general. Sentimos estas cosas muy profundamente y si no hubiéramos sido sostenidos en forma especial por el Señor, no habríamos podido dar nuestro testimonio en la Asociación General con grado alguno de libertad.

Antes de regresar de la Asociación General, los Hnos. Andrews, Pierce y Bourdeau, tuvieron una sesión especial de oración en nuestro hogar, en la cual todos fuimos grandemente bendecidos, especialmente mi esposo. Esto lo animó para regresar a nuestra nueva residencia. Entonces comenzó su agudo sufrimiento por problemas de la dentadura y también nuestras labores informadas en la Review. En su condición desdentada solamente dejó de predicar una semana, pero trabajó en (517) Orange y Wright, en la iglesia de la casa, en Greenbush y Bushnell, predicando y bautizando como antes.

Después de regresar de la Asociación General, una gran incertidumbre me sobrecogió en relación con la prosperidad de la causa de Dios. Vinieron dudas a mi mente que no habían existido seis meses antes. Vi al pueblo de Dios participando del espíritu del mundo, imitando sus modas y poniéndose por encima de la sencillez de nuestra fe. Parecía que la iglesia de Battle Creek se apartaba de Dios y era imposible levantar su sensibilidad. En Battle Creek los testimonios que Dios me había dado tuvieron una mínima influencia, y allí se les prestó menos atención que en cualquier otra parte del campo. Yo temblaba por la causa de Dios. Sabía que el Señor no había olvidado a su pueblo, pero que sus pecados e iniquidades los habían separado de él. Battle Creek es el gran corazón de la obra. Cada pulsación la sienten los miembros del cuerpo en todo el campo. Si este gran corazón tiene salud, una circulación vital se sentirá a través de todo el cuerpo de los observadores del sábado. Si el corazón está enfermo, la condición debilitada de cada aspecto de la obra lo confirmará.

Mi interés está en esta obra; mi vida está enlazada con ella. Cuando Sión prospera, soy feliz; si languidece, estoy triste, débil, desanimada. Vi que el pueblo de Dios estaba en condición alarmante, y que Dios les estaba retirando su favor. Yo ponderaba este cuadro triste día y noche e imploraba en amarga angustia: "Oh, Señor, no entregues al desdén tu herencia. Que los paganos no digan: ¿Dónde está su Dios?" Sentí que se me había desligado de todos los que dirigen la obra y estaba virtualmente sosteniéndome sola. No me atrevo a confiar en nadie. He despertado a mi esposo en la noche diciéndole: "¡Tengo miedo de convertirme en una infiel!" Entonces clamaba al Señor para que me salvara por su propio brazo poderoso. No podía ver que mis testimonios fuesen apreciados y tenía el pensamiento de que tal vez mi obra en la causa había llegado a su fin. Teníamos citas en Bushnell, pero le dije a mi esposo que no podía ir. Poco después fue al correo y regresó con una carta del Hno. Matteson que contenía el siguiente sueño:

"Querido Hno. WHITE: Que la bendición de Dios sea con usted y que estas líneas le encuentren prosperando aún y mejorando su salud y fortaleza espiritual. Me siento muy agradecido al Señor por sus bondades hacia usted y confío que todavía pueda disfrutar perfecta salud y libertad en la proclamación del último mensaje. (518)

"He tenido un sueño muy significativo acerca de usted y la Sra. White, y siento que es mi deber relatárselo, tanto como puedo recordar. Soñé que se lo conté a la Hna. White, al igual que su interpretación, la cual me fue revelada también en el sueño. Cuando desperté, algo me urgió a levantarme y escribir todos los detalles, a fin de no olvidarlos; pero descuidé hacerlo, en parte porque estaba cansado, y en parte porque pensé que no era nada más que un sueño. Pero viendo que nunca había soñado con ustedes antes, y que este sueño era tan inteligente, y tan íntimamente asociado con ustedes, he llegado a la conclusión que debo contárselo. Todo lo que puedo recordar es lo siguiente: "Me encontraba en una casa grande donde había un púlpito como los que usamos en nuestros lugares de reunión. En dicho púlpito había muchas lámparas encendidas. Estas lámparas necesitaban ser suplidas de aceite constantemente, y un número considerable de nosotros nos ocupábamos en llevar aceite y llenarlas. El Hno. White y su compañera estaban bastante ocupados y noté que la Hna. White

ponía más aceite que ningún otro. Entonces el Hno. White fue a una puerta que daba a un almacén, donde había muchos barriles de aceite. El abrió la puerta, entró y la Hna. White lo siguió. Justamente entonces un grupo de personas llegó con una gran cantidad de una sustancia negra que parecía hollín y la amontonó toda sobre los Hnos. White, cubriéndolos completamente. Me sentí muy agobiado y procuré con ansia ver cuál sería el fin de estas cosas. Podía ver que el Hno. y la Hna. White luchaban denodadamente para librarse del hollín; y después de una prolongada lucha salieron más brillantes que nunca, y los malvados hombres y el hollín desaparecieron. Entonces los Hnos. White se ocuparon nuevamente, con más empeño que antes, en suplir de aceite las lámparas, pero la Hna. White llevaba todavía la delantera.

"Soñé que la interpretación era la siguiente: Las lámparas representaban al pueblo remanente. El aceite era la verdad y el amor celestiales, de los cuales el pueblo de Dios necesita una constante provisión. Las personas que suplían el aceite a las lámparas eran los siervos de Dios que trabajaban en la cosecha. ¿Quiénes eran los que formaban el grupo de malvados? No podría decir en particular, pero eran hombres inspirados por el diablo, quien dirigía sus satánicas influencias, especialmente contra los Hnos. White. Estos se vieron en gran dificultad por un tiempo, pero finalmente fueron librados por la gracia de Dios y sus propios y dedicados esfuerzos. Finalmente el poder de Dios reposó sobre ellos, y desempeñaron una parte prominente en la proclamación (519) del último mensaje de misericordia. Pero la Hna. White tenía una provisión más abundante de sabiduría divina y de amor que el resto no poseía. Este sueño ha fortalecido mi confianza de que el Señor los dirigirá a ustedes para terminarla obra de restauración que han comenzado, y que gozarán una vez más del Espíritu de Dios como en el pasado, y aun en mayor abundancia. No olviden que la humildad es la puerta que conduce a la rica fuente de la gracia de Dios. Que Dios le bendiga a usted y a su esposa e hijos y nos conceda vernos en el reino celestial. Suyo en los lazos del amor cristiano,

"John Matteson".

"Oakland, Wisconsin, Julio 15, 1867".

Este sueño me levantó un tanto el ánimo. Tenía confianza en el Hno. Matteson. Antes de conocerlo en persona, su caso me fue revelado en visión, en contraste con aquel de F de Wisconsin. Este último era totalmente indigno de llevar el nombre de cristiano, y mucho más de ser un mensajero; pero se me mostró al Hno. Matteson como uno que poseía humildad y que, si sostenía su consagración, sería calificado para dirigir las almas al Cordero de Dios. El Hno. Matteson no tenía conocimiento de mis aflicciones mentales. Nunca nos habíamos escrito, y el sueño que venía de él, en el tiempo apropiado, me pareció como la mano de Dios que se extendía para ayudarme.

Teníamos la preocupación de construir con dinero prestado, lo que nos causaba perplejidad. Cumplimos con nuestras citas y trabajamos afanosamente durante todo el verano. Debido a la necesidad de fondos, nos unimos para trabajar en el campo, cavando la tierra con azadón, cortando y almacenando heno. Tomé la horca y amontoné la parva, mientras mi esposo con sus débiles brazos me tiraba el heno. Tomé la brocha y pinté gran parte del interior de nuestra casa. Ambos nos agotamos demasiado en esto. Finalmente me debilité al punto de no poder hacer más. Me desmayé en varias ocasiones en la mañana, y mi esposo tuvo que asistir a la reunión campestre de Greenbush sin mí. Nuestro viejo y áspero carruaje nos había estado casi matando a nosotros y a los caballos. Los largos viajes en él, y el trabajo de las reuniones, así como las preocupaciones y faenas del hogar, eran demasiado para nosotros y temí haber llegado al fin de mis esfuerzos. Mi esposo trató de animarme y me urgió a empezar de nuevo, cumpliendo los compromisos en Orange, Greenbush e Ithaca. Finalmente resolví empezar, y, si no me sentía peor, continuar el viaje. En mi (520) coche viajé 17 kilómetros arrodillada sobre una almohada y recostada mi cabeza sobre otra puesta sobre las piernas de mi esposo. El manejaba y me sostenía. La siguiente mañana me sentí un poco mejor y decidí continuar. Dios nos ayudó a hablar con poder a la gente en Orange, y se hizo una gloriosa obra por los que se habían descarriado y por los pecadores. En Greenbush se me concedió libertad y fuerza. En Ithaca el

Señor nos ayudó para hablar a una gran congregación a la cual no habíamos hablado antes.
En nuestra ausencia, los hermanos King, Fargo, y Maynard decidieron que por misericordia a nosotros y a los caballos, deberíamos tener un carruaje liviano y cómodo; así que de regreso, llevaron a mi esposo a loma y compraron el que ahora tenemos. Era justo lo que necesitábamos y me hubiera ahorrado mucho agotamiento al viajar en el calor del verano.
En esta ocasión recibimos fervorosas solicitudes para asistir a convocaciones en el Oeste. Al leer estas conmovedoras peticiones, derramamos nuestras lágrimas sobre ellas. Mi esposo me decía: "Elena, no podemos asistir a estas reuniones. A lo sumo yo podría cuidar de mí mismo en un viaje de tal magnitud, y si te desmayaras, ¿qué podría hacer yo? Pero, Elena, debemos ir"; y al hablar de esa manera, sus emociones acompañadas de lágrimas le ahogaban la voz. En respuesta, mientras consideraba nuestra débil condición, y el estado de la causa en el Oeste, y sintiendo que nuestros hermanos necesitaban nuestro ministerio, yo decía: "Jaime, no podemos asistir a estas reuniones en el Oeste, pero debemos hacerlo". Entonces, varios de nuestros fieles hermanos, viendo nuestra condición ofrecieron acompañarnos. Esto era todo lo que se necesitaba para tomar la decisión. En nuestro nuevo coche salimos de Greenville el 29 de Agosto para asistir a la convocación general en Wright. Nos seguían otros cuatro carruajes. El viaje fue cómodo y muy placentero en compañía de esos bondadosos hermanos. La reunión fue victoriosa.
El 7 y 8 de Septiembre disfrutamos una preciosa temporada en Monterrey con los hermanos del condado de Allegan. Allí nos encontramos con el Hno. Loughborough, quien había empezado a captar las injusticias existentes en Battle Creek y se lamentaba por la participación que había tenido en ellas, que habían hecho daño a la causa y traído crueles preocupaciones sobre nosotros. Por pedido nuestro nos acompañó a Battle Creek. Pero antes de salir de Monterrey, nos relató este sueño: (521)
"Cuando el Hno. y la Hna. White vinieron a Monterrey el 7 de Septiembre, me pidieron que los acompañara a Battle Creek. Vacilé respecto a ir con ellos, pensando que era un deber seguir atendiendo los intereses de Monterrey y pensando, como se lo expresé a ellos, que en Battle Creek la oposición era escasa. Después de orar por varios días sobre el asunto, una noche me dispuse a descansar pidiéndole ansiosamente al Señor luz sobre el asunto.
"Soñé que me encontraba con muchos miembros de la iglesia de Battle Creek viajando en un tren. Los vagones eran tan bajos, que casi no podía mantenerme de pie en ellos. Todos estaban mal ventilados y hedían como si no hubieran sido ventilados por meses. La ruta sobre la cual íbamos era áspera y a veces los vagones se sacudían con violencia, algunas veces haciendo que nuestro equipaje se cayera, y otras haciendo caer a algunos de los pasajeros. Teníamos que estar parando para recoger nuestros pasajeros y equipaje o para reparar los rieles. Algunas veces parecía que sólo trabajábamos y avanzábamos muy poco o nada. En verdad éramos un grupo de viajeros dignos de lástima.
"De pronto llegamos a una mesa giratoria, suficientemente grande como para contener todo el convoy. Los Hnos. White estaban allí y cuando salí del tren, dijeron: 'Este tren va en dirección completamente equivocada. Hay que volverlo en sentido contrario'. Tanto el Hno. White como la Hna. White se apoderaron de los manubrios que movían la maquinaria para hacer girar la mesa y tiraron con todas sus fuerzas. Ningún hombre trabajó tan fuerte impulsando un carro manual como lo hicieron ellos en los manubrios de la tornamesa. Me detuve y observé hasta que vi que el tren empezaba a dar la vuelta, entonces hablé en alta voz y dije: 'Está moviéndose', y me uní para ayudarles. Le presté poca atención al tren; estábamos determinados a llevar a cabo nuestro trabajo de hacer girar la mesa.
"Cuando habíamos cumplido nuestra tarea, miramos hacia arriba, y todo el tren estaba transformado. En vez de los vagones de pasajeros bajos, mal ventilados en los cuales habíamos estado yendo, había vagones amplios, altos, bien ventilados, con ventanas grandes y claras, completamente adornados e iluminados en una muy espléndida forma, más elegante que ningún hotel o carro Pullman que haya visto. La línea férrea estaba nivelada, suave y firme. El tren estaba lleno de pasajeros cuyos rostros se veían alegres y felices, aunque mostraban una expresión de confianza y solemnidad. Todos parecían

expresar la (522) mayor satisfacción por el cambio que había ocurrido y la mayor confianza en la exitosa travesía del tren. Los Hnos. White iban a bordo esta vez, y su semblante rebosaba de gozo santo. Al empezar el tren a moverse, yo estaba tan rebosante de gozo que desperté, con la impresión en mi mente que el tren tenía que ver con la iglesia de Battle Creek y con asuntos relacionados con la causa en ese lugar. Mi mente estaba perfectamente clara respecto a mi deber de ira Battle Creek y dar una mano de ayuda a la obra allá. Me siento contento porque he estado aquí para ver cómo la bendición del Señor acompaña las arduas labores del Hno. y la Hna. White al poner los asuntos en orden". J. N. Loughborough".

Antes de partir de Monterrey, el Hno. Loughborough me entregó el siguiente relato de otro sueño que tuvo en tomo a la fecha del fallecimiento de su esposa. Esto me fue motivo de ánimo también.

... El profeta que tuviere un sueño, cuente el sueño"'. Jeremías 23:28.

... Una mañana, después de meditar sobre las aflicciones de los Hnos. White, su conexión con el mensaje del tercer ángel, y mi propio error de no mantenerme al lado de ellos en sus aflicciones; y después de tratar de confesar mis faltas al Señor e implorar sus bendiciones sobre los Hnos. White, me retiré para descansar.

"Pensé en mi sueño que estaba en mi ciudad natal, al pie de una ladera. Hablé con bastante fervor y dije: '¡Oh, que pueda encontrar esa fuente de toda sanidad!' Vi que llegaba un joven bien vestido, el cual me dijo en tono muy agradable: 'Te conduciré a la fuente'. Dirigió el camino, y traté de seguirlo. Atravesamos la ladera de la montaña, pasando con mucha dificultad tres húmedos lugares, por los cuales corrían pequeñas corrientes de agua lodosa. No había forma de cruzar estas corrientes sino solamente vadeando. Habiendo logrado esto llegamos a terreno hermoso y tierra firme, a un lugar donde la ribera formaba un ángulo y una gran fuente de agua muy pura y cristalina brotaba a borbollones hacia la superficie. Se colocó allí una espaciosa tina, muy parecida a la bañera de inmersión del Instituto de Salud de Battle Creek. Un tubo corría desde la fuente hasta un extremo del tanque, y el agua se derramaba por el otro. El sol brillaba resplandeciente, y el agua brillaba reflejando sus rayos.

"Al acercarnos a la fuente, el joven no dijo nada, pero me miró y sonrió con una expresión de satisfacción, y ondeaba una mano hacia la fuente como para expresar: '¿No piensas que esta es una fuente que (523) todo lo sana? Una compañía considerable de personas, encabezada por el Hno. y la Hna. White, se acercó a la fuente desde el lado opuesto a nosotros. Todos lucían alegres y felices, pero una santa solemnidad se advertía en sus rostros.

"El Hno. White parecía mucho mejor de salud, y estaba feliz y satisfecho, pero parecía cansado como si hubiera estado caminando alguna distancia. La Hna. White tenía una taza grande en su mano, la cual introdujo en la fuente, tomando del agua, y luego pasándosela a otros. Me pareció que el Hno. White se dirigía al grupo y les decía: `Ahora tendrán una oportunidad de ver el efecto de esta agua'. Entonces él tomó, e instantáneamente fue vivificado, así como sucedió como los otros que tomaron de ella, causando en sus rostros un aspecto de vigor y fortaleza. Me pareció ver que mientras el Hno. White estaba hablando y bebiendo de vez en cuando un sorbo de agua, ponía sus manos al borde del tanque y se zambullía por tres veces. Cada vez que salía estaba más fortalecido que antes, pero se mantenía hablando todo el tiempo y exhortando a otros a que se bañaran en "la fuente" como él luego la llamó, y bebieran de la corriente de su sanidad. Su voz, al igual que la de la Hna. White, parecía melodiosa. Sentí un espíritu de regocijo por haber encontrado la fuente. La Hna. White venía hacia mí con una taza de agua para que bebiera, pero me invadió tal gozo que me desperté antes de poderla tomar.

"Que el Señor me permita beber en abundancia de esa agua, porque creo que no es otra que la que Cristo mencionó, la cual 'brotará para vida eterna"'.

J. N. Loughborough. Monterrey, Michigan, Septiembre 8, 1867".

El 14 y 15 de Septiembre celebramos provechosas reuniones en Battle Creek. Aquí mi esposo con libertad asestó un fuerte golpe a algunos pecados de quienes ocupan lugares prominentes en la causa, y

por primera vez en veinte meses asistió a las reuniones nocturnas y predicó en ellas. Se comenzó un magnífico trabajo, y la iglesia, como se publicó en la Review, nos dio la promesa de mantenerse a nuestro lado, si a nuestro regreso del oeste podíamos continuar nuestra labor con ellos.

En compañía del Hno. y la Hna. Maynard, y los Hnos. Smith y Olmstead, asistimos a las grandes reuniones del oeste, las victorias principales de las cuales han sido ampliamente publicadas en la Review. (524) Mientras asistíamos a las reuniones de Wisconsin, yo estaba un poco débil. Había trabajado más allá de mi capacidad en Battle Creek y estuve a punto de desmayarme en los coches durante el viaje. Por cuatro semanas tuve mucho sufrimiento con mis pulmones, y tuve dificultad para hablar a la gente. El sábado en la tarde se me aplicaron fomentos sobre mi garganta y pulmones; pero se olvidaron de abrigarme la cabeza y la dificultad de los pulmones pasó al cerebro. Mientras me levantaba en la mañana, sentí una sensación singular en el cerebro. Las voces parecían vibrar, y me parecía que todo se movía delante de mí. Mientras caminaba, me tambaleé y poco me faltó para caerme. Tomé mi desayuno, con la esperanza de sentir alivio al hacerlo; pero solamente aumentó la dificultad. Me puse muy enferma y no pude sentarme.

Mi esposo vino a la casa después de la reunión de la mañana, diciendo que se había comprometido para que yo hablara en la tarde. Parecía imposible que pudiese estar de pie frente a la gente. Cuando mi esposo preguntó sobre qué tema hablaría, no pude ni siquiera pensar en una frase. Pero pensé: Si Dios desea que hable, me dará la fortaleza para hacerlo; me lanzaré por fe; por mi cuenta fracaso. Me presenté en la carpa tambaleante y extrañamente confundida, pero dije a los hermanos predicadores que estaban al frente que si ellos me apoyaban con sus oraciones, yo podría hablar. Me presenté frente a la gente por fe, y en unos cinco minutos mi cabeza y mis pulmones se aliviaron, y logré hablar sin dificultad por más de una hora a 1.500 ansiosos espectadores. Después de haber terminado de hablar, experimenté una sensación de bondad y misericordia divina, y no pude evitar pararme de nuevo para relatar mi enfermedad y la bendición de Dios que me sostuvo mientras hablaba. Desde entonces mis pulmones han sido grandemente aliviados, y mi salud ha ido mejorando.

En el oeste nos encontramos con rumores que fueron como bofetadas para mi esposo. Estos eran de actualidad para el tiempo de la Asociación General, y eran distribuidos por todas partes del campo. Mencionaré uno como ejemplo: Se dijo que mi esposo estaba tan arrebatado por el dinero que se había envuelto en la venta de botellas usadas. Los hechos son estos: Cuando estábamos a punto de mudarnos, le pregunté a mi esposo qué podríamos hacer con una cantidad de botellas viejas que teníamos. El me dijo: "Tíralas".

En ese momento Willie, nuestro hijo, vino y se ofreció para limpiarlas y venderlas. Le di permiso, y agregué que el dinero que (525) obtuviera sería para él. Cuando mi esposo fue al correo, se llevó en el carruaje a Willie con sus botellas. Era lo menos que podía hacer por su fiel muchachito. Willie vendió las botellas y se guardó el dinero. En el viaje al correo, mi esposo llevó a un hermano conectado con la oficina de la Review, el cual fue conversando amigablemente con él durante el viaje a la ciudad y de vuelta a casa. Al ver a Willie acercarse al carruaje y preguntarle a su padre algo acerca del valor de las botellas, y luego ver al farmacéutico conversando con mi esposo acerca de lo que tanto le interesaba a Willie, este hermano, sin decirle ni una palabra de eso a mi esposo, inmediatamente informó que el Hno. White había ido al centro de la ciudad para vender botellas viejas, y que por consiguiente tenía que estar loco. Lo primero que escuchamos acerca de las botellas fue en Iowa, cinco meses más tarde.

Estas cosas se han mantenido ocultas de nosotros, de modo que no pudimos corregirlas, y han sido transportadas como en alas del viento, por nuestros amigos profesos. Nos hemos quedado atónitos al descubrir, gracias a la investigación y a las recientes confesiones de casi la totalidad de miembros de esta iglesia, que casi todos le habían dado crédito a uno o varios de estos informes falsos, y que esos profesos cristianos habían albergado sentimientos de censura, amargura y crueldad contra nosotros, especialmente contra mi débil esposo que lucha por su vida y su libertad. Algunos han exhibido un espíritu malévolo y aplastante, y lo han descrito como una persona rica, pero que a pesar de ello codicia

el dinero.
Al volver a Battle Creek, mi esposo convocó un concilio de los hermanos para que se reuniera con la iglesia con el fin de investigar estos asuntos ante ellos, y contrarrestar los falsos informes. Vinieron hermanos de diferentes partes del estado, y mi esposo les pidió a todos valientemente que expusieran lo que tuvieran contra él, de modo que pudiera defenderse francamente, y de ese modo poner fin a esas calumnias que circulaban en privado. Las equivocaciones que había confesado antes en la Review, volvió a confesarlas ahora plenamente en una reunión pública y en entrevistas individuales, y también explicó muchos asuntos sobre los cuales se habían basado necias y falsas acusaciones. Así convenció a todos de la falsedad de esos cargos.
Y al hacer cuentas para determinar el valor real de nuestras posesiones, descubrimos —para asombro de mi esposo y de todos los presentes— que no pasaba de 1.500 dólares, además de sus caballos y el carruaje, y restos de ediciones de libros y diagramas, la venta de los (526) cuales durante el año anterior, y según lo declaró el secretario, no había alcanzado a cubrir el interés sobre el dinero que mi esposo debe a la Asociación Publicadora. No se puede decir que esos libros y diagramas valgan gran cosa ahora, especialmente para nosotros en nuestra condición actual.
Cuando estaba sano, mi esposo no tenía tiempo para llevar cuentas, y durante su enfermedad sus asuntos quedaron en manos ajenas. Se levantó la pregunta: ¿Qué pasó con su patrimonio? ¿Había sido defraudado? ¿Se habían cometido errores en sus cuentas? ¿O él mismo, dada la condición confusa en que se hallaban sus asuntos, había dado para esta buena causa o aquélla, sin saber su verdadera capacidad para contribuir, y sin saber cuánto estaba dando?
Un buen resultado de la investigación es que la confianza en los que se han encargado de las cuentas relacionadas con nuestros asuntos se mantiene incólume, y no tenemos ninguna razón válida para concluir que lo limitado de nuestros medios se pueda atribuir a errores en las cuentas. Por lo tanto, al repasar el panorama de los negocios de mi esposo durante diez años, y teniendo en cuenta la manera liberal como repartía fondos para ayudar a la causa en todas sus ramificaciones, la conclusión mejor y más caritativa es que nuestra propiedad ha sido usada en la causa de la verdad presente. Mi esposo no ha mantenido cuentas, y lo que ha dado se puede rastrear sólo en la memoria y por los recibos que le ha dado la Review. El hecho de que el valor de nuestras posesiones sea tan escaso, y que esta información haya salido a luz en este tiempo cuando se ha dicho que mi esposo era rico y que todavía quería tener más, ha sido motivo de regocijo para nosotros, por cuanto provee la mejor refutación de las falsas acusaciones que amenazaban minar nuestra influencia y nuestro carácter cristiano.
Nuestras posesiones pueden desaparecer, y todavía nos gozaremos en Dios si son usadas para el avance de su causa. Hemos gastado alegremente nuestros mejores días, lo mejor de nuestra fuerza, y casi nos hemos consumido en la misma causa, sintiendo las dolencias del envejecimiento prematuro, y nos regocijaremos aún. Pero cuando nuestros hermanos profesos atacan nuestro carácter e influencia describiéndonos como personas acomodadas, mundanas y codiciosas de bienes aún mayores, eso sí que nos afecta profundamente. Permítasenos gozar el carácter y la influencia que hemos ganado a tan elevado costo durante los últimos veinte años, a través de pobreza y manteniéndonos débilmente asidos de la salud y esta vida mortal, y (527) nos sentiremos felices y daremos alegremente a la causa lo poco que queda de nosotros.
La investigación fue concienzuda y como resultado fuimos librados de los cargos que se nos habían hecho, y se restauraron los sentimientos de perfecta unidad. Se han hecho confesiones sinceras y conmovedoras tocante a la cruel conducta que se siguió para con nosotros, y las señaladas bendiciones de Dios nos han alcanzado a todos. Hay apóstatas que han sido rescatados, pecadores convertidos, y 44 han sido sepultados en las aguas del bautismo, 16 por mi esposo y 28 a manos de los Hnos. Andrews y Loughborough. Estarnos animados, pero muy desgastados. Mi esposo y yo hemos llevado la carga de la obra, que ha sido muy laboriosa y estimulante. Sólo Dios sabe cómo hemos soportado, en nuestra condición debilitada, toda la investigación, y teniendo los sentimientos de todos dirigidos contra

nosotros, haber afrontado la predicación, las exhortaciones y las reuniones de noche, mientras que al mismo tiempo preparábamos esta obra, trabajando mi esposo conmigo, copiando y preparándola para los impresores, y leyendo pruebas. Pero hemos pasado la prueba, y esperamos en Dios que él nos sustentará en nuestras labores futuras.

Estamos ahora convencidos de que mucho del contenido de los sueños anteriores fue dado para ilustrar las pruebas que íbamos a tener que soportara raíz de los males que existían en Battle Creek, de nuestros esfuerzos por ser eximidos de las crueles acusaciones, y también de nuestras labores, con la bendición de Dios, tendientes a corregir el estado de cosas existente. Si esta forma de ver los sueños es correcta, ¿no tenemos derecho a esperar, basados en las porciones que todavía no se han cumplido, que nuestro futuro sea más favorable que el pasado?

Al concluir esta narración, quisiera decir que estamos viviendo en un tiempo por demás solemne. En la última visión que se me dio, se me mostró el hecho alarmante de que tan sólo una pequeña porción de los que ahora profesan la verdad se dejarán santificar por ella y serán salvos. Muchos se apartarán de la sencillez de la obra. Se conformarán al mundo, se aferrarán a los ídolos y se transformarán en muertos espirituales. Los humildes y abnegados seguidores de Jesús seguirán avanzando a la perfección, dejando atrás a los indiferentes y los amadores del mundo.

Se dirigió mi atención al pasado, al antiguo Israel. Sólo dos de los adultos que componían el vasto ejército que salió de Egipto entraron (528) en la tierra de Canaán. Los cuerpos muertos de los demás quedaron regados por el desierto, debido a sus transgresiones. El Israel moderno se encuentra en mayor peligro de olvidar a Dios y de ser arrastrado a la idolatría, que su pueblo antiguo. Hay muchos ídolos que se adoran, aun entre los profesos guardadores del sábado. Dios le encargó a su pueblo en forma especial que se guardara de la idolatría, porque si eran desviados de su servicio al Dios viviente, su maldición recaería sobre ellos, mientras que si lo amaban con todo su corazón, con toda su alma y con toda su fortaleza, los bendeciría abundantemente en sus cestos y graneros, y quitaría la enfermedad de en medio de ellos.

Ante el pueblo de Dios se alza ahora una bendición o una maldición: una bendición si salen del mundo y se mantienen separados, caminando en la senda de la humilde obediencia; y una maldición si se unen con los idólatras que pisotean los exaltados derechos del cielo. Los pecados e iniquidades del rebelde Israel están registrados, y el cuadro se presenta a nosotros como una advertencia de que, si imitamos su ejemplo de transgresión y nos separamos de Dios, caeremos tan ciertamente como ellos. "Estas cosas les sucedieron por ejemplo, y fueron escritas para advertir a los que han llegado al fin de los siglos" (1 Cor. 10:11 NRV).

RESPUESTA DE LA IGLESIA DE BATTLE CREEK.-

Consideramos que es privilegio y deber nuestro responder a las declaraciones anteriores de la Hna. White. Hemos sido favorecidos por haber conocido por muchos años las labores de estos siervos del Señor [los Hnos. White]. Sabemos algo de los sacrificios que han hecho en lo pasado, y somos testigos de las bendiciones de Dios que han acompañado su testimonio claro, fiel y escudriñador. Desde hace mucho estamos convencidos que las enseñanzas del Espíritu Santo que contienen estas visiones son indispensables para el bienestar del pueblo que se prepara a ser trasladado al reino de Dios. No hay otra forma de reprender pecados secretos y exponer y frustrar los intentos y maléficos designios de hombres rastreros que se introducen "sin ser vistos" en el rebaño. Nuestra larga experiencia nos ha enseñado que un don así es de valor inestimable para el pueblo de Dios. Creemos también que (529) Dios ha llamado al Hno. White a presentar un testimonio claro reprobando los males que por este medio se pongan en evidencia, y que en esta obra debe tener el apoyo de los que verdaderamente temen a Dios.

Además, hemos aprendido por dolorosa experiencia, que cuando estos testimonios se acallan, o se toman livianamente sus advertencias, la frialdad, la apostasía, la mundanalidad y las tinieblas espirituales se posesionan de la iglesia. No es nuestro propósito glorificar al hombre, pero seríamos

remisos a nuestro sentido del deber si no expresáramos en lenguaje agudo y lleno de firmeza nuestra opinión acerca de la importancia que tienen estos testimonios. La temible apostasía de quienes los han despreciado y tomado livianamente ha provisto numerosas y tristes pruebas de cuán peligroso es despreciar al Espíritu de la gracia.

Hemos sido testigos de la gran aflicción por la cual han pasado los Hnos. White, por la severa y peligrosa enfermedad del Hno. White. Nos resulta evidente la mano de Dios en su restauración. Es probable que ninguna otra persona sobre la cual haya caído un golpe así se haya recuperado. Sin embargo, un severo ataque de parálisis que afectó fuertemente el cerebro, fue quitado por la mano benévola de Dios, y se le han concedido nuevas fuerzas físicas y mentales.

Consideramos que la decisión de la Hna. White de llevar a su esposo enfermo a su gira por el norte le fue dictada por el Espíritu de Dios, y que nosotros, al oponemos a dicha acción, no actuamos en armonía con el consejo de Dios. Nos faltó visión celestial en este asunto, y por eso erramos apartándonos del camino recto. Reconocemos que en ese tiempo nos faltó la profunda simpatía cristiana que demandaba tan grande aflicción, y que nos hemos demorado mucho en ver la mano de Dios en la recuperación del Hno. White. Sus labores y sufrimientos por nuestra causa lo hacían acreedor a nuestra más cálida simpatía y apoyo. Pero hemos sido cegados por Satanás respecto a nuestra propia condición espiritual.

Durante el invierno pasado nos dominó un espíritu de prejuicio con respecto al dinero, el cual nos hizo sentir que el Hno. White pedía recursos económicos sin necesitarlos. Ahora estamos convencidos de que en ese mismo tiempo se encontraba verdaderamente en necesidad, y fue error nuestro el no averiguar más a fondo cuál era la verdadera situación. Reconocemos que este sentimiento era cruel e infundado, si bien fue causado por haber comprendido mal los hechos del caso.

Aceptamos ahora con profunda tristeza el reproche que nos hace (530) llegar este testimonio, y rogamos que allí donde hemos errado apartándonos de lo correcto debido a nuestra falta de discernimiento espiritual, podamos recibir el perdón de Dios y de su pueblo.

Las labores de los esposos White entre nosotros durante los días recién pasados se han visto acompañadas de las señaladas bendiciones de Dios. No sólo se han hecho profundas y sinceras confesiones de apostasía y error, sino que además las han acompañado solemnes votos de arrepentimiento y retorno a Dios. El Espíritu de Dios ha puesto su sello sobre esta obra de modo tal que no podemos dudar. Muchos de los jóvenes han sido llevados a Cristo, y casi cada persona conectada con esta iglesia ha recibido una porción de esta bendición celestial.

Deseamos que nuestros hermanos de otras partes comprendan que nuestros corazones están en simpatía con los Hnos. White, y que creemos que Dios los llamó a cumplir la pesada responsabilidad en cuyo cumplimiento están empeñados, y que nos hemos comprometido a apoyarlos en esta obra.

En nombre de la iglesia,
J. N. ANDREWS,
J. N. LOUGHBOROUGH,
JOSÉ BATES
D. T. BOURDEAU
A. S. HUTCHINS,
JOHN BYINGTON,
Comité.

El informe anterior fue unánimemente adoptado en la reunión de la iglesia celebrada en la tarde del lunes 21 de Octubre.

URÍAS SMITH,
G. W. Amadon,
Ancianos.

DECLARACIONES HIRIENTES Y CRUELES.-

Hay una expresión inglesa, "cutting and slashing" [cortes y tajos] que se usa con frecuencia para representar las maneras y palabras de personas que reprenden a los errantes, reales o supuestos. Se aplica correctamente a la actitud de los que no tienen el deber de reprender a sus hermanos, pero que de todos modos están listos a hacer esta obra en forma precipitada e inmisericorde. Es inapropiado aplicarla a quienes tienen el deber especial de reprender los males de la iglesia. Los (531) tales sienten la carga de la obra y se ven obligados a actuar con fidelidad por amor a las preciosas almas.

De tiempo en tiempo, durante los últimos veinte años, se me ha mostrado que el Señor había preparado a mi esposo para la obra de tratar fielmente con los errantes y había puesto sobre él esa carga; y que si no cumplía fielmente su deber, se acarrearía el desagrado del Señor. Nunca he considerado que su juicio fuera infalible, ni que sus palabras fuesen inspiradas; pero siempre he creído que él estaba mejor calificado que cualquier otro de nuestros predicadores, debido a su larga experiencia y porque he visto que él recibió un llamamiento especial y fue adaptado para la obra; y también porque en muchos casos en que los aludidos se han levantado contra sus amonestaciones, se me ha mostrado que su manera de juzgar los asuntos y su forma de amonestar eran correctas.

Durante los últimos veinte años, los que han sido amonestados y sus simpatizantes han cultivado un espíritu de acusación contra mi esposo, lo cual ha pesado sobre él más que cualquier otra de las crueles cargas que haya debido soportar injustamente. Y cuando él cayó bajo el peso de sus cargas, muchos de los que habían sido reprendidos se alegraron; y por tener una idea errónea de mi punto de vista relativo al caso de mi esposo, el 25 de Diciembre de 1865, se sintieron muy confortados con el pensamiento de que el Señor, en esos días, lo había reprendido a él por haber sido "hiriente y cruel". Esto es completamente erróneo. Yo no vi nada parecido. Y para que mis hermanos sepan lo que realmente vi en el caso de mi esposo, presento lo siguiente, que escribí y le entregué a él al día siguiente de haber tenido la visión.

Se me mostró en visión el 25 de Diciembre de 1865, el caso del siervo del Señor, mi esposo, el pastor Jaime White. Se me mostró que Dios había aceptado su humillación y la aflicción de su alma delante de él, y sus confesiones de su falta de consagración a Dios junto con su arrepentimiento por los errores y equivocaciones en su conducta que le han causado tanta tristeza y depresión mental durante su prolongada enfermedad.

Se me mostró que su mayor error en el pasado ha sido un espíritu no perdonador hacia esos hermanos que han dañado su influencia en la causa de Dios y que, debido a su mal proceder le han causado intenso sufrimiento mental. No fue tan misericordioso y compasivo como ha sido nuestro Padre celestial hacia sus hijos errantes, pecadores arrepentidos. Cuando los individuos que le causaron el mayor sufrimiento (532) reconocieron plena y sinceramente sus errores, logró perdonarlos y comulgar con ellos como hermanos. Pero si bien el error estaba sanado a la vista de Dios, a veces mi esposo escarbaba la herida en su propia mente, y por orientarse al pasado permitía que se enconara y lo hiciera sentirse infeliz. El hecho de haber sufrido tanto en el pasado, lo cual en su opinión podría haberse evitado, lo llevó a abrigar un espíritu de murmuración contra sus hermanos y contra el Señor. De este modo volvió a vivir el pasado y revivió pruebas que debían haberse desvanecido en vez de amargarle su vida con recuerdos que no aprovechan. No siempre se ha dado cuenta de la compasión y el amor que deben ser ejercidos hacia quienes han tenido el infortunio de caer bajo las tentaciones de Satanás. Ellos fueron los verdaderos sufrientes, los perdedores y no él, mientras permaneciera firme poseyendo el espíritu de Cristo. Cuando esas almas comenzaron a ver sus errores, les costó una dura batalla abrirse paso hasta la luz por medio de humildes confesiones. Tenían que contender con Satanás y vencer su propio espíritu orgulloso, y necesitaban que los que andaban en la luz los ayudaran a pasar de su desanimadora condición de ciegos a donde pudieran comenzar a tener esperanza y obtener fuerzas para herir a Satanás debajo de sus pies.

Vi que mi esposo había sido demasiado exigente con los que se habían equivocado y lo habían herido.

Se aferró a sentimientos de insatisfacción, lo cual no podía beneficiar en nada a los errantes y sólo podía hacerlo sentirse muy infeliz, descalificándolo para que la paz de Dios morara en él, la cual lo llevaría a dar gracias a Dios por todo. El Señor permitió que su mente sintiera desaliento con respecto a sus propios errores y equivocaciones, y que llegara casi al punto de no esperar el perdón, no porque sus pecados hayan sido de tal magnitud, sino para que pudiera conocer por experiencia cuán doloroso e insoportable sería hallarse sin el perdón de Dios, y para que comprendiera qué significa la expresión bíblica: "Si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas". Vi que si Dios fuera tan exigente como nosotros y nos tratara de la manera como nos tratamos unos a otros, todos seríamos lanzados a un estado de desánimo sin esperanza.

Se me mostró que Dios había permitido que nos sobreviniera esta aflicción para enseñarnos mucho que de otro modo no hubiéramos podido aprender en tan poco tiempo. Era su voluntad que fuéramos a -----, porque sin ello nuestra experiencia no habría sido completa. (533) Quería que viéramos y comprendiéramos mejor que es imposible que los que obedecen la verdad y guardan sus mandamientos vivan conforme a sus convicciones acerca del deber, si se unen con los dirigentes de ----- en lo que respecta a servir a Dios, sus principios no pueden mezclarse mejor de lo que se mezclan el agua y el aceite. Los únicos que pueden estar seguros en ----- aun por corto tiempo, son los individuos que poseen los principios más puros y la mayor independencia mental, los que piensan y actúan por sí mismos, manteniendo ante sí el temor de Dios y confiando en él. A los que no tengan estas calificaciones no se les debe aconsejar que asistan a esa institución, porque sus mentes se confundirán por las palabras suaves de sus dirigentes y serán envenenadas por sus engaños sutiles, cuyo origen es Satanás.

La influencia de ellos, y sus enseñanzas con respecto al servicio de Dios y la vida religiosa se hallan en directa oposición a las enseñanzas del Señor y sus discípulos. Por precepto y por ejemplo rebajan la norma de piedad y dicen que no necesitan entristecerse por sus pecados o separarse del mundo con el fin de ser seguidores de Cristo, sino que pueden seguir mezclándose con el mundo y participando de sus placeres. Esos dirigentes no quieren exhortar a sus adherentes a imitar la vida de Cristo en oración, sobriedad y dependencia de Dios. Las personas de conciencia despierta y que confían firmemente en Dios no pueden recibir ni la mitad del beneficio que creen recibir en ----- los que ponen su confianza en los principios religiosos de los dirigentes de esa institución. Los primeros deben mantenerse firmes contra buena parte de lo que éstos les enseñan, en lo referente a principios religiosos, debiendo colar todo lo que oyen para no ser engañados y permitir que Satanás obtenga ventajas sobre ellos.

Vi que, en lo que se refiere a la enfermedad y su tratamiento, el ----- es la mejor institución de salud de los Estados Unidos.

Sin embargo sus dirigentes no son otra cosa que hombres, y su juicio no es siempre correcto. El médico principal de allí desea que sus pacientes crean que su juicio es perfecto, a la manera del juicio de Dios. Sin embargo, se equivoca a menudo. Se exalta a sí mismo como Dios y no exalta a Dios como el único del cual depender. Los que no tienen confianza en Dios y que no pueden ver belleza en la santidad o en la vida bajo la cruz del cristiano, pueden recibir mayor beneficio en ----- que en cualquier otra institución de salud de los Estados Unidos.

El gran secreto del éxito de este lugar radica en el control que los (534) que lo manejan ejercen sobre las mentes de sus pacientes.

Vi que mi esposo y yo misma no podríamos recibir tanto beneficio allí como los que han tenido una fe y experiencia distintas de las nuestras. Dijo el ángel: "No es el designio de Dios que la mente de su sierva, que él ha escogido con un propósito especial, para hacer una obra igualmente especial, sea controlada por la de ningún hombre, puesto que ésa es prerrogativa exclusivamente suya". Los ángeles de Dios nos guardaron mientras estábamos en -----. Nos rodeaban, sosteniéndonos cada hora. Pero llegó el tiempo en que no podríamos ni beneficiar a otros ni recibir nosotros beneficio; entonces la nube de luz, que había permanecido con nosotros allí, se retiró y sólo pudimos hallar reposo abandonando el

lugar y yendo a los hermanos de Rochester, donde se posó la nube de luz.
Vi que Dios quería que fuéramos a ----- por varias razones. Nuestra posición mientras estábamos allí, así como las fervorosas oraciones que ofrecimos, nuestra manifiesta confianza en Dios, la alegría, el valor, la esperanza y la fe con que nos inspiró en medio de nuestras aflicciones, tuvieron influencia y fueron testimonio para todos de que el cristiano tiene una fuente de fortaleza y alegría que a los amadores de los placeres les resulta completamente desconocida. Dios nos concedió un lugar en el corazón de todas las personas influyentes de -----, y en el futuro, cuando los pacientes que ahora están allí vuelvan
a sus diferentes hogares, nuestras labores harán que se acuerden de nosotros; y cuando nos veamos acosados, por lo menos algunos de ellos serán nuestros defensores. También el Señor quería que al ir nosotros a -----, nos beneficiáramos con una experiencia que no habríamos obtenido en Battle Creek, rodeados de hermanos y hermanas que simpatizaban con nosotros. Debíamos separamos de ellos, para que no hiciéramos de ellos nuestro apoyo en vez de apoyamos en el Señor y confiar sólo en él. Separados casi completamente del pueblo de Dios, fuimos sacudidos hasta desvinculamos de toda ayuda terrenal y poner nuestra esperanza únicamente en Dios. Al hacer esto obtuvimos una experiencia que no podríamos haber desarrollado si no hubiéramos ido a -----.
Cuando el valor y la esperanza de mi esposo comenzaron a vacilar, dejamos de estar en situación de beneficiar a nadie en ese lugar, y no nos podía hacer ningún bien el quedamos allí. No era la voluntad de Dios que mi esposo se quedara allí despojado de su fortaleza, sino que en su estado de debilidad fuera entre sus hermanos que le podían (535) ayudar a sobrellevar sus aflicciones. Mientras nos hallábamos separados del pueblo de Dios y afligidos, tuvimos la oportunidad de reflexionar, de pasar cuidadosa revista a nuestra vida pasada, y ver nuestros errores y mal proceder, y de humillamos delante de Dios y buscar su rostro por la confesión, la humillación y frecuentes y fervorosas oraciones. Mientras estábamos activamente empeñados en nuestras labores, llevando las cargas de otros, y afanados con muchos cuidados, nos resultaba imposible hallar el tiempo necesario para reflexionar y repasar cuidadosamente el pasado, aprendiendo así las lecciones que Dios veía que nos era necesario aprender. Se me mostró entonces que Dios no podía glorificar su nombre respondiendo a las súplicas de su pueblo y levantando a mi esposo a la salud en respuesta a sus oraciones, mientras estuviéramos en Eso habría sido equivalente a unir su poder con el poder de las tinieblas. Si le hubiera placido manifestar su poder restaurando a mi esposo, los médicos de allí se hubieran apropiado la gloria que debiera serle dada sólo a Dios.
Dijo el ángel: "Dios será glorificado en la restauración de su siervo a la salud. Ha escuchado las oraciones de sus siervos. Ha puesto sus brazos bajo su siervo afligido. Dios ha tomado el caso, y su siervo debe, aunque afligido, echar a un lado sus temores, su ansiedad, sus dudas e incredulidad, y confiar tranquilamente en el Dios grande pero misericordioso, que se compadece de él, y lo ama y cuida. Tendrá conflictos con el enemigo, pero debe reconfortarse recordando que Uno más fuerte que el enemigo se ha hecho cargo de él, y no necesita temer. Confíe por fe en las evidencias que Dios se ha complacido en darle, y triunfará gloriosamente en Dios".
Vi que el Señor nos estaba concediendo una experiencia que en el futuro sería para nosotros del mayor valor en conexión con su obra. Vivimos en un tiempo solemne, en medio de las escenas finales de la historia de este mundo, y el pueblo de Dios no está despierto. Deben levantarse y progresar más en la reforma de sus hábitos de vida, en la comida, la vestimenta, el trabajo y el reposo. En todos estos aspectos debieran glorificar a Dios y estar preparados para presentarle batalla a nuestro gran enemigo, y gozar de las preciosas victorias que Dios ha reservado para los que ejerzan temperancia en todas las cosas mientras luchan por una corona incorruptible.
Vi que Dios estaba preparando a mi esposo para que se dedicara a la obra solemne y sagrada de reforma que él desea ver progresar entre su pueblo. Es importante que los pastores den instrucciones sobre (536) cómo vivir en forma temperante. Debieran mostrar la relación que existe entre los hábitos

de alimentación, de trabajo, descanso y vestimenta, y la salud. Todos los que creen la verdad para estos últimos días tienen algo que hacer en este sentido. Es su deber —y Dios lo requiere de ellos—, que se levanten e interesen en esta reforma. No le complacerá su conducta si miran este asunto con indiferencia.

Los abusos del estómago por la gratificación del apetito son la fuente fructífera de la mayoría de los problemas que surgen en la iglesia. Los que comen y trabajan en forma intemperante e irracional, hablan y actúan irracionalmente. Una persona intemperante no puede ser paciente. No es necesario consumir bebidas alcohólicas para ser intemperante. El pecado de comer en forma inmoderada, con demasiada frecuencia, en cantidad excesiva alimentos ricos y malsanos, destruye la acción sana de los órganos digestivos, afecta el cerebro y pervierte el juicio, impidiendo el pensamiento y la conducta racionales, calmados y saludables. Esta es una fuente fructífera de dificultades para la iglesia. Por lo tanto, para que el pueblo de Dios se encuentre en un estado aceptable delante de él, en el que puedan glorificarlo en su cuerpo y espíritu, los cuales le pertenecen a él, deben interesarse celosamente por negar la gratificación de sus apetitos, y ejercer temperancia en todas las cosas. Entonces podrán comprender la verdad en su belleza y claridad, y practicarla en sus vidas, y por su conducta juiciosa, sabia y honesta, no darles a los enemigos de nuestra fe ninguna ocasión para reprochar la causa de la verdad.

Dios requiere de todos los que creen en la verdad, que hagan esfuerzos especiales y perseverantes para colocarse en la mejor condición posible de salud física, porque ante nosotros se extiende una obra solemne e importante. Para ella se requiere salud física y mental; es tan esencial para adquirir una experiencia religiosa saludable, y para avanzar en la vida cristiana y progresar en la santidad como la mano o el pie lo es para el cuerpo humano. Dios requiere de su pueblo que se limpien de toda inmundicia de la carne y el espíritu, perfeccionando la santidad en el temor del Señor. Todos los que sean indiferentes y se excusen de esta obra, esperando que el Señor haga por ellos lo que él requiere que hagan por sí mismos, serán hallados faltos cuando los mansos de la tierra, que habrán sido forjados por sus juicios, sean escondidos en el día de la ira del Señor.

Se me mostró que si el pueblo de Dios no hace ningún esfuerzo de su parte, sino que esperan que el refrigerio venga sobre ellos y les (537) quite sus defectos y corrija sus errores; si dependen de eso para ser limpiados de contaminación de la carne y el espíritu y ser preparados para participar en el fuerte clamor del tercer ángel, serán hallados faltos. El refrigerio o poder de Dios viene únicamente sobre los que se han preparado para recibirlo, al hacer la obra que Dios les ordena; a saber, limpiarse de toda impureza de la carne y el espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.

Se me mostró que en ciertos rasgos el caso de mi esposo es similar al de quienes esperan el refrigerio. Si espera que el poder de Dios venga a su cuerpo, si quiere sentir que ha sido restaurado antes de hacer un esfuerzo de acuerdo con su fe, diciendo: Cuando el Señor me sane voy a creer, y entonces haré esto o aquello, corre el riesgo de quedarse esperando sin efectuar ningún cambio, porque el cumplimiento de la promesa de Dios lo realizan sólo los que creen y luego obran de acuerdo con su fe. Vi que él debe creer la palabra de Dios, que sus promesas son para que él las reclame, y que nunca, no, nunca fallarán. Necesita adelantarse por fe, confiando en las evidencias que Dios se ha complacido en proporcionar, y trabajar tanto como le sea posible, hasta llegar a ser un hombre sano. Dijo el ángel: "Dios lo sostendrá. Su fe debe perfeccionarse por las obras, porque la fe sola está muerta. Debe ser sustentada por las obras. La fe viva siempre se manifiesta por las obras".

Vi que mi esposo se sentiría inclinado a retraerse de hacer esfuerzos de acuerdo con su fe. El temor y la ansiedad con respecto a su propio caso lo han hecho tímido. Mira las apariencias, las sensaciones desagradables de su cuerpo. Dijo el ángel: "Los sentimientos no son lo mismo que la fe. La fe consiste sencillamente en creer en lo que Dios dice". Vi que, en el nombre y la fortaleza de Dios mi esposo debía resistir la enfermedad y, por el poder de su voluntad, elevarse por encima de sus sentimientos debilitados. Debe afirmar su libertad, en el nombre y por la fortaleza del Dios de Israel. Debe cesar de

pensar y hablar de sí mismo tanto como pueda. Debiera mantenerse contento y feliz.
Vi, el 25 de diciembre de 1865, como lo he visto muchas veces antes, que el pastor F había errado a menudo, y había causado mucho daño por su conducta precipitada e incomprensiva para con los que suponía estar en el error. Yo había visto a menudo que su obra debía confinarse a los campos nuevos, y que cuando reuniera una compañía en torno a la verdad presente, debía dejar en manos de otros la obra de (538) disciplinarla, ya que su trato, bajo la influencia de su espíritu impulsivo, su falta de paciencia y de juicio, lo descalificaba para esta obra.
Presentaré aquí el testimonio que recibí para el Hno. F, escrito el 26 de diciembre de 1865, para revelar lo que vi en su caso, y por la aplicación general que se puede hacer de buena parte del testimonio; además, porque no ha demostrado ninguna reacción, declarando sólo ante otros que en esa visión el Señor había reconvenido a mi esposo por sus expresiones "hirientes y crueles". Deseo agregar aquí que otra razón de dar el siguiente testimonio es que nuestros hermanos comprendan mejor que la obra del Hno. F es en campos nuevos, y que no deben colocar tentaciones en su camino para hacerlo dejar su trabajo, urgiéndolo a laborar aquí y allá entre las iglesias, o a instalarse en un lugar u otro.

EL PELIGRO DE LA CONFIANZA PROPIA.-
Hermano F: El día 25 de Diciembre de 1865 se me mostró que en Maine había comenzado una buena obra. Se me señaló en forma especial el campo de trabajo en el cual se ha establecido una compañía como floto de las labores del Hno. Andrews y las de usted, cuyos miembros han manifestado su interés y amor por la verdad al construir una casa de culto. Hay todavía una gran obra que hacer en favor de esta compañía. Un buen número han sido convertidos a la teoría de la verdad; otros han decidido por el peso de la evidencia; ven belleza en la cadena de eslabones de la verdad, todos unidos en un todo armonioso y perfecto. Aman los principios de la verdad; sin embargo, no se han dado cuenta de su influencia santificadora. Estas almas están expuestas a los peligros de los últimos días. Satanás ha preparado sus engaños y trampas para los faltos de experiencia. Trabaja por intermedio de sus agentes, ministros que desprecian la verdad y pisotean ellos mismos la ley de Dios, enseñando a sus oyentes a hacer lo mismo.
Los miembros de esta compañía que ha recibido una verdad impopular sólo podrán estar seguros si ponen su confianza en Dios y se dejan santificar por la verdad que profesan. Han dado un paso importante y necesitan ahora una experiencia religiosa que los haga ser hijos e hijas del Altísimo, y herederos de la herencia inmortal comprada para ellos por su Hijo amado. Los que han sido instrumentos para presentarles la verdad no debieran cesar en sus labores en este importante (539) período, sino que debieran seguir perseverando en sus esfuerzos hasta que estas almas sean recogidas en el granero de Cristo. Debe dárseles suficiente instrucción para que obtengan por sí mismos y en forma inteligente la evidencia de que la verdad ha sido para ellos salvación.
Vi que Dios haría una obra aun mayor en Maine, si todos los que laboran en la causa se consagran a él sin confiaren sus propias fuerzas, sino en la Fortaleza de Israel. Se me mostró que el Hno. Andrews y usted han trabajado mucho y no han tenido el reposo que debieran haberse permitido con el fin de preservarla salud. Ustedes debieran trabajar con prudencia y observar períodos de reposo. Al hacer eso, podrán retener su vigor físico y mental, y hacer que su labor sea mucho más eficiente. Hno. F, usted es nervioso y actúa demasiado a partir de sus impulsos. La depresión mental tiene mucha influencia en su trabajo. A veces usted siente falta de libertad y piensa que es porque otros están equivocados o en oscuridad, o que hay algo mal, que usted no puede precisar. En consecuencia se lanza al ataque en cualquier parte y contra cualquiera, lo cual no puede sino causar graves daños. Si cuando está en esta condición de nerviosidad e inquietud se domina y descansa calmadamente en Dios, preguntándose si el problema no estará en usted mismo, se ahorraría de dañar su propia alma y herirla preciosa causa de Dios.
Vi que el Hno. F estaba en peligro de exaltarse si se le daba el poder de provocar intensas respuestas

emocionales en la congregación por medio de sus discursos. Por esa razón a menudo se consideraría el predicador más efectivo. En esto, se engaña a sí mismo a veces. Si bien puede ser momentáneamente el predicador más aceptable, no por eso podría lograr el mayor bien. El predicador que puede afectar en mayor grado los sentimientos, no da por ello evidencia de ser el más útil.

Cuando el Hno. F es humilde y pone su confianza en Dios, puede hacer mucho bien. Los ángeles vienen en su ayuda, y es bendecido con claridad y libertad. Pero demasiado a menudo, después de un tiempo especial de triunfo se ha exaltado y ha llegado a pensar que es capaz de cualquier cosa, que él es algo, cuando sólo ha sido un instrumento en las manos de Dios. Después de estos incidentes, los ángeles de Dios lo han dejado librado a su propia y débil fuerza; entonces, a pesar de ser él mismo el culpable, con demasiada frecuencia ha culpado a sus hermanos y a la gente por la oscuridad y debilidad que sentía. En (540) este estado mental de infelicidad, frecuentemente se vuelve contra éste o aquél, y aun cuando ni siquiera está hecha la mitad de su trabajo, siente que debe salir de allí y empezar obra en otra parte.

Vi que el Hno. F estaba en peligro de lanzarse a la batalla confiando en sus propias fuerzas, pero en el conflicto verá que esa fuerza no es sino debilidad. Mientras ha puesto su confianza en Dios, a menudo ha tenido éxito en los combates con los opositores de nuestra fe. Pero a veces se ha sentido entusiasmado con la victoria que Dios le N concedido a la verdad sobre el error, y en esos conflictos se ha tomado la gloria para sí. El yo se ha visto magnificado ante sus ojos.

Se me mostró que en sus dos últimas discusiones él no tuvo el espíritu correcto. Antes de la primera se dejó exaltar por los halagos de hombres que no aman la verdad. Mientras escuchaba y en cierto modo participaba de una discusión que tenían dos individuos que no estaban en la fe, se sintió exaltado y pensó que podría afrontara cualquier opositor. Y mientras se sentía lleno de confianza, por ese mismo hecho se vio despojado de su fortaleza. A Dios no le pareció bien que hubiera desechado el consejo del Hno. Andrews. Su espíritu de suficiencia propia estuvo a punto de transformar esa discusión en un rotundo fracaso. En esos combates, si no se obtienen claras ventajas, siempre hay pérdidas. Nunca se debe uno precipitar a ellos, sino que cada movida debe ser hecha con precaución, y con la mayor sabiduría, porque está en juego mucho más que lo que hay en una batalla nacional. Satanás y sus huestes bullen de actividad en estos conflictos entre la verdad y el error, y si los paladines de la verdad no van a la batalla confiando en la fortaleza de Dios, Satanás les demostrará cada vez que él es mejor general que ellos.

En el segundo combate había mucho, muchísimo, que estaba en juego. Sin embargo allí también fracasó el Hno. F. No se lanzó a ese conflicto sintiendo su debilidad y confiando con humildad y sencillez en la fortaleza de Dios. Nuevamente se sintió autosuficiente. Sus éxitos anteriores lo habían exaltado. Pensó que las victorias que había logrado se debían mayormente a su destreza en el uso de los poderosos argumentos que provee la palabra de Dios.

Se me mostró que los defensores de la verdad no deben provocar discusiones. Y siempre que sea necesario enfrentarse con un oponente para hacer avanzarla causa de la verdad y la gloria de Dios, ¡con cuánta humildad y cuidado debieran ir al conflicto! Escudriñando su corazón, confesando sus pecados y con fervientes oraciones, y a menudo (541) ayunando por un tiempo, debieran rogarle a Dios que les conceda su ayuda especial y provea una gloriosa victoria para su preciosa verdad salvadora, de tal modo que el error pueda ser visto en su verdadera deformidad y sus defensores sean completamente confundidos. Los que luchan por la verdad contra quienes se oponen a ella, deben darse cuenta de que no se enfrentan sólo a los hombres, sino que están contendiendo con Satanás y sus ángeles, y que éstos tienen la determinación de hacer que el error y las tinieblas retengan su dominio sobre el campo, y que la verdad sea cubierta por el error. Por cuanto el error es lo que más concuerda con el corazón natural, se da por sentado que es luz. Los hombres que se sienten cómodos aman el error y las tinieblas, y no están dispuestos a dejarse reformar por la verdad. No se dejan atraer a la luz por no arriesgarse a que sus obras sean reprobadas.

Si los que se proponen vindicar la verdad confían en el peso de los argumentos y se apoyan débilmente en Dios, y avanzan de ese modo al encuentro de sus oponentes, nada se ganará para el lado de la verdad; por el contrario, habrá decididamente pérdidas. Si no se gana una victoria evidente en favor de la verdad, el asunto queda peor que antes del conflicto. Los que anteriormente podían haber abrigado convicciones en cuanto a la verdad, ahora se quedan tranquilos y deciden en favor del error, porque en su estado de oscuridad no pueden darse cuenta de que la verdad llevaba la ventaja. Estas dos últimas discusiones tuvieron muy poco efecto en hacer avanzar la causa de Dios, y habría sido mejor que no hubieran ocurrido. El Hno. F no entró en ellas con un espíritu de humillación propia y una firme confianza en Dios. El enemigo le produjo una visión exagerada de sí mismo, y adoptó un espíritu de autosuficiencia y confianza que no es apropiado para un humilde siervo de Cristo. Tenía puesta su propia armadura, no la de Dios.

Hno. F, Dios le había provisto un obrero de profunda experiencia, el más capaz del campo. Tenía experiencia personal en resistir las estratagemas de Satanás, y había experimentado la más intensa angustia mental. En la omnisapiente providencia de Dios se le había permitido sentir el calor del horno refinador, y allí había aprendido que todo refugio que no fuera Dios caería, y todo artefacto sobre el cual se apoyara demostraría no ser más que una caña cascada. Usted debería haberse dado cuenta de que el Hno. Andrews tenía un interés tan profundo como el suyo en la discusión, y debiera haber escuchado sus consejos con un espíritu de humildad, y haber obtenido provecho con (542) sus instrucciones. Pero Satanás tenía aquí un objeto que ganar, a saber, derrotar los propósitos de Dios; por eso se posesionó de su mente y así estorbó la obra de Dios. Usted se apresuró a la batalla con su propia fuerza, y los ángeles lo dejaron pelear así. Pero Dios, en su misericordia por su causa, no quiso que los enemigos de su verdad obtuvieran una victoria evidente, y en respuesta a las oraciones fervorosas y llenas de angustia de su siervo, los ángeles vinieron a prestar socorro. En vez de un fracaso total, se logró una victoria parcial, para que los enemigos de la verdad no se regocijaran sobre los creyentes. Pero nada se ganó con ese esfuerzo, cuando podría haberse visto un glorioso triunfo de la verdad sobre el error. Había al lado de usted dos de los más hábiles defensores de la verdad; tres hombres con la fuerza de la verdad, contra un hombre que procuraba cubrir la verdad con el error. En Dios usted podría haber sido un ejército, si hubiera afrontado el conflicto en la forma debida. Pero su autosuficiencia lo transformó en un fracaso casi completo.

Nunca debe usted entraren una discusión donde hay tanto en juego, confiando en su propia capacidad de manejar argumentos poderosos. Si no lo puede evitar, entre en el conflicto, pero hágalo con firme confianza en Dios y con espíritu de humildad, el espíritu de Cristo, que lo ha llamado a aprender de él, que es manso y humilde de corazón. Luego, y con el fin de glorificar a Dios y ser ejemplo del carácter de Cristo, usted nunca debiera tomar ventaja indebida de su oponente. Deje de lado el sarcasmo y los juegos de palabras. Recuerde que usted se halla en combate, además del elemento humano, con Satanás y sus ángeles. El que venció a Satanás en el cielo y expulsó del cielo al enemigo caído, y que murió por redimir de su poder al hombre caído, cuando estaba junto a la tumba de Moisés disputando acerca de su cuerpo, no acusó amargamente a Satanás, sino que le dijo: "Jehová te reprenda".

En sus últimas dos discusiones usted ha despreciado el consejo del siervo de Dios y ha rehusado escucharle, a pesar de que con toda su alma se ha dedicado a la obra. En su providencia, Dios le concedió a usted un consejero cuyos talentos e influencia lo hacían acreedor a su respeto y confianza, y de ningún modo hubiera lesionado su dignidad el dejarse guiar por su juicio experimentado. Los ángeles de Dios notaron su suficiencia propia, y le dieron la espalda con tristeza. Dios no podía desplegar sin riesgo su poder en favor de usted, porque se habría apropiado la gloria, y sus labores futuras habrían tenido poco valor. (543) Hno. F, vi que en sus trabajos usted no debiera confiar en su propio juicio, lo cual tan a menudo lo ha hecho errar el camino. Usted debiera respetar el criterio de los que tienen experiencia. No se escude tras su propia dignidad ni se sienta tan autosuficiente que no pueda aceptar los consejos de sus colaboradores experimentados.

Su esposa no ha sido de gran ayuda para usted; más bien ha sido un estorbo. Si hubiera recibido y aceptado los testimonios que se le hicieron llegar hace más de dos años, le sería hoy de gran ayuda en el evangelio. Pero no ha recibido ni actuado conforme a ese testimonio. Si hubiera hecho eso, su curso habría sido enteramente distinto. Ella no se ha consagrado a Dios. Ama su comodidad, evita las cargas y no se niega a sí misma. Se permite ser indolente, y su ejemplo no es digno de imitación, sino que le hace daño a la causa de Dios. A veces ella ejerce una fuerte influencia sobre usted, especialmente si siente nostalgia por el hogar, o está descontenta. Además, ejerce influencia sobre usted en los asuntos de la iglesia. Se forma una opinión acerca de cierto hermano o hermana, y expresa desagrado o fuerte atracción, cuando el caso es que con frecuencia los mismos individuos a quienes les ha abierto su corazón, han sido causa de mucha aflicción para la iglesia. Su estado falto de consagración la lleva a sentir gran atracción por los que manifiestan gran confianza y amor por ella, mientras que las almas preciosas que Dios ama pueden ser pasadas por alto debido a que no se las ha oído pronunciar fervorosas expresiones de lealtad hacia ella o el Hno. F. Sin embargo, el amor de esas mismas almas es verdadero y más digno de aprecio que el de quienes proclaman su aprecio con tanta elocuencia. La opinión que se forma su esposa tiene gran influencia sobre la mente de usted. A menudo usted cree a pie juntillas que ella está en lo cierto, y termina pensando como ella, y actuando en forma correspondiente en los asuntos de la iglesia.

Debe usted ejemplificar la vida de Cristo, porque sobre usted descansan solemnes responsabilidades. Su esposa es responsable ante Dios de su conducta. Si es un estorbo para usted, tendrá que dar cuenta ante Dios. A veces se despierta y se humilla ante Dios, y es de mucha utilidad, pero pronto vuelve a caer en el mismo estado de inactividad, evitando responsabilidades y excusándose del trabajo mental y físico. Su salud estaría mucho mejor si fuera más activa, si se ocupara con más alegría y de corazón en labor física y mental. No le falta la capacidad sino la disposición a actuar; no quiere perseverar en el cultivo del gusto por la actividad. Necesita hacer algo por despertarse y dedicarle (544) a Dios sus energías físicas e intelectuales. Dios requiere esto de ella, y en el día de Dios será hallada una sierva inútil, a menos que haya una reforma completa de su parte y viva a la altura de la luz que se le ha dado. Si no ocurre esta reforma, ella no debiera estar de ningún modo unida con su esposo en las labores de éste.

Dios bendecirá y sostendrá al Hno. F si avanza con humildad, apoyado en el juicio de sus colaboradores experimentados.

NO SEAIS ENGAÑADOS.-

Es la obra de Satanás engañar al pueblo de Dios y guiarlo fuera del camino correcto. No deja ningún medio sin probar; se les dejará caer cuando estén más desprevenidos; de aquí la importancia de fortificar cada punto. La iglesia de Battle Creek no planeó volverse contra nosotros; es una iglesia tan buena como la que más. Pero hay mucho que ganar o perder en Battle Creek, y Satanás empleará contra ellos toda su artillería, si con eso puede estorbar la obra. Simpatizamos profundamente con esta iglesia en su condición presente de humillación, y queremos decir: Que en ningún corazón surja un espíritu de triunfo. Dios sanará todos los males de este querido pueblo, y hará de ellos una poderosa defensa para la verdad, si caminan en humildad y guardan cada punto contra los ataques de Satanás. Esta gente se halla continuamente bajo el fuego del enemigo. Es probable que ninguna otra iglesia lo resistiera tan bien. Por lo tanto, mirad con ojos compasivos a vuestros hermanos de Battle Creek y orad que Dios les ayude a guardar el fuerte.

Cuando mi esposo se hallaba inactivo y por su causa yo debía permanecer en casa, Satanás estaba complacido, y no apremió a nadie para que echara sobre nosotros pruebas como las que se mencionan en las páginas anteriores. Pero cuando salimos, el 19 de diciembre de 1866, vio que había la posibilidad de que hiciéramos algo en la causa de Cristo que dañaría su causa, haciendo que se expusieran algunos de los engaños que dirigía contra el rebaño de Dios. Por lo tanto, sintió la necesidad de hacer algo por

estorbarnos. Y no había mejor forma de lograr esto que hacer que nuestros antiguos amigos de Battle Creek nos retiraran su simpatía y echaran pesadas cargas sobre nosotros. Aprovechó cada circunstancia desfavorable, impulsando las cosas con el poder de una locomotora. (545)
Gracias a Dios, el enemigo no nos detuvo ni nos aplastó completamente. Por la gracia de Dios todavía estamos vivos, y el Señor, lleno de misericordia, ha vuelto a bendecir a su pueblo errante, pero ahora arrepentido, habiendo confesado sus pecados. Hermanos, amémoslos aún más, y oremos más por ellos ahora que Dios les ha manifestado su gran amor. (546)

NUMERO CATORCE: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA.-
LA PUBLICACION DE TESTIMONIOS PERSONALES.-

En el Testimonio No. 13 ofrecí un breve bosquejo de las labores y pruebas que tuvimos que afrontar desde el 19 de Diciembre de 1866 al 21 de Octubre de 1867. En estas páginas consignaré las experiencias menos penosas de los últimos cinco meses.
Durante este período he escrito muchos testimonios personales. Y todavía me quedan muchos que redactara medida que tenga tiempo y energía, los cuales se dirigen a diversas personas que he conocido en nuestro campo de labor. Debo confesar, sin embargo, que me ha producido mucha ansiedad el determinar precisamente cuál es mi deber con respecto a estos testimonios personales. Con pocas excepciones, los he enviado a sus destinatarios, y he dejado que dichas personas dispusieran de ellos como mejor les pareciera. Los resultados han sido variados:
1. Algunos han recibido los testimonios con gratitud, y han respondido a ellos con buen espíritu, recibiendo de este modo el beneficio correspondiente. Estas personas se han mostrado dispuestas a permitir que sus hermanos vean los testimonios, y han confesado libre y ampliamente sus faltas.
2. Otros han reconocido que los testimonios a ellos dirigidos eran verdaderos, pero después de leerlos, los han guardado y han permanecido silenciosos, sin hacer casi ningún cambio en sus vidas. Esos testimonios se relacionaban en mayor o menor grado con las iglesias a las cuales estas personas pertenecían, y dichas instituciones podrían también haberse beneficiado con ellos. Pero todo esto se perdió por haberse mantenido los testimonios en privado.
3. Otros aún, se han rebelado contra los testimonios. Algunos de éstos han respondido con un espíritu de crítica. Algunos más han expresado amargura, hostilidad e ira, y como pago por haberme esforzado y esmerado en escribir los testimonios, se han vuelto contra nosotros para causarnos el mayor daño posible; mientras que otros me han detenido durante horas en entrevistas personales, derramando en mis oídos y mi dolorido corazón sus quejas, murmuraciones e (547) intentos de justificarse a sí mismos, a veces apelando con lágrimas a sus propias simpatías, y perdiendo al mismo tiempo de vista sus propias faltas y pecados. La influencia que estas cosas han tenido sobre mí ha sido terrible, y a veces me ha llevado al punto de creer que me iba a volver loca. Los resultados de la conducta de estas personas ingratas y carentes de consagración me han costado más sufrimientos y han desgastado mi valor y mi salud diez veces más que todo el esfuerzo de escribir los testimonios.
Todo esto lo he sufrido, y mis hermanos y hermanas generalmente no se han dado cuenta de nada. No han adquirido una idea exacta de la cantidad de trabajo y desgaste que he tenido que soportar, ni de las cargas y sufrimientos que injustamente se me han echado encima. En varios de mis testimonios publicados he colocado algunas comunicaciones personales, y en algunos casos algunos se han ofendido porque no publiqué todas las comunicaciones de esta índole. Debido a su gran número, esto es imposible, y sería también incorrecto, porque algunas se refieren a pecados que no necesitan —y no debieran— hacerse públicos.
He decidido, sin embargo, que muchos de estos testimonios personales deben ser publicados, por cuanto contienen en mayor o menor grado, amonestaciones y enseñanzas que se aplican a millares de otras personas que están en condiciones semejantes. A ellas también debe llegarles la luz que Dios ha

visto conveniente hacer brillar sobre casos como los suyos. Es un error impedir que alumbre su camino enviándola a una sola persona o un solo lugar, en donde se la guarda como una luz que se pone debajo de un cajón. Mis convicciones relativas a mi deber en este punto se han visto marcadamente reforzadas por el siguiente sueño:

Ante mí se me presentó un bosque de coníferas. Varias personas, y yo misma, trabajábamos entre ellos. Se me indicó que revisara con mucho cuidado los árboles y viera si se hallaban en condiciones de prosperar. Observé que algunos se estaban torciendo y deformando con el viento, y necesitaban una estaca en que apoyarse. Me hallaba quitando cuidadosamente la tierra de los árboles débiles y moribundos, para determinar la causa de su condición. En las raíces de algunos descubrí gusanos. Otros no habían sido regados debidamente, y se estaban muriendo por la sequía. Las raíces de otros se habían amontonado y enredado, lo cual los estaba dañando. Mi tarea era explicarles a los obreros las diferentes razones de por qué esos árboles (548) no prosperaban. Esto se hacía necesario porque los árboles de otros terrenos corrían el riesgo de ser afectados tal como éstos, y había que exponer la causa de que no prosperaran, y cómo debían ser cultivados y tratados.

En este testimonio hablo libremente del caso de la Hna. Ana More, no porque tenga el deseo de causarle sufrimientos a la iglesia de Battle Creek, sino por un sentido del deber. Amo a esa iglesia a pesar de sus defectos. No conozco otra iglesia que haga tan bien cuando se trata de obras benévolas y otros deberes generales. Presento los hechos temibles de este caso para despertar a nuestro pueblo en todo lugar a que se den cuenta de su deber. No hay uno entre veinte de los que tienen buena fama entre los adventistas del séptimo día, que esté viviendo de acuerdo con los abnegados principios de la Palabra de Dios. Pero que sus enemigos --que carecen aun de los primeros principios de la doctrina de Cristo— no se atrevan a aprovecharse del hecho de que se los amonesta. Esta es evidencia de que son los hijos de Dios. Dice el apóstol que los que no reciben castigo son bastardos y no hijos. Entonces, que esos hijos ilegítimos no se ensoberbezcan contra los verdaderos hijos e hijas del Todopoderoso.

EL INSTITUTO DE SALUD.-

En números anteriores de los Testimonios para la Iglesia he hablado de cuán importante es que los adventistas del séptimo día establezcan una institución para beneficio de los enfermos, en especial de los sufrientes y enfermos entre nosotros. He hablado de la capacidad económica que tiene nuestro pueblo de hacer esto, y he urgido que, en vista de la importancia que tiene esta rama de la gran obra de preparación para encontrarse gozoso con el Señor, nuestro pueblo debe sentirse llamado a contribuir según su capacidad, con una porción de sus medios para establecer una institución así. También he señalado, a medida que se me mostraban, algunos de los peligros a los cuales se verían expuestos los médicos, los administradores y otras personas en el desarrollo de tal empresa. Yo esperaba que se iban a evitar los peligros que se me habían mostrado. En este punto, sin embargo, albergué por un tiempo la esperanza sólo para sufrir más tarde decepciones y pesar.

Me había interesado mucho en la reforma pro salud, y tenía grandes esperanzas de ver prosperar al Instituto de Salud. Sentí, como nadie (549) más podría sentir, la responsabilidad de hablar en el nombre del Señor a mis hermanos y hermanas acerca de esa institución y el deber de proveer los medios necesarios, y seguí con intenso interés y ansiedad el progreso de la obra. Cuando vi que los dirigentes y administradores caían en los peligros que se me habían mostrado, y contra los cuales los había advertido en público y también en conversaciones y cartas privadas, sentí que me sobrevenía una terrible carga.

Lo que se me había mostrado como un lugar en el cual se podría ayudara los enfermos y sufrientes que hay entre nosotros, era una institución guiada por los principios del sacrificio, la hospitalidad, la fe y la piedad. Pero al ver que se hacían llamados innecesarios a recoger grandes sumas de dinero, declarando que las acciones pagarían altos porcentajes de interés; al ver que los hermanos que ocupaban posiciones en la institución parecían más que dispuestos a recibir salarios más elevados que los que satisfacían a

otros que ocupaban posiciones igualmente importantes en la gran causa de la verdad y la reforma; al comprobar, llena de dolor, que con el fin de hacer que nuestra institución fuera popular entre los que no eran de nuestra fe y obtuviera su patrocinio, un espíritu de acomodo ganaba terreno rápidamente en el Instituto, manifestándose en el uso de "Sr.", "Srta." y "Sra." en vez de "hermano" y "hermana", y en ciertas entretenciones populares en las cuales todos podrían participar en una especie de retozo comparativamente inocente... cuando vi estas cosas, dije: Esto no es lo que se me mostró como una institución para los enfermos que recibiría la señalada bendición de Dios. Esto es una cosa distinta.

A pesar de esto, se hacían cálculos para edificios más grandes, y se recomendaba hacer llamados en procura de grandes sumas de dinero. En vista de la forma como se lo manejaba entonces, no pude menos de considerar que el Instituto era, en general, una maldición. Si bien algunos fueron beneficiados en lo que respecta a su salud, la influencia sobre la iglesia de Battle Creek y sobre los hermanos y hermanas que visitaban el Instituto era tan mala que ahogaba todo el bien que se hacía. Esta influencia estaba alcanzando las iglesias de este estado y de otros, y era terriblemente destructiva de la fe en Dios y en la verdad presente. Varias personas que llegaron a Battle Creek como cristianos humildes, devotos y confiados, salieron de allí casi como infieles. La influencia general de estas cosas estaba creando prejuicio contra la reforma pro salud en muchos de los más humildes, devotos y mejores entre (550) nuestros hermanos, y estaba destruyendo la fe en mis Testimonios y en la verdad presente.

Fue este estado de cosas relativo a la reforma pro salud y el Instituto de Salud lo que, junto con otras cosas que se le agregaron, hizo que fuera mi deber hablar como lo hice en el Testimonio Nº 13. Yo sabía muy bien que eso produciría una reacción y dificultades en muchas mentes. Sabía también que tarde o temprano debía venir una reacción, y que por el bien del Instituto y de la causa en general, mientras más luego se realizara, mejor sería. Si las cosas se habían estado moviendo en una dirección equivocada, causando dañosa las preciosas almas y a la causa en general, cuanto antes se las pudiera corregir y dirigir correctamente, mejor sería. A mayor avance, mayor ruina, mayor reacción, y mayor desánimo general. La obra mal dirigida debía experimentar una corrección así. Debía haber tiempo para corregir errores y comenzar de nuevo en la dirección correcta.

La buena obra que se hizo en favor de la iglesia de Battle Creek el otoño pasado, la reforma completa y retorno al Señor por parte de los médicos, los ayudantes y los administradores del Instituto de Salud, y el asentimiento general de parte de nuestros hermanos y hermanas en todas partes del campo relativo al objetivo básico del Instituto de Salud y la forma como debiera ser conducido, a lo cual hay que agregar la variada experiencia de más de un año no sólo en la dirección equivocada sino en la correcta, me dan mayor confianza que nunca antes en que la reforma pro salud y el Instituto de Salud serán todo un éxito. Todavía espero de todo corazón ver cómo el Instituto de Salud de Battle Creek prospera y en todo respecto llega a ser el instituto que se me mostró. Pero se necesitará tiempo para corregir plenamente los errores del pasado y superarlos. Con la bendición de Dios esto se puede hacer, y se hará.

Los hermanos que han estado a la cabeza de esta obra han apelado a nuestro pueblo en procura de medios, basados en que la reforma pro salud es una parte de la gran obra conectada con el mensaje del tercer ángel. En esto han tenido razón. Es una rama de la gran obra de Dios, caritativa, liberal, sacrificada y benévola. Entonces, ¿por qué dicen esos hermanos: "Las acciones del Instituto pagarán un buen porcentaje", "son una buena inversión", o "pagan bien"? ¿Por qué no decir, del mismo modo, que las acciones de la Asociación Publicadora van a pagar un buen porcentaje? Si ambas son ramas de la misma y grande obra de preparación para la venida del Hijo del hombre, ¿por qué no? (551) ¿O por qué entonces no hacer de ambas un asunto de liberalidad? La pluma y la voz que apeló a los amigos de la causa en procura del fondo para publicaciones no ofreció ninguno de esos incentivos. ¿Por qué, entonces, hacerles creer a los guardadores del sábado ricos y codiciosos que pueden hacer gran bien al invertir sus medios en el Instituto de Salud, reteniendo lo invertido y más encima recibiendo altos intereses por el simple uso de su capital? A los hermanos se les pidió que hicieran donaciones a la

Asociación Publicadora, y ellos dieron noblemente y con sacrificio para el Señor siguiendo el ejemplo de quien hiciera el llamado; y la bendición del Señor ha estado sobre esa rama de nuestra gran obra. Pero hay que temer que su desagrado recaiga sobre la manera en que se han recogido fondos para el Instituto de Salud, y que dicha institución no cuente con su bendición plena hasta que se corrija este mal. En mi llamado a los hermanos en favor de esa institución, en el Testimonio Nº 11, pág. 492, dije:
"Se me mostró que entre los adventistas guardadores del sábado no escasean los medios. En la actualidad su mayor peligro consiste en la acumulación de propiedades. Algunos están continuamente aumentando sus cuidados y labores; están sobrecargados. El resultado es que casi se han olvidado de Dios y las necesidades de su causa. Están espiritualmente muertos. Se requiere de ellos que hagan un sacrificio a Dios, una ofrenda. Un sacrificio no aumenta; por el contrario, disminuye y se consume".
Mi visión de este asunto de los medios es que debiera haber "un sacrificio a Dios, una ofrenda". Nunca recibí una idea distinta. Pero si el principal se va a quedaren manos de los accionistas, los cuales han de recibir un cierto porcentaje, ¿dónde está la disminución, el sacrificio consumido? Y el plan actual de obtener acciones del Instituto, ¿cómo disminuye el peligro en que se ven los guardadores del sábado que están acumulando propiedades? No hace otra cosa que aumentarlo. Y aquí hay una excusa adicional para su codicia. Al invertir en acciones del Instituto, las cuales se compran y se venden como cualquier otra propiedad, no hacen ningún sacrificio. Al ver el alto porcentaje de ganancia que se les ofrece como estímulo, el espíritu de ganancia material, no el de sacrificio, es lo que los mueve a invertir tanto de sus medios en las acciones del Instituto, que les queda poco y nada para contribuir al sostén de otras ramas aún más importantes de la obra. Dios requiere de esas personas estrechas, codiciosas y mundanas, un sacrificio en favor de la humanidad sufriente. Las llama a dejar que (552) sus posesiones mundanales disminuyan en favor de los afligidos que creen en Jesús y en la verdad presente. Debieran tener la oportunidad de actuar con plena comprensión de las decisiones del juicio final, como se las describe en estas candentes palabras del Rey de reyes:
Mateo 25:34-46: "Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.
"Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces también ellos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? Entonces les responderá diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis. E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna".
También dije, en la pág. 494 del Testimonio Nº 11: "Entre nuestro pueblo hay una amplia provisión de medios, y si todos sintieran la importancia de la obra, se podría llevar a cabo esta gran empresa sin bochornos. Todos debieran tener gran interés en sostenerla. En especial debieran invertir en esta empresa los que tienen medios. Debiera establecerse un hogar apropiado para recibir inválidos, para que, por el uso de los medios adecuados y con la bendición de Dios, sean aliviados de sus dolencias y aprendan a cuidar de sí mismos y evitar así las enfermedades.
"Muchos que profesan la verdad se están volviendo avaros y codiciosos. Necesitan sentir preocupación por sí mismos. Tienen una porción tan grande de sus tesoros en este mundo, que sus corazones están puestos en esos tesoros. La mayor parte de sus bienes está en este mundo, y una porción muy pequeña

en el cielo; por lo tanto, sus (553) afectos se hallan fijos en las posesiones materiales en lugar de estarlo en la herencia celestial. En la actualidad hay una buena oportunidad para que usen sus medios en beneficio de la humanidad sufriente, y también para el avance de la verdad. Nunca debiera dejarse que esta empresa luche con la pobreza. Los mayordomos a quienes Dios les ha concedido medios debieran acercarse ahora a la obra y usar sus medios para la gloria de Dios. A los que por su codicia retengan sus medios, les resultará una maldición en vez de una bendición".

En lo que se me ha mostrado y en lo que he dicho, no he recibido ninguna idea, y me he propuesto no dar ninguna otra, fuera de que la recolección de fondos para esta rama de la obra debía fundarse en la liberalidad, lo mismo que para el apoyo de otras ramas de la gran obra. Y si bien el cambio del plan presente a uno que tenga la aprobación plena de Dios puede generar dificultades y requerir tiempo y esfuerzo, de todos modos pienso que puede hacerse con pérdida mínima de las acciones ya vendidas; y el resultado será un aumento decidido en las donaciones de capital para ser usado en la forma correcta, que alivie a la humanidad sufriente.

Muchos que han comprado acciones no están en condiciones de donarlas. Algunas de esas personas sufren por falta del mismo dinero que han invertido en acciones. En mis viajes de un estado a otro me encuentro con gente afligida que se halla al borde mismo de la tumba, que debiera pasar una temporada en el Instituto, pero que no puede hacerlo porque los medios necesarios para ello los ha invertido en acciones del Instituto. Estas personas no debieran haber invertido en eso ni un solo dólar. Mencionaré un caso de Vermont. Este hermano se había convertido en 1850, y desde entonces ha contribuido con liberalidad a las diversas empresas que se han establecido para ayudar a la causa, hasta que su propiedad se vio reducida. A pesar de ello, cuando llegó el llamado urgente en términos absolutos de parte del Instituto, compró acciones por valor de cien dólares. En la reunión de ----- explicó el caso de su esposa, que se encuentra muy débil, y que debe recibir ayuda, pero pronto, o si no, nunca la volverá a necesitar. Explicó también sus circunstancias, y declaró que si pudiera tener los cien dólares que había invertido en el Instituto, podría mandar a su esposa allá para que la trataran; pero debido a las circunstancias no podía hacerlo. Le contestamos que nunca debía haber invertido ni un dólar en el Instituto, que había algo malo en el asunto que no habíamos podido evitar, y dejamos las cosas así. No tengo escrúpulos en afirmar (554) que esta hermana debería ser tratada por lo menos algunas semanas en el Instituto, libre de costo. Su esposo no puede hacer casi nada fuera de pagar su pasaje a Battle Creek y de regreso.

Los amigos de la humanidad, de la verdad y la santidad, debieran actuar con referencia al Instituto en base al plan de sacrificio y liberalidad. Tengo quinientos dólares en acciones del Instituto, lo cual deseo donar, y si mi esposo tiene con su libro el éxito que anticipamos, dará quinientos dólares más. Los que aprueban este plan, les rogamos que nos escriban a Greenville, condado de Montcalm, Michigan, y especifiquen las sumas que están dispuestos a donar o invertir en acciones como las que se han usado en el caso de la Asociación Publicadora. Cuando se haga esto, que vengan las donaciones según se las necesite. Que vengan las sumas, grandes y pequeñas. Úsense los medios juiciosamente. Que los cargos a los pacientes sean tan razonables como sea posible. Que los hermanos hagan donaciones para pagar parcialmente los gastos que incurran en el Instituto los enfermos pobres dignos de recibir ayuda que haya entre ellos. Lleven a los débiles, según sus fuerzas, a que cultiven los terrenos tan hermosos y bien ubicados que posee el Instituto. Que no lo hagan con la idea estrecha de recibir pago, sino con la liberal idea de que los gastos en que se incurrió para adquirirlos fueron un acto de benevolencia para bien de ellos. Que su trabajo sea una parte tan integral de su receta como la toma de baños. Que la benevolencia, el amor, la humanidad, el sacrificio por el bien de los demás, sea la idea central de los médicos, los administradores, los ayudantes, los pacientes, y con todos los amigos de Jesús, de cerca y de lejos, en lugar de los sueldos, las buenas inversiones, lo que "paga bien", lo que "paga un buen porcentaje". Que el amor de Cristo, el amor por las almas, la simpatía por la humanidad sufriente, gobierne todo lo que decimos y hacemos en relación con el Instituto de Salud.

¿Por qué razón el médico cristiano —que cree en la venida del Señor y de su reino, y espera anhelante el día en que la enfermedad y la muerte dejen de tener poder sobre los santos— habría de esperar que se le pagase más por sus servicios que al redactor o el ministro cristiano? Podrá decir que su trabajo le causa mayor desgaste; pero eso no se ha comprobado. Que trabaje en la medida que pueda soportar, y que no viole las leyes de la vida que les enseña a sus pacientes. No hay buenas razones para que trabaje demasiado y reciba dinero extra por hacerlo, más que el ministro o el redactor. Que todos los que (555) desempeñan una parte en la obra del Instituto y reciben pago por sus servicios, actúen de acuerdo con el mismo principio de liberalidad. A nadie se le debiera permitir continuar como ayudante en el Instituto si lo hace simplemente por el sueldo. Hay gente capacitada que, por amor a Cristo, a su causa y a los sufrientes seguidores del Maestro, ocuparán sus puestos en el Instituto con fidelidad y gozo, y con espíritu de sacrificio. Los que no tienen ese espíritu debieran hacerse a un lado y dejarles el lugar a los que lo poseen.

Hasta donde me es posible juzgar, la mitad de los enfermos de nuestro pueblo que debieran pasar semanas o meses en el Instituto, no pueden pagar todo el gasto de un viaje y estadía allí. ¿Permitiremos que la pobreza impida que esos amigos de nuestro Señor reciban las bendiciones que él ha provisto tan generosamente? ¿Los dejaremos seguir luchando con la doble carga de la debilidad y la pobreza? Los enfermos ricos, que disfrutan de todas las comodidades y conveniencias de la vida, y que pueden pagar para que otros les hagan el trabajo más pesado, pueden –con cuidados y reposo, adquiriendo información y tomando tratamientos caseros— gozar de un estado de salud muy confortable sin ir al Instituto. Pero ¿qué pueden hacer nuestros pobres y débiles hermanos o hermanas para recuperar su salud? Pueden hacer algo, pero la pobreza los impulsa a trabajar más de lo que pueden soportar. Ni siquiera disfrutan de las comodidades de la vida; y en cuanto a las conveniencias de espacio, muebles, medios de bañarse y arreglos para disfrutar de buena ventilación, simplemente no las poseen. Quizás su único cuarto está ocupado invierno y verano por una cocina; y puede ser que todos los libros que hay en casa —excepto por la Biblia— quepan entre el índice y el pulgar. No tienen dinero con el cual comprar libros para leer y aprender a vivir. Estos queridos hermanos son precisamente los que necesitan ayuda. Muchos son cristianos humildes. Pueden tener faltas, algunas de las cuales pueden ser antiguas y ser la causa de su pobreza y miseria actuales. Sin embargo, pueden estar viviendo conforme a su deber mejor que nosotros, que tenemos los medios de mejorar nuestra propia condición y la de otros. A los tales debemos enseñar con paciencia y ayudar con alegría.

Por su parte, estos hermanos deben mostrarse dispuestos y ansiosos de recibir instrucción. Deben acariciar un espíritu de gratitud a Dios y a sus hermanos por la ayuda que se les brinde. En general, estas personas no tienen una idea justa de lo que realmente cuesta el tratamiento, el cuarto, la comida, el combustible, etc., en el Instituto de Salud. No (556) se dan cuenta de la magnitud de la gran obra de la verdad presente y la reforma, y los muchos llamados a la liberalidad de nuestro pueblo. Quizás no se den cuenta de que el número de los pobres entre nosotros es muchas veces mayor que la cantidad de nuestros hermanos ricos. Y también puede ser que no sientan el impacto del hecho terrible de que la mayoría de estos ricos se aferran a sus riquezas y van en el camino seguro de la perdición.

A estos pobres afligidos se les debiera enseñar que cuando murmuran contra su suerte y contra los ricos debido a la codicia de éstos, cometen un gran pecado a la vista del cielo. Debieran comprender en primer lugar que su enfermedad y su pobreza son desgracias causadas en su mayor parte por sus propios pecados, necedades y actos equivocados; y si el Señor pone en el corazón y la mente de su pueblo el deseo de ayudarles, eso debiera inspirar en ellos sentimientos de humilde gratitud a Dios y a su pueblo. Debieran hacer todo lo que esté de su parte para ayudarse a sí mismos. Si tienen parientes que pueden y quieren afrontar sus gastos en el Instituto, dichas personas debieran tener el privilegio de hacerlo.

Y en vista de que hay tantos pobres y afligidos que de una forma u otra deben ser objeto de la caridad del Instituto, y por la falta de fondos y acomodaciones que se experimenta en la actualidad, la estadía

de estas personas en el Instituto debe ser breve. Debieran ir allá con la idea de obtener, con tanta rapidez y en la forma más completa que darse pueda, un conocimiento práctico de lo que deben o no hacer para recobrar la salud y vivir sanos. Los elementos principales que deben aprovechar estas personas son las conferencias que escuchen mientras están en el Instituto, y los buenos libros de los cuales aprendan cómo deben vivir en sus hogares. Si pasan algunas semanas en el Instituto podrán hallar algún alivio, pero lograrán más si aplican esos mismos principios en sus hogares. No deben confiaren que los médicos los curarán en unas pocas semanas; en cambio, deben aprender a vivir de modo que le den una oportunidad a la naturaleza para que efectúe la curación. Esto puede comenzar durante unas pocas semanas de estar en el Instituto, y sin embargo se pueden necesitar años para completar la obra estableciendo hábitos correctos en el hogar.

Un individuo puede gastar todo lo que tiene en este mundo para internarse en el Instituto de Salud y hallar mucho alivio, y luego volver a su familia y a sus antiguos hábitos de vida, para hallarse en pocas semanas o meses en una condición de salud peor que nunca antes. No (557) ha ganado nada; ha gastado sus escasos medios en vano. El objeto de la reforma pro salud y el Instituto de Salud no es como una dosis de "matadolores" u otro analgésico que alivie los dolores del momento. ¡No, de ninguna manera! Su gran objeto es enseñar al pueblo a vivir de modo que se le dé a la naturaleza una oportunidad de quitar la enfermedad y resistirla.

A los afligidos de entre nuestro pueblo quiero decirles: No se desanimen. Dios no ha abandonado a su pueblo y su causa. Hagan saber a los médicos su estado de salud y su capacidad de pagar por una visita al Instituto. Escriban al Instituto de Salud, Battle Creek, Michigan. Si usted está enfermo, sin energías, debilitado, no espere a que su caso sea desesperado. Escriba inmediatamente. Pero a los pobres debo decirles una vez más: En el momento presente poco se puede hacer para ayudarles debido a que el capital que ya se ha reunido está siendo invertido en material y edificios. Hagan por sí mismos todo lo que les sea posible, y otros les ayudarán en algo.

BREVE RESEÑA DE MIS ACTIVIDADES.-

Desde el 21 de Octubre al 22 de Diciembre de 1867

Nuestra labor con la iglesia de Battle Creek acababa de terminarse, y a pesar de sentirnos muy agotados, nos habíamos reanimado espiritualmente de tal manera al ver los buenos resultados que nos unimos alegremente al Hno. J. N. Andrews en el largo viaje a Maine. En el camino tuvimos una reunión en Roosevelt, Nueva York. El Testimonio No. 13 estaba haciendo su obra, y los hermanos que habían tomado parte en la deslealtad general estaban comenzando a ver las cosas en su verdadera luz. Esta reunión fue de arduo trabajo, y en ella se dieron certeros testimonios. Se hicieron confesiones, a las cuales siguió un retorno general al Señor de parte de los apóstatas y pecadores.

Nuestra obra en Maine comenzó con la conferencia de Norridgewock el 01 de Noviembre. La reunión fue muy concurrida. Como de costumbre, mi esposo y yo dimos un testimonio claro y certero en favor de la verdad y la debida disciplina, y contra las diferentes formas de error, confusión, fanatismo y desorden que surgen a raíz de la falta de dicha disciplina. Este testimonio se aplicaba especialmente a la condición de las cosas en Maine. Espíritus indisciplinados que profesaban guardar el sábado se hallaban en rebelión y trabajaban por difundir el desafecto a través de la conferencia. Satanás los ayudó, y tuvieron (558) cierto éxito. Los detalles son demasiado dolorosos y de muy escasa importancia general como para exponerlos aquí.

Baste decir en esta ocasión que debido a este espíritu de rebelión, de crítica y en ciertos casos de una especie de celos infantiles, murmuraciones y quejas, nuestra obra en Maine, que podría haberse realizado en dos semanas, requirió siete semanas del trabajo más duro, laborioso y desagradable. Cinco semanas se habían perdido, y más que perdido, para la causa en Maine; y nuestro pueblo en otras regiones de la Nueva Inglaterra, Nueva York y Ohio, fue privado de cinco reuniones generales debido a que tuvimos que quedamos en Maine. Pero al salir de ese estado nos sentimos confortados por el hecho

de que todos habían confesado su rebelión, y que unos pocos habían sido llevados a buscar al Señor y abrazarla verdad. Lo siguiente, relativo a los ministros, el orden y la organización, se aplica en forma especial a las condiciones existentes en Maine.

LOS PASTORES, EL ORDEN Y LA ORGANIZACIÓN.-

Algunos ministros han caído en el error de creer que no pueden hablar libremente en público si no elevan sus voces a un tono alto, y hablan fuerte y rápido. Los tales deberían comprender que el ruido y el hablar apresurado y en alta voz no son evidencias de la presencia del poder de Dios. No es el poder de la voz lo que hace una impresión duradera. Los ministros debieran ser estudiosos de la Biblia, y armarse plenamente con las razones de nuestra fe y esperanza, y así, con pleno control de la voz y los sentimientos, debieran expresar dichas razones de tal modo que el pueblo las pueda pesar con calma y decidir en base a las evidencias presentadas. Y cuando los ministros sientan la fuerza de los argumentos que presentan en la forma de verdades solemnes y probadoras, tendrán celo y fervor conforme a su conocimiento. El Espíritu de Dios santificará en sus propias almas las verdades que presentan a otros, y al regar otras vidas regarán también las suyas.

Vi que algunos de nuestros pastores no comprenden cómo preservar su fortaleza de modo que puedan realizarla mayor cantidad de trabajo sin agotarse. Los pastores no debieran orar tan fuerte y largo que agoten sus energías. No es necesario recargar la garganta y los pulmones al orar. El oído de Dios está siempre abierto para escuchar las peticiones sinceras de sus humildes siervos, y no requiere que al dirigirse a él (559) desgasten los órganos del habla. Lo que prevalece ante Dios es la confianza firme y perfecta, el acto de aferrarse sin vacilar a las promesas de Dios, la fe sencilla en que él existe y que recompensa a los que lo buscan con diligencia.

Los pastores debieran disciplinarse y aprender a realizar la mayor cantidad de trabajo en el breve período que se les asigna, preservando al mismo tiempo buena parte de su energía, de modo que, si se requiere de ellos un esfuerzo extra, puedan tener una reserva de fuerza vital suficiente para la ocasión, y usarla sin dañarse a sí mismos. A veces se necesita toda su fuerza para hacer un esfuerzo en un momento dado, y si antes habían agotado su reserva de energía y no pueden proyectar el poder necesario para hacer este esfuerzo, todo lo que habían logrado hasta entonces se pierde. En ciertas ocasiones se pueden requerir todas las energías físicas y mentales para establecer la posición más firme, para ordenar las evidencias en la luz más clara y presentarlas ante el pueblo en la forma más definida, urgiendo su aceptación con los llamados más convincentes. Cuando las almas están a punto de dejar las filas del enemigo y pasarse del lado del Señor, el conflicto es más severo y personal. Satanás y sus ángeles no quieren que nadie que haya servido bajo el estandarte de las tinieblas tome posición bajo la bandera ensangrentada del Príncipe Emanuel.

Se me mostraron ejércitos opuestos que habían soportado una penosa lucha en la batalla. Ninguno había ganado la victoria, y por fin los leales se dieron cuenta de que su poder y fortaleza se estaban desvaneciendo, y que no podrían silenciar a sus enemigos a menos que por un ataque concertado lograran apoderarse de sus instrumentos de guerra. Entonces, y a riesgo de sus vidas, reúnen todas sus energías y se lanzan hacia el enemigo. El conflicto es feroz, pero se gana la victoria y se capturan las fortalezas. Si en el momento crítico el ejército se hallara tan débil y exhausto que le fuera imposible practicar la última carga y derribar las fortificaciones del enemigo, se perdería todo el esfuerzo de días, semanas y aun meses enteros; muchas vidas serían sacrificadas y no se ganaría nada.

Ante nosotros se extiende una obra similar. Muchos están convencidos de que tenemos la verdad, y sin embargo se hallan sujetos como con bandas de hierro. No se atreven a afrontar las consecuencias de tomar su posición del lado de la verdad. Muchos están en el valle de la decisión; allí se necesitan llamados especiales, personales y directos para motivarlos a soltar las armas de su milicia y tomar posición del (560) lado del Señor. Justamente en este período crítico, Satanás echa sus más fuertes grillos en torno a estas almas. Si los siervos de Dios están completamente exhaustos, habiendo gastado

su reserva de fuerza física y mental, piensan entonces que no pueden hacer nada más, y con frecuencia abandonan totalmente el campo, para comenzar operaciones en otro lugar. Así, todo o casi todo el tiempo, los medios y labores se han gastado por nada. Hasta es peor que si nunca hubieran comenzado obra en ese lugar, porque una vez que el pueblo ha sido profundamente convicto por el Espíritu de Dios y llevado al punto de la decisión, y luego es dejado para que pierda el interés y haga decisiones contrarias a las evidencias presentadas, no se los puede volver a llevar muy fácilmente al punto en que sus mentes se interesen nuevamente en el tema. En muchos casos ya han hecho su decisión final.

Si los ministros preservaran fuerzas de reserva, y en el punto mismo cuando todo parece ser más difícil hicieran los esfuerzos más fervientes, los llamados más poderosos, las aplicaciones más personales y, como valientes soldados, se lanzaran contra el enemigo en el momento crítico, ganarían la victoria. Las almas tendrían fuerza para quebrantar los grillos de Satanás y hacer sus decisiones para vida eterna. Una labor bien dirigida en el momento correcto hará que un esfuerzo prolongado tenga éxito, mientras que si se abandona el trabajo aunque sea por unos pocos días, en muchos casos causará un fracaso total. Los ministros deben entregarse a la obra como misioneros, y aprender cómo hacer que sus esfuerzos obtengan la mayor ventaja posible.

Algunos pastores, al comienzo mismo de una serie de reuniones se llenan de celo, se echan cargas que Dios no requiere que lleven, agotan sus energías en cantos y en oraciones y discursos largos y a gran voz; y luego se sienten agotados, y tienen que irse a casa a descansar. ¿Qué se logró en ese esfuerzo? Literalmente, nada. Los obreros tenían espíritu y celo, pero les faltaba entendimiento. No manifestaron dirección sabia. Corrían en el carro de los sentimientos, pero no se ganó una sola victoria contra el enemigo. No se conquistó su fortaleza.

Se me mostró que los ministros de Jesucristo debían disciplinarse para la guerra. Se requiere mayor sabiduría en la conducción de la obra de Dios que la que se requiere de los generales en los conflictos de las naciones. Los ministros que han sido escogidos por Dios están ocupados en una gran tarea. Combaten no sólo contra los hombres, sino también contra Satanás y sus ángeles. Aquí se requiere dirección sabia. Deben transformarse en estudiosos de la Biblia y entregarse (561) plenamente a la tarea. Si comienzan a trabajar en un lugar, deben ser capaces de exponer las razones de nuestra fe, no en forma ostentosa ni agresiva, sino con humildad y temor. El poder que convence surge de los argumentos poderosos presentados con humildad y en el temor de Dios.

Se necesitan ministros de Jesucristo que sean capaces de hacer la obra en estos peligrosos días finales, hábiles en palabra y doctrina, que comprendan bien las Escrituras, y sepan explicar las razones de nuestra fe. Se me dirigió la atención a los siguientes pasajes, cuyo significado algunos pastores no han captado: "Santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros". "Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno". "Porque el siervo de Dios no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocerla verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él".

Se requiere del hombre de Dios, el ministro de Jesucristo, que esté plenamente preparado para toda buena obra. Para esta buena obra no se necesitan pastores pomposos, hinchados de dignidad. Pero en el púlpito es necesario el decoro. Un ministro del evangelio no debe ser descuidado en su actitud. Si es un representante de Cristo, su comportamiento, su actitud y sus gestos deben ser de carácter tal que no disgusten a los espectadores. Los ministros deben dejar de lado todas sus maneras, actitudes y gestos toscos, y debieran cultivar en sí mismos una humilde dignidad en el porte. Deben vestir en forma apropiada a la dignidad de su posición. Sus palabras deben ser en todo respecto solemnes y bien escogidas. Se me mostró que no es correcto usar expresiones toscas e irreverentes, relatar anécdotas con el fin de divertir, o presentar ilustraciones cómicas para hacer reír. El sarcasmo y el usar las

expresiones de un oponente para hacer con ellas juegos de palabras son prácticas fuera del orden divino. Los ministros no deben sentir que no pueden hacer mejoras en su voz o sus maneras; hay mucho que se puede hacer. Se puede cultivar la voz de modo que aun los discursos largos no dañen los órganos vocales.

Los ministros debieran amar el orden y disciplinarse a sí mismos; entonces pueden disciplinar con éxito a la iglesia de Dios, y enseñar a (562) sus miembros a trabajar armoniosamente, como una compañía de soldados bien entrenados. Si para la acción exitosa en el campo de batalla son necesarios el orden y la disciplina, en la obra en que estamos empeñados se los necesita tanto más cuanto mayor es el valor del objetivo que procuramos lograr, y más elevado es su carácter que el de los blancos por los cuales contienden las fuerzas antagónicas en el campo de batalla. En el conflicto en que estamos empeñados, hay en juego intereses eternos.

Los ángeles trabajan en armonía. Un orden perfecto caracteriza todos sus movimientos. Mientras más de cerca imitamos la armonía y el orden de la hueste angélica, mayor éxito tendrán los esfuerzos que hagan estos agentes celestiales en favor nuestro. Si no vemos la necesidad de acción armoniosa, y somos desordenados, indisciplinados y desorganizados en nuestro curso de acción, los ángeles, que están cabalmente organizados y se mueven en perfecto orden, no pueden trabajar con éxito por nosotros. Se alejan llenos de tristeza, porque no están autorizados a bendecir la confusión, la distracción y la desorganización. Todos los que desean la cooperación de los mensajeros celestiales deben trabajar al unísono con ellos. Los que tienen la unción de lo alto promoverán en todos sus esfuerzos el orden, la disciplina y la unidad de acción, y entonces los ángeles de Dios pueden cooperar con ellos. Pero estos mensajeros celestiales jamás pondrán su aprobación sobre la irregularidad, la desorganización y el desorden. Todos estos males son el resultado de los esfuerzos que hace Satanás por debilitar nuestras fuerzas, destruir nuestro valore impedir la acción eficaz.

Satanás sabe muy bien que el éxito sólo puede ser el resultado del orden y la acción armoniosa. Bien sabe que todo lo conectado con el cielo está en perfecto orden, que la subordinación y la disciplina más completa marcan los movimientos de la hueste angélica. Se esfuerza en forma deliberada para llevar a los cristianos profesos tan lejos de las disposiciones celestiales como le sea posible. Por lo tanto, engaña aun al pueblo profeso de Dios y los hace creer que el orden y la disciplina son enemigos de la espiritualidad, que la única conducta segura para ellos consiste en dejar que cada uno siga su propio camino, y en permanecer especialmente distintos de los cuerpos de cristianos que están unidos y trabajan por establecer disciplina y armonía de acción. Todos los esfuerzos hechos por establecer orden son considerados peligrosos, una restricción de la legítima libertad, y por lo tanto dignos de ser temidos como el papismo. Estas almas engañadas consideran (563) que es una virtud hacer alarde de su libertad de pensar y actuar en forma independiente. No aceptan el dicho de nadie. No se unen con nadie. Se me mostró que la obra especial de Satanás es llevar a los individuos a sentir que su acto de avanzar por sí mismos está de acuerdo con los propósitos de Dios, y que deben escoger su propio rumbo, independiente de sus hermanos.

Se me hizo volver la mirada a los hijos de Israel. Muy pronto después que dejaron Egipto fueron organizados y disciplinados cabalmente. En su providencia especial, Dios había calificado a Moisés para que se pusiera a la cabeza de los ejércitos de Israel. Había sido un poderoso guerrero en su conducción de los ejércitos egipcios, y en su liderazgo ningún hombre lo sobrepasaba. El Señor no dejó que su santo tabernáculo fuera llevado indiscriminadamente por cualquier tribu que quisiera hacerlo. Fue sumamente cuidadoso, al punto de especificar el orden que quería que se observara en el transporte del arca sagrada, y designar una familia especial de entre los levitas para llevarla. Cuando convenía para bien del pueblo y para la gloria de Dios que levantaran sus tiendas en cierto lugar, Dios les revelaba su voluntad haciendo que el pilar de nube descansara directamente sobre el tabernáculo, donde permanecía hasta cuando él decidiera que debían reanudar la marcha. En todas sus jornadas se requería de ellos que observaran perfecto orden. Cada tribu llevaba un estandarte con el signo de la casa de su

padre sobre él, y se requería que cada tribu acampara bajo su propio estandarte. Cuando el arca se movía, los ejércitos avanzaban y las diferentes tribus marchaban en orden bajo sus propios estandartes. El Señor designó a los levitas como la tribu en cuyo medio se debía transportar el arca sagrada. Moisés y Aarón marchaban justo al frente del arca, y los hijos de Aarón los seguían de cerca, cada uno de ellos llevando una trompeta. Debían recibir las instrucciones de Moisés, y comunicarlas al pueblo por medio de las trompetas. Esos instrumentos producían sonidos especiales que el pueblo comprendía, moviéndose entonces en la forma correspondiente.

Los trompeteros daban primero una señal para llamar la atención de la gente; luego, todos debían estar atentos y obedecer el sonido claro de las trompetas. No había confusión de sonido en las voces de las trompetas; por lo tanto, no había excusa para la confusión en los movimientos. El jefe de cada compañía daba instrucciones definidas con respecto a los movimientos que debían ejecutar, y ninguno que pusiera atención era dejado en la ignorancia con respecto a lo que (564) debía hacer. Si alguien no cumplía con los requerimientos que el Señor le daba a Moisés, y que éste comunicaba al pueblo, era castigado con la muerte. No le servía de nada la excusa de que no sabía la naturaleza de esos requerimientos, porque con ella sólo probaba su ignorancia voluntaria; recibía así el justo castigo de su transgresión. Si no sabían la voluntad de Dios concerniente a ellos, era su propia culpa. Habían tenido las mismas oportunidades de obtener el conocimiento impartido que el resto del pueblo había tenido. Por eso, su pecado de no saber, de no comprender, era tan grande a la vista de Dios como si hubieran escuchado y luego transgredido.

El Señor designó una familia especial de la tribu de Leví para que llevara el arca. Otros de entre los levitas fueron especialmente señalados por Dios para llevar el tabernáculo y todos sus muebles, y para realizar la obra de erigirlo y desarmarlo. Y si cualquier persona, llevada por la curiosidad o por desorden se salía de su lugar y tocaba cualquier parte del santuario o los muebles, o hasta se acercaba a cualquiera de los obreros, debía sufrir la muerte. Dios no dejó su santo tabernáculo para que fuera llevado, armado o desarmado indiscriminadamente por cualquier tribu que pudiera elegir el cargo. En cambio, se eligieron personas que pudieran apreciar el carácter sagrado de la obra en que estaban ocupadas. A esos hombres elegidos por Dios se les indicó que impresionaran al pueblo con el carácter especialmente sagrado del arca y de todo lo que tuviera conexión con ella, de modo que no miraran a esas cosas sin darse cuenta de su naturaleza santa y fueran cortados de Israel. Todas las cosas pertenecientes al lugar santísimo debían ser consideradas con reverencia.

Los viajes de los hijos de Israel están fielmente descritos; la liberación que el Señor realizó en favor de ellos, su perfecta organización y orden especial, su pecado al murmurar contra Moisés, y de ese modo contra Dios, sus transgresiones, sus rebeliones, sus castigos, sus cadáveres esparcidos en el desierto por no haber querido someterse a las sabias disposiciones de Dios. Todo este fiel cuadro se despliega ante nosotros como una amonestación para que no sigamos su ejemplo de desobediencia, y caigamos como ellos.

"Pero de los más de ellos no se agradó Dios; por lo cual quedaron postrados en el desierto. Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron. Ni seáis idólatras, como algunos de ellos, según está escrito: Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a jugar. Ni forniquemos, (565) como algunos de ellos fornicaron, y cayeron en un día veintitrés mil. Ni tentemos al Señor, como también algunos de ellos le tentaron, y perecieron por las serpientes. Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el destructor. Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos. Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga" (1 Cor. 10:5-12). ¿Ha dejado Dios de ser un Dios de orden? No; es el mismo en la dispensación actual como en la anterior. Pablo dice: "Dios no es Dios de confusión, sino de paz" (1 Cor. 14:33). Pone hoy tanta atención a los detalles como entonces. Y es su designio que aprendamos lecciones de orden y organización a partir del orden perfecto instituido en los días de Moisés para beneficio de los hijos de

Israel.

OTRAS LABORES.-
Experiencias desde el 23 de Diciembre de 1867 al 01 de Febrero de 1868.
Continuaré ahora relatando incidentes, y quizás la mejor idea que pueda dar de nuestras labores hasta la temporada de la reunión realizada en Vermont, sea con la transcripción de una carta que le escribí a mi hijo, que estaba en Battle Creek, el 27 de Diciembre de 1867.
"Mi querido hijo Edson: Te escribo sentada al escritorio del Hno. D. T. Bourdeau, en West Enosburgh, Vermont. Cuando se terminó nuestra reunión de Topsham, Maine, me sentí sumamente agotada. Mientras llenaba mi baúl, casi me desmayé por la debilidad. La última obra que hice allí fue reunir a la familia del Hno. A y tener una entrevista especial con ellos. Me dirigí a esa querida familia y les hice llegar palabras de exhortación y consuelo, y también de corrección y consejo a uno conectado con ellos. Todo lo que dije fue recibido plenamente y seguido de confesión, llanto y mucho alivio para el Hno. y la Hna. A. Para mí esta obra es pesada y me produce mucho desgaste.
"Después que nos acomodamos en los vagones, me recosté y descansé aproximadamente una hora. Teníamos esa tarde un compromiso en Westbrook, Maine, para encontrarnos con los hermanos de Portland y sus alrededores. Nos alojamos en casa de la bondadosa familia del Hno. Martín. Durante la tarde no pude permanecer sentada; pero como me urgieron a estar en la reunión de la noche, fui a la escuela (566) sintiendo que no tendría fuerzas para ponerme de pie y dirigirme al pueblo. La casa estaba llena de oyentes profundamente interesados. El Hno. Andrews dio comienzo a la reunión y habló un corto tiempo. Tu padre lo siguió con algunas observaciones. Me puse entonces de pie, y apenas había pronunciado unas pocas palabras cuando sentí que mis fuerzas se renovaban por completo. Parecía como si toda mi debilidad me hubiera abandonado, y hablé alrededor de una hora con perfecta libertad. Sentí una gratitud inexpresable por esta ayuda que Dios me concedió en el preciso momento en que más la necesitaba. El miércoles por la noche hablé libremente durante casi dos horas acerca de las reformas relativas a la salud y la vestimenta. El ver cómo se renovó tan inesperadamente mi energía, después de haberme sentido totalmente exhausta antes de esas dos reuniones, ha sido una fuente de mucho ánimo para mí.
"La visita que hicimos a la familia del Hno. Martin nos dio mucha alegría, y esperamos ver a sus queridos hijos entregar sus corazones a Cristo, y con sus padres pelear la batalla cristiana, y obtener la corona de inmortalidad cuando se haya ganado la victoria.
"El jueves volvimos a Portland y comimos con la familia del Hno. Gowell. Tuvimos una entrevista especial con ellos, la cual esperamos que los beneficie. Nos interesa mucho el caso de la esposa del Hno. Gowell. El corazón de esta madre está desgarrado porque ha visto a sus hijos en aflicción y muerte, y sepultados en la tumba silenciosa. A los que duermen les irá bien. Dios quiera que la madre busque toda la verdad y se haga tesoros en el cielo, para que cuando venga el Dador de la vida a libertara los cautivos de la gran cárcel de la muerte, se encuentren el padre, la madre y los hijos, y se reanuden los eslabones rotos de la cadena familiar, para nunca más ser cortados.
"El hermano Gowell nos llevó a la estación en su carruaje. Apenas alcanzamos a subir al tren antes que partiera. Viajamos cinco horas, y nos encontramos con el Hno. A. W. Smith en la estación de Manchester, que nos esperaba para llevarnos a su casa en dicha ciudad. Allí esperábamos poder descansar por una noche; pero había una buena cantidad de personas que nos esperaban. Habían viajado unos 14 kilómetros desde Amherst para reunirse con nosotros. Tuvimos una reunión muy agradable, la cual esperamos que haya sido útil para todos. Nos retiramos a descansar a eso de las diez. Temprano a la mañana siguiente dejamos el cómodo y hospitalario hogar del Hno. Smith para continuar nuestra jornada a Washington. La ruta era lenta y tediosa. Dejamos el (567) tren en Hillsborough, y hallamos medios de transporte esperando para llevamos los veinte kilómetros restantes hasta Washington. El Hno. Colby tenía un trineo y frazadas, y viajamos con bastante comodidad hasta

que estuvimos a pocos kilómetros de nuestro destino. No había suficiente nieve para que el trineo se deslizara sin dificultad. El viento comenzó a soplar, y durante los tres o cuatro kilómetros finales nos lanzaba a la cara y los ojos el aguanieve que caía, lo cual producía dolor, y nos helaba casi hasta congelamos. Por fin hallamos refugio en el acogedor hogar del Hno. C. K. Farnsworth. Hicieron todo lo posible para nuestra comodidad, y todo se arregló de modo que pudiéramos descansar tanto como fuese posible. Y te aseguro que fue poco.

"El sábado, tu padre habló poco después del mediodía, y después de una pausa de unos veinte minutos presenté un testimonio de reprensión a varios que estaban usando tabaco, y también para el Hno. Ball, que había estado fortaleciendo las manos de nuestros enemigos al ridiculizar las visiones y publicar expresiones amargas contra nosotros en el periódico Crisis, de Boston, y en la Esperanza de Israel, un periódico publicado en Iowa. Se citó a la reunión de la tarde en casa del Hno. Farnsworth. La iglesia estuvo presente, y allí tu padre le pidió al Hno. Ball que expresara sus objeciones contra las visiones y diera una oportunidad para responder a ellas. Así se pasó la tarde. El Hno. Ball manifestó mucha inflexibilidad y oposición. Admitió que en algunos puntos estaba satisfecho, pero mantuvo firmemente su posición. El Hno. Andrews y tu padre hablaron con claridad, explicando asuntos que él había comprendido mal, y condenando su injusta conducta para con los adventistas guardadores del sábado. Todos sentimos que habíamos hecho lo mejor posible ese día por debilitar las fuerzas del enemigo. La reunión continuó hasta pasadas las diez de la noche.

"A la mañana siguiente asistimos nuevamente a las reuniones en la capilla. Tu padre habló en la mañana. Pero justo antes que él comenzara a hablar, el enemigo hizo que un pobre y débil hermano sintiera que tenía una carga asombrosa relativa a la iglesia. Con grandes aspavientos, habló, gimió y lloró, y actuó como si le hubiera sobrevenido una terrible carga, que nadie logró comprender. Nosotros nos esforzábamos por hacer que los que profesaban la verdad vieran su espantoso estado de oscuridad y apostasía delante de Dios, y lo confesaran con humilde sinceridad, volviéndose así al Señor con sincero arrepentimiento, de modo que él pudiera volver a ellos y sanar sus apostasías. Satanás procuró estorbar la obra empujando a esa pobre (568) alma inestable a que causara disgusto en los que deseaban actuar en forma razonable. Me levanté y le dirigí a ese hombre un testimonio claro. No había tomado ningún alimento por dos días, y Satanás lo había engañado y empujado más allá de sus límites.

"Tu padre entonces predicó. Tuvimos unos momentos de intermedio, y luego traté de hablar sobre las reformas de salud y la vestimenta, y presenté un testimonio claro a los que habían estado estorbando el camino de los jóvenes y los incrédulos. Dios me ayudó a hablarle con claridad al Hno. Ball, y a decirle en el nombre del Señor lo que estaba haciendo. Esto lo afectó mucho.

"Una vez más celebramos una reunión vespertina en casa del Hno. Farnsworth. El tiempo estuvo tormentoso durante las reuniones; sin embargo el Hno. Ball no faltó a ninguna de ellas. Se continuó con el mismo tema, la investigación del rumbo que él había mantenido. Si alguna vez el Señor le ayudó a un hombrea expresarse, lo hizo esa noche con el Hno. Andrews, quien enfocó el tema del sufrimiento por causa de Cristo. Se mencionó el caso de Moisés, que rehusó ser llamado hijo de la hija de Faraón, escogiendo más bien sufrir aflicción con el pueblo de Dios que gozar por un tiempo de los placeres del pecado, considerando el reproche de Cristo como mayor riqueza que los tesoros de Egipto, porque respetaba la recompensa del galardón. El Hno. Andrews mostró que este ejemplo era uno entre muchos en que el reproche de Cristo fue estimado superior a las riquezas y la honra mundanales, los títulos altisonantes, la expectativa de una corona, y la gloria de un reino. El ojo de la fe estuvo fijo en el glorioso futuro, y la recompensa del galardón fue considerada de tal valor que hizo que las cosas más preciosas que puede ofrecer el mundo parecieran no tener valor alguno. Los hijos de Dios soportaron burlas, azotes, cadenas y prisiones; fueron apedreados, aserrados, tentados, errantes, vestidos de pieles de ovejas y de cabras, desposeídos, afligidos, atormentados; y sostenidos por la esperanza y la fe, pudieron considerar livianas esas aflicciones. El futuro, la vida eterna, les parecía de tal valor que sentían que sus sufrimientos eran pequeños en comparación con la recompensa del galardón.

"El Hno. Andrews relató el caso de un fiel cristiano que estaba por sufrir el martirio a causa de su fe. Otro cristiano había estado conversando con él con respecto al poder de la esperanza cristiana, deseando saber si ésta sería lo suficiente fuerte como para sostenerlo mientras su carne se consumía en el fuego. Le pidió a su hermano, que estaba (569) por sufrir el martirio, que le diera una señal si la fe y la esperanza cristianas eran más fuertes que el fuego devorador. Esperaba que el turno próximo le tocaría a él, y dicha señal lo fortalecería para afrontar las llamas. El mártir le prometió que le daría la señal. Fue llevado a la estaca entre las burlas y provocaciones de la multitud de ociosos que se habían congregado para ver cómo el cristiano se consumía en la hoguera. Se trajo la leña y se encendió el fuego, y el compañero cristiano fijó sus ojos en el mártir moribundo, sintiendo que mucho dependía de la señal. El fuego ardió y ardió, la carne se ennegreció, pero la señal no venía. El cristiano no apartó un momento sus ojos de la terrible escena. Los brazos ya se habían tostado, y no había señales de vida. Todos pensaban que el fuego había hecho su obra y que no quedaba ya rastro de vida. Mas ¡oh maravilla! ¡De entre las llamas los dos brazos se alzaron de pronto hacia el cielo! El cristiano, cuyo corazón comenzaba a desfallecer, contempló la gozosa señal; todo su ser se estremeció, y renovó su fe, su esperanza y su valor. De sus ojos brotaron lágrimas de gozo.

"Al referirse el Hno. Andrews a los brazos ennegrecidos y quemados que se alzaron al cielo entre las llamas, él también se puso a llorar como un niño. Casi toda la congregación estaba conmovida hasta las lágrimas. La reunión concluyó a eso de las diez. Las nubes de tinieblas se habían disipado en forma dramática. El Hno. Hemingway se levantó y dijo que había estado en completa apostasía, usando tabaco, oponiéndose a las visiones y persiguiendo a su esposa por creer en ellas, pero declaró que no volvería a hacer eso. Nos pidió perdón a ella y a todos. Su esposa habló con gran sentimiento. Su hija y otros más se levantaron para orar. El Hno. Hemingway declaró que el testimonio que la Hna. White había expresado parecía venir directamente desde el trono, y que nunca volvería a atreverse a presentarle oposición.

"El Hno. Ball dijo entonces que si las cosas eran como nosotros las veíamos, entonces su caso era muy malo. Declaró que él sabía que había estado en apostasía durante años, y que había estorbado el camino de los jóvenes. Agradecimos a Dios por esa admisión. Decidimos salir el lunes temprano por la mañana, pues teníamos un compromiso en Braintree, Vermont, para encontramos con unos treinta guardadores del sábado. Pero el tiempo estaba muy frío, inclemente y huracanado como para viajar cuarenta kilómetros después de una labor tan sostenida, y finalmente decidimos esperar y continuarla obra en Washington hasta que el Hno. Ball se decidiera por la verdad o en contra de ella, (570) de tal modo que la iglesia pudiera descansar en lo referente a su caso.

"Las reuniones comenzaron el lunes a las 10 de la mañana. Los Hnos. Rodman y Howard estaban presentes. Se mandó buscar al Hno. Newell Mead para que asistiera a la reunión, el cual estaba muy débil y nervioso, casi exactamente como tu padre en su enfermedad pasada. Una vez más se hizo énfasis en la condición de la iglesia, y se pasó la censura más severa sobre los que habían estorbado su prosperidad. Con los ruegos más fervientes les rogamos que se convirtieran a Dios y se orientaran en la dirección debida. El Señor nos ayudó en la obra; el Hno. Ball se sintió conmovido, pero actuó con lentitud. Su esposa se sentía profundamente conmovida por la situación de él. Nuestra reunión matinal se clausuró a eso de las tres o las cuatro de la tarde. Habíamos pasado todas esas horas ocupados, primero uno de nosotros, luego otro, trabajando con fervor por la juventud inconversa. Decidimos hacer otra reunión esa tarde, a las seis.

"Poco antes de comenzar, se me recordaron algunas interesantes escenas que habían pasado ante mí en visión, y las mencioné a los Hnos. Andrews, Rodman, Howard, Mead y varios otros que estaban presentes. Me parecía que los ángeles estaban rasgando la nube y dejando pasar los rayos de luz del cielo. El tema que se presentó tan vívidamente era el caso de Moisés. Exclamé: '¡Oh, si yo tuviera la habilidad de un artista, para describirla escena de Moisés en el monte!' Su fuerza se mantuvo firme. 'No perdió su vigor', es el lenguaje de las Escrituras. Sus ojos nunca se

oscurecieron, a pesar de haber subido al monte a morir. Los ángeles lo enterraron, pero el Hijo de Dios bajó, lo levantó de los muertos y lo llevó al cielo. Pero antes Dios le concedió una vista de la tierra prometida, con su bendición sobre ella. Parecía un segundo Edén. Como un panorama todo eso pasó ante su vista. Se le mostró la aparición de Cristo en su primer advenimiento, su rechazo por parte de la nación judía, y su muerte en la cruz. Moisés vio luego la segunda venida de Cristo y la resurrección de los justos. Hablé también del encuentro de los dos Adanes —Adán el primero, y Cristo el segundo Adán— cuando el Edén vuelva a florecer en la tierra. Me propongo escribir los detalles de estos interesantes puntos para publicarlos en el Testimonio No. 14. Los hermanos quisieron que repitiera esto en la reunión de la tarde.

"Nuestra reunión durante el día había sido muy solemne. El domingo de tarde sentí pesar tal carga sobre mí, que lloré a viva voz por una media hora. El lunes se habían hecho llamados solemnes, y ahora el (571) Señor los estaba haciendo llegar al blanco. El martes por la tarde me fui a la reunión sintiéndome un poco más aliviada. Hablé con toda soltura acerca de temas que había visto en visión, y que ya he referido. Nuestra reunión fue muy libre. El Hno. Howard lloró como un niño, así como también el Hno. Rodman. El Hno. Andrews habló en forma fervorosa y conmovedora, y derramó lágrimas. El Hno. Ball se levantó y confesó que esa tarde parecían haber en él dos espíritus, uno de los cuales le decía: ¿Puedes dudar que este testimonio de la Sra. White viene del cielo?' Otro espíritu presentaba ante su mente las objeciones que había desplegado ante los enemigos de nuestra fe. '¡ Oh! Si pudiera sentirme satisfecho –dijo él— acerca de todas estas objeciones, si pudieran ser quitadas, sentiría que le había hecho un gran mal a la Hna. White. No hace mucho envié un artículo al periódico La Esperanza de Israel. ¡Qué no daría por tener aquí ese artículo!' Demostró tener profundos sentimientos, y lloró profusamente. El Espíritu del Señor estaba en la reunión. Los ángeles de Dios parecieron acercarse mucho, haciendo retroceder a los ángeles malos. Nuestra reunión terminó bien.

Quedamos de acuerdo en hacer otra reunión más al día siguiente, comenzando a las 10 de la mañana. Hablé de la humillación y glorificación de Cristo. El Hno. Ball se sentó cerca de mí, y lloró sin cesar mientras yo hablaba. Hablé durante una hora, y luego comenzamos nuestras labores por los jóvenes. Los padres habían ido a la reunión llevando consigo a sus hijos para que recibieran la bendición. El Hno. Ball se levantó y confesó humildemente que no había vivido como debía delante de su familia. Confesó ante sus hijos y su esposa que había estado en una condición de apostasía, y que en vez de haber sido una ayuda para ellos, había servido más bien de estorbo. Las lágrimas fluyeron libremente; su fuerte cuerpo se sacudía, y los sollozos no lo dejaban hablar.

"El Hno. Jaime Farnsworth se había dejado influenciar por el Hno. Ball, y no había estado en plena comunión con los adventistas guardadores del sábado. Hizo confesión con lágrimas. Luego les hicimos llegar fervientes ruegos a los jóvenes, hasta que trece de ellos se levantaron y expresaron su deseo de ser cristianos. Entre ellos estaban los hijos del Hno. Ball. Uno o dos se fueron antes de terminar, porque debían volver a casa. Un joven de unos veinte años de edad había caminado más de sesenta kilómetros para vernos y escuchar la verdad. Nunca había profesado una religión, pero antes de irse hizo su decisión (572) por el Señor. Esa reunión fue una de las mejores. Al concluir, el Hno. Ball se acercó a tu padre y confesó con lágrimas que le había hecho mal, y le rogó que lo perdonara. Luego se me acercó y confesó queme había hecho un gran daño. '¿Puede usted perdonarme y orar a Dios para que me perdone?', dijo. Le aseguramos que lo perdonaríamos tan libremente como esperábamos ser perdonados. Nos separamos de todos con muchas lágrimas, sintiendo que la bendición del cielo descansaba sobre nosotros. En la tarde no tuvimos reunión.

"El jueves nos levantamos a las cuatro de la mañana. Por la noche había llovido, y todavía duraba la lluvia; sin embargo nos aventuramos a comenzar nuestro viaje a Bellows Falls, una distancia de casi cuarenta kilómetros. Los primeros seis fueron muy escabrosos porque tomamos una huella privada a través de los campos para evitar unas colinas de mucha pendiente. Pasamos sobre piedras y por campos arados, donde casi nos caíamos del trineo. A eso de la salida del sol, la tormenta se disipó, y una vez

que llegamos al camino público adelantamos con mucho mayor comodidad. El clima estaba muy agradable; no podíamos haber pedido un día más bonito para viajar. Al llegar a Bellows Falls descubrimos que estábamos una hora tarde para el tren expreso, y una hora temprano para el siguiente. No podríamos llegar a St. Albans antes de las nueve de la noche. Buscamos un lugar confortable en un vagón de buena apariencia, luego tomamos nuestra cena y gozamos de los sencillos alimentos. Después nos preparamos a dormir si nos era posible.

"Mientras estaba dormida, alguien me sacudió vigorosamente el hombro. Al despertar, vi ante mí a una dama de agradable aspecto, que me dijo: '¿No me reconoce? Soy la Hna. Chase. El tren está en White River y para poco rato. Vivo cerca de aquí, y esta semana he venido cada día a revisar los vagones por si los encontraba a ustedes'. Entonces recordé que habíamos almorzado en la casa de ella, en Newport. Se mostró muy feliz de vernos. Ella y su madre guardaban el sábado, solas. Su esposo es conductor de los trenes. Esta hermana hablaba rápido. Nos dijo que le gustaba mucho la Review, porque no había reuniones a las cuales asistir. Quería libros para distribuir entre sus vecinos, pero tenía que ganar por sí misma todo el dinero que gastaba en libros o en la revista. Tuvimos una buena entrevista, aunque corta, porque el tren partió y tuvimos que separarnos.

"En St. Albans nos encontramos con los Hnos. Gould y A. C. Bourdeau. El Hno. B. tenía un carruaje cómodo y cubierto, tirado por (573) dos caballos, pero guiaba muy despacio, de modo que no llegamos a Enosburgh sino después de la una de la mañana, cansados y ateridos de frío. Nos acostamos un poco después de las dos, y dormimos hasta después de las siete.

"Sábado de mañana. Hay una buena cantidad de gente a pesar de que los caminos están malos; no los pasan bien ni los trineos ni los vagones. Acabo de estar en una reunión, y pasé unos momentos en conferencia. Tu padre habla esta mañana, y yo en la tarde. Que el Señor nos ayude, es mi oración. Ya ves qué larga es la carta que te he escrito. Léesela a los que estén interesados, especialmente al papá y a la mamá White. Tú ves, Edson, que tenemos suficiente trabajo que hacer. Espero que no descuides el orar por nosotros. Tu padre traba] a duro, demasiado duro para su bienestar. A veces se da cuenta de haber recibido la bendición especial de Dios, y esto lo renueva y reanima en la obra. No nos hemos permitido ningún descanso desde que llegamos al Este. Hemos trabajado con todas nuestras fuerzas. Dios quiera bendecir nuestros débiles esfuerzos para el bien de su querido pueblo.

"Edson, espero que adornes tu profesión por una vida bien ordenada y una conversación piadosa. ¡Oh, sé ferviente! Sé celoso y perseverante en la obra. Vela en oración. Cultiva la humildad y la mansedumbre. Esto recibirá la aprobación de Dios. Escóndete en Jesús; sacrifica el amor propio y el orgullo, y procura obtener, hijo mío, una rica experiencia cristiana para usarla en cualquier posición que Dios requiera que ocupes. Busca hacer una obra completa y de corazón. Una obra superficial no pasará la prueba del juicio. Procura una transformación completa que te distinga del mundo. Que no se manchen tus manos, tu corazón ni tu carácter por la corrupción que hay en él. Mantén tu distinción. Dios llama diciendo: 'Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso'. 'Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios'.

"Sobre nosotros descansa la obra de perfeccionar la santidad. Cuando Dios nos vea hacer todo lo que podemos de nuestra parte, entonces nos ayudará. Los ángeles nos ayudarán, y seremos fuertes por medio de Cristo que nos fortalece. No descuides la oración secreta. Ora por ti mismo. Crece en la gracia, avanza, note detengas, no retrocedas. Sigue adelante, a la victoria. Ten valor en el Señor, mi muchacho (574) querido. Sólo un poco más de lucha con el gran adversario, y vendrá la liberación, y entregaremos la armadura a los pies de nuestro amado Redentor. Persevera hasta vencer cada obstáculo. Si el futuro parece algo nublado, sigue esperando, sigue creyendo. Las nubes desaparecerán, y la luz brillará una vez más. Alaba a Dios, dice mi corazón, alaba a Dios por lo que ha hecho por ti, por tu padre y por mí misma. Comienza bien el año nuevo. Tu madre, E. G. W."

La reunión de West Enosburgh, Vermont, fue profundamente interesante. Fue muy agradable encontramos de nuevo con nuestros antiguos y probados amigos de este estado, y hablar con ellos. En poco tiempo se hizo una obra buena y grande. En general, estos amigos eran pobres y debían trabajar duro para obtener las comodidades básicas, allí donde para ganar un dólar hay que esforzarse más que para ganar dos en el oeste; sin embargo, fueron liberales con nosotros. En la Review se han dado muchos pormenores de esta reunión, y por falta de espacio no los repetiremos. En ningún estado los hermanos han sido más fieles a la causa que en el viejo Vermont.

A la vuelta de Enosburgh, nos detuvimos a pasar la noche con la familia del Hno. William White. Su hijo, el Hno. C. A. White, nos habló de su Lavadora y Estrujadora Combinada y Patentada, y quería nuestro consejo. Como yo había escrito oponiéndome a que nuestro pueblo se envolviera en derechos de patentes, él quería saber con exactitud cómo veía yo lo de su patente. Le expliqué detalladamente lo que yo no había querido decir en lo que dije, y también lo que sí había querido decir. No quise decir que es malo tener nada que ver con derechos de patente, puesto que eso es casi imposible, ya que muchísimas cosas con las que tenemos que ver todos los días están patentadas. Tampoco quise darla idea de que es malo patentar, manufacturar y vender algún artículo digno de ser patentado. Lo que procuré era que se me comprendiera en el sentido de que no es correcto que nuestro pueblo se exponga a que esos hombres que recorren el país vendiendo el derecho de territorio para cierta máquina o artefacto lo manipulen, lo engañen y lo lleven a caer en diversas trampas. Muchas de esas cosas no tienen valor, por cuanto no representan ninguna mejora. Y los que se ocupan en su venta son, con pocas excepciones, una colección de engañadores.

Además, algunos de nuestros propios hermanos se han ocupado en la venta de objetos patentados, teniendo razones para creer que (575) éstos no eran lo que se decía que eran. Es asombroso ver cómo tantos de entre nuestro pueblo –algunos después de haber sido claramente advertidos—todavía se permiten ser engañados por las falsas declaraciones de esos vendedores de derechos de patentes. Algunas patentes son en realidad valiosas, y a unos pocos les ha ido bien con ellas. Pero es mi opinión que allí donde se ha ganado un dólar se han perdido cien. No se puede tener nada de confianza en esas promesas de derechos de patentes. Y el hecho de que los que se ocupan en eso son, con pocas excepciones, unos engañadores y unos mentirosos, hace difícil que un hombre honesto con un producto valioso obtenga el crédito y el apoyo que merece.

El Hno. White exhibió su Lavadora y Estrujadora Combinada ante la compañía, que incluía a los Hnos. Bourdeau, Andrews, mi esposo y yo, y no pudimos evitar el formarnos una opinión favorable del aparato. Un tiempo después nos regaló una que el Hno. Corliss, de Maine, nuestro empleado, en pocos momentos puso en condiciones de funcionar. La Hna. Burgess, del Condado de Gratiot, nuestra joven empleada, está muy contenta con ella. Una mujer débil que tenga un hijo o esposo capaz de manejar esta máquina, puede lavar gran cantidad de ropa en pocas horas, sin tener mucho más que hacer, que vigilar el trabajo. El Hno. White envió circulares que cualquiera puede obtener si nos escribe y manda lo necesario para el franqueo.

Nuestra siguiente reunión tuvo lugar en Adams Center, Nueva York. Fue una asamblea muy concurrida. En este lugar y sus alrededores había varias personas cuyos casos se me habían mostrado, y por las cuales yo sentía el más profundo interés. Eran hombres de valor moral. Algunos habían llegado en su vida a posiciones que les hacían pesada la cruz de la verdad presente, o por lo menos así pensaban ellos. Otros, que habían llegado a la edad mediana, habían sido criados desde su niñez guardando el sábado, pero no habían llevado la cruz de Cristo. Estos individuos estaban en una posición de la cual parecía difícil moverlos. Necesitaban que se los sacudiera de su dependencia de sus buenas obras, y se los llevara a sentir su condición perdida sin Cristo. No podíamos abandonara esas almas, y luchamos con todo nuestro poder para ayudarlas. Por fin se conmovieron, y desde entonces he tenido la alegría de saber de algunas de ellas, y oír buenas noticias acerca de todas ellas. Esperamos que el amor de este mundo no impida que entre a sus corazones el amor de Dios. Dios está convirtiendo

gente fuerte y acomodada, y trayéndola a nuestras filas. Si quieren (576) prosperar en la vida cristiana, crecer en la gracia, y al fin obtener una rica recompensa, tendrán que usar de su abundancia para hacer avanzar la causa de la verdad.

Después de dejar Adams Center, pasamos unos pocos días en Rochester, y de ese lugar nos dirigimos a Battle Creek, donde quedamos el sábado y el primer día [domingo]. De allí volvimos a nuestro hogar, donde pasamos el siguiente sábado y primer día con los hermanos que se reunieron procedentes de diversos lugares.

Mi esposo se había ocupado del asunto de los libros en Battle Creek, y esa iglesia había establecido un noble ejemplo. En la reunión de Fairplains presentó la necesidad de poner en las manos de los que no podían comprarlas, obras como Spiritual Gifts [Dones espirituales], Appeal to Mothers [Llamado a las madres], How to Live [Cómo vivir], Appeal to Youth [Llamado a la juventud], Sabbath Readings [Lecturas sabáticas], y los diagramas con su clave explicativa. El plan recibió la aprobación general. Pero en otro lugar me referiré a esta importante obra.

EL CASO DE ANA MORE.-

El sábado siguiente nos reunimos con la iglesia de Orleans, donde mi esposo presentó el caso de nuestra muy lamentada hermana, Ana More. Cuando el Hno. Amadon nos visitó el verano pasado, dijo que la Hna. More había estado en Battle Creek, y no habiendo hallado allí empleo, había viajado al condado de Leelenaw para hallar un hogar en casa de un antiguo amigo que había sido su colaborador en los campos misioneros del África Central. Mi esposo y yo nos sentimos muy apenados al ver que esta querida sierva de Cristo se haya visto en la necesidad de privarse de la compañía de los de su fe, y decidimos invitarla a que viniera a hacer su hogar con nosotros. Escribimos invitándola a encontrarnos en Wright cuando fuéramos allá a cumplir con nuestro compromiso, y se viniera a casa con nosotros. Pero no llegó a Wright. Incluyo aquí su respuesta a nuestra carta, fechada el 29 de agosto de 1867, que recibimos en Battle Creek:

"Hermano White: Su bondadosa comunicación me llegó en el correo de esta semana. Como el correo llega aquí sólo una vez por semana, y se lo llevan mañana, me apresuro a responder. Aquí estamos, como quien dice, en tierras salvajes. Un indio lleva a pie el correo todos los viernes, y vuelve los martes. He consultado con (577) el Hno. Thompson acerca de la ruta, y dice que la forma mejor y más segura de viajar es tomar un bote de aquí hasta Milwaukee, y de allí a Grand Haven.

"Como al venir aquí gasté todo mi dinero, y me invitaron a hacer mi hogar en la familia del Hno. Thompson, le he estado ayudando a la Hna. Thompson en sus tareas domésticas y costuras, a un dólar cincuenta por semana de cinco días, ya que no quieren que trabaje los domingos, y yo no trabajo el sábado, reposo del Señor, el único que la Biblia reconoce. No quieren que los deje, a pesar de la diferencia en creencias. El dice que puedo tener mi hogar entre ellos, sólo que no haga prominentes mis creencias entre su pueblo. Hasta me ha invitado a reemplazarlo en sus compromisos de predicación, y así lo he hecho. La Hna. Thompson necesita una maestra para sus hijos, ya que las influencias de afuera son tan perniciosas, y las escuelas tan violentas que ella no está dispuesta a enviara sus seres queridos a asistir a ellas hasta que no sean cristianos, según ella dice. El hijo mayor, que tiene dieciséis años, es un joven piadoso y devoto. Han aceptado parcialmente la reforma pro salud, y pienso que pronto la aceptarán plenamente y les gustará. El padre se ha suscrito al Health Reformer [Reformador de la Salud], porque le mostré algunos ejemplares que yo tenía.

"Espero y oro porque todavía abrace el santo sábado. La Hna. Thompson ya cree en él. El esposo se mantiene admirablemente aferrado a sus propias convicciones, y por supuesto, cree que él está en lo correcto. Si tan sólo pudiera hacer que leyera los libros que traje, History of the Sabbath [Historia del Sábado], y otros; pero los mira y los llama infieles, y dice que le parece que en su misma portada llevan el error. Pero si tan sólo leyeran cuidadosamente cada sentimiento de nuestras enseñanzas, creo que las

abrazarían como verdades bíblicas, y verían su belleza y armonía. No dudo de que la Hna. T. estaría feliz de hacerse en seguida adventista del séptimo día, si no fuera porque su esposo se opone tan amargamente a que suceda algo así. Recibí la impresión en mi mente antes de venir, que aquí tenía una obra que hacer; pero la verdad se ha hecho presente en la familia, y si no puedo hacerla avanzar más, parecería que mi obra aquí estuviera concluida, o casi completa. No quiero hallarme avergonzada de Cristo en esta malvada generación, y me gustaría mucho más echar mi suerte con los guardadores del sábado, el pueblo escogido de Dios.

"Para llegar hasta Greenville necesitaré por lo menos diez dólares. Eso, más lo poco que he ganado, creo que será suficiente. Pero ahora (578) esperaré que usted me escriba, y haga lo que le parezca mejor en cuanto a enviarme el dinero. En la primavera creo que habré reunido lo suficiente para viajar por mis propios medios, y creo queme gustaría hacerlo. Que el Señor nos guíe y bendiga en todo lo que emprendamos, es el ardiente deseo de mi corazón. Y ojala yo pueda ocupar en la viña moral del Señor la posición que él me asigne, cumpliendo prontamente todo deber, no importa cuán oneroso parezca, según su buena voluntad, es mi sincero deseo y la oración de mi corazón.

"ANA MORE".

Al recibir esta carta, decidimos mandar la suma necesaria a la Hna. More tan pronto como tuviéramos tiempo. Pero antes de tener un momento disponible decidimos ir a Maine, y volver en pocas semanas, para poder hacerla venir antes que se cerrara la temporada de navegación. Y cuando decidimos quedarnos para trabajar en Maine, New Hampshire, Vermont y Nueva York, le escribimos a un hermano en este condado para que viera a los hermanos principales del vecindario y consultara con ellos acerca de mandara buscar a la Hna. More y proveerle un hogar hasta que volviéramos. Pero se descuidó el asunto hasta que se cerró la navegación, y cuando volvimos hallamos que nadie se había interesado en ayudar a la Hna. More a llegar a esta comarca, donde pudiera venir a nuestro hogar cuando volviéramos. Nos sentimos apenados y muy afligidos, y en una reunión que tuvimos en Orleans el segundo sábado después de haber vuelto, mi esposo les presentó el caso a los hermanos. Mi esposo publicó un informe de lo que fue dicho y hecho en relación con la Hna. More, en la Review del 18 de Febrero de 1868, como sigue:

"En esta reunión presentamos el caso de la Hna. Ana More, que hoy se encuentra en el noroeste de Michigan, viviendo con amigos que no observan el sábado bíblico. Dijimos que esta sierva de Cristo aceptó el sábado mientras llevaba a cabo labores misioneras en el África Central. Cuando esto se supo, sus servicios en esa capacidad ya no fueron requeridos, y volvió a los Estados Unidos en busca de un hogar y un empleo con los de su fe. A juzgar por su domicilio actual, es evidente que sus esperanzas no se han cumplido. Es posible que nadie sea específicamente culpable en su caso; pero nos parece que, o faltan en nuestro sistema de organización provisiones adecuadas para animara tales personas y ayudarlas a encontrar un campo de labor útil, o los hermanos y hermanas que tuvieron el placer de encontrarse (579) con la Hna. More no han cumplido con su deber. Se acordó entonces por voto unánime, invitarla a hacer su hogar entre los hermanos de esta zona hasta el congreso de la Asociación General, ocasión en la cual se presentaría su caso a nuestro pueblo. El Hno. Andrews, que estaba presente, aprobó plenamente la acción de los hermanos".

A juzgar por lo que desde entonces hemos llegado a saber acerca del tratamiento frío e indiferente que se le dio a la Hna. More en Battle Creek, es evidente que al decir que en este caso no había nadie que fuera especialmente digno de censura, mi esposo expresó una opinión demasiado caritativa. Al saber todos los detalles del caso, ningún cristiano podría dejar de culpara todos los miembros de esa iglesia que conocían las circunstancias y no se interesaron personalmente por ayudarla. Por cierto que era deber de los oficiales hacer esto e informar a la iglesia, si otros no tomaban antes las cosas en sus manos. Pero los miembros individuales de esa iglesia, o de cualquier otra, no tienen derecho alguno de sentirse exentos de interesarse por personas que estén en una situación tal. Después de lo que se publicó en la Review acerca de esta abnegada sierva de Cristo, hubiera sido lógico que cada lector de la revista

domiciliado en Battle Creek hubiera hecho contacto personal con ella para informarse en cuanto a sus necesidades.
La Hna. Strong, esposa del pastor P. Strong, Jr., estuvo en Battle Creek al mismo tiempo que la Hna. More. Ambas llegaron el mismo día y se fueron al mismo tiempo. La Hna. Strong, que se halla a mi lado, dice que la Hna. More deseaba que ella intercediera en su favor, para que le dieran empleo de modo que pudiera quedarse entre los guardadores del sábado. La Hna. More declaró estar dispuesta a hacer cualquier cosa, pero que su preferencia era enseñar. También le pidió al pastor A. S. Hutchins que presentara su caso a los hermanos principales en la oficina de la Review, y tratara de conseguirle una escuela. El Hno. Hutchins cumplió con gusto este encargo. Pero no se le dio ánimo, porque parecía no haber ninguna vacante. También la Hna. More le dijo a la Hna. Strong que se hallaba en la pobreza y tendría que irse al condado de Leelenaw si no lograba hallar trabajo en Battle Creek. Con frecuencia se lamentaba en términos conmovedores por verse obligada a dejar a los hermanos.
La Hna. More le escribió al Hno. Thompson en relación con su invitación a hacer su hogar con su familia, y deseaba esperar hasta recibir la respuesta. La Hna. Strong la acompañó en su búsqueda de (580) un lugar donde quedarse hasta recibir la respuesta del Sr. Thompson. En un lugar se le dijo que podía quedarse desde el miércoles hasta el viernes de mañana; entonces tendrían que salir. Esta hermana le contó el caso de la Hna. More a su propia hermana que vivía cerca y era también guardadora del sábado. Cuando volvió, le dijo a la Hna. More que podía quedarse con ella hasta el viernes por la mañana, pero que su hermana había dicho que no le resultaba conveniente recibirla. Más tarde la Hna. Strong supo que la verdadera excusa era que la hermana no conocía a la Hna. More. Podría haberla recibido, pero no quiso hacerlo.
La Hna. More le preguntó entonces a la Hna. Strong qué debía hacer. La Hna. Strong era casi una extraña en Battle Creek, pero pensó que podría acomodarla con la familia de un hermano pobre, conocido suyo, que recientemente había llegado procedente del condado de Montcalm. En eso tuvo éxito. La Hna. More se quedó hasta el martes, día en que partió rumbo al condado de Leelenaw, vía Chicago. Allí pidió prestado dinero para completar su jornada. En Battle Creek había por lo menos algunos que conocían sus necesidades, puesto que no se le cobró nada por su breve permanencia en el Instituto.
En cuanto volvimos del este, mi esposo, al saber que, a pesar de nuestro pedido, no se había hecho nada por acomodar a la Hna. More en un lugar que le permitiera venir en seguida a nuestro hogar en cuanto volviéramos, le escribió que viniera tan pronto como le fuera posible, a lo cual ella respondió como sigue:
"Leland, Condado de Leenaw, Michigan, 20 de Febrero de 1868.
"Mi querido Hno. White: Recibí su carta del 3 de Febrero. Me encontró con mala salud, por no estar acostumbrada a estos fríos inviernos del norte, en los que se acumula más de un metro de nieve en ciertos lugares. Los que traen el correo lo hacen andando con raquetas.
"No me parece posible llegar a su casa antes que venga la primavera. Aun sin nieve, los caminos son muy malos. Me dicen que la mejor forma de hacer el viaje es esperar que se abra la navegación, y viajar a Milwaukee, y de allí a Grand Haven para tomar el ferrocarril rumbo al punto más cercano a su hogar. Yo había tenido la esperanza de estar entre nuestro querido pueblo el otoño pasado, pero no se me permitió ese privilegio. (581)
"Las verdades que creemos parecen más y más importantes, y nuestra obra de preparar a un pueblo para la venida del Señor no debe ser demorada. No sólo debemos estar nosotros vestidos con el traje de bodas, sino ser fieles en recomendarles a otros que también se preparen.
Quisiera poder ir a ustedes, pero parece imposible, o por lo menos impracticable en mi delicado estado de salud, el hacer sola una jornada así en pleno invierno. ¿Cuándo es la sesión de la Asociación General a que usted alude? Supongo que la Review traerá eventualmente la información.
"Creo que mi salud ha sufrido por haber estado guardando el sábado sola en mi cuarto, en medio del

frío. Pero no me pareció posible guardarlo si lo habitual era toda clase de trabajos y conversaciones mundanales, como sucede en el caso de los que guardan el domingo. Creo que el sábado, en la vida de los que guardan el primer día, es el día de más trabajo y el más ocupado. De hecho, me parece que aun los mejores entre quienes guardan el domingo, no guardan ningún día como debieran. ¡Oh, cuánto anhelo estar de nuevo con los guardadores del sábado! Quiero que la Hna. White me vea vestida con el vestido de la reforma. Que ella tenga la bondad de enviarme un patrón, y cuando llegue allá se lo pagaré. Supongo que cuando llegue a su casa, tendré que aprovisionarme. Me gusta mucho. La Hna. Thompson piensa que le gustaría usar el vestido de la reforma.

"He tenido dificultad para respirar, por lo que durante más de una semana no he podido dormir. Supongo que la causa se debe a que la chimenea de la estufa se rompió, y llena mi cuarto de humo y gas a la hora de acostarse, de modo que tengo que dormir sin la ventilación adecuada. En el momento no creí que el humo fuera tan malsano, ni se me ocurrió que el gas impuro que generan la madera y el carbón estuviese mezclado con él. Me desperté con una sensación tan aguda de sofocamiento que no podía respirar si me acostaba; terminé, pues, pasando el resto de la noche sentada. Nunca antes había sentido las terribles sensaciones del ahogo. Comencé a temer que nunca volvería a poder dormir. Por lo tanto, me resigné a ponerme en las manos de Dios para vida o muerte, rogándole que me salvara la vida si todavía me necesitaba en su viña; de otro modo, yo no tenía ningún deseo de vivir. Me sentí plenamente reconciliada con la mano de Dios sobre mí. Pero también sentí que se debían resistir las influencias satánicas. Le ordené entonces a Satanás que se retirara de mí, y le dije al Señor que no haría ningún intento de escoger ni la vida ni la muerte, sino (582) que lo dejaría todo en las manos de Aquel que me conocía a la perfección. Le dije: 'Mi futuro no lo conozco, por lo tanto tu voluntad es lo mejor'. La vida no me interesa, al menos en lo que se refiere a sus placeres. Todas sus riquezas, sus honores, son nada comparados con la utilidad. No los deseo; no pueden satisfacer o llenar el doloroso vacío que deja en mí el deber no cumplido. No quiero vivir sin utilidad, para no ser más que una simple mancha o dejar un vacío en la vida. A pesar de que morir así parece una muerte de mártir, estoy resignada, si es la voluntad de Dios.

El día anterior le había dicho a la Hna. Thompson: 'Si estuviera en casa del Hno. White, podrían ellos orar por mí y yo sanaría'. Me preguntó si no podríamos mandar por usted y el Hno. Andrews; pero hacerlo parecía impráctico, ya que con toda probabilidad yo no podría durar viva hasta que ustedes llegaran. Sabía que con su gran poder y su brazo fuerte, el Señor podría sanarme aquí mismo, si eso fuera lo mejor, de modo queme sentí segura dejando el caso en sus manos. Yo sabía que él podría enviar un ángel para resistirle al que tiene el poder de la muerte, esto es, el diablo, y me sentí segura de que así lo haría, si fuera lo mejor. Sabía también que él podría sugerir medidas, si fueran necesarias para mi recuperación, y sentí la seguridad de que así lo haría. Pronto me sentí mejor, y pude dormir un poco.

"Como usted puede ver, todavía soy preservada como un monumento de la misericordia y fidelidad de Dios que se vislumbran a través de la aflicción que permite que sus hijos sobrelleven. Dios no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres; pero a veces se necesitan pruebas como disciplina, para que dejemos de depender del mundo-

Y hacernos buscar la verdadera felicidad
Más allá de un mundo como éste.
"Ahora puedo decir con el poeta:
Señor, no es cosa mía decidir
Si vivir o morir.
Si la vida es larga, me gozaré
En obedecerte por más tiempo;
Si corta, ¿por qué habría de entristecerme?

Este mundo se debe desvanecer. (583)
Cristo no me guía por cuartos más tenebrosos
Que los que él mismo ya atravesó.
El que quiera llegar a su reino,
Debe entrar por su puerta.
Ven, Señor, cuando por gracia haya visto
Tu rostro bendito;
Porque, si tu obra aquí es tan dulce,
¿Cómo será tu gloria?
Con gusto callaré mis tristes quejas,
Y a mis días de pecado pondré fin,
Para unirme a los santos vencedores
Que cantan alabanzas a Jehová.
Es poco lo que sé de ese estado,
Débil es el ojo de mi fe;
Mas basta con que Cristo lo sabe todo,
Y con él yo estaré.
Baxter
"Anoche tuve otro episodio de insomnio, y hoy no me siento bien. Ore que la voluntad de Dios, cualquiera que ella sea, se pueda cumplir en mí y por mí, ya sea que se trate de mi vida o mi muerte.
"Suya en la esperanza de la vida eterna,
"ANA MORE
"Si usted sabe de alguna forma en que yo pueda llegar a ustedes antes, por favor hágamela saber.
"A. M."
Ha muerto, pero a pesar de ello habla. Los que hayan visto su necrología en un número reciente de la Review, leerán sin duda con mucho interés sus cartas que he incluido aquí. La Hna. More podría haber sido una bendición para cualquier familia de guardadores del sábado que hubiera apreciado su valor, pero ahora duerme. Nuestros hermanos de Battle Creek y de esta vecindad podrían haber provisto un hogar más que bienvenido para Jesús en la persona de esta mujer piadosa. Pero se pasó la oportunidad. No era conveniente. No la conocían. Era de edad avanzada, y podría convertirse en una carga. Fueron sentimientos así los que la excluyeron de los hogares de los profesos amigos de Jesús, que esperan su pronto advenimiento, y la separaron de quienes ella amaba, haciéndola ir a los que se oponían a su fe, al norte de Michigan, en medio de los hielos invernales, a morir de frío. (584) Murió en calidad de mártir por el egoísmo y la codicia de los profesos guardadores de los mandamientos.
Con este caso, la Providencia ha administrado una terrible reprensión contra la conducta de los que no recibieron a esta extraña. Pero no era en realidad una extraña. Se conocía su reputación, pero nadie la recibió. Muchos sentirán tristeza al pensar en cómo la Hna. More anduvo por Battle Creek rogando por un hogar entre el pueblo que ella había escogido. Y cuando la sigan a Chicago en su imaginación, y la vean pedir allí prestado el dinero necesario para afrontar los gastos del viaje al lugar de su descanso definitivo —y cuando piensen en esa tumba en el condado de Leelenaw, donde descansa esa preciosa desterrada— que Dios tenga piedad de los que son culpables en su caso.
¡Pobre Hna. More! Ella duerme, pero nosotros hicimos lo que pudimos. Mientras estábamos en Battle Creek, a fines de agosto, recibimos la primera de las dos cartas que he publicado, pero no teníamos dinero que mandarle. Mi esposo escribió a Wisconsin e Iowa pidiendo fondos, y recibió setenta dólares con que costearnos los gastos de viajar a esas convocaciones occidentales, celebradas en septiembre pasado. Esperábamos que tendríamos medios para enviarle en cuanto volviéramos del Oeste, y pagar así su viaje a nuestro nuevo hogar en el condado de Montcalm.
Nuestros generosos amigos del oeste habían provisto los medios necesarios. Pero cuando decidimos

acompañar al Hno. Andrews a Maine, el asunto se pospuso hasta nuestro retomo. No esperábamos estar en el este por más de cuatro semanas, lo cual nos habría dado tiempo más que suficiente para mandar traer a la Hna. More después de nuestro retomo, y hacer que llegara a nuestro hogar antes del cierre de la temporada de navegación. Y cuando decidimos quedar en el este varias semanas más de lo que habíamos pensado, no perdimos tiempo en dirigimos a varios hermanos de esta zona, recomendándoles que hicieran venir a la Hna. More y proveyeran para ella un hogar hasta nuestro regreso. Repito: Hicimos lo que pudimos.

Pero, ¿por qué habríamos de sentir interés por esta hermana, más que por otros? ¿Qué esperábamos de esta misionera agotada? No podría hacer los trabajos de nuestro hogar, y en casa teníamos sólo un niño al cual ella le podría enseñar. Y por cierto que no se podría esperar mucho de alguien tan desgastado como lo estaba ella, que ya tenía casi sesenta años. No teníamos ningún uso específico para ella, excepto para traer a nuestro hogar la bendición de Dios. Hay muchas razones por las (585) cuales nuestros hermanos debieran haberse interesado más que nosotros en el caso de la Hna. More. Nosotros nunca la habíamos visto, y no teníamos otros medios de conocer su historia, su devoción a la causa de Cristo y la humanidad, que los que tenían todos los lectores de la Review. Nuestros hermanos de Battle Creek habían visto a esta noble mujer, y algunos de ellos conocían en mayor o menor grado sus deseos y necesidades. Nosotros no teníamos dinero con qué ayudarle; ellos sí. Nosotros ya estábamos sobrecargados de trabajo y necesitábamos tener en casa a personas que tuvieran la fortaleza y la vivacidad de la juventud. En vez de ayudara otros, nosotros mismos necesitábamos ayuda. Pero la mayor parte de nuestros hermanos de Battle Creek están en tal situación que la Hna. More no habría significado para ellos el menor cuidado o carga. Tienen tiempo y fuerzas, y se hallan comparativamente libres de necesidad.

Sin embargo, nadie se interesó en este caso en la medida en que nosotros lo hicimos. Hasta le hablé a la congregación en pleno, antes que viajáramos al este el otoño pasado, acerca de su descuido de la Hna. More. Me referí al deber de darle honora quien se le debe honor; me parecía que la sabiduría se había apartado de los prudentes a tal grado que no les era posible apreciar el valor moral. Les dije a los miembros de esa congregación que entre ellos había muchos que tenían tiempo para reunirse, para cantar y tocar sus instrumentos musicales; tenían dinero para darle al artista con el fin de multiplicar sus propias imágenes, o para gastar en las diversiones públicas; pero no tenían nada para ciarle a una misionera desgastada que había abrazado de corazón la verdad presente, y que había venido a vivir entre quienes tenían una fe tan preciosa como la suya. Les aconsejé detenerse y considerar lo que estábamos haciendo, y les propuse que guardaran sus instrumentos musicales durante tres meses, y tomaran tiempo para humillarse delante de Dios en autoexamen, arrepentimiento y oración hasta que aprendieran cuáles son los derechos que Dios reclama sobre ellos como sus hijos profesos. Mi alma se conmovió al sentir el mal que se le había hecho a Jesús en la persona de la Hna. More, y hablé personalmente con varias personas acerca de esto.

Este asunto no sucedió en algún rincón. Pero a pesar de que el asunto se hizo público, seguido de la grande y buena obra en Battle Creek, la iglesia no hizo ningún esfuerzo por redimir el pasado haciendo venir a la Hna. More. Y alguien, la esposa de uno de nuestros pastores, declaró más tarde: "No veo por qué los Hnos. White hacen tanto alboroto (586) por la Hna. More. Creo que no comprenden el caso". ¡Por cierto que no comprendimos el caso! Es mucho peor de lo que habíamos supuesto. Si lo hubiéramos comprendido, nunca habríamos dejado Battle Creek sin haber establecido plenamente ante la congregación el pecado que significó haberla dejado alejarse de ellos, y sin habernos cerciorado de que se tomaban las medidas necesarias para llamarla a regresar.

Un miembro de esa iglesia, comentando el alejamiento de la Hna. More, ha dicho en resumen: "Ahora nadie se siente inclinado a responsabilizarse de tales casos. El Hno. White siempre se encargó de ellos". Así era. Los llevaba a su hogar hasta que cada silla y cada cama tenía ocupante; entonces visitaba a sus hermanos y los hacía encargarse de los que él no podía atender. Si necesitaban medios, les daba y luego

invitaba a otros a seguir su ejemplo. En Battle Creek tiene que haber hombres que hagan lo que él hizo, o la maldición de Dios seguirá a esa iglesia. No sólo un hombre; hay allí cincuenta que pueden hacer más o menos como él hizo.

Nos dicen que debemos volver a Battle Creek. No estamos listos para dar ese paso. Probablemente nunca sea nuestro deber hacerlo. Llevamos allí pesadas cargas, hasta que no pudimos seguirlas llevando. Dios hará que los hombres y mujeres fuertes de ese lugar se repartan esas cargas entre sí. Los que se mudan a Battle Creek, que aceptan posiciones allí, pero que no están listos a poner sus manos a esta obra, estarían mil veces mejor en otra parte. Hay quienes pueden ver y sentir, y con gozo le hacen bien a Jesús en la persona de sus santos. Que tengan lugar para obrar. Que los que no pueden hacer esto vayan a donde no estorben la obra de Dios.

Esto se aplica especialmente a los que se hallan a la cabeza de la obra. Si ellos hacen mal, todo anda mal. Mientras mayor sea la responsabilidad, mayor es la ruina en caso de infidelidad. Si los hermanos dirigentes no cumplen fielmente su deber, los dirigidos no cumplirán el suyo. Los que están a la cabeza de la obra en Battle Creek deben ser ejemplos del rebaño en todo lugar. Si hacen esto, tendrán una gran recompensa. Si no hacen esto y de todos modos aceptan tales posiciones, tendrán que dar una cuenta pavorosa.

Nosotros hicimos lo que pudimos. Si hubiéramos podido tener medios a nuestro alcance el verano y otoño pasados, la Hna. More estaría hoy con nosotros. Cuando vimos cuál era nuestra verdadera condición, como la hemos descrito en el Testimonio Nº 13, ambos (587) afrontamos la situación con optimismo, y dijimos que no queríamos la responsabilidad de manejar medios. Esto fue un error. Dios quiere que tengamos medios para que, como ha sucedido en lo pasado, podamos ayudar donde se necesite hacerlo. Satanás quiere atar nuestras manos en este respecto, e inducir a otros a ser descuidados, insensibles y codiciosos, de modo que siga la cruel obra que se vio en el caso de la Hna. More.

Vemos a marginados, viudas, huérfanos, pobres dignos y pastores en necesidad, y muchas oportunidades de usar medios para la gloria de Dios, el avance de su causa y el alivio de los santos sufrientes, y deseo tener medios que usar para Dios. La experiencia de haber pasado casi un cuarto de siglo viajando en forma extensa y sintiendo la condición de los que necesitaban ayuda, nos califica para hacer uso juicioso del dinero de nuestro Señor. He comprado mi propio papel de escribir, comprado mis propios sellos postales, y he pasado buena parte de mi vida escribiendo para bien de otros, y todo lo que he recibido por esta obra, que me ha cansado y gastado en forma terrible, no alcanzaría para cubrir el diezmo de lo que he gastado en sellos postales. Cuando se me han ofrecido medios, los he rehusado, o los he dedicado a instituciones de caridad como la Asociación Publicadora. No volveré a hacer esto. Seguiré cumpliendo con mi deber en la obra, como siempre, pero mis temores de recibir medios para usarlos para el Señor se han disipado. Este caso de la Hna. More me ha despertado plenamente para ver la obra de Satanás en el acto de privamos de medios económicos.

¡Pobre Hna. More! Cuando supimos que había muerto, mi esposo se sintió sumamente mal. Ambos sentimos como si hubiera desaparecido una querida madre, cuya compañía hubieran anhelado nuestros corazones. Algunos podrán decir: 'SI hubiéramos estado en lugar de los que supieron algo de los deseos y necesidades de esta querida hermana, no hubiéramos actuado como ellos'. Espero que nunca tengan que sufrir las punzadas de la conciencia que algunos deben sentir por haber estado tan interesados en sus propios asuntos que rehusaron llevar ninguna responsabilidad en su caso. Que Dios tenga piedad de los que le tienen tanto miedo a ser engañados, que descuidaron a una digna y abnegada sierva de Cristo. Como excusa por este descuido se ofreció la siguiente observación: Nos han mordido tantas veces que les tenemos temor a los extraños. ¿Fue eso lo que nos instruyeron el Señor y sus discípulos, que fuésemos muy cautelosos y no recibiéramos (588) a los extraños, para no arriesgarnos a-cometer un error y que nos mordieran la mano por cuidar de una persona indigna?

Pablo exhorta a los Hebreos: "Permanezca el amor fraternal". No nos engañemos pensando que hay un

tiempo cuando no se necesitará esta exhortación, cuando podrá terminarse el amor fraternal. El apóstol continúa: "No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles". Leamos Mateo 25, desde el versículo 31 en adelante. Leedlo, hermanos, la próxima vez que abráis la Biblia en vuestras devociones familiares matinales o vespertinas. Las buenas obras que realizaron aquellos a quienes se les dio la bienvenida al reino, le fueron hechas a Cristo en la persona de su pueblo sufriente. Los que hicieron esas buenas obras no sentían que hubieran hecho nada por Cristo. No habían hecho más que cumplir su deber para con la humanidad sufriente. Los que estaban a la mano izquierda no podían comprender que habían abusado de Cristo al descuidar las necesidades de su pueblo. Pero habían descuidado a Jesús en la persona de sus santos, y por este descuido debían ser consignados al castigo eterno. Y se especifica en forma definida un punto de su descuido en estos términos: "Fui forastero y no me recogisteis".

Estas cosas no suceden sólo en Battle Creek. Me lleno de pesar al ver cuánto egoísmo hay por todas partes entre los profesos guardadores del sábado. Cristo ha ido a preparar para nosotros mansiones eternas, ¿y rehusaremos proveer para él un hogar por unos pocos días, en la persona de sus santos rechazados? El Salvador dejó su hogar en la gloria, su majestad y su elevado comando, por salvar al hombre perdido. Se hizo pobre para que nosotros, a través de su pobreza, pudiéramos ser hechos ricos. Se sometió al oprobio, de modo que el hombre pudiera ser exaltado y se le proveyera un hogar de belleza incomparable, y firme como el mismo trono de Dios. Los que al fin ganen la victoria y se sienten con Cristo en su trono, seguirán el ejemplo de Jesús, y por elección libre y feliz, se sacrificarán por él en la persona de sus santos. Los que no puedan hacer esto por su propia elección, serán echados fuera, al castigo eterno.

COCINA SALUDABLE.-

En los siete meses recién pasados, hemos estado en casa unas cuatro semanas. En nuestros viajes nos hemos sentado a muchas mesas, desde Iowa a Maine. Algunas de las personas a quienes hemos visitado, viven conforme a toda la luz que han recibido. Otros, que (589) tienen las mismas oportunidades de aprender a vivir sanamente y bien, apenas han dado los primeros pasos en la reforma. Dicen que no saben cocinar en esta nueva forma. Pero en lo de cocinar no tienen excusa, porque en la obra How to Live [Cómo vivir] hay muchas recetas excelentes, y ese libro está al alcance de todos. No digo que el sistema de preparación de alimentos que se enseña en ese libro sea perfecto. Tengo planes de proveer pronto una pequeña obra que en ciertos respectos esté más de acuerdo con mis preferencias. Pero How to Live enseña técnicas casi infinitamente más avanzadas que las que el viajero encuentra a menudo, aun entre algunos adventistas del séptimo día.

Muchos no creen que esto sea un deber, y por lo tanto no tratan de preparar debidamente los alimentos. Esto puede hacerse en forma sencilla, saludable y fácil, sin usar manteca de cerdo, mantequilla o carne. La pericia debe estar unida a la sencillez. Para eso, las mujeres deben leer, y luego practicar con paciencia lo que hayan leído. Muchas sufren por no darse el trabajo de hacer esto. A ellas les digo: Es tiempo de despertar vuestras energías dormidas, y poneros a leer. Aprended a cocinar con sencillez, y sin embargo en forma tal que logréis preparar los alimentos más sabrosos y sanos.

Nadie debiera acariciarla idea de que, por cuanto es malo cocinar sólo por complacer el gusto o el apetito, es bueno adoptar un régimen empobrecido. Muchos están debilitados por la enfermedad, y necesitan una alimentación nutritiva, abundante y bien cocinada. Con frecuencia encontramos pan integral pesado, ácido y medio crudo. Esto se debe a la falta de interés por aprender, y de cuidado en cumplir, el importante cargo de cocinera. A veces encontramos bizcochos de harina gruesa o bien bizcochos suaves, que han sido secados pero no horneados, y otras cosas parecidas. Y entonces las

cocineras le dicen a uno que pueden hacer muy bien en el estilo antiguo de cocinar, pero que, a la verdad, a sus familiares no les gusta el pan integral, y que se morirían de hambre si tuvieran que vivir de este modo.

Yo he dicho, para mis adentros: No me extraña. Es la forma como usted prepara los alimentos que los hace tan poco apetitosos. Si uno comiera esas cosas ciertamente que caería víctima de la dispepsia. Esas pobres cocineras, y los que se ven obligados a comer de lo que ellas han preparado, le dicen a uno seriamente que la reforma pro salud no les cae bien. El estómago no puede convertir el pan mal hecho, pesado y ácido en pan bueno. Pero ese pan malo convertirá el estómago sano en uno enfermo. Los que comen tal alimento saben que les falta (590) fuerza. ¿No hay una causa? Algunas de esas personas se consideran reformadores de la salud, pero no lo son. No saben cocinar. Preparan pasteles, papas y pan integral, pero hacen siempre lo mismo, casi sin variación, y el sistema no se fortalece. Parecen considerar que obtener una experiencia completa en la preparación de alimento sano y sabroso es malgastar su tiempo. Algunos actúan como si lo que comen se perdiera, y cualquier cosa que le dejaran caer al estómago para llenarlo fuera lo mismo que la comida preparada con tanto esfuerzo. Es importante que gocemos con el alimento que consumimos. Si, por no poder hacer esto, comemos en forma mecánica, no alimentaremos ni fortaleceremos nuestro organismo como podríamos hacer si pudiéramos gozar del alimento que le echamos al estómago. Estamos hechos de lo que comemos. Si queremos tener sangre de buena calidad, debemos obtener el alimento correcto, preparado de la mejor manera.

Es un deber religioso para quienes cocinan aprender a preparar comida sana en diversas formas, de modo que uno goce al comerla. Las madres debieran enseñarles a sus hijos a cocinar. ¿Qué rama de la educación de una joven puede ser tan importante como ésta? La alimentación está conectada con la vida. El alimento escaso, pobre y mal cocinado debilita constantemente los órganos productores de sangre. Así, ésta se corrompe. Es de todo punto esencial que el arte de cocinar sea considerado una de las más importantes ramas de la educación. Hay pocas personas que sean buenas cocineras. Las jóvenes creen que ser cocinera es rebajarse a ocupar un puesto sin honra. No es así. Es que no ven las cosas desde la perspectiva correcta. No es cosa sin importancia la ciencia de preparar alimentos sanos, especialmente el pan.

En muchas familias hallamos dispépticos, y con frecuencia la razón de esto es el pan mal hecho. La señora de la casa decide que no hay que tirarlo, y la familia lo consume. ¿Es ésta la forma de deshacerse del pan malo? ¿Lo pondremos en el estómago para que se convierta en sangre? ¿Tiene el estómago la virtud de transformar el pan ácido en dulce? ¿El pan pesado en liviano? ¿El pan añejo en pan fresco?

Las madres descuidan esta rama en la educación de sus hijas. Se echan encima la carga de los cuidados y trabajos, y se van desgastando rápidamente, mientras la hija tiene permiso de visitar, de hacer crochet, o estudiarlo que más le plazca. Este es un amor equivocado, una bondad errónea. Le está haciendo un daño a su hija, el cual con frecuencia le dura por toda la vida. En la edad cuando ella debiera ser capaz (591) de llevar algunas de las cargas de la vida, no está capacitada para hacerlo. Las jóvenes que se hallan en esta situación no soportan las responsabilidades ni las cargas. Aceptan sólo deberes livianos, y se excusan de las responsabilidades, mientras que la madre sigue aplastada bajo su carga de cuidados, como un carro bajo las gavillas. No es que la hija quiera ser falta de bondad; pero es descuidada y distraída, de lo contrario notaría la expresión de cansancio, y no pasaría por alto el reflejo del dolor en el semblante de la madre, y procuraría hacer su parte llevando la mayor parte de la carga y aliviando así a la madre, que debe ser librada de sus preocupaciones, o verse en el lecho del dolor, o posiblemente, de la muerte.

¿Por qué las madres serán tan ciegas y negligentes en la educación de sus hijas? Me he sentido afligida cuando, al visitar varias familias, he visto que la madre llevaba la mayor carga mientras que la hija, que manifestaba un espíritu alegre y gozaba en buena medida de salud y vigor, no sentía ningún cuidado,

ninguna carga. Cuando hay reuniones concurridas y las familias necesitan atender a los visitantes, he visto a la madre llevar la carga, y recaer sobre ella toda la responsabilidad, mientras que las hijas se entretienen charlando con sus jóvenes amigos, y en general haciendo vida social. Estas cosas me parecen tan mal que me cuesta restringir los deseos de decirles a esas jóvenes irreflexivas que se vayan a trabajar, que alivien a su cansada madre. Llévenla a un asiento en la sala y oblíguenla a descansar y gozar de la compañía de sus amistades.

Pero no son las hijas las únicas que llevan culpa en este asunto. La madre también es culpable. No les ha enseñado con paciencia a sus hijas cómo cocinar. Sabe que les falta conocimiento en el departamento de la cocina, y por lo tanto no siente que le pueden ayudar. Ella tiene que vigilar todo lo que requiere cuidado, pensamiento y atención. Se debiera instruir cuidadosamente a las jóvenes en el arte de cocinar. No importa cuáles sean sus circunstancias en la vida, es un conocimiento que puede ser usado en forma práctica. Es una rama de la educación que influye de la manera más directa sobre la vida humana, especialmente en las vidas de los que más queremos. Muchas esposas y madres que no han tenido la educación correcta, y que les falta conocimiento en el arte de cocinar, les presentan diariamente a sus familiares alimentos mal preparados, que poco a poco pero seguramente van destruyendo los órganos digestivos, haciendo sangre de mala calidad, provocando con frecuencia ataques agudos de enfermedades (592) inflamatorias y causando la muerte prematura. Muchas personas han sido llevadas a la muerte por comer pan pesado y ácido. Me relataron el caso de una empleada que hizo pan, el cual le quedó así, pesado y ácido. Para ocultar el asunto y deshacerse del pan, se lo echó a dos grandes puercos. A la mañana siguiente el dueño de casa encontró a sus dos puercos muertos, y al examinar el comedero descubrió trozos del pan. Hizo averiguaciones, y la muchacha confesó lo que había hecho. No tenía idea del efecto que su pan había tenido sobre los puercos. Si el pan mal cocido y ácido es capaz de matar puercos, que son capaces de devorar serpientes de cascabel y casi cualquier cosa detestable, ¿qué efecto podrá tener sobre ese tierno órgano, el estómago humano?

Es un deber religioso para toda muchacha y mujer cristiana, aprender ahora mismo a hacer pan bueno, liviano y dulce, usando harina de trigo integral. Las madres debieran llevara sus hijas a la cocina cuando todavía son muy jóvenes, y enseñarles el arte de cocinar. La madre no puede esperar que sus hijas comprendan los misterios del manejo de un hogar si no reciben la educación debida. Debiera instruirlas con paciencia y amor, y hacer el trabajo lo más agradable que pueda, por su rostro alegre y sus animadoras palabras de aprecio. Si fracasan una, dos y tres veces, no las censure. El desánimo ya está haciendo su obra y tentándolas a decir: "No hay caso; no puedo hacer esto". No es éste momento de censurar. La voluntad se está debilitando. Necesita el incentivo de las palabras animadoras, alegres y llenas de esperanza, como: "No importan los errores que has hecho. Estás aprendiendo, y no debe extrañarte si cometes errores. ¡Prueba otra vez! Pon mucha atención a lo que hagas. Ten mucho cuidado, y seguramente tendrás éxito".

Muchas madres no se dan cuenta de cuán importante es esta rama de conocimiento, y en vez de darse el trabajo y molestia de instruir a sus hijos y soportar sus errores y fracasos mientras éstos aprenden, prefieren hacerlo todo ellas mismas. Y cuando sus hijas fracasan en sus esfuerzos, las envían a otro lado diciéndoles: "No hay caso; tú no puedes hacer esto. Me estorbas y molestas más de lo queme ayudas".

De este modo los primeros esfuerzos de los aprendices les acarrean el rechazo, y el primer fracaso enfría de tal modo su interés y deseo de aprender, que temen probar otra vez, y ofrecen coser, tejer, o limpiar la casa; cualquier cosa menos cocinar. En esto, la madre tiene mucha culpa. Debiera haberlos instruido pacientemente para que por medio de la práctica obtuvieran la experiencia necesaria para eliminar su (593) torpeza y los movimientos imprecisos del trabajador sin experiencia. Añadiré aquí extractos del Testimonio Nº 10, publicado en 1864:

"Los hijos que han recibido toda clase de atenciones y servicio, siempre esperan lo mismo. Y si no se cumplen sus expectativas, se sienten defraudados y se desaniman. Esta misma disposición se manifiesta

a través de toda su vida; se sienten incapaces y se reclinan sobre los demás en busca de apoyo, esperando que se los favorezca y se les ceda el paso. Y si experimentan oposición, aun después de haber llegado a ser adultos, consideran que se los está maltratando. Así van por el mundo, preocupados, incapaces de soportar su propio peso, a menudo murmurando y demostrando su irritación porque no todo les acomoda.

"Los padres equivocados les están enseñando a sus hijos lecciones que les resultarán ruinosas, y a la vez están plantando espinas para sus propios pies. Piensan que al cumplir todos los deseos de sus hijos y permitirles seguir sus propias inclinaciones, podrán ganarse el amor de ellos. ¡Cuán grande error! Los hijos que reciben esta indulgencia crecen sin restringir sus deseos, inflexibles en sus disposiciones, egoístas, exigentes y dominantes, una maldición para sí mismos y para todos los que los rodean. En gran medida, los padres sostienen en sus propias manos la felicidad futura de sus hijos. A ellos les toca cumplir la importante obra de formar el carácter de esos hijos. Las instrucciones que reciban en su niñez los seguirán a través de toda su vida. Los padres siembran la semilla que brotará y dará fruto para bien o para mal. Pueden preparara sus hijos e hijas para ser felices, o para ser miserables.

"A los hijos debiera enseñárseles desde muy pequeños a ser útiles, a ayudarse a sí mismos y también a los demás. Muchas hijas de esta generación pueden, sin que les remuerda la conciencia, vera sus madres trabajar, cocinar, lavar o planchar mientras ellas se quedan en la sala leyendo cuentos, tejiendo o bordando. Sus corazones son duros como la piedra. Pero, ¿dónde se origina este mal? ¿Quiénes son por lo general los mayores culpables en esta situación? Los pobres padres engañados. Pasan por alto el bien futuro de sus hijos, y en su cariño equivocado, los dejan estar ociosos, o cumplir sólo deberes insignificantes, que no requieren el ejercicio de la mente ni de los músculos; y luego excusan a sus hijas indolentes porque son débiles. ¿Qué las hizo ser débiles? En muchos casos se debe a la conducta errónea de los padres. Si hicieran una cantidad suficiente de ejercicio en el hogar, eso les mejoraría tanto la mente como el cuerpo. Pero a los niños se los (594) priva de esto a causa de ciertas ideas erróneas, hasta que le toman aversión al trabajo. Lo hallan desagradable; no se ajusta a sus ideas de la nobleza. Se piensa que lavar los platos, aplanchar o lavar ropa no es digno de una dama, y que es hasta algo vulgar. Esta es la instrucción de moda para los niños en esta época desdichada.

"El pueblo de Dios debiera ser gobernado por principios más elevados que los de los mundanos, los cuales procuran medir toda su conducta conforme a los dictados de la moda. Los padres temerosos de Dios debieran preparara sus hijos para una vida de utilidad... Prepárenlos desde su juventud para llevar cargas. Si los hijos no están acostumbrados al trabajo, pronto se sentirán cansados. Se quejarán de dolor en el costado, o en los hombros, y de cansancio en sus brazos y piernas; y por simpatía correréis el peligro de hacer vosotros mismos el trabajo, en vez de dejarlos sufrir un poco. Que la carga que lleven los niños sea muy liviana al principio; que aumente cada día un poquito, hasta que puedan realizar una cantidad razonable de trabajo sin cansarse tanto. La inactividad es la mayor causa de dolores en el costado y los hombros entre los niños...

"Las madres debieran llevar consigo a sus hijas a la cocina, y educarlas con paciencia. Su constitución mejorará con esa labor, sus músculos ganarán en tonicidad y fortaleza, y al final del día sus meditaciones serán más saludables y elevadas. Podrán sentir cansancio, pero ¡cuán dulce es el descanso después de una cantidad razonable de trabajo! El sueño, ese dulce restaurador natural, le confiere vigor al cuerpo cansado, y lo prepara para los deberes del día siguiente. No les haga sentir a sus hijos que no tiene importancia si trabajan o no. Enséñeles que se necesita su ayuda, que su tiempo es valioso, y que usted depende del trabajo que ellos hacen".

LIBROS Y FOLLETOS.-

La circulación y distribución adecuada de nuestras publicaciones es una de las ramas más importantes de la obra en la actualidad. Poco puede hacerse sin esto. Y nuestros ministros pueden hacer más en esta obra que ninguna otra clase de personas. Es cierto que hace algunos años muchos de nuestros

predicadores estaban llevando demasiado lejos el asunto de la venta de libros. Algunos de ellos le añadían a las colecciones que vendían, no sólo publicaciones de poco valor real, sino también artículos de mercadería igualmente inútiles. (595)

Ahora, sin embargo, algunos de nuestros ministros han adoptado una posición extremista en cuanto a lo que dije en el Testimonio Nº 11 acerca de la venta de nuestras publicaciones. Un individuo del Estado de Nueva York, sobre quien las cargas de la obra no pesaban gran cosa, y que había actuado como nuestro agente, manteniendo una buena variedad de publicaciones, decidió no seguir vendiendo, y escribió a la oficina declarando que las publicaciones estaban sujetas a su orden. Esto no es correcto. Aquí reproduzco un extracto del Testimonio Nº 11:

"La carga de vender nuestras publicaciones no debiera descansar sobre los pastores que trabajan en la palabra y la doctrina. Su tiempo y sus fuerzas debieran mantenerse en reserva, para que sus esfuerzos sean cabales cuando tengan que celebrar una serie de reuniones. No debieran usar su tiempo y sus fuerzas en la tarea de vender nuestros libros, cuando éstos pueden ser presentados al público en forma adecuada por gente que no tiene la responsabilidad de predicar la palabra. Al entrar en nuevos territorios, puede ser necesario que el ministro lleve consigo publicaciones para venderle a la gente, y en algunas otras circunstancias puede también ser necesario vender libros y negociar para la oficina de publicaciones. Pero este tipo de trabajo debiera evitarse cuando otros lo puedan hacer".

La última parte de este párrafo califica a la primera. Para ser un poco más definida, mi opinión en este asunto es que ministros como los pastores Andrews, Waggoner, White y Loughborough, que están encargados de supervisar la obra, y que en consecuencia llevan una cantidad adicional de cuidados, cargas y labor, no debieran asumir cargas mayores al encargarse de la venta de nuestras publicaciones, especialmente en las reuniones en carpa y en los congresos de la Asociación General. Esta opinión fue expresada para corregir a los que rebajaron a tal punto la dignidad de su obra en esas asambleas, que llegaron a colocar antela multitud mercadería que no tenía ninguna conexión con la obra.

Aquellos de nuestros pastores que gozan de un estado de salud confortable, pueden con toda propiedad dedicarse, en las ocasiones apropiadas, a vender nuestras importantes publicaciones. En especial, la venta y circulación de las obras a que recientemente se ha tratado de llamar la atención de nuestro pueblo, requiere esfuerzos vigorosos de su parte en este tiempo. En cuatro semanas, en nuestro viaje por los condados de Gratiot, Saginaw y Tuscola, mi esposo (596) vendió, y regaló a los pobres, publicaciones por valor de 400 dólares. Primero le explicaba a la gente la importancia de los libros; a continuación ellos se mostraban listos a comprarlos tan rápido como mi esposo con varios otros ayudantes pudieran despacharlos.

¿Por qué nuestros hermanos no mandan con mayor liberalidad sus promesas para incrementar el fondo para libros y folletos? Y nuestros ministros, ¿por qué no se dedican con mayor entusiasmo a esta obra? Nuestro pueblo debiera comprender que este tipo de obra es precisamente lo que se necesita para ayudar a los que necesitan ayuda. Esta es una oportunidad de invertir medios conforme al bendito plan de la liberalidad. A veces podemos leer a los hombres casi con la misma claridad con que leemos un libro. Hay entre nosotros gente que colocan de cien a mil dólares o más en el Instituto de Salud, y que prometen dar entre cinco y veinticinco dólares a la gran empresa de publicar libros, panfletos y folletos que proclaman verdades que tienen que ver con la vida eterna. El uno era una inversión. El otro, según podemos colegir al ver cuán pequeñas eran las promesas, se lo considera una pérdida total.

No guardaremos silencio sobre este tema. Nuestro pueblo se entregará a la tarea. Los medios vendrán. Y queremos decir a los que son pobres y quieren los libros: Manden sus órdenes, explicando cómo está su condición en lo relativo a los bienes de este mundo. Le enviaremos un paquete de libros que incluya cuatro tomos de Spiritual Gifts, How to Live, Appeal to Youth, Appeal to Mothers, Sabbath Readings [Dones Espirituales, Cómo Vivir, Llamado a la Juventud, Llamado a las Madres, Lecturas para el Sábado], y los dos diagramas grandes con su clave de significados. Si usted tiene algunos de estos títulos, diga cuáles son, y le enviaremos otros en su lugar. Mande cincuenta centavos de dólar para el

pago del franqueo, y le enviaremos el paquete de cinco dólares, cargando cuatro dólares al fondo.[25]
En cuanto a este asunto del fondo de caridad para la compra de libros, todos deben guiarse por el gran plan de la liberalidad, así como lo practican las sociedades bíblicas en la publicación y venta de sus Biblias y tratados. En muchos respectos, la conducta de estas inmensas sociedades es digna de imitación. Se ve la liberalidad en testamentos y donaciones, y se la practica en la venta y donaciones de Biblias y tratados. Los adventistas del séptimo día debieran ir tan a la cabeza de (597) ellas en esto de los libros como en otros asuntos. Que Dios nos ayude. Nuestros tratados debieran ofrecerse al costo por cantidades de un centenar o más, dejando un pequeño margen para cubrir el costo del franqueo y envío. Y los ministros y el pueblo debieran envolverse como nunca antes en la circulación de libros, panfletos y tratados. Hay que vender allí donde la gente tenga el deseo y la capacidad de comprar, y donde esto no suceda, déjenseles los libros en forma gratuita.

LA CONTRASEÑA DEL CRISTIANO.-
Querido Hno. B: Se me mostró que usted actúa mayormente basado en los sentimientos en vez de los principios firmes. Le falta una experiencia profunda y completa en las cosas de Dios. Necesita ser convertido plenamente a la verdad. Cuando el corazón de un individuo está completamente convertido, éste consagra al Señor todo lo que posee. Usted todavía no ha experimentado esta consagración. Usted ama la verdad de palabra, pero no ha manifestado ese amor con sus hechos y por sus frutos. Sus acciones, sus hechos, son evidencia de su amor sincero, o de su indiferencia para con Dios, su causa y sus semejantes.
¿Cómo manifestó Cristo su amor por los pobres mortales? Por el sacrificio de su propia gloria, sus propias riquezas, y aun su propia vida preciosísima. Cristo consintió en vivir una vida de humillación y grandes sufrimientos. Se sometió a las crueles burlas de una multitud furiosa y criminal, y a la muerte más dolorosa en la cruz. Dijo Cristo: "Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando' (Juan 15:12-14). Damos evidencia de ser los amigos de Cristo cuando manifestamos obediencia implícita a su voluntad. No es evidencia el decir y no hacer. En cambio, la evidencia consiste en hacer, en obedecer. ¿Quiénes están obedeciendo el mandamiento de amarse unos a otros así como Jesús los ha amado? Hno. B, si usted obedece el mandamiento de Cristo debiera tener un amor más firme, profundo y abnegado de lo que jamás ha desplegado hasta ahora.
A usted le falta benevolencia. Lucha por evitar las responsabilidades, los problemas o los gastos en favor de la causa de Dios. Usted ha invertido muy poco en la causa. Cuál sea la empresa que el hombre valora más, se deja ver en sus inversiones. Si coloca mayor estima en (598) las cosas eternas que en las cosas temporales, lo demostrará por sus obras; invertirá y arriesgará la cantidad mayor en aquello que valore en mayor grado, y que al fin le represente la mayor ganancia.
Los hombres que profesan la verdad se ocupan en empresas mundanales, invirtiendo mucho en ellas, y corriendo grandes riesgos. Si pierden casi todo lo que poseen, se entristecen profundamente, porque sienten la inconveniencia de las pérdidas que sufrieron. Pero no piensan que su conducta poco sabia privó de medios a la causa de Dios, y que, como mayordomos suyos, deben rendir cuenta de este desperdicio del dinero del Señor. Si se les exigiera que arriesgaran algo en favor de la causa de Dios, y que invirtieran siquiera la cuarta parte de lo que perdieron por invertirlo en las cosas de este mundo, sentirían que el cielo es demasiado caro.
No se aprecian las cosas eternas. Usted no es rico, y sin embargo su corazón puede hallarse puesto en igual forma sobre lo poco que usted tiene, y puede aferrarse a ello con tanta fuerza como el millonario retiene sus tesoros. Las ganancias que usted obtenga de sus inversiones en las empresas del mundo serán pequeñas, muy pequeñas; mientras que, por otra parte, si invierte en la causa de Dios, si hace que

[25] Véase el Apéndice.

esa causa llegue a ser parte de usted mismo, y la ama como usted se ama a sí mismo, estando dispuesto a sacrificarse por hacerla avanzar, mostrando su confianza y fe en el triunfo final, recogerá una preciosa cosecha, si no en esta vida, en la vida mejor que ésta. Obtendrá usted una recompensa eterna, la cual es de valor tanto más elevado que cualquier ganancia común y terrena, como lo inmortal se halla por encima de lo perecedero.

Hermano B, usted parecía ansioso de saber qué se había dicho con respecto a su posición en la iglesia, y qué opinábamos nosotros de ella. Todo eso no es otra cosa que lo que acabo de escribir. Yo temía por usted, debido a lo que se me ha mostrado de sus peculiaridades. Usted actuaba por impulso. Oraba si sentía deseos de hacerlo, y hablaba si le daba la gana. Asistía a una reunión si sentía la disposición, y si no, se quedaba en casa. Le faltaba mucho espíritu de sacrificio propio. Ha consultado sus propios deseos y comodidad, y se ha agradado a sí mismo en vez de sentir que debía agradara Dios. ¡Al deber! ¡Al deber! Manténgase siempre en su puesto. ¿Se ha alistado usted como soldado de la cruz de Cristo? Si es así, sus sentimientos no lo excusan de cumplir con su deber. Debe estar dispuesto a soportar las dificultades como un buen soldado. Salga del campamento llevando el oprobio, porque (599) así hizo el Capitán de su salvación. Las cualidades de un obispo, un anciano o un diácono son que sea "irreprensible, como administrador de Dios; no soberbio, no iracundo, no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas, sino hospedados, amante de lo bueno, sobrio, justo, santo, dueño de sí mismo, retenedor de la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen" (Tito 1:7-9).

Pablo enumera los preciosos dones que debemos desear, y exhorta a los hermanos: "El que reparte, [hágalo] con liberalidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría. El amor sea sin fingimiento. Aborreced lo malo, seguid lo bueno. Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros. En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor; gozosos en la esperanza; sufridos en la tribulación; constantes en la oración; compartiendo para las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad" (Rom. 12:8-13). "A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna" (1 Tim. 6:17-19). Aquí se nos propone una inversión sabia y perfectamente segura; las buenas obras se nos especifican y recomiendan para que las practiquemos, para que usted las practique. Aquí hay valiosas ganancias, sin el peligro de fracasar. Se puede asegurar un tesoro en el cielo, una acumulación constante que le dará al inversionista un título de vida eterna. Y cuando se termine su vida aquí y se cierre el tiempo de gracia, podrá aferrarse de la vida eterna.

Hermano B, a usted no le gusta la hospitalidad; usted rechaza las cargas. Siente que es una pesada tarea alimentara los santos y atender a sus necesidades, y que todo lo que se haga en este sentido es pérdida. Le ruego que lea los pasajes citados más arriba, y mi ferviente oración es que Dios le conceda comprensión y discernimiento. Como familia, ustedes necesitan cultivar la liberalidad y preocuparse menos de sí mismos. Aprecien la oportunidad de invitara los hijos de Dios a su casa, y según lo requiera la ocasión, compartan con ellos alegremente aquello de lo cual Dios les ha hecho mayordomos. No hagan estos pequeños favores con desgano. Al hacer estas cosas en favor de los discípulos de Cristo, las hacéis en favor del Maestro. Del mismo modo, (600) si escatimáis a los santos de Dios vuestra hospitalidad, se la negáis también a Jesús.

La reforma pro salud es esencial para ustedes dos. La Hna. B ha sido lenta en esta buena obra, y ha dejado que en ella se levante oposición, sin saber a qué se estaba oponiendo. Ha resistido el consejo de Dios en perjuicio de su propia alma. El apetito intemperante ha provocado debilidad y enfermedad, debilitando los poderes morales, y haciéndola incapaz de apreciar la sagrada verdad, el valor de la expiación, que es esencial para la salvación. La Hna. B ama este mundo. En sus afectos no se ha

separado del mundo para entregarse sin reservas a Dios, como él requiere. El Señor no aceptará un sacrificio a medias. Todo, todo, todo es de Dios, y se nos exige rendir un servicio perfecto. Dice Pablo: "Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo [no moribundo], santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta" (Rom. 12:1-2). ¡Qué privilegio se nos depara, de probar por nosotros mismos, experimentalmente, la mente del Señor y su voluntad para con nosotros! ¡Alabemos su querido nombre por este precioso don! Se me ha mostrado que, antes que la Hna. B pueda aferrarse con seguridad del mundo mejor, debe romper su asidero de este mundo.

Hno. B, usted debe moverse con cuidado y mantener el control sobre su yo. Sea paciente, bondadoso y humilde. A la vista de Dios es de gran precio el espíritu manso y apacible. Usted debiera apreciar lo que Dios considera de valor. En la vida de ustedes dos debe cumplirse una obra definida si quieren estar a la altura de la medida de Dios. Trabajad mientras dura el día, pues viene la noche, en la cual nadie puede obrar. Colocaos ambos en la claridad de la luz, y luego podréis dejar que vuestra luz brille de tal modo que otros, al ver vuestras buenas obras, sean guiados a glorificar a vuestro Padre celestial.

Greenville, Michigan, 23 de enero de 1868.

LA SIMPATIA EN EL HOGAR.-

Queridos Hno. y Hna. C: Se me han presentado sus casos en visión. Al contemplar las vidas de ustedes, parecían ser un terrible error. Hno. C, usted no posee una disposición alegre. Y por no sentirse usted (601) feliz, tampoco hace felices a los demás. No ha cultivado el afecto, la ternura y el amor. Su esposa ha sufrido, a través de toda su vida matrimonial, por falta de simpatía. Su matrimonio ha sido muy parecido a un desierto; son pocas las etapas verdes que se puedan recordar con alguna gratitud. Las cosas no necesitaban haber sido así.

Así como el fuego no puede mantenerse ardiendo sin combustible, tampoco el amor puede existir sin que se lo exprese en actos visibles. A usted, Hno. C, le ha parecido que no estaba a la altura de su dignidad el manifestar ternura a través de actos de bondad, y buscar alguna oportunidad de expresarle afecto a su esposa pronunciando palabras de ternura y preocupación bondadosa. Sus sentimientos son variables, y los afectan marcadamente las circunstancias que lo rodean.

Usted no ha pensado en que fuera malo y desagradable a Dios el permitir que su mente se envolviera completamente en el mundo, para luego llevar sus perplejidades mundanales al seno de su familia, dejando así que el adversario entrase en su hogar. Es así muy fácil para usted abrirla puerta, pero descubrirá que no es nada fácil cerrarla; una vez que se ha dejado entrar al enemigo, es muy difícil echarlo fuera. Al salir de su lugar de trabajo, deje allí sus cuidados, perplejidades y molestias relativas al negocio. Preséntese ante su familia con el rostro alegre, con simpatía, ternura y amor. Esto será mejor que gastar dinero en medicinas o médicos para su esposa. Será salud para el cuerpo y fuerza para el alma. La vida de ambos ha sido miserable. Los dos habéis actuado de manera que sea así. Dios no se siente complacido con vuestra miseria; la habéis atraído sobre vosotros por falta de dominio propio.

Usted se deja dominar por los sentimientos. Hermano C, usted considera que manifestar amor, y hablar con bondad y afecto está por debajo de su dignidad. Usted piensa que todas esas palabras tiernas tienen sabor a suavidad y debilidad, y son innecesarias. Pero en lugar de ellas se oyen palabras de impaciencia, palabras de discordia, de conflicto y censura. ¿Las considera usted varoniles y nobles? ¿Cree que son una exhibición de las virtudes más serias de su sexo? No importa qué piense usted de ellas, Dios las mira con desagrado y las marca en su libro. Los ángeles huyen de un hogar en el cual se oyen palabras de discordia, donde la gratitudes casi un extraño en el corazón, y la censura salta corno bolas de tizne a los labios, manchando las vestiduras y contaminando el carácter cristiano.

Cuando ustedes se casaron, su esposa lo amaba. Era sensible en (602) extremo; sin embargo, con

esfuerzo de parte de usted y fortaleza de parte de ella, su salud no tenía por qué haberse puesto como está. Pero la severa frialdad de parte de usted lo ha transformado en un témpano, que ha congelado el canal por donde debían circular el amor y el afecto. Su costumbre de censurar y criticar ha sido como granizo desolador para una planta sensible. Ha congelado y casi destruido la vida de la planta. El amor de usted por el mundo está devorando los buenos rasgos de su carácter. Su esposa tiene otra actitud, es más generosa. Pero cuando ha ejercido, aun en cosa pequeñas, su instintiva generosidad, usted ha retraído sus sentimientos y la ha censurado. Usted alberga un espíritu mezquino y egoísta. Le hace sentir a su esposa que ella es una carga, una exigencia, y que no tiene derecho a ejercer su generosidad a expensas de usted.

Todas estas situaciones son de naturaleza tan desanimadora, que ella se siente sin esperanza y sin salida, y no tiene resistencia que ofrecer; en cambio, se doblega bajo el vendaval. Su dolencia es el sufrimiento nervioso. Si su vida matrimonial fuera agradable, ella gozaría de un nivel adecuado de salud. Pero a través de toda su vida conyugal, el demonio ha sido un huésped en su familia, el cual se ha gozado al ver su lamentable condición.

Las esperanzas fallidas han hecho que ustedes dos se sientan completamente miserables. No tendrán recompensa alguna por sus sufrimientos, puesto que ustedes mismos se los han causado. Sus propias palabras han sido como un veneno mortífero sobre los nervios y el cerebro, sobre los huesos y los músculos. Se cosecha lo que se siembra. Ustedes no aprecian los sentimientos y los sufrimientos del cónyuge. A Dios le desagrada el espíritu duro, insensible y apegado al mundo que usted posee. Hno. C, el amor al dinero es la raíz de todos los males. Usted ha amado el dinero y al mundo; la enfermedad de su esposa le ha parecido una imposición severa, terrible, sin darse cuenta de que en gran medida es culpa de usted que ella esté enferma. Usted no posee los elementos de un espíritu satisfecho. Se entretiene en pensar en sus problemas; la escasez y la pobreza que usted vislumbra en su imaginación parecen acecharlo a la vuelta de la esquina; se siente, por lo tanto, afligido, inquieto y en agonía. Su cerebro parece estar en llamas, y su espíritu se deprime. Usted no aprecia el amor a Dios y la gratitud sincera que debiera sentir por todas las bendiciones que su bondadoso Padre celestial ha derramado sobre usted. Ve solamente las incomodidades de la vida. Una especie de locura (603) mundanal lo encierra bajo pesadas nubes de espesa oscuridad. Satanás se regocija porque usted se sentirá miserable a pesar de que la paz y la felicidad están a su alcance.

A veces, usted escucha una disertación; la verdad lo afecta, y se despiertan los poderes nobles de su mente, dispuestos a controlar sus acciones. Logra ver cuán poco ha sacrificado para Dios, cuán intensamente se ha aferrado al yo, y se siente atraído hacia lo correcto por la influencia de la verdad; pero cuando se aparta de esta influencia sagrada, santificadora y suavizante, se ve que no la posee en su propio corazón; y pronto vuelve a caer presa de los mismos sentimientos estériles y carentes de simpatía. Trabajo, trabajo; ¡hay que trabajar! El cerebro, los huesos y los músculos se esfuerzan al máximo para obtener medios que su imaginación le dice que va a necesitar, si quiere librarse de la escasez y el hambre. Este es un engaño de Satanás, una de sus astutas trampas que lo llevan a usted a la perdición. 'Basta al día su afán". Pero usted se prepara su propio tiempo de angustia para caer en él antes de tiempo.

Usted no tiene fe, amor ni confianza en Dios. Si los tuviera, confiaría en él. Pero deja que sus preocupaciones lo desprendan de los brazos de Cristo, temiendo que él no va a cuidar de usted. Así sacrifica su salud. Dios no es glorificado en su cuerpo y espíritu, que le pertenecen a él. No hay en su hogar una influencia dulce y alentadora que suavice y se oponga al mal que predomina en su naturaleza. Los poderes elevados y nobles de su mente se ven avasallados por los órganos inferiores, y se desarrollan así los malos rasgos de su carácter.

Usted es egoísta, exigente y atropellador. No debiera ser así. Su salvación depende de que usted actúe por principio: se sirve a Dios por principio, no por sentimientos o por impulso. Dios lo ayudará cuando usted sienta su necesidad de ayuda y se dedique a la obra con resolución, confiando en él de todo

corazón. A menudo usted se siente desanimado sin razón suficiente. Desarrolla sentimientos semejantes al odio. Sus sentimientos de atracción o rechazo son intensos. Es necesario que los controle. Domine su lengua. "Si alguno no ofende en palabras, es varón perfecto, capaz de refrenar todo su cuerpo" (Santiago 3:2). La tarea de ayudamos le ha sido asignada a Uno que es poderoso. El será su fortaleza y apoyo, su vanguardia y retaguardia.

¿Qué preparaciones está usted haciendo para la vida mejor? Es Satanás quien le hace pensar que usted debe emplear todos sus poderes para avanzar en esta vida. Usted teme y tiembla por el futuro en esta (604) vida, mientras que descuida la vida futura, la eterna. ¿Dónde están la ansiedad, el fervor, el celo por evitar el fracaso en ese campo, para no sufrir así una pérdida inmensa? Perder un poquito de este mundo le parece a usted una terrible calamidad que le acarrearía la muerte. ¡Pero el pensamiento de perder el cielo no le produce ni la mitad de los temores! Debido a sus concienzudos esfuerzos por salvar esta vida, usted se halla en peligro de perder la vida eterna. Usted no puede darse el lujo de perder la vida eterna, perder el eterno peso de gloria. Usted no puede permitirse perder todas esas riquezas, esa felicidad tan extremadamente preciosa e incalculable. ¿Por qué no actúa como un hombre cuerdo, y desarrolla el mismo celo, fervor y perseverancia en sus esfuerzos por alcanzar la vida mejor, la corona inmortal, el tesoro eterno e imperecedero, como los que aplica en procura de esta pobre y miserable vida, y de estos pobres y miserables tesoros terrenales?

El corazón de usted está puesto en sus tesoros terrenales; por lo tanto no tiene corazón para los celestiales. Estas pobres cosas visibles —las terrenales— eclipsan la gloria de las celestiales. Allí donde esté su tesoro, estará también su corazón. Sus palabras declararán —y sus actos revelarán— dónde está su corazón. Si es en este mundo, en las escasas ganancias terrenales, sus ansiedades se manifestarán en esa dirección. Si usted lucha por la herencia inmortal con dedicación, energía y celo proporcionales a su valor, entonces usted puede ser un candidato apropiado para la vida eterna, y heredero de la gloria. Necesita una nueva conversión cada día. Muera al yo cada día, póngale riendas a su lengua, controle sus palabras, cese de murmurar y quejarse, no permita que de sus labios salga ni una palabra de censura. Si esto requiere un gran esfuerzo, hágalo y será recompensado.

Su vida es hoy miserable; está llena de anticipos del mal. Ante usted surgen escenas sombrías; siente satisfacción al concentrarse en temas desagradables. Si otros tratan de expresar optimismo, usted aplasta en ellos todo sentimiento de esperanza, hablando aun más enfática y severamente. Sus pruebas y aflicciones mantienen constantemente ante su esposa el pensamiento, tan desgastados del alma, de que usted la considera una carga debido a su enfermedad. Si a usted le gusta la oscuridad y el desánimo, si habla de ellos y concentra en ellos su atención, y atormenta su alma conjurando en su imaginación todo lo que puede hacerlo murmurar contra su familia y contra Dios, su corazón se transformará en un campo quemado, en el cual el fuego habrá (605) destruido todo lo verde, dejándolo reseco, ennegrecido y achicharrado.

Usted tiene su imaginación enferma, y es de tenerle lástima. Al mismo tiempo, nadie puede ayudarle tanto como usted mismo podría hacerlo. Si desea tener fe, exprese fe con sus palabras; hable de esperanza, y hágalo con alegría. Que Dios le ayude a ver cuán pecaminosa es su conducta. Usted necesita ayuda en esto, la ayuda de su hija y de su esposa. Si permite que Satanás controle sus pensamientos, como lo ha hecho, usted se convertirá en un siervo especial del maligno, y arruinará así su propia alma y la felicidad de su familia. ¡Cuán terrible ha sido la influencia de su hija! La madre, al no recibir de usted amor ni simpatía, ha centrado sus afectos en su hija y la ha idolizado. Al expresar este afecto poco juicioso, la ha transformado en una niña acostumbrada a los mimos y la indulgencia, echándola así a perder casi del todo. Su educación se ha visto lamentablemente descuidada. Si la hubiera instruido en el cumplimiento de los deberes hogareños, y le hubiera enseñado a llevar su parte de las cargas familiares, estaría más sana y feliz. Es deber de toda madre enseñar a sus hijos a desempeñar su parte en la vida, a compartir las cargas de ella y no ser máquinas ociosas.

La salud de su hija sería mejor si se la hubiera educado para realizar esfuerzos físicos. Sus músculos y

nervios son débiles, lacios y carentes de tono. ¿Y en qué otra condición podrían hallarse, si tienen tan poco uso? Esta niña tiene muy poco aguante. Una pequeña cantidad de ejercicio físico basta para agotarla y poner en peligro su salud. Sus músculos y sus nervios carecen de elasticidad. Sus facultades físicas se han mantenido dormidas por tanto tiempo, que su vida es casi inútil. ¡Madre equivocada! ¿No sabe usted que al darle a su hija tantos privilegios en el aprendizaje de las ciencias, sin educarla para ser útil en las labores del hogar, le hace un gran mal? El ejercicio le habría endurecido, o confirmado, su constitución y mejorado su salud. Esta ternura, en vez de ser una bendición, llegará a ser una maldición terrible. Si su hija hubiera compartido las cargas familiares, la madre no se hubiera esforzado en exceso, y podría haberse ahorrado mucho sufrimiento, beneficiando al mismo tiempo a la hija. Ella debiera empezar ahora a trabajar, sin echarse repentinamente toda la carga que normalmente lleva una persona de su edad; pero puede educarse a sí misma para realizar trabajo físico en una proporción mucho mayor que lo que ha hecho hasta ahora en su vida.

La Hna. C tiene su imaginación enferma. Se ha resguardado del (606) aire, de modo que ahora no lo puede soportar sin inconvenientes. El calor de su cuarto es muy dañino para la salud. Su circulación está deprimida. Ha vivido en el aire caliente por tanto tiempo, que sin realizar un cambio no puede soportar la exposición que significa un paseo al aire libre. Su mala salud se debe en cierto modo a la exclusión del aire, y se ha vuelto tan delicada que no puede recibir aire sin enfermarse. Si continúa entregándose a esta imaginación enfermiza, le va a ser difícil soportar aun un soplo de aire. En su cuarto debiera mantener las ventanas abiertas todo el día, para que haya circulación del aire. A Dios no le agrada que ella se quite así su propia vida. Tal cosa es innecesaria. Se ha puesto así de sensible por haber cultivado una mente enferma. Necesita aire, y debe obtenerlo. No sólo está destruyendo su propia vitalidad, sino también las de su esposo y su hija, y las de todos los que la visitan. El aire de su cuarto es decididamente impuro, y se halla desprovisto de vitalidad. Nadie que se acostumbre a tal atmósfera puede disfrutar de salud. Ella se ha entregado en este sentido a la indulgencia propia, a tal punto que no puede visitar los hogares de sus hermanos sin resfriarse. Por su propio bien, y por el de quienes la rodean, debe cambiar este estado de cosas. Debiera acostumbrarse al aire, aumentando un poco cada día, hasta que pueda respirar el aire puro y vigorizador sin sufrir malos efectos. La superficie de su piel está casi muerta, porque no tiene aire para respirar. Sus millones de boquitas están cerradas, porque las han atascado las impurezas del sistema, y por falta de aire. Sería una imprudencia dejar entrar libremente una corriente de aire exterior el día entero. Hágalo gradualmente, cambie poco a poco. En una semana podría estar manteniendo abiertas las ventanas unos cinco o diez centímetros, día y noche.

Los pulmones y el hígado están enfermos porque ella se ha privado del aire vital. El aire es la bendición gratuita del cielo, calculada para electrificar todo el sistema. Sin él, el sistema se llena de enfermedad y se vuelve torpe, lánguido y débil. Y usted ha estado viviendo durante años con una cantidad muy pequeña de aire. Al hacer esto, su esposa arrastra a otros a compartir con ella la misma atmósfera venenosa. Ninguno de ustedes puede gozar de un cerebro claro y despejado si respira una atmósfera ponzoñosa. A la Hna. C la aterra pensar en salir de la casa, porque piensa que va a sentir el cambio en la atmósfera, y se va a resfriar. Pero si se trata a sí misma correctamente, todavía puede adquirir una condición mucho mejor de salud. Debiera tomar (607) un baño general dos veces por semana, tan fresco como le resulte agradable, un poquito más frío cada vez, hasta que la piel se le acostumbre.

No necesita languidecer en algún rincón como lo hace, siempre enferma, si como familia ustedes obedecen las instrucciones que les ha dado el Señor. "El que quiere amarla vida y ver días buenos, refrene su lengua del mal, y sus labios no hablen engaño. Apártese del mal, y haga el bien. Busque la paz, y sígala. Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y atentos sus oídos a sus oraciones. Pero el rostro del Señor está contra los que hacen el mal" (1 Pedro 3:10-12). La mente satisfecha, el espíritu alegre, son salud para el cuerpo y fortaleza para el alma. No hay ninguna causa tan fructífera de enfermedad como la depresión, la lobreguez y la tristeza. La depresión mental es terrible, y todos ustedes sufren de ella. La hija es inquieta, participa del espíritu del padre; además, la atmósfera

recalentada y opresiva, desprovista de vitalidad, adormece el cerebro sensible. Los pulmones se contraen y el hígado se vuelve inactivo.
El aire, ese aire que es una preciosa bendición del cielo, y que todos pueden obtener, los bendecirá con su influencia vigorizadora, si no le impiden la entrada. Denle la bienvenida, cultiven una gran atracción por él, y verán cómo actúa en calidad de precioso calmante de los nervios. Para que se mantenga puro, el aire debe mantenerse en constante circulación. La influencia del aire puro y fresco es hacer que la sangre circule saludablemente a través del sistema. Refresca el cuerpo y tiende a impartirle fuerza y salud, mientras que al mismo tiempo su influenciase deja sentir marcadamente sobre la mente, impartiéndole cierto grado de calma y serenidad. Excita el apetito, hace más perfecta la digestión del alimento, e induce un sueño profundo y reparador.
Los efectos de vivir en cuartos cerrados y mal ventilados son los siguientes: El sistema se vuelve débil y enfermizo, se deprime la circulación, la sangre se mueve con torpeza a través del sistema, porque no está purificada y vitalizada por el aire puro y vigorizador del cielo. La mente se deprime y se vuelve lóbrega; todo el sistema pierde su tonicidad, y se corre el riesgo de generar fiebres y otras enfermedades agudas. Su cuidadosa exclusión del aire exterior y su temor de la ventilación libre los obligan a ustedes a respirar el aire corrupto y malsano que exhalan los pulmones de quienes ocupan esos cuartos, y que es venenoso, inapropiado para el mantenimiento de la vida. Decae la energía del cuerpo, la piel empalidece, se retarda la digestión y el (608) sistema se vuelve especialmente sensible a la influencia del frío. Una breve exposición produce serias enfermedades. Debiera ejercerse gran cuidado de no sentarse en una corriente o en un cuarto frío cuando se está cansado o transpirando. Debiera acostumbrarse tanto al aire, que no sienta la necesidad de hacer que el termómetro suba a más de unos 24° C (75° F).
Ustedes pueden ser una familia feliz si hacen lo que Dios les ha dado para hacer, y que ha colocado sobre ustedes como un deber. Pero el Señor no hará por ustedes lo que se propone que ustedes mismos realicen. El Hno. C es digno de lástima. Se ha sentido infeliz por tanto tiempo, que la vida se le ha vuelto una carga. Las cosas no necesitan ser así. Su imaginación está enferma, y ha mantenido durante tanto tiempo sus ojos clavados en un cuadro sombrío, que si debe afrontar la adversidad o algún desencanto, se imagina que todo va a la ruina, y que a él le toca lo peor; de este modo, su vida se hace miserable. Mientras más piensa así, más miserable hace su propia vida y la de quienes lo rodean. No hay razón para que se sienta así; todo es obra de Satanás. No debe permitir que el enemigo le controle así su mente. Debiera darle la espalda al cuadro oscuro y tenebroso, y volverse hacia el amoroso Salvador, la gloria del cielo, y la rica herencia preparada para todos los que son humildes y obedientes, y que poseen corazones agradecidos y una fe firme en las promesas de Dios.
Esto le costará un esfuerzo, una lucha; pero debe hacerse. Tanto su felicidad actual como la futura y eterna dependen de que usted fije su mente en la contemplación de cosas agradables, no mirando escenas de oscuridad, que son imaginarias, y dirigiendo sus ojos a los beneficios que Dios ha esparcido en su camino, y más allá de ellos, a lo invisible y eterno.
Usted pertenece a una familia que no posee mentes bien equilibradas, sino sombrías y deprimidas, afectadas por el ambiente y susceptibles a diversas influencias. A menos que usted cultive una actitud mental optimista, feliz y agradecida, Satanás lo llevará eventualmente cautivo a su voluntad. Usted puede ser de ayuda y de apoyo para la iglesia donde reside, si obedece las instrucciones del Señor y no actúa por sentimientos, sino controlado por principios. Nunca permita que de sus labios se escapen censuras, porque son como granizo desolador para quienes lo rodean. Pronuncie sólo palabras agradables, luminosas y llenas de amor.
Hno. C, su organismo no está en la mejor condición para su avance (609) espiritual; sin embargo, la gracia de Dios puede hacer mucho para corregir los defectos de su carácter, y fortalecer y perfeccionar los poderes mentales que ahora son débiles y necesitan adquirir fuerza. Al hacer esto, usted podrá controlar las facultades inferiores, que han dominado a las superiores. Usted actúa como una persona

cuyas sensibilidades se hayan adormecido. Necesita que la verdad se apodere de usted y obre una reforma completa en su vida. "No os conforméis a este mundo, sino transformaos mediante la renovación de vuestro entendimiento, para que podáis comprobar cuál es la voluntad de Dios, que es buena, agradable y perfecta" (Romanos 12:2). Esto es lo que usted necesita, y lo que debe experimentar: la transformación que hará en usted la santificación por medio de la verdad.

¿Cree usted que el fin de todas las cosas se aproxima, que las escenas de la historia de este mundo están llegando rápidamente a su conclusión? Si es así, muestre su fe por sus obras. La gente muestra toda la fe que tiene. Algunos piensan que tienen buena cantidad de fe, pero si tuvieran algo de ella, estaría muerta, porque no se apoya en las obras. "Si la fe no tiene obras, está muerta" (Santiago 2:17). Pocos tienen esa fe genuina que obra por amor y purifica el alma. Pero todos los que sean hallados dignos de la vida eterna deberán haber obtenido una adaptación moral para la misma. "Amados, ahora ya somos hijos de Dios. Y aunque no se ve aún lo que hemos de ser, sabemos que cuando Cristo aparezca, seremos semejantes a él, porque lo veremos como él es. Todo el que tiene esta esperanza en él, se purifica, así como él es puro" (1 Juan 3:2-3). Esta es la obra que se extiende en su camino, y usted no tiene mucho tiempo para dedicarse a la tarea con toda su alma.

Usted debe experimentar la muerte al yo, y debe vivir para Dios. "Siendo que habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios" (Col. 3:1). El yo no debe ser consultado. El orgullo, el amor propio, el egoísmo, la avaricia, la codicia, el amoral mundo, el odio, las sospechas, la envidia, las malas suposiciones, todo debe ser subyugado y sacrificado para siempre. Cuando Cristo aparezca, no vendrá para corregir estos males y darnos luego la idoneidad moral para su venida. Todos estos preparativos deben hacerse antes que él venga. La pregunta: "¿Qué haremos para ser salvos?" debe ser un tema de meditación, de estudio y de ferviente investigación. ¿Cómo debemos comportarnos para mostrarnos aprobados ante Dios? (610)

Cuando se sienta tentado a murmurar, a censurar, y a dar rienda suelta a la impaciencia, hiriendo así a los que lo rodean, y por extensión a su propia alma, ¡oh! deje que surja de su alma la profunda, ferviente y ansiosa pregunta: "¿Estaré sin defecto delante del trono de Dios? Sólo los perfectos estarán allí. Nadie será trasladado al cielo mientras su corazón esté lleno de la basura terrenal. Hay que remediar primero todo defecto del carácter moral, quitar toda mancha por la sangre purificadora de Cristo, y vencer todos los rasgos de carácter que no expresen amor ni sean dignos de ser amados.

¿Cuánto tiempo se propone usted dedicar a prepararse para ser introducido a la sociedad de los ángeles celestiales de gloria? En el estado en que se encuentran ahora usted y su familia, todo el cielo se echaría a perder si se les diera entrada allí. Aquí debe hacerse la obra en favor de ustedes. Este mundo es el lugar de ajuste. Usted no tiene un momento que perder. En el cielo todo es armonía, paz y amor. Allí no hay discordia ni conflictos, ni censuras; no hay palabras ásperas, ni ceños fruncidos, ni sacudidas; y no se dejará entrara nadie que posea ninguno de estos elementos tan destructivos para la paz y la felicidad. Estudien para ser ricos en buenas obras, listos a repartir, dispuestos a comunicar, colocando para ustedes un buen fundamento para lo por venir, de modo que se puedan aferrar a la vida eterna.

Cesen para siempre sus murmuraciones con respecto a esta pobre vida, pero deje que la carga de su alma sea cómo asegurarnos la vida mejor que ésta, un título a las mansiones preparadas para los que sean verdaderos y fieles hasta el fin. Si se equivoca en esto, todo se perderá. Si dedica el tiempo de su vida a echar mano de tesoros terrenales, y pierde los celestiales, descubrirá que ha cometido un terrible error. No puede obtener ambos mundos. "¿Qué aprovecha al hombre si gana todo el mundo, y pierde su vida? O, ¿qué puede dar el hombre por su vida?" (Marcos 8:36-37). Dice el inspirado Pablo: "Porque esta leve y momentánea tribulación, produce una eterna gloria, que supera toda comparación. Así, fijamos nuestros ojos, no en lo que se ve, sino en lo que no se ve. Porque lo que se ve es temporal, pero lo que no se ve es eterno" (2 Cor. 4:17-18).

Las pruebas de esta vida son los obreros de Dios que quitan de nuestro carácter las impurezas, las debilidades y asperezas, y nos adaptan para asociarnos con los ángeles puros del cielo en gloria. Pero a

medida que pasamos por estas pruebas, a medida que los fuegos de la aflicción se encienden en nosotros, no debemos fijar la vista en (611) el fuego visible, sino en las cosas invisibles, la herencia eterna, la vida inmortal, el eterno peso de gloria; y mientras hacemos esto, el fuego no nos consumirá, sino que sólo quitará la paja, y saldremos purificados siete veces, llevando el sello de lo Divino.
Greenville, Michigan, 7 de Marzo de 1868.

LA SITUACION DEL ESPOSO.-
Queridos Hno. y Hna. D: Mientras hablaba en la reunión del domingo por la tarde, casi no podía contener el impulso a llamarlos a ustedes por nombre y relatar ciertas cosas que se me habían mostrado. Vi que el Hno. D no ocupaba en su familia la posición que Dios quiere asignarle. La que va a la cabeza es la Hna. D; tiene voluntad fuerte, que no ha sido subyugada como Dios requiere; y el Hno. D, con el fin de complacer a su esposa y evitarle el desánimo, ha cedido ante ella. El juicio de su esposa lo arrastra, y por años no ha sido un hombre libre.
Cuando el Hno. D comenzó a ocuparse en la obra de enseñar la verdad, se consideraba a sí mismo pequeño, y Dios lo usó como su instrumento. Pero vi que desde hace algún tiempo, él no se ha humillado bajo la mano de Dios. Ha confiado en su propia sabiduría y débil juicio, y Satanás ha obtenido una ventaja sobre él. En vez de confiar solamente en Dios y apoyarse en la fortaleza divina, ha dejado que la influencia de su esposa pervierta su juicio. Ella ha tratado de ocupar una posición que le permitiera ver, oír y comprender todo lo que sucediera a su alrededor. Si ella poseyera criterio santificado y sabiduría celestial, podría ver a través de ojos santificados y oír con oídos santificados. Usaría correctamente sus ojos y oídos. Pero no lo ha hecho. "¿Quién es ciego, sino mi siervo? ¿Quién es sordo, como mi mensajero?" (Isaías 42:19). Dios no quiere que escuchemos todo lo que hay para oír, ni que veamos todo lo que se puede ver. Es una gran bendición cerrar los oídos de modo que no oigamos, y los ojos para no ver. Nuestra mayor preocupación debiera centrarse en tener visión clara para discernir nuestros propios errores, y oídos atentos para captar toda reprensión e instrucción necesaria, no sea que por nuestra falta de atención y descuido las dejemos pasar, transformándonos así en oidores olvidadizos y no hacedores de la obra.
Hno. D, desde hace ya algún tiempo, sus labores no han estado dirigidas en la forma sabia y exitosa de antes. Su manera de actuar no (612) ha llevado el sello de Dios. Su esposa ha manejado sus asuntos temporales, y ha llevado cargas que son demasiado pesadas para ella, mientras que usted ha estado ausente. Esto ha excitado la simpatía de usted, y ha tendido a pervertir su juicio, de modo que ha llegado a tener un concepto demasiado elevado de sus calificaciones, por la capacidad que ha mostrado en el manejo de sus asuntos temporales. Satanás ha estado acechando en busca de su oportunidad de usar con tanta ventaja como le sea posible para sus propios intereses, la confianza que usted ha depositado en su esposa. Su propósito es enredarlos y destruirlos a ambos. En gran medida, usted ha puesto su propia mayordomía en manos de su esposa. Esto no es correcto; a duras penas podrá ella llevar su propia porción de la responsabilidad, sin además cargar con la que le corresponde a usted, y por la cual Dios le pedirá a usted cuentas.
La Hna. D se ha dejado engañaren algunas cosas. Ha pensado que Dios la guiaba en un sentido especial, y ustedes dos han creído y actuado en armonía con esa noción. El discernimiento especial que ella creía poseer, es un engaño del enemigo. Ella tiene una rapidez natural para ver, para comprender, para anticipar, y su naturaleza es extremadamente sensitiva. Satanás se ha aprovechado de estos rasgos de carácter, y los ha guiado a ambos en la dirección equivocada. Hno. D, usted ha sido un siervo por bastante tiempo. Mucho de lo que la Hna. D pensaba que era discernimiento, no ha sido otra cosa que celos. Se ha mostrado dispuesta a ver todo con ojos celosos, a albergar sospechas, presumiendo el mal, desconfiando de casi todo. Esto causa infelicidad en la mente, desánimo y dudas, allí donde debieran existir la fe y la confianza. Estos lamentables rasgos de carácter hacen que sus pensamientos fluyan en un cauce sombrío, donde ella acaricia un presentimiento de mal. Al mismo tiempo, su temperamento

supersensible la lleva a imaginarse víctima de desatención, desprecios e insultos, allí donde nada de eso existe.
Todas estas cosas les estorban a ustedes dos el camino del progreso espiritual, y afectan a otros en la medida en que ustedes se hallan conectados con la causa y la obra de Dios. Hay una obra que ustedes tienen que hacer: Humíllense bajo la poderosa mano de Dios, para que en el momento debido sean exaltados. Esos rasgos de carácter lamentables deben ser corregidos y reformados con voluntad firme e invariable; si no, con el tiempo harán que la fe de ustedes dos naufrague.
Hno. D, usted tiene un deber que cumplir. Tome en sus manos la (613) mayordomía que ha abdicado, y en el temor de Dios asuma el lugar que le corresponde como cabeza de su familia. Debe desprenderse de la influencia de su esposa, y confiar más plenamente en Dios, dejando que él lo dirija y lo guíe. Dios no ha instruido en forma especial a la Hna. D, ni le ha dado luz para que ella enseñe a otros su deber. Mientras las cosas sigan como están ahora, ni usted ni su esposa podrán ocupar la posición que Dios quiere que ocupen. Mientras usted no permita que su esposa ocupe la posición que debe tener una esposa, nunca se verá establecido, fortalecido y sólidamente fundado. Cuando ella ocupe el lugar que le corresponde, respete su juicio, consulte con ella en cuanto a sus planes, pero tenga mucho cuidado de no creer implícitamente que su juicio es el juicio de Dios. Consulte con sus hermanos, sobre los cuales Dios ha visto apropiado colocar la carga de la obra. Si usted hubiera consultado con aquellos cuyo consejo usted debía buscar, no habría cometido un error tan grande, una torpeza tan triste, como lo que hizo en el caso de E. En ese caso, la causa de Dios recibió heririas y reproches. Su esposa pensaba que tenía luz en este caso; pero sus impresiones no eran de Dios sino del enemigo, porque éste vio que podía influir en usted desde esa dirección. Su tendencia a confiar tan completamente en el juicio de su esposa es contraria a las disposiciones celestiales. Satanás se ha propuesto de este modo aislarlo en buena medida de la influencia de sus colaboradores y de sus hermanos en general.
Usted ha sufrido pruebas que no habría tenido necesidad de experimentar si no se hubiera imaginado que su esposa ocupaba una posición en la cual Dios nunca la puso. Usted ha puesto una confianza demasiado implícita en su juicio y sabiduría. Ella no se ha consagrado a Dios, y por lo tanto, su juicio tampoco ha sido consagrado. No es una mujer feliz, y la orientación infeliz que ha adquirido su mente le ha causado graves daños a su salud física y mental. Satanás se ha propuesto desequilibrarlo a usted, y hacer que sus hermanos pierdan la confianza en su criterio. El diablo está buscando la forma de derribarlo.
Si Dios le extiende a su esposa un llamado especial a la obra de enseñar la verdad, entonces usted podrá inclinarse a su consejo, y confiar en sus instrucciones. Dios puede darles a ambos —por cuanto sienten el mismo interés y devoción por la obra— calificaciones equivalentes para desempeñar una parte prominente en la tan solemne obra de salvar almas. La gran tarea que ella debe afrontares ser diligente en asegurar su llamado y elección, cesar de espiar a los demás y (614) comenzar ahora la obra de ser muy celosa de sí misma. Debiera esforzarse por bendecir a otros con su ejemplo piadoso, su alegría, su ánimo, valor, fe, esperanza y gozo, en esa confianza perfecta en Dios que será el resultado de la santificación por medio de la verdad. Debe desarrollar un grado absoluto de conformidad con la voluntad de Dios. Cristo le dice a ella: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el primero y el mayor Mandamiento. Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos Mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas".
Lo que antecede fue escrito en Mount Pleasant, Iowa, el 4 de Octubre de 1867. No tuve tiempo de terminar el testimonio y copiarlo, de modo que lo puse de lado, y sólo pude terminarlo cuando volví del este a Greenville, Michigan. Entonces me dediqué a él, el 30 de Enero de 1868.

Queridos hermano y hermana D: Ustedes debieran haber recibido esto hace mucho tiempo, pero nuestras labores han sido tan duras que no pude hallar tiempo para escribir. Cada lugar que visitábamos

me traía a la memoria muchas cosas que se me habían mostrado de casos individuales, y he escrito en las reuniones, aun mientras mi esposo predicaba.
Esta visión me fue dada hace unos dos años. El enemigo me ha estorbado en toda forma posible para impedir que las almas reciban la luz que Dios me ha dado para ellas. En primer lugar, el caso de mi esposo nos causó tanta perplejidad y aflicción, que yo no podía escribir. Luego, el desánimo que me causaron mis hermanos me mantuvo en una condición de tristeza y zozobra que me impidió hacer ninguna clase de trabajo. Cuando reanudamos nuestros viajes, el verano pasado, empecé a escribir, pero hemos viajado de lugar a lugar con tanta rapidez que apenas nos alcanzaba el tiempo para asistir a las reuniones. Había mucho trabajo que hacer. Practico el hábito de levantarme a las cuatro de la mañana para dedicarme a escribir. Sin embargo, la labor constante bajo presión de las reuniones desgasta el cerebro de tal manera que me deja incapacitada para escribir, pues mi cabeza queda demasiado cansada.
Lamento que ustedes no hayan podido recibir esto antes, pero aún ahora ruego a Dios que les haga llegar una bendición por medio de lo que lean. Esta es mi sincera oración. Quizás usted, mi querido hermano, (615) puede haberse dado cuenta de estas cosas antes de ahora, y haberlas solucionado. Por lo menos, así lo espero. Tanto usted como su esposa pueden contar con nuestra simpatía y nuestras oraciones. Nos interesamos por ella tanto como por usted. El alma de su esposa es preciosa. Rogamos que ella busque un espíritu manso y apacible, que es de gran estima delante de Dios. Un ángel me hizo mirar a la Hna. D, y pronunció estas palabras: "Todo lo que es verdadero, todo lo honorable, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, EN ESO PENSAD" (Filipenses 4:8). Este es el tren saludable de pensamiento que debe seguir la mente. Cuando se quiera desviara otro canal distinto, hágala volver. Edúquela para pensar sólo en las cosas que traen paz y amor.
Entrego esto en manos de ustedes, esperando y orando que Dios lo transforme en una bendición para ustedes, y que ambos puedan obtener una preparación que los haga ser considerados dignos de la vida eterna.

FECHAS DE PRIMERA PUBLICACION.-
Todos los Testimonios para la iglesia de este tomo fueron publicados primeramente en Battle Creek, y aparecieron en los años siguientes: No. 1, 1855; No. 2,1856; No. 3,1857; No. 4,1857; No. 5, 1859; No. 6, 1861; No. 7, 1862; No. 8, 1862; No. 9, 1863; No. 10, 1864; No. 11, 1867; No. 12, 1867; No. 13, 1867; No. 14, 1868. (616)

APÉNDICE.-
A manera de ayuda para comprender las circunstancias que condujeron a la entrega de ciertos testimonios, los Fideicomisarios de las Publicaciones de Elena G. de White han preparado las siguientes notas.
Página 112: "La Hora de Comenzar el Sábado": Durante un período de unos diez años, los adventistas guardadores del sábado observaron el reposo desde las 6 p. m. del viernes hasta las 6 p. m. del sábado. En su primer tratado sobre la perpetuidad del sábado del cuarto mandamiento, publicado en 1846, el pastor José Bates había propuesto razones supuestamente bíblicas para observar el sábado de esta manera. Citó la parábola de los obreros de la viña, el último grupo de los cuales había sido llamado "a la hora undécima" del día, y habían trabajado sólo una hora. El patrón los llamó a cuentas "al atardecer". Mateo 20:6, 8, 12. Comparando este pasaje con la pregunta que hizo Cristo: "¿No tiene el día doce horas?", el pastor Bates razonó que el "atardecer" comenzaba con la hora Nº 12, es decir, las 6 de la tarde, medida con respecto al tiempo ecuatorial o al comienzo del año sagrado. La razón principal de que se hayan aceptado sus conclusiones sin mayor investigación puede haber sido el respeto por sus años y experiencia, así como por su vida consagrada.

A medida que pasaba el tiempo y se esparcía el mensaje, una cantidad cada vez mayor de guardadores del sábado cuestionaban esta práctica y proponían que se usara la puesta del sol como guía para calcular el comienzo del sábado. El pastor J. N. Andrews realizó una concienzuda investigación del tema, y escribió un folleto que explicaba las razones bíblicas que favorecían la puesta del sol. Este trabajo fue presentado y analizado el sábado 17 de Noviembre de 1855 en las conferencias de Battle Creek, Michigan, con el resultado de que casi todos los asistentes se convencieron de que la conclusión a que había llegado el pastor Andrews era la correcta.
El hecho de que le fuera presentado el tema a la Sra. de White en esta visión, dada dos días después, desvaneció las dudas que perduraban en algunas mentes, y produjo unidad entre los creyentes. (617)
Comentando cómo esta experiencia ilustraba que el oficio de las visiones consiste más en confirmar las conclusiones basadas en el estudio de la Biblia que en la introducción de nuevas enseñanzas, el pastor Jaime White escribió más tarde:
"La siguiente pregunta surge en forma natural: Si las visiones son dadas para corregir a los errantes, ¿por qué ella no vio antes que el tiempo escogido, las 6 de la tarde, era un error? Siempre he agradecido que Dios haya corregido el error en el momento que él juzgó correcto y apropiado, y que no haya tolerado que existiera entre nosotros una triste división en tomo a este punto. Pero, querido lector, la obra del Señor en este punto se halla en perfecta armonía con la posición correcta acerca de los dones espirituales. Según parece, no es el deseo del Señor enseñar a su pueblo por medio de los dones del Espíritu en lo referente a temas bíblicos, hasta que sus siervos no hayan investigado con diligencia la Palabra. Cuando se hizo esto respecto del tiempo en que se debe comenzar el reposo sabático, y la mayoría estuvieron establecidos, algunos se hallaron en peligro de estar fuera de armonía con el cuerpo en cuanto a este tema. Entonces, sí, entonces llegó el tiempo para que Dios mostrara su bondad al manifestar los dones de su Espíritu precisamente en el acto de cumplir la obra a ellos encomendada". Review and Herald, 25 de Febrero de 1868.

Páginas 113-114, 117-118, "Opositores de la Verdad" y "El Grupo del Mensajero": En el verano de 1854 aparecieron entre los adventistas guardadores del sábado los primeros disidentes, es decir, la primera apostasía. Dos hombres que habían estado predicando el mensaje fueron reprendidos por el espíritu de profecía debido a su espíritu áspero y censurador, por su avaricia y por su extravagancia en el uso de los medios que se ponían en sus manos. En vez de arrepentirse, se llenaron de amargura y se unieron con algunos otros individuos para recriminar injustamente al pastor White, a su esposa y a otros dirigentes, lanzando contra ellos acusaciones falsas. Si bien seguían proclamando la verdad del sábado, comenzaron a publicar una hoja calumniosa que llamaron The Messenger of Truth [El Mensajero de la Verdad]. (618)
A este grupo se unieron los pastores Stephenson y Hall de Wisconsin. Habían sido predicadores adventistas del primer día y profesaban haber aceptado las verdades del mensaje del tercer ángel, pero seguían creyendo ciertas doctrinas relativas a una Edad Futura. Según esta teoría, durante el milenio habría una "segunda oportunidad" de salvación. Consintieron, sin embargo, en predicar el mensaje sin propagar esta teoría, si la Review se abstenía de publicar artículos que la contradijeran. Sin embargo, como se indica en el texto, no cumplieron su promesa y pronto se hallaron oponiéndose a la Review y a quienes la apoyaban.
Pronto el camino de estos "opositores de la verdad" llegó a su fin. Tanto Stephenson como Hall perdieron la razón. El periódico Messenger of Truth dejó de publicarse en 1857, y a principios de 1858 el pastor White informó tocante al grupo disidente: "Ni uno de los 18 mensajeros quienes una vez ellos se jactaban de tener consigo está hoy dando testimonio público, y hasta donde sepamos, no hay un solo lugar donde ellos celebren reuniones regulares". Review and Herald, 14 de Enero de 1858.
Página 175, Dadivosidad sistemática: En los primeros días del mensaje, hombres impelidos por la urgencia de sus convicciones salieron a predicar las verdades recién descubiertas. Para su sustento

dependían de su propio trabajo o de las ofrendas voluntarias de los creyentes. El método era incierto, espasmódico y fluctuante. Temprano en 1859 se hizo sentir la necesidad de desarrollar un plan más sólido, y el tema fue estudiado con mucha atención. De este análisis surgió el plan conocido como "dadivosidad sistemática". En armonía con 1 Corintios 16:2, se recomendó que se hicieran donaciones regularmente cada primer día de la semana; y según sugiere 2 Corintios 8:12-14, se promovió la distribución equitativa de la responsabilidad financiera. El plan requería que los hermanos pusieran aparte semanalmente entre cinco y veinticinco centavos de dólar; las hermanas, entre dos y diez centavos; y en el caso de los dueños de propiedades, entre uno y cinco centavos semanales por cada cien dólares en activo (es decir, el valor de sus propiedades). (619)
En general, el plan recibió favorable acogida, y en estas páginas recibe también la aprobación del espíritu de profecía. Se señaló que el peor pecado de la iglesia era la codicia (pág. 179). La dadivosidad sistemática no se presentó como un plan perfeccionado, puesto que se declaró también que "Dios está guiando a su pueblo" y lo "está enseñando" (pág. 176). A medida que se ampliaban los planes para el apoyo de la obra y el ministerio, se avivaba en forma creciente el espíritu de liberalidad hasta que eventualmente la luz de las Escrituras reveló el sistema de diezmos y ofrendas que la iglesia conoce hoy.

Página 193, Organización: Hasta el año 1860 no había existido una organización legal o eclesiástica entre los adventistas guardadores del sábado. Ni siquiera habían adoptado un nombre. Se referían a sí mismos como "el rebaño esparcido", el "pequeño remanente", o alguna variante de estas expresiones. Ahora el pastor White había anunciado que debía rehusar continuar asumiendo responsabilidad personal por el dinero que la oficina de la Review and Herald recibía en calidad de préstamo. Expresó además la esperanza de que pronto podría llegar el tiempo en que "este pueblo se halle en posición de adquirir seguros para las propiedades de la iglesia, mantener en forma apropiada sus casas de reunión, y que las personas que hacen su testamento y que quieran, puedan dedicar una porción al departamento de publicaciones". Pidió a sus hermanos que hicieran sugerencias acerca de cómo se podría cumplir ese deseo, de modo que "nosotros, como pueblo" pudiéramos actuar de modo que obtuviéramos las ventajas mencionadas.
Entre las primeras respuestas a este pedido se halló la de un creyente identificado como el "hermano B" en conexión con esto, en la cual expresaba su convicción de que sería erróneo establecerse como una corporación religiosa conforme a la ley. Consideraba que eso sería como "hacerse un nombre", algo semejante al propósito que guiaba a los constructores de la torre de Babel, y "pasaría a ocupar un lugar en el fundamento de Babilonia". En cuanto a obtener seguro para los edificios de las iglesias, ¿no eran éstas la propiedad del Señor, y no podría él cuidar lo suyo sin la ayuda de (620) las compañías de seguros? Además, dijo él, los que prestan dinero a la oficina no debieran insistir en recibir un documento firmado por una corporación legal, porque "se lo están prestando al Señor, y a él es que deben confiárselo". Review and Herald, 23 de Febrero, 22 de Marzo de 1860.
Después de mucha discusión, se vencieron casi totalmente las reservas en cuanto a si era correcto o no organizar la oficina de publicaciones, y en una conferencia celebrada en septiembre de 1860, se formó la Advent Review Publishing Association [Asociación Publicadora Revista Adventista]. Unos meses más tarde el nombre fue cambiado a Seventh-day Adventist Publishing Association [Asociación Publicadora Adventista del Séptimo Día]. Aun después de haberse dado este paso quedaban muchos que se sentían reacios a entrar en el camino de la organización denominacional, y el tema siguió siendo objeto de discusión. Sin embargo, como la gran mayoría se mostraba favorable a la organización, el movimiento procedió, en primer lugar a la organización de iglesias, luego de asociaciones estatales y, finalmente, de la Asociación General.
El testimonio sobre "Organización" (páginas 245-246) habla de la oposición que surgió en el Estado de Nueva York contra esta acción, y de la visión dada con referencia a ella.

Página 263: En realidad, los magos no hicieron que las varas se convirtieran en serpientes; pero por la magia, ayudados por el gran engañador, lograron producir esta apariencia. Transformar las varas en serpientes vivas es algo que se halla fuera del alcance de Satanás. El príncipe del mal, a pesar de que posee toda la sabiduría y el poder de un ángel caído, no posee la facultad de crear o de dar vida; esta es únicamente la prerrogativa de Dios. Pero el diablo hizo todo lo que estaba en su poder: produjo una falsificación. Según la visión humana, las varas se convirtieron en serpientes. Así lo creyeron el faraón y su corte. En su apariencia no había nada que las diferenciara de la serpiente que produjeron Moisés y Aarón. Así, el testimonio habla del caso con el lenguaje de las Escrituras; y el mismo Espíritu explica que las Escrituras describen el caso tal como éste aparecía. Véase el Testimonio Nº 33, tomo 5, pág. 652. (621)

Página 317, "La Rebelión": Cuando se escribió este testimonio, a principios de 1863, los adventistas del séptimo día afrontaban un serio problema. La nación estaba en guerra. Si bien en el corazón eran no combatientes, las simpatías de los miembros de iglesia se hallaban casi sin excepciones del lado del gobierno en su oposición a la esclavitud. A medida que progresaba el conflicto, más y más hombres eran llamados al ejército. En cada llamado, cada distrito estaba bajo la obligación de proveer cierto número de reclutas, y cuando las conscripciones voluntarias bajaban de ese número, se escogían nombres por lotería para llenar la cuota. Por un tiempo se podía comprar un substituto pagando cierta cantidad de dinero. Por no haber provisión para asignar adventistas del séptimo día al servicio en calidad de no combatientes, y además no se les permitía guardar el sábado, cuando salían llamados por lo general podían comprar de este modo una exención. Si la persona no podía juntar por sí misma el dinero, se le ayudaba de un fondo establecido con dicho propósito.
Ahora, por necesitarse más hombres, era inminente el paso de una ley de conscripción nacional sin privilegios de exención. Nuestros hermanos se sintieron perplejos en lo referente a su respuesta a esa conscripción, que podría obligarlos a tomar armas o a trabajar en sábado.
Pocos meses antes que apareciera este testimonio, el pastor White había publicado un editorial en la Review and Herald, titulado "La Nación", al cual se hace referencia en la página 317. Consideraba que el gobierno era el mejor del mundo, y que estaba luchando por una causa justa. Su mejor consejo en el momento fue que si venía la conscripción obligatoria "sería una locura resistir", y añadió:
"Pensamos que si alguien se propusiera resistir hasta que, en la administración de la ley militar, fuera fusilado, estaría yendo demasiado lejos al tomar sobre sí la responsabilidad de un suicidio". Review and Herald, 12 de Agosto de 1862.
La naturaleza de alguna de la correspondencia que siguió a este artículo, según lo señala la Sra. de White, había sido de tal naturaleza (622) que había impulsado al pastor White a protestar contra una virtual acusación de "quebrantar el sábado, y asesinato", que había sido levantada contra él. Tales extremistas fueron reprendidos por la Sra. de White por una parte, y por la otra se hizo resonar una nota de advertencia para los que se sentían inclinados a enrolarse.
En Julio de 1864, la ley de conscripción nacional fue enmendada para revocar la cláusula que permitía la exención a cambio de un pago de 300 dólares. Inmediatamente se dieron los pasos necesarios para obtener en favor de los jóvenes adventistas del séptimo día los privilegios concedidos a los miembros de denominaciones religiosas que por motivos de conciencia se oponían a portar armas, es decir, la posibilidad de ser asignados a servicios no combatientes en hospitales o en el cuidado de los esclavos libertados. Antes que se tuviera que afrontar una crisis seria, esos esfuerzos tuvieron éxito. En unos pocos casos, algunos jóvenes adventistas fueron enrolados en el ejército y se les asignó trabajo de hospital u otro servicio como no combatientes. Cualquiera que fuera su asignación, se esforzaron por hacer brillar su luz. Durante varios meses se publicó regularmente en la Review and Herald una lista de recibos para un fondo de tratados para soldados, cuyo propósito era proveer publicaciones para distribuir entre los hombres.

La experiencia de los adventistas en conexión con la Guerra Civil de los Estados Unidos, los llevó a dar los pasos necesarios para obtener una situación reconocida como no combatientes, lo cual al mismo tiempo les permitía seguir las admoniciones bíblicas en cuanto a nuestra relación con las autoridades terrenales, las cuales son establecidas por Dios.

Páginas 372, 402, Reforma en la Manera de Vestir: En general, los vestidos que usaban las mujeres en los Estados Unidos en la época cuando se escribió esto (1863, 1867), eran muy dañinos para la salud. Eran especialmente objetables por su largo exagerado, la constricción de la cintura por el corsé, y por el peso de las faldas que se suspendían de las caderas. Unos diez años antes, algunas mujeres prominentes en la escena nacional iniciaron un movimiento para adoptar un nuevo estilo de vestimenta que se hallara exento (623) de estas serias objeciones. La nueva moda de vestir se parecía un tanto al traje turco que usaban tanto los varones como las damas. El movimiento se volvió tan popular que por un tiempo se llevaron a cabo convenciones anuales de "reforma en la vestimenta".
El "traje americano" al cual se refiere aquí la Sra. de White, era una modificación del estilo anterior, y su proponente era la Dra. Harriet Austin de Dansville, Nueva York. Combinaba una falda corta "que llegaba más o menos a la mitad de la distancia entre la cadera y la rodilla", con pantalones, chaqueta (saco) y chaleco de aspecto masculino. Véase la descripción en las páginas 409-410. En 1864 se le mostró a Elena de White que este "así llamado vestido de reforma" no era apropiado para que lo adoptara el pueblo de Dios.
En 1865, la Sra. de White, a través de How to Live Nº 6, [Cómo Vivir], apeló a nuestras hermanas urgiéndolas a adoptar un estilo de vestir que fuera modesto y saludable. El año siguiente, el Instituto de Reforma de Salud, recientemente establecido en Battle Creek diseñó un patrón de vestido que corregía los extremos del traje americano corto y de los vestidos excesivamente largos que eran de uso común.
En 1867 se publicó el Testimonio Nº 11, el primer artículo del cual se titulaba "La Reforma en la Manera de Vestir". Véanse las páginas 402-410. En él, se analizaba cabalmente el asunto del vestido, y se daban consejos adicionales. Se recomendó un patrón general que incorporaba los principios revelados a la Sra. de White, el cual se declaró que "era digno de llevar el nombre de vestido corto de la reforma". En la visión no se le reveló ningún modelo o patrón específico, y al referirse al tema en una fecha posterior, la Sra. de White declaró:
"Algunos han supuesto que el patrón dado era el que todos debían adoptar. Esto no es así. Pero algo así tan sencillo como esto sería lo mejor que podríamos adoptar bajo las circunstancias. No se me ha dado ningún estilo preciso para que sea la regla exacta que guíe a todos en su vestimenta". E. G. de White, Carta 19, 1897. Citado en The Story of Our Health Message [La Historia de Nuestro Mensaje de Salud], pág. 145. (624)
Con el paso de los años, los estilos prevalecientes en los vestidos femeninos mejoraron, llegando a ser más sensibles y saludables. Ya no se siguió recomendando el antiguo vestido de la reforma en su patrón exacto, pero siguió presentándose constantemente el testimonio uniforme de la Sra. de White en cuanto a los principios fundamentales que debieran guiar al cristiano en este asunto. Así, ella escribió en 1897:
"Que nuestras hermanas se vistan en forma sencilla, como muchas lo hacen, y que el vestido sea de buen material, durable, modesto, apropiado para esta época, y no permitamos que el tema del vestido nos llene la mente". Id., pág. 146.

Página 459: Para una explicación adicional del tema de la vestimenta, referimos al lector al tomo 4 de Testimonios para la Iglesia, Nº 30, artículo "La Sencillez en la Vestimenta".

Página 596: Desde la organización de las Sociedades de Tratados en muchos estados, estas entidades se han hecho cargo de proveer libros y tratados a los pobres que son dignos de esta ayuda. Algunos de los libros aquí mencionados están ahora agotados y no se los ha vuelto a imprimir.

LOS FIDEICOMISARIOS DE LA CORPORACIÓN EDITORIAL DE ELENA G. DE WHITE

Índice de Citas Bíblicas

Génesis
3:4 ……. 271, 306, 308
4:9 ……. 110
18:19 ……. 199
22:2 …….. 400
22:11-12 ……... 400
22:16 …… 186
26:3 ……. 186
32:26 ……... 136, 142
Éxodo
3:14 ……. 263
8:19 ……. 263
9:11 ……. 263
14:27 ……... 241
16:3 ……. 123
20:12 …… 436
22:10-11 …….. 203
33:16 …… 255
Levítico
18:26-27 …….. 253
23:32 …… 112
23:35-37 …….. 467
Números
15:38-41 …….. 458
16:3 ……. 371
Deuteronomio
7:6-7 …… 255
14:2 ……. 282
22:5 ……. 405
23:19-20 ……. 467
32:16-22 ……. 254, 325
32:26-30 ……. 325
32:35-37 ……. 328
Josué
5:13-15 …….. 364
7:13 …… 132
Jueces
6:22-23 …….. 363
13:21-22 ……. 363
1 Samuel
3:14 …… 175
3:18 …… 115
15:22-23 …… 290
2 Samuel

11:14-15 …… 232
2 Crónicas
36:14-16 ……. 253
Esdras
4:1-5 …….. 254
7 ……. 55
8:21-23 …….. 254
9:1, 13-15 …….. 253
Ester
4:16 …… 22
Job
1:21 …… 107, 108
Salmos
23:1 …… 36
37:1-2 …… 95
46:10 ……. 108
50:16-19 …… 303
51:10 ……. 148
71:9, 17-18 …… 374
105:9 ……. 186
115:17 …… 269
132:11 …… 186
135:4 ……. 255
139:14 …… 427
Proverbios
1:24-26 …….. 81
1:24-33 …….. 239
1:27-28 …….. 82
3:9-10 …… 292
3:17 …… 441
8:17 …… 352
11:15 ……. 184
11:24-25 …… 203
22:26 ……. 184
24:6 …… 206
Eclesiastés
9:5 ……. 43
9:5-6 …….. 269
12:1 …… 352
Isaías
3 ……. 244-245
8:18 …… 477
42:19 ……. 611
52:11 ……. 237
53:3-4 …… 259
53:3, 5 ……... 129
53:5 …… 142
58 …….. 317

58:1 …… 181
58:2 …… 234
58:4 …… 233
58:5-7 ……. 233
58:6 …… 234
59:1-15 …….. 317
59:14-15 …… 323
66:5 …… 47
Jeremías
8:20 …… 53
11:5 …… 186
14:10-12 …… 317
20:10 ……. 215, 299
23:28 ……. 522
30:7 …….. 315
48:10 ……. 203
Ezequiel
3:17-19, 21 …… 281
16:49 ……. 351
18:4, 20 ……. 43, 463
Daniel
6:10 …… 266
8:14 …… 55, 60
12:3 …… 109, 448
Joel
2:15-17 …….. 167
2:17 …… 124
3:16 …… 170
Amós
9:9 ……. 298
Nahum
1:7 ……. 223
Habacuc
2:3 ……. 55
Sofonías
2:1-3 …….. 167
2:3 ……. 376
Zacarías
14:4 …… 69
Malaquías
3:8-9 ……. 465
3:8-11 …… 203
Mateo
3:7-11 …… 289
4:8-11 …… 265
5:14, 16 ……. 373, 403
5:16 …… 178
5:34, 37 ……. 184

6:1 ……. 178
6:2 ……. 178
6:3 ……. 177
6:15 …….. 532
6:19-20 …….. 158
6:19-21 …….. 142, 420
6:19-24 …….. 312
6:23 …… 299, 312
6:24 …… 183, 470
6:33 …… 438, 440
6:34 …… 603
7:13-14 …….. 122
7:16 …… 260, 365, 368
7:16, 21 ……. 424
7:21-23 …….. 369
12:34 ……. 149, 361
12:35-38 …… 438
13:22 ……. 419
16:23 ……. 143
16:24 ……. 258
18:18 ……. 414
19:16 ……. 313
19:16-26 …… 159
19:20 ……. 425
19:20, 22 ……... 314
19:21 ……. 425
19:24 ……. 469
19:29, 32 …….. 161
21:9 …….. 60
21:12-13 …….. 415
22:37-38 ……... 261
22:37, 39 …….. 161
22:37-40 …… 614
24:48 ……. 73
24:48-51 …… 59
25:1-13 …….. 55
25:6 ……... 56
25:23 ……. 399, 470
25:24-30 …… 463
25:31-46 …… 588
25:34-46 …… 552
25:43 ……. 588
26:63-64 …… 186
27:46 ……. 130
28:20 ……. 442

Marcos

4:19 …….. 314
8:36-37 ……. 610

9:29 …….. 308
15:34 …… 130
Lucas
2:52 …….. 304
6:22-23 ……. 257
10:16 ……. 321
12:33 ……. 158, 177, 181
13:24 ……. 122
16:9 …… 473
16:9-12 …….. 470
16:9-13 …….. 182, 183
16:14-15 …… 470
18:7-8 …… 169
18:11-14 …… 297
18:16 ……. 352
18:25 ……. 134
21:26 ……. 243
21:34 ……. 157
Juan
8:12 …… 36
12:5 …… 177
13:7 …… 35
13:31 …….. 315
13:34 …….. 142
14:2-3 …… 44, 45
15:1-2, 4-6 ……. 270
15:3 …… 304
15:4-5 …… 260
15:12 ……. 141, 155
15:12-14 …… 597
15:16-19 …… 257
16:24 ……. 116
17:17 ……. 301
17:17, 19 …… 303
17:20-21 ……. 293, 396
20:29 …….. 432
Hechos
1:10-11 …….. 45
2:30 …… 186
5:8 ……. 202
9:6 ……. 49, 448
17:31 ……. 57
Romanos
2:7 ……. 43
8:7 ……. 388
12:1-2 …… 600
12:2 …… 219, 257, 421, 609
12:8-13 …….. 599

12:11 ……. 285
12:18 ……. 318
13:8 …… 202
15:5-6 …… 291
1 Corintios
1:10 …… 291
1:18 …… 459
3:8 ……. 382
3:9 ……. 339, 381
4:11-12 ……. 394
6:19-20 ……. 479
9:27 …….. 385
10:5-12 ……. 564
10:6-15 ……. 256
10:11 ……. 466, 528
14:33 ……. 211, 565
15:57 ……. 173
2 Corintios
4:2 ……. 302
4:3-4 ……. 303
4:17-18 ……. 610
5:21 …….. 424
6:1 ……. 339, 381
6:17 …….. 253
6:17-18 ……. 446, 573
7:1 ……. 303, 427, 573
11:14 ……. 305
Gálatas
6:14 …… 459
Efesios
4:19 …… 174
5:15-20 …….. 445
5:25-27 …….. 304
6:1-3 …….. 436
6:12-18 …….. 169
Filipenses
2:2 ……. 291
2:12-15 ……. 304
3:8 …… 435
3:12 …….. 304
4:8 …… 499, 615
Colosenses
2:8 …… 267
2:18 ……. 268, 269
2:19 ……. 270
3:1 …… 609
3:1-3 …… 445
3:3-4 …… 479

3:14-17 …… 445
3:20 ……. 436
4:6 …… 648
1 Tesalonicenses
4:16-18 ……. 45
5:22 …….. 301
5:24 …….. 156
2 Tesalonicenses
1:7-10 …… 45
2:8-12 …… 262
2:10 …….. 265
2:10-11 ……. 270
3:8 …… 394
1 Timoteo
1:1 …… 444
2:8-10 …….. 444
2:9 …… 372, 403
2:9-10 …….. 26, 174, 252, 405
4:15 ……. 414, 416
6:3-12 ……. 471
6:6, 8 …… 423
6:9 …… 477
6:10 ……. 421
6:15-16 …… 43
6:16 ……. 308
6:17-19 …… 472-473, 599
2 Timoteo
2:24-26 …… 561
4:1-2, 5 …… 414
4:2 …… 416
Tito
1:7-9 …… 599
1:9, 16 ……. 367
2:1-8 …… 367
2:6-8 …… 437
2:10 ……. 444
2:12 ……. 257
2:12-14 …… 444
2:13-14 …… 259, 428
2:13-15 …… 256, 259
2:14 ……. 275
2:15 ……. 250
Hebreos
3:12-14 …… 379
4:13 ……. 152
6:13-17 …… 186
8:10 ……. 322
10:29 …… 379

12:26 …… 170
13:1-2 …….. 588
Santiago
1:27 ……. 257
2:17 ……. 609
3:2 …… 277, 603
4:4 …… 257
4:7-10 …….. 167
4:8-9 …….. 463
5:1-2 …….. 418
5:1-3 ……. 162
5:4 ……. 163
5:17 ……... 266
1 Pedro
1:13-16 …….. 444
1:22 …… 303
2:9 ……. 258, 479
3:3-4 …….. 152
3:3-5 …….. 252
3:8 ……. 423
3:10-12 …….. 493, 607
3:10-14 …….. 440
3:15 …… 561
3:15-17 …….. 444
4:7 ……. 444
5:8 ……. 444
2 Pedro
1:4 ……. 463, 464
1:5 ……. 481
2:20 …….. 257
3:4 ……. 59
3:14, 18 ……. 304
1 Juan
2:1 ……. 474
2:5-6 ……. 258
2:6 ……. 464
2:14-17 ……. 437
2:15 …….. 157
2:15-17 ……. 257
3:1 ……. 257
3:2-3 ……. 609
4:4-5 ……. 258
4:17 …….. 464
Judas
4 …….. 529
9 …….. 542
16 …… 418
Apocalipsis

2:2 …… 175, 179-180, 422, 426
3:15 ……. 175, 176, 179
3:15-16 …… 121
3:15-17 …… 168
3:17-18 …… 297
3:18 ……. 426
3:19 ……. 495
3:20 ……. 135
3:21 ……. 136, 273
6:16 …… 74-75
7:14 …… 78
14:6-7 …… 56
14:8 …… 56
14:9-12 …….. 78
14:12 …….. 79
14:14-15 ……. 169
16:17 …….. 170
20 ……... 69
21 …….. 69
21:6 …… 425
22 …….. 69
22:11 ……. 425
22:11-12 …… 307
22:12 ……. 424